Una sociedad en la bruma II

La formación de la sociedad en La Plata (1882-1972)

Javier G. Bonafina

A Karu, que hace del mundo un lugar más bello.

UNA SOCIEDAD EN LA BRUMA II

La formación de la sociedad en La Plata (1882-1972)

Javier G. Bonafina

Bonafina, Javier Gustavo

Una sociedad en la bruma II La formación de la sociedad en La Plata (1882-1972).

1a ed. - La Plata: el autor, 2026.

618 p.: il.; 21x15 cm.

ISBN: 978-631-01-3027-9

Arte de tapa: Leonardo Gauna

Diseño editorial: Javier Abián

INDICE:

Advertencia del autor / Nota preliminar. 9

Interludio. 12

Introducción. 19

PARTE I — Modernidad periférica y disputas de identidad (1882–1940)

Cap. 1. La ciudad en disputa: identidad y modernidad en la capital bonaerense 25

Cap. 2. Disputas de sentido y memoria urbana 92

Interludio I — Orillas, arrabales y mingitorios (1882–1920) 99

PARTE II — La capital, el puerto y la relación YPF–Bethlehem (1910–1930)

Cap. 3. Ciudad, puerto y asociación YPF–Bethlehem 125

Cap. 4. La "década larga" (1912–1929) 159

Cap. 5. Fuentes, medidas y performatividad censal (1912–1914–1947) 186

Umbral estadístico 202

PARTE III — Sociabilidades, consumos, culturas y ciudad vivida

Eslabonamientos de producción, comercialización y consumo 213

Clubes, asociaciones y cooperadoras (redes, reglas, calendarios) 232

De la canción popular y el tango a la constelación folklórica 239
Universidad, radios y coros (UNLP, LR11, LS11) 244
Peñas, parroquias y barrios (periferias que empujan al centro) 250

PARTE IV — Cartografía de la bruma: "Quién es quién", trayectorias y escalas de gobierno (1914–1972)

Metodología y fuentes (Quién es Quién) 270
Educación y Universidad 297
Grupo jurídico–estatal (1930–1972) 330
Ingeniería y Arquitectura (1930–1972) 349
Grupo médico–sanitario (1943–1972) 369
Empresarios, comerciantes y profesiones económicas (1930–1972) 385
Cultura, medios y patrimonio (1914–1972) 411
Eclesiástico y organizaciones confesionales (1914–1972) 433
Fuerzas de seguridad y defensa 457
Cap. 10: Lo que cuentan (y callan) los censos: 1912–1914–1947 482
Cap. 11: La ciudad en movimiento 488
Cap. 12: La ciudad planificada, laboratorio de modernidad 495

Cierre

Capítulo final: La formación de la ciudad en movimiento (1914–1972) 509
Epílogo: La Plata en perspectiva global comparada 512

Anexos

Anexo A. Selección de casos curados (Quién es Quién) 559
Anexo B. Cuadro comparativo de censos (1912–1914–1947) 561
Anexo C. Listado de imágenes y figuras 597
Fuentes / Novelas históricas / Referencias bibliográficas 607

"Ahora bien, nada en la vida real tiene valor de comienzo narrativo; la memoria se pierde en las brumas de la infancia; mi nacimiento y, con mayor razón, el acto por el que he sido concebido pertenecen más a la historia de los demás, en este caso a la de mis padres, que a mí mismo...".

Ricoeur, Paul. *Sí mismo como otro. Madrid, Siglo XXI, 1996. P. 162*

"Nadie es la patria — pero todos lo somos."

Jorge Luis Borges, *"La patria", en El otro, el mismo.*

"Todos llevamos, como Eneas, a nuestro padre sobre los hombros...
Débiles aún, su peso nos impide la marcha..."

Horacio Castillo, *"Anquises sobre los hombros"*

Advertencia del autor / Nota preliminar

Este volumen se publica como edición piloto. No busca clausurar un tema, sino abrir un problema de investigación: cómo una ciudad se hace a sí misma y, en ese proceso, hace a la sociedad que la habita. La Plata no fue una escenografía ni un plano perfecto; fue —y es— un hacer en fricción constante entre reglas y costumbres, entre instituciones y oficios, entre aspiraciones y límites.

Desde 2014, cuando publiqué *Una sociedad en la bruma I*, la ciudad se me impone como cantera y laboratorio. Cantera, porque de sus archivos, imágenes, padrones y rumores surgen materiales ásperos y fértiles. Laboratorio, porque obliga a probar combinaciones: series prosopográficas con hemerografía, censos con directorios biográficos, mapas con trayectorias, para que metodologías y evidencias crucen sin jerarquías previas. Este libro insiste, por eso, en un trípode que considero inseparable: narrar, comprender y explicar. Narrar, para devolver espesura a la experiencia; comprender, para leer sentidos en disputa; explicar, para situar estructuras y causalidades sin borrar a sus protagonistas.

El recorte temporal no es un capricho. Tomo un umbral 1896–1910 y concentro la mirada en 1914–1972 porque allí se consolidan regímenes de práctica: el expediente como gramática de igualdad y jerarquía; la cátedra como norma cívica; el puerto, YPF y el ferrocarril como escuelas sociotécnicas de trabajo y conflicto; las sociabilidades del club, la cooperadora, la

asociación profesional, como pasarelas silenciosas donde se negocian reputaciones y carreras. No hay "esencias platenses" aquí: hay gente que hace ciudad —maestras y estudiantes, obreros y empleados, comerciantes y migrantes— tramando, con sus decisiones y sus papeles, el orden práctico de la vida común.

Este avance es parcial y asume sus límites. Faltan series más largas, padrones mejor depurados, legajos y biografías de actores "menores" que completen huecos; faltan, también, cruces sistemáticos con contabilidades empresariales, expedientes judiciales y censos de establecimientos. Algunas tablas, redes y cronologías seguirán en estado de obra; ciertas inferencias se proponen como hipótesis de trabajo. Publico así —con el corte documental al 19 de noviembre de 2025— porque creo que la transparencia del proceso (qué sé, cómo lo sé y qué no sé aún) es parte del método. Este libro no pretende elevar materiales a dogma, sino ponerlos a circular para que la comunidad crítica los discuta, corrija y amplíe.

La ambición es instalar a La Plata como problema para el conocimiento: un sitio donde pensar a la vez lo local, lo regional, lo nacional, lo latinoamericano y lo global. No hay escalas "naturales": hay escalas en cruce. Un trámite municipal conversa con decretos nacionales; una carrera docente depende de concursos y de sociabilidades; una huelga en la ribera responde a precios y estrategias que se deciden lejos de la ciudad, pero que la atraviesan por entero. La pregunta por la formación de la sociedad es, en ese sentido, inseparable de las infraestructuras que la sostienen, de sus lenguajes morales y de sus disputas.

Trabajo, además, con ruinas: ruinas materiales (teatros desaparecidos, fábricas cerradas, edificios alterados) y ruinas documentales (series truncas, silencios interesados, vacíos de archivo). No regreso a ellas para justificar el presente con genealogías complacientes ni para legitimar proyectos mezquinos de futuro. Vuelvo para reconstruir posibilidades: lo que se intentó, lo que se

consolidó, lo que se torció y lo que quedó en latencia. Si algo enseña la historia social —y aquí sigo una lección thompsoniana— es que la experiencia no es lo opuesto a la estructura, sino su condición de inteligibilidad.

Este libro continúa el camino abierto en 2014. Aporta nuevas evidencias y, sobre todo, nuevas preguntas. No todo puede enseñarse y no todo puede aprenderse; el resto es trabajo compartido. Queda por hacer un mapa más fino de cohortes profesionales, una microhistoria de maestras y empleados, un registro más preciso de interlocks entre Universidad–Estado–empresa–asociacionismo, una crítica más densa de las retóricas cívicas y sus prácticas. Invito a lectores y lectoras a señalar errores, sugerir fuentes, discutir hipótesis. Este es un mínimo esfuerzo que aspira a contribuir a una conversación más amplia sobre cómo se hacen —y deshacen— nuestras ciudades.

Publicar en este estado no es apresuramiento: es apertura. Si estas páginas ayudan a pensar sin indulgencia y sin cinismo, si colaboran a que la ciudad se asuma laboratorio de múltiples experiencias para las ciencias sociales —y para una ciudadanía atenta a su propio tejido—, habrán cumplido su cometido. El resto es tiempo y trabajo: la bruma no se disipa de una vez, pero deja ver lo suficiente como para seguir avanzando.

Interludio

Este segundo volumen nace de las preguntas que dejó abierto el primero. Allí propuse leer La Plata no como una escenografía sino como un proceso: una ciudad que se hace —y que hace sociedad— en el cruce concreto entre mercado, Estado y tramas de sociabilidad. La ciudad es una forma histórica que se hizo en la fricción entre proyectos políticos, oleadas migratorias, mercado del suelo y sociabilidades.

El primer libro abría con la paradoja modernizadora: la "pasión inmoderada" por grandes obras en la década de 1880 y la duda persistente sobre su "razón de ser". La hipótesis fue que la fundación condensó un proyecto político (Rocha) y una pedagogía pública del progreso, pero también límites estructurales (dependencias financieras, jerarquías regionales). El capítulo reconstruyó miradas contemporáneas —viajes, crónicas— que vieron una capital monumental y, a la vez, vacía, "desolada" al caer la noche.

Una conclusión fuerte del libro fue que la localización y el timing de obras y tierras no pueden separarse del proyecto presidencial de Dardo Rocha y de su pulseada con Julio A. Roca. La derrota de 1886, la crisis de 1890 y la distancia puerto–casco urbano se leen, en las fuentes de época, como producto de estrategias patrimoniales y rivalidades políticas, no como meros desatinos técnicos.

La fundación condensó un programa de poder: Dardo Rocha imaginó la capital provincial como palanca de proyección nacional. La alianza y disputa con Julio A. Roca —el telón de fondo de las presidenciales de 1886— atravesó decisiones de trazado, inversiones y tiempos de obra. La Plata nació, así, como símbolo (orden, modernidad) y como campo de batalla (rentas, cargos, contratos). La crisis de 1890 exhibió los límites de esa aceleración: obras ralentizadas, finanzas tensas, y una ciudad que debía justificar su existencia más allá del gesto inaugural.

Leí la ciudad a través de los censos y series demográficas para discutir dos supuestos: que La Plata "no tenía gente" y que su población era un mero apéndice de Buenos Aires. La hipótesis: hubo crecimiento selectivo —funcionariado, profesionales, oficios— que armó un mercado de trabajo propio y, con él, sociabilidades y jerarquías en formación.

El espacio en donde se creó la ciudad no se encontraba vacío; distaba de ser un " semi-desierto". Exploré el antes de la fundación (Lomas de Ensenada), la infraestructura como promesa y la localización de la nueva capital respecto del puerto. La hipótesis: las decisiones de trazado y conexión no fueron "errores técnicos" sino elecciones políticas y patrimoniales que reconfiguraron la renta del suelo y el acceso a la ciudad.

Al mismo tiempo, la ciudad imaginada no se "llenó" de una vez. Primero llegaron cuadros técnicos y funcionariado, luego constructoras, artesanos, tipógrafos, comerciantes; los italianos dominaron oficios de obra y comercio, españoles en ramos generales y servicios; más tarde se sumaron migraciones del interior bonaerense y del país, y corrientes limítrofes. La Plata funcionó como bisagra: ofrecía empleo calificado en la administración y la Universidad, y trabajo industrial en Ensenada–Berisso (frigorífico, puerto, luego YPF). Esa composición produjo conjuntos barriales con identidades marcadas (baldosas, templos, clubes, bibliotecas) y zonas de roce entre "letrados" y "de oficio".

Un problema de larga duración fue la capital administrativa con planteles que dormían en el AMBA. Las cercanías con Buenos Aires —ferrocarril mediante— alentaron el pendularismo: directores, jueces, profesores y técnicos que viajaban a diario. Esto influyó en ritmos urbanos (calles vivas de día, desiertas de noche), en el mercado de alquileres y en una sociabilidad que, al principio, copió los moldes porteños antes de ganar voz propia.

Seguí trayectorias de pioneros/as y mostré que la especulación no fue patología marginal sino engranaje normal de urbanización y ascenso social. La hipótesis: la compra–venta de tierra y vivienda funcionó como "escalera" (con riesgos) para italianos, comerciantes y mujeres propietarias; y como caja de resonancia del proyecto político de la capital.

Aunque el damero se pensó como centro absoluto, la vida lo desmintió con paciencia. Las periferias —Tolosa, Ringuelet, Los Hornos, Altos de San Lorenzo, Villa Elvira— avanzaron con loteos, talleres y pequeñas fábricas, muchas veces antes que los servicios. La ciudad aprendió a respirar desde afuera hacia adentro: las romerías, ferias, canchas y cooperadoras barriales fueron instituciones reales que tensionaron el mapa oficial. La tesis que quedó del primer tramo es clara: la centralidad se construyó a posteriori, y lo hizo negociando con periferias activas.

No hubo urbanización sin apuestas sobre el suelo. Es posible distinguir, ahora, cuatro oleadas:

- 1882–1890: loteo febril y promesas de plusvalía; las grandes obras públicas funcionaron como "ancla" simbólica del valor. Mucha compra a crédito, mucha reventa; muchos también quedaron atrapados tras 1890.

- 1890–1905: Repliegue activo y "resistencia cívica". No es un vacío: es una economía defensiva. La ciudad resiste a la corrupción y a los avances

del Ejecutivo nacional con prensa combativa, juicios, comisiones de control y recambio de élites locales. El estallido de 1890 y sus secuelas obligan a reordenar prioridades: menos apuesta especulativa y más construcción modesta (casas chorizo cortas, piezas en alquiler, galpones de oficio). Parte de los migrantes se va (Rosario, Bahía Blanca, Mar del Plata, Buenos Aires); otra parte se queda y arma socorros mutuos, cooperadoras, cajas chicas. En política, el ciclo abre espacio para nuevos movimientos (la Unión Cívica y luego la UCR), con impacto en el gobierno municipal/provincial y en la moral pública. Resultado: el mercado del suelo se ralentiza, pero la ciudad no se detiene: aprende a vivir con poco, a autoconstruir en periferias y a exigir reglas.

- 1905–1930: consolidación prudente; casas chorizo y primeras tipologías de propiedad horizontal incipiente; créditos modestos; el puerto y los ferrocarriles ordenan la demanda y aparecen corredores de servicios.

- 1930–1945: crisis y defensiva patrimonial. El golpe y la Gran Depresión secan crédito y frenan la obra privada; los inversores se repliegan a renta de pequeño formato (pensiones, piezas, inquilinatos) y a acumular lotes esperando mejores precios. Crecen los loteos económicos en bordes (Tolosa, Ringuelet, Los Hornos, San Lorenzo) con autoconstrucción por etapas; el Banco Hipotecario y cajas de crédito actúan con cuentagotas; municipios y provincia mitigan con obras de empleo y apertura de calles/servicios básicos. La guerra trae controles y encarece materiales; alquileres regulados desincentivan nuevas inversiones, pero sostienen población. El cordón Ensenada–Berisso–YPF tira de la demanda obrera y fija nuevas rutinas pendulares.

- 1945–1970: densificación y techo propio. Barrios obreros y cooperativos cerca del cordón industrial; sindicatos y Estado entran fuerte en crédito y vivienda; el mercado privado retoma con PH y pequeñas torres en ejes consolidados.

Los especuladores no fueron anomalía moral sino agentes de un mercado en formación: en 1882–90 empujaron el remate de manzanas; en 1905–30 financiaron construcción por etapas; en 1930–45 se replegaron a la renta y al acaparamiento de suelo barato, esperando salida; y desde 1945 volvieron a jugar en clave de obra chica y mediana. Resultado: barrios desparejos, una cultura de "mejoras" progresivas y una ciudad que, de hecho, se armó desde la periferia hacia el centro.

Estudié asociaciones (Jockey, colectividades, bibliotecas), plazas y parques, y el "nacimiento" del funcionariado provincial. La hipótesis: la ciudad se sostuvo en organizaciones que tejieron pertenencias y reputaciones; y en la profesionalización de una burocracia que, a la vez, conectó y separó a La Plata de Buenos Aires.

Las sociedades de socorros mutuos, las casas nacionales y las colectividades dieron amparo, crédito y fiesta, pero también delimitaron fronteras: italianos vs. españoles en ramos de negocio; tensiones entre "viejos" y "nuevos" en oficios; competencia por comisiones, padrinazgos y licitaciones. La lengua y la regla religiosa ordenaron afinidades; el club y la cooperadora tejieron puentes. Con el tiempo, esas sedes —que al comienzo replicaban salones, rituales y emblemas porteños— ganaron peso propio: programas culturales, bibliotecas populares, campeonatos, festivales. La sociabilidad platense dejó de ser copia para volverse marca.

La expansión barrial trajo una explosión de clubes (fútbol, bochas, remo, social y deportivo), y con ella calendarios de barrio: bailes, rifas, carnavales, campeonatos. Estudiantes y Gimnasia funcionaron como acrópolis emocionales, pero la base fue capilar. La Universidad agregó otra capa: centros de estudiantes, cátedras, institutos, bibliotecas; un ecosistema que nutrió imprentas, cafés, librerías y polémicas. De este entretejido salió una sociabilidad acelerada que combinó mesa chica, reglamento y fervor; también conflictos (por laicismo, aranceles, intervención).

El primer tomo permitió dibujar un triángulo operativo:

- Estado: administra reglas, obra pública, salarios, prestigios; no es neutro, se reacomoda con cada ciclo político.

- Mercado: reparte premios y castigos en tierra, alquiler, crédito, empleo; empuja "desde afuera" (puerto, YPF, frigorífico) y condiciona decisiones locales.

- Sociedad: clubes, cooperadoras, sociedades, parroquias; generan confianza, reputación y redes de interlock que abren —o cierran— carreras.

El equilibrio depende de cómo esas patas conversan en cada coyuntura. De allí surgen continuidades (la gramática del expediente, la cátedra como norma) y quiebres (crisis, golpes, intervenciones) que dejan marcas en la materialidad urbana.

Puse a La Plata en conversación con otras capitales de diseño (Por ejemplo, Canberra, Brasilia): ciudades soñadas que crecieron bajo la sombra de metrópolis previas, pero que produjeron sociabilidades y campos profesionales propios.

Este segundo volumen retoma esas hipótesis y las desplaza de la "hora fundacional" al tiempo largo de 1914–1972: cuando hospitales, juzgados, aulas, talleres y clubes convierten el plano en prácticas; cuando el expediente, la cátedra y el convenio sindical ordenan conflictos; cuando puerto, YPF y ferrocarril instituyen hábitos de trabajo y de ciudadanía. Si el primer libro cartografió la apuesta y sus límites, este va detrás de las trayectorias: nombres propios, interlocks, generaciones y escuelas de oficio que mueven —o traban— la ciudad.

En suma: de la capital soñada a la capital practicada. Del diseño a las vidas. Del mito de "ciudad fantasma" a la evidencia de una sociedad en

movimiento. Y, sobre todo, de una pregunta inicial —¿por qué aquí y así?— a otra que guía este nuevo tramo: ¿cómo se organizó, quiénes la hicieron y con qué reglas, la ciudad que después respiró por su cuenta?

INTRODUCCION

Cuando publiqué "Una sociedad en la bruma de la ciudad fantasma" (2014) trabajé, como dicta el oficio, con censos, padrones, actas, planos y periódicos. No teníamos entonces —a mano y con peso público— ficciones que ayudaran a imaginar la textura del comienzo: la ciudad como campo de fuerzas, no como postal. La capital solía narrarse bajo una devoción cívica: pieza del pacto de paz y administración del roquismo, pedestal de bronce para sus fundadores. Poco se decía —y menos se había escrito— sobre la conflictividad del proyecto y las tensiones entre escalas de gobierno que lo atravesaron desde el inicio: municipio, provincia y Nación tironeando por el mismo territorio, y un Atlántico de fondo que imponía ritmos y exigencias.

Este libro retoma aquel punto, pero con una ventaja que en 2014 no teníamos: novelas históricas que, usadas con medida y bajo disciplina documental, devuelven experiencia allí donde el documento calla. Hugo Alconada Mon en *"La ciudad de las ranas"* deja ver que la fundación no fue un acto de virtud sino un arreglo inestable entre intereses, promesas y temores; más tarde en *"La cacería de Hierro"* muestra el pasaje del rito al registro —de la sospecha al archivo, de la mirada del comisario a la huella y la ficha—, el mismo tránsito que nuestras series censales y administrativas registran como estandarización estatal. No les pido a esas novelas que prueben lo que el archivo no prueba; les pido lo que la estadística no da: cuerpo, tiempo vivido, economía moral.

Lo diré en una manera reconocida para muchos: no escribimos para halagar pedestales ni para rendir homenaje a la Teoría con mayúscula; escribimos para rescatar la experiencia y seguir la huella material de las prácticas. La ciudad no es una esencia; es una relación en movimiento. Por eso, el pacto de lectura será este: la novela orienta la mirada; el documento la sostiene. Si una escena literaria abre una hipótesis —la fundación como conflicto, la seguridad como tecnología del cuerpo—, el expediente, el censo, el directorio y la prensa deberán corroborar su alcance y sus límites.

En todo caso, la Historia no se comunica sin narración. Pero narrar no es abandonar el rigor: es ordenar pruebas en un relato que haga inteligible la vida de la gente. Esa será la regla de estas páginas. Miraremos la ciudad por sus corredores y pasarelas —no por sus vitrinas—; por el ritmo del trabajo, la escuela y el archivo —no por estampas domesticadas—. Y, con los recursos que hoy tenemos —series censales, prosopografías, y una imaginación disciplinada— volveremos a poner en el centro aquello que en 2014 estaba en los márgenes: la disputa de poder que hizo a la urbe y la sociedad que, paso a paso, se hizo en ella.

Este libro se propone leer la capital bonaerense —y su comarca de Ensenada y Berisso— desde el umbral de 1914 hacia delante, cuando una ciudad todavía joven, hecha de promesas y vacíos, comenzó a colmar sus plazas con hábitos que ya no eran exclusivamente los de la fundación. Si en el volumen anterior reconstruimos la escena de la "ciudad fantasma" como figura polémica —un proyecto estatal que buscaba volverse sociedad—, ahora nos interesa seguir el hilo de las costumbres y de la experiencia que, en el día a día, hicieron de ese plano una vida compartida. No buscaremos una esencia fija de lo platense, sino los procesos por los cuales la gente —trabajadores de puerto y refinería, empleados, maestras, estudiantes, comerciantes, migrantes— dio forma a normas de trato, rituales cívicos, economías morales y repertorios de acción que, en su roce con el Estado y el mercado, hicieron historia. La ciudad universitaria

no fue una entidad que "era" algo de antemano: fue algo que la gente hizo y rehizo una y otra vez.

Llegamos a 1914 con una ciudad que ya había atravesado el desconcierto de la burbuja fundacional, las crisis de 1890 y la lenta sedimentación de oficios, instituciones y barrios. Los censos captan esa densidad en crecimiento —137 mil habitantes en el partido al filo de la Gran Guerra—, pero lo que aquí nos importa no es el guarismo en sí, sino el entramado de prácticas que lo sostiene: cómo se trabaja, dónde se compra, qué se cree, de qué se habla en el patio y en la vereda, qué se celebra y qué se discute en la asamblea y en la misa, en el sindicato, el club o la sociedad de fomento. Esa textura de lo ordinario —los "usos" que regulan el precio justo, la ayuda mutua, la vecindad, el derecho a la calle— es el terreno donde leeremos los grandes nombres (Nación, Provincia, Municipio, Empresa) en el idioma de las vidas corrientes.

El marco provincial también cambia de escala. Las décadas de 1880–1914 habían traído expansión agraria e inmigración, estableciendo las condiciones de una sociedad más móvil y conflictiva; hacia 1914, la inmigración ultramarina aportaba una porción sustantiva de la fuerza de trabajo y, tras 1930, la deriva industrial reorientaría poblaciones hacia el conurbano y los nodos fabriles. Esa macrohistoria —hectáreas sembradas, cabezas de ganado, flujos migratorios— no nos interesa como telón de fondo inerte, sino como campo de posibilidades y límites donde se negocian salarios, precios, tiempos y jerarquías: la materia misma de una economía moral local.

En la ciudad, las instituciones culturales no fueron solo vitrinas del progreso, sino artefactos que fijaron y disputaron costumbres. La fundación en 1914 de la Academia de Bellas Artes y, más tarde, el Museo Provincial, no crearon una "alta cultura" ex nihilo: organizaron ritmos, educaron miradas, pautaron qué se considera digno de ver, de guardar y de imitar. En esas salas y revistas —Ars, los salones, las cátedras— se codificó un gusto que convivió con

el tranvía, el baldío y la barrialidad católica, es decir, con la vida ordinaria que no cabía en el mármol.

La capital provincial fue también un laboratorio de modernidad periférica, y conviene tomar la palabra en su tensión. En los años 1912–1930 se fijó la "gramática material" de la región —puertos, energía, transporte, crédito y trabajo—, y la expansión y aprendizaje institucional de YPF, con acuerdos industriales que ataron la comarca a circuitos globales, no se comprendieron desde decretos o memorias empresariales únicamente, sino desde lo que la gente hizo con ellos: trayectorias laborales, saberes técnicos, redes familiares, sociabilidades religiosas y políticas. El puerto, la refinería y la Universidad no fueron "estructuras" sobre una sociedad pasiva; fueron escenas donde se formaron generaciones que aprendieron a mandar y obedecer, a discutir el precio y el derecho, a escribir y a medir, a celebrar y a protestar.

Por eso este volumen avanza con una cartografía prosopográfica —Quién es quién— y con otras fuentes documentales para seguir, más que a los "grandes hombres", a las corrientes modestas que dan volumen a una sociedad. Nos importan los pasajes: del oficio al título, del plano a la norma, del caso clínico al protocolo, del rito al convenio. En la ciudad, entre 1930 y 1972, muchas carreras se hicieron transitando por escalas de Estado —provincia, municipio, nación— y devolviéndose al barrio en forma de reglas, servicios y edificios: obra ejecutada —› documento técnico —› código —› mando. Ese mecanismo de conversión, con sus inclusiones y exclusiones, fue una forma de costumbre moderna: una regularidad nacida del hacer.

Tampoco las iglesias, asociaciones y escuelas quedan por fuera de esta mirada. Lejos de ser residuo de un mundo viejo, parroquias, ligas y congregaciones femeninas administraron la escasez con una racionalidad de papeles, horarios y balances que dialogó —a veces en conflicto, a veces en cooperación— con el Estado social y sus programas. Allí se templaron

hábitos —puntualidad, inventario, legajo— que son también costumbres en común, tecnologías morales de una modernidad hecha de registro y rito.

Volveremos, cuando haga falta, sobre la polémica fundacional: los viajeros que vieron magnificencia y vacío, la crítica que habló de una ciudad "sin alma" y la evidencia, cada vez más robusta, de que esa alma se estaba haciendo en los patios y en los talleres, en los muelles y en la escuela, en el hospital y en el hipódromo. Si antes mostramos cómo los discursos de la época podían nombrar a la urbe platense como fantasma, ahora insistiremos en la otra mitad del cuadro: aquella que la reconoce, ya en el siglo XX, como un caso de modernidad periférica latinoamericana, donde forma y sustancia social se encontraron con fricción, lentitud y, a veces, con chispazos de invención popular.

El período que abre 1914 tendrá aquí una cronología atenta a los ritmos largos (guerra, crisis del '29, industrialización, posguerra, 1955) y a los ritmos cortos de barrio, taller, parroquia, aula y sala. No buscamos una marcha como la del progreso novecentista ni una decadencia retrospectiva: nos guía, en cambio, la convicción de que la sociedad se hace en la tensión entre norma y costumbre, entre precio y justicia, entre Estado y usos del pueblo. Este libro rastrea esas tensiones donde se vuelven visibles, y por lo tanto discutibles: en la calle, en el expediente, en el plano, en el acta, en la memoria oral. Lo que emerja de esa cartografía dirá menos de "lo que la ciudad planificada es" que de lo que su gente fue capaz de hacer juntas —en común— cuando el siglo XX les pidió, una y otra vez, reinventar la ciudad.

PARTE I

La capital: Modernidad periférica y disputas de identidad. Estado, Sociedad y Cultura en la capital de la Provincia de Buenos Aires (1882-1940).

Capítulo 1.
La ciudad en disputa: identidad y modernidad en la urbe

La ciudad de La Plata fue concebida como un proyecto fundacional que buscó materializar un ideal de modernidad y progreso en el marco del proceso de consolidación del Estado argentino. Desde su traza geométrica y monumental, pensada como símbolo del orden y la racionalidad, hasta su desarrollo portuario e industrial, la ciudad expresó una voluntad de inscribir en el territorio una utopía civilizatoria que implicaba, al mismo tiempo, un dispositivo de disciplinamiento social y de jerarquización de saberes[1]. Esta voluntad quedó plasmada en los discursos y prácticas de la elite política e intelectual que impulsó su creación, en particular en la figura de Dardo Rocha, quien se convirtió en un ícono de la modernidad periférica y del nacionalismo desarrollista de fines del siglo XIX.[2]

No obstante, este proyecto encontró rápidamente límites concretos derivados de las tensiones políticas, las dificultades económicas y la diversidad

1 Troisi Melean, Jorge Cristian (Dir.). (2022). Pinta tu aldea y pintarás el mundo: La Plata, entre la historia local y la historia global (1882-1957). (Proyecto de investigación PI+D H968). Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Centro de Historia Argentina y Americana. https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/proyectos/py.1063/py.1063.pdf

2 Troisi Melean, J. (2006). Dardo Rocha. El último porteño. Instituto Cultural de la Provincia de Buenos Aires. Dirección Provincial de Patrimonio Cultural. Archivo Histórico "Dr. Ricardo Levene". Serie Gobernadores Bonaerenses.

de actores sociales que fueron apropiándose del espacio urbano de modos no previstos por sus planificadores. De esta manera, la ciudad universitaria se constituyó en un espacio en disputa, donde el orden imaginado coexistió con prácticas cotidianas que reconfiguraron sentidos y usos del territorio. La noción de "ciudad cautiva de un proyecto político" resulta sugerente para entender cómo se construyó un relato oficial que exaltaba la excepcionalidad de La Plata, mientras se invisibilizaban los conflictos obreros, las desigualdades y las formas de sociabilidad popular emergentes.

En ese contexto, el trazado urbano y las arquitecturas monumentales fueron componentes fundamentales de la producción de una identidad local que se pretendía moderna y civilizada. La monumentalidad platense operó como un discurso simbólico de legitimación, que buscaba inscribir a la ciudad en la cartografía de las capitales modernas, aunque en los hechos se tratara de una experiencia periférica respecto de los centros hegemónicos[3]. La modernidad platense, en este sentido, puede ser leída como un proceso ambivalente: mientras postulaba una narrativa de progreso, generaba contradicciones, resistencias y reconfiguraciones que complejizaron su desenvolvimiento histórico. Al mismo tiempo, el higienismo, el urbanismo y la planificación estatal conformaron un dispositivo que, en la práctica, procuraba producir subjetividades acordes con un orden social disciplinado y jerárquico[4]. Este dispositivo incluyó políticas de control sanitario, regulaciones edilicias y discursos sobre la necesidad de civilizar a los sectores populares, que convivieron con procesos de apropiación conflictiva del espacio urbano por parte de los trabajadores, los inmigrantes y otras comunidades que llegaron a la ciudad con expectativas diversas[5].

3 Bonicatto, V., & Franchino, M. (2017). Modernización, metropolización y cultura arquitectónica en ciudades sudamericanas, 1870-1930. Registros. Revista De Investigación Histórica, 13(2), 1–4. Recuperado a partir de https://revistasfaud.mdp.edu.ar/registros/article/view/187

4 Vallejo, G. (2005). Higienismo y sectores populares en La Plata 1882–1910. Revista Estudios del Hábitat, (8), 23–42.

5Vallejo, G. (1998). El trazado ideal y los condicionantes naturales en el desarrollo urbano de La Plata. Estudios del Hábitat, (5), 13–28.

Como en todas las metrópolis que se insertaban en la red de las transacciones del capitalismo mundial, el puerto de La Plata, se proyectó como un enclave estratégico para consolidar el perfil exportador de la provincia. La cuestión del Puerto ha sido objeto de interpretaciones diversas. Recientemente, se cuestionó la idea de su "fracaso" absoluto y se propuso releer su trayectoria como un espacio productivo real y articulado a circuitos atlánticos de intercambio, desempeñando un papel relevante en la configuración de barrios obreros y en el fortalecimiento de la sociabilidad popular[6]. Esta perspectiva nos permite complejizar la visión tradicional que asociaba el destino del puerto exclusivamente con el relato de la frustración modernizadora contenida en los relatos sobre la ciudad.

La Universidad Nacional de La Plata, creada como parte del mismo proyecto de modernización del Estado centralizado argentino, desempeñó una función central en la construcción de la identidad de una sociedad letrada y en la formación de elites políticas, profesionales y técnicas. En este sentido, la universidad operó como "máquina de educar" orientada a producir sujetos modernos y a legitimar un orden social jerárquico[7]. La Reforma Universitaria de 1918, con su impronta laica y democratizadora, reconfiguró parcialmente este escenario, al incorporar discursos de autonomía, compromiso social y renovación intelectual[8].

6 Prieto, S. (2021). Otra historia del puerto de La Plata. Políticas públicas y vinculaciones capitalistas en el sistema atlántico (1883-1925). Tesis de grado. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. En Memoria Académica. Disponible en: https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.2402/te.2402.pdf

7 Vallejo, G. (2004). Máquinas de educar para la 'Nueva Capital' (1882–1890). Anuario del Instituto de Historia Argentina, (4), 45–66. También: Vallejo, G. (2007), Escenarios de la Cultura Científica Argentina, Ciudad y Universidad (1882-1955), CSIC, Colección de estudios sobre la Ciencia N 49, Madrid. Y la obra que vincula la región rioplatense: Vallejo, G. (2009). Utopías Cisplatinas. Francisco Piria, cultura urbana e integración rioplatense, 1era edición, Buenos Aires. Las Cuarenta.

8 Vallejo, G. (2009). La Reforma Universitaria en una ciudad letrada. Derecho y Ciencias Sociales, (1), 54–70. Instituto de Cultura Jurídica y Maestría en Sociología Jurídica, FCJyS, UNLP.

Simultáneamente, la prensa, la producción editorial y el patrimonio cultural funcionaron como dispositivos de construcción de sentido y disputa de las memorias urbanas. El centenario de la ciudad revivió las narrativas contradictorias — nacidas desde sus orígenes—que oscilaban entre la exaltación del proyecto fundacional y la crítica a su supuesta decadencia. A lo largo de la historia de la ciudad la patrimonialización de edificios y espacios públicos fue parte de un proceso de apropiación simbólica del pasado, que puso en tensión los relatos oficiales con las memorias comunitarias y los imaginarios sociales de los distintos grupos que habitaron la capital bonaerense.

La prensa platense nacida en el fuego de los enfrentamientos facciosos entre rochistas y roquistas nos muestra que los medios no solo reflejaron el clima político, sino que activamente produjeron representaciones que consolidaron una identidad urbana autorreferencial. Para el centenario de la Revolución de Mayo, la prensa local se constituía en un espacio de construcción de sentidos e imaginario social, articulando relatos de progreso y civilización con imágenes de otredad respecto de las periferias obreras y los inmigrantes[9].

Esta perspectiva histórica y cultural permite rescatar la densidad de procesos sociales que intervinieron en la formación de la ciudad y su identidad. Desde el diseño monumental y la arquitectura simbólica, pasando por el trazado urbano condicionado por las características naturales, hasta las prácticas de sociabilidad de los inmigrantes y el mundo del trabajo, la capital provincial emergió como un espacio de modernidad periférica que, lejos de ser un proyecto acabado o un simple fracaso, constituyó un laboratorio de tensiones, apropiaciones y negociaciones. En este sentido, muchos de los discursos fundacionales no revelan la complejidad de las estrategias de construcción estatal, el peso del personalismo y los límites de

9 Chiaravalli, A., & Rodríguez Gómez, L. (2015). El periodismo platense y la construcción de sentidos e imaginario social en 1910 (Tesis de grado). Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Periodismo y Comunicación Social.

un nacionalismo provinciano que buscaba proyectarse como vanguardia modernizadora.

En definitiva, pensar la identidad platense exige ir más allá del proyecto que se pretendió inscribir en el territorio. La ciudad fue también un paralelogramo de fuerzas, de intersticios sociales y de negociaciones silenciosas, donde convivieron la promesa modernizadora y la persistencia de viejas jerarquías. Esa ambivalencia persiste como clave interpretativa: la ciudad no fue solo la capital soñada de la provincia sino un laboratorio social atravesado por disputas políticas, tensiones de clase, migraciones y estrategias de apropiación urbana. En esa tensión entre diseño y experiencia, entre discurso oficial y vida cotidiana, se fue tejiendo una identidad local compleja, siempre incompleta y en disputa. Comprenderla hoy implica reconocer las huellas de esas contradicciones en el presente, y recuperar la historia no como relato triunfal ni como fracaso inevitable, sino como una trama abierta de posibilidades, conflictos y memorias en pugna.

La urbe platense después de la crisis de 1890: modernización, recuperación y cambio social.

A fines del siglo XIX, muchas ciudades del mundo atlántico experimentaban procesos vertiginosos de modernización. Las películas urbanas de la época, como las primeras tomas en movimiento de Nueva York o París, muestran muelles rebosantes de vapor y mercancías, tranvías eléctricos compartiendo las calles con carros de caballos, y multitudes que se desplazan entre avisos luminosos y escaparates repletos. Ese paisaje encarnaba las promesas y contradicciones de la modernidad: crecimiento económico, inmigración masiva, nuevas formas de trabajo y ocio, pero también crisis financieras, conflictos sociales y transformaciones profundas en la vida cotidiana.

La ciudad, fundada en 1882, encarnaba de forma singular esas tensiones. Nacida como proyecto político para consolidar la autonomía provincial

frente a Buenos Aires, fue diseñada con un trazado racional, monumental, que reflejaba un ideal civilizatorio moderno y ordenado. Sin embargo, la crisis financiera de 1890 —vinculada al colapso del modelo agroexportador especulativo, la deuda externa y la caída del sistema bancario— supuso un golpe durísimo para sus finanzas y su desarrollo urbano. Muchas de sus grandes obras quedaron inconclusas, y los capitales extranjeros, que habían financiado la expansión ferroviaria y portuaria, se retiraron o se reestructuraron bajo condiciones más restrictivas.

El impacto social de la crisis fue significativo. La construcción pública y privada se frenó, provocando desempleo y migraciones internas. El crédito se encareció, afectando a productores rurales y comerciantes urbanos. En los barrios más populares, la crisis se sintió como desarraigo y precariedad, alimentando el crecimiento de la militancia obrera y el asociacionismo mutualista. La ciudad planificada, con su retícula de plazas y diagonales, aparecía entonces como un esqueleto en gran parte vacío, una promesa suspendida por las limitaciones del crédito y la confianza internacional.

Es importante consignar que la recuperación de La Plata tras 1890 no fue un proceso de simple continuidad, sino de transformación. A partir de los últimos años del siglo XIX y las primeras décadas del XX, la ciudad comenzó a reactivarse al compás de la consolidación del modelo agroexportador y del ingreso de nuevos capitales británicos y nacionales. El ferrocarril Buenos Aires al Puerto de Ensenada se convirtió en un eje logístico estratégico, articulando la producción agrícola de la provincia con el comercio exterior a través del puerto. La expansión del Puerto de Ensenada durante la primera década del siglo XX, con nuevas dársenas y grúas de vapor, fortaleció ese rol. Inspirados en los puertos industriales europeos y norteamericanos, sus muelles se poblaron de silos, tinglados y vías férreas, articulando la exportación de carne enfriada, cereales y lanas hacia Europa.

El crecimiento del puerto trajo consigo la expansión de las industrias anexas: frigoríficos, astilleros, talleres mecánicos. Estos espacios industriales concentraban mano de obra asalariada diversa, incluyendo migrantes europeos, trabajadores rurales desplazados y criollos urbanos. En los barrios cercanos al puerto y en las periferias de La Plata surgieron villas obreras y conventillos donde se tejían redes de sociabilidad y ayuda mutua. Sociedades italianas y españolas, sindicatos de oficios varios y cooperativas de consumo organizaron formas de resistencia y negociación frente a las condiciones laborales y de vivienda.

En el centro de la ciudad, en tanto, la recuperación económica se tradujo en un renacer edilicio. Edificios públicos inconclusos fueron finalmente terminados; se consolidaron las avenidas arboladas con iluminación eléctrica; se inauguraron teatros y cafés que reproducían el clima cosmopolita de Buenos Aires. Los tranvías eléctricos sustituyeron progresivamente a los de tracción animal, mecanización de la movilidad urbana, conectando el casco administrativo con los barrios obreros y el puerto. El telégrafo y el teléfono empezaron a ser habituales en oficinas gubernamentales y comercios, reduciendo drásticamente los tiempos de comunicación.

En paralelo, la consolidación de la Universidad Provincial —que luego sería la Universidad Nacional de La Plata en 1905— reforzó el carácter intelectual y moderno de la ciudad. Las cátedras se nutrían de profesores europeos y argentinos formados en el extranjero, e incorporaban las corrientes más avanzadas del derecho, la medicina y las ciencias naturales. El Observatorio Astronómico y el Museo de Ciencias Naturales, con colecciones paleontológicas y etnográficas, se convirtieron en símbolos del afán científico y positivista que impregnaba las políticas educativas de la época.

A comienzos del siglo XX, la capital se presentaba como una urbe que había logrado superar el estancamiento de la crisis de 1890 mediante la rearticulación de sus bases económicas, su apertura al comercio global y su integración en

redes científicas y culturales internacionales. Pero esa modernidad no estaba exenta de contrastes. El crecimiento económico profundizaba la desigualdad social: mientras la élite burocrática y comercial disfrutaba de la electrificación y el entretenimiento cosmopolita, miles de trabajadores vivían en condiciones precarias, enfrentando enfermedades infecciosas y bajos salarios. Las huelgas y manifestaciones obreras, inspiradas en el sindicalismo europeo y el anarquismo, se multiplicaron en las primeras décadas del siglo XX, dando forma a un incipiente movimiento obrero organizado.

Así, la crisis de 1890 y los conflictos políticos posteriores generaron una fuerte transformación: un proyecto de modernidad que tuvo que reinventarse tras un colapso financiero y político, combinando planificación estatal, inversión extranjera, trabajo industrial y producción científica para consolidarse como capital administrativa y nodo portuario-industrial. Comprenderla en este período implica verla como parte de un sistema mundial en expansión, donde las crisis no anulaban la modernización, sino que la reorientaban, reproduciendo sus promesas y sus desigualdades en un nuevo ciclo de crecimiento.

La modernidad global de los años veinte y la ciudad de La Plata.

La década de 1920 marcó un punto de inflexión en la historia urbana y social a escala mundial. En numerosas ciudades, la expansión de las infraestructuras de transporte —trenes eléctricos, tranvías, automóviles, barcos de vapor— transformaba no solo la circulación de bienes y personas, sino también las formas de experimentar el tiempo y el espacio. Los filmes y las postales de viaje de la época, nos muestran con un realismo sorprendente los paisajes de puertos atestados de grúas y cargueros de acero, estaciones ferroviarias monumentales, avenidas iluminadas por lámparas eléctricas, multitudes vestidas según la moda internacional y mercados rebosantes de productos importados.

Ese mundo interconectado no era solo una ilusión publicitaria del

progreso: era un fenómeno material, sostenido por redes telegráficas, líneas marítimas y ferrocarriles de largo recorrido. En las imágenes de la época se aprecia la aceleración de la vida social: el surgimiento de grandes almacenes y cines, la popularización de la prensa masiva y la radio, la circulación de ideas políticas y culturales a través de libros, folletos y conferencias. Esos procesos no se limitaron a las metrópolis tradicionales como Londres, París o Nueva York. Alcanzaron también ciudades más jóvenes, planificadas y proyectadas para encarnar la modernidad.

En ese contexto global se inscribe la ciudad que, a comienzos de la década de 1920, exhibía de manera elocuente los rasgos del siglo XX con su diseño según principios racionales y funcionales. Su trazado en damero, atravesado por diagonales y ornado con plazas simétricas, obedecía a una lógica de planificación que pretendía conjugar belleza y eficiencia. Este diseño geométrico, con su monumental eje cívico, no solo definía la circulación urbana sino también el orden simbólico de la vida política y social.

En el centro administrativo se alzaban edificios de fuerte impronta institucional —Casa de Gobierno, Palacio Municipal, Catedral— que consolidaban su rol como sede del poder provincial. Estas construcciones, de estilos historicistas y eclécticos, dialogaban con la arquitectura de otras capitales americanas en proceso de monumentalización, como Montevideo o Brasilia en su etapa fundacional.

Pero la capital bonaerense no era únicamente un proyecto administrativo. En la década de 1920 ya se había consolidado como un centro universitario de gran relevancia en el país y en la región. La Universidad Nacional de La Plata, fundada a comienzos de siglo, albergaba facultades e institutos de investigación que incorporaban los saberes más recientes en derecho, medicina, ciencias naturales y humanidades. La presencia de su observatorio astronómico y su museo de ciencias naturales, con colecciones de valor internacional, la vinculaba a redes académicas transnacionales y a

los debates científicos más avanzados. Las aulas y laboratorios, a menudo frecuentados por estudiantes e intelectuales de diversas provincias y países limítrofes, convertían a la ciudad en un enclave de circulación de ideas modernas, desde el positivismo hasta las corrientes socialistas y anarquistas.

El dinamismo económico de La Plata se articulaba estrechamente con el Puerto de Ensenada, ubicado a escasa distancia y conectado por ferrocarril y tranvía. Este puerto funcionaba como nodo de exportación y, al mismo tiempo, servía como puerta de entrada para manufacturas, maquinarias y nuevos flujos migratorios. El área portuaria concentraba frigoríficos, astilleros y talleres industriales que empleaban a miles de obreros, muchos de ellos inmigrantes recientes. En torno a estas actividades surgían barrios obreros caracterizados por sus conventillos, sociedades de socorros mutuos y nacientes sindicatos que reflejaban las tensiones sociales de la época.

El paisaje urbano platense de los años veinte se definía por la convivencia de estos distintos mundos. En las avenidas arboladas del centro se desplegaban líneas de tranvías eléctricos que articulaban la movilidad interna y la conectividad con el puerto. El alumbrado público eléctrico y la red telefónica, en expansión, modernizaban la vida cotidiana y reducían distancias tanto reales como simbólicas. Los cafés, cines y teatros ofrecían espectáculos de variedades, proyecciones de noticieros internacionales y películas mudas que acercaban a los platenses las modas de París o Hollywood. En las imprentas locales se publicaban diarios y revistas que recogían tanto noticias provinciales como debates internacionales, consolidando una esfera pública letrada y politizada.

Así, la ciudad de La Plata durante la década de 1920 puede ser comprendida como un claro ejemplo de modernidad periférica: un espacio urbano cuidadosamente planificado que encarnaba el ideal civilizatorio del progreso técnico y del orden institucional, pero que también era escenario de profundas desigualdades y disputas sociales. Lejos de ser un caso aislado, se integraba en un sistema global de puertos, universidades, fábricas y circuitos culturales.

Comprender la capital provincial en estos años requiere situarla en esa red de ciudades que, a su modo, anticipaban las transformaciones del siglo XX.

La ciudad y la ciudad: modernidad, puerto y disputas. Hacia una problematización de su identidad cultural.

En las primeras décadas del siglo XX, la urbe platense se consolidaba como una ciudad administrativa y universitaria, conectada a las redes globales de la modernidad. Su diseño racional, sus avenidas arboladas, el alumbrado eléctrico y la presencia de la Universidad Nacional de La Plata, con sus facultades, observatorio y museo, eran emblemas de un ideal de progreso compartido por las elites argentinas y latinoamericanas. Como vimos, este impulso modernizador no se daba en aislamiento: estaba vinculado a la expansión del modelo agroexportador, a las inversiones extranjeras, y a la consolidación de un orden estatal que se pretendía centralizado y civilizador.

Sin embargo, para comprender cabalmente la historia de La Plata —y más aún, su identidad social y cultural— es necesario retroceder en el tiempo y considerar su trayectoria desde la crisis de 1890 y su posterior recuperación. Esta crisis financiera, que paralizó construcciones, expulsó capitales y sembró dudas sobre la viabilidad del proyecto urbano, es un hito clave en la memoria platense y en su historiografía. En muchos relatos, la crisis se convierte en un símbolo del desfase entre las ambiciones del Estado provincial y las realidades de la economía capitalista mundial.

La historiografía clásica ha tendido a subrayar ese desfase, proponiendo lecturas que califican al puerto de La Plata —y, por extensión, a la ciudad entera— como una empresa política equivocada, condenada a la frustración por la competencia imposible con el puerto de Buenos Aires. Imágenes como la de la "ciudad fantasma", diseñada en un escritorio y condenada a una existencia subordinada, se consolidaron como marcos interpretativos dominantes. En estos relatos, el Puerto de Ensenada se convierte en el

emblema de un fracaso estructural: inaugurado con grandes expectativas, pero rápidamente enfrentado a la decadencia crítica del movimiento portuario hacia finales del siglo XIX.

No obstante, esta perspectiva de fracaso ha sido revisada en estudios recientes que invitan a una mirada más matizada, proponiendo "otra historia del puerto", que no se limite a medir su éxito en términos de eficiencia comparativa con Buenos Aires. Esta mirada enfatiza la funcionalidad real del puerto de La Plata en el desarrollo del capitalismo argentino, su integración en circuitos atlánticos, y la construcción de un complejo entramado social, político y económico en su zona de influencia. El puerto, lejos de ser solo una infraestructura subutilizada, fue un espacio de trabajo industrial, de migraciones internas y externas, y de conformación de barrios obreros con dinámicas propias. Organizaciones civiles y vecinos organizados —como las mujeres del barrio El Dique en Ensenada— fueron actores activos en la negociación de mejoras y en la construcción de una vida comunitaria.

En un plano más amplio, la idea de La Plata como "ciudad en disputa" implica cuestionar la noción de un fracaso lineal. La historiografía social muestra cómo el diseño planificado, con su monumentalidad y pretensiones civilizatorias, convivió con procesos sociales más heterogéneos y conflictivos. Siguiendo a Jorge Troisi hemos subrayado que la ciudad fue "cautiva de proyectos políticos en tensión", marcada por la coexistencia de dos utopías: la de un Estado centralizador, capaz de ordenar y dirigir la sociedad, y la de una sociedad civil en formación, con aspiraciones de autonomía, participación y movilidad social. La constitución de la "sociedad platense" no puede reducirse a una elite de funcionarios públicos; se trató de un largo proceso en el que inmigrantes, trabajadores, mutuales, sindicatos y asociaciones culturales moldearon un tejido social complejo y cambiante.

Este enfoque más complejo permite ver la historia de La Plata —y su puerto— no solo como un resultado de decisiones políticas "equivocadas" o de

limitaciones económicas estructurales, sino como escenarios de producción social. La planificación estatal, la inversión extranjera, la expansión portuaria y las transformaciones productivas impulsaron flujos migratorios, configuraron barrios, generaron empleos industriales, y alimentaron redes de sociabilidad y ayuda mutua. Esa tensión entre diseño ideal y realidad social no fue un rasgo marginal, sino constitutivo de la ciudad.

Más allá de las disputas sobre su éxito o fracaso económico, la historia de La Plata nos enfrenta al problema de la construcción de identidades colectivas. Aquí resulta útil situar el caso platense en un marco más amplio de formación de identidades urbanas y nacionales en América Latina. Las naciones —y por extensión las ciudades— son invenciones colectivas, construcciones imaginarias que cristalizan valores, aspiraciones y proyectos políticos. En el caso latinoamericano, las elites criollas utilizaron la cultura, la educación y la monumentalidad arquitectónica como herramientas para plasmar su visión del progreso y legitimar su dominio.[10]

10 Para abordar la construcción de las identidades sociales en la ciudad de La Plata resulta útil inscribir el análisis en debates más amplios sobre las formas de producción simbólica y política de las naciones en América Latina. Schuster, S. (Ed.). (2014). La nación expuesta: Cultura visual y procesos de formación de la nación en América Latina. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, Escuela de Ciencias Humanas subraya el papel de la cultura visual y de los dispositivos de representación en la formación de imaginarios nacionales, mostrando cómo las imágenes, monumentos y prácticas expositivas no solo comunicaban valores estatales, sino que producían formas concretas de identificación y diferenciación social. Este enfoque resulta particularmente pertinente para analizar la monumentalidad platense, el trazado urbano y las políticas patrimoniales locales como parte de un proyecto de modernidad periférica que buscó articular un relato civilizatorio excluyente. Por su parte, el volumen Gómez Ochoa, F., & Suárez Cortina, M. (Coords.). (2019). Hacer naciones: Europa del Sur y América Latina en el siglo XIX. Santander: Editorial de la Universidad de Cantabria., ofrece un marco comparativo que vincula los procesos de construcción nacional en Europa del Sur y América Latina durante el siglo XIX, destacando las transferencias, adaptaciones y tensiones que caracterizaron estos proyectos. Al situar a La Plata dentro de esa trama de modernidades heterogéneas y conexiones transatlánticas, se vuelve posible problematizar las identidades platenses no como expresiones homogéneas y cerradas, sino como el resultado de disputas, apropiaciones y negociaciones en un espacio social marcado por la inmigración, la planificación estatal y la inserción en circuitos globales.

Muchas de las representaciones culturales que construyen las elites funcionan como una forma particular de "presentificación de una ausencia", construyendo imaginarios sociales que ofrecen modelos ideales de convivencia y ciudadanía.[11] En el mismo proceso, los museos y sus colecciones, pueden interpretarse como aparatos de Estado destinados a fijar relatos de origen, educar en valores patrióticos y disciplinar la mirada del ciudadano. El Museo de La Plata, y los diferentes museos que fueron creando en la ciudad, con su vocación científica, evolucionista y liberal, no solo acumulaban colecciones, sino que desplegaban una subjetividad nacional que se pretendía moderna y civilizada, aunque difícilmente homogénea o universal.[12]

Al mismo tiempo, los estudios sobre la cultura urbana latinoamericana subrayan la heterogeneidad y la contestación de estos proyectos. Las identidades no se forjaron de manera lineal ni coherente: enfrentaron resistencias, reinterpretaciones y apropiaciones desde abajo. La construcción

11 Siguiendo las hipótesis trabajadas por Ferreira, L. C. S. (2017). Cenários da ópera na imprensa carioca: cultura, proceso civilizador e sociedade na belle époque (1889-1914). Brasília:. 692 f. Tese (Doutorado em História – Programa de Pós-Graduação em História, Universidade de Brasília). Sobre la prensa carioca como escenario de producción cultural y pedagógica de la modernidad, es posible pensar la prensa platense y los espacios culturales letrados como dispositivos de construcción de identidad urbana. Así como la ópera funcionaba en Río de Janeiro como símbolo de europeización y distinción social, en La Plata el Teatro Argentino, la monumentalidad urbana y la prensa local construyeron un relato de ciudad culta y moderna, que no solo buscaba civilizar sino también delimitar jerarquías y fronteras simbólicas. Estas herramientas discursivas no solo comunicaban valores, sino que modelaban subjetividades, definiendo quiénes eran incluidos en el proyecto de modernidad platense y quiénes quedaban marginados de él.

12 Como sugiere: Andermann, J. (2014). Orden visual y economía política: museo y colección como aparatos de Estado. En S. Schuster (Ed.), La nación expuesta: Cultura visual y procesos de formación de la nación en América Latina (pp. 29–42). Bogotá: Editorial Universidad del Rosario. https://doi.org/10.7476/9789587385243.0003. Estos dispositivos no solo exponen objetos, sino que clasifican y jerarquizan saberes, territorios y poblaciones, creando un relato de unidad que legitima las jerarquías sociales y el proyecto estatal. Aplicado al caso de La Plata, este enfoque permite pensar el trazado urbano monumental, los edificios públicos y las instituciones culturales como tecnologías de gobierno que organizaron la mirada ciudadana, disciplinaron el espacio y contribuyeron a consolidar una identidad local asociada a la modernidad, la civilización y la pertenencia nacional, al tiempo que invisibilizaban tensiones sociales y memorias disidentes.

de un imaginario urbano platense —con su combinación de monumentalidad administrativa, puerto industrial, barrios obreros, vida universitaria y sociabilidad migrante— fue el resultado de múltiples negociaciones y conflictos.

En síntesis, para abordar el problema de la identidad cultural platense no basta con describir su trazado planificado o cuantificar su movimiento portuario. Es preciso reconstruir la trama social, política y cultural que dio forma a la ciudad en sus tensiones y contradicciones. Reconocer la pluralidad de actores —desde funcionarios estatales y capitalistas extranjeros hasta inmigrantes, obreros, vecinos organizados y estudiantes— permite entender la formación de una identidad colectiva no como un reflejo unívoco del diseño estatal, sino como el resultado de disputas, adaptaciones y persistencias.

La ciudad planificada, lejos de ser una "ciudad fantasma", es un caso paradigmático de modernidad periférica latinoamericana: un espacio diseñado con pretensiones civilizatorias, transformado por crisis y recuperaciones, y habitado por actores sociales que tejieron sus propios proyectos y sentidos de pertenencia. Estudiar su identidad cultural exige, por tanto, reconocer las herencias territoriales, las dinámicas globales y las vocaciones locales que moldearon su historia.

Identidades en Contraste: La Construcción de "Ser Platense" entre Proyecto Fundacional y Vida Cotidiana

Como venimos mencionando, la fundación de La Plata fue un hito deliberado y profundamente simbólico en la historia de la provincia de Buenos Aires. Surgida en el contexto de la federalización de la ciudad de Buenos Aires en 1880, esta nueva capital fue concebida como un acto de reafirmación política y de modernidad, pero también como respuesta defensiva frente a la consolidación del poder nacional. De este modo, la ciudad nació como proyecto estatal antes que como comunidad social consolidada, lo que marcó de manera indeleble el problema de su identidad: debía afirmarse

como símbolo de autonomía provincial, pero lo hacía inevitablemente en relación y tensión con la Nación argentina que buscaba su propia definición.

La reconstrucción de la vida cotidiana en la capital, entre las décadas de 1920 y 1940, permite comprender cómo el proyecto fundacional se transformó en un espacio vivido, cargado de significados propios y de una sociabilidad concreta. Las memorias personales y familiares ofrecen un registro invaluable para analizar este proceso: dan cuenta de una ciudad que, más allá de la pretensión racionalista y moderna de su proyecto original, se construyó a partir de trayectorias familiares, redes barriales y espacios comunitarios que moldearon sus identidades locales.

Los recuerdos de infancia en barrios como el centro fundacional, las zonas más alejadas de Las Quintas, San Carlos, City Bell, Villa Elisa, Parque Sicardi revelan la mixtura entre lo urbano y lo rural que caracterizó a la urbe hasta mediados del siglo XX. Las calles empedradas, los baldíos convertidos en patios de juego, el tranvía, los carros de tracción a caballo y el surgimiento de los primeros automóviles fueron parte de una materialidad en transición, que combinaba modernidad y costumbres tradicionales. Este paisaje social se tejía con relaciones de vecindad densas, marcadas por la ayuda mutua y la participación en instituciones comunitarias, como la Acción Católica, las asociaciones de madres o las bibliotecas populares.

La vida familiar también se estructuraba en torno a valores de trabajo, educación y religiosidad. Padres y madres desempeñaban roles complementarios, pero definidos en clave de género: el padre viajando a Buenos Aires o a algunas de las ciudades de la campaña bonaerense por su actividad profesional, la madre sosteniendo la crianza, la costura, el compromiso barrial y la educación religiosa de los hijos. Esa cotidianeidad estaba marcada por ciertas privaciones materiales, pero también por una riqueza relacional intensa, donde la mesa familiar y la charla cotidiana funcionaban como espacios de transmisión de valores y saberes.

De modo que hacia la década de 1920 se generaron nuevas redes de sociabilidad juvenil e intelectual. El ingreso al Colegio Nacional o a la Universidad Nacional de La Plata no solo implicaba movilidad social, sino también el encuentro con ideas y debates que moldeaban identidades políticas y éticas. Los recuerdos de participación en la Acción Católica Universitaria, la Liga Humanista o la Democracia Cristiana reflejan las tensiones entre la religiosidad tradicional y la apertura a corrientes renovadoras del pensamiento social y filosófico. Estos espacios muestran la dimensión formativa de la sociabilidad estudiantil, que conectaba la ciudad universitaria con debates nacionales e internacionales.

Asimismo, la práctica de actividades recreativas y productivas como la avicultura o la colombofilia revela la convivencia de economías urbanas, suburbanas y rurales en el mismo espacio platense. La ciudad, que albergaba la sede de asociaciones avícolas y exposiciones, también mantenía fuertes vínculos con el campo circundante, consolidando un carácter mixto que sería constitutivo de su identidad.

En conjunto, las sumas de diversos registros autobiográficos permiten iluminar la dimensión experiencial de la identidad platense, marcada por la apropiación creativa del espacio planificado y la construcción de formas locales de vida. Lejos de ser solo un símbolo monumental del Estado, la capital bonaerense fue un territorio de prácticas cotidianas donde se tejieron pertenencias, afectos y memorias comunitarias que enriquecen la comprensión de su historia social.

Desde sus orígenes, la construcción de la identidad platense ha sido un proceso conflictivo y recursivo. No solo implicó la materialización de un plan urbano modernizador, sino también la emergencia de formas de vida cotidiana que disputaron, adaptaron o resignificaron ese proyecto. Al mismo tiempo, la capital provincial fue parte activa de la conformación política, económica y cultural de la provincia de Buenos Aires y de la República

Argentina, insertándose en la compleja trama de relaciones entre el poder local, el poder provincial y el Estado nacional.

El Proyecto Fundacional: Utopía de Modernidad y Tensión Simbólica

La creación de La Plata no fue el trazo incontestado de un Estado central omnipotente, sino la cristalización —urgente y negociada— del nuevo equilibrio abierto por 1880: la derrota de Tejedor, la federalización de la antigua capital y el reordenamiento del poder entre Nación y provincia que siguió al ascenso roquista. Como recuerda la historiografía reciente, el PAN funcionó menos como "partido-máquina" vertical que, como una referencia laxa de identidad, hecha de facciones provinciales, alianzas provisorias y lealtades personales que se rearmaban según cada coyuntura; en ese laberinto, la nueva capital fue a la vez símbolo y pieza de negociación. Concebida con el repertorio positivista —damero, diagonales, monumentalidad cívica y un puerto propio en Ensenada—, buscó reparar la pérdida de la vieja Buenos Aires y devolver a la provincia un centro político e infraestructural, pero esa ambición convivió desde el origen con las limitaciones de un régimen que distribuía poder y recursos entre jefaturas locales y liderazgos nacionales. La Plata devino sede del gobierno, pero no residencia estable de la "clase política": muchos dirigentes siguieron viviendo en la ciudad federal y los caudillos del interior preservaron sus bases, señal de que la centralización presidencial y el patronazgo tenían menos alcance real del que sugiere la imagen clásica. De ahí que ya en los noventa la provincia ensayara reglas más competitivas y un protagonismo mayor de liderazgos locales, encadenando intervenciones federales, pactos y disputas que obligaron a negociar la sucesión y los equilibrios internos en vez de imponerlos desde arriba. Vista así, la ciudad "moderna, higiénica y eficiente" proyectada por Rocha convivió con su reputación de artefacto administrativo "sin alma, sin historia y sin pueblo", un estigma que habla menos de fracaso urbanístico que de la persistencia de un dualismo federal reconfigurado dentro del propio PAN y de la fricción entre discurso fundacional y práctica facciosa.

Sin embargo, la fundación también evidenció profundas tensiones identitarias. Carlos D'Amico, gobernador de Buenos Aires tras Dardo Rocha, la describió como una "ciudad sin polis", un artificio estatal desprovisto de "alma, historia y pueblo". Sus críticas aludían a su carácter de ciudad de reemplazo, construida con urgencia para suplir la pérdida de la antigua capital y dotar a la provincia de un nuevo centro político. El resultado fue, en sus primeros años, una urbe que aparecía como un espacio administrativo más que como un tejido social viviente, habitada en buena medida por funcionarios que se desplazaban diariamente desde Buenos Aires. Esta percepción de artificialidad y de "ciudad fantasma" se transformó en un estigma inicial que acompañó a la ciudad en su proceso de consolidación. El libro de Carlos D'Amico, "Buenos Aires, sus hombres, su política (1860-1890)", publicado en 1895, constituye una obra clave para entender las tensiones políticas e institucionales que marcaron la historia de la Provincia de Buenos Aires. D'Amico, quien fue gobernador bonaerense entre 1884 y 1887, ofrece un testimonio en primera persona cargado de crítica, análisis político y reflexión histórica, con un estilo literario que combina crónica, memoria y ensayo político. La obra traza un recorrido por los principales conflictos que enfrentó la Provincia de Buenos Aires desde la federalización de la ciudad (1880) hasta fines del siglo XIX, destacando la lucha por el poder entre la provincia y el Estado argentino, la reorganización institucional bonaerense, y el papel de las élites dirigentes. A través de un tono irónico y agudo, D'Amico repasa la actuación de las principales figuras políticas del período, los cambios constitucionales, los conflictos entre el interior y Buenos Aires, y los mecanismos de control electoral y clientelismo. Es un libro profundamente autocrítico, en el que el autor, lejos de exculparse, reconoce los errores y contradicciones de su propia gestión y de su generación, a la que no duda en señalar como responsable de haber impedido el desarrollo de una política verdaderamente republicana. Allí se desarrolla, especialmente, una crítica hacia la oligarquía porteña y bonaerense, a la que acusa de haber subordinado el interés público a sus ambiciones personales y a sus negocios. Denuncia una política marcada por el patrimonialismo, la

falta de representación genuina y la manipulación sistemática del aparato institucional para sostener a una clase dirigente cerrada, que se perpetúa a través del control del aparato electoral y el sistema de designación de funcionarios. Acusa a esta élite de haber sostenido una república ficticia, donde los procedimientos democráticos eran apenas una fachada, y señala cómo las decisiones públicas respondían a acuerdos entre grupos reducidos, ajenos a los intereses del conjunto de la ciudadanía. Además, critica el uso de la provincia de Buenos Aires como botín político luego de la federalización de la ciudad: desplazada de su antiguo rol como capital nacional, la provincia quedó sometida a una especie de vacío simbólico y político, que fue llenado por un sistema de poder que priorizaba la fidelidad a ciertos grupos económicos y políticos por sobre el desarrollo institucional autónomo.

D'Amico estuvo directamente involucrado en el proyecto de consolidación de La Plata como nueva capital de la provincia de Buenos Aires, tras la pérdida de la ciudad homónima en favor de la República Argentina. Aunque él no fue su fundador, su gestión estuvo abocada a consolidarla administrativa y simbólicamente. Sin embargo, D'Amico también señala en su libro los problemas estructurales y políticos que dificultaron el afianzamiento de La Plata como capital efectiva. Para él la ciudad fue proyectada desde el Estado como una construcción artificial y futurista, pero sin un entramado social fuerte que le diera vida real. Le faltaban tradiciones, raíces y una población estable que se identificara con el proyecto. El proceso de construcción urbana estuvo atravesado por irregularidades y favoritismos en la concesión de contratos, algo que D'Amico denuncia como una de las causas de su débil legitimidad. Resistencia de la vieja élite porteña: El traslado de la capital provincial a la ciudad no fue bien recibido por muchos sectores ligados al poder tradicional, que veían en esta nueva ciudad una señal del debilitamiento de sus redes de influencia.

La sucesión en la gobernación por Máximo Paz (1887-1890) es leída en el libro como un síntoma de los límites del proyecto autonomista y republicano

que él mismo había intentado impulsar. Critica la manera en que Paz representa el retorno a una lógica política más subordinada a los intereses del roquismo y del régimen conservador nacional. Paz, aunque con una imagen de administrador prolijo, carecía de una visión transformadora: gobernó con el objetivo de mantener el orden y los equilibrios de poder, sin intentar resolver las fracturas simbólicas e identitarias de la provincia. En este sentido, la Provincia de Buenos Aires quedó atrapada entre su pasado como centro hegemónico del país y su nuevo rol como provincia subordinada al poder nacional.

En su visión, la nueva capital, no logró generar un proyecto cultural y político lo suficientemente sólido como para reemplazar la centralidad perdida. Paz se limitó a administrar esta transición sin enfrentar los problemas de fondo de la representación, la autonomía y el sentido de pertenencia, lo que llevó a una crisis de identidad bonaerense persistente en las décadas siguientes. Carlos D'Amico, desde su rol de protagonista, realiza una crítica lúcida y desencantada de la elite gobernante, denuncia la hipocresía institucional y se lamenta por la pérdida de una oportunidad histórica de construir una república verdadera. En sus páginas, la fundación problemática de La Plata y la figura continuista de Máximo Paz se presentan como metáforas de una provincia que no logra redefinirse tras la pérdida de su antiguo poder, y que sigue atrapada entre la nostalgia y la subordinación.

En su segundo libro, publicado en 1895, menciona que la ciudad planificada fue una ciudad fundada "desde arriba", como resultado de una decisión política ante una urgencia institucional: la pérdida de la ciudad de Buenos Aires, federalizada en 1880. La provincia necesitaba una nueva capital y el proyecto de Dardo Rocha respondió con un trazado urbano, casi utópico. Sin embargo, para D'Amico, el proyecto carecía de organicidad, "Se construyó una ciudad sin alma, sin historia, sin pueblo". Este diagnóstico remite a la idea de que la capital nació sin una base social real: su población inicial estaba compuesta por funcionarios públicos, trabajadores temporales de la construcción, y especuladores inmobiliarios. Desde sus reflexiones, la

ciudad no surgió como un asentamiento espontáneo con tradición ni con raíces comunitarias fuertes, sino como una sede administrativa. La urbe platense no había logrado, durante sus primeros años, generar una identidad propia, lo que dificultaba su consolidación como capital efectiva de la provincia. La ciudad era un símbolo de modernidad arquitectónica y planificación urbana, pero no tenía ni la densidad cultural ni el peso simbólico para sustituir a la vieja Buenos Aires como núcleo de la vida política bonaerense. Según D'Amico, el proyecto platense estaba lleno de vanidad simbólica (la catedral monumental, el trazado geométrico, los edificios públicos imponentes), pero vacío de contenido humano y político real. Esta tensión entre la forma moderna y la falta de sustancia social es uno de los puntos centrales de su crítica. Otro aspecto relevante que menciona es el papel de la corrupción en el proceso de construcción de La Plata. Denuncia que los contratos de obra pública fueron otorgados bajo criterios de favoritismo político y económico, y que el proceso estuvo viciado por intereses particulares que se beneficiaron del gasto público: "No hubo en la construcción de La Plata un espíritu de servicio público, sino una búsqueda desenfrenada de lucro por parte de empresarios y políticos."

En este sentido, la ciudad universitaria aparece como producto de una alianza entre tecnocracia, política y especulación, lo que debilitó aún más su legitimidad como capital moral y política de la provincia. También subraya que la ciudad no logró representar ni articular políticamente al conjunto del territorio bonaerense. La ciudad funcionaba como centro administrativo, pero no como espacio de participación o expresión genuina de los intereses del interior provincial. Esto se debía, en la mirada del exgobernador, a que la élite porteña (incluso luego de la federalización) seguía teniendo el control político y económico de la provincia, y la capital bonaerense no era más que una herramienta funcional a sus intereses, no una ciudad destinada a generar un nuevo equilibrio territorial o institucional. Finalmente, interpreta el estancamiento simbólico e institucional de La Plata como el síntoma de un fracaso mayor: el de la construcción de una verdadera identidad provincial

autónoma. La urbe fue concebida como emblema de una nueva era para la provincia de Buenos Aires, pero el peso del centralismo porteño y las lógicas oligárquicas impidieron que se consolidara como tal. El resultado no podía ser otro que una ciudad grandiosa en lo formal, pero débil en su capacidad de generar lealtad, sentido de pertenencia e identificación colectiva entre los bonaerenses. El antiguo amigo y aliado de Dardo Rocha parece sugerir que no se puede fundar una ciudad por decreto ni forzar la construcción de una nueva identidad sin un proceso real de inclusión política y social.

Esta visión es especialmente potente porque proviene de alguien que fue parte activa del proceso. D'Amico no escribe como un opositor externo, sino como un testigo desencantado y autocrítico de su tiempo, consciente de las limitaciones del proyecto político al que perteneció. Es especialmente severo con los empleados del Poder Ejecutivo. Los caracteriza como parte de una burocracia ineficiente, inflada y clientelista, muchas veces conformada no por criterios de mérito o competencia, sino por favores políticos y lealtades personales. Denuncia, la multiplicación de cargos innecesarios como forma de pago político, la creación de oficinas y departamentos no por necesidad del funcionamiento estatal, sino para ubicar a militantes, amigos o parientes de los dirigentes. A los empleados del Poder Ejecutivo, los caracteriza como parte de una burocracia ineficiente, inflada y clientelista, muchas veces conformada no por criterios de mérito o competencia, sino por favores políticos y lealtades personales. La falta de preparación técnica de muchos empleados públicos, afectaba gravemente la calidad de la administración. La dependencia política absoluta de los empleados con respecto al gobernador o los ministros, lo que generaba una cultura de obediencia ciega y sumisión, incompatible con una administración pública profesionalizada. Esta crítica apuntaba al uso patrimonialista del Estado, donde los cargos públicos eran parte del botín de guerra tras una elección, lo que convertía al Poder Ejecutivo en una máquina de repartos y no en una estructura eficaz de gobierno.

Con respecto al Poder Judicial, denuncia una situación similar, pero con connotaciones aún más graves. Señala que muchos jueces y funcionarios judiciales eran designados por razones partidarias, sin tener independencia real del poder político con escasa formación jurídica o con una práctica profesional precaria. Respondiendo más a los intereses del gobierno de turno que a los principios de la ley. Por lo que terminaban incumpliendo su rol de contrapeso institucional, ni garantizaban la legalidad o los derechos ciudadanos. Transformándose, más bien, en un apéndice del Ejecutivo, lo que atentaba directamente contra los principios republicanos. Lamenta que los jueces, lejos de constituir un cuerpo autónomo y respetado, fueran considerados casi como "empleados administrativos" del gobernador o del partido gobernante.

No es menos irónico cuando habla del personal del Poder Legislativo. Sostiene que tanto los legisladores como sus empleados, estaban muchas veces ocupados más en la política de facciones que en legislar para el bien común. Usaban sus cargos para negociaciones políticas menores, favores personales y el reparto de empleos. Los empleados legislativos cumplían funciones más vinculadas al sostenimiento del aparato electoral de los diputados y senadores que a la tarea parlamentaria propiamente dicha. Además, menciona que las sesiones legislativas eran esporádicas, desordenadas y poco productivas, y que las leyes solían redactarse sin discusión seria ni participación real de los representantes del pueblo. En muchos casos, los proyectos venían ya redactados por el Poder Ejecutivo y eran aprobados mecánicamente. De este modo, el Poder Legislativo tampoco funcionaba como espacio deliberativo genuino, sino como una prolongación del juego político clientelar, donde los empleados cumplían funciones de soporte logístico, sin aportar valor técnico ni institucional.

El libro de D'amico presenta un retrato descarnado del aparato estatal bonaerense: una administración pública dominada por el favoritismo, la ineptitud y la subordinación política. En los tres poderes, los empleados

públicos no aparecen como funcionarios capacitados al servicio del interés general, sino como piezas de un engranaje de poder clientelar, cuya función principal era sostener al régimen y a los grupos dirigentes.

Su crítica no es meramente moral: entiende que, sin una burocracia competente, profesional y políticamente independiente, la república no puede funcionar. De allí que sus reflexiones anticipen —con notable claridad— muchos de los debates posteriores sobre la reforma del Estado, la carrera administrativa y la independencia judicial.

En suma, su diagnóstico es el de una república fallida en lo cotidiano, en gran medida porque el Estado provincial estaba colonizado por una élite que utiliza sus estructuras para perpetuarse, más que para gobernar con justicia y eficiencia. Nos ofrece una meditación crítica sobre los conceptos de República, Nación, Provincia, Ciudad e Identidad, en un momento en que estas categorías eran parte central de la construcción política e institucional de la Argentina posterior a la federalización de Buenos Aires. Su mirada es la de un hombre del régimen, profundamente autocrítico, preocupado por el vacío de contenido republicano en las prácticas políticas concretas, y por la imposibilidad de articular una verdadera identidad colectiva que uniera a ciudadanos, inmigrantes, porteños y provincianos en un proyecto nacional común.

El hombre que fue uno de los arquitectos políticos de finales del Siglo XIX es explícito al señalar que, si bien en lo formal la Argentina se había constituido como una República, en la práctica no existía una cultura republicana real. La ley, la división de poderes, el sufragio y las instituciones existían en el papel, pero estaban sistemáticamente vaciadas por el autoritarismo, el clientelismo, la corrupción y la manipulación electoral.

Para él, la República no se sostiene solamente con leyes e instituciones, sino con un ethos: un compromiso cívico de ciudadanos autónomos, con una

administración pública honesta y con un poder judicial independiente. Ese espíritu cívico estaba ausente. La república era, en sus palabras, una fachada jurídica sobre una estructura oligárquica, expresando su escepticismo respecto de la construcción nacional argentina. Observa que la Nación no lograba articular a las distintas regiones, clases e identidades sociales, y que persistían fracturas entre el centro y las periferias, entre Buenos Aires y el resto del país, y entre los sectores populares y las élites.

Además, remarca que la Nación fue construida desde Buenos Aires con un sesgo excluyente: tanto simbólicamente como institucionalmente, el Estado nacional reflejaba los intereses y valores de la elite porteña, y no los de la totalidad del pueblo argentino. Esto se conectaba directamente con el problema de la identidad republicana: no se había formado un verdadero "demos" nacional, un pueblo soberano con participación activa y consciente. Existía la nación en el código y en el mapa —que comenzaba a construirse—; faltaba en la experiencia cotidiana de su gente.

Uno de los temas centrales de su análisis es la provincialización de Buenos Aires tras la federalización de la ciudad en 1880. Describe este proceso como traumático y mal resuelto. La elite de la Provincia de Buenos Aires seguía estando económica y culturalmente ligada a la ciudad federal, y nunca terminó de construirse una identidad provincial autónoma. La fundación de La Plata fue una solución administrativa, pero no resolvió el problema de fondo: la Provincia no logró consolidarse como un sujeto político con autonomía, representación simbólica y lealtades colectivas propias. Sus clases dirigentes seguían actuando como si aún gobernaran sobre la ciudad de Buenos Aires, y el resto del territorio bonaerense quedaba marginado. Se refiere a la ciudad, especialmente a la capital provincial, como una invención política vacía de comunidad. La ciudad moderna —planificada, monumental, administrativa— no generaba pertenencia ni movilizaba afectos cívicos. Era una sede gubernamental, no una "polis".

Contrasta esta situación con la idea republicana clásica de la ciudad como espacio de participación política, deliberación y educación cívica. Para él, las ciudades argentinas (tanto la ciudad como muchas otras capitales provinciales) eran funcionales al poder, pero no eran escuelas de ciudadanía. En cierto sentido, se adelanta a un debate central de fines del siglo XIX: la dificultad para integrar a los inmigrantes en un proyecto nacional republicano. Si bien reconoce el aporte económico y demográfico de la inmigración, es crítico del modo en que fue utilizada. Los inmigrantes eran incorporados como fuerza laboral, pero no como ciudadanos plenos. Muchos permanecían extranjeros culturales, sin lazos con la historia, la lengua ni la identidad nacional. Las elites gobernantes no promovían una real educación cívica y política, lo que impedía la formación de ciudadanos republicanos entre inmigrantes y sectores populares. A su vez, detecta una fractura profunda entre la elite y el pueblo argentino. El "ciudadano" que suponía la república no existía: había masas sin voz, clientelismo político, y una elite que hablaba de república, pero gobernaba como oligarquía.

La república existía en las leyes y en la monumentalidad institucional, pero no todavía en las prácticas, sociabilidades y garantías de una ciudadanía efectiva. Algunas de las voces de la época permiten ver un gobierno que hablaba el idioma de la república mientras administraba la competencia mediante patronazgos y pactos, en un escenario donde el presidente negociaba tanto como mandaba y los liderazgos provinciales conservaban márgenes reales de autonomía. Así, lo que la lectura clásica presentaba como centralización omnímoda cede ante una escena más precisa —acuerdos, rupturas, intervenciones federales y sucesiones arregladas— que producían una república "de papel", sostenida en instituciones modernizadoras (Banco Nación, UIA) y en un urbanismo ejemplarizador, pero con ciudadanía restringida. En esa escala provincial, la fundación de La Plata condensa el ideario de organización y progreso y, a la vez, las tensiones de un régimen que debía negociar su propio principio de autoridad con notables, municipios, parroquias y periódicos. Las tensiones en la obra de D'amico exhiben los

límites de la palabra oficial cuando no hay sujetos que la encarnen. Donde el relato liberal prometía un ciudadano abstracto, aparecen cuerpos situados, votos administrados y una competencia que transcurre dentro del partido hegemónico. Esa brecha entre república legal y república vivida explica tanto la crisis del '90 como la deriva que culmina en la Ley Sáenz Peña: menos un punto de llegada que un intento de alinear la arquitectura jurídica con una experiencia cívica legitimadora.

El gran vacío que señala es el de la identidad cívica compartida, sin la cual ni la república ni la nación podían sostenerse más que como ficciones dominadas por una minoría. Por eso, su obra sigue siendo relevante: plantea, en el corazón del liberalismo triunfante del siglo XIX, la pregunta incómoda por el contenido real de las instituciones y por la exclusión de la mayoría en la vida política[13].

Imágenes fundacionales: Contrastes entre documento y ficción en la construcción de la memoria platense.

Estas tensiones se proyectaron de forma paradigmática en el contraste entre dos imágenes fundacionales: la fotografía de Thomas Bradley y la pintura de Quircio Cénni. La primera documenta un acto sobrio y militarizado, carente de figuras políticas nacionales de peso y marcado por una solemnidad administrativa. La fotografía de Thomas Bradley durante la ceremonia fundacional del 19 de noviembre de 1882 muestra una escena al aire libre, con un escenario central decorado con banderas, flanqueado por una multitud predominantemente militar. Desde el punto de vista compositivo, la imagen transmite una atmósfera ordenada, solemne y austera. La centralidad del palco sugiere la importancia de la institucionalidad y del acto cívico, aunque se percibe una notable ausencia de figuras nacionales

13 D'Amico, Carlos. (1890). Buenos Aires: Sus hombres, su política [1860-1890]. Buenos Aires: Americana. Y su menos conocido: D'Amico, C. Dr. (1895) Siete años en el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires. Tomo I. Buenos Aires. Imprenta, Litografía y Encuadernación Jacobo Peuser.

de peso político. La mirada de Bradley registra un momento que parecería anodino si se lo compara con las expectativas monumentales que luego se plasmarán en el relato oficial. La fundación aparece como un hecho administrativo más que como una gesta patriótica. Este tipo de imágenes, al carecer de densidad simbólica, resultaron difíciles de integrar a la narrativa nacionalista que se fue consolidando en las décadas posteriores. En cambio, operaron como testimonios de una fundación "desangelada", desconectada del fervor popular o del consenso político nacional.[14]

En cambio, en clara contraposición a la sobriedad documental de la fotografía, la pintura encargada a Quircio Cénni por Rocha representa una escena colmada de símbolos patrios, multitudes idealizadas y figuras que, en su mayoría, no estuvieron presentes en el acto real. El palco central aparece ornamentado con guirnaldas azules y blancas, y rodeado por delegaciones militares, civiles y religiosas. La estética es deliberadamente alegórica: se trata de una fundación como debería haber sido. La iconografía responde a un propósito político: legitimar la fundación como gesto nacional y no meramente provincial. El artificio pictórico repara la ausencia de Roca y de otros líderes nacionales, construyendo una ficción retrospectiva de unidad y consenso. Este tipo de representaciones forman parte de una estrategia de "densificación simbólica" que busca dotar a la ciudad de un pasado heroico, funcional a su inscripción en la narrativa nacional. La pintura de Cénni puede leerse como un intento de "porteñización invertida": una apropiación

14 (véase Figura 1 en Anexos) Fuente: https://laplatamagica.ar/?page_id=805. Imagen restaurada por Roberto Abrodos sobre la base de las fotografías de Bradley. (véase Figura 2 en Anexos) Fuente: https://laplatamagica.ar/?page_id=805. Imagen restaurada por Roberto Abrodos sobre la base de las fotografías de Bradley. (véase Figura 3 en Anexos) Fuente: https://laplatamagica.ar/?page_id=805. Imagen restaurada por Roberto Abrodos sobre la base de las fotografías de Bradley. (véase Figura 4 en Anexos) Fuente: Tomás Bradley. http://archivofotografico.mosp.gba.gov.ar/ . (véase Figura 5 en Anexos)

Fuente: Tomás Bradley. http://archivofotografico.mosp.gba.gov.ar/ . (véase Figura 6 en Anexos)

Fuente: https://laplatamagica.ar/?page_id=805. Imagenes restauradas por Roberto Abrodos sobre la base de las fotografías de Bradley.

estética del lenguaje monumental de Buenos Aires, pero puesta al servicio de fundar una capital alternativa. La escena no solo representa una comunidad idealizada, sino que también proyecta una identidad nacional desde una ciudad que aún no la tenía. Se construyó una escena idealizada y monumental, con delegaciones civiles, militares y religiosas, banderas patrias y un Dardo Rocha heroizado. Esta obra funcionó como una operación que reescribía la fundación como gesta nacional, apropiando el lenguaje monumental porteño para legitimar la fundación de la nueva capital bonaerense como un acto patriótico y consensuado.

El examen detallado de la pintura de Cénni revela la puesta en escena de un amplio abanico de representantes de la elite social, económica y política de la Argentina de 1882. En el primer plano, la multitud masculina vestida de riguroso frac y galera no es un detalle meramente ornamental: simboliza la presencia de la clase dirigente provincial y nacional, los hombres "notables" que daban forma al Estado liberal. Son abogados, políticos, jueces, funcionarios y empresarios que articulaban el poder local con el nacional, presentados como una masa homogénea y respetuosa, dispuesta a legitimar el acto fundacional.

También destaca la inclusión muy visible de delegaciones militares con uniformes formales y soldados montados, representando la dimensión coercitiva del Estado y recordando el papel del ejército en la consolidación territorial y en la pacificación interior que precedió a la fundación. El orden impecable de los caballos, la marcialidad de los uniformes y la solemnidad de los gestos remiten a un dispositivo de autoridad que garantizaba el avance civilizatorio, borrando toda huella del conflicto que subyacía a la federalización y a la disputa con Buenos Aires.

En el centro de la composición, el palco monumental concentra la acción simbólica más decisiva: Dardo Rocha preside la ceremonia, rodeado de funcionarios, clérigos con vestimentas litúrgicas y niños de coro que

otorgan legitimidad religiosa al acto civil. Esa combinación de poder político y autoridad eclesiástica sella el consenso moral que la escena pretende construir. El momento de la firma de documentos y la bendición de la piedra fundamental se convierten en rito fundacional, cargado de solemnidad y monumentalidad.

En planos más lejanos, el pintor introduce delegaciones de sociedades mutuales y banderas extranjeras, particularmente italianas y francesas, con sus estandartes y pendones. Este detalle no es menor: funciona como alegoría de la integración inmigratoria y la proyección cosmopolita que las elites querían para la ciudad. La presencia de mujeres con sombrillas y atuendos elegantes en el público remite a la modernidad urbana, pero también reitera la separación de roles y jerarquías de género en la representación del cuerpo social.

Así, la pintura despliega un repertorio completo de signos: poder político, autoridad militar, legitimidad religiosa, modernidad europea, integración inmigratoria y civilidad urbana. En conjunto, se construye una escena donde las clases dirigentes se muestran unidas y homogéneas, en un acto patriótico y consensuado. Es una proyección deliberada de lo que la fundación "debió ser" más que de lo que efectivamente fue. En este sentido, la pintura no documenta la realidad del acto, sino que la sustituye con una ficción visual de comunidad armónica y jerárquica, que reescribe el evento para naturalizar el poder de la elite y legitimar la nueva capital como enclave moderno, civilizado y nacional.

Esta operación pictórica consolida el relato hegemónico del Estado provincial en formación, inscribiendo a la urbe platense en una narrativa nacional que exalta la modernidad y el progreso mientras oculta los conflictos, exclusiones y tensiones sociales que acompañaron su surgimiento

Esta imagen celebratoria de la Fundación de La Plata constituye un ejemplo paradigmático de las operaciones simbólicas que sostuvieron el

proyecto identitario de la ciudad como capital planificada. Presentada como registro histórico, funciona más bien como construcción narrativa y montaje visual que organiza la experiencia social en un relato hegemónico. En ese sentido, la imagen no es un espejo inocente de lo real, sino un dispositivo de visibilidad que al mismo tiempo muestra y oculta, evidencia y silencia.[15]

En esta pintura, la ceremonia fundacional se dispone como escena ordenada, con autoridades perfectamente alineadas, banderas argentinas al viento, arquitectura efímera que sugiere monumentalidad, y un público popular encuadrado y festivo. La composición impone un sentido inequívoco de unidad cívica y consenso social. Sin embargo, esta aparente transparencia borra las tensiones políticas y sociales de la época: la resistencia porteña a la federalización, las pugnas internas de la elite bonaerense, y las desigualdades que acompañaron el proceso de modernización.

Toda la escena debe leerse como un montaje que articula temporalidades y aspiraciones: en ella, el presente se proyecta hacia un futuro deseado —la modernidad, el progreso, la civilización— y al mismo tiempo se inscribe en una genealogía imaginada de nación unificada. Pero para lograr esa continuidad simbólica, la pintura elimina cualquier rastro de conflicto o heterogeneidad social, produciendo una ficción de comunidad homogénea y armónica.

Esta operación no es accidental: corresponde a la lógica del proyecto fundacional de La Plata como capital planificada que pretendía, en su

15 Didi-Huberman, G. (2008). Ante el tiempo. Historia del arte y anacronismo de las imágenes (Trad. M. González García). Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora. La perspectiva de Georges Didi-Huberman resulta fundamental para analizar este tipo de imágenes, en tanto permite problematizar la relación entre representación y poder, visibilidad e invisibilidad. Su enfoque nos recuerda que las imágenes construyen ficciones de verdad: no solo documentan hechos, sino que los organizan en relatos que legitiman posiciones sociales y políticas. Leer la pintura de la fundación de La Plata como montaje simbólico permite desmontar la narrativa de consenso y progreso, revelando las tensiones y exclusiones sobre las que se construyó la identidad urbana y provincial.

trazado geométrico y sus monumentos, materializar un ideal de orden y racionalidad. La imagen se convierte así en parte del dispositivo de legitimación estatal, naturalizando la hegemonía de la elite letrada y política que promovía la ciudad como emblema de modernidad bonaerense y argentina.

Al analizar esta pintura como documento visual, podemos interrogar no solo lo que muestra sino lo que oculta: las experiencias de los sectores populares, los inmigrantes, los trabajadores que construirían la ciudad y la habitarían de modos no previstos. De este modo, la imagen no solo narra un acto político-administrativo sino que participa activamente en la producción de una memoria oficial que define qué significa "ser platense", anclando esa identidad en valores de civilización, progreso y unidad que se construyen como verdades autoevidentes pero que deben ser históricamente problematizadas.[16]

De la Ciudad Planificada a la Ciudad Vivida: Consolidación Social y Cultural

A pesar de esta génesis planificada y de las percepciones críticas iniciales, la ciudad planificada se consolidó progresivamente como un espacio social y cultural complejo entre las décadas de 1920 y 1950. Fue en este período cuando la ciudad empezó a articular una identidad más definida, menos dependiente de la comparación con Buenos Aires y más enraizada en la experiencia cotidiana de sus habitantes.

El crecimiento demográfico y la expansión de las clases medias fueron factores decisivos. Empleados públicos, profesionales, comerciantes y

16 (véase Figura 7 en Anexos) Fuente: Oleo Fundación, Museo y Archivo Dardo Rocha. (véase Figura 8 en Anexos) Fuente: Oleo Fundación, Museo y Archivo Dardo Rocha. (véase Figura 9 en Anexos) Fuente: Detalles del Óleo de la Fundación. Realización propia sobre la base del original. (véase Figura 10 en Anexos) Fuente: Detalles del Óleo de la Fundación. Realización propia sobre la base del original.

sectores populares en ascenso articularon un nuevo tejido social, marcado por la cultura del consumo y por la apropiación de bienes durables (automóviles, radios, electrodomésticos), facilitada por mejoras en la infraestructura energética y por políticas estatales como las del peronismo.

La vida social se estructuró en una red de espacios de sociabilidad y pertenencia. Los clubes sociales y deportivos, protagonistas del esplendor urbano entre 1920 y 1940, funcionaron como lugares de integración social y construcción de identidad. La rivalidad futbolística entre Estudiantes y Gimnasia se volvió un rasgo distintivo de la cultura local, mientras que otros deportes como el rugby o el ajedrez consolidaron asociaciones duraderas. La fuerte inmigración italiana, española y vasca dio lugar a sociedades mutuales que preservaban tradiciones culturales y ofrecían redes de apoyo y sociabilidad. La expansión urbana creó nuevas identidades barriales, articuladas en torno a instituciones comunitarias como el Círculo Cultural Tolosano en Tolosa o los clubes de Villa Elvira, consolidando formas locales de organización y memoria.

A este entramado se sumaron los espacios culturales letrados, en particular las bibliotecas populares, que funcionaron como ámbitos de socialización, formación cívica y producción de lazos barriales. Estas instituciones, muchas veces impulsadas por iniciativas vecinales con apoyo estatal, fueron nodos importantes en la circulación de saberes, la promoción de valores morales y la organización de actividades colectivas que reforzaban sentidos de pertenencia local y ciudadanía. Su funcionamiento mostraba la capacidad de los sectores populares y las clases medias para apropiarse de la cultura escrita y adaptarla a sus propias necesidades, al tiempo que exponía tensiones ligadas a jerarquías de género, distinciones sociales y proyectos educativos. Las bibliotecas no solo ofrecían acceso a libros o conferencias: configuraban espacios donde se negociaban modelos de civilidad y se consolidaban identidades barriales y urbanas, articulando

la vida cotidiana con el ideal moderno de la ciudad letrada[17].

Los bares, cines y teatros, como el Coliseo Podestá o el Teatro Argentino, se convirtieron en lugares de encuentro y circulación de ideas, estructurando una vida cultural intensa que incluía la bohemia artística e intelectual de los años 40. De este modo, la ciudad fue apropiándose y transformándose en un espacio vivido, donde el proyecto fundacional se resignificaba en la vida cotidiana.

La Universidad y la Construcción de una Élite Local

La Universidad Nacional de La Plata, nacionalizada en 1905, desempeñó un papel central en la producción simbólica de la identidad local. Fue motor de modernización cultural y científica, consolidando la imagen de la ciudad como "Atenas argentina" o "nuestro Oxford". Su influencia se extendió más allá del ámbito académico, moldeando la formación de una élite local con alto capital educativo y con redes que combinaban la docencia universitaria, el ejercicio profesional y la gestión pública. La construcción de la Universidad Nacional de La Plata fue mucho más que un hito educativo: fue un proyecto cultural y político que aspiraba a modelar

17 La investigación de Ayelén Fiebelkorn sobre las bibliotecas populares platenses durante el período de entreguerras constituye un aporte indispensable para pensar las identidades platenses desde una perspectiva de historia social y cultural. Su análisis de estos espacios como "prismas" a través de los cuales se entretejen prácticas de sociabilidad, valores morales y jerarquías de género permite recuperar la densidad de las interacciones entre Estado, sociedad civil y mercado en la construcción de identidades urbanas. Además, su enfoque microhistórico revela las formas en que la cultura letrada, el asociacionismo barrial y las políticas estatales de fomento cultural contribuyeron a la configuración de sentidos de pertenencia que, lejos de ser homogéneos, se muestran atravesados por tensiones, apropiaciones diferenciales y disputas de significado. Este enfoque resulta clave para articular la problemática de las identidades platenses con el más amplio proceso de construcción del ser bonaerense y del proyecto de identidad nacional en la Argentina de entreguerras: Fiebelkorn, A. (2021). ¿Faros en la ruta de la cultura? Bibliotecas populares platenses en la trama de sociabilidades y construcciones identitarias urbanas durante el período de entreguerras (Tesis de posgrado). Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Memoria Académica. https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.2067/te.2067.pdf

un orden social moderno desde la ciencia, la educación y el urbanismo. Pensada como parte de la capital planificada, la universidad se convirtió en un dispositivo de legitimación estatal que articulaba saber científico y autoridad política, proyectando una imagen de progreso, racionalidad y civilización.

Su campus, sus edificios monumentales y su trama institucional expresaban en piedra y reglamentos la voluntad de las elites provinciales de dotar a Buenos Aires de una capital digna y moderna. Pero también funcionaba como un laboratorio social: buscaba disciplinar, incluir y seleccionar a sus futuros ciudadanos. Desde los colegios secundarios que nutrían sus aulas hasta las facultades especializadas, la universidad materializaba el ideal positivista de control y modernización, canalizando el saber científico para moldear subjetividades "adecuadas" al orden liberal.

Esta universidad no solo formó profesionales para el Estado provincial, sino que produjo una cultura científica propia, asociada a redes internacionales pero localmente anclada. Esa "ciudad universitaria" que se consolidaba en la capital era al mismo tiempo un espejo del proyecto estatal y un escenario de tensiones y contradicciones: entre inclusión y exclusión, entre la apertura reformista y el elitismo científico, entre la aspiración universalista y la consolidación de una identidad provincial.

El carácter experimental y planificado de la universidad fue central para forjar las elites intelectuales platenses. Abogados, médicos, ingenieros y profesores se formaron allí, pero también se conformaron códigos de distinción cultural y redes de sociabilidad que reforzaron un sentido local de pertenencia. La Universidad Nacional de La Plata, en suma, fue tanto un motor de modernización como un espacio de reproducción de jerarquías sociales, un terreno de disputa simbólica donde se construía la identidad

platense en clave de modernidad, ciencia y orden.[18]

El análisis de la publicación "Quién es Quién en La Plata" (1972) permite reconstruir los perfiles de esta élite, integrada mayoritariamente por hombres con formación universitaria en derecho, medicina, contabilidad o ingeniería, pero que también incluía, sorprendentemente, a mujeres. Estas mujeres, mayoritariamente egresadas como maestras normales, a menudo provenientes de clases medias, no solo enseñaban, sino que participaban activamente en redes de sociabilidad cultural y de ayuda social, desafiando parcialmente la segregación de género de la época. Entre los procesos de consolidación social y cultural de la ciudad durante el siglo XX destaca la configuración de una élite intelectual y profesional que no solo se limitó a los varones universitarios formados en derecho, medicina o ingeniería, sino que incluyó también a mujeres formadas como maestras normales. El análisis de fuentes como anuarios biográficos locales revela cómo este sector femenino, mayoritariamente de clases medias, se incorporó a la trama de las élites urbanas a partir de su capital cultural y sus redes de sociabilidad. Las trayectorias de estas maestras mostraban no solo su participación en la enseñanza primaria y en el nivel medio, sino también su inserción en actividades culturales, literarias, periodísticas y de beneficencia, así como su desempeño en asociaciones profesionales y gremiales. Estas trayectorias heterogéneas evidencian tanto la posibilidad de ascenso social relativo como las limitaciones estructurales de género, marcadas por la segregación

18 Este enfoque se apoya en el trabajo de Gustavo Vallejo, quien analiza la Universidad Nacional de La Plata como un experimento de modernidad controlada y como un dispositivo de legitimación del orden social, donde saber científico, urbanismo y poder político se articularon para modelar subjetividades y producir consensos. Su estudio permite pensar la universidad no solo como institución educativa, sino como escenario clave de la construcción de las elites locales y de la identidad platense, en diálogo con otras investigaciones sobre las trayectorias docentes, intelectuales y profesionales que conformaron una cultura urbana distintiva. Cfr: Vallejo, G. (2005). Escenarios de la cultura científica: La ciudad universitaria de La Plata. Historia de un experimento controlado de la modernidad en Argentina (Tesis doctoral). Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Disponible en http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.225/te.225.pdf

vertical en el sistema educativo y la dificultad para acceder a los cargos jerárquicos más altos. El estudio de estas biografías colectivas, aunque dependiente de una fuente producida con fines laudatorios y por ello sesgada en su selección de "notables", aporta una perspectiva indispensable para comprender las transformaciones culturales de la ciudad y la formación de identidades platenses complejas, que articularon proyectos estatales de modernización educativa, aspiraciones de ascenso social y redes de sociabilidad local.

Al mismo tiempo, es necesario reconocer que la vida intelectual platense no se limitó a los ámbitos académicos o universitarios. Existió también una tradición significativa de sectores letrados y de actores culturales que, aun careciendo de titulación universitaria formal, desarrollaron una vasta actividad intelectual en la ciudad. Periodistas, escritores, maestros normales, poetas, activistas sociales y gestores culturales participaron en la construcción de espacios de sociabilidad, en la creación de publicaciones locales y en la promoción de debates políticos e identitarios que consolidaron una esfera pública propia. Esta vertiente no académica de la cultura letrada fue clave para articular visiones del ser platense y bonaerense, sosteniendo iniciativas culturales con proyección provincial y nacional, y alimentando tradiciones populares y democráticas que complejizaron el mapa intelectual local. Asimismo, la dinámica cultural de la ciudad incluyó iniciativas que permitieron a sectores intelectuales locales intervenir activamente en la definición de símbolos nacionales. Entre ellas se destaca el rol de una asociación literaria y cultural fundada en la década de 1920, cuyos miembros promovieron la revalorización de la figura del gaucho como emblema de la tradición argentina. Esta agrupación, compuesta por escritores, poetas y gestores culturales vinculados a redes políticas locales y provinciales, impulsó campañas públicas, actos conmemorativos, exposiciones y publicaciones que articularon la cultura letrada con el folclore popular. Su propuesta de instituir un "Día de la Tradición" en la provincia de Buenos Aires cristalizó en la sanción de una ley provincial en 1939, consagrando oficialmente al

gaucho como símbolo de la argentinidad y consolidando su lugar en el panteón cívico nacional.[19]

Este proceso muestra la capacidad de la ciudad de La Plata para proyectar sentidos nacionales desde el ámbito local, al mismo tiempo que evidencia las negociaciones ideológicas entre liberalismo y nacionalismo que convivieron en la misma agrupación. La promoción del gaucho como héroe nacional incorporaba referencias tanto a la gesta independentista como a valores morales asociados a la ruralidad, en tensión con el cosmopolitismo urbano. Estas iniciativas revelan cómo las elites intelectuales platenses, articuladas con actores estatales y redes políticas, construyeron desde la ciudad narrativas de pertenencia nacional y provincial, transformando a la ciudad universitaria en un espacio activo de producción de identidades colectivas con iniciativas como la Agrupación Bases, fundada en 1928 por seguidores de Pedro Bonifacio Palacios (Almafuerte), mostrando a diversos grupos de la élite intelectual local interviniendo en la construcción de símbolos nacionales desde la ciudad. Constituida alrededor del legado poético y moral de Almafuerte, la Agrupación Bases operó como un taller de sociabilidades letradas desde el cual la capital bonaerense ensayó una verdadera pedagogía de la argentinidad. Al conseguir en 1939 la consagración provincial del 10 de noviembre, no solo fijó una fecha en el calendario: activó un dispositivo de canonización (la gauchesca como emblema, José Hernández como referente) que articuló escuelas, prensa, museos y ceremoniales públicos, y convirtió a la efeméride en ritual de pertenencia. Más que irradiar prestigio, ese círculo mostró cómo una urbe administrativa y universitaria podía instituir gramáticas cívicas y exportarlas más allá de su jurisdicción, acumulando capital simbólico

19 Casas, M. (2010). Las Bases de la tradición. El rol de la Agrupación Bases en la consolidación del gaucho como símbolo nacional. Provincia de Buenos Aires. 1939. Cuadernos de Sur – Historia, (39), 55–72. Este estudio resulta especialmente valioso para comprender cómo ciertas elites intelectuales locales buscaron consolidar visibilidad pública y autoridad cultural mediante la construcción de símbolos nacionales, manteniendo al mismo tiempo la tensión característica entre sus redes privadas de sociabilidad letrada y la aspiración de intervenir en la esfera pública.

al mediar entre Estado y asociaciones civiles. La operación, típica de la Argentina de entreguerras, combinó devoción, cálculo y disputa por la representación: invención de tradiciones, reescritura de repertorios sensibles y construcción de autoridad cultural en clave local, para intervenir —con eficacia— en la definición de lo nacional.

La iniciativa de promover el Día de la Tradición no puede separarse de su carácter de proyecto surgido en un enclave urbano con funciones de capital provincial, que le confería recursos institucionales y legitimidad simbólica para proyectar sentidos identitarios hacia el conjunto de Buenos Aires. Al proponer al gaucho como figura emblemática de la argentinidad, la Agrupación Bases articulaba la relación entre la ciudad capital y las zonas rurales de la provincia, apropiándose de una imagen campesina para integrarla al relato cívico nacional. Sin embargo, esa construcción simbólica implicó una operación de transformación cultural: frente al gaucho rebelde y contestatario del Martín Fierro, que se alzaba contra el poder del Estado, se consolidó la figura idealizada y moralizada de Don Segundo Sombra, presentada como custodio de valores tradicionales y sostén del ser nacional. De este modo, el análisis de esta experiencia permite problematizar cómo la cultura urbana letrada de La Plata participó activamente en la configuración de un imaginario nacional, negociando y reconfigurando representaciones rurales para producir un relato integrador, pero disciplinado de la identidad argentina.

La reconstrucción de trayectorias como la de Juan Francisco Jáuregui permite ampliar la mirada sobre las élites intelectuales platenses, destacando su inserción simultánea en circuitos profesionales, estatales y culturales. Jáuregui, con origen rural e itinerario de maestro sin estudios secundarios, se consolidó como funcionario provincial y referente educativo en la capital provincial, participando en instituciones públicas como el Consejo General de Educación o la Escuela Normal Popular. Su capacidad para articular redes intelectuales y políticas se expresó en vínculos con figuras

como Juan Cendoya, poeta vinculado al grupo de Boedo y posteriormente periodista central del Diario El Argentino. La capital bonaerense funcionó como plataforma donde estos actores no solo ejercieron su oficio, sino que consolidaron familias, sociabilidades y carreras, proyectando su influencia más allá de la ciudad. Esta dinámica subraya la especificidad de una elite letrada que, al tiempo que disputaba posiciones en el Estado provincial, se anclaba en el espacio urbano local para producir y reproducir formas de capital cultural, redefiniendo las identidades platenses a partir de trayectorias que combinaban movilización social, militancia cultural y ejercicio de funciones públicas y privadas.

Memoria y Representación: Tensiones entre el Proyecto y la Experiencia

La memoria cultural platense se ha construido sobre la base de esta tensión constitutiva entre el diseño planificado y la experiencia vivida. El mito de la ciudad utópica y moderna persiste en su trazado urbano y en sus monumentos, pero dialoga con las críticas a su artificialidad inicial. La literatura ha sido un espacio privilegiado para elaborar estas tensiones: desde las descripciones celebratorias de principios de siglo hasta las miradas críticas de escritores como Arlt o Martínez Estrada, que subrayaron la dimensión vacía o desalmada del proyecto original.

La literatura escrita en, desde y sobre la ciudad constituye un insumo fundamental para pensar la construcción de las identidades platenses en clave dinámica y conflictiva. En el registro cultural se expresa con particular densidad esa tensión constitutiva entre el diseño estatal planificado y la experiencia cotidiana de los habitantes. Muchas de las escrituras literarias, sobre y desde La Plata, condensan sensibilidades históricas compartidas, afectos, frustraciones y expectativas que, aun siendo individuales, remiten a un horizonte colectivo propio de la modernidad periférica.

En la mayoría de los escritores y literatos de la ciudad se advierte la persistencia del mito fundacional de la ciudad racional y monumental, pero filtrado por miradas críticas, melancólicas o irónicas que exponen sus fisuras. Así, el gesto monumental se revela a veces como vacío escenográfico, como en las imágenes que resaltan la geometría excesiva o la soledad de sus diagonales al atardecer, o en las descripciones de estaciones ferroviarias que funcionan como umbrales de una identidad partida entre Buenos Aires y la urbe platense. El lenguaje literario aquí actúa como materialización cultural, transformando el trazado urbano en escenario simbólico donde se inscriben experiencias de migración interna, ascenso social y desencanto modernizador.

Estas representaciones exhiben la coexistencia de elementos dominantes, residuales y emergentes en la construcción del sentido platense. El dominante, sostenido por el Estado y la elite local, articula la monumentalidad como signo de civilización y progreso. Lo residual aflora en evocaciones del campo bonaerense, en la nostalgia por la pampa previa al alambrado y a la ciudad, o en la figura del gaucho que resiste domesticaciones. Lo emergente se reconoce en las voces que tensionan esa narrativa de progreso, denunciando desigualdades sociales, especulación inmobiliaria, desplazamientos de barrios enteros o la violencia implícita en la promesa civilizatoria.

En este registro, la hegemonía no aparece como imposición lisa y llana, sino como proceso complejo, donde el discurso oficial es negociado, parodiado o subvertido. La larga revolución urbana de La Plata se manifiesta, así, como proceso inmanente, donde las representaciones no se limitan a reflejar la ciudad, sino que participan activamente en su producción simbólica. Los cuentos y poemas recuperan bares, plazas, estaciones, clubes, prostíbulos, ferias y bibliotecas como escenarios de sociabilidad popular y de apropiación conflictiva del espacio. Las voces que habitan estos textos —desde las más celebratorias hasta las más críticas— revelan la heterogeneidad

de una ciudad que se pensaba moderna y europea pero que se descubría mestiza, popular, periférica.[20]

El corpus de la literatura platense, vuelve visible la memoria urbana como un campo de disputas: mientras algunos relatos legitiman el proyecto fundacional exaltando el orden y la monumentalidad, otros subrayan el fracaso, la frialdad burocrática o el extrañamiento del espacio planificado. Este cruce de perspectivas permite pensar la identidad platense como resultado de una tensión constitutiva entre proyecto y experiencia, Estado y sociedad, planeamiento y vida cotidiana, inscrita en la cultura material y en las prácticas simbólicas.

La memoria colectiva se nutre no solo de estos grandes relatos, sino de las prácticas sociales, los lugares de memoria y las experiencias cotidianas. Clubes, bares, plazas y calles se convirtieron en espacios de sociabilidad y de construcción de identidades barriales y locales. El consumo, el asociacionismo y la cultura popular de mediados de siglo contribuyeron a consolidar una identidad platense más propia y menos subordinada a la comparación con Buenos Aires.

La construcción de la identidad platense fue y sigue siendo un proceso complejo, conflictivo y dinámico. Surgida como un proyecto político-

20 El uso de los conceptos de Raymond Williams —estructura de sentimiento, hegemonía, materialismo cultural, y las categorías de dominante, residual y emergente— resulta clave para analizar la construcción de identidades en La Plata, ya que permite pensar la cultura urbana no solo como reflejo sino como campo de disputa activa por el sentido. Estos marcos permiten atender a la dimensión afectiva y simbólica de la ciudad planificada y vivida, identificando tensiones entre el proyecto estatal y la experiencia cotidiana, y reconociendo la coexistencia de tradiciones, resistencias y formas emergentes de vida urbana. Pensar La Plata desde estos registros posibilita historizar la producción de su memoria social y de sus identidades locales como procesos conflictivos, materiales y dinámicos, atravesados por las relaciones de poder que articularon Estado, sociedad y mercado en la Argentina moderna. Cfr: Williams, R. (1980). Marxismo y literatura (Trad. J. C. Velasco). Barcelona: Península. Williams, R. (1988). Cultura y materialismo (Trad. R. Gamero). Barcelona: Peninsula. Williams, R. (1980). Marxismo y literatura (J. C. Velasco, trad.). Barcelona: Península. Williams, R. (1992). La larga revolución (L. M. Pignataro, trad.). Barcelona: Península.

administrativo cargado de simbolismo, pero contradictorio en densidad social, la ciudad hizo a sus habitantes y sus habitantes fueron creados por ella en un espacio vivido y significativo.

Esta identidad se construyó en diálogo permanente entre el plano utópico y la vida cotidiana, entre la afirmación provincial y la inscripción nacional, entre la voluntad estatal y las prácticas sociales. Fue moldeada por el crecimiento de las clases medias, la vida asociativa, la cultura del consumo, la producción intelectual y artística, y por la capacidad de sus habitantes para resignificar el proyecto fundacional en sus propios términos.

En última instancia, el problema de "ser platense" no puede entenderse sin atender a estas tensiones estructurales entre lo local, lo provincial y lo nacional, que hicieron de La Plata no solo un objeto de planificación estatal, sino también un campo de producción cultural y de construcción identitaria en el corazón mismo del Estado argentino moderno.[21]

21 de Diego, J. L. (Dir.). (2019). La Plata: Una geografía literaria. La Plata: Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales, Malisia Editorial. La reunión de estas escrituras en un volumen colectivo constituye en sí misma un objeto cultural relevante para el estudio de las identidades platenses. Al articular voces diversas —algunas reconocidas en el campo literario nacional, otras más locales o marginales—, el libro problematiza la idea de un canon de escritores platenses y la posibilidad de delinear una elite intelectual con proyección regional, nacional o incluso internacional. Esta antología permite observar cómo la ciudad ha funcionado como espacio de formación, residencia o tránsito de escritores que no solo narraron La Plata sino que la constituyeron como escenario simbólico y como objeto literario. Además, el libro revela la tensión entre el deseo de reconocimiento nacional y la construcción de una identidad literaria local específica. La Plata aparece tanto como enclave periférico que busca inscribirse en el mapa cultural argentino, como laboratorio de experiencias y sensibilidades propias, en diálogo con la modernidad bonaerense y los imaginarios nacionales. Así, el gesto de compilar estas obras no solo rescata voces dispersas sino que construye un archivo cultural que da cuenta de las disputas por definir quién escribe La Plata, cómo se la representa y qué identidades se legitiman o se invisibilizan en ese proceso.

La celebración de la victoria aliada en la ciudad planificada: la marcha de los italianos en 1918

El diario platense El Argentino, en la nota titulada "La celebración de la Victoria – Homenaje a Italia – Grandiosa manifestación", documentó la movilización de la colectividad italiana en noviembre de 1918 y dejó registro de su escala, de la intervención de sus asociaciones y de cómo el armisticio se tradujo en ocupación del espacio público y en rituales cívicos.[22] Desde temprano, delegaciones de sociedades italianas, agrupadas por región de origen y por asociación mutual, se reunieron con estandartes y banderas, marchando en columnas organizadas que partieron de la Plaza San Martín. El cronista enfatiza la "gran concurrencia" y el orden casi militar del desfile, con bandas de música que ejecutaban marchas e himnos. Al pasar frente a la Casa de Gobierno provincial —decorada con guirnaldas y escudos—, la columna se detuvo para vitorear al Gobernador y a las autoridades que saludaban desde los balcones.

Las fotografías en la página —inequívocas— muestran multitudes apretadas bajo un sol de primavera tardía, banderas tricolores que flamean en alto, estandartes de sociedades italianas, delegaciones con cintas, charreteras, sombreros de ala ancha y bombines. Hay hombres con trajes oscuros y boinas, mujeres con vestidos claros y pañuelos en la cabeza, niñas y niños que se asoman entre la multitud.

La columna había partido temprano desde la Plaza San Martín, donde las agrupaciones italianas se habían dado cita con un orden que impresionaba a los cronistas: cada sociedad desfilaba con su estandarte bordado, con músicos que ejecutaban marchas militares y con una coordinación casi marcial. Había delegaciones de piamonteses, lombardos, genoveses, sicilianos, calabreses, cada una con sus símbolos regionales, pero también con la bandera tricolor unificadora: verde, blanca y roja.

22 El Argentino, 18 y 19 de Noviembre de 1918.

El sonido de los tambores y los clarinetes se mezclaba con los vítores, los coros improvisados, el murmullo de los curiosos. El diario describe el paso solemne de la columna frente a la Casa de Gobierno provincial: un edificio decorado con guirnaldas, banderas argentinas e italianas entrelazadas. Desde los balcones, el Gobernador y otros funcionarios saludaban, devolvían sombreros al aire, sonreían. El gentío se detenía unos instantes para aplaudir, vitorear, lanzar "vivas" a Italia y a la Argentina.

El desfile continuaba luego por la Diagonal 74, avanzando como un río humano hacia la Plaza Italia. Allí se había erigido un palco adornado con flores y banderas. Unos subían a hablar, en italiano y en castellano, intercalando expresiones apasionadas: "¡Viva la Italia victoriosa!", "¡Viva la República Argentina!", "¡Abajo la tiranía!".

El diario consigna con detalle la participación de las sociedades italianas más antiguas de la ciudad, mutuales, círculos regionales y asociaciones patrióticas que habían surgido para ayudar a los inmigrantes en la enfermedad, en el desempleo o en la muerte, pero que en esa jornada se mostraban como redes de sociabilidad y movilización política.

La escena tenía algo carnavalesco y solemne a la vez. Las familias enteras marchaban con los estandartes, entre paraguas abiertos para el sol, sombreros de paja, carritos de vendedores ambulantes. Había vendedores de bebidas frescas y de pasteles, muchachos que saltaban para ver el palco, ancianos con medallas de sociedades mutuales, curas que bendecían el acto. Los cronistas destacaban el "orden ejemplar" y el carácter pacífico y entusiasta del público.

El momento culminante fue la interpretación de La Marsellesa y del Himno Nacional Argentino. Los músicos afinaban a las apuradas, se formaba un silencio expectante, la multitud se volvía hacia la banda. Cuando comenzaban los primeros acordes, el gentío se ponía de pie, se descubría la cabeza. Muchos cantaban con voz firme, otros murmuraban la letra, algunos lloraban.

La Marsellesa resonaba con su llamado a las armas de los pueblos libres contra la opresión. Había algo casi contradictorio y conmovedor en esos italianos que celebraban la victoria de su patria cantando el himno revolucionario francés, símbolo de la libertad republicana y de la lucha contra la tiranía. Según el cronista, la multitud respondía con un fervor contagioso.

El diario destaca la diversidad de sociedades representadas: asociaciones regionales (calabresas, piamontesas, lombardas, sicilianas), círculos de beneficencia, entidades patrióticas y culturales. Cada grupo portaba sus banderas tricolores y estandartes bordados con lemas alusivos a la patria italiana y a la victoria aliada. La crónica describe una multitud compacta que se extendía por varias cuadras, sumando no solo inmigrantes italianos, sino también familias argentinas, autoridades civiles y curiosos.

El momento culminante tuvo lugar en Plaza Italia, donde se erigió un palco adornado con banderas argentinas e italianas. Allí se pronunciaron discursos en italiano y castellano, celebrando la victoria de los aliados y la contribución del pueblo italiano al triunfo de la libertad y la civilización contra el militarismo germánico. El diario subraya el fervor patriótico del público, que respondía con vítores y aplausos.

Pero hay un detalle especialmente relevante: la entonación colectiva del Himno Nacional Argentino y de La Marsellesa, interpretados con solemnidad y entusiasmo. Las fotografías acompañan la narración: una muestra la multitud compacta en la plaza levantando banderas mientras entona los himnos; otra muestra la columna desfilando por la ciudad, encabezada por un gran estandarte que dice "Omaggio all'Italia".

El cronista se detiene en la dimensión simbólica del acto: es un homenaje a Italia, pero también una manifestación de adhesión a la causa aliada y un testimonio de la "hermandad" entre argentinos e italianos. La presencia

de funcionarios provinciales y municipales, así como de las autoridades consulares italianas, refuerza la idea de una celebración oficial, que inscribe la inmigración en el marco de la ciudadanía y de la alianza entre naciones democráticas.

La Marsellesa como himno republicano y universal

El canto de La Marsellesa no era un detalle menor. La Marsellesa se transformó desde el siglo XIX en un símbolo republicano de carácter casi universal. Más allá de la Revolución Francesa, su letra y música fueron apropiadas por movimientos liberales, democráticos y socialistas en toda Europa, que la entendieron como un himno a la libertad, la igualdad y la fraternidad contra el absolutismo y la tiranía.

En el contexto de la Primera Guerra Mundial, La Marsellesa se consolidó como el himno de la coalición aliada que se oponía al militarismo imperial alemán. Para las comunidades inmigrantes en Argentina, cantarla en un acto público implicaba posicionarse con claridad en favor del bloque aliado, pero también en favor de valores republicanos y democráticos compartidos.

La Marsellesa no era solo el himno de Francia: era el himno de la libertad republicana, adoptado en toda Europa como canto universal contra la tiranía, y en la Gran Guerra como símbolo de la alianza entre repúblicas y monarquías constitucionales frente al militarismo imperial. Su ejecución en la Plaza Italia no solo sellaba la adhesión a la causa aliada: era un acto político-cultural que expresaba la identificación con los valores republicanos y democráticos.

El Himno Nacional Argentino cerraba la ceremonia en una vibración de orgullo cívico: la inmigración italiana se reconocía parte de la nación argentina, le ofrecía su sangre, su trabajo y su lealtad. El diario subraya la emoción del público, que rompía en aplausos atronadores.

En Plaza Italia, la entonación de La Marsellesa junto con el Himno Nacional Argentino construía un puente simbólico entre la identidad de origen y la lealtad cívica en el país de adopción. Era un gesto de integración sin asimilación forzada: se celebraba la victoria de Italia como parte de la victoria de la libertad, se afirmaba la argentinidad de los participantes sin renunciar a la memoria cultural de su procedencia.

El canto público de La Marsellesa en la Plaza Italia, junto con el Himno Nacional Argentino, no puede reducirse a un gesto circunstancial ni a una simple adhesión política coyuntural. Más bien, revela la manera en que las comunidades de inmigrantes recreaban, en el espacio urbano platense, formas de identificación colectiva que tejían puentes simbólicos entre la memoria de origen y la lealtad al Estado nacional argentino. Este tipo de actos permite ver cómo se construían identidades complejas y superpuestas: ser italianos y ser argentinos no se vivía como una contradicción, sino como una forma de proyectar valores republicanos y democráticos en el espacio público local.

Estos gestos, cargados de afecto y solemnidad, operaban como banderas cotidianas, signos que recordaban y reproducían la pertenencia a comunidades imaginadas —ya fuera la nación argentina o la república italiana— de manera casi imperceptible pero constante. Al entonar La Marsellesa en un acto cívico, los inmigrantes italianos no solo afirmaban su lealtad a la causa aliada en la Gran Guerra: al mismo tiempo, contribuían a nacionalizar su presencia en la ciudad, inscribiéndose en una gramática compartida de republicanismo y civismo, familiar para las élites locales y coherente con la narrativa del Estado argentino como nación moderna y civilizada.

Así, actos como este no solo expresaban adhesiones políticas explícitas, sino que formaban parte de un conjunto de prácticas sociales banales —en apariencia menores— que, al reiterarse en plazas, clubes, desfiles y ceremonias, sostenían una identidad nacional concebida como natural y deseable. En el

caso platense, estos rituales compartidos ilustran la tensión entre las memorias de origen, la voluntad de integración y la afirmación de valores universales, configurando un espacio urbano en el que lo local y lo transnacional se amalgamaban en torno a símbolos que aspiraban a ser comunes.[23]

Una sociedad inmigrante en transformación

Este episodio —minuciosamente narrado por el diario— ilustra la transformación de la colectividad italiana de La Plata entre finales del siglo XIX y comienzos del XX. Inicialmente conformada por sociedades de ayuda mutua con fuerte anclaje local y regional (piamonteses, genoveses, calabreses), la inmigración italiana en la capital fue generando redes asociativas más amplias y articuladas, capaces de movilizar miles de personas en un acto político-cultural conjunto.

Ya no se trataba solo de ofrecer socorros médicos o funerarios a sus miembros: estas asociaciones se transformaban en espacios de construcción identitaria, de negociación política y de integración social. El acto de 1918 mostraba la capacidad de la colectividad italiana para presentarse ante la ciudad como un actor colectivo organizado, leal a la Argentina, pero orgulloso de su historia y cultura.

La manifestación fue también un acto de ciudadanía activa. En tiempos de guerra mundial y de crisis política interna, miles de inmigrantes

23 La noción de «nacionalismo banal» permite problematizar cómo actos públicos aparentemente simples —como el canto de himnos en ceremonias locales— funcionan como mecanismos cotidianos de reproducción de la identidad nacional. Este enfoque resulta especialmente útil para el análisis de las identidades platenses, al mostrar que las comunidades inmigrantes no solo negociaban su integración a través de actos solemnes y explícitos, sino también mediante prácticas simbólicas diarias que naturalizaban la pertenencia a la nación argentina. El análisis de estos gestos revela así las sutilezas de un proceso que articulaba memorias de origen, adhesión política y construcción de una identidad cívica compartida en el marco de una ciudad concebida como capital de la modernidad bonaerense. Cfr: Billig, M. (1995). Banal nationalism. London: SAGE Publications.

y descendientes afirmaban su pertenencia a la Nación Argentina en clave democrática y republicana. El canto de La Marsellesa reforzaba esa dimensión: se asumía como propio un himno europeo que había adquirido estatuto casi universal como canto de libertad, solidaridad y unidad de los pueblos.

Un momento de redefinición cultural en la ciudad en expansión

La movilización italiana de 1918 no ocurrió en un vacío. Era el resultado de un proceso más amplio de crecimiento urbano, económico y demográfico. Entre 1914 y 1918, la ciudad de La Plata había experimentado fuertes tensiones derivadas de la guerra mundial: interrupciones en el comercio exterior, alzas de precios, crisis de abastecimiento. Al mismo tiempo, el puerto de Ensenada y la zona industrial de Berisso se consolidaban como ejes de exportación de carne, lanas y cereales, atrayendo miles de obreros.

La ciudad se expandía hacia Villa Elisa, Los Hornos, Melchor Romero y Parque Sicardi, mientras el centro se densificaba con nuevos edificios, comercios y bancos. El crecimiento comercial y la conexión ferroviaria con Buenos Aires reforzaban la posición de La Plata como nodo en las redes capitalistas mundiales.

En ese contexto, la vida cultural se hacía más compleja: proliferaban cines y teatros, clubes deportivos como Gimnasia y Estudiantes se convertían en instituciones de sociabilidad popular, mientras clubes de élite como el Jockey Club y el Club Hípico reforzaban jerarquías sociales. Las asociaciones de inmigrantes italianos y españoles funcionaban como espacios de encuentro y de cultura, pero también como ámbitos donde se negociaban identidades plurales: argentinas, europeas, republicanas.

El acto en Plaza Italia en 1918 fue un momento de cristalización de ese proceso. Mostró que la colectividad italiana no era un bloque homogéneo ni aislado, sino parte constitutiva de una sociedad urbana moderna, diversa

y conflictiva. Su capacidad de movilización, su dimensión festiva y su discurso republicano hablaban de una ciudad en plena transformación: una ciudad que se construía como espacio de convivencia, de competencia y de negociación de múltiples capas de identidad.

Una ciudad en crecimiento, una sociedad en transformación

Pero esta escena no flotaba en el vacío. Era el resultado de una ciudad que, desde su fundación, había estado marcada por la tensión entre el proyecto administrativo y la vida real de sus habitantes.

Entre 1914 y 1918, la Gran Guerra había interrumpido líneas comerciales, encarecido el costo de la vida y generado protestas obreras por la inflación y el desabastecimiento. Sin embargo, el puerto de Ensenada y la zona industrial de Berisso se consolidaban como nodos exportadores de carnes, cereales y lanas, insertando a la urbe en las redes del capitalismo mundial.

El puerto bullía con la llegada de barcos ingleses, franceses e italianos, cargados de bienes industriales y de emigrantes retornados con relatos de trincheras y modernidad. Las fábricas de Berisso atraían miles de obreros —italianos, españoles, criollos, eslavos— que poblaban conventillos, casas colectivas y barrios obreros. Las huelgas, las sociedades de resistencia y las mutuales se multiplicaban.

La ciudad se expandía hacia el periurbano: Villa Elisa crecía como refugio de quintas de abastecimiento; Melchor Romero y Los Hornos se poblaban de obreros que viajaban en tranvía o en bicicleta hasta la fábrica o el puerto; Parque Sicardi nacía como loteo casi utópico para trabajadores con pretensión de hogar propio.

En el centro, las diagonales se llenaban de comercios, cafés y bancos. Los edificios públicos lucían su monumentalidad estatal, pero convivían con

fondas, almacenes, prostíbulos, salas de cine y teatros que ofrecían espectáculos de varieté, zarzuela y, pronto, películas mudas. El Jockey Club, el Club Hípico y el Club de Regatas organizaban bailes de gala y competencias deportivas para la élite local, reforzando jerarquías sociales. Al mismo tiempo, los clubes de fútbol —Gimnasia, Estudiantes y otros— construían canchas y tribunas populares donde las clases trabajadoras forjaban nuevas formas de identidad barrial y pasión colectiva.

Las asociaciones italianas y españolas tenían sedes con bibliotecas, salones de baile, aulas de idioma y consultorios médicos. Organizaban bailes patrios, romerías, veladas teatrales y velorios multitudinarios. Eran redes de contención y de cultura, pero también espacios donde se tejían lealtades políticas, se negociaban alianzas con partidos locales y se practicaba la ciudadanía.

La Plaza Italia como escenario político y cultural

La escena de noviembre de 1918 cristalizaba esa complejidad social. Plaza Italia no era solo un homenaje a la patria lejana: era un espacio público donde se escenificaba la pertenencia doble —a Italia y a la Argentina— y donde se negociaba la integración.

Los discursos hablaban de la gloria de Italia y de la lealtad a la Argentina. Denunciaban al militarismo derrotado, pero también reivindicaban la necesidad de unidad y paz. El canto compartido de La Marsellesa y el Himno Nacional Argentino funcionaba como un ritual de ciudadanía republicana y como una promesa de inclusión.

Esa multitud variopinta —con sombreros de gala y boinas obreras, con banderas bordadas y con pancartas improvisadas— reflejaba la heterogeneidad de la sociedad platense en formación. Había patrones y empleados, comerciantes y peones, mujeres con vestidos lujosos y lavanderas

con delantales. Todos participaban del mismo desfile, a veces hombro con hombro, aunque bien sabían que fuera de la plaza sus destinos se separaban en barrios y clases.

El diario, aunque celebratorio y oficialista, deja entrever esa tensión: "gran concurrencia" significa también dificultad para contener a todos; "numerosa columna" quiere decir un gentío imposible de disciplinar del todo. El acto era a la vez expresión de orden (con estandartes, bandas y discursos) y de desborde popular (con vítores, carcajadas, gestos improvisados).

Más allá de la conmemoración

En última instancia, esa celebración de la victoria aliada y del triunfo italiano no fue solo un acto de homenaje extranjero en suelo argentino. Fue una escena de construcción de ciudadanía en una ciudad joven y diversa. Fue la afirmación de una identidad compleja: inmigrante y nacional, europea y americana, obrera y burguesa, republicana y patriótica.

Fue, también, un modo de apropiarse del espacio urbano. Las columnas atravesaban el damero platense, se detenían frente a la Casa de Gobierno, llenaban la Plaza Italia. La ciudad administrativa y planificada se convertía en escenario de una ciudadanía vivida y practicada.

En ese desfile, la ciudad mostraba su rostro múltiple: puerto e industria, suburbio y centro monumental, café de la elite y fonda obrera, mutual de beneficencia y comité político. Era el retrato de una sociedad en movimiento, que entre 1914 y 1918 se había complejizado, diversificado y, con todas sus tensiones, había aprendido a organizarse y a hacerse oír.

La celebración en Plaza Italia, con sus discursos, sus banderas, sus himnos y sus multitudes, fue el espejo de esa transformación. Una escena donde se prometía —y también se ensayaba— la construcción de una

identidad platense capaz de integrar orígenes diversos, valores republicanos y lealtades compartidas en el marco de la nación argentina.

La ciudad universitaria en la primera posguerra: entre la ciudad administrativa y la metrópolis comercial

La celebración de las asociaciones italianas en noviembre de 1918 no solo condensaba las tensiones culturales de la inmigración, la guerra y la política transnacional, sino que ocurría en un momento en que la capital bonaerense consolidaba una nueva dimensión económica y comercial.

Originalmente pensada como sede administrativa de la provincia, hacia las primeras décadas del siglo XX la ciudad comenzó a articularse con las redes capitalistas globales a través de su puerto y su hinterland productivo. El Puerto de La Plata —en Ensenada— y el distrito industrial y portuario de Berisso se convirtieron en polos dinámicos de exportación e importación de mercancías. La ubicación estratégica en el estuario del Plata permitió la salida de cereales, carnes y lanas producidas en la vasta llanura bonaerense, así como la recepción de insumos industriales y manufacturas europeas y norteamericanas.

El puerto generaba empleo directo (estibadores, administrativos, transportistas) y promovía actividades de transporte ferroviario y fluvial. Las vías férreas articulaban la capital provincial con Buenos Aires, el interior de la provincia y el puerto de Ensenada, generando un corredor logístico vital para el comercio internacional. Esta integración en los circuitos del capitalismo mundial también significó dependencia de la coyuntura externa: la Primera Guerra Mundial alteró precios, fletes y rutas comerciales, generando crisis, pero también oportunidades para ciertos sectores.

El crecimiento del puerto y la zona industrial de Berisso atrajo miles de trabajadores, muchos de ellos inmigrantes europeos y migrantes internos.

Las frigoríficas Armour y Swift se instalaron en la región, consolidando un perfil industrial vinculado a la exportación de carnes enfriadas, mientras se desarrollaban talleres metalúrgicos, carpinterías navales y depósitos. La urbanización acompañó esta expansión: barrios obreros y villas surgieron en torno a los frigoríficos, mientras que Ensenada y Berisso se consolidaban como polos urbanos autónomos y estrechamente vinculados con la capital provincial.

El crecimiento comercial y la consolidación de la vida urbana

La ciudad, a su vez, se transformaba en un nodo comercial de escala regional. La actividad mercantil floreció en el centro, sobre todo entre las calles 7 y 8 y se poblaron de almacenes, tiendas de ropa, joyerías, bares, cafés y restaurantes. La arquitectura comercial se modernizó: aparecieron galerías cubiertas, marquesinas iluminadas y vidrieras amplias que buscaban seducir a una clientela urbana cada vez más consumista.

La consolidación del crédito hipotecario y la construcción de viviendas de renta permitieron la expansión de una clase media propietaria que demandaba servicios, educación y entretenimiento. El desarrollo edilicio no solo abarcó el centro monumental: barrios como Tolosa, Ringuelet, Altos de San Lorenzo, Meridiano V y el Barrio Hipódromo se poblaron de viviendas modestas pero sólidas, muchas construidas por pequeños contratistas inmigrantes.

El crecimiento de la ciudad no se limitaba a su núcleo fundacional. Las líneas de tranvías y, a partir de la década de 1930, los colectivos conectaban el centro con los barrios y las zonas periurbanas: Villa Elisa, Melchor Romero, Los Hornos, Parque Sicardi. Estos espacios, inicialmente rurales o semi-rurales, se integraban progresivamente a la vida urbana, ofreciendo tierras más baratas para el loteo y la construcción. Así se configuraba una conurbación policéntrica, donde la ciudad formal se enlazaba con un periurbano diverso, en expansión constante.

La trama social: entre la fragmentación y la integración

La creciente complejidad social se expresaba en múltiples dimensiones. El movimiento obrero cobró fuerza en las industrias portuarias y frigoríficas, en la construcción y en los ferrocarriles. Sindicatos y sociedades de resistencia articularon reclamos por mejores condiciones laborales y salariales, muchas veces en tensión con la patronal y el Estado. Las huelgas, paros y movilizaciones fueron parte del paisaje urbano, mostrando que la ciudad administrativa también era un escenario de lucha social.

En paralelo, se consolidaban las asociaciones mutuales y recreativas de inmigrantes. Las sociedades italianas —Casa de Italia, sociedades regionales, círculos patrióticos— no solo ofrecían ayuda mutua, sino que organizaban bailes, conferencias, proyecciones de cine, clases de idioma y celebraciones patrias. La misma lógica regía para las asociaciones españolas, vascas, gallegas y andaluzas, que multiplicaban sus sedes en el centro y en los barrios.

Estas asociaciones fueron fundamentales para la construcción de redes de solidaridad y para la transmisión de memorias culturales. Pero también fueron espacios de negociación identitaria: a través del canto del Himno Nacional Argentino, la organización de actos patrióticos y la participación en festejos oficiales, estas colectividades se integraban a la ciudadanía argentina.

La Marsellesa, entonada en Plaza Italia en 1918, era un símbolo de esa complejidad: no solo representaba la victoria aliada, sino la apropiación de un himno republicano de resonancia universal, capaz de articular tradiciones políticas diversas (liberales, socialistas, democráticas) y de ofrecer un lenguaje político compartido para comunidades que deseaban integrarse sin renunciar a sus memorias de origen.

Cultura popular y cultura de élite: clubes, teatros, cines y sociabilidad urbana

El crecimiento económico y demográfico estimuló una oferta cultural vibrante. El consumo de entretenimiento se convirtió en un rasgo distintivo de la vida moderna platense.

El centro urbano albergaba una nutrida cartelera teatral: el Teatro Argentino, con su monumental edificio inaugurado en 1890, ofrecía óperas, zarzuelas y obras dramáticas de compañías nacionales e internacionales. Teatros más pequeños y cafés-concert complementaban la oferta.

El cine se consolidó como entretenimiento de masas: salas como el Select, el Rocha, el Gran Cine La Plata y el Cine París proyectaban películas mudas primero, luego sonoras, y en un momento integran ambas ofertas atendiendo a las posibilidades de los bolsillos de los espectadores (las entradas a las películas sonoras eran más costosas) atrayendo a públicos de todas las edades. El cine se transformó en un espacio de sociabilidad familiar y juvenil, aunque también había una oferta exclusiva para hombres, generando nuevas formas de consumo cultural.

Los clubes de fútbol fueron otro pilar de la integración social. Gimnasia y Esgrima la ciudad planificada y Estudiantes de La Plata no solo eran instituciones deportivas: organizaban bailes, cenas, festivales y eventos benéficos, congregando a sectores populares y medios. Los clásicos locales movilizaban multitudes, fortaleciendo una identidad platense compartida que trascendía orígenes étnicos y diferencias barriales.

Junto a estos espacios de sociabilidad popular, se consolidaban asociaciones de élite. El Jockey Club de La Plata, el Club Hípico y el Club Social y Deportivo la capital eran ámbitos de reunión de grandes propietarios de tierras de cultivo y ganado, comerciantes ricos, profesionales

y funcionarios de alto rango. Allí se consolidaban redes de poder, alianzas matrimoniales y negocios, reproduciendo jerarquías sociales en un ambiente de refinamiento y exclusividad.

La articulación urbano-periurbana: la ciudad expandida

La modernización platense no se redujo al damero fundacional. La relación con los espacios periurbanos fue central para su desarrollo.

Villa Elisa, con su estación ferroviaria y sus quintas, se convirtió en un lugar de residencia y producción hortícola para abastecer el mercado platense. Melchor Romero, inicialmente conocido por su hospital neuropsiquiátrico, se transformó en un núcleo urbano con viviendas para empleados públicos y obreros. Los Hornos, célebre por su tradición ladrillera, se consolidó como un polo industrial y obrero, con barrios organizados en torno a hornos de producción y talleres. Parque Sicardi surgió como un emprendimiento de loteo popular, ofreciendo terrenos baratos a trabajadores que aspiraban a la casa propia.

El puerto de Ensenada y la pujante zona industrial de Berisso constituían un hinterland productivo y laboral decisivo. Allí se concentraba la mayor parte de la industria pesada y frigorífica, generando un flujo constante de trabajadores hacia la capital provincial. Las líneas de tranvías y ferrocarriles articulaban estas localidades con el centro platense, consolidando una región metropolitana en germen.

Esta expansión urbana y periurbana complejizaba la cuestión de la identidad. Los platenses ya no eran solo los habitantes del damero fundacional, sino también los trabajadores del puerto, los peones de Berisso, los horticultores de Villa Elisa y los obreros ladrilleros de Los Hornos. La ciudad se transformaba en un mosaico social y territorial donde se tejían solidaridades, y también se expresaban desigualdades.

Hacia una identidad conflictiva y plural

Así, la escena de Plaza Italia en 1918, con su mezcla de banderas italianas, el Himno Nacional Argentino y la Marsellesa, no fue un episodio aislado ni anecdótico. Fue un anticipo de los dilemas que definirían la historia cultural platense entre 1920 y 1940.

En un espacio urbano planificado desde arriba y habitado desde abajo, la identidad platense se construyó como una negociación constante entre memorias de origen, lealtades cívicas argentinas, proyectos políticos universales y prácticas culturales locales. Fue el resultado de interacciones cotidianas: en el puerto, en las fábricas, en los mercados, en las asociaciones mutuales, en los estadios de fútbol, en los cines y en los teatros.

La ciudad sin promesa de la que hablaba D'Amico se transformó en un laboratorio social donde convivieron, se enfrentaron y se mezclaron distintas clases, etnias, lenguas y tradiciones políticas. Fue, en suma, un espacio donde la modernidad argentina se construyó en tensión: entre el orden y el conflicto, entre la planificación estatal y la creatividad popular, entre la fragmentación y la búsqueda de una comunidad urbana plural.

La ciudad en expansión y sus múltiples rostros

La urbe de 1918 no era ya solo la capital diseñada para simbolizar la modernidad y el orden del Estado provincial. Era, cada vez más, un espacio vivo y en ebullición.

Desde su fundación en 1882, había crecido a un ritmo febril. En 1918 ya contaba con decenas de miles de habitantes —entre 90 000 y 110 000 según los cálculos—, alimentados por la oleada inmigratoria, por el éxodo rural y por el auge industrial del puerto de Ensenada y la zona fabril de Berisso.

El damero impecable con diagonales monumentales, plazas arboladas y edificios públicos de estilo academicista había comenzado a desbordarse. En los márgenes aparecían loteos irregulares, ranchos y conventillos. El tranvía eléctrico unía el centro con los barrios, pero no lograba suturar del todo la brecha social.

El puerto era la gran arteria económica: recibía barcos que traían productos manufacturados europeos y enviaba carne refrigerada y cereales. La guerra había interrumpido ciertos flujos y encarecido los precios, pero a la vez había enriquecido a frigoríficos y exportadores. Ensenada y Berisso crecían como enclaves industriales con miles de obreros inmigrantes: italianos, españoles, polacos, rusos, árabes, criollos del interior argentino.

En ese contexto, la ciudad se articulaba con su hinterland periurbano. Villa Elisa, con sus quintas productoras de verduras, era una suerte de despensa verde conectada por ferrocarril y caminos polvorientos. Melchor Romero y Los Hornos albergaban fábricas de ladrillos, talleres metalúrgicos y hornos de pan. Parque Sicardi nacía como un proyecto casi utópico de lotes accesibles para obreros con sueños de casa propia.

Un espacio público denso y diverso

El acto en Plaza Italia mostraba esa heterogeneidad. Mientras los estandartes italianos avanzaban en columna, los comerciantes cerraban a medias sus persianas para sumarse al aplauso. Los vendedores ambulantes aprovechaban para ofrecer helados, bebidas frescas y pasteles. El suelo vibraba con los tambores de las bandas.

El diario destacaba la “numerosa y entusiasta concurrencia”, pero entre líneas se adivinaba la dificultad de contener semejante masa. Niños que se subían a los bancos, mujeres que se apartaban para amamantar a sus bebés, vendedores que abrían paso a codazos, curiosos que trepaban a los árboles.

La ciudad no era solo la arquitectura del poder —la Casa de Gobierno con su balconada monumental— sino esa vida que se derramaba por las diagonales. Cafés como el París y el Comercial se llenaban de clientes que discutían la guerra, el precio del trigo o los resultados de fútbol. Los clubes sociales de la elite —el Jockey Club, el Club Hípico, el Club de Regatas— celebraban bailes de gala con música en vivo, donde las damas lucían los últimos peinados europeos.

Pero al mismo tiempo, en los suburbios y barrios obreros florecían clubes de fútbol que se convertían en centros de sociabilidad popular. Gimnasia y Esgrima, Estudiantes, y decenas de clubes barriales organizaban partidos, rifas, peñas y festivales para financiar sus camisetas y tribunas de madera.

Un mundo cultural complejo: teatros, cines, periódicos

La ciudad contaba con una variedad de espacios para el teatro y el cine. Existían teatros como el Teatro Argentino (Fiscal), el Coliseo Podestá (anteriormente Teatro Olimpo), y varios cines como el Teatro Cine Ideal, Cinematógrafo París, Teatro Cine Select, Cine Splendid, Cine Princesa, entre otros. Estos lugares ofrecían diversas programaciones, desde compañías teatrales como la de los hermanos Podestá, figuras destacadas como José J. Podestá, quien falleció en 1937 en la ciudad universitaria y fue una figura clave en el teatro criollo, hasta proyecciones cinematográficas. El actor platense José Gola (nacido en 1904) inició su carrera en el Teatro Coliseo Podestá y tuvo una trayectoria en cine hasta su fallecimiento en 1939. Artistas internacionales como el tenor Enrico Caruso, La Paulova y Sara Bernhardt se hospedaron en el Hotel El Comercio al presentarse en el Teatro Olimpo/Coliseo Podestá, lo que evidencia la calidad de la oferta cultural que atraía figuras de renombre. El Bar Colón, que tuvo un debut de conjunto típico de tango en 1915, se transformó en cine-bar y teatrillo de revistas, funcionando hasta los años treinta. La visita del poeta Federico García Lorca en 1933, quien disertó en el Colegio Nacional, fue un evento cultural de gran relevancia.

La vida cultural se diversificaba a un ritmo vertiginoso. Los teatros del centro ofrecían zarzuelas españolas, dramas italianos y operetas francesas. El Teatro Argentino era el símbolo de la alta cultura con sus temporadas líricas, pero también acogía funciones populares a precios accesibles.

El desarrollo teatral de La Plata entre 1890 y 1930 fue una de las piedras angulares en la consolidación de su identidad urbana, expresando con nitidez la tensión entre la ciudad planificada y la ciudad vivida. No se trataba sólo de replicar el modelo metropolitano de Buenos Aires, sino de construir un circuito propio, con salas, públicos, compañías y repertorios capaces de dar forma a una cultura local con aspiraciones tanto cultas como populares.

Instituciones como el Teatro Argentino y el Coliseo Podestá fueron mucho más que salas de espectáculos: funcionaron como símbolos de prestigio cívico y modernidad, inscribiendo a la ciudad en una red de intercambio artístico nacional e internacional. En el Teatro Argentino, la ópera y la zarzuela española marcaron la impronta de alta cultura, atrayendo a públicos acomodados y consolidando la vertiente culta de la experiencia urbana. Pero el Coliseo Podestá, especialmente tras su transformación desde el Politeama Olimpo, fue el espacio donde la gauchesca, el sainete y el circo criollo encontraron público masivo, incorporando a las clases populares a un proyecto cultural más amplio, aunque no exento de jerarquías y tensiones.

Esta coexistencia de géneros y públicos diversos no solo enriqueció el panorama teatral, sino que mostró el entrecruzamiento de hegemonías culturales: mientras las clases altas buscaban legitimar un perfil europeo y refinado, se consolidaba también una cultura popular urbana que dialogaba con las tradiciones criollas e inmigrantes. El teatro local fue así un laboratorio de modernización cultural: recibió compañías extranjeras, adaptó repertorios europeos y al mismo tiempo impulsó dramaturgias propias, como el sainete

criollo y el drama social, que representaban las transformaciones de la ciudad y su heterogeneidad social.

El nacimiento del Grupo Estudiantil Renovación en los años veinte, formado por estudiantes universitarios influidos por la Reforma de 1918, muestra la capacidad del teatro platense para absorber y proyectar vanguardias, proponiendo un arte más crítico y experimental. Esta vertiente universitaria convivía con la cartelera comercial de sainetes y zarzuelas, y con un circuito barrial y amateur vinculado a sociedades mutuales y filodramáticas.

El público, lejos de ser homogéneo, se dividía en segmentos atravesados por clase, idioma y expectativas culturales. Las críticas de prensa, las polémicas sobre repertorios y la circulación de compañías itinerantes delinearon un campo teatral que era, al mismo tiempo, un espacio de disputa simbólica por la definición de la identidad platense. La consolidación del sistema teatral local fue así parte del proceso más amplio de construcción de la ciudad como capital, disputando sentidos de lo culto y lo popular, lo local y lo nacional, en una sociedad que se complejizaba con la inmigración, la expansión de las clases medias y el crecimiento universitario.[24]

Los cines mudos se multiplicaban en el centro y en los barrios.

24 Di Sarli, N. (2013). Historia del teatro en el período fundacional de La Plata (1890–1930): identidad urbana y proyecto artístico (Tesis de maestría). Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Bellas Artes. Este trabajo reconstruye con rigor las bases del sistema teatral platense entre 1890 y 1930, integrando la perspectiva del campo cultural y las tensiones entre repertorios, públicos y compañías. Su análisis evidencia cómo la cultura teatral de La Plata no fue solo un reflejo de Buenos Aires, sino un espacio autónomo de definición identitaria, articulando vertientes cultas y populares, impulsando dramaturgias locales y consolidando instituciones que legitimarían un perfil artístico propio. Este enfoque resulta esencial para problematizar la construcción de las identidades platenses, al mostrar la cultura como un campo dinámico de hegemonías y resistencias, y ofrece claves para pensar cómo se negociaban las aspiraciones modernizadoras de la elite con las prácticas y expectativas de los sectores populares, en una ciudad que se concebía como capital planificada y se vivía como un espacio social heterogéneo.

Proyectaban noticieros sobre la guerra en Europa, comedias de Chaplin, dramas franceses y películas italianas que emocionaban a los inmigrantes con paisajes lejanos.

Aunque las retretas en las plazas y las presentaciones de bandas datan de períodos anteriores, seguían siendo parte de la vida social. El tango, que en 1915 ya era bailado y presentado por figuras como los hermanos Podestá y Gardel-Razzano, y cuya prohibición oficial para bailarlo en ciertos lugares fue levantada en 1922, continuó siendo relevante. Se menciona la incorporación del bandoneón a principios del siglo XX y a Ángel Colombo como el primer bandoneonista platense, director del primer conjunto típico con bandoneón en 1915.

El dinamismo cultural se reflejaba en figuras como el pintor Atilio Boveri (1885-1949), quien realizó su primera exposición en 1921 y colaboró en diarios y revistas. La Escuela de Bellas Artes, proyectada en el edificio de Plaza Rocha, aunque tuvo demoras en su establecimiento debido a eventos políticos, se trasladó a dicho edificio en 1937, consolidándose como una institución educativa clave en este ámbito. El monumento a los "Cinco Sabios" (Ameghino, Vucetich, Korn, Almafuerte, Spegazzini) frente al Museo, inaugurado en la década de 1940, celebra figuras intelectuales y científicas vinculadas a la ciudad, reflejando la importancia dada a estos campos.

La prensa local, por su parte, era un actor político y cultural clave. Diarios como El Día, El Argentino, La Capital y semanarios políticos daban cuenta del pulso social, editorializaban sobre la guerra, polemizaban sobre el precio del pan y cubrían con entusiasmo actos como el desfile de la victoria italiana.

Tensiones políticas y sociales

El período 1914–1918 no había sido fácil. La inflación impulsada por la guerra había disparado huelgas, paros y manifestaciones obreras. El movimiento

anarquista y socialista había ganado fuerza en las fábricas de Berisso y en los talleres de La Plata. Las huelgas de inquilinos ponían en cuestión el acceso a la vivienda.

Los italianos, lejos de ser un bloque homogéneo, se dividían en mutualistas conservadores, socialistas republicanos, anarquistas militantes. En las sociedades italianas se debatía con pasión: ¿cómo ayudar a los soldados en el frente? ¿Cómo responder a la crisis económica? ¿Cómo sostener la lealtad a Italia y al mismo tiempo construir ciudadanía argentina?

El acto de la victoria era, en parte, una puesta en escena de unidad. Pero esa unidad se construía sobre tensiones: no todos los inmigrantes italianos habían apoyado la intervención de Italia en la guerra. No todos aceptaban la alianza con Francia y el Reino Unido. Y no todos compartían la misma visión de la república.

El canto de la Marsellesa como gesto político

Por eso el canto de La Marsellesa tenía un sentido profundo. No era solo homenaje a la aliada Francia. Era la apropiación de un himno republicano que desde 1792 había simbolizado la lucha contra la tiranía.

Desde mediados del Siglo XIX La Marsellesa se transformó en himno universal de los pueblos que aspiraban a la libertad y a la ciudadanía. Su canto en Plaza Italia era una afirmación de valores republicanos en un momento de crisis y reconstrucción.

Para esos inmigrantes italianos que habían dejado un país recién unificado y marcado por tensiones internas, era también una manera de articular su identidad: orgullosamente italiana, pero también republicana, moderna, parte de un proyecto democrático y ciudadano que la Argentina encarnaba.

Cuando la multitud entonaba después el Himno Nacional Argentino, esa transición era más que un protocolo: era un acto de integración. La emoción del público, descrita por el cronista, no era fingida. En ese canto se reconocían como argentinos, como miembros de la polis que los había recibido.

El rol de las mujeres

Aunque el diario se enfoca en las sociedades mutualistas masculinas y en los discursos de autoridades varones, las imágenes muestran claramente a mujeres en primera fila. Vestidas de blanco o con sombreros anchos, algunas llevando niños de la mano, otras sosteniendo banderas.

Las mujeres italianas eran parte esencial de las redes mutualistas: organizaban veladas teatrales, recaudaban fondos para heridos de guerra, tejían redes de ayuda solidaria para viudas y huérfanos. En el acto de la Plaza Italia, su presencia visibilizaba un compromiso cívico y afectivo que no se limitaba a la esfera doméstica.

El vínculo con Buenos Aires

La capital bonaerense vivía en tensión con Buenos Aires. El puerto de Ensenada y la zona industrial de Berisso competían con el puerto de la capital. La elite platense intentaba construir un polo cultural propio, con su Teatro Argentino y sus clubes sociales, pero las novedades llegaban en tren o en barco desde Buenos Aires.

Las sociedades italianas platenses estaban en contacto con las federaciones de la capital, con consulados, con redes transatlánticas que enviaban noticias y fondos. La celebración de la victoria era también un mensaje a Buenos Aires: la comunidad italiana de La Plata se sentía parte de una diáspora poderosa y organizada.

Una ciudad viva, contradictoria, en transformación

En suma, la jornada de noviembre de 1918 fue mucho más que un homenaje diplomático. Fue la escenificación de una ciudad que había dejado atrás su origen puramente administrativo para convertirse en un mosaico complejo de clases, culturas, idiomas y proyectos.

Fue la demostración de una ciudadanía en construcción, que negociaba tensiones sociales y políticas en el espacio público. Fue la afirmación de valores republicanos y democráticos en un momento mundial marcado por la violencia y el militarismo.

Fue, en definitiva, un ensayo colectivo de integración: un intento de fundir en un solo canto —la Marsellesa, el Himno Nacional— las diversas capas de identidad que convivían en la capital provincial y que iban dando forma a su trama urbana, social y cultural.

La prensa local: crónica y constructor de ciudadanía

La prensa platense fue un actor central en la configuración de la vida pública y la identidad urbana. Diarios como El Día, El Argentino y La Capital no solo informaban sobre actos oficiales, sino que moldeaban la opinión pública y servían como arena de debate político.

En sus páginas, la guerra en Europa ocupaba grandes titulares: partes del frente, balances de muertos, editoriales que tomaban partido por la Entente o la neutralidad. La celebración de la victoria italiana fue cubierta con detalle y con un entusiasmo que revelaba la orientación editorial: apoyar el triunfo aliado y sus valores republicanos frente al militarismo de las Potencias Centrales.

La prensa también publicaba columnas en italiano y español, dirigidas a la numerosa colonia. Avisos clasificados ofrecían trabajo en los frigoríficos,

alquileres en Los Hornos o lotes en Villa Elisa. Las páginas sociales registraban bodas, veladas líricas, inauguraciones de clubes y funciones de beneficencia.

Pero la prensa no era solo un escaparate del orden: también publicaba cartas de lectores en las que obreros denunciaban las condiciones de trabajo, socialistas discutían el precio de la carne, y anarquistas criticaban la represión policial.

La política municipal: entre el liberalismo reformista y la tensión social

La política local en esos años estaba marcada por la transición de un liberalismo oligárquico hacia formas más democráticas y conflictivas. Desde 1916, con la Ley Sáenz Peña plenamente vigente, la Unión Cívica Radical había conquistado la presidencia nacional, y también había comenzado a disputar el poder en la provincia y la ciudad.

En el Concejo Deliberante platense, las discusiones reflejaban tensiones de fondo: cómo financiar los servicios públicos en una ciudad en expansión, cómo resolver la crisis habitacional generada por la inmigración, qué hacer con los barrios marginales que crecían más allá del damero original.

Se debatía la pavimentación de calles, la extensión del tranvía, la iluminación eléctrica, el abastecimiento de agua potable. Pero la ciudad estaba endeudada y la recaudación era insuficiente para acompañar el crecimiento demográfico.

Los ediles radicales, conservadores y socialistas intercambiaban acusaciones sobre favoritismos, sobreprecios en contratos de obras públicas y abandono de los barrios obreros. El acto del homenaje a Italia, con sus discursos altisonantes frente a la Casa de Gobierno, se inscribía en este clima de disputa por la definición simbólica del espacio público.

Redes comerciales y el vínculo con el puerto

El crecimiento comercial de La Plata estaba íntimamente ligado al puerto de Ensenada y al nodo industrial de Berisso. Durante la guerra mundial, la demanda de carne y cereales para Europa había impulsado las exportaciones argentinas, enriqueciendo a frigoríficos como Armour y Swift.

Los frigoríficos empleaban miles de trabajadores —en su mayoría inmigrantes— y tenían redes de distribución que conectaban la ciudad con el resto del país y con los mercados globales.

El puerto recibía barcos de vapor que traían productos manufacturados europeos: máquinas de coser, vajilla inglesa, tejidos italianos, vinos españoles. Los comerciantes del centro —fundamentalmente en calle 7— ofrecían esos bienes importados, que marcaban un estilo de vida moderno y aspiracional.

Al mismo tiempo, existían ferias barriales y mercados populares donde se vendían frutas y verduras de las quintas de Villa Elisa, huevos y aves de corral criados en Los Hornos, pan cocido en hornos familiares de Melchor Romero.

La ciudad era, así, un punto de articulación entre el capitalismo global y la economía periurbana de subsistencia, entre la opulencia de las tiendas del centro y la modestia de los puestos de feria.

Ocio popular y vida asociativa

El crecimiento demográfico y la mejora (relativa) de los salarios durante la guerra habían impulsado un fuerte consumo de ocio y entretenimiento.

Los cines mudos, con pianistas en vivo, ofrecían funciones continuadas y atraían a públicos diversos: obreros, comerciantes, empleados públicos, familias enteras. Las películas de Chaplin se mezclaban con noticieros de guerra, generando risas y angustias en la misma velada.

Los teatros del centro programaban zarzuelas españolas, compañías italianas, veladas benéficas para ayudar a huérfanos de la guerra. Las funciones de ópera en el Teatro Argentino combinaban lo cosmopolita con la exhibición de distinción social: allí se lucían las familias de la elite local.

En paralelo, florecían las sociedades mutuales y recreativas. Las asociaciones italianas y españolas no solo organizaban festividades patrias: también ofrecían atención médica a bajo costo, préstamos solidarios, veladas artísticas y clases de idioma.

Los clubes de fútbol surgían en cada barrio como espacios de socialización masculina, pero también familiar. Organizar un partido, rifar un lechón para comprar camisetas, construir una tribuna de madera: esas eran actividades comunitarias que tejían lazos locales, consolidando identidades barriales y urbanas.

Elite y distinción social

Mientras tanto, la elite platense consolidaba sus propios espacios de sociabilidad. El Jockey Club de La Plata ofrecía cenas de gala, competencias hípicas y tertulias literarias. El Club Hípico reunía a criadores de caballos y apostadores. El Club de Regatas organizaba competencias náuticas en el Arroyo del Gato y en la laguna del Parque Pereyra.

Estos espacios no eran solo recreativos: eran nodos de poder político y económico, donde se negociaban contratos de obras públicas, se elegían candidatos municipales y se tejían alianzas con Buenos Aires.

Campo-ciudad: el hinterland periurbano

La expansión urbana de La Plata desbordaba el damero fundacional. Villa Elisa crecía como un espacio de chacras y quintas que abastecían el mercado

urbano. El ferrocarril era esencial para traer verduras frescas cada mañana.

Parque Sicardi, diseñado como barrio obrero-jardín, ofrecía lotes baratos para trabajadores que soñaban con la casa propia. Melchor Romero y Los Hornos concentraban talleres de ladrillos y panaderías industriales que abastecían la ciudad.

El movimiento diario de carros, tranvías y trenes unía estos espacios con el centro administrativo y comercial. Así se tejía una red densa de interdependencia económica, social y cultural.

Una ciudad en construcción

El acto de noviembre de 1918, con su desfile multicolor, sus banderas italianas y argentinas, sus cantos de La Marsellesa y el Himno Nacional, condensaba todas estas tensiones y promesas. Era la afirmación de una identidad múltiple y todavía inestable: Inmigrantes que se reconocían como italianos y argentinos; Obreros que exigían derechos en las fábricas de Berisso; Comerciantes que soñaban con modernizar la ciudad; Elites que quería distinguirse de Buenos Aires pero dependían de ella; Barrios que florecían en el límite con el campo. La urbe platense en 1918 no era solo la capital planificada de la provincia. Era una ciudad viva, atravesada por el conflicto social, la diversidad cultural y el vértigo del capitalismo global.

En el bullicio de la Plaza Italia, mientras la banda marcial tocaba y la multitud cantaba, se escuchaba algo más que la victoria aliada: se escuchaba el rumor de una sociedad en transformación, tratando de inventar, entre muchas voces, su propia identidad urbana y política.

Capítulo 2.
Disputas de sentido y memoria urbana: hacia una historia social de la identidad platense.

La reconstrucción histórica de la ciudad de La Plata revela un escenario complejo, donde el proyecto fundacional del Estado provincial se articuló con procesos sociales heterogéneos que resignificaron sus formas materiales y simbólicas. Pensada como emblema de la modernidad periférica, su traza ortogonal y monumental, los edificios públicos, el puerto y la universidad expresaron una voluntad de civilización que pretendía inscribir en el territorio un orden racional y progresista. Este diseño fue también un dispositivo de disciplinamiento social, orientado a jerarquizar saberes, regular poblaciones y modelar subjetividades acordes con los ideales del Estado liberal.

Sin embargo, el despliegue de ese proyecto encontró límites concretos y resistencias múltiples. Las oleadas migratorias, las sociabilidades mutualistas, las prácticas populares de barrio y las identidades obreras imprimieron al espacio urbano significados diversos y a menudo contradictorios respecto de la utopía estatal. El puerto, tradicionalmente leído como "fracaso", se muestra en nuevas interpretaciones como motor de integración atlántica y de organización obrera. Las instituciones educativas y culturales —la universidad, la prensa, los museos— actuaron como tecnologías de gobierno que producían un orden visual y simbólico destinado a legitimar jerarquías sociales, pero fueron también terreno de

disputas discursivas y políticas, especialmente a partir de procesos como la Reforma Universitaria de 1918.

Desde esta perspectiva, la identidad platense no puede concebirse como un dato homogéneo ni como la cristalización de un plan maestro inmodificable. Se trata de un proceso histórico y conflictivo, donde discursos oficiales y memorias populares se entrelazaron, disputaron sentidos y construyeron imaginarios urbanos. Reconocer esta heterogeneidad exige abordar la ciudad como un espacio social en permanente negociación, donde los monumentos y patrimonios oficiales conviven con relatos comunitarios menos visibles, pero fundamentales para comprender la densidad de sus experiencias sociales.

Finalmente, pensar la historia de La Plata desde este enfoque permite problematizar el relato teleológico del progreso modernizador o del fracaso inevitable. Implica recuperar la ciudad como laboratorio de tensiones sociales, de apropiaciones diferenciales del espacio, de articulaciones globales y locales que reconfiguraron las formas de vida y los sentidos de pertenencia. En definitiva, estudiar las identidades platenses supone atender a las memorias, las disputas y las formas de negociación que, lejos de cerrar el pasado en una narrativa única, mantienen abierta la posibilidad de pensar críticamente el presente y el futuro de la ciudad.

Interludio I — Orillas, arrabales y mingitorios. Escenas de los sectores subalternos en la costa rioplatense (1882–1920).

Arquitectura de un archivo plebeyo: 1905 como umbral.

La Plata se inaugura en 1882 sobre un borde anfibio ya habitado y trabajado: una franja de rancherías, hornos de ladrillo, muelles precarios y bañados que trenzaba caminos con Ensenada, Berisso y Punta Lara. Ese "entre" — agua y barro, campo y ciudad— albergaba una economía menuda pero

intensa. Ladrilleros que cocían día y noche; estibadores y carreros que movían maderas, cueros y víveres; lavanderas que aprovechaban las orillas; cocineras de fonda y bodegueros de esquina que sostenían la diaria; músicos de circo, comparsas y milongueros que animaban patios, plazas y barracones. La monumentalidad estatal —traza a escuadra, diagonales, edificios de gobierno— convivía con una vida popular que se narraba a sí misma cantando, recitando y escribiendo al paso: coplas en el aire, hojas sueltas baratas, cuadernillos y hasta garabatos de baño público. Esa circulación de voz, papel e imagen es el pulso íntimo de la nueva capital y su costa.

Ese pulso tiene una captura histórica precisa. Entre febrero y mayo de 1905, Robert Lehmann-Nitsche (RL-N), radicado en La Plata, grabó con fonógrafo decenas de piezas que circulaban en el área rioplatense y, en paralelo, reunió sus versiones en papel en un manuscrito que tituló Folklore argentino 1905. Ahí se escucha y se lee, casi en tiempo real, la convivencia entre matrices criollas rurales (cifras, estilos, payadas) y la babel inmigratoria que, llegada por puerto y ferrocarril, iba creando nuevas formas de sociabilidad urbana: cafés, pistas de baile, circos, baños públicos, patios de conventillo, oratorios, prostíbulos reglamentados.

Un dato metodológico decisivo: en La Plata RL-N no persiguió romances antiguos, sino formas urbanas vigentes, difundidas por la voz y —muy especialmente— por impresos de bajo costo al alcance de un público popular ya alfabetizado. Esa elección explica la arquitectura del corpus: fonografías (performances), manuscritos (transcripciones, glosas, ordenamientos) y biblioteca de impresos. A esa constelación editorial la conocemos como Biblioteca Criolla: un conjunto reunido entre fines del XIX y primeras décadas del XX que funciona como barómetro temprano de las mezclas sociales, registros de habla y géneros (cancioneros, sainetes, relaciones, versos sueltos) del área rioplatense. Su traslado y conservación en Europa la convirtió, además, en nodo transnacional de esa memoria plebeya.

El valor doble del corpus salta a la vista. Por un lado, la voz, fijada en cilindros de cera, con timbres, acentos, gritos, risas y marcas de ejecución que la simple letra no contiene. Por otro, la letra, copiada o tomada de impresos efímeros, con variantes, erratas, guiños gráficos, dedicatorias y precios. Ese cotejo audio-papel permite seguir políticas de registro (qué se registra y qué se descarta), advertir correcciones lingüísticas del colector, medir variantes (lo que se canta no siempre coincide con lo que se imprime) y, sobre todo, observar la intersección entre poesía popular y géneros musicales en uso. Lo mismo texto vive como canto, copla de folleto o broma picaresca de café; cambia de soporte y de público, pero sigue siendo de la gente.

En ese marco, Folklore argentino 1905 se vuelve piedra angular. Fue, en su tipo y escala, "el primero de tal magnitud" en reunir con criterio de investigación un repertorio poético-musical heterogéneo que, sin embargo, convergía en un mismo nicho urbano. Junto con los cilindros, el manuscrito permite distinguir textos hechos para ser cantados de textos para ser leídos o recitados, y seguir cómo se clasifican (por temas, motivos, escenas, "decoro") y se corrigen. En esa red, la Biblioteca Criolla aporta el ecosistema impreso: libera pistas sobre quiénes editan, a cuánto se vende, cómo se anuncian los géneros, qué portada convoca a qué público, qué léxico (lunfardo, cocoliche, africanismos) se consolida.

Visto desde la costa bonaerense —La Plata con Ensenada, Berisso y Punta Lara— ese conjunto deja una imagen nítida: 1) Una ciudad plebeya performativa. Las noches y los bordes —cafetines, pistas, circos, posadas, baños— sostienen un entramado de trabajo y ocio donde se forjan reglas y transgresiones; ahí suenan organitos, payadas, milongas, y ahí se escribe (a veces en la pared). 2) Lenguas en contacto. El lunfardo y voces de origen italiano, gallego, portugués y africano se injertan en el habla orillera y en los impresos, a caballo entre puerto y baldío. 3) Oralidad–impreso–sonido, una sola ecología. La cultura popular no es residuo rural: es modo

de producción de sentido en la ciudad moderna. Sus soportes —voz, papel, cilindro— se alimentan unos a otros.

Así, lo que a primera vista parece "folklore", leído desde los bajos de la ciudad y con las técnicas de archivo de RL-N, se vuelve historia social: un registro fino de cómo vivían, hablaban, cantaban y se divertían los sectores subalternos del Partido de La Plata y su ribera entre 1882 y 1920. Y, sobre todo, de cómo encontraron soportes —del muro al folleto, del escenario al cilindro— para decirse en medio de la modernidad.

Robert Lehmann-Nitsche: una biografía y las vías de llegada al Museo de La Plata (1872–1938)

Robert Lehmann-Nitsche nació en 1872 en Europa central y se formó en ciencias naturales, antropología y medicina en universidades alemanas de primera línea. Esa doble/triple formación —naturalista, antropólogo físico y médico— moldeó un perfil técnico que, hacia fines del siglo XIX, resultaba especialmente atractivo para los grandes museos sudamericanos en expansión. En 1897 se radicó en la Argentina y se integró al Museo de La Plata, donde desarrolló la mayor parte de su carrera hasta 1930. Allí dirigió la Sección/Departamento de Antropología, impulsó relevamientos osteológicos y de campo, y tejió redes con universidades (UNLP, UBA) y con circuitos artísticos (Academia de Bellas Artes). En esos años, además de expediciones al litoral, el Chaco y la Patagonia, ancló su trabajo en la ciudad, construyendo una ecología original entre fonografías, manuscritos de trabajo y una vasta Biblioteca Criolla de impresos populares.

A fines de la década de 1890, la Sección Antropológica del Museo venía de la experiencia de especialistas europeos (p. ej., H. ten Kate). La salida de referentes previos y la necesidad de consolidar la antropología física abrieron una vacante que favorecía a un perfil como el de Lehmann-Nitsche.

La hipótesis más fuerte es un ingreso por recomendación desde redes germánicas (sus directores y pares en Alemania), práctica entonces habitual para poblar cátedras y gabinetes en Sudamérica. Esta lectura se refuerza porque su pericia técnico-médica calzaba con colecciones existentes del Museo (osteológicas, etnográficas) que reclamaban catalogación y criterios modernos. (A contrastar con cartas del Nachlass: series de correspondencia institucional y personal).

El Museo de La Plata, en el marco reformista de fines de siglo, atraía científicos europeos para áreas críticas sin cuadros locales consolidados. Lehmann-Nitsche encaja en ese modelo de reclutamiento, que apuntaba a legitimar la institución en clave internacional y a profesionalizar sus colecciones con estándares comparables a los de Berlín o Múnich. (Rastros documentales en memorias del Museo y en síntesis biográficas reproducidas en la Revista del Museo).

El Museo ofrecía materiales y entorno urbano para un programa mixto: mediciones, fotografía, fonografías y archivo editorial popular. La rápida campaña de 1905 en la ciudad sugiere un investigador que encuentra enseguida campo, informantes y soportes, lo cual habla de alineación institucional y ensoporte logístico (equipamiento, permisos, redes).

Su paso por la UNLP/UBA y la Academia de Bellas Artes (anatomía, 1909) indica rápida legitimación en circuitos docentes y estéticos locales —un dato que suele presuponer apoyos institucionales previos y buenas credenciales de ingreso.

La campaña fonográfica de 1905 en La Plata fue decisiva: entre febrero y mayo registró decenas de piezas cantadas (cifras, estilos, milongas, payadas) que circulaban en la costa rioplatense, y en paralelo copió y ordenó letras en el manuscrito Folklore argentino (1905). Ese doble anclaje —voz y letra— permite seguir, casi en tiempo real, cómo los subalternos

narraban su mundo entre el patio, el café, el circo y la imprenta barata. En 2008, la edición crítica Voces de tinta mostró la escala inédita de aquel proyecto y sus vínculos con los fondos del legado (fotos, ex libris, cajas de cilindros).

En 1911 publicó Adivinanzas rioplatenses dentro de Folklore argentino, levantando un mapa tipológico de dieciséis grupos (incluido un grupo erótico que no vería la imprenta en ese tomo). Años después sistematizó la magnitud del corpus en un "Resumen", con miles de piezas y variantes; y en 1923, bajo el seudónimo "Víctor Borde", difundió en Leipzig el volumen de textos "bajos" —coplas y adivinanzas sicalípticas— que encajaba con su interés por la lengua popular y el lunfardo.

Desde 1905 en adelante, su práctica combinó registro sonoro, clasificación analítica y colección editorial plebeya. En los años 1910, además, inventarió voces de raíz africana que circulaban en la costa bonaerense —milonga, quilombo, mucama, candombe, calenda, marimba, entre otras—, con glosas multilingües que hoy permiten reconstruir capas afro en la modernidad "blanca" del Plata.

En 1930 se jubiló y regresó a Alemania; falleció en 1938. Su legado —manuscritos, fonogramas, fotos, Biblioteca Criolla— quedó institucionalizado y hoy es materia de ediciones críticas y digitalizaciones que reponen a la orilla popular en el centro de la historia cultural rioplatense.

Cartografías subalternas: del circo al baño público

En 1884, el Circo 25 de Mayo de Podestá-Scotti levanta su carpa en 51 y 10 y convierte la ciudad nueva en un teatro a cielo abierto. No es solo entretenimiento: es una infraestructura social improvisada con lo que hay a mano. El regimiento presta caballos para las pantomimas ecuestres; el taller aporta manos y oficios (telones, bancos, tramoya); y un ebanista asturiano,

Don Faustino Fernández, arma bandas de niños y garantiza el repertorio criollo —cifras, milongas, estilos— que enciende al público. En esa viñeta se condensa la alianza plebeya entre cuartel, taller y carpa: la modernidad vista desde abajo, con sus redes prácticas, sus favores recíprocos y sus músicas de ocasión.

Plazas, bares, pistas y carpas: una geografía de sociabilidades.

La ciudad reconoce su pulso en escenarios populares que la ordenanza municipal tolera o vigila: Plazas y baldíos donde aparecen tablados provisorios; Bares y salones de baile donde un bastonero regula la ronda y el organito marca el compás; Patios de conventillo que se vuelven peñas relámpago; Carpas de circo que enlazan barrio, cuartel y taller; Oratorios y festejos devocionales que derraman a la calle; Baños públicos y letrinas donde la cultura escrita deja su estrato más tosco y más franco.

En todos estos ámbitos se negocian jerarquías, se prueban normas de decencia, se establecen códigos de acercamiento y se narran —cantando o rimando— los triunfos y las miserias de la vida común.

Una ciudad inmigrante que habla en muchos registros.

Para 1919, La Plata ya es una babel: decenas de miles de recién llegados de Italia y España (entre otros orígenes) conviven con criollos, provincianos y afrodescendientes, y con una burocracia provincial y universitaria en expansión. Esa mezcla se oye en el cocoliche de los tablados, en el lunfardo de los cafés, en la entonación de cancioneros baratos que circulan en kioscos, fondas y romerías. No es una suma de acentos: es una gramática de contacto que reordena el chiste, el piropo, el insulto, la adivinanza, la payada y la crónica rimada del día.

Red metropolitana: La Plata mira (y contesta) a Buenos Aires.

Las coplas que contraponen la promesa de Buenos Aires con el desdén platense de "los plateritos" registran un tránsito cotidiano de cuerpos y expectativas entre el puerto grande y la capital provincial. El tren y los muelles facilitan desplazamientos de trabajo (obreros, peones, lavanderas) y excursiones de placer (bailes, carnavales, prostíbulos reglamentados), tejiendo una red ribereña que incluye Ensenada, Berisso y Punta Lara. En esas idas y vueltas la canción funciona como mapa afectivo: dice quién se queda, quién sueña con irse, quién vuelve con gloria o con vergüenza.

La "baja escritura" como archivo crudo.

En el otro extremo del decorado —lejos del telón y cerca del mingitorio— los muros hablan. Inscripciones en baños, refranes de prostíbulo, versos de cafetín: todo eso que la academia solía descartar como "bajo" es, en realidad, un repositorio directo de sensibilidades. Textos eróticos del Río de la Plata lo prueba al reunir grafitis, coplas verdes, chanzas y adivinanzas indecorosas que circulan por baños, barras y habitaciones de alquiler. Es escritura sin cuidado de autor, pero con un cuidado feroz por el efecto: provocar risa, deseo, vergüenza o desafío. Leída en serie, devuelve normas de género, pactos de masculinidad, temores higienistas y micro-políticas del cuerpo en la ciudad moderna.

Lunfardo: de "jerga del hampa" a lengua creativa de orilla.

Ese mismo corpus muestra cómo el lunfardo deja de ser marca exclusiva del delito para convertirse en tecnología poética: laburo, viaba, misho, madama, cafishio, quilombo... Palabras que condensan oficios, rutas, proxenetas, burdeles, trampas y placeres; voces que la imprenta popular fija y multiplica, que el café pone en circulación, y que el tango naciente pone a cantar. En la performance —voz, gesto, guiño— el lunfardo no solo dice: hace. Reconoce y excluye, seduce y humilla, protege y delata.

Reglamentaciones, horarios y policía: la letra chica de la noche.

Las ordenanzas municipales y la policía modelan esta cartografía nocturna: cierres obligatorios, controles en bailes, registros sanitarios en casas de tolerancia. Lejos de sofocarla, esa regulación produce formas "laterales": baile clandestino, patio oculto, trastienda con guitarra y vino. El archivo plebeyo —cancioneros, coplas, grafitis— deja huellas de esas contracartografías: espacios que existen porque son perseguidos y que, por eso mismo, requieren códigos y contraseñas.

Un mapa sensible para escribir historia social.

Del circo al baño público, pasando por plazas, bares, cafés, fondas, patios y prostíbulos, la ciudad subalterna compone una cartografía de escenas donde se juntan trabajo y ocio, cuidado y violencia, devoción y burla. Ese mapa no se dibuja con calles y diagonales: se dibuja con repertorios (cifras, milongas, estilos), objetos (organito, guitarra, acordeón), personajes (bastonero, payador, madama, sereno), tiempos (medianoche, siesta, domingo, carnaval) y texturas (lonas, ladrillo crudo, tabla, azulejo de baño). Ahí la ciudad se dice a sí misma y deja, sin proponérselo, un archivo múltiple —voz, papel, pared— que hoy permite reconstruir la experiencia de los sectores populares en la ribera rioplatense y el Partido de La Plata entre 1882 y 1920.

¿Qué ganamos cuando miramos así?. Por un lado, un diagnóstico fino de espacios: no solo "dónde" ocurren las cosas, sino cómo se sostienen (favores del cuartel al circo, préstamo del taller a la carpa, propinas del público al músico). Por el otro, una historia social del lenguaje: del cocoliche a la estabilización del lunfardo como recurso expresivo y comunitario. Y, al mismo tiempo, una lectura política de los soportes: la carpa del circo, la hoja barata y el grafiti como máquinas de memoria que archivan lo que la institución —escuela, museo, prensa seria— no quiso o no pudo guardar.

En esa suma de escenas, léxicos y soportes se reconocen las cartografías subalternas de La Plata: mapas que no figuran en los planos oficiales, pero que sostuvieron la vida común de una ciudad joven que aprendía, a su modo, a ser moderna.

Lenguas negras en la orilla blanca: afroargentinidades invisibles

Entre ca. 1900 y 1915, Robert Lehmann-Nitsche (RL-N) reunió un corpus léxico de voces de origen africano/afroamericano en fichas sueltas —los célebres "papeles pequeños"— con glosas en español, alemán y, en algunos casos, francés. El relevamiento reciente de ese material confirma entradas como milonga, cambá, mucama, quilombo, candombe, calenda, marimba, entre muchas otras, con referencias cruzadas a impresos, recortes periodísticos, anotaciones manuscritas y notas de uso. El propio RL-N rotuló parte de ese conjunto como "Afrik. Vok" (vocabulario africano), dejando claro el marco comparativo que guiaba su recolección.

Cómo circulaban esas voces (y por qué son clave).

Las fichas documentan contextos populares de uso: chanzas, letras de canciones, avisos, notas en prensa y apuntes de conversación. La lista seriada de papeles pequeños muestra la densidad y repetición de términos —milonga, mucama, candombe, mandinga, cafúa, timbó, catinga, malambo, marimba— que RL-N va registrando en alemán y español, y ocasionalmente en francés, como si midiera su productividad social más que su "pureza" etimológica. En conjunto, el inventario palpa la lengua viva de la orilla: qué palabras persisten, mutan de sentido o se expanden a nuevos ámbitos urbanos.

RL-N conocía la acepción africana histórica —asentamiento de esclavizados que huyen, "quilombos/mocambos"—, citada en su dossier. Sin embargo, cuando uno contrasta esa nota con Textos eróticos del Río de la Plata, encuentra que la palabra aparece nueve veces ya fijada en el uso

rioplatense de 'burdel', dentro del capítulo "Lupanarias". Ese corrimiento semántico, pegado al mundo del tango/la milonga, muestra cómo la ciudad resignificó la voz y sedimentó memorias afro en el habla cotidiana, aun bajo regímenes culturales que tendían a blanquear el pasado negro local.

El archivo registra 19 ocurrencias de milonga y constata su polisemia. En un recorte en alemán, por ejemplo, aparece glosada como "veneno, sustancia tóxica" (contexto específico, ligado a referencias africanas), mientras en otras fichas coexiste con valores musicales y sociales (baile, reunión, controversia verbal), y con derivados como milongón, milonguita, milonguear. Esta diversidad sugiere una red transnacional (África atlántica–Brasil–Río de la Plata) y, a la vez, una densidad rioplatense particular: lo que en un lugar es "veneno", en otro es género, escena y práctica.

En varias fichas, RL-N anota mucama con el valor "amante", junto con referencias a mucamerío y mucamitas, reconociendo además su rastro en tradiciones kimbundu (vía fuentes decimonónicas) y su difusión americana. La ficha no solo registra un oficio/posición doméstica sino un desliz semántico hacia la esfera afectivo-sexual, que las sociabilidades urbanas (cafés, bailes, prensa) resemantizan.

Otros nodos del léxico afro-rioplatense.

Las series incluyen mandinga, tumba ("pedazo de carne"), cafúa, calenda, marimba, cambá, quilombolas, quimbois, e incluso "mulatear", con glosas que ubican su uso en Argentina, Brasil y el Caribe, y que RL-N anota en alemán/español (a veces con membretes institucionales de Buenos Aires y La Plata). El enjambre de entradas deja ver conexiones atlánticas y circulaciones locales, a caballo entre conventillo, imprenta barata y pista de baile.

El corpus obliga a repensar: 1) Persistencias afro en la modernidad blanca. El vocabulario muestra que la modernización no borró los estratos

negros de la lengua: los relocalizó en escenas urbanas (tango, cafetín, lupanar) y en géneros impresos de alta rotación. 2) De la etimología a la práctica social. RL-N no se queda en el "origen": rastrea usos contemporáneos, rotula, compara y pone en serie indicios que vienen de cancioneros y folletos de bajo costo, una zona que —como recuerda Chicote— era su foco de interés urbano en 1905. 3) Transnacionalidad con anclaje local. Las voces viajan (África–Brasil–Plata), pero su perfil semántico se moldea en el litoral bonaerense: allí quilombo pierde su sentido original y gana otro; milonga suma capas; mucama se desplaza de función doméstica a marcador relacional.

¿Por qué retornar sobre este corpus de documentación?

El valor del conjunto no reside solo en las definiciones, sino en cómo fue construido: entradas múltiples, notas en varios idiomas, recortes, servilletas, membretes universitarios; todo fechado y clasificado para alimentar un vocabulario afro-atlántico en clave rioplatense. Esa micro-arqueología del habla permite observar desplazamientos de significado, campos de uso y códigos de escena (broma, insulto, anuncio, canción) que la gran filología o la lexicografía normativa no solían ver.

Estas evidencias léxicas dialogan con el programa urbano de RL-N: en 1905, en La Plata, grabó cantos vigentes y privilegió la impresión barata como soporte de circulación masiva; por eso su archivo suena (cilindros), se lee (folletos) y se anota (fichas), haciendo posible reconstruir quién dice qué, dónde y para qué en la costa bonaerense.

Trabajar con este léxico —quilombo, milonga, mucama, candombe, calenda, marimba, etc.— no es una excursión etimológica: es un modo de leer la ciudad desde sus subalternidades afro. Cada voz mapea espacios (lupanar, patio, café), prácticas (baile, controversia, servicio doméstico, burla) y memorias (atlántico negro, circuitos brasileños, prensa plebeya). Si el sentido común blanqueó la historia, estas fichas —en diálogo con Textos eróticos,

cancioneros y fonogramas— devuelven la orilla negra que la modernidad quiso volver inaudible.

Del fonógrafo a la hoja suelta: imprenta plebeya y archivo

Lehmann-Nitsche no solo "recogió" cantos con el fonógrafo: armó y cuidó un ecosistema de soportes. A un lado, la vocecita áspera de los cilindros de cera donde quedan los timbres, las respiraciones, la risa, el grito. Al otro, la trama impresa de la Biblioteca Criolla: miles de folletos baratos, cancioneros, hojas volantes y sainetes editados entre aprox. 1885 y 1925. Con ese doble anclaje, lo popular ya no es una reliquia que se "salva" del olvido, sino una industria cultural plebeya que produce, circula y archiva sus materiales.

¿Qué es la Biblioteca Criolla (y por qué importa)?

La colección reúne cuadernillos de bajo costo (pliegos de 8, 16 o 32 páginas), impresos en papel periódico, tipografía sencilla y portadas llamativas (xilografías, litografías, viñetas), con repertorio de cifras, estilos, milongas, diálogos rimados, pullas, adivinanzas y piezas "de actualidad". Ese "barómetro" permite ver quién edita, cómo se anuncia (letreros, listas de títulos al dorso), a qué precio (unos pocos centavos), y qué promete a su público: canciones nuevas, "para cantar con guitarra", "chistes de café", "relaciones de carnaval". Es un muestrario de gusto y, a la vez, un registro de uso.

Circuitos de circulación: ¿Dónde vive el impreso plebeyo?

Estos folletos no se compraban en grandes librerías: corrían por kioscos de plaza, puestos de feria, paradas de tranvía y estación, teatros de barrio, cafetines, sociedades de fomento, romerías y corsos. Los movían canillitas y libreros de viejo, y muchas veces no se leían en silencio: se leían en voz alta, se cantaban en rueda, se memorizaban y volvían a la calle como copla

resemantizada. Ese ida y vuelta –de la garganta al papel y del papel a la garganta– es lo que Lehmann-Nitsche decide documentar sistemáticamente.

Portadas, prólogos mínimos, dedicatorias, índices de piezas y avisos de otras colecciones son pura sociología impresa. Allí aparecen seudónimos (para gambetear la censura o vender mejor), menciones a cafés, barrios y compañías teatrales, y hasta avisos de próxima entrega. Muchas portadas "performan": muestran parejas de baile, bastoneros, organitos, payadores, madamas; fijan imaginarios de género, marcan códigos de decencia y transgresión. Todo eso, junto, es archivo morfológico de la sociabilidad urbana.

Todo un registro que nos habla de tecnologías y economías de lo barato. La baratura no es defecto: es condición de posibilidad. Tintas de una o dos pasadas, papel rústico, tiradas cortas y reimpresiones oportunistas; piratería benigna y "versiones" del mismo éxito con letras mínimamente cambiadas; catálogos al final del folleto con "lo que viene". Este régimen rápido y elástico explica la velocidad con que una frase de baño público puede volverse cuarteta impresa, refrán de prostíbulo y estribillo de café en cuestión de semanas.

Del fonógrafo al folleto (y vuelta) nos encontramos con una ecología de soportes. La elección metodológica de RL-N en 1905 –no perseguir romances antiguos, sí registrar formas urbanas vigentes– encaja con este régimen. Los cilindros guardan la métrica viva, la acentuación inmigrante, las ornamentaciones del cantor; los cuadernillos fijan letras, variantes, estribillos y parodias. Cruzados, permiten fechar y localizar: qué se cantaba antes de imprimirse, qué se imprimió y no cuajó en canto, qué triunfó en ambas esferas. El resultado es una cronología fina del gusto subalterno y de sus tecnologías de difusión.

Lectores, oyentes, actuantes nos permiten pensar el público plebeyo como productor. Estas ediciones presuponen un público alfabetizado "a ras": sabe juntar letras, leer en rueda y seguir una cifra. Pero, además, actúa:

adapta letras a barrios o oficios, introduce lunfardismos locales, recorta y pega en cuadernos, interpela al poder con sátiras. La imprenta plebeya no refleja una cultura dada: la fabrica, la ordena por series (carnaval, payadas, cuplés), le pone precio y la lanza a la calle.

Por supuesto que ese mundo en donde el Estado se está haciendo más presente hay regulación, censura y, por supuesto, zonas grises. Ordenanzas, horarios de cierre, inspecciones sanitarias en casas de tolerancia y secuestros ocasionales conviven con la circulación real del impreso: ediciones sueltas, reediciones anónimas, mudanza de imprentas. El sistema genera espacios laterales (trastiendas, patios, estaciones) donde el folleto se compra y se canta. Ese choque entre norma y práctica deja huella en los textos: bromas cifradas, metáforas corporales, dobles sentidos que "pasan" y hacen reír.

¿Por qué esto cambia la historia que contamos?

Porque obliga a mirar la ciudad desde sus soportes. Con fonógrafo + cuadernillo, Lehmann-Nitsche muestra que los sectores populares no son un eco rural en extinción, sino agentes que traducen la modernidad a su modo: producen repertorio, lo imprimen, lo venden, lo cantan, lo corrigen y lo archivan. La Biblioteca Criolla deja de ser "colección curiosa" para convertirse en fuente mayor: permite trazar mapas de circulación, redes de impresores y teatristas, gramáticas del lunfardo y del cocoliche, y cronologías del gusto en la ribera del Plata.

Del cilindro a la hoja suelta y de la hoja de vuelta al escenario, la cultura popular rioplatense funciona como una máquina de iterar: prueba, ajusta, imprime, canta, reimprime. Lehmann-Nitsche, al grabar y coleccionar a la vez, no solo "documenta": captura la lógica de esa máquina. Y esa lógica —rápida, barata, coral— es lo que nos permite escribir, con evidencia material, una historia social desde abajo del Partido de La Plata y su costa entre 1885 y 1925.

Adivinar la ciudad: juegos, enigmas y la vida común

En 1911, Robert Lehmann-Nitsche publica Adivinanzas rioplatenses dentro de Folklore argentino y hace algo más que reunir piezas: diseña un instrumental para leer la vida común a través del juego verbal. No trata a las adivinanzas como rezagos de un pasado rural, sino como prácticas vigentes que circulan entre casa, taller, cuartel, café y prostíbulo, con una vitalidad que obliga a pensarlas como dispositivo de sociabilidad, ingenio y memoria colectiva.

Es ante todo una obra con alcance inédito, que nos permite visualizar escalas, método y "sistema natural". La edición de 1911 reúne 1.219 adivinanzas en alrededor de quinientas páginas, "ordenadas y clasificadas, en forma rigurosa, en dieciséis grupos y muchos subgrupos", según explica una síntesis posterior del propio RL-N.

Para ordenar "el caos de los enigmas" adopta un léxico técnico (biomórfico, zoomórfico, criptomórfico, etc.) y la metáfora de un "sistema natural" —tomada de la botánica— para herborizar el repertorio popular sin desecar su "aroma campestre".

En términos de metodología tipológica, RL-N incluso delimita cómo algunos grupos se definen por la construcción del enigma más que por la solución, y destaca un "grupo criptomórfico" (XI) donde la respuesta "baila escondida" dentro del propio enunciado, afinando la mirada sobre formas, trampas y procedimientos del arte adivinatorio.

En el Resumen (Boletín de la Academia Nacional de Ciencias, 1915), RL-N detalla su archivo: 1.030 números distintos, 909 variantes y 166 duplicados (de diversa procedencia) —2.105 piezas—, a lo que añade 270 piezas del grupo erótico (130 números con 135 variantes y 15 duplicados) y 131 adivinanzas de Francisco Acuña de Figueroa; en conjunto, más de 2.500 ítems.

Ese Grupo XVI (erótico) no aparece en la edición de 1911 —lo consigna el propio RL-N— y la biografía crítica recuerda que el conjunto erótico ampliado se publicará luego, en 1923 (Leipzig), bajo el seudónimo "Víctor Borde", como corpus de versos y adivinanzas escatológicas y prostibularias.

Todo el cuadro nos permite observar continuidades largas que van de la tertulia a la calle moderna. RL-N sitúa sus materiales en una diacronía amplia: de tertulias coloniales y veladas decimonónicas a la calle moderna, cuando el juego verbal gana el espacio público. A la vez, ofrece una explicación histórica-lingüística para la "escasez relativa" de adivinanzas en Sudamérica: siglos de condición colonial, empobrecimiento idiomático y, ya en la república, el peso demográfico de la inmigración, que no heredó los "tesoros folklóricos" al modo peninsular.

La geografía y los acentos nos reconstruyen una región polifónica. La muestra que acompaña la reseña biográfica exhibe procedencias diversas (Salta, La Rioja, Santa Fe, Buenos Aires) y registros múltiples (definiciones, retruécanos, pareados visuales), lo que confirma que la adivinanza circula entre provincias y capital y se presta a juegos de acento y doble sentido propios de una ciudad inmigrante.

Entonces, la adivinanza en sus usos y funciones se instala como práctica social. Una práctica que reproduce sociabilidades y aprendizajes, en la casa o en el taller, el enigma coordina turnos de habla, entrena la atención y legitima un saber compartido (¿quién "la saca" más rápido?). En el mismo proceso el humor y el control social, en el bar, el café o el cuartel, la adivinanza prueba ingenio, reparte prestigio y regula jerarquías de grupo; la burla y el chiste funcionan como disciplina tácita. Al mismo tiempo, impone límites y transgresión, el grupo erótico marca las fronteras del decoro y, al mismo tiempo, su desborde ritual. La omisión editorial en 1911 y la publicación velada en 1923 son indicios del régimen moral y de las estrategias de autoprotección científica.

De la oralidad al papel (y a la escena) estamos en presencia de una ecología de soportes. El libro no flota aislado: dialoga con cancioneros baratos y con fonografías. RL-N lo dice sin rodeos: su colección aspira a abarcar "más del noventa por ciento" de lo que circula, gracias a redes de colaboradores y a una curaduría comparativa.

En ese cruce, muchas adivinanzas se imprimen en hojas sueltas, pasan al escenario (sainete, varieté), regresan a la rueda oral y vuelven a fijarse en compilaciones, dejando huellas materiales para reconstruir rutas de circulación.

Vistas desde La Plata-Ensenada-Berisso-Punta Lara, las adivinanzas mapean espacios de sociabilidad (casa, taller, cuartel, café, prostíbulo) y modos de contacto entre criollos y migrantes; son termómetros del habla corriente y aceleradores de léxicos nuevos. El mapa de dieciséis grupos permite observar qué se nombra (cuerpos, herramientas, oficios, animales, santos, objetos modernos), cómo se nombra (metáforas, criptónimos, retruécanos) y dónde (provincial/urbano, íntimo/público). La sección criptomórfica enseña a detectar pistas internas en el enigma; el grupo erótico, a leer la ciudad por sus umbrales morales.

¿Qué deja para seguir investigado, pensando sobre La Plata? 1) Una base tipológica y cuantitativa sólida (≥2.500 piezas con variantes) para estudiar cambio lingüístico y gusto popular en el pasaje 1880–1920. 2) Un modelo de clasificación replicable en otros corpus (acertijos escolares, charadas de prensa, juegos de sobremesa). 3) Un puente con materiales "bajos" (coplas de bar, café/baño, repertorios sicalípticos), cuya censura, omisión y publicación diferida dicen tanto como los propios textos.

En suma, Adivinanzas rioplatenses no es un museo de curiosidades: es un manual de lectura de la ciudad. Con él, la adivinanza deja de ser un juego menor y se vuelve mecanismo de inteligencia popular, capaz de mostrar

cómo los sectores subalternos piensan, se ríen, se miden y se reconocen en la modernidad rioplatense.

Actores y circuitos: música, imprenta y escena

Del circo a la calle la música se nos presenta como "infraestructura social". Carpas, plazas y veredas y la programación del Circo Podestá-Scotti y los tablados barriales armaban una malla semanal de espectáculos donde la música no era adorno: organizaba la reunión. Entre números ecuestres, pantomimas y sainetes, las cifras, estilos y milongas marcaban el ritmo de entrada y salida del público.

La música también solapa los oficios que suenan. Figuras como Don Faustino Fernández (ebanista asturiano) muestran que los oficios manuales proveían músicos, instrumentos, bancos, telones: el taller abastecía a la escena. Bandas de niños ensayaban repertorio criollo; soldados prestaban caballada y a veces copaban la platea; artesanos e inmigrantes afinaban oreja y pertenencia en la misma ronda.

Los nodos de circulación se entrelazan. Bares y cafés (con pianola u organito), la carpa, el patio de conventillo y la plaza funcionaban como estaciones de un circuito: lo que se probaba en el circo bajaba a la calle como estribillo o copla; lo que nacía en la vereda subía al tablado en formato de cuplé o escena cómica.

La imprenta plebeya se construye con soportes, mercado y públicos. La biblioteca Criolla como "industria barata". Cuadernillos de 8/16/32 páginas, tiradas cortas, papel rústico, portadas llamativas y "listas de títulos" al dorso. Prometían "para cantar con guitarra", "chistes de café", "sainetes de actualidad". La diversidad de puntos de venta y uso, kioscos, puestos de feria, teatros de barrio, romerías y corsos; lectura en voz alta, canto en rueda, memorización. El folleto se compraba, se cantaba, se prestaba y a menudo se anotaba en el

margen. El marco era una economía elástica, reimpresiones oportunistas, versiones con mínimas variaciones, piratería "benigna". La baratura hacía posible que una ocurrencia del baño público fuese, en semanas, estribillo impreso y luego número de varieté.

Los diversos soportes se complementan: voz, papel y escena. El recorrido va del fonógrafo al folleto y de allí al escenario. Las grabaciones de 1905 capturan acentos, respiraciones, ornamentos que no están en la tinta; los cuadernillos fijan letra, variantes y estructura; el escenario ensaya gestos, tiempos y silencios. Cruzando piezas, se puede fechar la aparición de un motivo, seguir mutaciones y distinguir qué funciona cantado y qué queda para leer o recitar. El espacio permite traducciones internas, un mismo motivo circula como adivinanza en el taller, copla en el bar y el café, cuplé en el tablado y verso verde en el mingitorio: cambia el registro, no la función social (probar ingenio, marcar jerarquías, negociar deseos).

En el espacio de la capital de la provincia, por supuesto, que hay regulaciones, zonas grises y política de los espacios. Ordenanzas de horarios, inspecciones en casas de tolerancia y censura a materiales "sicalípticos" conviven con trastiendas, patios y bailes clandestinos. Los efectos culturales de la regulación son nuevas formas de articulación social. La vigilancia no suprime la circulación: la re-canaliza. La metáfora, el doble sentido y la clave lunfarda aparecen como tecnologías de elusión que mantienen vivo el repertorio.

La vida posterior de las grabaciones: pelear un lugar en el canon

El corpus documentado paso de ser objeto técnico a fuente histórica. Los cilindros pasaron por copias magnetofónicas, transcripciones parciales y relecturas musicológicas; durante décadas quedaron al margen del "gran" canon letrado. Con la digitalización retorno su importancia como fuente histórica. Con la puesta en línea de audios y papeles, lo subalterno retorna al

centro de la historiografía cultural: hoy podemos escuchar, leer y comparar. La orilla —antes nota al pie— es matriz de significados.

Lo que los papeles y los cilindros nos dicen (1882–1920), con más precisión, es que La Plata en una ciudad plebeya y performativa, en donde payadores, actores ambulantes, bastoneros, organilleros, bandas de niños, soldados de franco, artesanos, "plateritos"; ensayan jerarquías (quién canta primero, quién acompaña), prueban valentías y deseos (piropos, retos, sátiras), regulan pertenencias (de barrio, de oficio, de origen). Todo ocurre en múltiples espacios, carpa, bar, café, patio, plaza, baño público, prostíbulo reglamentado. La performance ordena la noche y codifica la convivencia. Es un espacio-tiempo en donde las lenguas están en contacto y en disputa con un amplio y diverso repertorio léxico, lunfardo (laburo, misho, viaba, madama), cocoliche italo-rioplatense y africanismos (milonga, quilombo, mandinga, cafúa, mucama). No son solo "palabras raras", delimitan escenas (café, lupanar), tipifican actores (cafishio, compadre), marcan afectos (milonguita) y se vuelven música en el tango y la milonga. Aquí es donde la "orilla blanca" está atravesada por migraciones y memorias negras; el vocabulario registrado por RL-N en 1900–1920 hace audible ese subsuelo.

La ciudad se contaba a varias voces. En 1905, los cilindros del fonógrafo atraparon la respiración de una milonga en un patio, el eco de una payada bajo la carpa y el murmullo del café cuando alguien soltaba una copla. A esa voz, Lehmann-Nitsche le puso letra: en sus manuscritos de trabajo acomodó variantes, corrigió giros, comparó acentos. Y, más allá del escritorio, la Biblioteca Criolla fijó en papel lo que ya corría por la calle: folletos baratos, cancioneros, hojas sueltas. Al cruzar esos tres planos —el sonido, la nota de campo, la imprenta plebeya— uno puede medir los tiempos de circulación de un motivo: cómo nace al borde del baldío, se vuelve estrofa impresa y termina en el tablado como cuplé. Se ven también las marcas del lugar: un lunfardismo que en Berisso suena más áspero, una rima que en Ensenada pierde una sílaba, el mismo estribillo que la imprenta "normaliza" para

hacerlo vendible. Y aparecen los usos sociales del repertorio: la adivinanza que ordena la sobremesa; el cuplé que muerde con sátira; la copla de cortejo que tantea distancias; el grafiti que deja, a escondidas, un desahogo en la puerta del baño.

Ese tejido de voces y papeles, despreciado durante años como "menor", hoy funciona como contra-canon. Ahí están los grafitis, las coplas "verdes", las hojas volanderas, los sainetes de barrio y los cancioneros de a centavo: materiales que la alta cultura no quiso custodiar y que, sin embargo, guardaron lo que importaba para la vida común. En sus bordes quedaron escritos los cuerpos, las fricciones de las lenguas, las micro-políticas del deseo y del trabajo. Leídos juntos —con la ayuda de los cilindros, los manuscritos y los folletos—, reescriben la modernidad rioplatense desde abajo y nos sacan del anecdotario: no son curiosidades, son pruebas.

Si se mira de cerca, se distingue la maquinaria que lo vuelve posible: artesanos-músicos y payadores, compañías de circo e impresores baratos, públicos mezclados de soldados, inmigrantes y obreros. El circuito es corto y eficaz: de la carpa al café, del patio a la imprenta, de la imprenta al escenario, ida y vuelta. Y los soportes —la voz en el cilindro, el papel del folleto, la escena del sainete o la varieté— se alimentan entre sí hasta armar un sistema nervioso. Así, la región y su ribera se narraron a sí mismas: cada canción, cada hoja, cada risa grabada fue un impulso de esa ciudad plebeya pensando en voz alta.

Reflexiones y Derivas

La Plata no nació de un plano sino de una experiencia. Bajo la geometría de diagonales y palacios, una ciudad se fue haciendo en costumbres—las del patio, el café, la carpa, el baño público—donde hombres y mujeres ordinarios tramaron su vida común. Si uno escucha de cerca, descubre que la modernidad no les cayó encima: la trabajaron. Aprendieron a habitarla

con letras baratas, músicas prestadas, reglamentos esquivos y una lengua que no pedía permiso. Ese es el núcleo de lo que hemos intentado mostrar: una cultura en proceso, donde el repertorio plebeyo no es residuo sino organizador de la convivencia.

Los cilindros de 1905 no son reliquias: son tiempo vivo. En ellos palpita la economía moral de la noche—lo permitido y lo que se tolera porque "siempre fue así": quién canta primero y quién responde, qué se insinúa y qué se calla, cómo se reparten el chiste, el insulto y la caricia. Los folletos de la Biblioteca Criolla, por su parte, fijan esa trama: dan precio, portada y serie a lo que circula por boca y por cuerda, y devuelven a la gente el espejo de lo que ya viene haciendo. Entre voz y papel hay un ida y vuelta disciplinado por la costumbre: se improvisa, sí, pero dentro de un orden que la calle reconoce.

En esa coreografía entran lenguas en fricción. El lunfardo y los africanismos no son rarezas léxicas: son memorias activas de migraciones, trabajos y oficios; herramientas con las que los de abajo nombran su mundo, distinguen lealtades, marcan fronteras. "Milonga", "quilombo", "mucama" recogen trayectorias largas y, al usarse, redistribuyen sentido. La regulación—ordenanzas, policía, moral de imprenta—no los extingue: los desplaza; y en el desplazamiento nacen la metáfora, el doble sentido y la clave que permite seguir diciendo.

Conviene admitir los límites. Lo que oímos y leemos viene, muchas veces, de espacios masculinos; las mujeres y las niñeces aparecen a contrapelo, o como objeto del verso. El propio colector corrige, endereza, mejora. Y, sin embargo, al reconocer esos sesgos, la lectura gana espesor: podemos situar quién habla, para quién y bajo qué regla no escrita, y así reconstruir la moral práctica de una ciudad que se educa a sí misma entre el trabajo y el ocio.

El umbral de 1905 ordena el relato: ahí se acoplan fonógrafo, manuscrito y hoja suelta; ahí la ciudad plebeya queda audible, legible y visible. Lo

demás—las adivinanzas tipificadas, los Textos eróticos que corren por el borde—extiende esa prueba: lo "bajo" no es sólo lo vulgar; es el archivo de necesidades y deseos que la alta cultura no quiso custodiar. Llamarlo contra-canon no es un gesto provocador, es un diagnóstico: sin grafitis, coplas verdes, hojas volanderas y sainetes de barrio, la modernidad platense queda sin nervio.

Queda trabajo por delante, y es trabajo histórico, no arqueología de curiosidades. Habrá que alinear cada cilindro con su letra—tiempos marcados, variantes, acentos—y devolver esa sincronía en acceso abierto: que cualquier lector pueda oír y leer a la vez. Habrá que poner en regla la Biblioteca Criolla: impresores, tiradas, precios, iconografías; no para coleccionar portadas bonitas, sino para medir cómo se arma un mercado plebeyo y qué le exige a sus autores.

Necesitamos un atlas de sociabilidades: circo, bar, café, imprenta, baños públicos, casas de tolerancia, talleres, estaciones. Mapa sobre mapa, año sobre año, para ver por dónde circula el gusto y dónde lo frena la norma. Hace falta una lexicografía histórica de contacto que siga a "milonga", "quilombo" o "mucama" por La Plata, Buenos Aires y Montevideo, década a década, y muestre cuándo cambia el sentido y por qué. Y una historia sonora que, con restauraciones cuidadosas, recupere timbres, fraseos, adornos: no para museificarlos, sino para devolverles función en la escena de entonces.

También corresponde escribir la prosopografía plebeya: impresores chicos, bastoneros, payadores, músicos de circo, esos artesanos que hacían bancos y también hacían bandas. Cruzar padrones, licencias, prensa menuda y memorias familiares en Ensenada, Berisso, Punta Lara; dejar que la voz de barrio vuelva a contarse sin intérpretes. Y empalmar esta historia con la que sigue—1920–1940, radio, tango canónico, nuevas censuras—para entender qué se perdió, qué persistió y qué se volvió "tradición".

Si algo enseña La Plata, mirada desde abajo, es que la ciudad se autofabrica cada noche con instrumentos baratos y reglas tácitas. La tarea del historiador no es descubrir una esencia, sino seguir los hilos de la experiencia hasta ver cómo se trenzan en costumbre. Ahí, en ese punto donde la gente hace su mundo con lo que tiene a mano, la historia deja de ser inventario y se vuelve rendición de cuentas: a quiénes damos voz, qué pruebas ponemos sobre la mesa, qué ciudad decidimos contar. Aquí elegimos esta: la que se narra sola cuando la dejamos sonar, leerse y mostrarse.

Entre finales del siglo XIX y principios del XX, el Partido de La Plata y su costa rioplatense produjeron un archivo mestizo (voz, papel, música) que permite reconstruir la experiencia subalterna sin reducirla a "residuo rural". Las coplas de mingitorio, las milongas de cuarto patio, las adivinanzas de sobremesa, los folletos baratos y los cilindros muestran agencia, creatividad y disputa por el sentido común. La investigación sobre RL-N habilita una historia social desde abajo, donde el lexicón afro y el lunfardo se reconocen como gramáticas de lo popular en la modernidad argentina.

Este mosaico de lugares es el "mapa sensible" de los subalternos rioplatenses. No son figuras secundarias: son quienes ponen música y letra a la ciudad nueva. Que hoy podamos escucharlos y leerlos se debe a una constelación de papeles, cilindros y folletos que sobrevivieron migraciones, guerras y censuras; materiales que, al ser reeditados y digitalizados, vuelven a poner a las orillas en el centro de la historia.

PARTE II

Capítulo 3.
Un nuevo comienzo: la ciudad planificada, el Puerto y la relación entre YPF y Bethlehem Steel Corporation (1910-1930).

Mientras se acercaba la celebración por el centenario de la Revolución de Mayo, voces de diferentes ámbitos, principalmente, del gobierno de la Provincia de Buenos Aires, multiplicaban su preocupación por el desarrollo de la capital de la provincia. Durante la gobernación de José Inocencio Arias (1910-1912) –un conservador que había llegado a la capital de la mano de Bernardo de Irigoyen- y su Ministro de Obras Públicas: José Tomas Sojo, un hombre de la localidad de Saladillo perteneciente a la Unión Cívica, se construyó una línea de ferrocarriles para conectar el puerto de La Plata con la zona de producción agrícola-ganadera. Una de las iniciativas más importantes se generó en las discusiones en el Palacio Legislativo de calle 7 entre 51 y 53. Luego de varias sesiones se conformó una comisión con la presidencia de Arturo Condomí Alcorta; el objetivo era un Censo sobre la situación de las industrias y los comercios en la ciudad de La Plata.

El Censo es revelador en muchos sentidos. En primer lugar, ubica la necesidad de colocar a la capital de la Provincia como un centro de desarrollo para potenciar las oportunidades de toda la región. En segundo lugar, es el primer antecedente manifiesto de la relación existente entre el Estado y los particulares en la búsqueda de equilibrar las actividades

agrícolas-ganaderas y, el crecimiento de las actividades industriales asociadas a la energía, el transporte y las comunicaciones. Al mismo tiempo, plantea las discusiones y conflictos que se están suscitando en el proceso de crecimiento de la ciudad vinculadas al puerto de La Plata, adquirido por el Estado Nacional en 1905.

En ese censo industrial –publicado en 1912- se menciona la necesidad de promover y radicar nuevas industrias en la ciudad de La Plata. El informe presenta las contradicciones de las relaciones entre la sociedad, las empresas y el Estado Provincial y, también, los conflictos políticos entre la administración saliente y la entrante. Por un lado, se dice que el censo de 1909 mostraba el avance de la actividad comercial e industrial y el crecimiento de la sociedad (en pocos años) gracias al impulso de la actividad privada. El desarrollo de la sociedad platense había contado con la interacción entre Sociedad Civil, Estado y Mercado. Las recurrentes crisis políticas y económicas de finales del siglo XIX desarticularon esas vinculaciones.[25]

En el Censo Industrial, sobrevuela un reclamo solapado a la disminución de la actividad privada en el desarrollo comercial e industrial del territorio; se insiste en que incluso las facilidades que parecen promover el ejecutivo provincial no parecen ser suficientes para la instalación de nuevas industrias y el desarrollo de la región. En línea con el desarrollo de las vías de comunicación y transporte, los ferrocarriles del Sud, del Oeste, el Midland de Buenos Aires y el provincial al Meridiano V, unen la ciudad con las zonas más ricas de la Provincia y la ciudad de Buenos Aires; la Compañía General de Ferrocarriles vincula a la ciudad con el resto de las Provincias del territorio argentino, el puerto la conecta con las vías fluviales, con el litoral argentino, con los puertos de ultramar y con todos los centros de cabotaje del Estado argentino.

25 Condomí Alcorta, Arturo (1912) La Plata, ciudad industrial Informe presentado al Sr. Ministro de Obras Públicas, Dr. José Tomás Sojo. Talleres de impresiones oficiales, La Plata. Cap. 1.

Durante las primeras décadas del siglo XX, la ciudad de La Plata experimentó un crecimiento similar al ocurrido entre su fundación y 1890. La emergencia de las nuevas transformaciones económicas, políticas y sociales generaron que el enfrentamiento entre metropolitanos y provincialistas tuviera como único ganador a estos últimos. La evolución política de la provincia de Buenos Aires desde la era oligárquica hasta la democratización tuvo la influencia del radicalismo, en especial de uno de sus representates: Yrigoyen; en la política provincial, lo que determinó un cambio en el equilibrio de poder entre la provincia y la nación.[26] Por un lado, la formación de partidos políticos más poderosos y arraigados en la sociedad, llevó a una renovación política con líderes provinciales y locales emergentes. La democratización provocada por la creación de los partidos políticos modernos (UCR, Socialismo y el Partido Conservador) impactó en la orientación del gasto y la obra pública, con un énfasis en las necesidades del hombre común y proyectos de alto impacto electoral. La descentralización del poder desde La Plata hacia los gobiernos locales se vio reflejada en la asignación de obras públicas como instrumento de premio político. El siglo XX generó que el proceso de democratización cambiara significativamente la dinámica política en la provincia de Buenos Aires, dando lugar a una mayor representación de líderes provinciales y locales, así como a una orientación de la gestión pública más enfocada en las necesidades inmediatas de la población.[27]

Como resultado de la democratización y la sofisticación del sistema político, se produjeron cambios significativos en la composición y liderazgo de los partidos políticos provinciales. En primer lugar, la democratización permitió que los líderes provinciales adquirieran mayor influencia y poder, desplazando a los líderes metropolitanos. Esto se reflejó en la renovación

26 Persello, Ana Virginia (2013), Capítulo 8. "El radicalismo bonaerense". En: Palacio, Juan Manuel Comp. Historia de la provincia de Buenos Aires: de la federalización de Buenos Aires al advenimiento del peronismo: 1880-1943. Tomo 4. -1a ed.- Buenos Aires: Edhasa; Gonnet: UNIPE: Editorial Universitaria. Pp. 285-308.
27 Hora, Roy (2013). "Capítulo 1. La política bonaerense: del orden oligárquico al imperio del fraude." En: Palacio, Juan Manuel Comp. Op.cit. Pp. 51-80.

política, con la emergencia de figuras surgidas de las estructuras políticas provinciales y la creciente presión de dirigentes jóvenes locales por acceder a posiciones de mando. Además, la democratización propició la emergencia de un conservadurismo más dispuesto a tematizar cuestiones sociales, como la jornada de ocho horas, lo que llevó a la aparición de líderes conservadores con mayor influencia en algunos distritos. Por otro lado, también, impulsó la formación de partidos políticos más poderosos y mejor enraizados en la sociedad, ofreciendo a las autoridades una sólida plataforma política sobre la cual apoyarse, sobre todo si conquistaban mayorías electorales incuestionables.[28]

En un trabajo reciente,[29] se plantea la importancia del puerto de La Plata en el desarrollo económico de la región, destacando su papel en la exportación de productos agrarios, la importación de bienes de consumo, la actividad hidrocarburífera y la industria frigorífica. Cuestionando si el puerto de La Plata puede considerarse un fracaso, analizando su evolución a lo largo del tiempo y su papel en el entramado económico, social y político de la región. Señalando la falta de estudios detallados sobre aspectos económicos cualitativos del puerto de La Plata, como las operaciones comerciales, las tecnologías utilizadas y los actores involucrados, así como su posición dentro del sistema de puertos argentinos y en la circulación atlántica. Planteando la necesidad de situar al puerto de La Plata en un contexto global, considerando su participación en el comercio mundial y su relación con el movimiento de capitales internacionales, especialmente en un contexto de cambios geopolíticos a finales del siglo XIX y principios del XX.

El puerto de La Plata fue un motor clave para el desarrollo económico

28 Béjar, María Dolores (2013), Capítulo 9. "Los conservadores bonaerenses: entre el fraude y las luchas facciosas". En: Palacio, Juan Manuel Comp. Op.cit. Pp. 309-336.
29 Prieto, S. (2020). El puerto de La Plata: de miradas locales y regionales hacia un horizonte atlántico. Trabajos y Comunicaciones (52), e116. En Memoria Académica. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.11904/pr.11904.pd

de la región, facilitando la exportación de productos agrarios, la importación de bienes de consumo y el desarrollo de industrias como la hidrocarburífera y la frigorífica. Al estar ubicado estratégicamente en la costa atlántica, el puerto de La Plata sirvió como punto de conexión con el comercio mundial, facilitando el intercambio de mercancías y la integración de la región en las dinámicas globales. La actividad portuaria generó empleo y actividad económica en la región, contribuyendo al crecimiento y la diversificación de la economía local.

En sus inicios, el puerto de La Plata fue concebido como una iniciativa política para extender la actividad portuaria vinculada a Buenos Aires. Sin embargo, enfrentó dificultades financieras y la competencia de Puerto Madero, lo que llevó a su traspaso a la Nación en 1904. Es fundamental desarrollar una visión más amplia y multifuncional del puerto de La Plata, considerándolo en función de actividades comerciales, industriales, de transporte, etc. El puerto fue evolucionado en las reconfiguraciones socio-productivas de la región fluvial, lo que ha generado cambios en su función y relevancia en el entorno económico y social. Es imposible pensar el Puerto y la ciudad de La Plata sin tener en cuenta la complejidad de los múltiples entramados económicos, sociales y políticos. El puerto es una clave fundamental para comprender el desarrollo de la ciudad y su impacto en la generación de empleo, el desarrollo industrial y la integración regional.

A principios de la década de 1890, los gobiernos nacional y provincial promovieron las inversiones privadas para atraer hacia el Puerto La Plata ramos especiales de comercio, como los de inflamables que no estaban radicados en ningún puerto del país por falta de las instalaciones adecuadas para su desenvolvimiento. En 1892 el Ejecutivo provincial le otorga una concesión de tierras al ingeniero Pedro Dirks, en un paraje frente al Río Santiago entre los arroyos "La Fama" y "La Joaquina", para la construcción de un dique de desembarco de petróleo crudo importado, con sus depósitos y vías férreas y una refinería para el procesamiento, almacenamiento,

embarque y comercialización de uno de sus derivados, el kerosene. Ese mismo espacio, fue solicitado por la Sociedad Vickers Sons y Maxim Ltd. para construir un astillero en 1912.

En 1903 el gobernador Marcelino Ugarte (1902-1906) firmó la autorización para establecer un depósito de petróleo en bruto en los terrenos de la empresa Muelles y Depósitos frente al Puerto Occidental o Tacamas, para realizar la carga y descarga de petróleo, por medio de cañerías que permitieran la unión del buque con los tanques de petróleo; conectando las vías férreas del puerto con las vías internas del depósito de petróleo, estableciendo que las operaciones quedaban sujetas a las leyes y reglamentos de ferrocarriles sobre materiales inflamables y, teniendo que proveer de todas las medidas e instalaciones de seguridad para este tipo de plataformas portuarias. En ese mismo acto, el gobierno de la provincia de Buenos Aires, obligaba a la Sociedad, presidida por Roberto Carlos Drumond, al pago de todo impuesto o patente para esa clase de industrias y de los derechos de puertos y muelles, como también a la presentación en un plazo de ocho meses de los planos definitivos y especificaciones de obras a ejecutar. El incumplimiento del plazo de entrega daba por rescindido el contrato y anulaba la autorización. La aprobación de los planos y la inspección de las obras quedaba a cargo del Departamento de Ingenieros del Ministerio de Obras Públicas de la provincia de Buenos Aires. La provincia se reservaba el derecho a acordar negocios similares con otras empresas en la jurisdicción del Puerto la ciudad universitaria.

Esa política de incentivos se profundizó a partir de la compra de Puerto la capital provincial y la relocalización de los puertos de inflamables con el propósito de mejorar el funcionamiento del Puerto de Buenos Aires. En 1906, el gobierno nacional prohibió la descarga de inflamables en el Puerto de la ciudad de Buenos Aires. Los buques quedaron obligados a efectuar sus operaciones en el Puerto de La Plata. La Oficina de Servicios y Mantenimiento de los Puertos de la Capital y la ciudad se encargaría de

adoptar las medidas para el almacenamiento de los inflamables peligrosos, mientras que la Aduana de La Plata debía vigilar y controlar las operaciones. Al amparo de esa nueva política de concentración de productos inflamables en Puerto la capital bonaerense, la Compañía Muelles y Depósitos solicitó, en 1907, el traslado del kerosene que comercializaba desde dos depósitos fiscales arrendados en el Gran Dock, a sus propias instalaciones. El fortalecimiento del Puerto platense con ese destino exigió, además, la reforma de otros reglamentos anteriores sobre la carga de frutos del país y, fundamentalmente, de la descarga de mercaderías inflamables. Hasta la primera guerra mundial, los productos derivados del petróleo eran importados por unas pocas compañías extranjeras, entre éstas la norteamericana Standard Oil y su competidora británica, la Anglo-Mexican Petroleum Company Limited, subsidiaria de la Royal Dutch Shell.

Durante el segundo gobierno de Marcelino Ugarte (1914-1917) el puerto de La Plata se transformó en el puerto de descarga de las mercadería peligrosas o inflamables: ácidos, sulfúrico, nítrico, fluorhídrico, éteres y alcoholes en general; aguarrás, bencina, carburo de calcio; fósforos de palo, de cera, estearina o cualquiera otra materia análoga; gases en general; sulfuro de carbono, kerosene, naftas, ligroina (éter de petróleo) y similares y productos derivados del alquitrán de gas, envasados en tambores, botellas, damajuanas, cascos, cajones o recipientes metálicos. Durante esos años, el gobierno de la provincia de Buenos Aires solicitó a la Nación, sin éxito, la colocación de un tanque de petróleo de Comodoro Rivadavia en Puerto la ciudad planificada, ante la necesidad de abastecer una amplia demanda de dicho combustible, como los que usaba la Usina de Aguas Corrientes del Parque Saavedra y el calculado para la del Parque San Martín; el Ferrocarril a Meridiano V; los frigoríficos y varias industrias de la zona, sin contar con las instalaciones de la Armada en la Isla Río Santiago. Las razones de tal negativa pueden atribuirse a que, si bien, la producción en Comodoro Rivadavia (territorio nacional de Chubut), se desenvolvía en gran escala, el traslado de petróleo hasta los puertos de la Cuenca del Plata presentaba

dos obstáculos que el gobierno nacional Victorino de la Plaza (1914-1916) esperaba solucionar con la construcción de un muelle en el puerto de esa ciudad y de buques adecuados para el transporte del material inflamable.

Al mismo tiempo, la transformación más importante provino del papel que jugaron los Ferrocarriles del Estado. En un contexto de crecimiento de las exportaciones de productos asociados a la ganadería, las elites ganaderas presionaban para que se bajaran las tarifas de transporte, mientras el ejecutivo bonaerense buscaba facilitar la construcción de un polo frigorífico en el puerto de La Plata. Fue uno más de los conflictos entre los ejecutivos nacional y provincial, dado que el primero pretendía manejar por su cuenta toda la política ferroviaria. La Ley Mitre (1907) fue uno de los intentos de que los trenes quedaran bajo jurisdicción nacional. Ese mismo año, la legislatura provincial aprobó un proyecto para la instalación de dos líneas bajo la jurisdicción del gobierno provincial: una denominada "Oeste hacia el Meridiano V" desde La Plata hasta el límite con el entonces territorio nacional de La Pampa, y la otra "Sud" hacia Mar del Plata y Olavarría. El conflicto, finalmente, debió resolverse en la Suprema Corte, con resultados favorables para la provincia. Los primeros tramos se inauguraron en 1912.[30]

Durante el periodo de entreguerras, se aceleró el crecimiento de las actividades industriales. Por un lado, los Estados Unidos aumentó la participación de sus capitales y empresas, mientras la participación europea se mantuvo. Estos se dirigieron a consolidar las posiciones previamente adquiridas, como se advierte en el crecimiento de la firma Swift, vinculada al "trust de Chicago" y que tenía una planta en Berisso, o por la expansión de la Armour de Nueva York, que adquirió La Blanca, ubicada en Avellaneda y en 1915 montó otro establecimiento en Ensenada. En segundo lugar, esas inversiones impulsaron la expansión manufacturera en ramas más

30 Rougier, Marcelo comp. (2023), Escenarios del desarrollo industrial bonaerense, 1820-2020. URL: https://estudioseconomicos.ec.gba.gov.ar/documentos/Escenarios%20del%20desarrollo%20industrial%20bonaerense%201820-2020.pdf pp. 92-95

modernas, como la producción cementera, la explotación petrolífera, la industria automovilística, química, farmacéutica, telefónica, gráfica, entre otras, así como también de la industria textil del algodón. Estas inversiones, acompañadas por la importación de maquinarias, transformaron la estructura del sector industrial en la capital de la Provincia de Buenos Aires.[31]

Un año después de que muriera Dardo Rocha (1838-1921), en 1922 se creaba Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF), primera empresa petrolera estatal del mundo capitalista, bajo dependencia del Ministerio de Agricultura de la Nación, se instaló en el predio de 400 hectáreas originalmente destinado al ensanche del Puerto la capital e inauguró sus primeras obras en diciembre de 1925 con la puesta en marcha de: la Unidad de Destilación Primaria, la Usina de producción de vapor, la Casa de Bombas y, poco tiempo después, la Planta de Refinación de Kerosene. El 23 de febrero de 1923, Enrique Mosconi y su equipo elevaron un informe al ministro de Agricultura Tomás Le Bretón. El propósito del informe era presentar la urgencia de adquirir y montar un "Topping Plant" para tratar toda la producción fiscal y capitalizar la elaboración de la producción de petróleo. La matriz de lo que luego habría de ser la Destilería Fiscal la Plata estaba contenida en ese informe. La necesidad de industrializar el petróleo se había discutido desde 1907; pero, aparte de una pequeña destilería que comenzó a operar en 1913 en la zona de Comodoro Rivadavia, las investigaciones que se realizaron en ese sentido no fueron implementadas. Sobre la base de esos estudios se eligió construir la nueva Destilería en la ciudad de La Plata. La ubicación del Puerto y su situación para el transporte de la materia prima y la futura distribución de los productos, como -lo que era más evidente – la provisión del agua requerida para el funcionamiento de la destilería, el alojamiento del personal, la obtención de los elementos de consumo necesarios y los servicios de infraestructura para el sostenimiento de las diversas actividades, se presentaban como fortalezas indiscutibles en la decisión sobre su ubicación.

31 Rougier, op.cit., 85-90

Dado que la comercialización de derivados del petróleo era potencialmente la fase más rentable del negocio petrolero. La discusión sobre la instalación de una refinería estatal era casi tan antigua como el descubrimiento del petróleo en Comodoro Rivadavia en 1907. Sin embargo, para 1922, las pequeñas destilerías de Comodoro Rivadavia y Plaza Huincul representaban la suma total de la actividad refinadora estatal. Tras asumir como Director General, Mosconi se convirtió en un entusiasta defensor de la construcción de una importante instalación estatal. El 20 de mayo de 1923 envió un memorando a Le Breton destacando la importancia del emprendimiento y presentando un proyecto concreto de planta. Le Breton y Alvear respondieron con un pedido de autorización al Congreso para invertir veinte millones de pesos en la industria petrolera estatal, parte de los cuales estarían destinados a la construcción de refinerías.

Mientras el Congreso ignoraba el proyecto de ley y los intereses privados lo atacaban como un paso más en el complot Le Breton-Mosconi para sofocar la explotación privada, YPF negoció un pre-acuerdo preliminar con Bethlehem Steel Company (EE.UU.) para la construcción de la primera destilería en La Plata. El problema financiero fue resuelto por un Acuerdo Ministerial firmado el 31 de diciembre de 1923 que autorizó el uso de operaciones de crédito para financiar la propuesta. Con algunos de los obstáculos removidos, la construcción se inició en enero de 1925, y el 1 de febrero de 1927 personal de YPF se hizo cargo de una instalación en pleno funcionamiento equipada para "topping" o destilación primaria y para "craqueo" de gasóleo con el fin de aumentar el rendimiento de gasolina. Posteriormente, las instalaciones de La Plata se ampliaron con la adición de una planta de "craqueo" diseñada para aumentar el rendimiento de la gasolina mediante la descomposición del residuo de fuel-oil de la destilación primaria.

La construcción de la refinería marcó un hito importante en la integración vertical de la industria estatal. Al no estar limitada a la producción de petróleo crudo, YPF surgió después de 1925 como una fuerza cada vez más poderosa

en el mercado petrolero nacional. Las ventas estatales de crudo cayeron de casi quinientas mil toneladas en 1925 a poco más de cuatro mil toneladas en 1928. Durante los mismos años, las ventas de fuel oil se dispararon de 25.753 a 434.799 toneladas, las ventas de queroseno de 4.578.073 a 25.578.730 litros, y ventas de gasolinas de 5.941.538 a 100.050.105 litros. Los argentinos, que antes de 1926 podían comprar los productos de YPF en un solo centro de distribución en Buenos Aires, los encontraron disponibles en 1928 en más de 900 ubicaciones en toda la Capital Federal y el interior del país.

A pesar de los avances de YPF, bajo Mosconi, Argentina siguió siendo un importador de combustible. El Presidente Alvear fijó la meta de la autosuficiencia para su administración en su discurso de apertura de las sesiones del Congreso de 1923, y en la misma ocasión, en 1925 predijo que la producción de petróleo sería suficiente para satisfacer las necesidades nacionales del mercado. Sin embargo, en 1928, el aumento de la productividad de YPF, combinado con un marcado aumento de la producción privada, aún dejaba una considerable "brecha de combustible" que tuvo que ser sostenida a través de la importación.

En 1928 cuando YPF registró ventas de fuel oil por 434.799 toneladas, Argentina importó 806.741 toneladas adicionales; queroseno La administración de YPF esperaba que la destilería pudiera realizar todos los procedimientos de elaboración del petróleo industrializado. Consecuentemente se realizarían la elaboración de los combustibles líquidos: nafta, kerosene, gas-oil y fuel-oil, derivados del petróleo crudo a partir del proceso industrial de destilación primaria o "Top-ping". El Cracking del gas-oil y del kerosene pesado, para obtener mayor rendimiento de la nafta; del fuel-oil para aumentar la producción de la nafta. Elaboración de aceites lubricantes a partir de la utilización de los residuos. A esto se agregaba la importancia de la refinación de los productos, para el aprovechamiento de los gases, para la recuperación de productos utilizados para la producción de vapor, la energía eléctrica y el aire comprimido y todas las instalaciones auxiliares como tanques, cañerías,

bombas, taller de reparaciones, cargaderos, instalaciones de envasado de productos, fábrica de envase, laboratorios, almacenes, etc.

El ambicioso proyecto presentaba algunas dificultades. En principio, ninguna de las empresas conocidas estaba en condiciones de fabricar la totalidad de los numerosos y variados elementos necesarios para el despegue de la destilería. La construcción implicaba comparar diversos sistemas y patentes de construcción y el tiempo apremiaba. La Dirección General de YPF consideró que la situación industrial en el país era incipiente y que era fundamental llamar a concurso público. El 22 de mayo de 1923 se llamó a concurso público, invitando a todas las empresas que en el pasado había mostrado interés y que en su mayoría conocían las características del petróleo de Comodoro Rivadavia (que era el que llegaría al Puerto de La Plata), con el fin de que presentaran una propuesta para la instalación de la destilería, sobre la base de una capacidad de elaboración de dos mil toneladas diarias de petróleo crudo, comprendiendo todos los procesos de elaboración. Las empresas debían presentar un proyecto descriptivo de la destilería y garantizar el rendimiento de productos, el consumo y las pérdidas, y establecer el costo de la obra con sus avances y el plazo de terminación.

El 17 de agosto de 1923 se abrieron las propuestas del concurso con presencia de los interesados y del escribano mayor de Gobierno. Se presentaron diez firmas, de las cuales seis eran europeas y cuatro estadounidenses. Luego de considerar quienes presentaban mejores condiciones por su capacidad industrial, técnica y financiera para llevar a cabo la obra se seleccionó a una estadounidense. De todas, Bethlehem Steel Co brindaba todas las garantías contenidas en el pliego del concurso. El 23 de noviembre se firmó el convenio preliminar, que fue aprobado por el Poder Ejecutivo nacional el 31 de diciembre de ese mismo año.

El 15 de marzo de 1924, Bethlehem Stell Co, presentó el proyecto definitivo a la Comisión Técnica de Nueva York liderada por el Ingeniero

Enrique Cánepa y el Presidente de la Comisión Naval Argentina en los Estados Unidos, el contraalmirante Julián Irizar. Mientras tanto, en Argentina, las cosas no parecían tan sencillas. Debido a la oposición del Congreso para aprobar su financiación, Alvear necesitó autorizar la utilización de créditos y de letras de tesorería, para sostener el proyecto de construcción de la refinería, mientras se estaba gestionando la firmaba del contrato con Bethlehem Steel Corporation.

Luego de un examen detallado y de visitar las Instalaciones de la empresa en Filadelfia se firmó el contrato el 1 de diciembre de 1924. Ratificaron el contrato de construcción de la planta el contralmirante Julián Irízar y el ingeniero Eugene Grace, presidente de Bethlehem Steel Corporation. Enrique Mosconi, desde Argentina, le hace saber a Cánepa su alegría en una sentida carta: "Reciba usted, sus colegas y personal a sus órdenes, mis felicitaciones por haber llevado las gestiones al término que deseábamos y esperábamos. Este es el motivo principal de mi carta, que les escribo durante mi regreso del norte." Es un párrafo central en una de las cartas que el general Enrique Mosconi, entonces director general de Yacimientos Petrolíferos fiscales (YPF), le dirigió al ingeniero Enrique Cánepa, ("Mi estimado ingeniero y amigo", le dice), el 12 de diciembre de 1924.[32]

El 14 de enero de 1925, Marcelo Torcuato de Alvear, ratifica el contrato con una modificación que implica la reducción del proyecto original, debido a los problemas que se derivaban de los conflictos en el Congreso Nacional y a la incorporación de una nueva industria a las actividades fiscales. Inicialmente, solo se construiran las instalaciones de destilación primaria y cracking de gas-oil, dejando la construcción del resto de las instalaciones para cuando el establecimiento alcance su grado máximo de desarrollo.

Las obras para la construcción de la Destilería en la ciudad de La Plata se iniciaron el 14 de enero de 1925, y la inauguración oficial fue el 23 de diciembre

32 Cartas de Enrique Mosconi en Poder del Gobierno de Neuquen, cedidas por la empresa Tipsa, creada por Mosconi. URL: https://w2.neuquen.gov.ar/

de ese año. Las primeras plantas que se pusieron en funcionamiento fueron la Unidad de Destilación Primaria, la Usina de producción de vapor, la Casa de Bombas y, poco tiempo después, la Planta de Refinación de Kerosene. Los diarios locales de la ciudad de La Plata cubren la ceremonia y envián información detallada a los diarios nacionales que publicarán la noticia un día despúes. En las fotografías que publican los diarios locales puede verse al presidente de YPF Enrique Mosconi que recorre con el presidente Marcelo T de Alvear y Juan José Cantilo (yrigoyenista), gobernador de la Provincia de Buenos Aires desde 1922 y otrora intendente de la Ciudad de Buenos Aires y a otras autoridades nacionales y provinciales; los espacios y la tecnología instalada durante la inauguración de la destilería de La Plata, el 23 de diciembre 1925.[33]

La situación política del país era compleja. La Provincia de Buenos Aires había estado a punto de ser intervenida entre 1924 y 1925. Ese año hay intervenciones federales a La Rioja y a San Juan, donde Federico Cantoni es acusado de abuso de poder. Hay elecciones de gobernador en Córdoba y por escaso margen, el demócrata Ramón J. Carcano derrota a los yrigoyenistas, mientras que en Salta y Corrientes ganan los conservadores. El antipersonalismo sigue ganando adeptos, desde que fue creado en 1924. Hay un crucial triunfo yrigoyenista en Buenos Aires, con Valentín Vergara. Renuncian los ministros Loza (Yrigoyenista); Gallo y Tomás Le Breton, disconformes con la actitud de Alvear hacia Yrigoyen.

Son tiempos Yrigoyenistas en la política de la provincia y ese ascendiente explica, también, la influencia radical sobre la política provincial. El cambio de época está simentado por la asunción de José Camilo Crotto a la gobernación que se transformara en un férreo defensor de la autonomía provincial frente al poder del Estado Nacional. Crotto, fue el primer gobernador en fijar su residencia en la ciudad universitaria. Las tensiones lo obligan a ceder el mando al vicegobernador Luis Monteverde en 1921. Lo siguieron José

33 El Argentino y El Día del 23 de Diciembre de 1925; La Nación, 24 de diciembre de 1925.

Luis Cantilo (1922-1926); Valentín Vergara (1926-1929) y, Nereo Crovetto (1929-1930), quienes representaron el poder de la nueva hegemonía radical. Esta situación beneficio a la ciudad de La Plata que contó, para la acción de gobierno, con recursos más amplios y más consistentes. En este contexto, los líderes locales tomaron posiciones de mayor autoridad y poder para actuar sobre el territorio, lo que determinó el desplazamiento de los porteños.

Son las épocas en donde los hombres con fuertes raíces locales llegan a la gobernación de la provincia (Monteverde, Vergara y Crovetto). Asimismo, hubo un proceso de renovación generacional que impulso a nuevos dirigentes surgidos en el contexto de crecimiento del aparato del Estado provincial a partir del aumento de las ciudades impulsado por el crecimiento económico y las nuevas líneas del ferrocarril. Ese fue el caso de Rodolfo Moreno, nacido en la ciudad de Buenos Aires, y que desarrollo toda su carrera política en la capital bonaerense, en el seno del Partido Demócrata Nacional y cuyas aspiraciones presidenciales quedaron truncas en 1943. Otro caso fue el del caudillo conservador de Avellaneda, Alberto Barceló que fue el primer bonaerense en acceder al parlamento nacional, un lugar preservado para los porteños. El crecimiento de Avellaneda y su transformación en la mayor aglomeración industrial y en la primera ciudad de la provincia fue una cantera para nuevos líderes políticos.

Desde 1912, hay una intensificación de la obra pública promovida desde La Plata con el objetivo de disciplinar o seducir a los gobiernos locales de la provincia. La ciudad crece y con ella crecen las expectativas de progreso de toda la provincia: se incrementan las tareas de pavimentación a través de la contratación de empresas privadas para mejorar el transito urbano y la comunicación interurbana, crece la importancia otorgada a la construcción de redes de agua corriente y de sanidad, hospitales y escuelas.

Mientras tanto, el parque automotor crece exponencialmente; y se instala General Motors con una planta de montaje que compite con Ford

y Chrysler. Hampton y Watson finalizan su representación oficial de los productos Chevrolet en la Argentina el 1 de marzo, y la compañía General Motors la reemplaza en sus actividades. Su planta se instala en la calle Huergo, entre Garay y Azopardo, los diarios de la época publicitan "Es una fábrica completamente equipada, con la maquinaria más moderna y perfeccionada". Uno de los objetivos de General Motors Argentina S.A. es impulsar el desarrollo de los proveedores locales.[34] 1925 es el año en el que se celebra el 8º Salón del Automóvil de Buenos Aires los primeros días de junio. El evento tuvo lugar en un espacio de 23.000 metros cuadrados y recibió 172.736 visitantes durante once días. El 8 de junio fue el día con mayor afluencia de público, con 26.888 visitantes.[35]

El entorno del Censo de 1912, las modificaciones introducidas en la utilización del puerto y la construcción de la Refinería de YPF en la capital provincial, forman parte del crecimiento que la economía argentina experimentó, durante la primera década del siglo XX, a partir de la aplicación de un modelo primario exportador, antiindustrialista y tecnológicamente dependiente. El sistema productivo había logrado insertarse en el esquema vigente de división internacional del trabajo, pero sujeto a una vulnerabilidad peligrosa. La nueva coyuntura externa, las restricciones en la disponibilidad de capitales extranjeros y el aumento del precio del petróleo, junto con la dependencia del combustible importado sumieron al país en una profunda crisis económica. Por otro lado, el interés por el subsuelo argentino y el comportamiento de los trusts petroleros reflejaban la rivalidad entre las potencias imperialistas. En ese ambiente, la importancia del abastecimiento de combustible con recursos propios, el descontento por los resultados de las políticas en el sector y la desconfianza de las intenciones de las potencias extranjeras, fueron temas recurrentes en el debate público. Comenzaron a difundirse expresiones que se manifestaban en el ámbito periodístico, intelectual, militar y político, ubicados en momentos y lugares

34 La Nación, 19 de enero de 1925.
35 La Nación, 8 de junio de 1925.

institucionales distintos y con diversas formaciones disciplinarias. En un contexto de crecimiento de las ideas nacionalistas se planteó la necesidad de la intervención estatal al identificar el comportamiento de las compañías internacionales con el capital imperialista. Mientras que, por otro lado, se admitía la posibilidad de conformar sociedades mixtas. El descubrimiento del petróleo y su industrialización generó un ambiente propicio para el surgimiento de iniciativas que impulsaron la modernización de la economía a partir de un modelo económico estatal, industrialista y autónomo.

La ciudad, el puerto y la asociación de YPF con Benthelm Steel.

Antes de la Primera Guerra Mundial, Bethlehem Steel aumentó sus intereses comerciales en América del Sur y África, adquiriendo minas de mineral de hierro de mayor calidad a precios más bajos, en comparación con las minas ubicadas en los EEUU de las que se abastecían anteriormente. La empresa ingresó a las industrias del transporte marítimo y la construcción naval para explotar estos recursos globales. Entre 1905 y 1917, Bethlehem compró numerosos astilleros y plantas de fabricación en todo el territorio estadounidense y consolidó sus activos en Bethlehem Shipbuilding Corporation, que eventualmente se convertiría en la empresa de construcción naval más grande de Estados Unidos.

Durante los primeros años de la Primera Guerra Mundial, Bethlehem Steel sirvió como un importante proveedor de armamento y municiones para los gobiernos aliados, a pesar de que Estados Unidos implementó leyes de neutralidad para evitar que ocurrieran tales transacciones. Su presidente, Schwab, eludió estas regulaciones comerciales al distribuir sus productos a intermediarios en Canadá que luego transportarían los productos de Bethlehem a través del Atlántico.

El negocio de Bethlehem prosperó durante toda la década de 1920 e incluso durante la Gran Depresión. La empresa fabricó acero para algunas

de las estructuras más famosas de Estados Unidos, como el edificio Chrysler (c. 1930), la isla de Alcatraz (c. 1934), la presa Hoover (c. 1936) y el puente Golden Gate (c. 1937). Para 1940, aproximadamente el ochenta por ciento del horizonte de la ciudad de Nueva York se construyó con Bethlehem Steel.

Bajo el liderazgo de Mosconi, YPF forjó una sociedad con Bethlem Steel para la construcción de la refinería de La Plata, la más grande de Sudamérica. La refinería de La Plata dio a YPF el liderazgo en refinación en el mayor país consumidor de petróleo de Sudamérica, en un contexto de crecimiento del parque automotor y de fábricas que utilizaban diferentes productos derivados del petróleo.[36] YPF compró su primer buque tanque en Estados Unidos en 1923, y construyó no sólo varias instalaciones extractoras, sino pueblos y ciudades enteras, como Comodoro Rivadavia; Caleta Olivia en Santa Cruz ; Plaza Huincul en Neuquén ; y el general Mosconi en Salta . Impulsada por la producción en Comodoro Rivadavia, la firma produjo 2,2 millones de barriles en su primer año de funcionamiento (1922); esto representó más de las tres cuartas partes de la producción nacional y casi una cuarta parte del consumo de petróleo de Argentina ese año. Los contratos firmados en 1923 con Bethlehem Steel permitieron a YPF iniciar la producción de gasolina y queroseno.

Durante gran parte del siglo XX fue la segunda compañía siderúrgica más grande del mundo, todas sus operaciones en América Latina tenían como objetivo producir acero con materias primas a bajo costo. Ese camino la llevó a tener presencia en Cuba, Venezuela, Chile, México y Brasil. En todos esos Estados, se desarrollaron a partir de una integración vertical, lo que significó ser dueños de las minas y gestionar todos los aspectos de las operaciones mineras. Lo hicieron mediante la creación de subsidiarias dentro de esos países a partir de 1904. En muchos de esos casos recibieron el apoyo del gobierno de los EE. UU., que estaba interesado en la producción de acero para el desarrollo de su industria armamentista.

36 Gadano, Nicolás op. Cit. págs. 185-209.

Uno de los problemas que debio resolver la empresa fue el de la contratación de su personal. Desde sus primeras experiencias en América Latina tuvieron problemas con la rotación de personal. A las cuestiones asociadas a la distancia, se sumaban los problemas de comunicación y, en muchas ocasiones, el problema fundamental de una cultura del trabajo asociada al taylorismo y a la producción industrial, en países que no tenián aún la trayectoria necesaria. Bethlehem Steel tenía una planta de trabajadores que se encontraba dividida por diferencias étnicas y linguisticas. Era muy habitual que a finales del siglo XIX, los húngaros hicieran un aspecto del trabajo, los eslovenos hicieron otro; y a principios del siglo XX, con la importancia que adquirio América Latina, los puertorriqueños y los mexicanos trabajaran en las plantas de coque, esto determinó que hubiera una organización del trabajo atravesada por las diferencias etnolingüísticas. Es importate este aspecto porque en muchas partes de los Estados Unidos, fundamentalmente en el norte, las acerias fueron espacios de integración étnica, en donde descendientes de diversas partes de Europa y afroamericanos lograron compartir experiencias laborales similares. La fábrica de Bentelhem estaba ubicada en la misma ciudad de la sede corporativa multinacional, en una pequeña ciudad de Pennsylvania, lo que determinó que fuese una empresa conservadora, racista y con una lógica imperialista.

La Corporación intentaba penetrar en el territorio argentino desde 1910 a partir de participar en varias licitaciones relacionadas con la construcción de puertos navales, barcos y refinerías. ¿Por qué debería importarnos la participación de Bethlehem en la construcción de la refinería de La Plata? En principio, porque era una corporación que trabajaba en lo que se denomina cadenas de productos básicos o cadenas de valor. Esto implica pensar en un aspecto del ciclo de vida y la historia de un objeto, desde la materia prima a través de su cadena de suministro hasta el producto terminado. Si bien a primera vista, parece una historia sobre cosas, sobre objetos materiales, en realidad es una historia sobre personas, sobre las muchas personas que

han extraído, enviado, procesado, cargado, descargado, fundido, formado y tocado estos productos básicos. Se trata de personas en geografías dispares cuyas relaciones entre sí se forjan a través de un proceso de producción. Esto, también, significa que las vidas de muchas personas conectadas a través de este proceso están determinadas por decisiones, leyes, políticas y prácticas que operan a un nivel estructural más amplio, y tienen lugar en un campo de relaciones de poder desiguales.

Entonces, además de reflexionar sobre algunos aspectos de la historia local desconocidos, nos permite visibilizar los flujos transnacionales y los vínculos entre las operaciones en América Latina de Bethlehem y la economía global más amplia. La presencia de esta corporación, en la ciudad de La Plata, durante 1925 y 1930, muestra como una corporación estadounidense estaba creando oportunidades para la construcción de un mercado globalizado a través de sus operaciones transnacionales que cimentaron una división global del trabajo, en el proceso de conectar todas las etapas de la producción industrial del siglo XX (combustibles y su refinamiento, puertos, canales, muelles de carga, barcos y armas), todo lo que permitió un creciente comercio mundial de bienes. Es importante considerar que fue en esta corporación donde, en 1901, el consultor Frederick Winslow Taylor, realizó su investigación sobre la producción y los costos diarios, lo que derivó en la recomendación de determinar las mejores formas de realizar las tareas, elegir a la mejor persona para cada puesto, establecer expectativas laborales y brindar la capacitación adecuada a los trabajadores. El origen del Taylorismo y de las formas de trabajo industrial del siglo XX, está en la Corporación Bentehlem Steel.[37]

El 15 de abril de 1924 el New York Times anunciaba en su página 30 que Bethlehem Steel se encontraba negociando la construcción de una

37 Agradezco este aporte de Marcelo Raimundo que me permitió mirar en profundidad otros archivos y documentos y libros sobre la relación entre Taylor y la Corporación Bethelhem Steel.

gran planta de refinación de combustible en la ciudad de La Plata,[38] la nota con seguridad promocionada por la empresa, reportaba que se había ganado una licitación, en agosto de 1923, que ubicaba a la corporación en un lugar de privilegio para ofrecer diversos servicios y productos a la República Argentina. El proyecto original del contrato preveía que fuese la propia empresa constructora quien gestionase la refinería por seis meses, prorrogables por otros seis. El vocal de la comisión de evaluación del contrato Emilio Palacio, consideró que la remuneración solicitada por el servicio era muy alta: sus estimaciones establecían que Bethlehem embolsaría el 20% de los beneficios que generaba el proyecto. Finalmente, y para asegurar el buen funcionamiento de la refinería se negoció un 15% de beneficios y una evaluación trimestral del avance del proyecto. A finales de diciembre de 1923 se firmó el convenio preliminar. El mismo día, otro decreto aprobó el presupuesto de la dirección general para el año 1924, incluyendo recursos extraordinarios para la construcción de la refinería. Las autoridades de YPF enviaron a Boston a dos ingenieros para trabajar junto con la Comisión Naval Argentina. Mientras tanto, Bethelhem envió a un primer grupo de técnicos a la ciudad de La Plata a organizar los trabajos preliminares de la obra. En junio de 1924, las negociaciones parecían empantanarse, YPF pedía reducir los precios presentados y la empresa solicitaba agregar estabilidad tributaria, atemorizada por la eventual sanción del impuesto a la renta. Luego de varias idas y vueltas, la intervención del ingeniero de YPF Enrique Cánepa evitó la ruptura con la corporación y el 2 de diciembre de 1924, el contraalmirante Julián Irizar firmó el contrato definitivo. La firma del contrato generó críticas de diversos ámbitos asociados a las empresas privadas y diarios de la ciudad de Buenos Aires.[39] El 1 de enero de 1925 desembarcaron en el Puerto de La Plata, 700 obreros a cargo de E.G. Jocey Ingeniero electrónico jefe de

38 Ver en URL: https://www.nytimes.com/1924/04/15/archives/negotiates-for-a-refinery-bethlehem-steel-probably-will-build-big.html
39 Gadano, Nicolás (2006) Op. Cit. Pp 180-190.

la construcción de la destilería de La Plata.[40] Bethlehem Steel dependía en gran medida de la mano de obra inmigrante para satisfacer las demandas de producción. Durante la década de 1910 habían enfrentado una de las huelgas más duras en los EE.UU., la estrategia que llevaron adelante para amortiguar el impacto fue contratar a trabajadores de América Latina, en su mayoría puertorriqueños y mexicanos que escapaban de la Revolución Mexicana. Los trabajadores siderúrgicos a menudo trabajaban en condiciones traicioneras durante turnos agotadores de 14 horas, 6-7 días a la semana. Los accidentes eran inquietantemente comunes. Durante la primera mitad del siglo XX, en EEUU, más de 500 trabajadores murieron en sus puestos de trabajo, mientras que miles más sufrieron lesiones por metal fundido, maquinaria peligrosa, explosiones y gases tóxicos.[41]

Entre 1908 y 1910, los dos ejecutivos más importantes de Bethehlem (Archibald Johnston y Charles Schwab) discutieron cómo "encontrar" a los hombres adecuados para trabajar en América Latina. Querían personas en las que realmente pudieran confiar no sólo desde el punto de vista de quienes dirigían las operaciones y sus equipos de trabajo, sino, y lo que parece más interesante, quienes tuvieran el control y la comercialización de sus operaciones en esos territorios, buscaban personas que fueran integrantes de las elites, ricos de forma independiente, que pudieran trabajar por una comisión y que vinieran con sus propias redes sociales, para negociar los mejores acuerdos con los gobiernos latinoamericanos. También, buscaban personas con movilidad ascendente que no vinieran de las elites y que, esencialmente, vivieran el éxito de las operaciones como su propio éxito profesional y personal. Esto era importante, porque enmarcaba

40 Journal of the American Institute of Electrical Engineers de 1925. Ver en URL: https://www.google.com.ar/books/edition/Journal_of_the_American_Institute_of_Ele/CokfAQAAMAAJ?hl=en&gbpv=1&dq=bethlehem+steel+in+La+Plata+City&pg=PA554&printsec=frontcover

41 Pizzola, Peter M (1996)., "The significance of unionization at Bethlehem Steel in 1910 and 1918-1919".Theses and Dissertations. Paper 425.

la necesidad de encontrar personas que pudieran desarrollar las operaciones sin demasiada supervisión de la corporación. El éxito de las operaciones se sostenía a partir de "encontrar" estas mentalidades ancladas al ideal del progreso social ascendente.[42]

Las empresas que se instalan en el puerto de La Plata son importantes para rastrear las cadenas de productos básicos o cadenas de valor que se van constituyendo. En otras palabras, nos permiten examinar un aspecto del ciclo de vida y la historia de un objeto desde la materia prima a través de su cadena de suministro hasta el producto terminado. A primera vista, esto parece una historia sobre cosas, sobre objetos materiales inanimados; en realidad, es una historia sobre las muchas personas que han extraído, enviado, procesado, cargado, descargado, fundido, formado y tocado estos productos básicos. Se trata de personas en geografías dispares cuyas relaciones entre sí se forjan a través de un proceso de producción. Esto también significa que las vidas de muchas personas, conectadas a través de estos procesos, están determinadas por decisiones, leyes, políticas, y prácticas que operan a un nivel estructural más amplio y tienen lugar en un campo de relaciones de poder desiguales.

Benthelem venía con una experiencia acumulada de insertarse en diferentes espacios geográficos, creado comunidades de trabajo a partir de construir las viviendas para sus trabajadores y el acceso a los servicios de agua y electricidad, espacios de atención médica, escuelas, iglesias, canchas deportivas, clubes y teatros. Seleccionaban operaciones que estuvieran cerca de puertos estratégicos que les permitirían el libre tránsito de sus barcos. La comunidad de trabajo estaba marcada por la jerarquía y estratificación social: los trabajadores vivían en una parte del campamento, los ingenieros y los trabajadores ferroviarios y profesionales como maestros, médicos y enfermeras vivían en otra parte. En aquellos casos en los que desarrollaron pueblos -

42 Cartas de Archibald Johnston y Charles Schwab entre 1908 y 1910. En: https://www.hagley.org/research/search-hagley-collections.

fundamentalmente en las zonas de extracción de minerales- se construían complejos de viviendas para los ejecutivos, donde tenían sus propios clubes privados, canchas de tenis y golf.[43] A los ingenieros estadounidenses, en función del tiempo de la operación a desarrollar les ofrecían un espacio para que se instalaran con sus familias; mientras que algunos eran contratados por períodos más cortos para trabajar en proyectos específicos. La mayoría de ellos regresaba a los EEUU, con ahorros para comprar sus primeras viviendas y ocupar un cargo más importante en la corporación. Al mismo tiempo, que la empresa proporcionaba beneficios que contribuían al bienestar de los trabajadores, también, controlaba y vigilaba varios aspectos de la vida de sus trabajadores: no se admitían las disputas entre los trabajadores y se prohibía el consumo de alcohol. Todas estrategias para crear una fuerza laboral productiva y, por lo tanto, operaciones rentables en muchos sentidos, todas estas cosas se

43 Experiencias similares se visualizan en la instalación de los frigoríficos The La Plata Cold Storage, y de su sucesora Cía. Swift de La Plata S. A. y de la Sociedad Anónima Frigorífico Armour de La Plata. Por supuesto, es importante considerar las diferencias que expone Lobato en su trabajo: "los trabajadores de los frigoríficos desarrollaron su vida laboral en un ambiente escasamente asimilable al existente en otras fábricas. La inseguridad era el rasgo peculiar del trabajo en los frigoríficos y contrastaba con las características laborales en otras actividades como en las de la fábrica textil, basadas en un paternalismo fabril desarrollado y alimentado por la compañía o las de la petrolera estatal YPF." Lobato, Mirta Zaida (2001) La vida en las fábricas. Trabajo, protesta y política en una comunidad obrera, Berisso (1904-1970). Entrepasados. Prometeo Libros. p.311.

combinaron para lograr resultados inmediatos.[44]

Bethlehem Steel Corporation tenía intereses extranjeros en minas de mineral en América del Sur (Argentina, Chile y Colombia), Cuba y Canadá. A esos intereses se sumaban los eslabonamientos con las actividades relacionadas con la extracción y refinamiento de petróleo. La construcción de la refinería de La Plata, sus edificios y las operaciones de refinamiento se desarrollaron entre 1923 y 1930. Sin embargo, la corporación tenía presencia en Argentina desde 1910.[45]

---

44 Es importante considerar las limitaciones de las fuentes de los archivos de Bethelhem. Los registros de Steel Division Operations se refieren principalmente a los productos, la producción y la ingeniería de planta. La mayoría cubre únicamente la Planta principal. Entre los registros que abarcan más de una planta se encuentran las actas de las reuniones de gerentes generales de planta (1918-1930). Estos se relacionan principalmente con la producción y los flujos de materiales. Casi no se menciona la situación laboral. Un texto manuscrito ilustrado para una serie de conferencias de capacitación (1920) describe los diversos procesos que se usaban entonces en las plantas de Bethlehem. Los registros de la Planta son particularmente sólidos en cuanto a placas de blindaje y artillería. Hay dibujos a tinta y aguada, y dos informes ilustrados sobre los tipos de armas pesadas y proyectiles producidos en los años previos a la Primera Guerra Mundial, así como algunos cuadernos de contratos del Ejército y la Armada. También hay una serie de informes de pruebas de balística para proyectiles perforantes y comunes de los años de entreguerras, contratos muy generales y planes para una estación naval y una refinería propuestas que se construirán en Argentina, entre 1910-1924. También se incluyen dos informes ilustrados sobre la soldadura por arco eléctrico del período (1928) cuando esta tecnología se estaba introduciendo a gran escala. Los registros del Departamento Metalúrgico consisten en pruebas de control de calidad de materias primas, refractarios y rieles. Los registros de producción enumeran la producción de altos hornos y hogares abiertos. Otras notas sobre costos de producción están contenidas en los registros del Auditor de Obras. Los registros laborales se limitan a un único libro mayor de nómina anticipada, que da nombres, ocupaciones, horas y salarios para alguna parte no especificada de los trabajos. También existen algunas tarjetas de registro de servicio para empleados asalariados. Los libros de caja de la oficina de fábrica son principalmente registros de pago de facturas y pedidos, y pequeños adelantos en efectivo a los ejecutivos de la empresa.

45 Agradezco los valiosos aportes de la Dra. Cory Fischer Hoffman, Profesora Asistente Visitante en Lafayette College, que se encuentra investigando sobre Bethlehem Steel Company y descubrió las conexiones globales que sustentaron el éxito de la empresa durante el siglo XX. Así como también, los intereses de la corporación y de los EEUU en la explotación de los recursos en América Latina, desde finales del Siglo XIX hasta la década de 1980. Ella también me habilitó el ingreso a las colecciones de Bethlehem Steel conservadas en la Biblioteca Hagley.

En 1910, la empresa Fore River ganó un contrato para uno de los dos acorazados encargados por Argentina a EEUU., el Rivadavia y el Moreno. En el mismo tiempo, Bethelem Steel ganó un contrato de 10 millones de dólares para armamentos y municiones para el programa naval argentino, incluidas ambas naves de guerra, que iban a ser construidas por la New York Shipbuilding Company en Camden, New Jersey. Aprovechando los problemas financieros de la empresa naviera, Bethelem compró la empresa en 1913 y se adjudicó los contratos de ambas naves de guerra. Este triunfo, sobre los competidores europeos, que venían teniendo mayor margen de negociación en Argentina, significó un cambio en la política de la empresa hacía el país. Más tarde, ganaron una licitación para la construcción de las instalaciones de los pozos de petróleo de Comodoro Rivadavía.[46]

Hay un dato de color, casi una extrañeza, en las conexiones entre Benthelhem y Argentina. En la década de 1920, el fútbol era importante en EEUU. No tanto como lo era el béisbol (esta era la era de Ruth y Gehrig) o el fútbol americano universitario, pero en su apogeo, la cima La liga estadounidense de fútbol tenía decenas de miles de fanáticos, presentaba a algunos de los mejores jugadores del mundo y parecía dispuesta a desafiar a la incipiente NFL. En el camino, los primeros empresarios del fútbol de este país también lograron alejar a los Estados Unidos de la comunidad internacional del fútbol, sentar las bases para el mayor momento de gloria de la Copa Mundial de Estados Unidos y, en general, crear uno de los más extraños y fascinantes que podrían haber sido en Historia del deporte de Estados Unidos.

La historia del fútbol estadounidense en la década de 1920 es en gran parte la historia de la American Soccer League, que se fundó suavemente en el Hotel Astor de Manhattan en 1921. La ASL no cubría todo el país, solo una porción del noreste industrial. —y no fue la única liga estadounidense de

46 Kenneth, Warren (2008) Bethlehem Steel: Builder and Arsenal of America. Pittsburgh, PA: University of Pittsburgh Press.pp 87-95.

fútbol profesional. Sin embargo, fue el más grande y popular, y también fue el que amenazó brevemente con perturbar el orden internacional del juego.

La ASL atrajo a sus equipos de las metrópolis (Boston Wonder Workers, Brooklyn Wanderers, New York Field Club) y de ciudades industriales (Paterson Silk Sox, New Bedford Whalers, Bridgeport Bears). Los dueños de los equipos iban desde Charles Stoneham, un personaje de Tammany Hall con fuertes vínculos con el crimen organizado (su compra del equipo de béisbol New York Giants en 1919 fue negociada por el famoso arreglador de la Serie Mundial Arnold Rothstein) hasta Bethlehem Steel Corp., que absorbió su equipo recreativo de los empleados a mediados de la década de 1910 y, utilizando la misma eficiencia despiadada que aportó a la forja del edificio Chrysler, desarrolló rápidamente una de las dinastías más destacadas de la época.

El acero no fue la única industria representada en las filas de la ASL. La década de 1920 fue un período de asombrosa expansión económica y, hasta la aprobación de la Ley Johnson-Reed de 1924, una política de inmigración acogedora. Las fábricas emplearon a un gran número de trabajadores europeos, quienes trajeron el amor por el fútbol a su nuevo país. En la ASL y en otros lugares, las empresas patrocinaban y dirigían sus propios equipos, una práctica que condujo a algunos fantásticos encabezados de puntuación. La capital del fútbol de Estados Unidos fue probablemente Fall River, Massachusetts, un centro industrial cuyas fábricas empleaban a un gran número de inmigrantes británicos. El Fall River Marksmen, propiedad del empresario local Sam Mark, atrajo multitudes de cinco cifras al Mark's Stadium, que estaba ubicado justo al otro lado de la frontera de Rhode Island para evitar las leyes azules de Massachusetts. Los Marksmen ganaron siete títulos de ASL y eventualmente superaron a Bethlehem Steel como el equipo dominante del período.

Los clubes afiliados a la industria estadounidense tenían una ventaja significativa sobre sus rivales en el país y en el extranjero. Con el negocio

en auge en los Estados Unidos, los clubes estadounidenses pudieron pagar salarios mucho más altos que sus contrapartes europeas. Y en un momento en que casi nadie se ganaba la vida exclusivamente jugando al fútbol, clubes como Bethlehem Steel también pudieron ofrecer a sus jugadores trabajos bien remunerados en sus fábricas. Tan pronto como la ASL despegó, los equipos estadounidenses comenzaron a atraer jugadores de algunos de los mejores clubes de Europa. En poco tiempo, había cincuenta jugadores europeos, jugadores lo suficientemente buenos como para ser incluidos en los equipos nacionales de sus países, jugando en la liga estadounidense.

Algunos propietarios de ASL, como Sam Mark, estaban dispuestos a hacer una fortuna con la creciente popularidad del fútbol. Otros fueron impulsados por la filantropía, la obsesión o ambos. El equipo Bethlehem Steel era esencialmente el feudo privado de un ejecutivo corporativo loco por el fútbol llamado Horace Edgar Lewis, quien se convirtió en vicepresidente de la compañía en 1916. El año anterior, Charles M. Schwab le había dado a la fuerza laboral mayoritariamente inmigrante de la compañía 25 mil dólares para gastar en deportes. Lewis invirtió muchos más dólares en la tarea de construir un equipo de fútbol de élite y atrajo a varios de los mejores profesionales europeos a Pensilvania. Observó, presionó y, a veces, incluso jugó para Bethlehem Steel. Su hermano Luther, también ejecutivo de Bethlehem, fue el primer presidente de la ASL.

Las tácticas de reclutamiento de los clubes estadounidenses frecuentemente chocaban con los protocolos de contratos internacionales, lo que provocó protestas al otro lado del Atlántico. En 1925, la Asociación Escocesa de Fútbol convocó una reunión especial en Glasgow para quejarse de la "amenaza estadounidense". Y en 1927, la FIFA, entonces y ahora organismo rector, obligó al secretario de la ASL a presentarse ante su congreso en Finlandia, donde exigieron que los equipos estadounidenses dejen de ignorar los contratos internacionales.

Hubo grandes jugadores estadounidenses para acompañar a todas las estrellas de Europa. En realidad, lo que sucedió fue lo que sucede tan a menudo en la vida estadounidense: las importaciones culturales de ayer se transformaron en la cultura nativa de hoy. Archie Stark, el gran delantero que anotó 232 goles en 205 apariciones para Bethlehem Steel, nació en Glasgow, emigró a los Estados Unidos a los 13 años, jugó su primer fútbol organizado en Nueva Jersey para un equipo llamado Scottish-Americans, y sirvió con el ejército de los EE. UU. en Francia durante la Primera Guerra Mundial. Dos de los más grandes jugadores en la historia de los Estados Unidos, Bert Patenaude y Billy Gonsalves("el Babe Ruth del fútbol"), crecieron en Fall River, Gonsalves hijo de padres portugueses y Patenaude de ascendencia franco-canadiense. Junto a un grupo de jugadores de ASL con guión similar, Patenaude y Gonsalves jugaron para los Estados Unidos en la primera Copa del Mundo, celebrada en Uruguay en 1930. El equipo registró la primera blanqueada (y Patenaude el primer triplete) en la historia de la Copa del Mundo como Equipo de EE. UU. terminó en tercer lugar, que sigue siendo el mejor resultado de la historia para un equipo fuera de las confederaciones sudamericana y europea.

La ASL estaba en su apogeo hasta justo antes de esa primera Copa del Mundo, cuando la liga se vio afectada por un poco de luchas políticas internas viciosas y generosamente innecesarias. Desde el principio, la liga había mantenido una relación incómoda con la Asociación de Fútbol de los Estados Unidos, el organismo rector del fútbol estadounidense. Los propietarios se irritaron por las restricciones que la USFA impuso sobre los cambios de reglas y la programación; la USFA vio a la ASL popular y rentable como descontrolada y rebelde. A los ojos de los propietarios de ASL, lo único que impedía que el fútbol fuera aceptado por la corriente principal era la sensación de que era demasiado "extranjero".

Todo se vino abajo en 1928. Fue entonces cuando Charles Stoneham, que mantenía lazos con la mafia y las conexiones de Tammany Hall,

convenció a la ASL de que boicoteara el torneo anual Challenge Cup de la USFA, cuyos ingresos en puerta proporcionaban una parte sustancial de los ingresos de la USFA. Tres equipos de ASL ingresaron de todos modos, incluido Bethlehem Steel. En respuesta, la ASL prohibió a los tres equipos por violar las reglas de la liga. La FIFA y la USFA se pusieron del lado de los tres clubes fuera de la ley de la ASL, declarando las acciones de la liga fuera de los límites y excomulgándola del orden del fútbol internacional. Desastrosamente, la USFA luego formó una asociación rival, la Liga de Fútbol del Este, para competir con la ASL exiliada. Siguió un período de maniobras bizantinas, retórica galvánica y ladrillazos. Para cuando se resolvió la "guerra del fútbol", el mercado de valores se había desplomado, los fanáticos estaban desilusionados y enojados, y todos estaban desencantados. La Depresión golpeó directamente a la base económica de la ASL al diezmar la industria estadounidense, y la nube de polvo finalmente abrumó a la liga en 1932.[47] Suena absurdo, pero entonces, el baloncesto no estaba en ninguna parte en la década de 1920, y el hockey era un mero bache. Al mismo tiempo, mientras Babe Ruth se acercaba al plato en el Bronx, miles de fanáticos animaban a los Wanderers de la ASL en Brooklyn. Todo estaba en juego y el fútbol había tenido un buen comienzo. Luego se quemó hasta los cimientos. En la década de 1920, el fútbol, impulsado por un crecimiento económico salvaje, sostenido por la inmigración, destruido por un colapso masivo, podría haber sido el deporte más estadounidense de todos.

Lo cierto, es que los trabajadores de Bentehlmen Steel se quedaron hasta el impacto de la Crisis de 1929. La relación entre la corporación y el Estado argentino vivió diversas etapas. El 1 de marzo de 1927, Frank Billings Kellogg , el Secretario de Estado Interino, le envía un telegrama al embajador Jai en Argentina:

47 Bigalke, Z. R. (2018). Anything but ringers: early American soccer hotbeds and the 1930 US World Cup team. Soccer & Society, 19(7), 986–1006. URL:https://doi.org/10.1080/14660970.2016.1267636

"Bethlehem Steel Company afirma que se están enfrentando nuevas dificultades para obtener contratos para la construcción naval argentina. Parece que se adjudicarán contratos a Italia para cruceros, a Inglaterra para destructores rápidos ya Francia para submarinos. Se afirma que aunque las ofertas de la Bethlehem Steel Company fueron más altas que las de los competidores extranjeros, el Gobierno argentino hasta ahora siempre ha encontrado justificado este gasto adicional por una mano de obra superior. Si los contratos se adjudicaran al mejor postor, todos irían a Italia, mientras que la empresa considera que, evidentemente, se dividirán por razones políticas entre Italia, Inglaterra y Francia. Sin embargo, parece ser la intención financiar esta construcción en los Estados Unidos. La Compañía señala que otros países han tomado la posición de que cuando hacen préstamos en circunstancias similares sus nacionales deben recibir los contratos. Usted puede agregar que si se contempla obtener el financiamiento necesario en este mercado, indudablemente generaría dificultades a menos que al menos una parte justa de la costrucción se coloque aquí. Ver penúltima oración del telegrama del Departamento 41, 18 de octubre, 13 horas, e instrucción 117 de 25 de enero. En el caso de que toda la construcción fuera a parar a Europa, sería motivo de profundo pesar para este Gobierno."[48]

El 18 de octubre de 1927, Kellogg, ya nombrado Secretario de Estado, le reitera al embajador, Jai, la profundidad de lo que está en juego:

"Se me informa que hasta ahora la mayor parte de este trabajo ha sido realizado para la Argentina por la Bethlehem Steel and Shipbuilding Company y de manera totalmente satisfactoria. Se me informa además que no es la intención del Gobierno de la Argentina dar oportunidad alguna a esa compañía o a otros constructores navales americanos para presentar ofertas, sino que ese negocio se está llevando a cabo exclusivamente con Italia, Inglaterra

48 Documentos relacionados con las relaciones exteriores de los estados unidos, 1927, Volumen I. 835.34/421: Telegrama. https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1927v01/d308

y Francia. Por la actitud que siempre he tenido de no oponer objeciones y, de hecho, de alentar a los banqueros norteamericanos a prestar dinero a la Argentina,[Página 426]Argentina debería otorgar a los constructores navales estadounidenses igualdad de oportunidades para ofertar y recibir estos contratos. Tenga la amabilidad de presentar este tema de manera informal, pero en términos inequívocos, al Ministro de Relaciones Exteriores y cualquier otra autoridad que considere adecuada."[49]

Al mismo tiempo que la corporación abandonaba la capital, el paisaje de la ciudad se iba transformando. A finales de la década de 1920, el equipo de ingenieros de la UNLP informa en los medios de prensa que está desarrollando el primer semáforo para ordenar el tránsito y asistir a la seguridad vial. El parque automotor de la ciudad, las primeras estaciones de carga de combustible y la realización de caminos asfaltados que complementan las calles empedradas, van ganando fuerza y dinamismo. Los primeros colectivos conviven con los tranvías, los automóviles, las motocicletas y las bicicletas. El ritmo de la ciudad cambia y con el la ciudad se transforma y crece. El ocio asociado al automóvil se expande y se hace más sofisticado. En 1925 se realizan las primeras carreras de automóviles en la urbe platense, los diarios locales publican las fotografías de los jóvenes pertenecientes a las elites en sus vehículos, no todos son hombres, hay muchas jóvenes mujeres manejando todo tipo de modelos y festejando con sus amigas. A finales de 1929, sólo existe una ruta pavimentada y es la que une a la ciudad de Buenos Aires con la ciudad planificada.

Ford, la empresa pionera en la producción en serie y en la expansión internacional, estableció una oficina de ventas en 1914 y, entre ese año y 1920, vendió 35.170 automóviles, cuya magnitud para el mercado local puede notarse si se tiene en cuenta que el parque automotor en este último

49 Documentos relacionados con las relaciones exteriores de los Estados Unidos, 1927, Volumen I 835.34/409: Telegrama.URL: https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1927v01/d303

año era de 48.000 vehículos. En 1917, es decir, en medio de esta primera expansión de las ventas de Ford en Argentina, la empresa instaló una planta de ensamblado local que operaba con kits importados. General Motors hizo lo propio en 1924, mientras que Chrysler continuó vendiendo vehículos terminados hasta entrada la década del treinta, cuando comenzó a ensamblar asociada a un capital nacional. Las ventas de vehículos no paran de crecer. El ensamblado de automóviles no requería de grandes economías de escala y tampoco de grandes inversiones. De hecho, en el caso de Ford, la planta de ensamblado de 1917 fue instalada sin inversión en efectivo desde la casa matriz, se financió exclusivamente con las ganancias de la oficina de ventas preexistente. Las tres principales empresas norteamericanas (además de Ford, General Motors y Chrysler) alcanzaron el 95% de las ventas totales en Argentina hacia fines de la década del veinte.[50]

Muchas de estas situaciones hubieran sido muy difíciles sin la presencia de la Refinería de YPF en la ciudad de La Plata y, por supuesto, sin el Puerto. Entre 1910 y 1930 el sistema portuario rioplatense vivió una reorganización silenciosa pero decisiva. En ese marco, la ciudad no fue un "error de diseño" frente a Buenos Aires, sino una pieza funcional de una economía regional en rápido cambio. Conviene desechar, por tanto, la categoría de "fracaso", que pertenece más al arsenal retórico de las rivalidades locales que al análisis histórico. El puerto platense operó como plataforma de articulación: conectó petróleo, frigoríficos, ferrocarriles y comercio exterior, y lo hizo en diálogo —y conflicto— con circuitos atlánticos de capital y mercancías.

La política provincial comprendió pronto que la infraestructura era una forma de poder. La obra pública no siguió un automatismo técnico; fue el instrumento con el que se ordenaron prioridades, se premiaron lealtades y se disputó jurisdicción con la Nación. Pavimentos, ramales y dragados

50 Fitzsimons, A. (2014). Estado y acumulación de capital en Argentina: la expansión de las empresas extranjeras entre 1958 y 1963 (Tesis doctoral). Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. Ver Cap. 2.

reorganizaron el territorio y, con él, el mapa de influencias. La ingeniería, lejos de ser una "caja negra", fue un lenguaje de gobierno: quién circula, a qué costo y con qué tiempos.

En ese tablero, la relación entre YPF y Bethlehem Steel condensó la paradoja de la modernización periférica. De un lado, la integración vertical de una empresa estatal que buscaba soberanía energética; del otro, la dependencia de tecnología, crédito y saberes externos. El contrato, sus revisiones y su puesta en marcha no fueron episodios aislados, sino el mecanismo a través del cual se intentó acelerar un proceso industrial bajo condiciones asimétricas. La tensión entre afirmación estatal y condicionamientos del capital transnacional no se resolvió; se administró.

Las consecuencias sociales aparecieron con nitidez en la composición del trabajo. La expansión de la refinería y sus servicios auxiliares atrajo mano de obra heterogénea y generó una jerarquía de oficios: desde la "aristocracia" de los calificados hasta el contingente fluctuante de peones. El taylorismo no cayó del cielo; se implantó a través de manuales, supervisiones y relojes, y encontró resistencias y adaptaciones locales. En torno a los turnos y a la sirena se consolidaron barrios, sociabilidades y organizaciones: clubes, mutuales, comedores, periódicos de fábrica. La globalización, aquí, tuvo la forma concreta de campamentos, convenios y huelgas.

La ciudad, por su parte, cambió de ritmo. La motorización multiplicó estaciones de servicio, talleres y nuevas prácticas de movilidad; el pavimento redujo el "impuesto del barro" y reescribió los tiempos de la vida cotidiana. Alrededor de la refinería surgió una constelación de empleos y oficios —ingenieros, chóferes, comerciantes, maestras, enfermeras— que integraron lo industrial con lo urbano. La planta no fue solo un establecimiento: fue un imán que reordenó calles, horarios y expectativas.

Capítulo 4.
La "década larga" (1912–1929): gramática material de puertos, energía, transporte, crédito y trabajo

Crecimiento y crisis según los Censos.

La Plata, como nuevo centro urbano y administrativo fundado en 1882, experimentó un crecimiento demográfico y territorial notable, comparable en velocidad a otros centros pujantes de la Provincia de Buenos Aires, aunque con un motor fundacional distinto.

A continuación, se presenta un análisis del crecimiento de La Plata, comparándolo con centros urbanos de características similares y detallando el impacto de los ciclos económicos, en particular en las décadas de 1930, 1940 y 1950.

Crecimiento y Expansión Inicial (1880 - 1914)

El desarrollo inicial de La Plata fue de una velocidad sorprendente. La ciudad fue creada ex nihilo para ser la nueva capital provincial, tras la federalización de Buenos Aires en 1880.

En menos de treinta años, La Plata se erigió en un polo urbano de considerable peso. Para 1884, la población ya superaba las 10.000 personas.

En el censo de 1895, La Plata contaba con más de 45.000 habitantes. Hacia el Centenario (c. 1910), se aproximaba a las cien mil almas. Para el tercer censo nacional en 1914, La Plata registraba 140.000 habitantes.

Este crecimiento se debió a su función como sede política, administrativa y universitaria (1905), y al ambicioso proyecto de fundar una gran metrópoli y un puerto de ultramar (Ensenada).

La Plata formó parte de un proceso de desarrollo urbano explosivo en la provincia, junto con Bahía Blanca y Mar del Plata, todas ellas creciendo rápidamente desde casi la nada. Aunque Bahía Blanca y Mar del Plata también mostraron un crecimiento extraordinario, La Plata se estableció rápidamente como la más grande de las tres nuevas ciudades. Mientras La Plata se consolidó como sede política, Mar del Plata se perfiló como centro social y turístico, y Bahía Blanca como polo económico y portuario.

El puerto de La Plata comenzó a construirse en 1884 y concluyó en 1890, exportando productos de los frigoríficos y destilerías de la zona. Su entorno inmediato, Berisso y Ensenada, adquirió un perfil inmigratorio, urbano y obrero debido a la instalación de frigoríficos (Swift y Armour) en 1907 y 1915, respectivamente.

El crecimiento demográfico provincial se moderó después de 1914, aunque la tasa de crecimiento anual media de la Provincia de Buenos Aires (22.2 por mil entre 1914 y 1947) se mantuvo ligeramente superior a la tasa nacional (21.4 por mil).

La crisis global de 1930 supuso una crisis para el modelo agroexportador y fue un punto de inflexión para la inmigración ultramarina. La caída de los precios agrarios y las restricciones de mercado generaron una crisis del sector rural que afectó a pequeños y medianos productores y trabajadores. Esta situación provocó una sangría de productores, impulsando la migración interna hacia las ciudades, especialmente el Gran Buenos Aires.

La depresión aceleró la tendencia hacia un forzado proteccionismo y la sustitución de importaciones. El sector industrial se convirtió en el más dinámico, concentrándose crecientemente en el Gran Buenos Aires, en las proximidades de La Plata y Bahía Blanca. La Plata se destacaba por albergar la destilería de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF), inaugurada en Ensenada en 1925, creando un distrito industrial de gran magnitud en el Gran La Plata.

El crecimiento de los partidos del conurbano bonaerense, adyacentes a la Capital Federal, y de los polos como La Plata, se disparó. Entre 1914 y 1947, la tasa de crecimiento del conurbano fue del 41.3 por mil, mientras que el interior provincial cayó al 13.8 por mil. La Plata continuó su expansión, pasando de 185.719 habitantes en 1933 a 250.414 en 1940.

A pesar de la recesión, hacia 1936, el gobernador Manuel Fresco lanzó un ambicioso programa de obras públicas. En La Plata, esto impulsó la culminación del proyecto fundacional. Mar del Plata también fue beneficiada con obras de envergadura, como la ruta a la Capital Federal y el complejo de rambla, casino y hotel.

La década de 1940, con la Segunda Guerra Mundial, vio una aceleración de las transformaciones iniciadas en los treinta. El crecimiento del conurbano y de las grandes ciudades como La Plata se basó principalmente en las migraciones internas. El censo de 1947 mostró que más del 22% de los habitantes de la provincia habían nacido en otra parte de Argentina, superando en número a los extranjeros.

El desarrollo fabril en la provincia se consolidó, llevando a Buenos Aires a convertirse en el principal centro fabril del país, superando a la Capital Federal. La Plata (con un 11%) y Bahía Blanca (con un 10%) fueron centros sobresalientes de fuerza motriz industrial fuera del Gran Buenos Aires.

La llegada en 1943 del proceso que culminaría con la consolidación del peronismo significó el fin de una época para el sector agropecuario. Las políticas de intervencionismo estatal inédito (como el congelamiento de cánones y la prórroga indefinida de contratos de arrendamiento) provocaron cambios profundos en las relaciones sociales y productivas rurales. Estas medidas limitaron la versatilidad del sistema de "estancia mixta" y aumentaron el costo laboral, impulsando aún más la migración rural a centros urbanos.

La Plata experimentó un ciclo de crecimiento fundacional explosivo con momentos de crecimiento y crisis (1882-1890-1905-1912-1914), seguido de un período de relativa moderación y crisis coyunturales (1914-1930), ligadas a las crisis internacionales (como la de la Primera Guerra Mundial y las crisis ganaderas de los veinte).

A partir de 1930, el crecimiento de La Plata y su entorno industrial se desacopló del estancamiento rural, beneficiándose de la crisis del agro y la consecuente migración interna, y de las políticas de industrialización por sustitución. Los censos de 1933 y 1940 confirman que, a pesar de la Gran Depresión, el impulso urbano platense se mantuvo e incluso se aceleró por la inversión pública y el auge industrial en su periferia (Berisso/Ensenada).

La expansión de La Plata durante estas décadas, aunque ya no con la misma dinámica fundacional, continuó a un ritmo alto, especialmente si se la considera junto al conurbano y su cinturón industrial, en claro contraste con la menor dinámica registrada en el interior provincial.

Como analogía, La Plata fue como una planta de invernadero, diseñada y ubicada estratégicamente para crecer, y que, aunque sufrió el frío de las crisis económicas (como las de 1890 y 1930), logró adaptarse y prosperar, especialmente gracias a las "vitaminas" de la inversión estatal y la savia de la migración interna que fluía desde el campo en crisis, mientras que otros

centros más antiguos del interior, sin ese impulso fundacional administrativo e industrial, veían marchitarse su crecimiento.

La Plata presenta una relación urbano-rural distintiva, marcada por su origen planificado, su función administrativa y la concentración de la industria pesada en su periferia inmediata, contrastando con las dinámicas de otras grandes ciudades como Bahía Blanca y Mar del Plata, o las cabeceras de partido del interior agrario.

La Plata: El Centro Urbano Administrativo y su Periferia Industrial

El trazado de La Plata puso en práctica un diseño rígido que separaba claramente el casco urbano (con sus grandes avenidas, diagonales y plazas) de su entorno, que incluía el Paseo del Bosque (realizado sobre la expropiada estancia de Iraola) y la zona circundante. Esto constituía una elaboración planimétrica de la calle que tradicionalmente delimitaba la relación ciudad y campo. La distribución de chacras y quintas en el ejido mantenía criterios corrientes, pero el foco era la construcción de la urbe moderna.

A diferencia de las capitales coloniales que ejercían un dominio centralizado, el dinamismo económico de La Plata se concentró en su periferia industrial inmediata: Berisso y Ensenada. Esta zona adquirió un perfil inmigratorio, urbano y obrero debido a la instalación de frigoríficos (Swift y Armour, 1907 y 1915) y, crucialmente, la destilería de YPF (1925). Este desarrollo fabril, sumado a los talleres ferroviarios, hizo que la provincia de Buenos Aires se convirtiera en el principal centro fabril del país, con La Plata como un polo sobresaliente fuera del Gran Buenos Aires.

A pesar de su rápido crecimiento demográfico (140.000 habitantes en 1914) y la culminación de su proyecto fundacional con grandes obras públicas, La Plata nunca concentró el dominio que las viejas capitales provinciales ejercían sobre sus territorios. La élite política bonaerense siguió

residiendo mayoritariamente en la Capital Federal, utilizando La Plata solo temporalmente, lo que limitó su capacidad de ser el "corazón económico, social y cultural" de la provincia.

Según el Censo de 1947, el partido de La Plata mostraba una población altamente concentrada: 214.070 habitantes urbanos frente a 22.960 rurales. Esta cifra (aproximadamente 90.3% urbana) refleja una fuerte dicotomía entre el núcleo urbano-industrial y su pequeño sector rural de soporte.

Comparación con Otros Centros Urbanos

La relación urbana-rural de La Plata se entiende mejor al compararla con otros centros que se desarrollaron simultáneamente en la provincia.

Modelo de Concentración Industrial y Demográfica (El Conurbano y Capital Federal)

El Gran Buenos Aires (Capital Federal y el Conurbano adyacente) era el principal centro fabril y demográfico del país.

La Capital Federal siguió siendo el centro neurálgico de la vida económica, social y financiera de la provincia, incluso después de su federalización en 1880.

El Conurbano bonaerense (partidos como Avellaneda, Lanús, Lomas de Zamora, Quilmes) creció explosivamente (tasa del 73.8 por mil entre 1895 y 1914). Este crecimiento fue impulsado por el desarrollo manufacturero y, más tarde, por la crisis rural y la migración interna a partir de 1930.

Las áreas inmediatas a La Plata (Berisso, Ensenada) compartían la dinámica del Conurbano en cuanto a albergar grandes industrias (frigoríficos) y una intensa vida obrera y étnica. Sin embargo, La Plata no

logró la misma centralidad económica y cultural que la Capital Federal, que seguía siendo el punto de referencia ineludible.

Modelo de Centro Económico Regional y Portuario (Bahía Blanca)

Bahía Blanca se erigió como un polo económico y un puerto de importancia, especialmente para el sur y el oeste. El crecimiento vertiginoso de Bahía Blanca (de 2.213 habitantes en 1880 a 70.269 en 1914) se basó en su rol como puerto de ultramar y centro de radicación de industrias (frigoríficos, ferrocarriles). Su trazado urbano (un damero extendido) se consolidó rápidamente, definiendo con precisión su diferencia con el medio rural.

Bahía Blanca, al igual que La Plata, contaba con instituciones periodísticas importantes (*La Nueva Provincia*, fundado en 1898) que incluso promovieron la reorganización jurisdiccional del sur bonaerense como una nueva provincia con Bahía Blanca como capital, mostrando una marcada ambición de liderazgo regional.

En 1947 el partido de Bahía Blanca presentaba una concentración urbana aún mayor que La Plata: 92.909 urbanos vs. 3.906 rurales, demostrando un alto grado de industrialización y comercialización que la distanciaba de la economía rural circundante.

Modelo de Centro Social y Turístico (Mar del Plata)

Mar del Plata, a diferencia de La Plata, se definió por su función social y balnearia, vinculada a la élite porteña. La ciudad era, ante todo, el centro turístico de Buenos Aires. Aunque contaba con un puerto especializado en pesca y una rápida integración ferroviaria, su rasgo distintivo era ser un espacio de ocio para las clases sociales más sofisticadas, lo que le otorgó una identidad social particular.

La transformación de Mar del Plata de balneario exclusivo a punto de encuentro entre la élite y los sectores medios, especialmente a partir de los años treinta, demuestra una reconfiguración social que fue paralela al ascenso de las clases medias en la provincia.

Hacia 1947 el partido de General Pueyrredón (Mar del Plata) tenía 117.033 habitantes urbanos frente a 5.026 rurales, otra clara muestra de un centro urbano fuertemente especializado y desvinculado del perfil rural tradicional.

Modelo de Nodos de la Red Urbana Agraria (Interior Provincial)

El vasto interior de la provincia estaba compuesto por pueblos y ciudades que crecieron en estrecha interdependencia con el desarrollo agropecuario. Estas localidades (ej. 9 de Julio, Bragado, Chivilcoy, 25 de Mayo, Junín, Pergamino, Azul, Tandil) se multiplicaron debido a la expansión de la agricultura y las líneas férreas. Funcionaban como centros de servicios (comerciales, de crédito, educativos y de sociabilidad) para la economía rural.

Las fronteras entre el mundo urbano y rural eran a menudo difusas en estas pequeñas ciudades. Una proporción importante de la población urbana estaba constituida por trabajadores estacionales del sector rural. La necesidad de escolarizar a los hijos obligaba a muchas familias rurales a radicarse en los pueblos.

A diferencia de La Plata o Bahía Blanca, donde la población se concentraba masivamente en el casco, muchos partidos del interior tenían una población rural significativa. Por ejemplo, el partido de Pergamino, un importante centro agrícola, tenía 24.798 urbanos y 29.089 rurales. El partido de Lincoln tenía 12.695 urbanos y 26.249 rurales. Esta es una relación urbano-rural equilibrada o incluso invertida (más población rural que urbana), lo que subraya la función de estas ciudades como meros puntos de servicio en un distrito esencialmente agrario.

La relación entre áreas urbanas y rurales en La Plata se caracterizó por ser la sede de un orden político-administrativo planificado y un polo industrial en su franja costera, lo que resultó en una concentración demográfica altamente urbana (90.3% en 1947).

A diferencia del Conurbano/Capital Federal, que era el centro dominante que absorbía la élite y la migración, y definía la dinámica del área. Bahía Blanca, que ejercía una preeminencia como polo económico y portuario del sur. Los pueblos del interior, donde la población urbana (aunque creciente) mantenía una relación de servicio y dependencia más directa y demográficamente equilibrada con el entorno agropecuario circundante.

La Plata, por su diseño y su vocación, fue un centro urbano de propósito singular, que, aunque se expandió rápidamente, mantuvo desequilibrios en él logró del dominio centralizador absoluto sobre el territorio provincial, siendo más bien una "cabeza administrativa" con un fuerte pulmón industrial adyacente, en lugar del "corazón" socioeconómico completo que sí retenía la Capital Federal.

La información proporcionada por las fuentes no ofrece un número exacto y único de todas las ciudades y pueblos fundados en la Provincia de Buenos Aires (PBA) entre 1882 y 1950. Sin embargo, los datos censales y las descripciones históricas sí documentan un proceso de multiplicación masiva y acelerada de asentamientos en este período, y nombran varias localidades fundadas o trazadas en las décadas solicitadas.

El período inmediatamente posterior a la federalización de Buenos Aires (1880) y la fundación de La Plata (1882) fue el de mayor explosión en la creación de nuevos centros urbanos, impulsado por la expansión de la agricultura y la red ferroviaria.

El rasgo distintivo de la urbanización provincial en el cambio de siglo fue la multiplicación de pueblos en el centro y sur de la provincia, tierras de ocupación más tardía.

El número de asentamientos urbanos (definidos como aquellos con un mínimo de 2.000 habitantes) en la PBA se incrementó dramáticamente: En 1869, la provincia tenía 16 centros urbanos. En 1895 (aproximadamente 13 años después de la fundación de La Plata), la PBA contaba con 61 centros urbanos. En 1914, el número total de centros urbanos alcanzó los 121. En el sur y centro de la provincia, los asentamientos urbanos pasaron de 5 en 1869 a 138 en 1914.

Esta dinámica significa que entre 1882 y 1914 se fundaron o se consolidaron decenas de pueblos que alcanzaron el estatus de centros urbanos. Los censos demuestran que, entre 1895 y 1914, la provincia sumó 60 nuevos centros urbanos.

Las fuentes identifican varias localidades cuya fundación o trazado tuvo lugar después de 1882, muchas de ellas ligadas al desarrollo ferroviario (proceso que se volvió parte de la tesis de Roca sobre el crecimiento en la década de 1880):

Localidad / Partido	Fecha/Período de Fundación o Trazado	Observaciones
La Plata	1882	Nueva capital provincial.
Coronel Suárez	1883	Fundado/trazado.
Tornquist	1884	Trazado.
Arroyo Corto	1884	Organizado alrededor del ferrocarril.
Roque Pérez	1884	Organizado alrededor del ferrocarril.
Pigüé	1884	Organizado alrededor del ferrocarril.
Capitán Sarmiento	Julio de 1885	Fundado.
General Belgrano	Julio de 1886	Partido creado.

Guaminí	Julio de 1886	Partido creado.
Coronel Rosales	Julio de 1886	Partido creado.
Adolfo Alsina	Julio de 1886	Partido creado.
Puán	Julio de 1886	Partido creado.
Coronel Pringles	Diciembre de 1887	Fundado.
González Chaves	Diciembre de 1887	Fundado.
Villarino	1888	Partido autónomo desgajado de Bahía Blanca.
General Madariaga	Agosto de 1891	Partido creado.
Tordillo	Septiembre de 1891	Partido creado.
Berazategui	Enero de 1891	Fundado.
Leandro N. Alem	Octubre de 1892	Fundado.
Villa Bosch	Mayo de 1945	Fundado.
Villa Fiorito	Octubre de 1944	Fundado.
Ezeiza	Abril de 1913	Fundado.
San Cayetano	Agosto de 1916	Fundado.
Rivadavia	Julio de 1910	Fundado.
General Viamonte	Enero de 1907	Fundado.
Pellegrini	Julio de 1907	Fundado.
Carlos Tejedor	Septiembre de 1910	Fundado.

Otras localidades cuyo trazado se realizó en correspondencia con el recorrido ferroviario o proyectos de urbanismo, o cuyo desarrollo ocurrió después de 1882 incluyen: Vedia (1886), Monte Grande (1890). Cacharí (1896), Carlos Casares (1897). Médanos (1905).

• Henderson (1908), General O'Brien (1909). Dudignac (1911), Comandante Nicanor Otamendi (1911), Casbas (1911). Chillar (1912), Pirovano (1913), City Bell (1913). Verónica (1915), Roberts (1916). Chapadmalal (1931), Mar de Ajó (1935).

El total de fundaciones de partidos o localidades urbanas con fechas específicas mencionadas en las fuentes entre 1882 y 1945 supera la veintena, reflejando la intensiva configuración espacial que experimentó la provincia. La expansión ferroviaria estatal, en particular la línea del Meridiano V (inaugurada en 1914), atravesaba zonas a veces desiertas "en las que fueron surgiendo nuevos poblados".

La década larga

Una periodización razonable permite leer la "década larga" con mayor precisión. 1912 marca un punto de inflexión: censo, agenda industrial y primeras definiciones sobre el rol del puerto. 1922–1927 es el tramo de expansión y aprendizaje institucional de YPF, con el acuerdo con Bethlehem como palanca y límite. 1929 introduce la fractura global que obliga a recalcular finanzas públicas, comercio y empleo. Entre esos tres hitos se fija la gramática material de la región: puertos, energía, transporte, crédito y trabajo.

Desde el punto de vista del método, el caso platense invita a salir del localismo celebratorio o melancólico. Seguir contratos, tecnología y personas —no solo hitos— permite inscribir a la capital bonaerense en una historia comparada de enclaves industriales y puertos de servicio en la periferia capitalista. El resultado es una historia global situada: la que muestra cómo una decisión de gabinete en Filadelfia, una norma provincial en la ciudad universitaria y un parte de refinería en Berisso forman parte de una misma cadena causal.

Queda, por supuesto, investigación por delante. Los archivos técnicos y la prensa de 1912–1930, las memorias orales de Berisso y Ensenada, y el cotejo con otros emplazamientos de Bethlehem en América pueden afinar el peso relativo de soberanía, dependencia y agencia local. Pero el contorno general es claro: la capital provincial fue laboratorio de una modernidad

negociada, en la que Estado, mercado y trabajo dirimieron —sin resolver del todo— quién condujo, quién pagó y quién se benefició de la transformación.

Llamar "fracaso" a ese proceso oscurece más de lo que explica. Es preferible reconocer su carácter contradictorio: una plataforma que integró la región a cadenas globales de valor, mientras reproducía, en escala local, las asimetrías propias del capitalismo de la época. En esa tensión —no en una supuesta carencia de destino— se jugó la historia del puerto y de la refinería. Y allí, también, se formaron las generaciones que aprendieron a vivir y a luchar en un mundo hecho de acero, petróleo y promesas.

La ciudad contaba con una variedad de espacios para el teatro y el cine. Existían teatros como el Teatro Argentino (Fiscal), el Coliseo Podestá (anteriormente Teatro Olimpo), y varios cines como el Teatro Cine Ideal, Cinematógrafo París, Teatro Cine Select, Cine Splendid, Cine Princesa, entre otros. Estos lugares ofrecían diversas programaciones, desde compañías teatrales como la de los hermanos Podestá, figuras destacadas como José J. Podestá, quien falleció en 1937 en La Plata y fue una figura clave en el teatro criollo, hasta proyecciones cinematográficas. El actor platense José Gola (nacido en 1904) inició su carrera en el Teatro Coliseo Podestá y tuvo una trayectoria en cine hasta su fallecimiento en 1939. Artistas internacionales como el tenor Enrico Caruso, La Paulova y Sara Bernhardt se hospedaron en el Hotel El Comercio al presentarse en el Teatro Olimpo/Coliseo Podestá, lo que evidencia la calidad de la oferta cultural que atraía figuras de renombre. El Bar Colón, que tuvo un debut de conjunto típico de tango en 1915, se transformó en cine-bar y teatrillo de revistas, funcionando hasta los años treinta. La visita del poeta Federico García Lorca en 1933, quien disertó en el Colegio Nacional, fue un evento cultural de gran relevancia.

Aunque las retretas en las plazas y las presentaciones de bandas datan de períodos anteriores, seguían siendo parte de la vida social. El tango, que en 1915 ya era bailado y presentado por figuras como los hermanos

Podestá y Gardel-Razzano, y cuya prohibición oficial para bailarlo en ciertos lugares fue levantada en 1922, continuó siendo relevante. Se menciona la incorporación del bandoneón a principios del siglo XX y a Ángel Colombo como el primer bandoneonista platense, director del primer conjunto típico con bandoneón en 1915.

El dinamismo cultural se reflejaba en figuras como el pintor Atilio Boveri (1885-1949), quien realizó su primera exposición en 1921 y colaboró en diarios y revistas. La Escuela de Bellas Artes, proyectada en el edificio de Plaza Rocha, aunque tuvo demoras en su establecimiento debido a eventos políticos, se trasladó a dicho edificio en 1937, consolidándose como una institución educativa clave en este ámbito. El monumento a los "Cinco Sabios" (Ameghino, Vucetich, Korn, Almafuerte, Spegazzini) frente al Museo, inaugurado en la década de 1940, celebra figuras intelectuales y científicas vinculadas a la ciudad, reflejando la importancia dada a estos campos.

La Universidad Nacional de La Plata continuó su crecimiento e influencia. Se fundaron nuevas facultades como la de Ciencias Económicas en 1953. La Escuela Industrial (Albert Thomas), fundada en 1910, construyó su edificio principal entre 1927 y 1949, formando técnicos. El Museo de La Plata, con su enfoque en investigación y educación, recibió visitas ilustres como la de Albert Einstein en 1925. El Colegio Nacional también albergó eventos culturales y educativos, como la disertación de Lorca en 1933.

Diversos deportes ganaron terreno y se institucionalizaron. El rugby comenzó a practicarse organizadamente en Gimnasia y Esgrima La Plata y llevó a la fundación de clubes como La Plata Rugby Club en 1934, Club Universitario en 1937, y Los Tilos en 1944. El ajedrez también tuvo su desarrollo, con la presencia de figuras como Damián Reca (desde 1916) y Carlos Hugo Maderna (campeón en 1940), culminando en la fundación del Club de Ajedrez La Plata en 1952. El Hipódromo continuó su actividad,

con eventos como el Gran Premio Internacional Dardo Rocha, aunque su funcionamiento se vio afectado por prohibiciones y reaperturas en el período.

La Plata siguió siendo un importante destino para inmigrantes, especialmente italianos. Esto se reflejó en la gran cantidad de asociaciones comunitarias fundadas para preservar tradiciones, ofrecer ayuda mutua y promover su cultura. Durante este período se fundaron o estuvieron activas numerosas entidades, como la Sociedad Italiana (1918), la Escuela Italiana (fundada 1896, autorizada 1920, oficializada 1933), la Sociedad Unione e Fratellanza (fundada 1883, activa), el Centro Basko (deseo de nuclearse desde 1930, fundado 1943/44), y otras de diversas nacionalidades (lituanos, griegos, polacos, ucranianos, armenios, bielorrusos, búlgaros, españoles, eslovacos, israelitas, yugoslavos, alemanes). Estas asociaciones fueron pilares de la vida social para una parte significativa de la población platense.

Más allá de los clubes deportivos mencionados, existían instituciones con un fuerte componente social y cultural. El Jockey Club, aunque con orígenes en la élite vinculada al turf, también ofrecía actividades sociales. En barrios como Tolosa, instituciones como el Círculo Cultural Tolosano (fundado en 1926 como Club Los Tolosanos, transformado en entidad cultural y social en 1936) jugaron un papel crucial en la vida comunitaria, ofreciendo desde deportes iniciales hasta universidad popular, dispensario, y ropero. Estos clubes eran puntos de encuentro y organización vecinal.

El crecimiento de la ciudad continuó, aunque de manera menos planificada que en el casco fundacional. Barrios periféricos como Villa Elvira comenzaron a tomar forma de manera sostenida, especialmente a partir de la década de 1930, impulsados por loteos privados (como los de Samuel Ponsati y Elvira Sotés a partir de 1923). Estos barrios crecían con población trabajadora, muchos empleados en Berisso, Ensenada o el centro de La Plata,

y pronto desarrollaron sus propias instituciones sociales. La expansión trajo consigo mejoras en infraestructura, como el asfalto de calles y la instalación de servicios. Tolosa también continuó siendo un centro de actividad, con sus comercios, panaderías (Panadería "La Ferroviaria" desde 1929), clubes y la presencia de figuras locales.

El acceso a servicios como el teléfono se expandió, siendo un signo de estatus poseer uno en 1927. La red de transporte público se modernizó, con la Empresa Argentina de Ómnibus inaugurando el primer servicio de transporte automotor colectivo en 1931. Profesionales como médicos, abogados, ingenieros y maestros jugaron roles activos no solo en sus profesiones, sino también en la vida social y las instituciones. El análisis del Quién es Quién en La Plata (1972) muestra que muchas maestras, consideradas parte de la élite intelectual y profesional, participaban activamente en organizaciones de ayuda social, instituciones culturales (letras, artes, enseñanza), y asociaciones profesionales, evidenciando una conexión entre la profesión y la participación social. Médicos como Francisco José Laborde y Nevio Américo Correa destacaron por su labor médica desinteresada y su participación en asociaciones profesionales, sociales y de ayuda. Ingenieros como Gerardi también tuvieron roles clave en la administración pública y en organizaciones profesionales.

El período estuvo marcado por eventos que reflejaron la vida social y política, como las celebraciones de aniversario de la ciudad (por ejemplo, la visita de Perón y Evita en 1949), visitas de personalidades (Príncipe de Gales en 1925, Einstein, Lorca), y cambios en las normas sociales (levantamiento de la prohibición del tango en 1922, cambio de mano del tránsito en 1945). Conflictos sociales, como la huelga ferroviaria de 1951, también afectaron la vida en la ciudad y generaron respuestas de solidaridad. La influencia de la Masonería, prominente en la fundación y primeras décadas, experimentó un período de decaimiento a partir del golpe militar de 1930, aunque algunos de sus miembros continuaron activos en la sociedad.

La masonería, entre ruina y fábula: notas para desarmar un mito de origen

No hay ciudad sin relatos que la anticipen ni memoria que no busque fijar un comienzo. La Plata no escapa a esa regla. También aquí, como en tantas urbes de modernidad impaciente, una cofradía discreta —la masonería— fue llamada a ocupar el centro del proscenio. Y, sin embargo, si algo enseña la historia social, es que los mitos de origen suelen ser menos ventanas al pasado que espejos del presente. No los niego: los interrogo. No los demuelo: los restauro críticamente, como quien trabaja una ruina para entender qué piezas quedan en pie, cuáles fueron añadidas después y qué grietas son constitutivas.

Parto de un hecho sobrio, verificable: en el ritual fundacional de 1882 afloran emblemas y presencias masónicas; y a lo largo de las primeras décadas hay logias activas, con hombres de la vida pública entre sus filas. Pero de allí a la "ciudad masónica" como explicación general media un salto de fe. La historia —la de carne y papeles— no se nutre de saltos: se trama en las junturas.

Conviene, antes de cualquier afirmación altisonante, poner en su sitio la experiencia; esa categoría reacia a los dogmas que el historiador debe rescatar de la rasura del tiempo. Las logias fueron, en el último cuarto del siglo XIX, una forma potente de sociabilidad burguesa: escuela de deliberación laica, red de confianza, dispositivo de ascenso y de patronazgo. Operaron sobre una ciudad en obra, donde el expediente, la oficina, el aula normalista y el taller compartían un idioma de reglas nuevas. En ese mundo, no es extraño que arquitectos, ingenieros, abogados y funcionarios circularan por espacios que ofrecían reputación, código moral y puentes hacia cargos o contratos. Pero una pertenencia no equivale a un programa total. El mapa de la ciudad —sus plazas, sus iglesias, sus escuelas, su Universidad— fue labrado también por católicos fervorosos, mutualistas, socialistas de biblioteca, anarquistas de imprenta y comerciantes prudentes; por maestras que jamás pisaron

un templo masónico y por obreros que aprendieron su ciudadanía en la cooperadora y en el sindicato.

Insistamos: no es lo mismo demostrar que "fulano fue masón" que sostener que "la masonería dirigió la ciudad". Lo primero es un dato biográfico; lo segundo, una hipótesis fuerte que exige cadenas documentales: actas, correspondencia, decisiones administrativas, contratos. En ausencia de ese tejido, el mito hace su trabajo: convierte la coincidencia en causalidad, la proximidad en hegemonía y el símbolo en orden oculto. Y lo hace porque responde a anhelos reconocibles: necesidad de un relato maestro que dome la contingencia; gusto por las claves y los planos cifrados; consuelo estético ante una historia que —como la nuestra— avanzó a trompicones.

La ruina que tenemos a mano —piedra fundamental, medallas, listas dispersas de logias, evocaciones— se ilumina si la colocamos en su tiempo social. La década de 1880 fue de euforia modernizadora; 1890, un golpe seco que dejó la obra a medio hacer y encendió la crítica a la corrupción y a las complicidades de gobierno; 1890–1905 fue un repliegue activo donde la ciudad, lejos de vaciarse, aprendió a vivir con menos, a autoconstruirse y a disciplinar a sus élites. En 1912 se abre la compuerta electoral; en 1918 la Reforma sacude el mundo universitario; en 1930 la contrarreforma autoritaria reconfigura visibilidades; el peronismo ensancha el Estado social y redistribuye prestigios; 1955 y 1966 vuelven a intervenir universidades y burocracias. En cada uno de esos quiebres, la visibilidad pública de la masonería sube o baja: no por conspiraciones eternas, sino por ciclos políticos que alteran las formas legítimas de asociación y palabra. A esto lo llamo historia, no fábula.

Hay, además, un equívoco que conviene despejar: confundir la masonería realmente existente —sus hombres concretos, sus ritos, su cultura laica decimonónica— con una masonería doctrinal entendida sólo como palanca anticlerical y antimonárquica. En La Plata, la coexistencia de un

catolicismo vigoroso (templos, órdenes docentes, misiones) y de redes laicas (logias, asociaciones, prensa) no se resuelve en blanco y negro. Más bien produce zonas de intersección: masones que sostienen obras pías; católicos que acuerdan con agendas de higiene, escuela pública y civilidad. No hay aquí dos ejércitos nítidos, sino prácticas que negocian y disputan el sentido de lo común.

¿Dónde, entonces, poner el ojo y la mano del historiador? En tres frentes. Primero, en la prosopografía fina: series largas de trayectorias (quién estudió qué, dónde trabajó, qué asociaciones integró, con quién se emparentó, qué cargos acumuló) que permitan ver interlocks sin convertirlos en "cerebros invisibles". Segundo, en los papeles de gobierno: actas, decretos, legajos, expedientes de obra, licitaciones; allí donde las decisiones dejan huella y pueden compararse con agendas de logia o con prensa de época. Tercero, en la hemerografía: la trama pública de elogios y denuestos, donde las reputaciones se hacen y se deshacen, y donde el mito masónico, desde temprano, disputa con otras retóricas (la ciudad "vacía", la ciudad "moderna", la ciudad "universitaria"). Los censos ayudan para demografía, ocupaciones y religión, pero no cuentan masones; no pidamos a esos números lo que no ofrecen.

¿Por qué, pese a todo, persevera el mito? Porque nuestro damero invita a leer figuras; porque la capital nueva, plantada a pocos kilómetros de la vieja metrópoli, necesita un relato de distinción; porque la herencia ilustrada de los talleres masónicos encaja bien en esa economía moral del expediente que ordenó ventanillas, cátedras y oficinas; porque en 1982 —en pleno centenario— la reapertura de la piedra fundacional actuó como ritual de rememoración que "probó" más de lo que las fuentes podían sostener. Y, no menor, porque la ciudad encontró en el mito una marca turística y patrimonial que otorga sentido donde la historia deja aristas.

Mi posición —que no es neutralidad, sino método— es clara: ni reducción ni fetiche. La masonería fue una sociabilidad relevante de las

élites técnicas y administrativas; su huella simbólica aparece en momentos claves; sus miembros participaron de la obra pública y de la Universidad. Esto no la convierte en principio único de explicación. La Plata se hizo en el triángulo inestable de Estado, mercado y sociedad: licitaciones y censos; suelos loteados y barrios de autoconstrucción; clubes y bibliotecas; sindicatos y cooperadoras; parroquias y logias. En ese triángulo, la masonería ocupa un lugar importante pero competido.

Propongo, por tanto, hipótesis de trabajo, sometidas a prueba:

1. La masonería operó como red de reputación y acceso en los oficios de Estado y de la Universidad durante la fase fundacional y temprana consolidación; su peso relativo decrece o se camufla en contextos de cierre político.

2. La coexistencia —y a veces superposición— de pertenencias laicas y católicas es un rasgo platense a estudiar caso por caso; los antagonismos doctrinarios no definen automáticamente las prácticas.

3. El mito de "ciudad masónica" se consolida tardíamente (1970s–1980s) como gramática identitaria y patrimonial; su persistencia dice tanto de la necesidad contemporánea de símbolos como de la historia que pretende narrar.

No me interesa quitarle romance a la ciudad, sino devolverle historia. Hacerla inteligible sin arrancarle sus voces. Si estas páginas logran que la masonería salga del rol de demiurgo para entrar, con otras sociabilidades, en el taller compartido donde se fabricó la vida común —hospitales, juzgados, aulas, talleres, clubes, oficinas—, habremos ganado precisión sin perder espesor. No es poco: la verdad histórica no necesita conspiraciones omnipotentes, le basta con hombres y mujeres situados, con sus alianzas, sus límites y sus apuestas. La Plata se parece más a esa multitud que a cualquier

templo perfecto. Y ésa, a mi juicio, es la mejor noticia: la ciudad no la hizo una logia; la hicimos entre muchos.

La ciudad y las personas.

La ciudad se fue nutriendo de importantes figuras de la cultura: Atilio Boveri, pintor y escritor, activo en la década de 1920 y hasta su fallecimiento en 1949. José J. Podestá, figura clave del teatro criollo, activo en La Plata hasta su muerte en 1937. José Gola, actor platense de teatro y cine, activo hasta su fallecimiento en 1939. Carlos Marelli, Naturalista, dirigió el Jardín Zoológico hasta 1940. Carlos A Fajardo, poeta y funcionario, primer Juez de Paz de Tolosa, vivió en La Plata hasta su muerte en 1920. Tebaldo J. Ricaldoni, ingeniero, inventor, académico en la UNLP, activo hasta su fallecimiento en 1923. Gerardi, Ingeniero destacado en obras sanitarias provinciales (Director 1926-1943) y educación en la UNLP, falleció en 1962. Francisco José Laborde, médico en Tolosa desde 1927, historiador y activo participante en numerosas instituciones sociales, culturales y profesionales hasta su jubilación en 1970 y fallecimiento en 1975. Nevio Américo Correa, médico también en Tolosa, desde 1942, conocido por su labor solidaria y activismo comunitario en asociaciones locales durante las décadas de 1940 a 1970. Damián Reca, primer campeón argentino de ajedrez, radicado en La Plata desde 1916. Carlos Hugo Maderna, Campeón argentino de ajedrez en 1940. Domingo de Felitto, empresario con un negocio de semillas en las décadas de 1930/40 y miembro del directorio del Banco Crédito Provincial en 1952. Ana Emilia Lahitte (escritora/periodista), María Elida Alvarez de Caggiano (dirigente política UCR), Dora Nélida Valdovinos (escritora), Amanda del Frate Ayarza de Lockhart (activa en Biblioteca Musical Verdi), María Luisa Madueño (especialista en teatro de títeres), Martha Mercader (escritora de proyección nacional), entre otras, muestran la diversidad de la participación femenina en la vida cultural, social y política platense más allá del aula.

Y Raúl Díaz[51], nacido en La Plata el 12 de marzo de 1891 que se recibió de abogado en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional de La Plata. En su juventud jugó al fútbol y participó en la fundación del Club Estudiantes de La Plata en 1905. A lo largo de su carrera, se desempeñó como asesor letrado de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, integró el Concejo Deliberante de La Plata en tres periodos y la Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires en dos periodos. En las elecciones legislativas de 1930, fue elegido diputado nacional por la provincia de Buenos Aires en la lista del Partido Conservador, con mandato hasta 1934, que fue interrumpido por el golpe de Estado de septiembre de 1930. En 1931, fue comisionado municipal de La Plata durante la gobernación de facto de Carlos Meyer Pellegrini.

En las elecciones provinciales de noviembre de 1931, fue elegido vicegobernador de la provincia de Buenos Aires en la fórmula del Partido Demócrata Nacional (PDN) encabezada por Federico Martínez de Hoz. Asumió como gobernador de la provincia de Buenos Aires en marzo de 1935, tras la destitución de Martínez de Hoz, desempeñando el cargo hasta la asunción de Manuel Fresco en febrero de 1936. En enero de ese último año, la gobernación fue ejercida brevemente y de forma interina por el presidente del Senado provincial, Edgardo J. Míguez. Fue el primer platense en el cargo de gobernador bonaerense. Fue presidente de la junta central platense del PDN. En 1938, volvió a ser elegido diputado nacional (por el PDN) y reelegido en 1942. Su tercer mandato, que se extendía hasta 1946, fue interrumpido por el golpe de Estado de 1943. Falleció en marzo de 1946.

Raúl Díaz, es un hilo conductor perfecto para leer la élite platense de la primera mitad del siglo XX: la escuela pública que conduce a la UNLP, la sociabilidad del fútbol en la ciudad joven, y la escalera de cargos municipales,

51 Ver: Quien es quien en la Argentina: biografías contemporáneas. G. Kraft, ltda. 1941. p. 210. 5. Barba, Fernando Enrique (1987). La Provincia de Buenos Aires, 1910-1987. Archivo Histórico de la Provincia. pp. 50-54.

provinciales y nacionales del conservadurismo bonaerense. Abogado por la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, su perfil profesional no se entiende sin ese capital escolar de la ciudad y sin la trama de vínculos que lo sostuvo y lo proyectó.

De muy joven frecuenta el mundo de Estudiantes de La Plata: juega, milita, se mueve en ese círculo de varones que hacen del club un espacio de pertenencia y de visibilidad. Hay tradiciones que lo cuentan "participante" del proceso fundacional de 1905; yo prefiero, por prudencia, registrar su proximidad efectiva a ese núcleo y su desempeño como jugador en la etapa amateur, porque el acta de fundación conserva una lista precisa de firmantes y allí su nombre no aparece. Lo que sí está, de modo claro, es la densidad social y simbólica que le aporta ese campo deportivo para su posterior carrera política.

Su recorrido institucional es escalonado y, al mismo tiempo, continuo. En el llano de la administración bonaerense figura como asesor letrado de la Policía de la Provincia; en el plano local, integra el Concejo Deliberante de La Plata en tres períodos y llega al gobierno municipal como comisionado (interventor) tras el golpe de 1930, en el marco de la reconfiguración conservadora del orden político. Sube luego el peldaño provincial: dos mandatos como diputado en la Legislatura, la vicepresidencia de la Provincia en la fórmula del Partido Demócrata Nacional con Federico Martínez de Hoz (1932–1935) y, por acefalía, la gobernación entre marzo de 1935 y febrero de 1936, con un breve interinato legislativo en enero. Es señalado, con justicia, como el primer platense que ocupa la gobernación bonaerense: un dato que vale tanto por su excepcionalidad como por lo que revela sobre la maduración de una élite local capaz de proyectarse más allá del municipio.

En el nivel nacional, su firma vuelve a aparecer en las bancas: diputado por Buenos Aires en 1930 (mandato interrumpido por el golpe), y otra vez electo en 1938 y 1942 por el PDN, hasta el quiebre de 1943. La trayectoria

muestra continuidad y resiliencia dentro de la Concordancia y el arco conservador, con anclaje territorial en La Plata: presidió la junta central platense del PDN y se movió con soltura en esa interfase donde partido, municipio y sociabilidad se tocan. También hay registros genealógicos que lo enlazan a familias notables de la ciudad —tutorías, afinidades, alianzas—, testimonio de una red que excede la política electoral y que refuerza el tipo de capital relacional que aquí estudiamos.

Díaz condensa, así, un patrón que mi trabajo viene mostrando para el período: nacidos y criados en La Plata que, con el diploma de la UNLP y una sociabilidad intensa (clubes, foros, ligas, giras discursivas), ascienden por los tres niveles del Estado. El fútbol, lejos de ser un detalle pintoresco, funciona como una escuela paralela de vínculos y de visibilidad; la Facultad, como dispositivo de legitimación; el Concejo, la Legislatura y el Congreso, como estaciones de una misma carrera. Muere en marzo de 1946, de regreso en su ciudad, cerrando un arco biográfico que empieza y termina en La Plata, pero que dejó marcas nítidas en la provincia y en la Nación.

La vida social y cultural de La Plata entre 1920 y 1950, fue dinámica y multifacética, marcada por el crecimiento urbano, la diversidad de sus habitantes (especialmente la influencia de las comunidades inmigrantes y sus asociaciones), una rica oferta en artes escénicas y visuales, la institucionalización de deportes, y la activa participación de profesionales y ciudadanos en diversas organizaciones y entidades que enriquecieron el tejido social de la ciudad.

Llamo “década larga” a ese corredor 1912–1929 porque, más que un arco cronológico, es una gramática material que se escribe a varias manos: puertos, energía, transporte, crédito y trabajo. 1912 fija los renglones —censo, agenda industrial y primeras decisiones sobre el puerto—; 1922–1927 agrega la sintaxis técnica e institucional de YPF, con el acuerdo con Bethlehem como palanca y límite; 1929, finalmente, fractura la partitura y obliga a reorquestar

finanzas públicas, comercio y empleo. Lo que queda, mirando en conjunto, es una arquitectura de decisiones y artefactos que vuelve legible el territorio.

El método importó: seguir contratos, tecnologías y personas —no sólo hitos— permitió sustraer a La Plata del localismo celebratorio o melancólico y situarla en una historia comparada de enclaves industriales y puertos de servicio en la periferia capitalista. Una decisión de gabinete en Filadelfia, una norma provincial discutida en la ciudad universitaria, un parte de refinería en Berisso: piezas de la misma cadena causal, con efectos heterogéneos sobre ingresos, oficios y sociabilidades.

A esa gramática material se le montó una gramática simbólica densa: teatros, cines, compañías y giras internacionales; el colegio, la universidad, el museo; clubes de barrio y círculos de élite; tango, retretas y ajedrez; rugby y turf. No fue decorado: fue máquina de incorporación social y de consagración de estilos de vida. La inmigración y sus asociaciones de ayuda, las bibliotecas populares, las ligas vecinales, los colegios técnicos, las maestras que enseñaban y a la vez organizaban asistencia: allí se tejió el capital relacional que sostuvo la modernización y también sus umbrales.

En ese tejido, trayectorias como la de Raúl Díaz condensan el patrón que venimos observando: nacidos y criados en la ciudad, con diploma de la UNLP y sociabilidades robustas (clubes, foros, partidos), capaces de escalar del Concejo Deliberante a la Legislatura, de la Legislatura a la gobernación, y de allí al Congreso. El fútbol fue, más que un costado pintoresco, una escuela de visibilidad y lealtades; la universidad, dispositivo de legitimación; el Estado, escenario de disputa y aprendizaje. Su condición de primer platense al frente de la Provincia es menos una anécdota que un síntoma: la élite local había madurado para jugar por fuera del municipio.

Queda trabajo por delante —archivos técnicos y prensa de 1912–1930; memorias orales de Berisso y Ensenada; cotejos con otros emplazamientos

de Bethlehem— para afinar el peso relativo de soberanía, dependencia y agencia. Pero la silueta es nítida: La Plata fue un laboratorio de modernidad negociada, donde Estado, mercado y trabajo disputaron —sin cerrarlo del todo— quién condujo, quién pagó y quién se benefició. Llamarlo "fracaso" empaña más de lo que esclarece; mejor admitir su contradicción productiva: integración a cadenas globales de valor a la vez que reproducción local de asimetrías.

El puerto y la refinería no fueron sólo instalaciones: fueron escenarios de socialización y de conflicto; usinas de oficios, lenguajes y orgullos; también de heridas. Allí aprendieron a vivir y a luchar generaciones hechas de acero, petróleo y promesas. El 1929 quiebra la música, pero no apaga la orquesta: reacomoda los atriles, obliga a cambiar de tempo y de partitura. Esa será, precisamente, la materia del capítulo siguiente: cómo la ciudad, ya alfabetizada en su gramática material y simbólica, atravesó la crisis, reescribiendo sus alianzas y ensayando nuevas respuestas a viejos problemas. *Entre la dársena y el aula, entre la usina y el club, la "década larga" dejó algo más que cifras: dejó un modo de estar en el mundo.*

El Censo General de la Nación de 1947 funciona como una bisagra histórica, siendo la "fotografía" que cierra el período de gran expansión agroexportadora (1880-1943) y capta las transformaciones estructurales (económicas, sociales y políticas) justo cuando se consolida el nuevo orden del peronismo, cuyos cambios decisivos comenzaron en 1943.

Para el partido de La Plata, esta fotografía censal refleja de manera aguda su respuesta a dos fuerzas históricas fundamentales: la reconfiguración económica post-crisis de 1930 y el impacto del intervencionismo estatal cualitativo (el inicio del período peronista).

La crisis de 1930 significó un punto de inflexión para la inmigración ultramarina y un impulso hacia la sustitución de importaciones y el

proteccionismo. La Plata respondió a esta reconfiguración mediante una concentración industrial y una reorientación demográfica.

Capítulo 5.
Fuentes, medidas y performatividad censal (1912–1914–1947): lo que muestran y lo que silencian: La Plata comparada.

Este capítulo establece el umbral estadístico del libro: delimita con precisión qué registran nuestras fuentes (1912–padrón y ciudadanía; 1914–censo con énfasis en oficios, nacionalidad y urbano/rural; 1947–censo que introduce población económicamente activa, ramas de actividad y nuevas definiciones de hogar y vivienda), cómo lo hacen (diccionarios de variables, clasificaciones ocupacionales, y unidades geográficas: partido, localidad, aglomerado) y qué efectos de realidad produce esa contabilidad. No se trata de sumar cifras sino de mostrar la performatividad censal: medir instituye categorías, fronteras y prioridades administrativas (lo urbano que se financia, el trabajo que se reconoce, el hogar que se asiste). En comparación entre La Plata, Rosario y Bahía Blanca demostramos que los números no son neutrales: varían con el recorte territorial (p. ej., LP con Berisso/Ensenada o la inclusión/exclusión de Ingeniero White), con la taxonomía del trabajo (del "oficio" en 1914 a las "ramas" en 1947) y con lo no observado (cuidados no remunerados, subempleo estacional, siniestralidad y exposición ambiental). Atendemos, además, a tres sesgos técnicos—cobertura (quién entra y quién queda fuera), clasificación (cómo se etiqueta una misma tarea en series distintas) y comparabilidad temporal (cuando cambia la definición, cambia el fenómeno medido)—y

al problema de la unidad espacial modificable (MAUP), por el cual las conclusiones dependen del mapa con que se recorta. Este umbral, entonces, fija el método: declarar siempre la unidad, explicitar cambios de categorías y reconstruir silencios con fuentes complementarias; sólo así las series permiten comparar con justicia una ciudad de mando técnico (LP), una ciudad-fábrica (RO) y una ciudad-logística/energía (BB) sin confundir la estadística con la realidad que pretende describir.

Tres momentos que abren la puerta a los datos (y moldean lo que vemos)

- 1912 — Ley Sáenz Peña (Ley 8.871): el padrón como "primer mapa" de la sociedad.
  La reforma establece el sufragio masculino, secreto y obligatorio para ciudadanos nativos y naturalizados desde los 18 años, a condición de estar inscriptos en el padrón electoral. Ese padrón —con domicilio, edad, estado civil y oficio— estandariza identidades y territorializa a la población por distrito. No produce tablas censales, pero fija rutinas de legibilidad (quién es vecino, dónde vota, cómo se le envía notificación) que el censo heredará como gramática administrativa.

- 1914 — Tercer Censo Nacional: primera "fotografía moderna" del siglo XX.
  Levantado el 1 de junio de 1914, registra 7.885.237 habitantes (población total), con desagregación por provincias/partidos/localidades, nacionalidad, alfabetismo y oficios. A partir de este censo se consolida el criterio de 2.000 habitantes para distinguir urbano de rural (el umbral que, con ajustes, perdura en la tradición estadística argentina). Operativamente, es una maquinaria masiva: 79.314 colaboradores en el terreno (≈ 99 habitantes por cada agente), lo que ilustra el salto organizativo del Estado para "hacer visible" el territorio. En el tablero urbano, ya aparece la jerarquía de aglomerados (por ejemplo, Gran Rosario y Gran La Plata figuran entre los cinco mayores del país).

- 1947 — Cuarto Censo (posguerra): del "oficio" a la actividad económica. El operativo (censo de hecho) recuenta 15.893.827 habitantes y reformula categorías: introduce de manera sistemática la población económicamente activa (PEA), la condición de actividad y la clasificación por ramas económicas, además de redefinir vivienda/hogar y precisar la noción de localidad. Esto mejora la lectura del trabajo y, al mismo tiempo, rompe comparabilidades simples con 1914 (donde primaban oficios). La literatura metodológica subraya que 1947 abre el camino a la medición moderna de PEA que se consolidará en 1960; por eso, cualquier serie puente 1914–1947 exige notas de empalme. En el corredor La Plata–Berisso–Ensenada, además, los ajustes jurisdiccionales y portuarios complejizan la continuidad espacial de las estadísticas.

Estos tres hitos no sólo registran población y actividades; fabrican escalas, sujetos y prioridades:

- Escalas, porque el recorte partido/localidad/aglomerado altera la posición relativa de ciudades (p. ej., Gran La Plata en 1914 vs. 1947).

- Sujetos, porque el pasaje de oficios a ramas y PEA redefine quién "cuenta" como trabajo y cómo se clasifica.

- Prioridades, porque el umbral de 2.000 habitantes institucionaliza lo urbano como ámbito preferente de inversión pública y administración (alumbrado, escuelas, salud).

En suma, el umbral estadístico no es un prólogo técnico: es el lugar donde el número empieza a hacer ciudad —y, por eso, donde este libro fija su método para comparar con justicia a La Plata, Rosario y Bahía Blanca.

Qué medimos cuando "medimos": unidades, cortes y categorías

Medir el Partido (jurisdicción político-administrativa), sirve para series largas (presupuesto, padrones, catastros), pero mezcla ciudad, periurbano y rural en proporciones distintas según el territorio. Ejemplo: el Partido de La Plata registra 391.247 hab. en 1970 (y 337.060 en 1960), cifra correcta para la jurisdicción pero que subestima la ciudad funcional porque no incluye a todo su conurbano platense cuando se la compara con partidos de base más urbana. Localidad (núcleo urbano censal). Se acerca a la vida cotidiana (barrios, servicios), pero sus límites se mueven con anexiones y ordenanzas. En áreas portuarias, la inclusión o exclusión de enclaves como Ingeniero White (Bahía Blanca) puede alterar el peso relativo de la actividad logística/portuaria de una "misma" ciudad entre un censo y otro. (Véase la tabla nacional de localidades de 10.000+ habitantes de 1970).

Los aglomerados (continuo urbano), es la foto más honesta para 1970, cuando el censo ya publica los "Gran Rosario", "Gran La Plata", "Gran Bahía Blanca". Ese año: Gran Rosario = 806.942 hab.; Gran La Plata = 478.666 hab.; Gran Bahía Blanca = 182.158 hab.. En 1914 y 1947, en cambio, el aglomerado no existe como unidad operativa: hay que reconstruirlo combinando localidades contiguas.

Al mismo tiempo, cada cuadro declara su unidad (partido/localidad/aglomerado) y no se cruza un partido de una ciudad con el aglomerado de otra. Cuando retroproyectamos 1970 hacia 1914/1947, explicitamos el criterio de reconstrucción (contigüidad, continuidad edilicia, excepciones).

Cortes temporales (cuando cambia la definición, cambia el número)

Trabajamos el arco 1914–1947–1960–1970 y, en este capítulo, los umbrales 1912–1914–1947 porque fijan lenguajes:

- 1912 (padrón electoral, Ley Sáenz Peña): instala rutinas de identificación (domicilio, edad, oficio) que el Estado usará para "leer" a la población.

- 1914 (censo): gran fotografía nacional (total país 7.885.237 hab.) con oficios, nacionalidad, alfabetismo y una primera formalización del urbano/rural por umbrales. Ese recorte ya permite ver jerarquías urbanas: Gran Rosario (~245 mil) y Gran La Plata (~137 mil) aparecen entre los mayores aglomerados del país en esa fecha.

- 1947 (censo): introduce Población Económicamente Activa (PEA), condición de actividad y ramas económicas, además de redefinir hogar/vivienda; mejora la lectura del trabajo, pero rompe comparabilidades simples con 1914 (centrado en oficios).

La implicación da cuenta de que 1914 y 1947 no son directamente comparables, dadas las enormes transformaciones de la región durante ese periodo.

Por ejemplo, en cuanto a la condición de actividad, 1914 privilegia el oficio/ocupación habitual; 1947 distingue PEA (ocupados y desocupados que buscan) y población no económicamente activa. Por eso, "desocupación" no significa lo mismo y no se comparan tasas sin aclarar definiciones y universos. Y si miramos la rama vs. El oficio, 1914 dispersa frigorífico y puerto en oficios ("despostador", "estibador", "foguísta"); 1947 los converge en ramas ("alimentos", "servicios portuarios"), lo que aumenta el peso sectorial en las tablas aunque la realidad productiva sea continua. En nuestras comparaciones 1914→1947 usamos matrices oficio→rama para cada ciudad.

Y cuando miramos la relación Urbano vs. Rural, no es "a ojo" sino norma: la tradición estadística argentina considera urbana a la localidad con ≥2.000 habitantes, umbral que estructura las bases de cálculo de alfabetismo, servicios y PEA, y "fabrica" ciudad/campo a efectos de política.

Y la relación vivienda/hogar/pieza en 1914 tabula viviendas y habitaciones; 1947 afina hogares dentro de la vivienda. Resultado: el hacinamiento y el déficit varían según la unidad de registro. En el libro reportamos, cuando es posible, ambas métricas y aclaramos la unidad en cada tabla.

Algo no menor es la nacionalidad vs el lugar de nacimiento, 1914 realza la migración externa; 1947 visibiliza migración interna y movilidad interprovincial. Para La Plata, por ejemplo, el salto 1884→1914 (de 10.427 a 137.413 hab.) combina atracción inmigratoria y capitalidad; para 1970, el Gran La Plata se consolida como cuarto aglomerado con 478.666 hab..

Entonces, de nuevo, las escalas importan. Porque la misma ciudad cambia de posición según el lente. En 1970, leer por aglomerados ordena el mapa urbano:

Gran Rosario = 806.942 > Gran La Plata = 478.666 > Gran Bahía Blanca = 182.158, con implicancias sobre mercado de trabajo, servicios y conflictividad. En 1914, la foto de Gran Rosario (~245 mil) y Gran La Plata (~137 mil) ya anticipa esas trayectorias divergentes. Si en lugar de aglomerados usamos partidos, el ranking se distorsiona (por mezcla de rural/periurbano) y, si usamos localidades, la comparación depende de contornos móviles.

En suma: medir no es sólo contar; es elegir una escala (partido/localidad/aglomerado), un corte (1914/1947/1970) y una categoría (oficio/PEA; vivienda/hogar). Con esos cuidados —y con números a la vista— nuestras comparaciones entre La Plata, Rosario y Bahía Blanca descansan en un piso estadístico firme, y no en espejismos de recorte o nomenclatura.

Performatividad censal: del número a la norma (y vuelta)

El censo no es sólo un inventario estadístico: es una tecnología de gobierno. En la práctica, sigue la cadena que organiza todo el libro —obra → documento

técnico → norma → mando— y, al hacerlo, crea hechos administrativos que habilitan (o bloquean) presupuestos, derechos y obras. Abajo desplegamos cada eslabón con procedimientos concretos y datos que muestran cómo una categoría censal termina reordenando la ciudad.

1) Obra: el operativo que "pone el cuerpo"

Qué sucede en el terreno.

- Delimitación previa de radios y fracciones (mapas, croquis, listado de manzanas) y capacitación de censistas con instructivos de lectura de "unidad de vivienda", "hogar" y "ocupación".

- Empadronamiento casa por casa con cédulas (domicilio, sexo/edad, alfabetismo, oficio/actividad, nacionalidad/lugar de nacimiento).

- Cobertura: el éxito del operativo se mide por "viviendas efectivamente visitadas" y por tasa de omisión (baja en áreas centrales, mayor en bordes periurbanos).

Por qué importa. Si un barrio periférico queda mal cartografiado, se subregistra población urbana; si un muelle se empadrona con cédulas de "población flotante", se subestima la fuerza laboral local. La obra (lo que se recorrió y cómo) condiciona todo lo que viene.

2) Documento técnico: la ciudad como matriz

Qué se produce.

- Cédulas individuales y de vivienda, cuadernos de fracción, resúmenes de localidad, y tabulaciones que consolidan lo recogido (por partido, localidad o provincia).

- Diccionarios de variables (definiciones operativas) y cuadros (p. ej., alfabetismo por edad/sexo, oficios o ramas por localidad).

- Series base que alimentan anuarios municipales y ministeriales.

Por qué importa. El lenguaje del cuadro decide qué existe como problema público. En 1914, predomina el oficio ("estibador", "despostador", "jomero"); en 1947, la rama de actividad ("servicios portuarios", "alimentos", "metal-mecánica") reorganiza ese mundo disperso y, al consolidarlo, interpreta el territorio productivo.

3) Norma: definiciones oficiales y límites que producen "ciudad"

Qué fija la norma (y con impacto directo).

- Urbano / rural. En la tradición censal argentina, se considera "localidad urbana" a la que supera ~2.000 habitantes. Ese umbral decide qué se computa como población urbana (base para tasas de alfabetismo, cobertura de agua, mortalidad infantil, etc.).

- Ocupado / desocupado / inactivo. 1947 introduce PEA y "condición de actividad", algo ausente como tal en 1914 (centrado en oficios). La tasa de desocupación deja de ser "equivalente" entre ambas fechas.

- Vivienda / hogar / pieza. En 1914 se enfatiza vivienda y habitaciones; en 1947 se define mejor hogar dentro de la vivienda. El hacinamiento cambia si se cuenta por "habitaciones por vivienda" o por "personas por hogar".

- Unidades espaciales. Partido (jurisdicción mixta), localidad (núcleo urbano), aglomerado (continuo urbano). 1970 publica directamente aglomerados:

Gran Rosario: 806.942 hab.

Gran La Plata: 478.666 hab.

Gran Bahía Blanca: 182.158 hab.

En 1914/1947, el aglomerado no existe como unidad operativa: comparaciones honestas exigen reconstrucción (unir localidades contiguas) y nota metodológica.

Por qué importa. La misma ciudad cambia de posición según el corte:

- La Plata: si se mira por partido, en 1970 da ~391.000 hab.; si se la lee por aglomerado (LP–Berisso–Ensenada), asciende a 478.666. Ese salto no es "crecimiento natural": es efecto de unidad.

- Bahía Blanca: incluir o no Ingeniero White en "localidad" altera el peso del puerto en la estructura ocupacional.

- Rosario: la continuidad urbana con su cinturón industrial vuelve insuficiente el "partido" para caracterizar su escala fabril.

4) Mando: presupuesto, obras, cupos y policía administrativa

Cómo el número se vuelve decisión.

- Educación. La planificación de vacantes (aulas, cargos, edificios) se hace sobre población urbana de 6–14 años. Si el umbral urbano re-clasifica una localidad (pasa de 1.950 a 2.050 hab.), esa "nueva" localidad urbana ingresa a priorización de obras y docentes.

- Salud. Centros sanitarios y dotaciones (médicos, camas, vacunación) se dimensionan por habitantes urbanos y densidades por distrito:

subregistros mueven recursos a otra parte.

- Obras públicas. Redes de agua, cloacas, alumbrado, pavimento siguen la matriz urbano/rural del censo; la "falta" de urbano en un borde postergó históricamente ciertas inversiones.

- Trabajo y control. La PEA por rama guía inspecciones, bolsas de trabajo, negociación gremial y prioridades de formación técnica.

La norma que hemos descripto —urbano, ocupado, hogar, unidad geográfica— es la que permite asignar presupuesto (escuelas, hospitales, obras) y definir policía administrativa (habilitaciones, inspecciones, sanciones). Se gobierna con lo que se midió.

Tres mini-casos (LP, RO, BB) donde la categoría "hace" ciudad

1. La Plata (partido vs. aglomerado).

1970: Partido ≈391.000 hab. vs. aglomerado 478.666.

Efecto: al planificar justicia/educación/salud (estructura clásica de capital provincial), trabajar con partido subestima demanda del bloque LP–Berisso–Ensenada; hacerlo con aglomerado ajusta vacantes y guardias a la ciudad real.

2. Rosario (oficios → ramas).

1914: "estibadores", "foguistas", "peones de muelle" dispersos en oficios.

1947: todo eso converge en "servicios portuarios" y "transformación de alimentos".

Efecto: el peso sectorial crece en las tablas; el municipio prioriza accesos, playas ferroviarias, servicios de barcazas y negociación gremial acorde a una masa crítica ahora visible.

3. Bahía Blanca (localidad vs. localidad+puerto).

Incluir Ingeniero White como parte funcional de la "localidad" reorganiza la estructura de empleo (portuario/logístico) y, con ella, la cartera de inversiones (vías, depósitos, accesos) y la regulación (consorcios/autoridades de puerto).

La categoría crea el hecho administrativo

Cuando el censo define urbano, ocupado, hogar o unidad espacial, crea un hecho administrativo: existencia a los ojos del Estado. Esa existencia, a su vez, abre derechos y recursos (aula, sala, caño, inspector). Lo que queda fuera no ingresa al expediente y no compite por presupuesto. Por eso este capítulo fija nuestro umbral estadístico: declara cómo medimos, qué sumamos y qué dejamos afuera, para que cada comparación entre La Plata, Rosario y Bahía Blanca repose en categorías que no confundan la estadística con la realidad, sino que la hagan visible con justicia.

Lo que muestran y lo que silencian (La Plata frente al espejo)

- La Plata como capital planificada (trazada en 1882) con empleo público y servicios avanzados en expansión. En el partido de La Plata el padrón pasa de ≈137 mil hab. (1914) a ≈302 mil (1947) y ≈337 mil (1960), con un "salto" administrativo-funcional cuando miramos el aglomerado: en 1970, el Gran La Plata (LP–Berisso–Ensenada) alcanza ≈479 mil hab. Esa "ciudad real" se apoya en tres pilares visibles en las series: (i) aparato administrativo-judicial-sanitario de capital provincial, (ii) UNLP (nacionalizada en 1905) como proveedora de cuadros técnicos y

profesionales, y (iii) un nodo energético-alimentario (destilería de YPF en Ensenada y frigoríficos en Berisso) que vincula puerto, industria y empleo calificado.

- Rosario como puerto fluvial cerealero con densidad industrial y presencia sindical temprana. Ya en 1914 el continuo rosarino supera los ~220–250 mil habitantes; para 1970 el Gran Rosario llega a ≈807 mil. Las tablas de ocupación muestran el peso de molienda, aceites y metalmecánica, articuladas a elevadores, ramales ferroviarios y estiba. Desde la década de 1930–40, la organización de gremios portuarios, aceiteros y metalúrgicos hace "legible" el conflicto (paritarias, convenios, huelgas): un patrón de ciudad-fábrica donde el puerto no sólo mueve granos, crea empleo industrial.

- Bahía Blanca con puerto profundo (Ingeniero White) y trama ferroviaria que ancla su función logística regional. En 1914 la localidad bahiense ronda los 70 mil y, en 1970, el Gran Bahía Blanca registra ≈182 mil. El perfil productivo muestra tres marcas: (i) calado y canal que permiten tráfico de ultramar (cereales, combustibles), (ii) fuerte acople ferrocarril-muelle, y (iii), hacia el cierre del período (fines de los '60-inicios de los '70), la prefiguración del giro energético-petroquímico que reorganizará empleo, riesgos y decisiones en torno a consorcios y directorios.

Lo que silencian (y por qué sesga las conclusiones)

- Cambios de límites y zonas especiales. En La Plata, la relación con Berisso y Ensenada y, más tarde, la existencia de Zonas Nacionales Portuarias (formalizadas en torno a 1960) desplazan parte de la población y del empleo fuera del "partido" estricto: si comparamos partidos, LP parece "menos portuaria/industrial" que lo que muestra el aglomerado; si sumamos el bloque LP–Berisso–Ensenada, aparece la ciudad funcional que efectivamente demanda servicios y obra pública.

- Trabajo no remunerado y temporalidad. El cuidado doméstico (masivamente femenino), la intermitencia de la estiba, la estacionalidad en frigoríficos y la subocupación en talleres y changas quedan mal capturados en 1914 (oficios) y siguen sub-medidos en 1947 (condición de actividad). Resultado: se subestima la base real de reproducción social y la vulnerabilidad de los hogares obreros.

- Hábitat precario y rotación habitacional. La unidad "vivienda/hogar" (y no "pieza" o inquilinato) subregistra hacinamiento y rotación en conventillos, piezas de patio y pensiones. Esto afecta, por ejemplo, la lectura de barrios obreros en Berisso/Ensenada (LP), Tablada/Refinería (Rosario) o zonas aledañas a Ing. White (BB): la precariedad cotidiana no salta con fuerza en los cuadros.

- Pertenencias étnico-raciales y trayectorias migrantes. 1914 resalta la migración externa (matrices italo-españolas) y 1947 reubica el foco hacia la migración interna (NEA/NOA→Litoral-Pampa). La discontinuidad metodológica rompe series finas por cohortes y origen; además, categorías étnico-raciales no tienen tratamiento sistemático, de modo que identidades y discriminaciones estructurales quedan invisibles en la estadística general.

- Riesgos ambientales y salud laboral. La morbimortalidad específica por rama (cortes, frío y agentes biológicos en frigoríficos; solventes, emisiones y accidentes en muelle/ferroviario; exposiciones en química/energía) no es capturada por el censo general. Sin series sanitarias complementarias (hospitales, inspección del trabajo, mutuales), la huella de riesgo queda fuera del radar.

Moraleja comparada (recalibrada)

- En Rosario "aparecen" la fábrica y el sindicato porque así clasifican las tablas y porque el aglomerado hace visible la escala industrial-portuaria.

- En La Plata "aparecen" la oficina y la escuela: capitalidad + UNLP + aparato administrativo suben el IEC (estatalidad capilar) y el ICU (conocimiento), mientras que el puerto-industria se ve sólo cuando usamos la unidad correcta (aglomerado).

- En Bahía Blanca "aparece" el muelle (calado, riel, depósitos) y tarde el giro energético/petroquímico que reconfigura mando y riesgo.

Y lo que no aparece también explica: si no medimos cuidados, intermitencia o siniestralidad, deformamos la "economía moral" del trabajo (qué se considera justo, qué merece compensación) y sesgamos la política pública (aulas, caños, guardias, inspecciones) hacia lo que sí entró en el cuadro. Por eso, en todo el capítulo, cada afirmación va atada a unidad, año y categoría: para que los números no dicten el relato, sino que lo iluminen sin ocultar sus sombras.

La Plata comparada: cómo cambian las conclusiones cuando cambia la unidad.

La jerarquía urbana y el carácter de cada ciudad no son rasgos naturales; dependen del marco con que las contamos. Cambiar de partido/localidad a aglomerado altera tamaños, pesos relativos por sectores y hasta el tipo de "mando" que atribuimos.

1) Si comparamos partido con partido (1914–1947)

La Plata (partido) aparece como capital administrativa en expansión. El padrón pasa de ≈137.413 hab. (1914) a ≈302.073 (1947), +120 % en el ciclo; el crecimiento acompaña la consolidación del aparato provincial (justicia, salud, obras) y la irradiación de la UNLP (nacionalizada en 1905) como formadora de cuadros. Con esta unidad, el perfil resultante es el de ciudad-servicio y mando técnico (alto IEC y ICU).

Rosario (partido/municipio) impone escala y densidad industrial ya antes de 1947: su hinterland cerealero y la red ferroviaria anclan molienda, aceites y metalmecánica. En esta lectura, la ciudad se perfila como ciudad-fábrica, con IPI alto y repertorios de conflicto-negociación visibles.

Bahía Blanca (partido) muestra una especialización logística con eje en Ingeniero White y los nudos ferroviarios. En partido, su población es menor que LP y RO, pero la función portuaria aparece como rasgo distintivo (IPI medio, ascendente).

En partido, LP sobresale por Estado+Universidad; RO, por puerto+industria; BB, por logística. La comparación es consistente para trayectorias largas, pero mezcla urbano/periurbano/rural y subregistra conurbaciones funcionales.

2) Si cambiamos a aglomerado (1970) para "anclar" lecturas

Gran Rosario = 806.942 hab.

Gran La Plata = 478.666 hab.

Gran Bahía Blanca = 182.158 hab.

Con esta unidad, La Plata "sube" su lugar relativo frente a RO y BB respecto de la foto por partido: su conurbación con Berisso y Ensenada incorpora puerto, YPF, frigoríficos y barrios obreros al continuo urbano. La diferencia partido vs. aglomerado en 1970 es de +87.000 personas aprox. (de ~391.000 a 478.666), +22 % de "ciudad real" que no aparecía si nos quedábamos en el límite político.

¿Cuáles son los efectos en los mecanismos? En LP: al sumar Berisso/Ensenada, el IPI (puerto-industria) sube y reequilibra la tríada IEC–IPI–ICU: ya no es sólo "oficina y aula", también muelle y frío/energía. En RO: el

paso a aglomerado confirma su primacía demográfica y productiva; el IPI se mantiene alto con un ICU medio-alto. BB: si la lectura se hace por localidad cabecera y no por aglomerado/proto-región portuaria, baja en el ranking y pierde parte del peso logístico que en realidad depende del par binario Bahía Blanca–Ing. White.

Para todos los efectos, el aglomerado revela ciudades funcionales. LP gana puerto-industria; RO mantiene escala y fábrica; BB necesita mirarse como puerto-región para que su rol logístico no quede subvaluado.

La jerarquía urbana depende de dónde trazamos la línea (partido/localidad/aglomerado) y cuándo (1914/1947/1970).

Al pasar de partido a aglomerado, la participación del empleo industrial-portuario en la estructura local aumenta (por incorporación de Berisso/Ensenada), lo que eleva el IPI y matiza la imagen de "ciudad exclusivamente administrativa".

La ventaja demográfica y fabril de Rosario se sostiene cualquiera sea la unidad, pero la intensidad del conflicto sindical y la diversificación manufacturera se ven mejor en aglomerado que en partido.

La lectura por localidad tiende a subestimar el nodo; la unidad aglomerado/proto-región (Bahía Blanca–Ing. White + interfases ferroviarias) captura mejor el rol estratégico en cadenas de granos y energía de posguerra.

Esto nos permite pensar que el IEC (estatalidad capilar): suele bajar levemente al pasar a aglomerado (se incorpora periferia menos densa en oficinas), salvo en capitales (LP) donde el "mando técnico" irradia.

El IPI (puerto-industria): sube cuando la unidad agrega municipios portuarios (LP y BB) o correas industriales (RO).

Y el ICU (conocimiento universitario): en LP, se mantiene alto; en RO/BB, mejora cuando el aglomerado incorpora polos educativos que la unidad partido dejaba fuera.

Entonces, cambiar la unidad no es cosmética; reubica a La Plata frente a Rosario y Bahía Blanca, recalibra los mecanismos que explican cada ciudad y evita errores de política (dimensionar aulas, caños, accesos) con poblaciones mal recortadas. Desde aquí, todo el capítulo procede con esta brújula: comparaciones honestas.

El umbral estadístico como política de la mirada

Este capítulo dejó fijado cómo vamos a mirar y qué podemos ver cuando el Estado cuenta. Tres resultados quedan firmes, con datos y con método:

1) Los hitos que "fabrican" realidad medible: El tridente 1912–1914–1947 no sólo registra población y oficios: instituye categorías y recortes. El padrón de 1912 normaliza identidad, domicilio y oficio; el Censo 1914 levanta la primera gran "foto moderna" del siglo XX (Argentina total 7.885.237 hab.) y, para nuestro corredor, fija a La Plata (partido) en 137.413 hab.; 1947 duplica el país (15.893.827 hab.) y redefine trabajo (PEA, condición de actividad, ramas), vivienda y localidad, abriendo una era de comparaciones que ya no son lineales con 1914.

2) La unidad cambia las conclusiones:

Con partidos (1914–1947), La Plata aparece como capital administrativa en expansión (de 137.413 a 302.073), Rosario impone escala y densidad industrial, y Bahía Blanca consolida su especialización logística (Ingeniero White + riel). Pero en 1970, al pasar a aglomerados, vemos la ciudad funcional: Gran Rosario = 806.942, Gran La Plata = 478.666, Gran Bahía Blanca = 182.158. Para LP, la diferencia entre partido (~391.000) y aglomerado

(478.666) es ≈ +22%: al sumar Berisso y Ensenada emergen puerto, YPF y frigoríficos como parte constitutiva del continuo urbano. Esa "recalibración" no es un tecnicismo: mueve aulas, caños, guardias, accesos y presupuestos.

3) La cadena obra → documento → norma → mando está viva. Del recorrido de empadronamiento a la cédula; de la cédula al cuadro; del cuadro a la definición oficial (urbano ≥ ~2.000 hab., PEA, hogar) y de la definición al presupuesto (educación, salud, obras) y a la policía administrativa (habilitaciones, inspección). Se gobierna con lo que se midió: lo que no entra en categoría —cuidados no remunerados, intermitencia en estiba y frigorífico, siniestralidad, exposición ambiental— no compite por recursos.

Hallazgos comparados:

La Plata (LP) consolida un perfil de mando técnico: capitalidad + UNLP (desde 1905) + aparato judicial, sanitario y de obras. En 1960 el partido registra 337.060 hab.; en 1970, el aglomerado LP–Berisso–Ensenada alcanza 478.666. La "suba" al pasar a aglomerado revela encadenamientos energéticos y de frío (destilería YPF en Ensenada; frigoríficos en Berisso) que el recorte por partido aplana.

Rosario (RO) es puerto fluvial cerealero con industria de transformación (molienda, aceites, metalmecánica) y sindicatos tempranos; su continuo urbano ronda el cuarto de millón ya en 1914 y llega a 806.942 en 1970. El IPI (puerto–industria) es alto y temprano; el conflicto social aparece institucionalizado en convenios.

Bahía Blanca (BB) se afirma como nodo de aguas profundas (Ing. White) + ferrocarril, con giro energético/petroquímico hacia el final del período; en 1970, su aglomerado suma 182.158 hab. Su peso logístico se subestima si se observa sólo la localidad y no el par funcional Bahía Blanca–Ing. White.

Hipótesis que emergen del umbral

Sesgo de unidad y mando (LP): el uso de partido oculta parte del mecanismo puerto–industria y sobrepondera el administrativo; al pasar a aglomerado crece el IPI y cambia la morfología del conflicto (más sector frigorífico/estiba, no sólo servicios públicos).

Secuencia IPI→gremios (RO): donde el IPI es temprano y alto, la densidad gremial y la tasa de convenios/huelgas por PEA tienden a ser mayores y más visibles en prensa y anuarios laborales.

Región logística (BB): las métricas por localidad subestiman el rol de directorios/consorcios y de la infraestructura crítica (calado, depósitos, accesos); la unidad aglomerado/proto-región captura mejor la decisión logística.

Cuidado, precariedad y riesgo: la ausencia de categorías para cuidados y siniestralidad distorsiona la economía moral del trabajo (lo "justo" y lo indemnizable). Series sanitarias (hospitales, mutuales) y registros de inspección deben integrarse para estimar el "déficit estadístico" del trabajo reproductivo y del riesgo.

El censo de 1947 permite rastrear la respuesta industrial de La Plata a la crisis, mostrando su perfil como un centro fabril clave fuera del Gran Buenos Aires (GBA). La provincia de Buenos Aires se había convertido en el principal centro fabril del país. La Plata sobresalía, concentrando el 11% de la fuerza motriz provincial industrial, un porcentaje significativo comparable solo a Bahía Blanca (10%) fuera del conurbano inmediato. Este dinamismo industrial se ubicaba centralmente en la periferia platense: Berisso y Ensenada, áreas que ya habían adquirido un perfil inmigratorio, urbano y obrero debido a la instalación de frigoríficos (Swift y Armour, 1907 y 1915) y, sobre todo, la destilería de YPF inaugurada en Ensenada en 1925.

El Censo de 1947, al clasificar la población por rama de actividad, refleja la alta concentración de trabajadores en la industria en el "Gran La Plata", capturando la expansión obrera ligada al modelo ISI (Industrialización por Sustitución de Importaciones).

El año 1947 evidencia el resultado de la crisis del sector rural y la consecuente migración interna, un fenómeno que aceleró las transformaciones sociales en las grandes urbes. La crisis del agro post-1930 causó una sangría de productores y trabajadores rurales, quienes migraron hacia los centros urbanos industriales. La "fotografía" de 1947 refleja este cambio: el 22% de los habitantes de la provincia habían nacido en otro lugar de Argentina, superando a los extranjeros (18,1% en la provincia). Esta migración interna condujo a la "argentinización" de los sectores medios y de trabajadores asalariados, un rasgo visible en las generaciones post-1930. Para 1947, La Plata era una ciudad altamente concentrada, y el censo puede mapear cómo la población se había expandido desde los 140.000 habitantes de 1914 hasta los 250.414 de 1940, mostrando un crecimiento que se había desacoplado del estancamiento rural circundante.

El Impacto del Intervencionismo Estatal Cualitativo

El año 1943 marca un salto cualitativo en la intervención estatal en la provincia. El censo de 1947, realizado solo cuatro años después del golpe militar que llevó a Perón al poder, es el primer registro nacional que mide esta nueva realidad política y administrativa en La Plata, la capital provincial.

La Plata, como sede política y administrativa de la provincia, es el lugar donde el crecimiento del aparato estatal es más palpable en términos demográficos. El Censo de 1947, al desglosar la población por rama de actividad, permite cuantificar a la población dedicada a las Actividades de los estados nacional, provincial y municipal. Aunque la expansión del gasto y el empleo público ya existía durante los gobiernos radicales

de los años veinte y conservadores de los treinta (como Fresco, quien lanzó un ambicioso programa de obras públicas), el ascenso de Perón desde la Secretaría de Trabajo y Previsión en 1943 llevó a que las políticas preexistentes adquirieran alcances inéditos. El crecimiento del empleo estatal en La Plata no solo refleja la burocracia necesaria para gobernar el distrito más importante, sino también la estrategia de ampliar la base política mediante la creación y mejora de empleos públicos. El intervencionismo estatal de Fresco y el Peronismo buscó la culminación del proyecto fundacional platense. El censo de 1947, al ser levantado en este contexto, atestigua la consolidación material y administrativa de La Plata como capital del "primer Estado argentino".

El inicio del período peronista (1943-1947) impuso un orden institucional rígido que transformó radicalmente las relaciones sociales en el campo y elevó el poder de los sindicatos en la ciudad. Aunque el Censo de 1947 es de población, su contexto agropecuario (el Censo Agropecuario se levantó simultáneamente) está marcado por el fin de una época en el sector rural debido al intervencionismo de 1943. Políticas como el congelamiento y prórroga indefinida de contratos de arrendamiento y la regulación estricta del trabajo rural minaron el modelo de la estancia mixta. La "fotografía" censal, por lo tanto, captura a la población rural restante en un contexto de cambios perdurables en sus relaciones productivas.

La industrialización de La Plata y su periferia generó un proletariado urbano. En la década de 1930, esta área fue un foco de actividad gremial. El Departamento Provincial del Trabajo (fundado en 1937) ya había intervenido para mediar en conflictos, pero la acción de Perón desde 1943 amplió exponencialmente la mediación y el control estatal, fortaleciendo gremios industriales y del transporte. El censo captura a esta nueva estructura de trabajadores y su fuerte implantación sindical. En el Partido de La Plata, no solo contabilizó a los habitantes, sino que mapeó el resultado de estas tensiones históricas: es la imagen de una capital administrativa que había

cumplido su proyecto fundacional y, simultáneamente, de un polo industrial (El Gran La Plata) que se nutría de los migrantes internos expulsados del campo por una crisis estructural que el nuevo Estado Peronista se disponía a regular e integrar de forma inédita.

En interpretación profunda, el Censo de 1947 sobre La Plata es como un plano arquitectónico actualizado justo después de una gran obra de renovación. Los cimientos (el trazado administrativo y universitario fundacional) seguían allí, pero las nuevas alas (la potente industria periférica y el aparato burocrático) y la nueva "fachada social" (la mayoría de población nativa proveniente de migraciones internas) revelaban que la crisis de los años 30 no había demolido el proyecto urbano, sino que lo había reorientado y acelerado bajo la nueva dirección del Estado pos-1943, cuyo poder se centralizaba precisamente en esa ciudad.

La Plata, Rosario y Bahía Blanca (1914–1972): puerto, industria, universidad y estatalidad capilar

Este capítulo sintetiza la comparación controlada entre La Plata (LP), Rosario (RO) y Bahía Blanca (BB) durante el ciclo 1914–1972, con el objetivo de validar y calibrar las conclusiones del libro acerca de la "ciudad en movimiento" y la articulación puerto–industria–universidad–Estado. Se trabaja con cuatro cortes principales (1914, 1947, 1960 y 1970) y un conjunto mínimo de indicadores—población, movimiento portuario, empleo/producción industrial, matrícula y egreso universitario, densidad asociativa y conflicto laboral—poniendo especial cuidado en la comparabilidad de unidades (partido, localidad, aglomerado) y cambios de límites administrativos. La hipótesis que guía la lectura es que combinaciones distintas de capacidad estatal capilar (IEC), encadenamientos puerto-industria (IPI) y densidad de conocimiento universitario (ICU) generan perfiles urbanos y economías morales divergentes, aun dentro de una misma constelación nacional.

Población y urbanización: trayectorias diferenciadas

Los tres casos comparten crecimiento sostenido, pero sus estructuras urbanas divergen por función y conectividad. La Plata, como capital provincial planificada, muestra expansión continua del partido (1914→1960) y, en 1970, un aglomerado que cristaliza la conurbación LP–Berisso–Ensenada. La capitalidad atrae empleo público, servicios profesionales y educación superior; la presencia del Puerto La Plata (Ensenada/Berisso) y de la destilería de YPF sella un perfil administrativo-energético. Rosario, desde temprano constituye un aglomerado denso apoyado en su puerto fluvial cerealero, el ferrocarril y un tejido industrial y gremial robusto. Su escala poblacional y su hinterland cerealero le otorgan, en varias décadas, una gravitación demográfica superior a LP y BB. Bahía Blanca, combina localidad mediana con un aglomerado en formación hacia 1970, centrado en Ingeniero White (puerto de aguas profundas) y funciones logístico-ferroviarias; la expansión posterior del complejo energético-petroquímico reconfigura su perfil.

En 1970, Gran Rosario supera claramente a Gran La Plata y Gran Bahía Blanca en población urbana, con implicancias sobre mercado laboral, demanda de servicios y conflictividad. La Plata, sin embargo, compensa escala con funciones de mando administrativo y educativo.

Puertos: grano, energía y jerarquías atlánticas

El Indicador Puerto-Industria (IPI) resume tonelaje, tipo de carga y encadenamientos productivos. Rosario (paranaense) consolida su rol de gateway agroexportador con altos volúmenes de granos y harinas a lo largo del período. La especialización agrario-industrial, sumada a su red ferroviaria, sostiene picos de IPI en los veinte/treinta y en posguerra. Ingeniero White (Bahía Blanca) se especializa como puerto de aguas profundas: cereales, combustibles y carga general, con fuerte acople ferroviario. La estandarización de flujos y la profundización del canal la proyectan en las

décadas medias y tardías del período. Puerto La Plata (Ensenada/Berisso) equilibra hidrocarburos, carga general y cabotaje; su papel estratégico está menos en la magnitud del tonelaje que en el acople funcional con la destilería, frigoríficos y el nodo administrativo-universitario de la capital.

Industria y empleo: del taller al complejo

En los cortes 1935–1946–1964, las tres ciudades experimentan la transición de taller/manufactura a planta/servicio industrial con ritmos distintos. Rosario presenta mayor densidad industrial por la base cerealera (molienda, aceites, metalmecánica) y una estructura gremial que articula demandas y negociación. Bahía Blanca crece con logística y energía; su industria acompaña la función portuaria y, hacia el final del período, se apoya en corrientes petroquímicas y energéticas regionales. La Plata, combina industria alimentaria, frigorífica y energética con un sector público-técnico amplio; aquí la plataforma de servicios (universidad, justicia, salud, administración) pesa tanto como la planta industrial en sentido estricto.

Universidad, conocimiento y mando

La UNLP—con facultades jurídicas, ingenieriles y de salud—opera como máquina de formación de élites y mesocracias profesionales, alimentando la burocracia provincial y los servicios avanzados locales. Rosario—vinculada a la UNL hasta la creación de la UNR (1968)—muestra una trayectoria de profesionalización consistente con su escala urbana y su vida gremial. Bahía Blanca incorpora la UNS en 1956, que impulsa perfiles técnicos y científicos acordes con su función logística-energética.

Estatalidad capilar: de la obra al documento, y del documento a la norma

El eje conceptual obra → documento técnico → norma → mando permite comparar modos de producción de autoridad: LP (capital): alta IEC por

concentración de oficinas públicas, archivos, policías administrativas, catastros y circuitos de tramitación; la performatividad censal y la codificación técnica consolidan rutinas de gobierno con irradiación provincial. RO: IEC media-alta, apoyada en aparatos municipales/provinciales robustos, pero con un contrapoder gremial que modula el mando a través de repertorios de negociación y conflicto. BB: IEC media, con fuerte dependencia de empresas públicas/ferrocarriles/puerto y, más tarde, de complejos energéticos; el mando se articula alrededor de infraestructuras y directorios/consorcios.

Sociabilidad, asociaciones y economía moral

Los tres casos comparten una densa vida asociativa (clubes, mutuales, ligas, parroquias), pero con acentos. LP: sociabilidad cívico-técnica y universitaria; peso de colegios profesionales y redes jurídico-administrativas. RO: sociabilidad gremial-barrial ligada a fábricas, talleres y puerto; periódicos obreros y redes de ayuda mutua. BB: sociabilidad logístico-empresarial (consorcios portuarios, cámaras) y clubes con fuerte inscripción ferroviaria/portuaria. Una economía moral del trabajo y el cuidado se reconstruye a partir de reglamentos, prensa y archivos parroquiales—con presencia femenina en comisiones, beneficencias y escuelas—, aún sub-medida y promisoria para series específicas.

Conflictos y repertorios de acción

La conflictividad es mayor y más visible en RO, coherente con su estructura industrial-gremial; LP presenta conflictos sectoriales (frigoríficos, servicios públicos) bajo una administración con capacidad regulatoria; BB exhibe picos asociados a ciclos portuarios y ferroviarios.

Síntesis comparada: tres combinaciones de modernidad periférica

La Plata = IEC alto + ICU alto + IPI medio → ciudad-servicio y mando técnico, con encadenamientos energéticos-administrativos; economía moral

cívica, fuerte codificación normativa. Rosario = IPI alto + ICU medio-alto + IEC medio → ciudad-fábrica y puerto fluvial, con sociabilidad gremial y repertorios de conflicto-negociación que moldean políticas locales. Bahía Blanca = IPI medio-alto (tardío) + ICU medio + IEC medio → ciudad-puerto de aguas profundas y logística energética, con directorios y consorcios como nodos de decisión.

Estas combinaciones ofrecen un marco replicable para otras ciudades portuarias/planificadas del Cono Sur (Córdoba sin puerto; Montevideo con capitalidad portuaria; Mar del Plata con especialización turística-industrial).

La comparación controlada confirma que La Plata, Rosario y Bahía Blanca son tres vías de una misma modernidad periférica: (i) LP cristaliza la gobernanza técnico-administrativa de una capital provincial con encadenamientos energéticos; (ii) RO evidencia la centralidad del trabajo y el puerto fluvial en la estructuración social y política; (iii) BB muestra la lógica logística-energética de los puertos profundos del Atlántico Sur.

El resultado fortalece el argumento del libro: la "ciudad en movimiento" no es una metáfora sino una máquina histórico-técnica donde obra, documento, norma y mando se retroalimentan en escalas locales, provinciales y globales. La combinación IEC–IPI–ICU ofrece un lenguaje común para comparar ciudades y escribir, con evidencia, una historia urbana y social que desporteñiza el mapa sin negar su gravitación.

PARTE III

Sociabilidades, consumos, culturas y ciudad vivida

Eslabonamientos de producción, comercialización y consumo: mercados, ferias y cinturón hortícola en el Partido de La Plata (1882–1972).[52]

52 Para Consumo, niveles de vida y condiciones materiales consultar: Rocchi, Fernando (2020). "Una expansión desigual. Los cambios en el consumo argentino, desde principios del siglo XX hasta la década de 1940", Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani, n.o 53, pp. 228-254. Ledesma, Leonardo (2025). "Consumo de bienes básicos, consumidores y prácticas de consumo en el interior de Argentina, ca. 1890-1940", Anuario CEEED, vol. 23. Ledesma, Leonardo D. (2007). "Una aproximación al consumo de los trabajadores rurales en el Territorio Nacional de La Pampa, 1910-1930", ponencia XI Interescuelas de Historia (Tucumán). Ledesma, Leonardo D. (2010). Trabajadores rurales, condiciones de vida y consumo en el Territorio Nacional de La Pampa, ca. 1890-1930, tesis de licenciatura, UNLPam. Martocci, Federico & Ledesma, Leonardo (2018). Una historia económica argentina: de la etapa agroexportadora a la caída del peronismo (1880-1955). Santa Rosa, EdUNLPam. Cortés Conde, Roberto (1979). El progreso argentino 1880-1914. Buenos Aires. Gutiérrez, Leandro H. (1981). "Condiciones de la vida material de los sectores populares en Buenos Aires, 1880-1914", Revista de Indias, XLI (163-164). Sobre Alimentación, abasto y mercados de alimentos mirar: Pérez Martín, Joaquín (2021). "La planificación del abastecimiento alimentario a la gran ciudad: marchas y contramarchas del Mercado Central de Buenos Aires (1960-2019)", Mundo Agrario, 22(50), e172. Bruno, Martín; Radeljak, Florencia; Cittadini, Eduardo; Grenoville, Sebastián (2022). "Los mercados mayoristas frutihortícolas del Área Metropolitana de Buenos Aires: caracterización y análisis desde el concepto de soberanía alimentaria", Párrafos Geográficos, 21(1). Barsky, Andrés (2020). "La cuestión social del abasto frutihortícola en la Argentina reciente", A&P Sociedad (dossier sobre abasto y mercados). En cuanto al Cinturón hortícola platense, áreas periurbanas y trabajo rural, consultar: García, Matías & Lemmi, Soledad (2011). "Territorios pensados, territorios migrados. Una historia de la formación del territorio hortícola platense", Párrafos Geográficos, 10(1). García, Matías (2013). "La organización del trabajo en la horticultura familiar platense", ponencia / artículo sobre horticultura familiar y territorio (IdIHCS-UNLP). García, Matías & coautores (2007–2009). Trabajos sobre invernáculos, transformaciones productivas y mano de obra en la horticultura platense. Baldini, C.; Marasas, M. E.; Lemmi, S. (2025). "Tres décadas de cambios en la construcción del territorio hortícola platense... Diálogo entre la percepción de los actores locales e información derivada de la teledetección", Huellas, 29(...). Otero, J. (2013). Estudios sobre organización del trabajo y horticultura en el Gran La Plata. Fernández, L. (2021, 2022). Trabajos sobre bolsones agroecológicos y circuitos alternativos de comercialización en La Plata. Sotiru, M. N. (2025). "¿Dónde me conviene comprar o vender las verduras? Canales de comercialización en el cinturón hortícola platense", Revista de la Facultad de Agronomía UNLP, 44(1). Baldini, C. (2020). Territorio en movimiento. Transformaciones recientes del cinturón hortícola platense. Algunas discusiones sobre Desarrollo, estructura económica y transformaciones del Partido de La Plata en: Tauber, Fernando (1992). Partido de La Plata. Reflexiones y datos para una estrategia de desarrollo. Dirección de Asuntos Municipales. Tauber, Fernando; Bognanni, L.; Delucchi, D. (1997). Partido de La Plata. Reflexiones y datos para una estrategia de desarrollo, Fundación Facultad de Ingeniería, UNLP. Tauber, Fernando et al. (2019). Pensar el desarrollo en el Partido de La Plata. UNLP. Tauber, Fernando (2023). La Plata, ciudad del conocimiento. UNLP.

1. Marco general: ciudad nueva, cinturón frutihortícola temprano

Desde la fundación misma de La Plata, buena parte del territorio circundante fue pensado como anillo productivo: un casco urbano cuadrado rodeado por "anillos verdes" destinados a chacras y quintas que abastecieran de alimentos a la nueva capital.

La literatura agraria reciente coincide en que la producción hortícola "acompaña a la ciudad desde sus orígenes", transformando tempranamente el periurbano platense en proveedor de verduras para un mercado urbano en rápida expansión, con fuerte presencia de inmigrantes italianos, españoles y portugueses como primeros quinteros.

Sin embargo, los estudios sobre el viejo Mercado de Abasto platense matizan esto: en las primeras décadas la horticultura periférica era aún incipiente y una parte importante de frutas y verduras llegaba en grandes carros desde zonas rurales más alejadas, que se concentraban en torno al mercado junto con fondas, hoteles y servicios para esos carreros.

Esa tensión es clave para pensar el cinturón frutihortícola desde el plano fundacional. Un cinturón que se consolida lentamente, al compás del crecimiento demográfico, de la red de caminos y del aumento del consumo urbano de productos frescos.

2. Consumos probables por grupos sociales (1882–1972)

a) Elites y capas medias altas
(funcionariado, grandes comerciantes, profesiones liberales)

Entre las elites y las capas medias altas, la base de la dieta se sostiene en un repertorio relativamente estable: carne vacuna, pan y pastas de trigo, vino, yerba, azúcar y café. Sobre ese "suelo calórico" se construye, sin embargo, una canasta mucho más amplia y flexible que la del resto de la población.

El consumo de frutas y verduras es más diverso y menos sometido a la pura estacionalidad. Estas familias acceden con mayor facilidad a frutas "finas" –duraznos de quinta, uvas, cítricos, manzanas– y a hortalizas de mayor precio, como espárragos, alcauciles, tomates tempranos, lechugas "manicura de brujo" o apio, que suelen llegar desde quintas especializadas del periurbano platense. No se trata sólo de nutrientes: son alimentos que condensan prestigio, "buen gusto" y sintonía con los discursos higienistas y médicos de la época.

Los lugares de compra combinan distintas escalas:

- Almacenes de ramos generales y despensas del centro, que concentran productos de calidad y mercancías importadas.

- Mercados de abasto, donde se negocian frescos con cierta regularidad y posibilidad de elección.

- Desde mediados del siglo XX, ferias de frutas y verduras ya consolidadas, en las que la compra semanal de frescos se vuelve un ritual de las familias de clase media y media alta.

Una primera hipótesis es que los ciclos de auge de la ciudad (fundación, expansión portuario-industrial, "años dorados" del peronismo, apertura del Mercado Regional en 1972) amplían de manera más rápida y visible la canasta de consumo de estos sectores: más lácteos (leche pasteurizada, quesos), frutas fuera de estación, conservas enlatadas y, sobre todo, un uso político y moral de las verduras frescas como signo de distinción social y de "vida sana". Dicho de otro modo: en la cúspide de la estructura social, la alimentación funciona también como un modo de marcar distancia respecto de las clases populares, aun cuando la ciudad atraviese crisis generales.

b) Sectores medios urbanos
(empleados públicos, docentes, pequeños comerciantes)

En los sectores medios urbanos la dieta se parece a la de las capas altas, pero con menos amplitud y más restricciones. El centro de la mesa está hecho de guisos de legumbres, polenta, cortes de carne más baratos y pan como base calórica. La abundancia se mide más en cantidad que en diversidad: "estar llenos" importa tanto como el refinamiento del menú.

Las verduras presentes de forma constante son la papa, la cebolla, el zapallo, la acelga, la lechuga, el tomate y la zanahoria. Su peso en la dieta aumenta a medida que se consolida el cinturón hortícola platense y que los precios relativos de estos productos descienden, lo que permite incorporarlos con más frecuencia sin desbordar el presupuesto familiar.

Los circuitos de compra reflejan una sociabilidad intermedia:

- Ferias de barrio, donde las "frutas y verduras de la feria" se vuelven una costumbre arraigada y casi un marcador de pertenencia de clase: ir a la feria "del jueves" o "del sábado" organiza la semana doméstica.

- Vendedores ambulantes que recorren los barrios con carros y, más tarde, camionetas, ofreciendo verdura del día y frutas por cajón o por kilo, con cierta flexibilidad para el regateo y el fiado.

Aquí se abre una hipótesis fuerte: la clase media urbana platense se constituye –en parte– alrededor de estos rituales de compra. No es sólo lo que se come, sino cómo y dónde se accede al alimento. La feria y el ambulante condensan una experiencia de "proximidad" que permite a estos sectores diferenciarse tanto de las elites (que compran en locales más exclusivos) como de los sectores populares más pobres (para quienes la compra de frescos es mucho más discontinua y fragmentada). La calidad de vida se

juega, entonces, en un delicado equilibrio entre salarios, precios, crédito de barrio y disponibilidad de productos del cinturón hortícola.

c) Obreros industriales y portuarios
(Ensenada, Berisso, periferia platense)

Los obreros industriales y portuarios cuentan, en general, con ingresos monetarios bajos pero relativamente regulares –provenientes de frigoríficos, astilleros, YPF– que permiten cierta estabilidad en la compra de alimentos, aunque con un margen de maniobra mucho más estrecho.

Su dieta cotidiana se organiza en torno a carnes de cortes populares, achuras, pan, pastas y guisos generosos, capaces de alimentar muchos cuerpos con pocos pesos. Las frutas y hortalizas que consumen suelen ser las de menor precio, adquiridas en una combinación de:

- Mercados de abasto del centro, cuando el acceso al transporte y al tiempo libre lo permite.

- Ferias francas de barrio, más cercanas a los lugares de residencia.

- Vendedores ambulantes especializados que recorren zonas obreras con verduras, pescado o leche "al pie de la vaca" durante las primeras décadas del siglo XX.

Si se cruzan estos consumos con la cronología de crisis (1914–1918, década de 1930, 1958–1962, 1969–1975), se verifica una pauta recurrente: estos grupos son los primeros en ajustar. Reducen el consumo de carne "mejor" y de lácteos, pero sostienen la papa, las legumbres y las verduras de estación más baratas del cinturón hortícola.

De aquí se desprenden dos hipótesis:

1. La primera es que el cinturón hortícola funciona como amortiguador social: permite que, aun en tiempos de crisis, los hogares obreros consigan cierta variedad de alimentos frescos a precios relativamente accesibles, evitando una caída más brusca de la calidad de vida.

2. La segunda es que las luchas obreras por salario, jornada y condiciones de trabajo tienen como trasfondo silencioso este universo alimentario: una parte del conflicto industrial es, en el fondo, una disputa por la posibilidad de sostener o mejorar una dieta digna.

d) Horticultores y chacareros del periurbano

Los horticultores y chacareros del periurbano ocupan una posición particular: son al mismo tiempo productores y consumidores. Una porción importante de lo que producen se destina al mercado, pero su propia dieta integra más hortalizas frescas –lechuga, acelga, tomate, ají, zapallito– y frutas disponibles en la quinta, como uvas, duraznos o ciruelas. Dicho en otros términos, viven rodeados de aquello que muchas familias de la ciudad sólo ven en el puesto del mercado.

Desde fines del siglo XIX predominan entre ellos inmigrantes europeos, especialmente italianos y españoles. A lo largo del siglo XX se suman migrantes del norte argentino y, posteriormente, familias bolivianas, que introducen nuevas técnicas de cultivo, reorganizan el uso del suelo y reconfiguran los circuitos comerciales.

Aquí se puede proponer que el cinturón hortícola platense no es sólo un espacio productivo: es también un laboratorio de mestizaje social y cultural. En esos bordes de la ciudad se cruzan lenguas, saberes agronómicos, religiones, formas de organización familiar y estrategias de inserción en el

mercado. La calidad de vida de estos quinteros no se mide sólo en ingresos, sino en el delicado equilibrio entre autonomía (control sobre el proceso productivo) y dependencia (precios fijados por mayoristas, intermediarios y mercados).

Otra hipótesis sugerente: a diferencia del obrero industrial, que vende su fuerza de trabajo, el quintero vende su producto pero también queda mucho más expuesto al clima, al ciclo de la tierra y a la especulación comercial. Esta situación genera un tipo de vulnerabilidad distinta, que la ciudad tiende a invisibilizar aun cuando se alimenta diariamente de su trabajo.

e) Sectores populares urbanos no asalariados
(servicio doméstico, changarines, cuentapropistas)

Los sectores populares no asalariados –trabajadoras del servicio doméstico, changarines, pequeños cuentapropistas– viven bajo el signo de la inestabilidad. Los ingresos fluctúan día a día, lo que se refleja directamente en la mesa. La dieta se centra en hidratos baratos (pan, polenta, fideos), cortes de carne muy económicos, sobras y comidas obtenidas a través de "changas" en comedores laborales o arreglos informales.

El acceso a productos frescos es más fragmentario y precario:

- Se compran cantidades mínimas en ferias y a vendedores ambulantes: un poco de verdura, una o dos frutas por día, según el dinero disponible.

- En los momentos de crisis, muchos de esos vendedores ambulantes provienen justamente de estos sectores: se autoemplean revendiendo frutas y verduras del Mercado o de alguna quinta, convirtiendo la venta ambulante en una estrategia de supervivencia.

En este punto se puede avanzar una hipótesis central: los sectores populares no asalariados son los que tejen el eslabón más frágil pero

indispensable entre el cinturón hortícola y la ciudad. No sólo consumen en condiciones precarias, sino que, cuando la situación empeora, se transforman en intermediarios, llevando la mercadería a los barrios en carros, bicicletas o camionetas viejas.

Su figura encarna, al mismo tiempo, la vulnerabilidad social y la resiliencia urbana: sostienen la circulación cotidiana de alimentos en los márgenes de la formalidad, mientras su propia calidad de vida pende de un hilo. El trabajo ambulante, en este contexto, no es un resabio "atrasado", sino una respuesta concreta a las fallas del mercado laboral y a las desigualdades en el acceso a comercios, transporte y tiempo libre.

3. Formación temprana del cinturón frutihortícola platense

La bibliografía reciente sobre el Cinturón Hortícola Platense (CHP) se concentra sobre todo en las transformaciones del siglo XX tardío y las primeras décadas del XXI. Sin embargo, leída "en reversa" y puesta en diálogo con fuentes municipales y planos fundacionales, permite reconstruir una genealogía más larga. Lo que hoy llamamos cinturón frutihortícola no aparece de golpe: se va armando por capas, a lo largo de casi un siglo, en tensión permanente con el proyecto de ciudad y con las oleadas de expansión urbana.

3.1. Etapa fundacional (1882–c.1910): territorio pensado, territorio en construcción

En el plano de La Plata, el casco fundacional aparece rodeado de anillos rurales productivos: una franja de **chacras y quintas** pensadas para abastecer de alimentos frescos a la nueva capital. La ciudad moderna imaginada por Benoit y Rocha no está sola en el vacío pampeano; está literalmente abrazada por un cinturón verde que debería garantizar su autosuficiencia alimentaria.

Sin embargo, en las últimas décadas del siglo XIX la horticultura local sigue siendo limitada. Las crónicas del viejo mercado platense recuerdan que buena parte de las frutas y verduras llega en grandes carros desde otras zonas rurales, más alejadas. En otras palabras, el **"territorio pensado"** –esas quintas ordenadas alrededor del casco– todavía no coincide con el **"territorio efectivamente cultivado".**

De aquí se desprende una primera hipótesis: en la etapa fundacional, el cinturón hortícola platense existe más como proyecto que como realidad consolidada. El Estado y los trazadores urbanos inscriben en el plano la idea de un anillo productivo, pero su concreción dependerá de decisiones privadas (quién compra, quién cultiva, qué se arriesga a sembrar) y de la capacidad de la ciudad para generar demanda suficiente de frescos como para hacer rentable ese modelo.

3.2. Consolidación de las quintas periurbanas (1910–1940): inmigraciones, higienismo y mercado interno

Entre 1910 y 1940, el panorama cambia de escala. Se multiplican las **quintas periurbanas** en localidades como Los Hornos, Ringuelet, Gonnet y Villa Elisa. Son predios relativamente pequeños, intensamente cultivados, conectados con el casco urbano por una red de caminos, tranvías y ferrocarriles que permiten llevar la producción al mercado en tiempos razonables.

En esas quintas se concentran inmigrantes –sobre todo italianos y españoles– que se especializan en horticultura de mercado. Traen conocimientos agronómicos, variedades y prácticas que terminan produciendo una identidad local: es en ese contexto donde se vuelven "típicos" productos como el **tomate platense** o el **alcaucil**, que más tarde funcionarán casi como marcas de origen.

La expansión de la población urbana en La Plata y su región, sumada al ascenso del **discurso higienista** sobre la alimentación (médicos, maestros, publicaciones de divulgación), empuja de manera sostenida la demanda de frutas y verduras frescas. Comer verdura deja de ser un mero complemento y se vuelve parte de un ideal de vida "sana" y moderna.

Podemos arriesgar aquí dos hipótesis:

1. La consolidación del cinturón hortícola es inseparable del **crecimiento de un mercado interno urbano** con capacidad de pagar, con cierta regularidad, por esos productos. No hay quintas periurbanas sin una clase media y un proletariado urbano que los compren.

2. El higienismo funciona como un **dispositivo cultural** que legitima y expande el consumo de verduras y frutas, reforzando el valor económico del cinturón. Lo que podría haber quedado como horticultura de subsistencia se convierte, en cambio, en horticultura comercial con proyección regional.

Este es el momento en que el cinturón hortícola deja de ser una "intuición" del plano fundacional para convertirse en una realidad material alrededor de la ciudad.

3.3. Expansión y diversificación (1940–1972): migraciones internas, región metropolitana y Mercado Regional

A partir de la década de 1940, el cinturón hortícola platense entra en una fase de **expansión y desplazamiento.** Las quintas comienzan a migrar y densificarse hacia el oeste y el sudoeste del partido: Olmos, Abasto, Melchor Romero, Etcheverry, El Peligro. Allí se consolidan zonas de pequeñas explotaciones intensivas que siguen abasteciendo a La Plata, pero empiezan también a mirar hacia un mercado más amplio, vinculado al conurbano sur y al área metropolitana de Buenos Aires.

En este período se amplía la **oferta frutihortícola:** aumenta la diversidad de cultivos, se incorporan invernáculos y tecnologías simples que permiten prolongar temporadas, se intensifica el uso del suelo. El Cinturón Platense pasa de ser un proveedor casi exclusivo de la ciudad y su región inmediata a convertirse en una de las **principales regiones productoras del país,** con peso en los flujos hacia mercados mayoristas de escala metropolitana.

Al mismo tiempo, cambian los protagonistas sociales. A los descendientes de inmigrantes europeos se suman, cada vez más, familias procedentes del norte argentino y, posteriormente, migrantes bolivianos. Traen nuevas formas de organización del trabajo, arreglos familiares distintos, otros usos del espacio y del tiempo. El cinturón hortícola se vuelve, así, un espacio de **migraciones internas y transnacionales** tanto como un paisaje productivo.

El salto institucional llega en 1972, con la inauguración del **Mercado Regional La Plata.** Este mercado reorganiza la primera venta frutihortícola en una lógica mayorista centralizada, en un predio ubicado ya en el borde de la ciudad. Su aparición cierra, en cierto modo, el ciclo que estamos analizando: la horticultura que se inició tímidamente como anillo del casco fundacional se articula ahora con un gran nodo de distribución pensado para camiones, accesos viales y una escala metropolitana de circulación de mercancías.

Aquí las hipótesis se cruzan con la historia urbana más amplia:

- Por un lado, el cinturón hortícola actúa como **"pulmón alimentario"** de la ciudad y su entorno: permite que, aun en contextos de crisis, la población acceda a una cierta diversidad de frescos.

- Por otro, ese pulmón crece siempre en **tensión con la expansión urbana:** cada nueva oleada de loteos, barrios cerrados, barrios obreros y autopistas empuja las quintas hacia más lejos, las reconvierte en suelo urbano

o las fragmenta. La ciudad que necesita verduras es también la ciudad que, al expandirse, amenaza el espacio donde se producen.

Una última hipótesis que atraviesa todo el período 1882–1972: el cinturón frutihortícola platense no es un "resto rural" que la ciudad soporta a regañadientes, sino una **tecnología urbana de abastecimiento** que se reinventa con cada ciclo de crecimiento. Cambian los actores, los lugares, los cultivos, los mercados; persiste, sin embargo, la lógica de un anillo productivo que hace posible la vida cotidiana de la ciudad, incluso cuando la propia urbanización parece empujarlo más allá de sus bordes.

4. De la quinta al puesto: ambulantes, ferias y mercados

Entre las quintas del cinturón hortícola y la mesa cotidiana de la ciudad hay una constelación de figuras intermedias: ferias, puestos, carros, camionetas, changuitos de mano. No es un trayecto lineal "productor–consumidor", sino un entramado de escalas y cuerpos que cargan, negocian, fraccionan y sostienen la circulación de alimentos frescos. Dentro de ese entramado, las **ferias de frutas y verduras** y los **vendedores ambulantes** ocupan un lugar privilegiado para pensar la calidad de vida, las jerarquías sociales y lo que vos llamás la economía moral urbana.

4.1. Ferias de frutas y verduras: ritual semanal y mercado de proximidad

Los trabajos de Rispoli, Busso y otros permiten reconstruir una historia larga de las ferias de frutas y verduras en La Plata. No son un invento reciente ni un "color local" pintoresco, sino instituciones con **más de un siglo de continuidad,** que se desplazan y reconfiguran pero reaparecen una y otra vez en plazas, diagonales y avenidas –la 38, las diagonales 73 y 74, las plazas de barrio–.

Para las familias de clase media (y buena parte de la clase media alta), la "feria del jueves", la del sábado o la del fin de semana se convierte en el **lugar**

típico para comprar frutas y verduras, muchas veces más importante que el almacén de la esquina. En la feria no solo se consigue mejor precio; también se puede elegir, tocar, comparar, conversar con el puestero. Es un espacio de compra, pero también de reconocimiento mutuo: se reencuentran vecinos, se cruzan maestras y quinteros, se intercambian recetas y chismes.

En estos espacios se mezclan **productores pequeños** –quinteros que bajan directamente desde Olmos, Abasto, Romero, Etcheverry– con **revendedores** que compran en el Mercado de Abasto (y luego en el Mercado Regional) y fraccionan allí la mercadería. La feria funciona así como **bisagra comercial:** una parte de los puestos recorta directamente la distancia entre quinta y ciudad; otra parte hace de intermediaria entre el nodo mayorista y el consumidor final, sumando trabajo de selección, transporte y venta minorista.

De este conjunto surgen varias hipótesis:

• La feria es, al mismo tiempo, un dispositivo económico (abarata costos de transacción, concentra oferta y demanda en ciertos días y lugares) y un dispositivo cultural: organiza el tiempo semanal, produce una escena pública de abundancia o escasez, y enseña a "mirar" la verdura (distinguir calidad, frescura, origen).

• Para la clase media platense del siglo XX, ir a la feria no es solo una práctica de ahorro: es un marcador de estilo de vida, una manera de afirmarse como familia que "come bien", que elige lo fresco, que tiene tiempo para recorrer y comparar.

• Estas ferias crean una geografía cotidiana de la ciudad distinta de la que proponen el plano fundacional o los discursos oficiales: una cartografía de recorridos semanales que conecta barrios, plazas y diagonales a través de la búsqueda de alimentos frescos.

4.2. Vendedores ambulantes como "bisagra" social: entre la quinta, el mercado y el umbral de la casa

Si las ferias condensan la circulación en puntos fijos, los **vendedores ambulantes** encarnan el movimiento continuo. El Registro de Vendedores Ambulantes conservado en el Archivo de la Municipalidad, con libros fechados desde 1937, documenta para las décadas de 1930 y 1940 una diversidad notable de rubros: frutas, verduras, leche "al pie de la vaca", baratijas, caramelos, pan, pescado. Cada entrada tiene un nombre, una dirección, un rubro: un mínimo retrato administrativo de esas vidas en movimiento.

Ese registro permite imaginar varias cosas.

a) Origen territorial y anclajes familiares

Es probable que muchos de esos vendedores residan en barrios límite entre ciudad y quintas –Los Hornos, San Lorenzo, Villa Elvira– o que combinen residencia urbana con vínculos familiares con quinteros del periurbano. Algunos tal vez sean hijos o parientes de productores que se especializan en la venta, mientras otros se autoemplean comprando en el Mercado de Abasto y revendiendo en la calle.

b) Productos frescos y circuitos de abastecimiento

Los productos que circulan por sus carros y camionetas dibujan una dieta básica pero diversa:

- Verduras de estación: lechuga, acelga, brócoli, tomate, remolacha, papas, cebolla.

- Frutas: manzanas, naranjas, mandarinas, duraznos, uvas de mesa.

• Leche traída directamente de tambos periféricos, repartida casa por casa en las primeras décadas del siglo XX.

Cada uno de esos rubros remite a un circuito de abastecimiento específico: quintas del cinturón hortícola, tambos de la periferia, puertos fluviales, mercados mayoristas. El ambulante es el punto de contacto entre esos circuitos y la vida doméstica de los barrios.

c) Un recorrido cotidiano que sutura espacios sociales

La escena se repite, con variaciones, a lo largo del siglo: desde las quintas o el Mercado de Abasto, los ambulantes salen al amanecer, cargan carros o camionetas y recorren un radio que combina calles céntricas, plazas como San Martín o Italia, y barrios obreros de Ensenada, Berisso o la periferia platense. Ofrecen su mercadería con un margen de ganancia pequeño, pero con una ventaja clave: el contacto directo con el consumidor, en la puerta de la casa o a media cuadra.

En términos de grupos sociales, su papel es distinto:

• Para las **élites y clases medias,** el ambulante funciona como complemento de la feria y de los comercios fijos: trae "la verdura que falta", la fruta más barata que en la tienda, la leche fresca que todavía se percibe como más "natural" que la pasteurizada.

• Para los **sectores populares,** la dependencia es mucho mayor. La compra se hace "por pocitos": un par de tomates, media docena de mandarinas, un atado de acelga, según el dinero del día. Las condiciones de fiado son flexibles, ajustadas a la confianza y al conocimiento personal: se apunta en un cuaderno, se paga cuando "entra algo", se negocia semana a semana.

Aquí se abren hipótesis que atraviesan tu capítulo:

• El vendedor ambulante es una bisagra social y espacial: conecta cinturón hortícola, mercados de abasto y barrios populares, pero también conecta mundos de clase distintos. Es una figura que transita del centro a la periferia, del chalet de clase media al rancho de la villa, llevando la misma mercadería pero con lógicas de precio, cantidad y crédito diferentes.

• La relación entre ambulante y cliente se inscribe en una economía moral urbana: más allá del precio, importa la confianza, la percepción de justicia ("me cobra lo que corresponde", "me fía cuando puede y cuando sabe que voy a pagar"), el cuidado mutuo en momentos de crisis.

• En los períodos de desempleo y crisis, los registros y testimonios sugieren que muchos vendedores ambulantes provienen precisamente de los sectores populares no asalariados. El ambulantaje funciona como válvula de escape del mercado de trabajo formal y, al mismo tiempo, como condición de posibilidad para que los barrios sigan accediendo a alimentos frescos.

En suma, entre las quintas del cinturón y los hogares de la ciudad, ferias y ambulantes no son un detalle pintoresco sino la infraestructura viva del abasto. Son, a la vez, economía y cultura, trabajo precario y sostén de la calidad de vida, conflicto permanente entre regulación estatal (registros, permisos, ordenanzas) y necesidades cotidianas de comer hoy, aunque el salario llegue recién mañana.

5. Algunas hipótesis para continuar pensando

Más que una conclusión cerrada, lo que sigue son líneas de lectura abiertas. Funcionan como un pequeño "laboratorio" de ideas para seguir trabajando la relación entre ciudad, cinturón hortícola, ambulantes y consumos urbanos en La Plata.

5.1. El consumo urbano de frescos como condición de posibilidad del cinturón frutihortícola

No hay quintas intensivas sin familias que incorporen frutas y verduras a su dieta cotidiana. Esa frase puede parecer obvia, pero en realidad invierte el orden habitual de la explicación: no es solamente que la producción genera consumo, sino que ciertos tipos de consumo hacen viable y rentable determinadas formas de producción.

En el caso platense, el hecho de ser **capital provincial,** con alto peso de empleados estatales, docentes, profesionales y sectores medios urbanos, genera desde temprano una demanda relativamente estable de alimentos frescos. Esa demanda desborda el abastecimiento que llega "desde lejos" –carros con frutas y verduras de otras zonas– y empuja la consolidación de quintas periurbanas organizadas específicamente para surtir a la ciudad.

La hipótesis, entonces, es doble:

• Por un lado, la **estructura social** de La Plata –su composición de clases, ocupaciones y niveles de ingreso– crea las condiciones para que el cinturón frutihortícola se consolide y se expanda.

• Por otro, esa estructura social se expresa materialmente en una **canasta de consumo "moderno",** donde las verduras y frutas dejan de ser un lujo eventual para transformarse en componentes regulares de la mesa urbana.

Dicho de otro modo: el cinturón hortícola no crece sobre un desierto alimentario, sino sobre una ciudad que, antes que productor, es consumidor exigente de frescos.

5.2. Los vendedores ambulantes como eslabón móvil entre estructura social y circuitos de abasto

Los vendedores ambulantes aparecen, a lo largo del capítulo, como figuras secundarias y, sin embargo, sostienen una parte central de la trama. Son el **eslabón móvil** que traduce la estructura social en circuitos concretos de abastecimiento.

Viven y trabajan en las fronteras: entre lo rural y lo urbano, entre el empleo formal y el autoempleo, entre la regulación municipal y la informalidad. Se autoemplean cuando el salario industrial o público no alcanza, cuando las crisis borran puestos de trabajo, cuando la migración reciente todavía no encuentra lugar en los mercados formales.

Desde ese lugar ambivalente ponen en circulación, literalmente a pie, en carro o en camioneta, la producción frutihortícola que desciende de las quintas y del Mercado (primero los mercados de abasto del casco, luego el Mercado Regional). No son meros intermediarios "innecesarios": adaptan cantidades, plazos de pago, recorridos, horarios, ajustando el circuito de la mercadería a las posibilidades reales de los hogares.

La hipótesis aquí es que el ambulante permite ver, en movimiento, la **traducción concreta de las desigualdades sociales:**

• En los barrios acomodados, completa la alacena, trae lo fresco que falta, permite comparar precios.

• En los barrios populares, se convierte en **infraestructura básica de abastecimiento,** sin la cual muchas familias no accederían a frutas y verduras, o lo harían de manera muchísimo más precaria.

En su figura se cruzan economía, territorio y moral: sus recorridos dibujan un mapa de la ciudad que no coincide con el plano oficial, sino con

las necesidades urgentes de comer, fiar y pagar después.

5.3. Cada ciclo de expansión y crisis reconfigura la geografía del consumo

La historia de La Plata entre 1882 y 1972 está marcada por ciclos de expansión y crisis: fundación y obra pública, auge portuario-industrial, peronismo, endeudamiento, inflación, represión. Cada uno de esos momentos deja huellas no sólo en el empleo o la construcción, sino también en la **geografía del consumo de frescos.**

En los períodos de auge –fundación, años 1920, peronismo, apertura del Mercado Regional– tienden a aumentar la cantidad de **puestos, ferias y vendedores ambulantes.** Se amplía la canasta de productos disponibles: aparecen nuevas variedades de frutas y verduras, se incorporan conservas, se experimenta con formas de comercialización más complejas. La ciudad parece respirar mejor: no desaparecen las desigualdades, pero hay un margen mayor para elegir.

En cambio, en las crisis –las guerras mundiales, la Gran Depresión, las turbulencias inflacionarias de los años 60 y 70– se **precarizan los vendedores,** se achican márgenes de ganancia, se abarata (y a veces se "abarata" en calidad) la verdura de estación. Los sectores populares profundizan su dependencia de los ambulantes, no porque sea una opción "tradicional", sino porque es la forma más flexible de comprar poco, fiar, ajustar día a día.

La hipótesis general es que la ciudad recompone su circuito de abasto cada vez que cambia el clima económico, pero no lo hace de manera homogénea: los mismos mercados, ferias y cinturones hortícolas **operan de forma distinta** según se trate de años de expansión o de contracción. El consumo de frescos es un termómetro más fino de la coyuntura que muchos indicadores macroeconómicos.

5.4. El cinturón frutihortícola platense como laboratorio temprano de articulación entre ciudad planificada y mercados de proximidad

Por último, el caso platense permite mirar hacia atrás cuestiones que hoy se discuten bajo etiquetas como **periurbano, soberanía alimentaria o circuitos de proximidad.** Lo que en la actualidad se presenta como novedad –huertas urbanas, mercados de productores, programas de "cercanía"– tiene, en La Plata, una genealogía centenaria.

Desde el inicio encontramos:

- **Anillos verdes previstos en el plano fundacional,** pensados para rodear al casco urbano con chacras y quintas.

- **Quintas inmigrantes** que llenan de contenido a esos anillos, primero con italianos y españoles, luego con migrantes internos y bolivianos.

- **Mercados de abasto** insertos en el corazón del damero, y luego desplazados hacia la periferia.

- **Ferias rotativas** que recorren plazas, diagonales y avenidas, ensamblando día y lugar con tipo de consumo.

- **Vendedores ambulantes regulados por el municipio desde los años 30,** inscriptos en registros, sujetos a ordenanzas, pero indispensables para el abastecimiento cotidiano.

La hipótesis que se abre aquí es que el cinturón frutihortícola platense funciona como un **laboratorio temprano** en el que se ensayan, sin nombrarlas así, formas de articulación entre una ciudad planificada al milímetro y mercados de proximidad sumamente flexibles. La planificación estatal, la iniciativa privada de los quinteros y la creatividad popular de feriantes y ambulantes producen, en conjunto, un dispositivo complejo de abastecimiento.

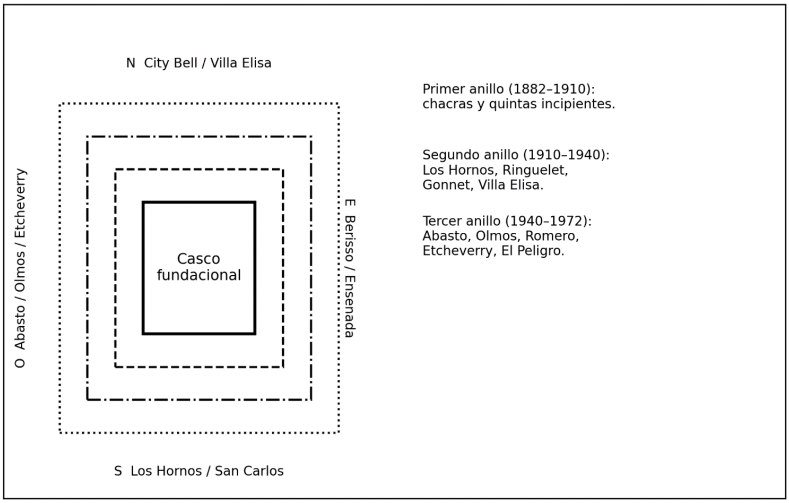
Pensar esta genealogía hacia atrás permite evitar dos trampas:

• La de imaginar la "soberanía alimentaria" como algo totalmente nuevo, desligado de las experiencias históricas de anillos verdes, mercados y ferias.

• Y la de ver al cinturón hortícola como mero "resto rural" que sobreviviría por inercia, cuando en realidad ha sido, desde el origen, una **pieza estratégica del funcionamiento urbano**, con conflictos, regulaciones y luchas muy concretas.

Estas hipótesis no cierran el tema: lo abren. Invitan a seguir conectando registros municipales, estadísticas, memorias orales y cartografías con la pregunta que atraviesa este libro: ¿cómo se reproduce, material y simbólicamente, la vida en una ciudad que se pensó perfecta en el plano y se volvió inestable, desigual y sin embargo obstinadamente viva en la práctica cotidiana?

Figura X. Cinturón frutihortícola platense
(esquema conceptual 1882–1972)



Esquema conceptual del cinturón Frutihorticola platense:

Capas:

1. Casco fundacional

   o Centro del esquema.

   o Función: ciudad-obra, nodo administrativo y de servicios, mercados de abasto en el damero.

2. Primer anillo (1882–1910)

   o Banda inmediata alrededor del casco.

   o Chacras y quintas incipientes muy cercanas a la ciudad.

o Horticultura todavía limitada; buena parte de las frutas y verduras sigue llegando de más lejos, pero ya hay experiencia de pequeñas quintas.

3. Segundo anillo (1910–1940)

o Se expande el cinturón hacia:

- Norte: Ringuelet, Gonnet, City Bell, Villa Elisa.
- Sur / sudoeste: Los Hornos, parte de San Carlos.

o Se consolida la horticultura de mercado: italianos y españoles como quinteros, aparición de variedades "platenses" (tomate, alcaucil), ferias urbanas más estables.

4. Tercer anillo (1940–1972)

o Migración y densificación del cinturón hacia el oeste y sudoeste:

- Abasto, Lisandro Olmos, Melchor Romero, Etcheverry, El Peligro.

o Quintas de pequeña superficie, trabajo familiar y migrante, orientación no sólo a La Plata sino al conurbano sur.

o 1972: creación del Mercado Regional (520 y 116) en el borde del tercer anillo, como nodo mayorista.

En los bordes del esquema aparecen nombres orientativos:

- Norte: City Bell / Villa Elisa.
- Sur: Los Hornos / San Carlos.

• Este: Berisso / Ensenada (cordón portuario-industrial, no hortícola pero clave en la ciudad-región).

• Oeste: Abasto / Olmos / Etcheverry (núcleo fuerte del cinturón desde mediados del XX).

Los mercados de abasto son, en La Plata, una ventana perfecta para ver cómo se desplazan las funciones urbanas a medida que la ciudad crece, y cómo el centro se va "limpiando" de lo popular para dejar lugar a otras centralidades (políticas, hoteleras, automovilísticas).

La trama fundacional: cuatro mercados privados en el plano de la ciudad

Desde fines del siglo XIX, casi al mismo tiempo que la fundación, el Estado provincial define en el plano fundacional los lugares autorizados para construir mercados concentradores de frutas y verduras destinados a abastecer a la nueva capital.

Según Vitalone y Delgado, retomados por Palacios, se crean cuatro mercados privados de abasto de alimentos frescos, cada uno con un radio de influencia.

• Mercado La Plata / Quinteros de La Plata

  o Ubicación: manzana entre 8 y 9 / 50 y 51.

  o En funcionamiento: 1886–1947.

• Mercado Buenos Aires / Abasto Buenos Aires

  o Ubicación: manzana entre 3 y 4 / 48 y 49, a una cuadra de la estación de tren (actual Pasaje Dardo Rocha).

- En funcionamiento: 1886–1960, demolido en 1973.

- Mercado 25 de Mayo

  - Ubicación: esquina de 16 y 51.

  - En funcionamiento: 1888–1925.

- Mercado Asta Ferrero

  - Ubicación: 6 y 63, en el borde sur del damero fundacional.

  - En funcionamiento: 1893–1910.

Palacios sintetiza así la secuencia: el mercado La Plata funciona de 1886 a 1947; el Buenos Aires de 1886 a 1960; el 25 de Mayo de 1888 a 1925; y el Asta Ferrero de 1893 a 1910.

Estos cuatro mercados son la infraestructura material que acompaña:

- la primera expansión (fundación–Primera Guerra Mundial),

- la formación temprana del cinturón frutihortícola y

- la circulación de alimentos frescos hacia los distintos grupos sociales que cartografiás en tus capítulos sobre consumo.

Cada mercado y su lugar en la ciudad

Mercado La Plata / "Quinteros de La Plata" (8 y 51)

- Inaugurado en 1886, impulsado por Domingo Ayarragaray y proyectado por el arquitecto Luis Viglioni.

• Conocido también como Mercado El Deber y Quinteros de La Plata; funcionaba como mercado de frutas, verduras y otros alimentos frescos.

• Su ubicación, a metros de la futura Legislatura, lo colocaba en el corazón del eje político-comercial del damero.

Este mercado está muy ligado a la imagen de una ciudad futura autosuficiente, donde el centro político y el aprovisionamiento cotidiano están todavía entrelazados: cerca de la Legislatura, cerca del eje 7–8, cerca de la población de mayor poder adquisitivo, pero abasteciendo a una clientela mucho más amplia.

Hacia 1947, el crecimiento de la actividad legislativa y el flujo de funcionarios y visitantes impulsa la expropiación del terreno para construir un Hotel Provincial.

Ese hotel –finalmente inaugurado alrededor de 1950–1952– se convierte en un edificio emblemático destinado a alojar legisladores y visitantes y hoy funciona como sede de los Tribunales Federales.

Es decir: el espacio de un mercado popular de abasto es reemplazado por un hotel de alta categoría ligado al poder político y, más tarde, por el edificio de la Justicia Federal. Cambia radicalmente la función social de esa manzana: de nodo alimentario y de sociabilidad cotidiana a edificio de representación del Estado.

Mercado Buenos Aires / Abasto Buenos Aires (3–4 / 48–49)

• Inaugurado también en 1886, en una manzana casi completa entre las calles 3, 4, 48 y 49, a metros de la estación del ferrocarril.

• Diseñado por el arquitecto Francisco Seguí, de dos plantas, con grandes arcos de acceso y calles internas empedradas: una verdadera

"ciudad en miniatura" donde entraban de madrugada cientos de carros tirados por caballos.

• Funcionó como principal mercado mayorista de frutas y verduras de la ciudad hasta 1960.

Con el tiempo, la planta alta dejó de usarse como espacio comercial y se transformó en conventillo, considerado el más grande de la ciudad. Las quejas vecinales por ruidos, olores y hacinamiento motivaron la ley provincial 6392 (1960) que declara el inmueble de utilidad pública y sujeta a expropiación.

En 1972 se inaugura el Mercado Regional La Plata (MRLP) en un predio de cuatro hectáreas sobre 520 y 116, a las afueras de la ciudad, para trasladar allí la operatoria mayorista.

El viejo edificio del Mercado Buenos Aires es finalmente demolido en enero de 1973 y su manzana se convierte en una playa de estacionamiento "provisoria", que cuarenta años después sigue siendo un estacionamiento en pleno centro platense, pese a numerosos proyectos no concretados.

Aquí el reemplazo no es por un edificio monumental, sino por el vaciamiento: un gran vacío asfaltado para autos donde antes había un mercado intenso, nocturno, ruidoso, popular. En tu lectura de las crisis urbanas, encaja perfecto con la ciudad que abandona el proyecto planificado y se entrega a la lógica del automóvil y la especulación.

Mercado 25 de Mayo (16 y 51)

• Fue un mercado privado de frutas y verduras ubicado en 16 y 51.

• Funcionó desde 1888 hasta 1925.

Era uno de los mercados "menores" en comparación con La Plata y Buenos Aires, pero contribuía a densificar la red de abasto hacia el sudeste del casco urbano. En torno a 1925 deja de funcionar; los datos sobre el destino específico del edificio son menos claros, pero todo indica que la manzana se integra paulatinamente a la trama de comercios, viviendas y servicios típicos del corredor de 51 y la zona media de la ciudad.

Algunos mercados no son reemplazados por grandes hitos arquitectónicos, sino absorbidos por la densificación comercial y residencial de una ciudad que crece y multiplica locales, bares, almacenes, dietéticas, centros culturales, etc.

Mercado Asta Ferrero (6 y 63)

• Ubicado en la esquina de 6 y 63, más cercano al borde sur del casco fundacional.

• Funcionó entre 1893 y 1910.

Cumplía un rol de complemento, vinculando el damero con las áreas en expansión hacia el sur y la conexión con el camino a la zona rural. Tras su cierre, también aquí la información disponible apunta a un proceso de sustitución por usos mixtos (vivienda, pequeños comercios, talleres), sin un gran edificio reemplazante único.

Del centro a la periferia: el Mercado Regional La Plata (520 y 116)

El Mercado Regional La Plata (MRLP) es la bisagra que cierra tu período (1882–1972):

• Se decide construirlo tras la expropiación del Mercado Buenos Aires, para resolver problemas de tránsito, higiene y accesibilidad en una zona central que había quedado saturada.

• Se elige un predio de cuatro hectáreas en 520 y 116, en la periferia, sobre un corredor con mejor acceso para camiones y próximo al cinturón verde frutihortícola de La Plata y la región.

• Se inaugura en noviembre de 1972 con la idea de concentrar la "primera venta" de frutas, verduras y hortalizas para La Plata y su área de influencia.

Palacios subraya que, como en otros mercados mayoristas del país, la localización periférica del MRLP responde a la necesidad de articular la producción primaria con las grandes ciudades, pero ya bajo un patrón de ciudad automovilística y metropolitana, donde el mercado mayorista pasa a ser un dispositivo infraestructural situado en el borde, y no un edificio central en el damero.

Funciones nuevas en los viejos terrenos de mercado

Si miramos en conjunto qué pasa con las manzanas donde estuvieron los mercados, se ve claramente el corrimiento de funciones:

1. Manzana del Mercado La Plata (8–9 / 50–51)

o Reemplazo por el Gran Hotel Provincial (1950–1952), pensado para alojar legisladores y visitantes, dentro del Plan de Trabajos Públicos de Mercante.

o Desde los años 80, reconversión en sede de los Tribunales Federales de La Plata; el edificio es hoy patrimonio arquitectónico y cultural.

o Función actual: representación del Estado (Poder Judicial), ligada a una centralidad más institucional que mercantil.

2. Manzana del Mercado Buenos Aires (3–4 / 48–49)

o Demolición en 1973; el lote se usa hasta hoy como playa de estacionamiento "provisoria" en pleno centro, con infinidad de proyectos frustrados para darle otro uso (centro comercial, hotel, espacio cultural).

o Función actual: infraestructura para el automóvil, síntoma de esa ciudad que, en tus términos, abandona el ideal planificado y se vuelve un invernadero de chapa y hormigón, más preocupada por guardar autos que por alojar sociabilidades.

3. Manzana del Mercado 25 de Mayo (16 y 51)

o Tras el cierre en 1925, el área se consolida como nodo comercial y cultural de escala barrial y urbana: locales, bares, espacios culturales (por ejemplo, salas teatrales en 16 y 51 a comienzos de los 2000).

o Función actual: centro de servicios y consumo minorista, pero ya no como mercado concentrador sino como tejido comercial disperso.

4. Manzana del Mercado Asta Ferrero (6 y 63)

o Cerrado en 1910, su huella es menos visible; la zona se densifica como área residencial y comercial de borde, con usos mixtos típicos de una ciudad que ya superó ampliamente su cuadrado fundacional. (Aquí la reconstrucción es más inferencial: las fuentes nombran el mercado, pero no detallan un edificio reemplazante.)

5. Nuevo predio del MRLP (520 y 116)

o Función: mercado mayorista y minorista de abasto frutihortícola para La Plata y partidos vecinos (Berisso, Ensenada, Brandsen, Magdalena, etc.), con unas 200 bocas de venta fijas y decenas de puestos en playa libre.

o Ubicación: borde urbano, próximo al cinturón hortícola y conectado a accesos regionales.

Ciclos de expansión y crisis (1882–1972)

- 1882–Interregno 1890-1895-1914: expansión fundacional.

o Se trazan y construyen los cuatro mercados privados, insertos en el damero.

o Los mercados y la venta ambulante (más de 370 vendedores recorriendo la ciudad a fines del siglo XIX) forman parte del paisaje urbano cotidiano: carros, changos, gritos, frutas frescas, olores, residuos.

o La ciudad soñada como "futura" integra producción y consumo en su propia trama.

- 1914–1930: ajustes y primeras crisis.

o Cierran Asta Ferrero (1910) y 25 de Mayo (1925), en un contexto de reacomodamiento del comercio de alimentos y consolidación de otros circuitos (Buenos Aires, ferias, etc.).

o El cinturón frutihortícola del Gran La Plata se fortalece, pero el número de grandes mercados se reduce: se concentra la operatoria en menos nodos.

- 1930–1955: Estado fuerte, obra pública, nueva centralidad política.

o Expropiación y cierre del Mercado La Plata en 1947 para construir el Gran Hotel Provincial, dentro del plan de obras del gobierno de Mercante.

o El “corazón” del mercado se reutiliza como corazón hotelero e institucional: legisladores, congresos, tribunales. Aquí podés leer una mutación de la centralidad: de abastecer comida a alojar poder.

• 1955–1972: motorización, periferia y vaciamiento del centro popular.

o Expropiación del Mercado Buenos Aires (1960) por motivos de higiene y conflictividad; su traslado a un nuevo mercado periférico (MRLP) y demolición en 1973 dejan el centro con un vacío que se llena de autos.

o Inauguración del Mercado Regional (1972) en 520 y 116, que conecta directamente el cinturón frutihortícola con un dispositivo mayorista especializado, ya fuera del damero, cercado por camiones, cargas y descargas nocturnas.

• En la primera expansión, el alimento fresco y sus mercados forman parte del corazón de la ciudad moderna.

• En las crisis y reacomodamientos, algunos mercados desaparecen y otros se transforman.

• Hacia los años 60–70, la ciudad que se expande como “invernadero urbano” expulsa al abasto mayorista hacia la periferia y deja, en el centro, hoteles para legisladores, tribunales federales y estacionamientos.

Clubes, asociaciones y cooperadoras (redes, reglas, calendarios)

La sociabilidad platense no nació de una idea abstracta de "vida cívica", sino del **uso reiterado de lugares y tiempos:** salones y canchas, bibliotecas y parroquias, plazas y teatros; domingos, carnavales, estaciones y aniversarios. Allí se trenzaron **reglas** (estatutos, cuotas, asambleas), **redes** (familiares, profesionales, barriales) y **calendarios** (escolares, religiosos, deportivos) que dieron forma a la ciudad vivida. Este apartado recorre esa trama desde la fundación hasta 1972, con una mirada de largo aliento y de abajo hacia arriba.

I. Periodización de la sociabilidad organizada

1) 1882–1905 · Fundaciones, ensayo y disciplina

- **Sociedades de inmigrantes** (italianas, españolas y otras) levantan salones y establecen **reglamentos** claros: categorías de socios, cuotas, libros de actas, tribunal de disciplina. Funcionan como **primeras "escuelas" de reunión pública** y ensayan bailes, veladas, coros, mutualidad (socorros, sepelios, préstamos).

- **Clubes "de distinción"** (sociales, náuticos, hípicos) y **sociedades de fomento** coexisten con una red de **bibliotecas populares.** El salón ordena el tiempo (tarde, noche) y la ciudad aprende la **gramática del evento**: invitación, programa, cronista.

- La crisis de **1890** corta el frenesí, pero deja hábitos: kermeses, rifas, festivales **austeros** para sostener sedes y "la casa".

2) 1905–1930 · Consolidación, barrio y calendario anual

- Se estabilizan **clubes deportivos** (fútbol, remo, gimnasia y esgrima),

asociaciones profesionales y **circuitos culturales.** El barrio gana peso: sociedades de fomento con **pedidos de obra** (alumbrado, cordón, transporte) y salones para **bailes de carnaval.**

- Nace la **rutina de temporada:** verano (verbenas, regatas, romerías), otoño-invierno (teatro, veladas), primavera (fiestas escolares, estudiantiles). La **prensa** legitima: reseña, critica, fotografía.

3) 1930–1945 · Crisis, defensiva y creatividad organizativa

- La depresión y las intervenciones políticas **reducen la inversión,** pero no apagan la sociabilidad: se multiplican **eventos de bajo costo** (romerías, loterías, bingos), **invitaciones solidarias** y **colectas** para sostener sedes, comedores y bibliotecas.

- **Regulación** más estricta de bailes y horarios; mayor presencia policial en corzos. Las asociaciones refinan **protocolos internos** (control de morosidad, comisiones pro-fondos, "libros de tesorería" más meticulosos).

4) 1945–1972 · Estado social, barrios en expansión y densificación de agendas

- La ampliación del empleo estatal y del sistema educativo/ sanitario **ensancha la base asociativa.** Crece el **club de barrio** con deporte formativo, la **cooperadora escolar** y **hospitalaria**, la **liga** (barrial, parroquial, sindical), y las **peñas** (tango y folklore).

- **Universidad** y **radios** (Universidad/Provincia) funcionan como **amplificadores:** concursos, festivales en plaza y teatro, reconocimiento público. El calendario queda densamente ocupado: escuela (marzo–diciembre), deporte (año completo), culto (patronales), cultura (ciclos y concursos).

II. Tipologías y funciones (qué hacía cada quien)

1. Sociedades de inmigrantes

Salón, mutualidad, baile, conmemoraciones nacionales, enseñanza de idioma y coro. Puente entre origen y ciudadanía local. **Reglas** claras de ingreso, cuotas y beneficios; **redes** de padrinazgo y comercio.

2. Clubes sociales y deportivos

Desde la gala y el té danzante a la **escuela de deporte** (fútbol, remo, atletismo, luego básquet, hockey). **Calendarios** de temporada, campeonatos, giras; **oficios**: entrenador, utilero, árbitro, cronista.

3. Sociedades de fomento y bibliotecas populares

Interlocución con el Estado por **obras;** aulas nocturnas, biblioteca, cine club, conferencias. Lugar de **iniciación cívica** (asamblea, comisión, libro de actas).

4. Asociaciones profesionales y de egresados

Jerarquizan oficios (médicos, abogados, docentes), sostienen **cursos, becas y publicaciones,** y tejen **interlocks** con Universidad, municipio y justicia.

5. Cooperadoras escolares y hospitalarias

Bazar, kermés, rifa, bono contribución; **infraestructura mínima** (aulas, bibliotecas, comedores, insumos). Economías **granulares** que mantienen en pie servicios cotidianos.

6. Asociaciones religiosas (parroquias, órdenes)

Patronales, misas criollas, coros y grupos juveniles. **Calendario**

ritual que ordena el año y, a menudo, comparte músicos y vecinos con clubes y peñas.

7. Peñas, centros culturales y radios

Del **café y el salón** a la **peña barrial** y al **aire:** programación estable, concursos, transmisiones y festivales. La radio **convierte práctica en audiencia;** el centro cultural convierte audiencia en pertenencia.

III. Redes: quiénes enlazaban mundos

- **Puentes socio-profesionales:** directivos y docentes universitarios que también integran comisiones de clubes, bibliotecas y ligas; comerciantes que presiden sociedades de fomento y cooperadoras; abogados que asesoran y "llevan papeles".

- **Cohortes familiares y de barrio:** apellidos que repiten cargos en distintos ámbitos (tesorería aquí, secretaría allá), **primas y cuñados** en subcomisiones, **vecinos** en rifas y festivales.

- **Género y generaciones:** mujeres en **tesorerías** y **comisiones de beneficencia,** maestras en bibliotecas y cooperadoras; juventudes en **deporte** y **centros** (estudiantiles, parroquiales, barriales).

- **Interlocks explícitos:** presencia simultánea en **Universidad–Estado–asociacionismo.** No significa "dirección oculta"; sí, **continuidad de agendas** y trasvasamientos de recursos (contactos, permisos, subsidios).

IV. Reglas: cómo se sostenía la vida asociativa

- **Estatutos:** objeto social, categorías de socies, cuotas, régimen electoral, sanciones.

- **Actas y contabilidad:** libro de actas, de caja, balance anual; control de morosidad; informes de comisión revisora.

- **Régimen de eventos:** solicitud de permiso, horarios, taquilla, impuestos municipales, contratación de orquestas/sonido.

- **Disciplina interna:** admisión, amonestación, suspensión, expulsión; figura del "socio protector".

- **Transparencia práctica:** murales, circulares, boletines; la prensa como escrutinio público (elogio y crítica).

V. Calendarios: el tiempo común

- **Cívico–escolar:** actos patrios, ferias de ciencia, colaciones, torneos inter-escolares.

- **Religioso:** patronales, Corpus, Navidad, Pascua, novenas; uso de salones y atrios.

- **Cultural:** carnaval (corso, bailes), primavera (fiestas, estudiantinas), ciclos de invierno (teatro, cine, conciertos), concursos radiales.

- **Deportivo:** domingos de liga, campeonatos, regatas, pretemporadas.

- **Beneficencia:** bazares, rifas, kermeses, festivales pro-fondos (escuela, sala, comedor).

El calendario **no es un decorado:** organiza la convivencia y **reparte prestigios** (quién invita, quién llena la sala, quién rinde cuentas).

VI. Dinámicas centro–periferia

- **Primero en los bordes:** sociedades de fomento, peñas y clubes barriales instalan prácticas (milonga, mateada, campeonato).
- **Luego en el centro:** Pasaje, plazas y teatros **institucionalizan** (permisos, programación, visibilidad).
- **Retorno al barrio:** prestigio y recursos vuelven en forma de materiales, becas, iluminación, canchas.

VII. Momentos de fricción (y cómo se resolvieron)

- **1890:** crisis económica → sociabilidad austera (rifas, bonos), mayor escrutinio a administraciones.
- **1930–33:** controles, horarios y "moral pública" → profesionalización de papeles, protocolos más estrictos.
- **1946–55:** expansión de afiliaciones y uso social del club; más recursos para cooperadoras; **tensión** con asociaciones confesionales en algunas coyunturas, pero **concurrencia** de públicos.
- **1955 y 1966:** intervenciones en Universidad y radios; **reacomodo** de agendas culturales; el barrio **amortigua** con redes propias.

VIII. Qué produjo esta sociabilidad (más allá del "buen rato")

- **Capital organizativo:** aprendimos a escribir actas, llevar caja, armar comisiones, negociar permisos, programar.
- **Estructura de oportunidades:** el club y la cooperadora como **escalera** para jóvenes (dirigencia, arbitraje, entrenamiento), mujeres (tesorería, secretaría, beneficencia), nuevos vecinos (arraigo).

- **Lenguaje compartido:** convocatoria, quorum, balance, memoria, padrón; una **ciudadanía práctica** que excede a los pleitos políticos.

- **Memoria material:** banderines, copas, libros, placas, fotografías; **un archivo difuso** que sostiene identidad barrial y legitimidad pública.

IX. Indicadores y fuentes (para el lector que quiera "ver")

- **Libros de actas** y **balances** de clubes y sociedades (continuidades, sanciones, inversiones).

- **Prensa local** (reseñas de bailes, campeonatos, bazares; polémicas y elogios).

- **Programas de radio** (concursos, festivales; grillas estables).

- **Padrones y anuarios** (cargos repetidos en distintas entidades; interlocks).

- **Fotografías y objetos** (banderines, trofeos, carnets, bonos).

- **Directorios biográficos** (p. ej., 1972) para **prosopografías** de dirigentes barriales y profesionales.

Entre 1882 y 1972, La Plata aprendió a **reunirse** con método. Las asociaciones de inmigrantes enseñaron el salón; los clubes deportivos **instituyeron el tiempo;** las sociedades de fomento **llevaron la voz** a la municipalidad; las cooperadoras **sostuvieron lo cotidiano;** las parroquias **marcaron el rito;** la universidad y las radios **amplificaron**. De esa **superposición de prácticas** nació un repertorio de **reglas, redes y calendarios** que hizo más gobernable —y más propia— la vida común. La ciudad, en suma, se fabricó también en estos papeles, patios y salones: allí donde los nombres se repiten en las actas, las rifas salvan una biblioteca y los domingos de liga organizan el año.

De la canción popular y el tango a la constelación folklórica

Itinerario platense de sociabilidades e identidades

La música en el Partido de La Plata no avanza por reemplazos, sino por superposiciones que reubican prácticas en nuevos espacios y bajo nuevas reglas. Primero se afianza la canción popular y, con ella, la domesticación urbana del tango; después se expande la escena folklórica. En cada fase, tocar–cantar–bailar arma instituciones, calendarios y oficios, y hace visible la multiplicidad de identidades que conviven en la ciudad.

I. Canción popular y tango (c. 1885–1940)

1) Canción popular: patios, ferias, comparsas

La ciudad joven aprende a cantar donde ya aprendió a vivir: ferias, romerías, patios de inquilinato, fondas y estaciones. Payadas, cielitos y estilos circulan como economía moral del ocio: se cantan favores, se negocian reputaciones, se tramitan disputas. El circo criollo aporta teatro cantado; las comparsas de carnaval (como Nación Lucamba) fijan una escena móvil que conecta barrio y centro. La autoridad regula ruidos y horarios; la costumbre encuentra resquicios y persiste.

2) De los patios a los salones: el tango se hace ciudad

El tango no llega de golpe: reorganiza lo ya conocido. Cambian los lugares (de orillas y prostíbulos a cafés, clubes y salones), los mediadores (tríos, luego orquestas) y los cuerpos (el abrazo, la coreografía). Los carnavales son la bisagra: entre corsos y academias, el baile gana respetabilidad. La regulación municipal—prohibiciones parciales, permisos, impuestos—termina dándole forma cívica a lo que antes fue sospechoso. La ciudad adopta un calendario de bailes y temporadas; surgen orquestas típicas locales; el repertorio se estabiliza.

3) Oficios, salas y tecnologías: lo común se profesionaliza

La música ordena oficios (músicos, luthiers, sonidistas), fija rutinas (ensayos, temporadas) y multiplica sedes: cafés del casco, clubes sociodeportivos, Teatro Argentino y otras salas. Con la radio emergente, los bailes dialogan con nuevas audiencias. La pedagogía del salón—horarios, entradas, etiqueta—convierte el ocio en hábito compartido. La ciudad aprende a moverse: de día expediente, de noche sociabilidad organizada.

4) Identidades en juego: inmigrantes, criollos y mezclas

Las sociedades de inmigrantes (italianas, españolas y otras) aportan salones, reglamentos y orquestas domésticas; el tango recoge esa disciplina y la proyecta. La canción criolla de ferias convive con repertorios de colectividad; hay préstamos rítmicos (milonga, candombe), cruces de clase y de barrio. La música hace visibles pertenencias múltiples: de origen, de oficio, de fe, de generación.

II. Transición y despliegue del folklore (c. 1950–1972)

5) Migraciones del norte: densidad de repertorios y bailes

Los flujos desde Santiago del Estero, Tucumán, Salta, Jujuy, Chaco, Corrientes, Misiones traen chacarera, zamba, gato, escondido, carnavalito, chamamé. En Los Hornos, Altos de San Lorenzo, Villa Elvira, Tolosa, Ringuelet se consolidan peñas y fiestas patronales donde guitarra, violín y bombo completan la tríada tocar–cantar–bailar. El folklore no sustituye al tango: lo acompaña con otros tiempos y otros acentos.

6) Clubes, bibliotecas y peñas: incubadoras del hábito

Los clubes y las bibliotecas populares convierten prácticas dispersas en programación regular: milongas, peñas, festivales, rifas. Con cuota, reglamento y calendario, se profesionalizan roles (programadores, técnicos de sonido, animadores) y se forjan trayectorias: del amateur al habitual, del habitual al referente.

7) Universidad y conservatorio: legitimación y técnica

La UNLP y el Conservatorio aportan arreglismo, lectura, archivo y radios universitarias. Conjuntos y coros universitarios (como Achalay) ensayan un folklore letrado-popular: respeto de sala sin perder raíz barrial. La radio (Universidad y Provincia) multiplica audiciones y concursos en Plaza San Martín, alimenta funciones en Teatro Argentino y Teatro Metro y convierte oyentes en público de sala.

8) Periferias que empujan al centro

La dinámica es centrípeta: las periferias abren pista (peñas, milongas barriales), el centro normaliza y amplifica (Pasaje Dardo Rocha, plazas, teatros). Meridiano V / Estación Provincial condensa el movimiento: la vieja estación se vuelve nodo de milonga, peña y big band; un intercambio que, antes que trenes, hoy mueve repertorios e identidades.

9) Parroquias y órdenes: calendario y rito compartido

Las instituciones religiosas aportan tiempo ritual (patronales, misas criollas) y espacios cubiertos para coros y conjuntos. La trama laica (club, peña, biblioteca) y la religiosa (parroquia, escuela) comparten músicos y públicos; menos antagonismo doctrinario que vecindad de prácticas.

10) Mediaciones y memoria: museo, libro, archivo

Sin mediaciones estables, la música se evapora. La Casa del Tango y los libros sobre salas y oficios culturales fijan una memoria material del espectáculo; el archivo digital de colecciones completas vuelve consultables programas, peñas, festivales y biografías. La escena se hace citabile: tiene nombres, fechas, lugares.

11) Custodios: Los casos de dos platenses que sostienen el hilo

Juan Cendoya (n. 1929), veterinario y periodista, cronista mayor de los cines y cofundador de la primera Casa del Tango como museo, devuelve materialidad a la sociabilidad del espectáculo. Roberto Collado (n. 1945), médico, exiliado y residente en Barcelona, crea el archivo digital con todos los números de Revista Folklore, restituyendo acceso a peñas, radios, conjuntos y festivales. Su trabajo convierte lo efímero en patrimonio compartido.

III. Sociabilidad e identidades: lo que la música hace visible

1. Incremento de sociabilidad.

Del patio al salón, del salón a la radio y la plaza, la música multiplica encuentros regulares: establece horarios, temporadas, oficios, y anuda confianzas. Las escenas no son decorado: son andamiaje de la vida común.

2. Multiplicidad de identidades.

Inmigrantes europeos (salones, reglamentos), migraciones norteñas (peñas, patronales), vecindad laica (club, biblioteca), rito religioso (parroquia), mundo letrado (universidad, conservatorio), circuito rioplatense (puerto, ferrocarril, discos). Las identidades no compiten: se cruzan en el mismo calendario. Un músico pasa de la peña al teatro; una familia de la patronal al festival; un barrio del club a la plaza.

3. Continuidad con cambios.

La canción popular enseña a escuchar y narrar; el tango organiza noche y técnica; el folklore masifica la escena con radios, coros y peñas. Cambian soportes y mediaciones; persiste la función: hacer visible y gobernable lo común.

IV. Guía de lectura (para reconstruir el proceso en la cabeza del lector)

- Primer paso: imagine una ciudad joven que canta en patios y ferias; el carnaval como gran aula pública.
- Segundo: vea cómo ese canto entra al salón y al club; el tango fija horarios, entradas, orquestas; la radio nace.
- Tercero: siga a las migraciones del norte; escuche guitarras, violín y bombo en peñas barriales; anote barrios y patronales.
- Cuarto: ubique la universidad y el conservatorio; coros, ensayos, arreglos; radios que llevan la plaza al aire y el aire a la sala.
- Quinto: recorra Meridiano V, Pasaje Dardo Rocha, Plaza San Martín, Teatro Argentino / Metro: periferia que empuja, centro que normaliza.
- Sexto: deténgase en los custodios (museo, libro, archivo) que vuelven a ponerlo todo a disposición.

Al final, lo que queda no es un desfile de géneros, sino una ciudad hecha de escenas: instrumentos, voces y cuerpos que, al encontrarse, inventan instituciones, reputaciones y memorias. La Plata se reconoce ahí: en la música como lengua franca de una diversidad que no se cancela, se organiza.

Universidad, radios y coros (UNLP, LR11, LS11; técnica y legitimación)

La Plata aprende muy pronto que la cultura no se sostiene sólo con entusiasmo: necesita instituciones que aporten método, técnica y reglas de legitimación. La Universidad (provincial desde 1897 y nacional desde 1905), las radios (LR11 Radio Universidad y LS11 Radio Provincia) y el movimiento coral forman el trípode que convierte prácticas dispersas en escenas estables: programan, enseñan, archivan y dan prestigio público.

I. Periodización (qué cambia en cada tramo)

1) 1897–1905 · Universidad provincial: laboratorio de formas

- Cátedras, gabinetes y ateneos ensayan conciertos de salón, veladas y conferencias musicales.
- Nace una gramática institucional (programas, invitaciones, reseñas) que luego se derrama sobre clubes y asociaciones.

2) 1905–1930 · Universidad nacional: institucionalización y extensión

- La UNLP articula coros y conjuntos estables, salas y auditorios; aparece una crítica musical en prensa universitaria y local.
- Primeros repertorios "mixtos" (académico/popular) y ciclos didácticos: la Universidad se vuelve maestra de escucha.

3) 1930–1945 · Intervenciones, recortes y resiliencia

- Intervenciones políticas y presupuestarias; prudencia programática.
- En paralelo, la radio emerge como alternativa de difusión de bajo costo y gran alcance: audiciones, conciertos desde estudios,

transmisiones de festivales.

4) 1945–1955 · Estado social, expansión y masificación

- Extensión universitaria, conjuntos corales y estudiantiles más numerosos; la radio pública (LS11) y la radio universitaria (LR11) producen concursos, festivales en Plaza San Martín y pases a Teatro Argentino/Metro.

- Se consolidan equipos técnicos (sonido, grabación, archivo) y oficios (programación, arreglismo).

5) 1955–1966 · Reacomodos y profesionalización

- Cambios de autoridades; continuidad de ciclos corales y de la extensión.

- Se fortalecen bibliotecas sonoras, archivos y publicaciones de programas; la radio estructura temporadas (otoño-invierno en sala; primavera en plazas).

6) 1966–1972 · Nuevas intervenciones, densidad de redes

- Intervenciones universitarias, pero continuidad de coros, talleres y ciclos; la radio amortigua con magazines culturales y conciertos grabados.

- El trípode UNLP–LR11–LS11 mantiene regularidad y legitimación: hay escena, aun con turbulencias.

II. Tipologías y funciones (qué hace cada actor)

1. UNLP

Técnica: arreglismo, lectura, dirección coral, registro; formación de sonidistas y operadores.

Legitimación: sala, programa, crítica, cátedra; el concierto "de extensión" como aval público.

Extensión: conciertos didácticos, ciclos barriales, apoyo a bibliotecas/escuelas.

2. LR11 Radio Universidad

Puente pedagógico: audiciones, retransmisiones de conciertos universitarios, entrevistas a directores y solistas.

Archivo vivo: grabaciones de estudio, fonoteca, series temáticas.

3. LS11 Radio Provincia

Escala masiva: concursos, festivales y magazines que conectan barrio y centro.

Escalera de visibilidad: del oyente/aficionado al escenario (plaza/teatro).

4. Coros y conjuntos

Escuela sociotécnica: afinación, lectura, ensamble, disciplina de ensayo.

Hibridación: repertorios académicos, populares y folklóricos arreglados para coro; diálogo con peñas y clubes.

III. Redes (quién enlaza mundos)

- Interlocks Universidad–Estado–asociacionismo: docentes/directores

que también integran comisiones de clubes, bibliotecas y radios.

- Cohortes estudiantiles: centros de estudiantes que organizan festivales y temporadas; tránsito de integrantes entre coro universitario, peña y sala.

- Técnicos itinerantes: operadores/sonidistas que pasan de estudio radial a teatro y viceversa, estandarizando calidad y métodos.

IV. Reglas (cómo se legitima y se programa)

- Curaduría y programación: temporadas por cuatrimestre; selección de repertorios (académico/mixto); criterios de audición.

- Protocolos técnicos: niveles de sonido, pruebas, riders mínimos, registro.

- Economía de funciones: gratuitas/de extensión, a taquilla o mixtas; convenios con municipio y asociaciones.

- Evaluación: reseñas en prensa universitaria y local; memorias de cátedra y balances de programación radial.

V. Calendarios (qué marca el tiempo común)

- Académico (marzo–diciembre): temporadas de conciertos, muestras de cátedra, festivales corales.

- Radial: grillas por estaciones; especiales de invierno en sala y primavera en plazas.

- Cívico–cultural: aniversarios, semanas de la música, actos patrios, ciclos de extensión en barrios.

- Religioso (en articulación con parroquias): misas corales, repertorios sacros en fechas señeras.

VI. Centro–periferia (cómo se conectan)

- Desde el centro: salas universitarias/auditorios y estudios de LR11/LS11 anclan calidad y prestigio.
- Hacia los barrios: extensión, móviles radiales, conciertos didácticos y festivales al aire libre descentralizan.
- Retorno: talentos barriales y peñas ingresan a circuitos universitarios/radiales; la Universidad certifica y proyecta.

VII. Momentos de fricción (y su resolución práctica)

- 1930–33: recortes e intervención → programación más austera; prioridad a formación y radio como paliativo.
- 1946–55: masificación → profesionalización de equipos técnicos; convenios con municipio para plazas y teatros.
- 1955–66: reacomodo político → continuidad coral y fortalecimiento de archivos (programas, partituras, grabaciones).
- 1966–72: nuevas intervenciones → refugio en circuitos corales, series radiales y extensión barrial.

VIII. Qué produjo este trípode (más allá del aplauso)

- Técnica compartida: dirección, arreglos, registro, operación de sonido; estándares replicables en clubes, peñas y escuelas.
- Legitimación pública: la sala y el aire como sello de calidad; crítica y programa como memoria citabile.

- Escaleras de carrera: del coro escolar al universitario; del concurso radial al teatro; del técnico asistente al operador.

- Archivo y método: programas, partituras, fonotecas; insumos para investigación y política cultural.

IX. Indicadores y fuentes (para "ver" lo dicho)

- Actas y memorias universitarias; programas impresos de conciertos; expedientes de extensión.

- Grillas y guiones de LR11 y LS11; fonotecas, listados de concursos y premiaciones.

- Partituras y cancioneros de coros y conjuntos; reseñas en prensa local/universitaria.

- Directorios biográficos (p. ej., 1972) para prosopografías de directores, programadores, técnicos y cantantes.

Entre 1897 y 1972, el trípode UNLP–LR11–LS11 convirtió a La Plata en escuela de escucha y fábrica de legitimidad. La Universidad enseñó técnica y proveyó salas; las radios hicieron público lo que antes quedaba en el aula o en el club; los coros y conjuntos amalgamaron tradición y lectura, barrio y cátedra. De esa conjunción salieron métodos, archivos y carreras que estabilizaron la vida cultural y ampliaron la ciudadanía. La ciudad, en suma, aprendió a oírse —y a reconocerse— gracias a instituciones que dieron forma, calendario y prestigio a lo que la gente ya sabía hacer: reunirse, cantar y escuchar juntos.

Peñas, parroquias y barrios (periferias que empujan al centro)

Cómo la expansión institucional acelera las prácticas y densifica la vida común

La sociabilidad no se acelera por decreto: se acelera cuando aparecen más instituciones que fijan lugar, multiplican los calendarios y bajan los costos de juntarse. En La Plata, las peñas, las parroquias y los barrios (sociedades de fomento, bibliotecas, clubes) constituyen el sistema nervioso de esa aceleración. Primero improvisan, luego repiten, después programan; del ensayo nace la frecuencia, de la frecuencia el ritmo, y del ritmo una escena que empuja desde la periferia al centro y vuelve del centro a los bordes con más fuerza.

I. Aceleradores institucionales: qué imprime velocidad

- Lugar disponible (salón, atrio, patio cubierto, estación recuperada): reduce fricción logística.
- Reglas simples (cuota, horario, permiso, repertorio): convierten el evento en hábito.
- Calendario estable (semanal/mensual/anual): genera expectativa y fideliza públicos.
- Mediaciones (radio, prensa barrial, volantes, altoparlante parroquial): amplifican alcance.
- Movilidad (ramales, bici, a pie): conecta barrios y casco sin depender del automóvil.
- Fondos granulares (rifa, bono, kermés): financian continuidad sin esperar mecenas.

Estos seis factores, multiplicados por más sedes, aceleran la circulación de gente, repertorios y reputaciones.

II. Periodización breve de la aceleración

1) 1882–1905 · Ensayo con reglas nacientes

Parroquias nuevas y sociedades de inmigrantes prestan salones; asoman pequeñas peñas (música de mesa, baile de colectividad) y romerías. El barrio aprende a convocar y a "sacar papeles" en el municipio. Ritmo todavía esporádico, pero ya recurrente (patronales, carnavales).

2) 1905–1930 · Calendarios en red

Sociedades de fomento y bibliotecas popularizan la reunión periódica; las parroquias fijan ciclos rituales (novenas, Corpus, patronales). Surgen peñas de temporada en Tolosa, Ringuelet, Los Hornos, San Lorenzo, Villa Elvira. El centro toma nota: plazas y salas empiezan a absorber lo que crece en los bordes.

3) 1930–1945 · Austeridad creativa, velocidad sostenida

La crisis recorta recursos pero no la frecuencia: proliferan bailes modestos, bingos, veladas y funciones pro-fondos. La parroquia aporta cobertura material (salones) y tiempo ritual, la sociedad de fomento aporta gestión. Se consolida la matriz sabatina (sábado a la noche) y el domingo largo (misa–almuerzo–tarde de club).

4) 1945–1972 · Densificación y retorno al centro

Con el Estado social, más escuelas y más parroquias, más clubes y bibliotecas. Aparecen peñas estables (semanales/quincenales) y fiestas grandes que pasan del barrio al Pasaje Dardo Rocha, Plaza San Martín, Teatro Argentino/Metro. Las radios integran la grilla: anuncian, transmiten, legitiman. Resultado: una malla densa de eventos que acelera la circulación de públicos y repertorios.

III. Tipologías (qué hace cada uno y cómo acelera)

- Peñas (barriales, sindicales, universitarias)

- Función: ensayo abierto, baile, micrófono para nóveles, recaudación chica.

- Aceleración: frecuencia (semanal/quincenal), cadenas barrio→plaza→sala; músicos "bisagra" entre géneros (tango/folklore).

- Efecto: convierte aficionados en habitués, habitués en referentes.

Parroquias y órdenes

- Función: calendario ritual (patronales, misas criollas), coros, uso de salones.

- Aceleración: tiempo fijo (fiesta anual, novenas), mezcla de públicos (familia, juventud, coro).

- Efecto: continuidad anual + resguardo edilicio para días de lluvia/crisis.

Barrios (sociedades de fomento, bibliotecas, clubes)

- Función: salón, gestión de permisos, kermeses, cine club, deporte formativo.

- Aceleración: capilaridad (muchas sedes chicas), logística sencilla, financiamiento por rifa/bono.

- Efecto: mantiene ritmo aun con pocos recursos; produce oficios (animador, sonidista, programador).

IV. Redes que enlazan mundos

- Promotores naturales: maestras/os, sacristanas/os, ferroviarios, comerciantes.

- Mujeres: tesorerías de peñas y comisiones de beneficencia; sostén financiero y organizativo.

- Juventudes: centros juveniles parroquiales, grupos estudiantiles; modernizan repertorios y gráfica.

- Interlocks: dirigentes que unifican parroquia–club–radio o fomento–biblioteca–peña; el barrio entra en la grilla del centro "por persona".

V. Reglas que crean hábito (y evitan el apagón)

- Permisos y horarios (municipio), liturgia (rito), seguridad (policía local): previsibilidad.

- Economía simple: taquilla baja, bono contribución, buffet.

- Programación: artista local + invitado; número de baile + cierre coral; mezcla intergeneracional.

- Rendición: actas, balances, pizarrones; reputación del organizador = garantía.

VI. Calendarios que marcan el pulso

- Semanal: miércoles/viernes de coro, sábado de peña, domingo de club/parroquia.

- Mensual: romería/bingo, festival de barrio, procesión.

- Anual: carnaval (milonga, comparsa), patronales, primavera (estudiantina), aniversarios de barrio/ciudad.

- Articulación con radios: anuncio → cobertura → "pase" a plaza/teatro → retorno a la peña con más público.

VII. Centro–periferia: la vía rápida

- Innovación en los bordes: una peña en Ringuelet prueba formato (música–baile–rifa).
- Adopción central: Pasaje/Plaza lo toma, estandariza sonido y grilla, lo pone "en calendario".
- Retorno potenciado: el barrio recibe más público, mejores equipos, prestigio; nuevas peñas imitan el formato. Resultado: un circuito corto que reduce tiempos de prueba y multiplica la velocidad de difusión.

VIII. Momentos de fricción (y por qué no frenaron el ritmo)

- Crisis 1930–33: menos dinero, más frecuencia modesta; el salón parroquial evita suspensiones.
- Regulaciones morales: horarios y bailes "permitidos"; las peñas ajustan formato sin disolverse.
- Intervenciones 1955/1966: radios y universidad se reacomodan; el barrio amortigua manteniendo ciclo básico (peña–patronal–club).

IX. Qué produjo esta aceleración

- Densidad relacional: vecinos que se ven cada semana; confianzas que viajan de una sede a otra.
- Trayectorias: del público a la comisión, de la comisión a la programación del centro.
- Capacidades técnicas: sonido básico, iluminación, cartelera, cronograma.

- Pluralidad identitaria: inmigrantes europeos (salón/reglamento), migraciones norteñas (peña/patronal), tramas laicas y religiosas en convivencia práctica.

- Mapa vivo: Meridiano V/Estación Provincial como emblema del borde que empuja; Los Hornos, San Lorenzo, Villa Elvira, Tolosa y Ringuelet como usinas del ciclo.

X. Indicadores y fuentes para "ver" la aceleración

- Libros de actas de peñas, fomento, cooperadoras; balances de eventos.

- Programas de patronales, volantes, afiches; permisos municipales (fecha, horario, rubros).

- Grillas radiales (anuncios y coberturas), crónicas en prensa local y parroquial.

- Objetos (bonos, rifas, banderines), fotos de salones y atrios.

- Directorios biográficos (1972) para prosopografías de organizadores/maestras/sacerdotes/sonidistas.

Entre 1882 y 1972, cuantas más sedes hubo, más rápido circuló la vida común. Las peñas fijaron la semana; las parroquias, el año; los barrios, la capilaridad. El centro tomó ese pulso y lo devolvió amplificado. Así, la ciudad aprendió no sólo a reunirse, sino a reunirse más seguido y mejor: con reglas claras, calendarios llenos y mediaciones que hicieron visible lo que antes era frágil. Esa aceleración—hecha de patios, atrios y salones—explica tanto la persistencia de las prácticas como su capacidad de incorporar diferencias: allí se reconocieron los que venían de lejos y los que ya estaban, y allí se volvió posible una música que, al mismo tiempo, convoca, ordena y mezcla.

PARTE IV

Cartografía de la bruma: Quién es quién, trayectorias institucionales y escalas de gobierno en la ciudad (1914–1972).

Del anecdotario a la estructura

Este capítulo propone un modo de volver legible la dinámica social platense entre 1914 y 1972 usando el libro "Quién es quién en La Plata" (1972) como bisagra entre biografías e historia social. El punto de partida es metodológico: transformar un repertorio de "notables" en evidencia comparativa sobre trayectorias, redes, espacios y jerarquías. Para ello, se integra la caja de herramientas de la prosopografía con estudios sobre élites y clases medias-altas, análisis de redes de poder, enfoques espaciales/urbanos y claves culturales. La pregunta que guía el recorrido es sencilla y ambiciosa a la vez: ¿cómo se construye –y se reconfigura– una sociedad local a través de instituciones, títulos, asociaciones, domicilios y reputaciones?

1) La fuente y el oficio: cómo leer un "quién es quién"

Los directorios biográficos locales no son "la sociedad", sino una ventana estratificada sobre quienes alcanzaron visibilidad. La tradición prosopográfica enseña a definir universos, variables y cortes temporales; Y el

paso decisivo es colectivizar las biografías: convertir entradas individuales en matrices analizables (educación, oficio, cargos, asociaciones, publicaciones, dirección). La bibliografía metodológica específica sobre Who's Who —por ejemplo, evaluaciones de cobertura y sesgo— aconseja triangular: cotejar lo que el directorio declara con anuarios universitarios, prensa, archivos municipales/provinciales, registros de colegios profesionales y directorios empresariales. La Regla de lectura que hemos seguido es tratar al "Quién es quién..." como censo de reputaciones, una fotografía recortada de la sociedad platense hacia 1972, y como pista para reconstruir hacia atrás (1914 en adelante) y hacia delante (hasta comienzos de la década de 1970) carreras y redes.

Lo que esta lente permite ver no es un inventario de nombres, sino el mecanismo íntimo de la ciudad en movimiento. Aparecen primero los cauces de estatus: de las escuelas y liceos a la UNLP; de allí a los cargos en la justicia, la administración o la empresa; y luego a las cofradías discretas de pertenencia —colegios profesionales, clubes, asociaciones— donde el prestigio se reconoce, se negocia y se renueva. Sobre esa corriente se distinguen fracciones que no son meras etiquetas, sino posiciones en un campo de fuerzas: la jurídico-estatal que ordena y legitima; la académico-científica que certifica y define saberes; la empresaria-comercial que financia y articula intereses; la cultural-mediática que narra y consagra; y la eclesiástica que preserva y moraliza.[53] Todo ello se inscribe en geografías de la distinción: barrios y ejes residenciales, sedes de estudio y de trabajo,

53 Aquí dialogan dos tradiciones: Bourdieu nos da la gramática del campo (combinaciones de capital escolar, social, económico y simbólico que posicionan a los actores), mientras Denord, Lagneau-Ymonet y Thine muestran cómo se mapea empíricamente ese campo del poder, distinguiendo fracciones y sus equivalencias. Juntas permiten leer tus "jurídico-estatal/ académico-científica/ empresaria-comercial/ cultural-mediática/ eclesiástica" como posiciones relacionales, no etiquetas sustantivas. Ver: Pierre Bourdieu, citado. Frédéric Denord, Paul Lagneau-Ymonet y Sylvain Thine, Le champ du pouvoir en France (Paris: Presses de Sciences Po, 2011).

corredores de sociabilidad donde las trayectorias se cruzan y sedimentan.[54] Y, por debajo, como un sismógrafo paciente, laten los cambios de composición por cohorte y por género: entradas tardías, techos que se fisuran, generaciones que desplazan los criterios de mérito y pertenencia.[55] Así, la ciudad deja de ser un mapa estático y se vuelve una gramática: sujetos, lugares y reglas que se reescriben a cada década.

2) Trayectorias y reproducción: lo que enseñan los estudios sobre élites y clases medias-altas

Los repertorios biográficos (tipo Who's Who o Quién es quién) son listados de personas consideradas "notables" en una ciudad o país. No retratan a "toda la sociedad", sino a quienes alcanzan visibilidad y reconocimiento en un momento dado. Precisamente por eso sirven para estudiar cómo se ingresa a los espacios de prestigio, qué trayectorias se vuelven posibles y dónde se tejen las redes que sostienen posiciones de poder.

En esa clave, la sociología del poder en Estados Unidos mostró que, si uno ordena con paciencia la información de estos repertorios, aparecen rutas de acceso bastante regulares: escuelas de élite → universidades de referencia → primeros cargos en el Estado o en empresas → ingreso a clubes

54 Zukin recuerda que la economía simbólica de la ciudad convierte el gusto y la reputación en traza urbana: centralidades, corredores, bordes. Esta lectura conversa con Bourdieu (el gusto como capital simbólico) pero lo aterriza en planos y direcciones: domicilios, sedes profesionales y circuitos de sociabilidad como espacialización de la distinción.

55 Para operacionalizar este "sismógrafo" conviene mirar cohortes y probabilidades de acceso/ascenso. En comparación internacional, Friedman y Reeves miden el "techo de clase" en élites profesionales; en el caso platense, Laura Graciela Rodríguez muestra cómo el Quién es quién visibiliza e invisibiliza trayectorias femeninas, con estrategias de títulos dobles, gestión cultural y pasarelas universidad-Estado. En conjunto, ambas miradas ayudan a traducir "entradas tardías" y "techos que se fisuran" en indicadores observables. Ver: Sam Friedman y Aaron Reeves, "From Aristocratic to Ordinary? The British Elite, 1897–2016," American Sociological Review 85, n.º 2 (2020): 338–381. Laura Graciela Rodríguez, "Normalismo y mujeres: Las maestras en el Quién es Quién en La Plata (1972): Trayectorias de una élite intelectual y profesional," Trabajos y Comunicaciones 50 (2019): e092

y colegios profesionales. También aparece algo decisivo: la superposición entre Estado, academia y negocios; es decir, la misma persona puede ocupar sillones en más de un mundo a la vez (un asesor ministerial que es profesor universitario y a la vez director de una empresa mixta).[56] El trabajo con el Social Register de Filadelfia, añadió otro matiz: esas rutas no son solo mérito individual; están entramadas con la notabilidad familiar (apellidos, legados, padrinazgos) y con redes cívicas que "nacionalizan" lo que nace local (un club urbano que conecta con asociaciones de alcance nacional).[57]

Si cambiamos de país, el Vertical Mosaic de Porter, en Canadá, enseña a mirar lo que suele quedar en sombra: el cruce entre clase, etnicidad y poder en ciudades atravesadas por migraciones.[58] Su consejo práctico —muy transferible— es observar credenciales (títulos y escuelas), nodos cívicos (asociaciones, clubes, iglesias, colegios profesionales) y segmentaciones ocupacionales (qué profesiones concentran prestigio, cuáles quedan periféricas). Más cerca en el tiempo, el trabajo de Friedman y Reeves con series largas del Who's Who británico permitió cuantificar el "peso del origen social" en carreras de élite y describir el techo de clase: barreras

56 G. William Domhoff sistematiza el "pipeline" de la élite: de la formación exclusiva (escuelas y universidades de referencia) a los primeros cargos (públicos o corporativos) y, luego, a los espacios de consagración (clubes, boards, colegios profesionales). Su aporte clave es mostrar la arquitectura institucional que permite la superposición de posiciones (Estado–universidad–empresa) sin que ello parezca excepcional: es la norma que produce y legitima poder relacional.

57 E. Digby Baltzell baja el zoom sobre la sociabilidad selectiva de la alta sociedad: el Social Register actúa como dispositivo de cierre (apellidos, rituales, padrinazgos), pero también como trampolín de escala: lo local se nacionaliza mediante redes cívicas que conectan clubes, temporadas y directorios. En diálogo con Domhoff, sugiere que el mérito circula encuadrado por linajes y ritos de pertenencia.

58 John Porter propone que la ciudad moderna se entienda como un mosaico vertical: grupos de origen diverso (étnico, religioso, nacional) insertos en estratos que no sólo difieren por ingresos, sino por acceso a credenciales, densidad asociativa y posiciones ocupacionales. Para el lector: no se trata de "etiquetar comunidades", sino de operacionalizar variables observables —títulos y escuelas; pertenencias a iglesias, clubes y asociaciones; jerarquías profesionales— y ver cómo se combinan con movilidad y cierres en cada período local.

sutiles que frenan a profesionales muy calificados cuando su procedencia familiar no encaja con los códigos dominantes.[59]

Ahora bien, no se trata de importar teorías como si fueran moldes. Estas investigaciones nos facilitan una caja de herramientas, no un catecismo. En este caso serán utilizadas heurísticamente para abrir preguntas sobre la urbe, no como respuestas anticipadas. ¿Por qué? Porque toda teoría nace de contextos históricos e institucionales específicos. Filadelfia no es la ciudad universitaria; el Who's Who británico no es el "Quién es quién en La Plata"; las iglesias, las escuelas, los clubes y los ministerios no cumplen idénticas funciones ni tienen la misma densidad en cada lugar y época.

Para transferir sin violencia conceptos ajenos al caso platense, propongo un protocolo sencillo que ordena las escalas de reflexión y de búsqueda en un solo movimiento: partir de la analogía institucional, preguntando si en la capital bonaerense existen equivalentes funcionales a los que Domhoff o Baltzell describen—y aquí asoman, con nitidez, la UNLP como fábrica de credenciales, los colegios profesionales como umbral de legitimación, y los clubes (Rotary, Jockey, Club Universitario) como nodos de sociabilidad que dialogan con la administración municipal y provincial como escalones de carrera—; seguir con la densidad y calidad de los datos, verificando si el Quién es quién platense consigna con suficiente detalle títulos, cargos y pertenencias y, cuando no lo hace, completarlo sin vacilaciones con anuarios de la UNLP, prensa, boletines municipales y archivos; ajustar luego la escala del análisis—local, provincial o nacional—porque el pasaje de una a otra modifica el sentido de cada credencial y de cada vínculo; y, por último, situar todo en la temporalidad precisa del período 1914–1972, atendiendo

59 Sam Friedman y Aaron Reeves muestran, con más de un siglo de Who's Who británico, que incluso dentro de las élites profesionales persisten penalidades de origen: el llamado class ceiling mide cuánto "pesa" el trasfondo social sobre la probabilidad de alcanzar posiciones de mayor estatus (direcciones, cátedras, grandes foros). Su aporte es un método (series largas + indicadores comparables) que se puede traducir a La Plata con cortes generacionales y proxies de origen (tipo de escuela, primer empleo, redes cívicas) para estimar umbrales de acceso y tiempos de ascenso.

a los cortes 1916–1930, 1930–1943, 1943–1955 y 1955–1972, en los que se reordenan carreras e instituciones, de modo que ningún patrón se lea como línea recta sino como serie de configuraciones sucesivas.

Con esas precauciones, el itinerario propuesto puede ser claro y sin tecnicismos innecesarios. Primero, seguir el camino que recorren muchas biografías: escuela secundaria (colegios nacionales, liceos, normales) → UNLP (Derecho, Medicina, Ingeniería, Arquitectura, Humanidades) → primeros cargos (juzgados, ministerios provinciales, municipalidad, empresas de servicios y obra pública) → membresías (colegios profesionales, clubes, asociaciones culturales). Segundo, mirar dónde se cruzan esos caminos: oficinas públicas, facultades, salas de directorio, comisiones de beneficencia, ateneos literarios. Tercero, mapear la ciudad: domicilios y sedes dibujan geografías de la distinción (barrios, diagonales, el eje hacia Tolosa–Ringuelet–Gonnet–City Bell–Villa Elisa). Cuarto, preguntarse por quiénes llegan y cuándo: aquí entran cohortes (generaciones) y género: hay entradas tardías de mujeres, hay profesiones que abren y otras que clausuran, hay apellidos que pesan más en ciertos períodos.

Para el lector especializado, este recorrido también es una invitación a la prudencia conceptual. Cuando hable de "techo de clase", lo haré operacionalizándolo: no como metáfora inspiradora, sino como diferencias observables en probabilidades de alcanzar ciertos cargos o membresías, controlando por títulos y desempeño. Cuando use "nodos cívicos", los reconstruiré empíricamente (quiénes están, cuántas co-pertenencias hay, qué instituciones conectan sectores distintos). Y cuando afirme que hay "superposición" entre Estado, universidad y empresa, lo probaré con una matriz de coafiliaciones y no con impresiones.

En síntesis, la teoría no impondrá un molde sobre los datos: el objetivo no es probar una receta, sino captar, con sus matices, los desplazamientos y reacomodos de la sociedad. Elijo una ecología de conceptos que me permite

ver muchas cosas a la vez y, si hace falta, soltar lo que no encaja. Así, la ciudad puede dialogar con Filadelfia, Londres o Toronto sin convertirse en su copia. Y el Quién es quién platense deja de ser un catálogo elegante para volverse lo que es cuando se lo trabaja con cuidado: un mapa en capas de rutas, posiciones, lugares y tiempos, donde cada pieza sólo tiene sentido en relación con las otras.

Con este protocolo en mano, la urbe platense entre 1914 y 1972 deja ver un itinerario reconocible que, sin ser destino, organiza las posibilidades: desde las escuelas normales, los colegios nacionales y los liceos se ingresa a la UNLP —Derecho, Medicina, Ingeniería, Arquitectura, Humanidades—; de allí se salta a la judicatura, a la administración provincial y municipal o a la empresa local; y la consagración, más silenciosa pero eficaz, llega en forma de colegios profesionales y clubes —Rotary, Jockey, Club Universitario— donde se sellan pertenencias y se negocian prestigios. Ese cauce no fluye siempre con igual caudal: hay cohortes de apertura cuando la universidad y el Estado se expanden y demandan nuevos cuadros; y hay momentos de cierre en los que las asociaciones filtran con mayor celo y los apellidos pesan, reinstalando fronteras. Mirado con lupa, el movimiento exhibe asimetrías: mujeres que entran por puertas laterales y empujan techos que ceden de a poco; profesionales de origen interprovincial o de inmigración europea tardía que deben aprender códigos de sociabilidad para no quedar varados en la antesala. También se juega la escala: algunos nombres ascienden de la notabilidad local al reconocimiento provincial o nacional, traduciendo capitales en otras lenguas institucionales; otros, en cambio, quedan encapsulados en circuitos estrictamente municipales donde la reputación es densa pero no viaja. Lo interesante no es fijar un patrón único, sino reconocer cómo estas rutas, umbrales y traducciones se reacomodan con cada coyuntura, haciendo de la ciudad un sistema vivo de accesos, credenciales y vínculos que cambia de forma sin perder su trama.

3) Redes y "núcleo de poder": del listado a la estructura relacional

El programa escandinavo sobre élites propone identificar un núcleo (core) a partir de co-membresías y cargos compartidos entre sectores.[60] La experiencia suiza (OBELIS) añade técnicas de análisis de correspondencias múltiples (MCA) y secuencias de carrera para mapear el campo del poder y sus fracciones.[61] La escuela francesa insiste en leer posiciones antes que individuos aislados: lo decisivo es dónde se ubican (cruce de capital escolar, capital institucional, capital económico y capital simbólico) y cómo se conectan.[62]

Es así como programa escandinavo sobre élites nos sugiere empezar por una imagen sencilla y poderosa: si colocamos a cada persona en un mapa donde los puntos son instituciones y los trazos son pertenencias compartidas, emerge un núcleo que late con más fuerza que el resto. No es un círculo cerrado por decreto, sino un lugar de coincidencias persistentes: directorios de empresas, cátedras, cargos en la administración, comisiones de clubes. La lección suiza afina esta intuición con instrumentos: cuando ese mapa se traduce en análisis de correspondencias múltiples y en secuencias

60 En el programa danés, co-membresías, k-cores y medidas de centralidad permiten aislar un núcleo intersectorial que articula Estado, empresa y academia. La clave es que el "core" no es un club nominal, sino un efecto relacional de coincidencias persistentes. Ver: Christoph Houman Ellersgaard y Anton Grau Larsen, Magteliten: Hvordan 423 danskere styrer landet (Copenhague: Politikens Forlag, 2015).

61 OBELIS (Suiza) combina bases biográficas longitudinales con MCA para ubicar fracciones del campo de poder y técnicas de análisis secuencial para seguir carreras (entradas, ascensos, salidas). En diálogo con lo escandinavo: el núcleo que detectamos por redes se interpreta mejor cuando miramos trayectorias y convertibilidad de capitales a lo largo del tiempo. Ver: OBELIS – Observatoire des élites suisses, Universidad de Lausana/IEPHI (Lausana/Ginebra, s. f.), proyectos y bases de datos sobre élites suizas.

62 La tradición francesa (Denord, Lagneau-Ymonet, Thine) operacionaliza la noción bourdieusiana de campo: las posiciones se definen por combinaciones de capital (escolar, institucional, económico, simbólico) y por su relación con otras. Así, "jurídico-estatal", "académico-científica" o "empresaria-comercial" no son etiquetas sustantivas, sino lugares relacionales cuyo sentido depende de sus vínculos y de su convertibilidad. Ver: Frédéric Denord, Paul Lagneau-Ymonet y Sylvain Thine, Le champ du pouvoir en France (París: Presses de Sciences Po, 2011); Pierre Bourdieu, La distinción: Criterio(s) y bases sociales del gusto (Madrid: Taurus, 2012 [1979]).

de carrera, el dibujo deja de ser estático y muestra trayectorias: entradas, ascensos, bifurcaciones, salidas. La escuela francesa, por su parte, baja un ancla conceptual: más que individuos "importantes", lo decisivo son las posiciones que ocupan en el campo del poder, posiciones definidas por combinaciones de capital escolar, institucional, económico y simbólico, y por la capacidad de conectarlos. En otras palabras: quién es alguien depende de dónde está y de con quién se enlaza en cada coyuntura.

Trasladado a la ciudad planificada, entre 1914 y 1972, este enfoque se vuelve una pregunta práctica: ¿qué red de co-afiliaciones dibuja la ciudad si cruzamos, para cada nombre del Quién es quién, sus vínculos con la UNLP, los colegios profesionales, la Municipalidad, los ministerios provinciales, las empresas de servicios y obra pública, los clubes (Rotary, Jockey, Club Universitario) y las órdenes/ONG culturales (museos, ateneos, sociedades de beneficencia, asociaciones artísticas y científicas)? Al proyectar esa red (personas×instituciones) y observar sus k-cores o sus componentes principales, aparece un núcleo intersectorial: un conjunto de posiciones que concentran co-pertenencias y, con ellas, capacidad de coordinación entre mundos que solemos pensar por separado (universidad, Estado, empresa, sociabilidad). ¿Quiénes llegan ahí y por qué rutas? ¿Quiénes rozan el borde y quiénes quedan deliberadamente afuera? Estas preguntas obligan a medir intensidades (no toda membresía pesa igual), duraciones (no todo cargo dura lo mismo) y sincronías (no todo coincide en el tiempo).

En ese mapa, la UNLP y la Administración Provincial/Municipal se insinúan como articuladores constantes, pero nunca exclusivos. La UNLP fabrica credenciales y confiere autoridad; la administración abre pasillos donde esas credenciales se traducen en carrera; los colegios profesionales dan umbrales de legitimación y arenas de disputa; los clubes proveen el lenguaje fino de la sociabilidad; las empresas de obra pública/servicios introducen recursos, contratos, ritmos propios. Entre esos polos corren pasarelas: profesores que asesoran ministerios; funcionarios que dictan cátedra; ingenieros que alternan

proyectos públicos y privados; médicos con clínica, cátedra y sociedad científica; abogados que combinan estudio, juzgado y comisión directiva. ¿Qué tan anchas son esas pasarelas en cada período? ¿Quiénes las custodian? ¿Qué credenciales se exigen para cruzarlas y cuáles sobran?

El tiempo, aquí, no es decorado: 1914–1930 perfila la consolidación laica y cívica de la ciudad-proyecto, donde la universidad organiza jerarquías y las asociaciones estabilizan un repertorio de honores. En el arranque del período, la capital respira todavía bajo la estela de la Belle Époque porteña: un repertorio de sociabilidades, ritos y protocolos que performan distinción y fijan fronteras de pertenencia —salones, clubes, temporadas, lenguajes del consumo— y que proveen una gramática de legitimación para quienes buscan visibilidad. Ese patrón no se copia sin más: se traduce en clave platense —con la UNLP como fábrica de credenciales, los colegios profesionales como umbral de legitimidad y los clubes locales como escena de reconocimiento— y convive con una élite más "de servicio", especialista en articular universidad, administración y obras, menos patrimonialista que su modelo metropolitano. Aun cuando, avanzado el siglo, se desgasten o transformen algunos de esos códigos, la huella sigue operando como telón de fondo que condiciona los pipelines locales (escuela–universidad–Estado/mercado–asociaciones) y los modos de "ser alguien" en la ciudad. El periodo 1930–1955 introduce inflecciones políticas y una expansión estatal que reordena prioridades, acelera carreras administrativas y amplía la demanda de profesionales: se abren puertas y se reescriben protocolos de acceso. Luego, 1955–1972 trae diversificación profesional (nuevas especialidades, técnicas y oficios) y nuevos polos residenciales/educativos hacia el norte del partido: cambian los corredores de prestigio, aparecen otros ritmos de sociabilidad, se mueven fronteras entre lo público y lo privado. ¿El núcleo cambia de nombres o de reglas? ¿Se reconfiguran las fracciones del campo —jurídico-estatal, académico-científica, empresaria-comercial, cultural-mediática, eclesiástica— o sólo permutan sus equivalencias?

Para no extraviar matices, el trabajo exige decisiones visibles. Ponderar vínculos por tiempo de superposición (un año en una comisión no equivale a una década en una cátedra). Diferenciar membresías activas de las honorarias (no todo título implica inversión de tiempo y relaciones). Desambiguar homónimos y estandarizar instituciones (la misma entidad puede cambiar de nombre sin cambiar de función). Registrar lagunas: hay mundos —sobre todo femeninos, culturales y de beneficencia— con menor huella documental, lo que obliga a triangulación y cautela. Y aceptar que las redes son dinámicas: una foto de 1972 sólo cobra sentido si la comparamos con cortes previos y vemos si un enlace fue bisagra, tránsito o residuo.

El análisis relacional se enriquece cuando lo colocamos junto a dos pantallas complementarias. La primera es la secuencial: reconstruir historias de vida ocupacionales permite ver si el paso por la UNLP precede —y cuánto— a la entrada en la administración, si los colegios profesionales actúan como pasos obligados o como sellos posteriores, si los clubes consagran o habilitan. La segunda es la posicional: el MCA ordena personas e instituciones en ejes legibles (por ejemplo, académico-científico ↔ económico-empresarial en un eje; estatal ↔ privado en otro; cultural-mediático ↔ técnico-profesional en un tercero), de modo que podamos ubicar fracciones y zonas mixtas donde se cuecen los pactos. ¿Dónde se acumulan las mujeres que irrumpen? ¿En qué cuadrante prosperan los recién llegados de otras provincias o de la inmigración europea tardía? ¿Qué trayectorias desafían el sentido común y, sin embargo, explican mejor una coyuntura?

Al final, el objetivo no es exhibir un organigrama perfecto, sino aprender a leer movimiento: detectar quién conecta sectores que normalmente no conversan; cuándo se espesa la trama y dónde se afloja; qué instituciones pierden centralidad y cuáles la ganan; qué credenciales valen más en cada umbral. Un núcleo no es una nobleza eterna: es un efecto de acumulación que se sostiene mientras persisten las condiciones que lo alimentan. La urbe, mirada así, no es un catálogo de apellidos, sino una ecología de posiciones

que se reconfiguran con cada ciclo. Y el Quién es quién, tratado con paciencia y método, deja de ser un índice para convertirse en documento vivo: una forma de ver cómo una ciudad piensa su mérito, certifica su autoridad, reparte sus honores y teje, una y otra vez, el puente entre saber, gobierno, empresa y cultura.

4) Cultura urbana, espacio y distinción

La literatura urbana enseña a leer el entretejido entre economía simbólica, consumo y fracciones acomodadas. Bourdieu permite traducirlo en capitales y gusto: escuelas, títulos, profesiones y membresías sedimentan distinciones que también se espacializan. En la ciudad universitaria –ciudad de instituciones por diseño– esta combinación es particularmente fértil.

La capital bonaerense se piensa —y se hace pensar— como ciudad cultural: una traza racional que alberga escuelas, bibliotecas, museos, cátedras y ateneos; una "ciudad de instituciones" donde el prestigio se fabrica con títulos, oficios y membresías. Pero esa autodefinición convive con una tensión estructural: la cercanía de Buenos Aires, antigua capital y puerto hegemónico, que todo lo atrae con su economía de escala y su mercado simbólico. Habitar la capital provincial, entre 1914 y 1972, es a menudo habitar dos órbitas a la vez: la órbita íntima de una república universitaria y cívica, y la órbita gravitatoria de una metrópolis portuaria que premia otras visibilidades y otros ritmos.

Si uno geocodifica —aunque sea mentalmente— los domicilios y las sedes profesionales, aparece un mapa de la distinción que corre como una corriente subterránea: el casco y sus diagonales como corredor de prestigio; las franjas mixtas donde residencia y trabajo se abrazan (consultorios, estudios, escritorios que comparten la misma cuadra); y el eje hacia el norte metropolitano —Tolosa, Ringuelet, Gonnet, City Bell, Villa Elisa— que, de a poco, va concentrando capas de capital escolar y profesional. ¿Quiénes se

mudan primero hacia esos bordes "verdes"? ¿Con qué credenciales se compra esa distancia? ¿Qué se gana en quietud y qué se pierde en exposición cuando el centro deja de ser domicilio y queda solo como escenario de trabajo?

El circuito cultural acentúa esta lógica. La Biblioteca, el Museo, el Observatorio, el Teatro, las sociedades artísticas y científicas, las comisiones de beneficencia, la prensa local y los clubes —Rotary, Jockey, Club Universitario— funcionan como nodos de capital simbólico: allí se narran trayectorias, se consagran reputaciones, se tejen lealtades. La superposición con colegios profesionales densifica el tejido: un abogado o un médico no es solo su título, sino su capacidad de circular entre aula, foro, consejo, comisión y salón. Y, sin embargo, la pregunta vuelve: ¿qué parte de este capital se queda y cuál migrará —cada mañana, cada semana— hacia Buenos Aires? ¿Cuántas carreras se hacen "a caballo" entre ambos mundos? ¿Cuánta legitimidad se reconoce primero en la otra orilla y recién después retorna, ya pulida, a la ciudad universitaria?

Desde los años 40 y 50, un cambio de gusto institucional recorre la trama: la profesionalización técnica (nuevas especialidades médicas, ingenieriles y arquitectónicas), la expansión de asociaciones culturales y científicas, el fortalecimiento de colegios y carreras que certifican saberes prácticos desplazan parte de la vieja notabilidad liberal fundada en oratoria, apellido y trato. La distinción ya no se juega solo en el salón ni en el alegato, sino en el laboratorio, el plano, la cátedra especializada, la gestión de proyectos y servicios. ¿Qué biografías encarnan esta mutación? ¿Cómo cambian los umbrales de pertenencia cuando la pericia técnica vale tanto como el linaje? ¿Qué instituciones aprenden a traducir esa pericia en autoridad, y cuáles se rezagan?

La proximidad del puerto —aunque la aduana simbólica esté en Buenos Aires— reescribe, además, los caminos de ida y vuelta del prestigio. La ciudad produce credenciales (UNLP), posiciones (administración

provincial y municipal) y sociabilidades (clubes, asociaciones) que pueden anclar carreras sólidas sin salir de la ciudad; pero también catapulta perfiles hacia circuitos más amplios: despachos, cátedras y directorios que se juegan del otro lado del Riachuelo. El directorio biográfico registrará nombres, cargos y direcciones; nuestra tarea es leer cómo circulan: quién permanece y consolida; quién pendula y acumula en dos orillas; quién salta y no regresa. Y, en sentido inverso, ¿cuántos actores formados en la gran ciudad encuentran en la urbe platense la escena donde su capital se vuelve legible y operante?

Vistas así, las trayectorias no son líneas rectas, sino traducciones entre economías distintas: la simbólica, que corona y distingue ("fulano dirige tal sociedad", "mengana preside tal comisión"), y la material, que contrata y paga (obra pública, servicios, cátedras, consultorías). La ciudad planificada, ciudad cultural por diseño, aprende a negociar con su vecina portuaria una lengua común: el mérito. A veces lo escribe con gramática universitaria, a veces con gramática burocrática, a veces con gramática empresarial o artística. De esa negociación salen los corredores de prestigio, los nexos entre club y colegio, los desplazamientos residenciales, las confluencias entre laboratorio y ministerio, entre salón y boletín oficial. Y de esas confluencias nacen, también, las preguntas que sostienen este libro: ¿cómo se reparte el derecho a ser visto? ¿Qué formas de saber cuentan como autoridad en cada década? ¿Qué mapas de la ciudad hay que dibujar para que aparezcan los caminos que el relevamiento estadístico, a veces, no alcanza a nombrar? En esa indagación, la capital no queda a la sombra; más bien revela su condición de laboratorio: un lugar donde los capitales se combinan, se espacializan y, a fuerza de ensayo y error, componen una ecología cultural propia, en diálogo permanente —y en tensión productiva— con la ciudad-puerto que la mira y la mide.

5) Género y generaciones: entradas, techos y estrategias

La urbe, ciudad de instituciones y de llegadas, traza para las mujeres un mapa de entradas laterales y de puertas que a veces se entreabren y a veces

vuelven a cerrarse. La inmigración constante —europea tardía y, sobre todo, interprovincial— renueva oficios, expectativas y acentos; el funcionariado público expande trámites y oficinas; el asociacionismo multiplica comisiones, bibliotecas, museos, ateneos, ligas de beneficencia, sociedades científicas. En ese entramado, la incorporación femenina a la docencia, la salud, la administración y la cultura no es un capítulo aparte, sino una veta que reordena silenciosamente el patrón tradicional. La pregunta —nos lo recuerdan las investigaciones de Laura Graciela Rodríguez desde diferentes ángulos del sistema educativo— no es sólo "cuándo entran", sino cómo y con qué costo: qué puertas se abren (títulos, concursos, contratos), cuáles requieren recomendaciones y pertenencias, cuáles admiten "firma propia" y cuáles exigen "firma compartida" (apellido de casada, trayectoria subsumida en la de un varón con peso institucional).

Si miramos el período con lupa generacional, aparecen oleadas. Las nacidas entre 1910 y 1920 irrumpen sobre la base de las escuelas normales y los colegios nacionales; muchas enseñan en las periferias del sistema y, de a poco, se acercan a las cátedras o a la inspección. Las de 1920–1930 crecen en un contexto de nuevas titulaciones universitarias y terciarias: bibliotecología, trabajo social, laboratorios, especializaciones médicas incipientes; encuentran pasillos en hospitales, escuelas técnicas, museos y archivos, a menudo combinando horas cátedra con cargos administrativos. Las de 1930–1940 llegan al mundo laboral en tiempos de expansión estatal y de redefinición de lo público (la década peronista traerá sufragio, bienestar, fundaciones y una gramática distinta de mérito y servicio). Y, sin embargo, a cada avance le corresponde su contramarcha: techos en los cargos de conducción, interrupciones por maternidad en carreras que valoran la continuidad lineal, relegaciones a "áreas blandas" cuando la pericia técnica empieza a coronar reputaciones. ¿En qué año se acorta el intervalo entre titulación e ingreso al primer cargo? ¿Cuándo se alarga? ¿Qué pasa, por ejemplo, con las jefaturas de departamento en escuelas y hospitales: quién llega y quién se queda como "suplente eterna"?

El Quién es quién permite empezar a contar esta historia con fechas y direcciones: lugar de estudio, año de título, primera designación, domicilio profesional y particular, pertenencias a colegios, sociedades y clubes. Si geocodificamos esas huellas, aparecerán corredores de prestigio (el casco, las diagonales, el eje hacia Tolosa–Ringuelet–Gonnet–City Bell–Villa Elisa) y zonas mixtas donde la casa es también consultorio, estudio, taller o biblioteca; veremos también nodos —bibliotecas populares, asociaciones culturales, sociedades de beneficencia— donde muchas mujeres acumulan capital simbólico que no siempre computa en los organigramas oficiales, pero que sí abre puertas, teje redes, legitima saberes, sostiene proyectos. ¿Cuánto de ese capital se traduce en cargos y cuánto queda como trabajo invisible? ¿Cuántas carreras se tejen en el borde entre el voluntariado y la profesionalización, esperando la categoría que tarde o temprano llega —o no— desde un ministerio, un colegio profesional, una ordenanza?

Las estrategias se repiten con variaciones: títulos dobles (por ejemplo, maestra normal y luego licenciatura; enfermería y laboratorio; historia del arte y gestión museística), carreras mixtas (docencia universitaria + función pública), gestión cultural apoyada en un capital asociativo denso (organizar congresos, catálogos, ciclos; escribir en la prensa local; presidir comisiones). Otras estrategias son estrictamente logísticas: la doble jornada y la proxemia (elegir cargos y turnos que permitan sostener cuidados y trabajo) o la migración pendular (ir y venir de Buenos Aires) que habilita cursos, contactos y credenciales que luego retornan a la ciudad universitaria como autoridad. Aquí conviene preguntar sin concesiones: ¿qué trayectorias se pagan con desgaste y cuáles acumulan sin fricción? ¿Qué interrupciones pesan más en la evaluación de méritos (maternidad, mudanzas, cuidado de familiares) y cómo se compensan —si es que se compensan— en las resoluciones y concursos?

La trama administrativa y el asociacionismo platense obran como aceleradores y filtros. Aceleran cuando un concurso o una designación

reconoce experiencia acumulada en comisiones, bibliotecas y museos; filtran cuando la antigüedad, la categoría o la pertenencia valen más que la innovación o el trabajo sostenido en lo cultural. La UNLP, por su parte, no funciona sólo como "fábrica de credenciales": es también un idioma que legitima, una red que traduce saberes en cátedras, carreras, títulos intermedios, auxiliarías, adscripciones. ¿En qué facultades se abrió antes la puerta a las mujeres? ¿Dónde persistieron zonas vedadas? ¿Cuándo pasaron de auxiliares a titulares, y qué acontecimientos (reformas, intervenciones, planes de estudio, nuevos institutos) aceleraron o frenaron esos saltos?

En el largo plazo, los avances y retrocesos forman un pulso. La expansión educativa y sanitaria de mediados del siglo XX ensanchó pasillos; la profesionalización de ramas técnicas reordenó jerarquías; las crisis políticas reconfiguraron reglas del juego. Cada oleada dejó rastros: nombres que se estabilizan en cargos, apellidos que circulan entre áreas, firmas que pasan de la columna de "colaboraciones" a la de "direcciones". Y también dejó ausencias elocuentes: mujeres reseñadas como "esposas de" sin campo propio, entradas incompletas, carreras congeladas en "interinatos", direcciones que no cambian porque la movilidad residencial —esa otra forma de ascenso— quedó en suspenso. El trabajo con el directorio, cruzado con anuarios, boletines y prensa, permite medir: tiempos de ingreso tras la titulación; probabilidades de acceder a conducción; diferenciales por estado civil; efectos de pertenencia a asociaciones sobre concursos y becas; impacto de la proximidad (vivir cerca del centro, de la universidad, de los hospitales) en la acumulación de capital.

Profundizar en estas trayectorias no es sólo hacer justicia a biografías que sostuvieron instituciones, aulas, salas y vitrinas; es también afinar la lectura de la ciudad. Porque cada avance femenino en docencia, salud, administración o cultura reconfigura el campo del poder local: redistribuye tareas, redibuja pasarelas entre universidad, Estado y espacios de sociabilidad, modifica el gusto institucional (qué se premia, qué se nombra, qué se archiva) y desplaza

la frontera entre lo visible y lo invisible. La capital bonaerense, con su mezcla de función pública, universidad, asociaciones y migraciones, ofrece un laboratorio privilegiado para seguir ese pulso. La invitación —a lectores legos y académicos— es a mirar de cerca: no sólo quiénes llegaron, sino cómo; no sólo dónde se asentaron, sino qué tuvieron que inventar para quedarse; no sólo cuándo avanzaron, sino cuándo y por qué retrocedieron. Solo así, con el ojo en la secuencia y el oído en la red, la historia de la incorporación femenina dejará de ser un apéndice del relato mayor para convertirse en lo que es: una de sus claves de bóveda.

6) Escalas y correlaciones de fuerza: municipio–provincia–Nación

Mirar la capital provincial sin su anclaje provincial y nacional empobrece el análisis, pero mirarla solo en ese espejo también la encoge. Capital de una provincia poderosa y, a la vez, vecina menor de una metrópolis que concentra puerto, finanzas y escena simbólica, la ciudad vive en un régimen de doble pertenencia. Muchas trayectorias son bilingües: un pie en la UNLP o en el municipio, el otro en ministerios provinciales, entes autárquicos o despachos de Buenos Aires. De aquí brota el debate: ¿la ciudad carece de una élite propia o, más bien, produce una élite de servicio, especializada en traducir agendas externas al territorio y devolver al centro capitales técnicos, cuadros administrativos y legitimidad académica?

Si leemos las biografías con esta pregunta, la doble credencial aparece como estrategia recurrente: cátedra + dirección provincial; secretaría municipal + asesoría ministerial; estudio profesional + silla en una comisión nacional. En los repertorios, esas "dobles llaves" dejan marcas: direcciones que alternan la urbe platense y CABA; cargos que se pisan en el tiempo; membresías que conectan colegios profesionales locales con federaciones nacionales. ¿Cuántas carreras se consolidan gracias a esa bisagra y cuántas quedan subordinadas por ella? ¿Dónde termina la autonomía platense y dónde empieza la tercerización de decisiones en agendas definidas en otra escala?

La correlación de fuerzas entre municipio, provincia y Estado nacional no es constante. Se mueve con los ciclos políticos y económicos, y ese movimiento reubica personas e instituciones. Entre 1916 y 1930, la ciudad-proyecto reafirma su gramática cívica y la UNLP ordena prestigios: la élite platense se reconoce en el capital escolar y en un municipalismo que intenta escribir su propio libreto. Entre 1930 y 1943, la intervención y el reacomodo del Estado provincializan el mando: la agenda se entrelaza con obras y regulaciones cuyo centro de gravedad ya no es el Concejo ni el Palacio Municipal. Entre 1943 y 1955, la expansión estatal (bienestar, infraestructura, empresas públicas) desplaza el peso hacia los ministerios: ingenieros, sanitaristas, planificadores, médicos administradores ganan centralidad; el municipio gestiona, pero la llave la tiene la Provincia o la Nación. Entre 1955 y 1972, la ciudad diversifica su perfil profesional, la UNLP reconfigura cátedras y el norte del partido se expande; emergen nuevas tecnocracias y nuevas sociabilidades (asociaciones culturales, científicas, vecinales) que disputan agenda cotidiana: tránsito, higiene, agua, escuelas, parques. ¿Quién marca el paso en cada tramo: el poder presupuestario (quién paga), el poder de agenda (quién define prioridades) o el poder simbólico (quién consagra como "moderno" o "necesario")?

La dificultad histórica para constituir un poder municipal robusto no es solo jurídica o fiscal; es también sociológica. El municipio recluta cuadros, pero muchas carreras "maduran" en la Provincia o en la Nación; el club local consagra, pero el gran prestigio se dirime en tribunas más grandes; el investigador forma escuela en la UNLP, pero el reconocimiento se fija en circuitos editoriales y científicos con sede en Buenos Aires. De ahí que la élite platense se parezca más a un nudo de conexiones que a una cúspide cerrada: su fuerza radica en articular (universidad–administración–empresa–cultura) más que en imponer. Ahora bien, articular no es un verbo menor: sin ese trabajo de traducción, los recursos no bajan, las políticas no se aplican, las obras no se ejecutan. ¿Cuánto poder hay en la capacidad de hacer que las cosas ocurran, aun cuando el diseño se decida en otra mesa?

Mientras tanto, la sociedad crece y se diversifica; cambian las expectativas sobre la calidad de vida (servicios, transporte, espacios verdes, cultura de base, seguridad, cuidado). Crecen también los actores intermedios: cooperadoras escolares, sociedades de fomento, comisiones barriales, asociaciones culturales y científicas. Esos espacios producen liderazgos de proximidad y experticias microtécnicas (cómo se gestiona un pozo de agua, un comedor, un festival, un sendero seguro al colegio) que a veces ascienden a la estructura municipal y otras quedan atrapadas en el voluntarismo. ¿Qué trayectorias logran convertir ese capital asociativo en carrera pública y cuáles se agotan en el territorio? ¿Qué papel juegan las "ventanas de oportunidad" —crisis, planes de obra, reformas universitarias— para que un liderazgo barrial se vuelva política de escala?

El análisis comparado sugiere mirar con lupa los saltos de escala: de figurar en el directorio local a ingresar a repertorios provinciales o nacionales; de una secretaría municipal a un ministerio; de una cátedra a una junta regulatoria. Importa tanto el salto vertical como el horizontal: hay carreras que no suben de escala pero extienden su radio de acción —redes intermunicipales, consorcios regionales, articulaciones con organismos autónomos— y así construyen poder a ras de suelo. ¿No será que la "imposibilidad" de una élite propia dice menos de una carencia esencial y más de un modelo relacional en el que el prestigio se acumula en redes y no en cumbres?

De esta mirada se desprenden indicadores observables: la frecuencia y duración de dobles nombramientos; el tiempo de salto de municipal a provincial; la tasa de retorno (quién vuelve con más poder simbólico tras pasar por la Nación); la proporción de proyectos municipales cofinanciados por Provincia/Nación y quién se lleva el crédito público; la centralidad (en redes de co-membresías) de la UNLP versus ministerios en cada período; la densidad de asociaciones que median entre demandas sociales y políticas públicas. Medir esto no clausura el debate, pero le pone cuerpo: permite ver

cuándo la ciudad planificada impulsa y cuándo acompaña, dónde su élite conecta y dónde se disuelve, qué logros son genuinamente locales y cuáles son injertos bien logrados.

Al final, quizá la pregunta no sea si la capital "puede" generar una élite, sino qué tipo de élite produce y necesita: ¿una élite de propiedad y acumulación patrimonial, improbable sin puerto ni finanzas centrales; ¿o una élite de conducción y traducción, capaz de convertir saberes en políticas, agendas en obras, cultura en ciudadanía? Si aceptamos esta segunda hipótesis, la medida del poder local deja de ser la dominación frente al Estado nacional y pasa a ser la capacidad de orquestar flujos —de recursos, normas, reputación— en beneficio de su sociedad. En esa tarea, los ciclos no sellan destinos: abren oportunidades y fijan límites. La ciudad, por su parte, seguirá creciendo y pidiendo más: mejor agua, mejor aire, mejor tiempo, mejor vida. Habrá que ver —y ese es el programa de investigación— qué nombres, qué instituciones y qué ensambles logran responder a esas demandas sin perder la voz propia en el rumor de las escalas.

7) Un protocolo replicable: del libro a las tablas, de las tablas a las figuras

Para que todo lo proyectado respire al ritmo de la evidencia —y no al de nuestras intuiciones— propongo un protocolo que se pueda repetir, auditar y discutir, pero narrado como se recorre una ciudad: por capas. La primera capa es la base prosopográfica, con 1972 como fotografía sincrónica.[63] Allí cada entrada deja de ser un nombre y pasa a ser un pequeño sistema de coordenadas: apellido y nombres; un sexo inferido que ya advierte sesgos; un año de nacimiento aproximado que sitúa la biografía en una cohorte; títulos que codificamos en una taxonomía para que "doctor en" y "médico cirujano"

63 La prosopografía pide, antes que técnicas, delimitar universo, variables y cortes temporales comparables. Stone fija esa agenda mínima; Shapin & Thackray muestran el "taller" donde biografías dispersas se colectivizan; y la elección de 1972 como corte sincrónico ancla la comparación y permite retroproyecciones y seguimientos hacia adelante.

no sean universos distintos; ocupación y cargo que normalizamos por sectores (público, privado, mixto, eclesiástico, cultural) para evitar espejismos; instituciones (UNLP, ministerios, colegios, clubes) estandarizadas para que el mismo organismo no se nos multiplique por cambios de nombre; asociaciones y premios que cuentan una reputación; dirección y teléfono que anclan en el espacio; página que nos devuelve a la fuente.[64] Este primer gesto —poner orden en los nombres— ya abre preguntas: ¿qué perdemos cuando normalizamos? ¿qué matiz se borra cuando reducimos la riqueza de una trayectoria a una etiqueta? ¿cuándo conviene flexibilizar la taxonomía para no forzar la diversidad bajo categorías rígidas?[65]

La segunda capa es la triangulación entre 1914 y 1972, porque ninguna foto explica por sí sola el movimiento. Allí buscamos fechas de ingreso, ascenso y salida en anuarios de la UNLP, en el Boletín Municipal, en el Diario El Día, en padrones y guías. Triangulamos para completar huecos y para desconfiar —un poco— del propio directorio: ¿la dirección es domicilio o consultorio? ¿ese "director" lo es por concurso o por interinato? ¿la membresía es activa o honoraria? La triangulación ordena y a la vez complica: aparecen homónimos que hay que desambiguar, apellidos que cambian por matrimonio, cargos que se solapan. También aquí nacen preguntas: ¿cuánto "peso documental"

64 La selección y normalización de títulos, cargos, instituciones y pertenencias conversa con cuatro familias de trabajos: (a) élites/pipelines (qué credenciales abren puertas y en qué secuencia: Domhoff, Baltzell, Porter, Friedman & Reeves); (b) redes (co-pertenencias, núcleos y pasarelas: Ellersgaard & Larsen; la dimensión longitudinal y de fracciones vía OBELIS); (c) espacio urbano (cómo el prestigio se espacializa: Zukin); y (d) capitales/posiciones (cómo combinaciones de capital cultural, social, económico y simbólico producen posiciones: Bourdieu). Estas líneas justifican codificar educación, sector ocupacional, afiliaciones y anclajes espaciales, y estandarizar nomenclaturas institucionales para hacer comparables trayectorias.

65 Es necesario precisar que Normalizar no es neutral: por lo tanto, hay que considerar tres cautelas. (i) Toda taxonomía simplifica: conviene registrar casos límite y permitir categorías "mixtas" cuando la carrera lo exige; (ii) la homogeneización de nombres institucionales evita ruido, pero debe conservar alias históricos para no borrar cambios de régimen; (iii) la inferencia (sexo por nombre, edad por fecha de título) debe marcarse como tal y someterse a análisis de sensibilidad: ¿cambian los hallazgos si movemos un umbral o re-etiquetamos un subgrupo? Estas preguntas no restan fuerza al método; son parte de su auditoría.

otorgamos a cada fuente cuando discrepan? ¿cómo registramos la incertidumbre sin expulsarla del análisis? ¿qué hacemos con las trayectorias que sólo existen en los márgenes —una nota periodística, una firma en una comisión— y, sin embargo, fueron decisivas para la vida de una institución?

La tercera capa son los modelos analíticos, y conviene contarlos sin jerga. Los pipelines son, sencillamente, rutas: de la escuela a la universidad, de allí al primer cargo, y luego a los espacios donde se reconoce el mérito (colegios profesionales, clubes, asociaciones). Reconstruir esas secuencias nos permite ver aceleraciones y cuellos de botella: cohortes que ingresan más rápido, generaciones que quedan detenidas en la antesala de la conducción, momentos en que un título "habilita" y otros en que ya no alcanza. Las redes son la cartografía de las co-pertenencias: una matriz personas × instituciones de la que extraemos un núcleo y sus pasarelas. Allí se identifican articuladores —la UNLP, la administración provincial/municipal— y también zonas mixtas donde un mismo actor traduce mundos. El análisis de correspondencias múltiples (MCA) es un mapa de posiciones: proyecta variables categóricas en ejes que hacen visible la distancia y la proximidad entre perfiles (académico-científico, jurídico-estatal, empresaria-comercial, cultural-mediática, eclesiástica) y nos permite ver fracciones y bordes. Las cartografías completan el cuadro: geocodificar domicilios y sedes revela corredores (casco, diagonales, eje norte) y polaridades (residencia/consultorio, centro/periferia), pero también nos enfrenta a dilemas: ¿una dirección fija una pertenencia o describe sólo un tránsito? ¿qué hacemos con quienes trabajan en la ciudad y viven fuera —o al revés—, en una región donde lo metropolitano desdibuja linderos?

La cuarta capa son los cortes comparativos, que dan espesor histórico a lo anterior. Las generaciones (nacidos 1880–1909; 1910–1929; 1930–1949) permiten ver oleadas de ingreso, estilos de legitimación y giros del gusto institucional; el género obliga a medir tiempos —cuánto se tarda en alcanzar la jefatura— y techos —dónde se estanca una carrera que acumula méritos—;

las escalas exhiben quiénes trascienden lo municipal para inscribirse en repertorios provinciales o nacionales, y quiénes construyen poder a ras de suelo sin necesidad de "ascender"; los momentos políticos (1916–1930; 1930–1943; 1943–1955; 1955–1972) marcan reacomodos: hay fases en que la obra pública empuja a ingenieros y administradores; otras en que la expansión académica redistribuye prestigios; otras, finalmente, en que la crisis vuelve decisiva la sociabilidad asociativa y el saber hacer de la gestión cotidiana. Cada corte, más que clausurar interpretaciones, abre preguntas: ¿qué se consideraba "mérito" en cada ciclo? ¿qué credenciales cambiaron de valor? ¿quiénes ganaron centralidad sin cambiar de institución, sólo porque cambió el tiempo?

Si el protocolo aspira a ser replicable, debe dejar a la vista sus costuras. De allí algunas reglas de prudencia. Registrar incertidumbres y supuestos (por ejemplo, cuándo inferimos año de nacimiento por fecha de título) para que puedan ser revisados. Documentar el diccionario de variables y las decisiones de normalización para que otro lector pueda rehacer el camino. Practicar análisis de sensibilidad: ¿qué pasa si cambiamos el umbral que define "núcleo" en la red, si ajustamos la taxonomía de cargos, si geocodificamos sólo direcciones verificadas? Incluir contrapruebas: buscar casos que desmientan el patrón dominante (la médica que llega a la conducción en un período de cierres; el abogado que asciende fuera de clubes y colegios; la cátedra que gana centralidad sin vínculos ministeriales). Y, sobre todo, mantener vivas las preguntas que el propio método dispara: ¿estamos viendo una estructura o su sombra proyectada por la fuente? ¿cuánto de lo que parece "núcleo" lo es porque documentamos mejor sus bordes? ¿qué historias quedan fuera del marco y cómo se incorporan sin forzar la evidencia?

Al final, este protocolo no es una máquina de resultados, sino una ética del trabajo con datos: ordenar para comprender, cruzar para desconfiar, modelar para ver lo que a simple vista se escapa, comparar para no confundir coyunturas con destinos. Si logramos que cada tabla y cada mapa dialoguen

con un relato —y que cada relato se sostenga en esas tablas y mapas—, el capítulo no sólo "usará" el Quién es quién: lo hará hablar en su idioma y en el nuestro, hasta que la ciudad, compleja y movediza, aparezca con la nitidez suficiente como para ser discutida sin perder sus matices.

Entre bruma y huellas: cartografía de una sociedad inquieta.

Leído con estas lentes, "Quién es quién..." deja de ser un catálogo elegante y se vuelve un sismógrafo social: registra vibraciones, anuncia desplazamientos, dibuja fallas y corrimientos que no se ven a simple vista. Las biografías no son estampas quietas; trazan cauces —escuela, universidad, Estado o mercado, asociaciones— por donde circula la legitimidad de una ciudad de instituciones. Las redes dejan entrever un núcleo que articula universidad, administración y empresa, y alrededor suyo orbitan pasarelas de traducción —colegios profesionales, clubes, sociedades científicas, comisiones culturales— donde se negocia el reconocimiento. Los mapas de domicilios y sedes profesionalizan el espacio: la distinción se espacializa en diagonales, cascos, ejes de expansión; la cohorte devuelve la dimensión del tiempo, y con ella aparecen entradas tardías, ascensos, techos y desvíos. Pero nada es fijo entre 1914 y 1972: cambian las reglas de acceso, unas fracciones ganan o pierden centralidad, las mujeres abren puertas y a veces deben volver a empujarlas, los corredores urbanos se desplazan, y la correlación de fuerzas entre municipio, provincia y Nación reubica a personas e instituciones como si moviera las piezas de un tablero en mitad de la partida.

Esta lectura no pretende coronar una teoría única, sino ponerla a trabajar en el terreno, y por eso se alimenta del diálogo —y la discusión— con la bibliografía canónica. Las tradiciones que privilegian la élite (su composición, sus escuelas, sus clubes) ayudan a identificar rutas de consagración y mecanismos de cierre, pero dejan en la sombra la textura de la gestión cotidiana y la capilaridad asociativa que sostienen la vida institucional. Las miradas que enfatizan campo, capital y gusto iluminan

cómo se combinan credenciales y pertenencias para producir autoridad, aunque a veces naturalizan jerarquías como si fuesen propiedades estables, cuando aquí se observan como tecnologías en movimiento: se aprenden, se heredan, se disputan y, llegado el caso, se reinventan. El repertorio comparado sobre clases medias-altas ofrece indicadores para detectar techos de clase y ventanas de oportunidad, pero exige cuidado cuando se lo traslada, porque los códigos de sociabilidad platenses y los ritmos provinciales no calcan los metropolitano-nacionales. De esa fricción con el canon nacen preguntas fértiles: ¿cuánto pesa el apellido y cuánto la pericia en cada década? ¿Qué valor tienen los trabajos de frontera —docencia universitaria con función pública, clínica con gestión hospitalaria, investigación con asesoría ministerial— en contextos de expansión estatal o de repliegue?

También están los vacíos, y conviene mirarlos de frente. El directorio cuenta lo que convence en 1972: cargos, títulos, domicilios "publicables", membresías "presentables". ¿Dónde quedan las carreras intermitentes, los interinatos que nunca se reconocieron como mérito, las labores culturales que sostuvieron vitrinas, catálogos y bibliotecas sin escalar en organigramas? ¿Cómo anotamos los trabajos de cuidado que cortan secuencias y, sin embargo, permiten que otras las continúen? ¿Qué hacemos con las trayectorias que pendulan entre la ciudad universitaria y Buenos Aires, esas biografías bilingües que valen por su capacidad de traducir lenguajes institucionales? La fuente, leída al pie de la letra, parece hablar de un mundo ordenado; pero en el reverso se oyen los ruidos: cambios de nombre de las instituciones, direcciones que son consultorios y no hogares, membresías que son honorarias, cargos que se pisan, firmas compartidas que diluyen autorías. Triangulada con anuarios, boletines, prensa y archivos, la lista de notables se vuelve palimpsesto: debajo de la tinta visible aparecen grafías borradas, adiciones tardías, tachaduras.

Si algo enseña el período, es que la reproducción y el cambio no son polos opuestos, sino dos caras del mismo dispositivo. Se reproduce lo que aprende

a cambiar sin perder su forma: la UNLP que expande carreras y reordena prestigios; la administración que inventa nuevas jerarquías técnicas y, con ellas, nuevos umbrales de acceso; las asociaciones que traducen demandas de calidad de vida en lenguajes instituidos. Cambia lo que sabe reproducirse por otras vías: una élite que ya no descansa solo en linajes, sino en perfiles mixtos (experticia + sociabilidad + gestión); una ciudad que, sin puerto ni finanzas centrales, acumula poder en redes y no en cúpulas; unas mujeres que convierten capitales "blandos" —cultural, asociativo, pedagógico— en posiciones que el canon tardó en reconocer. Aquí la bibliografía internacional no es un espejo para mirarnos, sino un juego de herramientas para abrir capas: redes para ver el núcleo y las pasarelas; secuencias para entender tiempos y pérdidas; mapas para leer corredores y fronteras; cohortes para distinguir oleadas y retrocesos.

Por eso, integrar esas tradiciones al caso platense no busca universalizar lo local ni provincializar lo global: busca aprender a ver la sociedad como un proceso. En ese proceso, instituciones, redes, títulos, domicilios y reputaciones no son atributos inmutables, sino artefactos históricos que distribuyen visibilidad, autorizan decisiones y fabrican continuidad, a la vez que permiten —o impiden— la entrada de nuevos actores. El valor de este diccionario biográfico está precisamente ahí: en que, leído contra el grano de su época y a contraluz de sus silencios, deja escuchar el temblor de una ciudad que ensaya combinaciones —entre saber y gobierno, entre empresa y cultura, entre municipio, provincia y Nación— para sostenerse en pie mientras cambia. Lo que queda por hacer, y este capítulo apenas inaugura, es medir esos temblores sin apagar su ruido: poner números donde sea posible, anotar dudas donde haga falta, y mantener abiertas las preguntas que el canon no alcanza a resolver del todo: ¿quiénes hicieron que las cosas ocurrieran?, ¿con qué capitales y a qué costo?, ¿qué parte del mérito fue mérito y qué parte fue traducción? Solo así la lista de nombres se convierte en una gramática de movimiento y la historia local deja de ser un inventario para ser, por fin, una teoría situada de cómo se construye —y se reconstruye— una sociedad.

Educación y Universidad (magisterio, profesorado, UNLP) en la capital provincial, 1914–1972): Un campo que convierte vocación en gobierno pedagógico.

Escenas del mérito pedagógico: aula, norma y concurso en la ciudad.

Amanece en el Normal N.º1 "Mary O. Graham". El zaguán sobre avenida 51 entre 14 y 15, en plena manzana cívica, abre hacia el lateral de la Catedral: la arquitectura recuerda que enseñar fue, aquí, un asunto de ciudad—de Estado—tanto como de aula. El edificio actual se proyectó en 1923 y se construyó entre 1923 y 1932, con inauguración ese año; es, por tanto, una obra que Mary Olstine Graham no llegó a ver concluida: la directora fundadora falleció en la urbe platense el 10 de marzo de 1902.

Al momento de su creación, la UNLP ancló buena parte de su vida institucional en los edificios del Museo y del Banco Hipotecario, que hoy forman parte de la sede central: allí se tramaron tempranamente los hilos entre docencia, administración y gobierno. A pocas cuadras, el histórico Edificio "Tres Facultades" —actual Edificio Sergio Karakachoff, en la manzana delimitada por 47 y 48, avenida 7 y calle 6— albergó a Económicas, Humanidades y Ciencias Jurídicas y Sociales, y funcionó como verdadero distribuidor de flujos entre aula, concurso y gestión. En ese corredor corto, el Colegio Nacional "Rafael Hernández" continuó siendo parte orgánica de la universidad, proveyendo aulas y ritmos académicos que reforzaron la contigüidad entre escuela media preuniversitaria y vida universitaria.

La escena convive con otra, anterior en el tiempo, que explica la topografía del pipeline. Hasta 1931, el Normal y el Liceo Víctor Mercante compartieron el edificio de Diagonal 77 entre 4 y 5: el Liceo en la planta alta y el Normal en la planta baja. Ese inmueble—proyectado por Carlos Altgelt en el período fundacional—había sido la primera sede de la Escuela Normal y luego quedó asociado al Liceo (entonces "de Señoritas"). El traslado

del Normal a la manzana de 51/14/15 en 1932 clausura esa convivencia edilicia y fija, en el mapa, una secuencia institucional: del aula normalista al dispositivo universitario, del edificio compartido al emplazamiento cívico frente a Catedral.

La red normalista se expande en el siglo XX con el Normal N.º 2, emplazado en el triángulo urbano formado por Diagonal 78, calle 57 y calle 5, y con el Normal N.º 3, ubicado en calle 58 y calle 8. Estos institutos multiplicaron la capacidad de formación, replicaron rituales de escritura (planes, actas, programas) y crearon puestos intermedios de gestión (jefaturas, inspecciones de zona) que estabilizaron el pipeline escolar–universitario. La ciudad, así, pasó de un normalismo "núcleo" a un haz de normalismos con más puertas de entrada y circulación de méritos documentales.

Completa el triángulo urbano el Colegio Nacional "Rafael Hernández", ubicado en Av. 1 y 49 (la manzana que media entre 48 y 50), otro de los colegios preuniversitarios de la UNLP. Su proximidad física al casco cívico refuerza la idea de corredores cortos entre aula, concurso y gobierno escolar-universitario: la geografía concentra el pipeline y lo hace visible.

En la capital, el campo educativo–universitario organiza sus trayectorias en un pipeline que enlaza formación normal y profesorados → aula escolar/cátedra → inspección, rectorías y decanatos → colegios y asociaciones pedagógicas. Esta lectura dialoga con la agenda de Laura Graciela Rodríguez, quien usa el Quién es Quién en La Plata (1972) como artefacto prosopográfico para reconstruir trayectorias de élites intelectuales y profesionales, con foco en el normalismo y en las rutas femeninas al mando pedagógico. La escala municipal–provincial (sistema escolar) funciona como base de empleo y ascenso, mientras que la escala nacional—sobre todo la UNLP y, más tardíamente, CONICET—opera como corona selectiva para perfiles con investigación y publicación. En este itinerario, el mérito no se agota en "dar clase": se convierte en norma, plan, concurso y texto, y por esa

vía produce autoridad pedagógica. La materialidad edilicia e institucional de la ciudad—el Normal frente a Catedral (51/14/15), el Liceo en Diagonal 77 (con la memoria de la cohabitación hasta 1931), el Nacional en Av. 1 y 49—es más que un decorado: es el dispositivo urbano que hace posible (y legible) esa conversión.

Entre fines del siglo XIX y las primeras décadas del XX, el "mérito" docente y académico en la urbe dejó de ser una cualidad difusa para convertirse en un producto institucional verificable. No brotó de la nada: se fabricó en una trilogía de espacios —aula, oficina, tribunal— donde la práctica se codificó, la codificación se volvió regla y la regla se convirtió en poder.

En las aulas y salas de profesores del Normal, el Liceo y el Nacional —que compartieron sede en Diagonal 77 hasta 1931— se fijó el oficio. La cohabitación no fue un accidente arquitectónico: expresó la porosidad histórica entre la formación de maestros y el bachillerato orientado a la universidad. Allí, planificaciones, actas y evaluaciones estandarizaron la enseñanza y trazaron un lenguaje común. La mudanza del Normal al frente cívico selló, más tarde, una separación de circuitos: el pasaje de la proximidad funcional a una diferenciación de trayectorias institucionales.

El segundo escenario fue la oficina: inspecciones y rectorías de Provincia y Municipio. Mapas de distrito, calendarios de visita, planillas de distribución de horas: la práctica del aula se dobló en normativa. El expediente —escritura administrativa por excelencia— dejó de ser simple registro para transformarse en instrumento de gobierno: lineamientos y reglamentos que fijaban ritmos, jerarquías y presupuestos.

El tercero fue el tribunal, en sus variantes universitarias y parauniversitarias: consejos académicos, decanatos e institutos de la UNLP, y, más tarde, comisiones del CONICET. Allí el documento —programa, artículo, edición crítica— se convirtió en prueba y moneda. Ganar un

concurso no solo otorgó rango: estabilizó liderazgos y habilitó gobierno pedagógico. El mérito, en este punto, se midió por su capacidad de traducirse en cargo, cátedra y presupuesto.

En la periferia inmediata de esos núcleos operaron colegios y asociaciones pedagógicas, bibliotecas, archivos y museos. Lejos de ser depósitos inertes, funcionaron como reservorios de capital simbólico: catálogos, guías y ediciones críticas alimentaron concursos y carreras, proveyendo repertorios y criterios de valoración que trascendían el aula.

Entre la escuela y la universidad, la Dirección General de Escuelas —sobre avenida 13 entre 57 y 58— cumplió el papel de bisagra técnico-administrativa. Allí la documentación producida por docentes y equipos (planes, evaluaciones, memorias) se transformó en lineamientos, reglamentos y criterios de distribución de horas. Fue el punto donde el mérito dejó de ser atributo individual para convertirse en sistema: una maquinaria de conversión que otorgó fuerza normativa a los papeles y, con ella, capacidad de gobierno.

Así, la geografía institucional de La Plata organizó una economía política del mérito. No se premió un talento abstracto, sino aquello que podía ser escrito, comparado y juzgado en espacios concretos. Aula, oficina y tribunal, articulados por la bisagra administrativa, produjeron y reprodujeron jerarquías, consolidaron élites pedagógicas y fijaron los mecanismos mediante los cuales la educación, en la ciudad, se volvió también una forma de Estado.

Periodización (y su anclaje material)

1914–1930: normalismo y laicidad. La autoridad proviene de la regularidad documentada; el Normal, aún en su primera sede (luego Liceo), encarna la moral del oficio.

1930: Intervención y "orden": En 1930 el terreno que la Reforma había abierto en cátedras y centros se volvió a estrechar. En la capital provincial, el nuevo "orden" entró por la puerta de la universidad y siguió por los pasillos del magisterio: memorandos, intervenciones, llamados a "normalizar" programas. La palabra vocación no desaparece, pero cambia de tono: ahora hay que acreditarla. La promesa de una docencia creativa convive con formularios, rúbricas y actas que fijan lo que cuenta como mérito. Lo que antes se debatía en asambleas estudiantiles, se reescribe en resoluciones y escalafones.

1931–1933: La clase observada: El aula se vuelve un espacio observado: prácticas con planillas, tiempos cronometrados, objetivos a la vista. La profesora en formación aprende que la "buena clase" ya no es solo la que entusiasma, sino la que deja huella documental: registro de participación, lista de materiales, evaluación diagnóstica. La supervisión no castiga el error, lo clasifica. Entre pizarrones y cuadernos, la vocación se vuelve trazable.

1934–1936: Escalafón y puntaje: La norma organiza la carrera: se puntúan títulos, cursos, antigüedad, publicaciones; se definen equivalencias y se afinan las categorías. El gobierno pedagógico habla la lengua del mérito: cada hito se traduce a un número. Los formularios prometen justicia –"a igual mérito, igual oportunidad"–, pero también fijan jerarquías silenciosas (qué cuenta, quién evalúa, con qué criterios). La docencia se vuelve camino y contabilidad.

1936–1938: La escena de la idoneidad: El concurso es el teatro del mérito. Se presentan antecedentes, una clase de oposición, una entrevista. Se repiten las palabras "idoneidad", "dominio del tema", "manejo del grupo". El jurado escribe un dictamen que transforma una hora de clase en veredicto: claridad, uso del tiempo, selección de ejemplos, manejo de la disciplina. Quien gana no solo sabe: sabe como se espera que se sepa.

1938–1940: Vida pública y escuela: La ciudad acompasa a la escuela: columnas de opinión, notas breves, proclamas estudiantiles, festivales, rifas, bibliotecas populares. El mérito también se exhibe fuera del aula: oratorias, veladas, concursos de lectura. La prensa local arma la crónica de una vida pedagógica que es, a la vez, vida cívica.

1940–1942: La actualidad entra al programa: La guerra europea irrumpe como tema transversal. Se discute geografía política, abastecimiento, neutralidad, ciudadanía. Emergen acentos nacionalistas, pero también ejercicios de comparación de fuentes: mapas, notas radiales, artículos. La pregunta por "formar carácter" vuelve a escena: ¿qué significa ser buen ciudadano en tiempos de incertidumbre? El aula responde con rutina y con ajuste fino.

1943: Continuidad en movimiento: El clima político cambia en 1943, pero la maquinaria escolar no se detiene: concursos que ya estaban en marcha, reglamentos que se renuevan, prácticas que se amoldan. Lo visible son las resoluciones; lo que sostiene la continuidad son los hábitos. Así se cierra la década: con la vocación convertida en gobierno pedagógico.

1943–1955: expansión social del sistema. Multiplica escuelas, direcciones, inspecciones; la gestión gana centralidad.

1955–1972: universitarización de credenciales. Concursos y publicaciones reordenan los premios; la inauguración del edificio del Normal en 1932 había ya adelantado el reencuadre cívico de la formación docente, visible en su ubicación frente a Catedral.

Reubicar la tesis del corredor institucional en el paisaje construido de La Plata permite ver—más que sólo leer—cómo el mérito situado (la buena clase) se convierte en mérito público (reglamento, plan, concurso, publicación). La ciudad dispuso los teatros de esa conversión a pocas cuadras: Diagonal 77

(memoria normalista y liceísta), Plaza Moreno (Normal frente a Catedral) y Av. 1 y 49 (Colegio Nacional). Allí, en la proximidad entre aula, oficina y tribunal, se forjó una autoridad pedagógica que hizo de la escritura (del plan y del programa) el idioma de gobierno.

Dónde ocurre el corredor institucional: arenas de interrelación

Aula y sala de profesores (Normales, Colegios Nacionales, Liceos). Aquí se fija la gramática del oficio: planificación, actas, evaluaciones. Es el nivel de base donde el mérito es visible y documentable (regularidad, promoción, retención) y, por lo mismo, comparable.

Cátedra universitaria (UNLP): Ayudantías, jefaturas de trabajos prácticos, concursos y programas desplazan la destreza de clase hacia escritura evaluable y tutela de equipos (formación de adjuntos y becarios). La pericia pedagógica se traduce en producción letrada y organización del trabajo académico.

Inspecciones y rectorías (Municipio / PBA): Oficinas con mapas de distrito, legajos y calendarios de visita. Aquí el capital del aula se pliega en norma (lineamientos, criterios de acreditación, distribución de horas) y en gobierno escolar (turnos, disciplina, clima institucional).

Decanatos e institutos (UNLP) y, luego, CONICET: Comisiones, jurados y evaluación de pares establecen una autoridad medida por producción escrita (manuales, artículos, ediciones), concurso ganado y liderazgo de equipos. Es el pasaje —señalado por Rodríguez— de la vocación docente a un gobierno académico letrado.

Colegios y asociaciones pedagógicas; bibliotecas, archivos y museos: Arenas de capital simbólico donde catálogos, guías y ediciones patrimoniales generan prestigio transferible a escuela y universidad. Operan el "desvío virtuoso" subrayado por la autora para trayectorias femeninas: la regla y el texto despersonalizan el mérito y abren ascensos.

Cómo se convierte el mérito: del aula al papel, del papel al cargo

Del aula al documento: Planificaciones, programas y actas convierten la pericia situada en evidencia legible.

Del documento al concurso: Lo escrito circula hacia jurados y tribunales; ganar un concurso institucionaliza un estándar de calidad.

Del concurso al plan de sistema: En inspecciones y direcciones, esa pericia se transforma en política pública (regímenes de evaluación, currículos, criterios de distribución de horas).

Del patrimonio a la edición: Bibliotecas, archivos y museos convierten custodia en publicaciones (catálogos, ediciones críticas) que legitiman conducción técnica y habilitan liderazgos —mecanismo que, según Rodríguez, amplió ventanas de ascenso femenino.

En conjunto, este circuito de conversión muestra cómo la proximidad entre aula, oficina y tribunal formaliza la pericia en autoridad pública: el mérito circula cuando puede escribirse, archivarse y juzgarse.

Periodización y escenarios cambiantes

1914–1930 — Normalismo y laicidad: se estabiliza la moral del oficio; la autoridad proviene de la regularidad documentada y de la separación entre convicción privada y regla pública. La formación normal se impone como idioma común de la profesión docente, marco que la historiografía de Rodríguez sitúa en la larga duración del normalismo argentino.

1930–1943 — Restauración, escalafón y vigilancia del aula: tras 1930 se "normaliza" el campo con intervenciones y reglamentos que vuelven medible la vocación; la autoridad se legitima por idoneidad acreditable (antecedentes, puntajes, dictámenes) y por la regularidad documentada en

clase (planillas, tiempos, observaciones). La Reforma queda encapsulada en procedimientos: concursos y oposiciones estandarizan lo esperable de la "buena clase", mientras la laicidad persiste administrada en clave de disciplina y méritos. En la capital provincial, el magisterio y la universidad transitan escalafones y formularios como gramática de carrera; la prensa y las asociaciones pedagogizan la vida pública. La coyuntura internacional (guerra europea) reordena contenidos con acentos de nacionalismo cívico y ejercicios de lectura de actualidad, sin alterar la matriz normalista que prepara el tránsito hacia 1943.

1943–1955 — Expansión social del sistema: más escuelas y cargos abren pasillos de ascenso; la gestión (inspecciones, rectorías) gana centralidad. Crece el valor de formularios y estandarización, y se fortalecen los circuitos asociativos (colegios, sociedades pedagógicas).

1955–1972 — Universitarización de credenciales: el peso relativo se desplaza a concursos y publicaciones; la "firma" que importa es la que puede leerse y evaluarse. La transición institucional del normalismo (pase al nivel terciario a fines de los sesenta) resignifica credenciales y reordena pasos de carrera, tal como sintetiza Rodríguez en su revisión de "cien años de normalismo".

Género: itinerarios, techos y "desvíos virtuosos"

El itinerario femenino más frecuente —maestra normal → profesorado → inspección/dirección— acumuló capital pedagógico y administrativo en circuitos estatales de proximidad. En las cohortes más jóvenes formadas durante la expansión universitaria de pos-1955, la presencia en cátedras y en la gestión académica se volvió más visible, aunque con retrasos respecto de los varones por redes más débiles en jurados y rectorías. Allí donde el mérito se define por escritura evaluable (programas, artículos, catálogos), el "techo" se atenúa: lo legible y comparable abre puertas que la sociabilidad cerrada no siempre concede.

Los espacios patrimoniales (bibliotecas, archivos, museos) funcionaron como aceleradores: transformaron trabajo invisible en capital público (ediciones, guías) con alta aceptabilidad en concursos. Rodríguez documenta este patrón en maestras normalistas incluidas en el Quién es Quién, incorporadas a la élite intelectual y profesional de la ciudad por la vía de la edición y la curaduría.

En diálogo con Rodríguez y el Quién es Quién

El corredor institucional que convierte aula → norma → concurso/publicación en autoridad pedagógica converge con tres vectores presentes en la obra de Rodríguez:

Uso prosopográfico del Quién es Quién.

Los repertorios biográficos permiten reconstruir trayectorias y posiciones de élite; son artefactos que indexan capitales (títulos, cargos, publicaciones) y habilitan comparaciones intergeneracionales y de género.

Normalismo como matriz de profesionalización.

La formación normal instituye una gramática escrita del oficio (planes, programas) que migra a concursos y gestión. Ese hilo de larga duración estructura la transición de la buena práctica a la norma.

Rutas femeninas y capital simbólico.

Al seguir maestras del Quién es Quién (1972), Rodríguez muestra modos específicos de ingreso y consagración, destacando el valor de los espacios patrimoniales y de la escritura (manuales, catálogos) como llaves de autoridad.

Situar el Quién es Quién platense en su contexto editorial —edición de 1972, Américo P. Napolitano— ayuda a entender la autopercepción de las

élites locales que el repertorio cristaliza, y que aquí retomamos como base comparativa para el período.

Qué deja esta lectura para el capítulo

Arenas. Las carreras se deciden en aulas y salas de profesores, oficinas de inspección/rectoría, tribunales de concurso, consejos académicos y colegios/asociaciones; cada arena produce documentos y métricas propias.

Mecanismo. El mérito situado (enseñar bien) se vuelve público como norma escrita, plan y publicación; ahí se legitima y se traduce en autoridad de gobierno (direcciones, decanatos, institutos).

Género. Rutas diferenciadas y ventanas de oportunidad —la vía patrimonial y la vía universitaria— modulan los techos; lo que más abre oportunidades es la escritura evaluable y la participación en jurados.

Método. Leer el Quién es Quién como base prosopográfica —en línea con Rodríguez— permite ver regularidades y formular hipótesis contrastables: (i) aula + documento predice ascensos mejor que antigüedad; (ii) 1955–1972 incrementa probabilidades de concurso; (iii) las mujeres acortan tiempos hacia jefaturas cuando median textos y catálogos.

La ciudad universitaria ofrece un laboratorio donde la docencia se hace legible y esa legibilidad se vuelve poder. La convergencia entre nuestra propuesta y la obra de Laura Graciela Rodríguez muestra que la autoridad pedagógica es un resultado institucional: depende menos del carisma y más de los dispositivos que convierten práctica en regla —y regla en bien público— a lo largo de un corredor institucional que articula aula, oficina y tribunal.

El corredor institucional, por dentro (escenas, documentos y conversiones del mérito)

1) Puerta de entrada: normalismo y gramática del aula

La escena inicial tiene un anclaje urbano e histórico: el Normal N.º 1 "Mary O. Graham", hoy sobre avenida 51 entre 14 y 15, frente al lateral de la Catedral, y la cohabitación temprana con el Liceo Víctor Mercante en Diagonal 77 entre 4 y 5 hasta 1931 (Liceo en la planta alta; Normal en la planta baja). Ese "andar a distancia de pasillo" entre instituciones enseña algo más que geografía: explica cómo se aprende el oficio.

En la sala de profesores, en la preceptoría y en la secretaría, se fabrica una gramática profesional que el normalismo instaló con fuerza: planificaciones anuales, actas de evaluación, registros de asistencia y promoción, cuadros de calificaciones, libros de tema, reuniones de departamento y visitas de inspección. Cada uno de esos papeles es más que trámite: son artefactos de visibilidad que vuelven legible lo que sucede entre docente y estudiantes.

En los Profesorados (letras, historia, ciencias, lenguas), esa gramática se especifica: programas por contenidos, objetivos, secuencia didáctica, criterios de acreditación, instrumentos y rúbricas. Quien egresa lleva, literalmente, una carpeta de evidencias: la práctica ya es documento y, por tanto, primer capital. La particularidad platense—la proximidad física entre Normal, Liceo y Colegio Nacional (Av. 1 entre 48 y 50)—convierte esa gramática en un idioma común del casco cívico: docentes que por la mañana dictan clase en media, por la tarde asisten a un TP en una cátedra universitaria, y al caer el día pasan por una reunión en el Consejo Escolar.

2) Tramo medio: cátedra, inspección y escritura de la norma

El despegue ocurre cuando el aula se dobla en norma. Hay dos vías, que suelen entrelazarse y retroalimentarse:

(a) Vía cátedra (escuela media / universidad)

En el Colegio Nacional o en los liceos, la ayudantía inicia un aprendizaje de escritura evaluable: programas y bibliografías que deben sostenerse ante concursos; jefaturas de trabajos prácticos que exigen criterios y consistencia; direcciones de departamento que integran horarios, espacio áulico y perfiles docentes. En la UNLP, esta vía se formaliza: concurso de oposición y antecedentes, actas de jurado, dictámenes y memorias de cátedra. La pericia se certifica cuando el documento resiste: un programa claro, una bibliografía razonada, un esquema de evaluación replicable.

(b) Vía inspección–gestión (municipio/provincia)

Aquí el aula se traduce en política administrativa. En la inspección de zona se coordinan calendarios, se monitorean tasas de repitencia y abandono, se auditan carpetas de planificación y se recomiendan ajustes curriculares. La dirección de escuela y la rectoría de colegio son laboratorios de gobernanza cotidiana: distribución de cargas horarias, regímenes de convivencia, actos administrativos, relación con familias y articulación con otras instituciones. La escritura cambia de escala: reglamentos internos, lineamientos de evaluación, protocolos de orientación, informes a supervisión y memorias anuales.

Lo que se aprende en esta fase es, en rigor, a "escribir el oficio". Un buen docente ya no es sólo quien "explica bien", sino quien convierte su didáctica en documento que un tercero puede leer, evaluar y exigir. Esa legibilidad es la divisa que circula entre las arenas del casco: del aula a la oficina de inspección, del departamento al tribunal de concurso.

3) Consagración: gobierno escolar y legitimación académica

La consagración llega cuando esa escritura se institucionaliza. En el sistema escolar (municipal/provincial), se traduce en inspecciones generales,

direcciones de nivel y secretarías; en la universidad, en cátedras titulares, direcciones de instituto y, más tarde, articulación con la investigación (proyectos, becarios, informes). La vía nacional—más exigente—demanda densidad de producción: manuales, artículos, traducciones, ediciones críticas, participación en jurados y comisiones de planes y reformas.

El colegio profesional y las asociaciones pedagógicas cierran el circuito: otorgan foros, premios, congresos y dictámenes que convierten la trayectoria en prestigio público; bibliotecas, archivos y museos agregan capital simbólico mediante catálogos y ediciones que circulan más allá del aula.

Tipologías de trayectoria (con su gramática y escena)

1) De aula a rectoría (escuela media).

La carrera comienza en la docencia del Normal y continúa en la escuela media hasta alcanzar jefaturas de departamento y rectorías. Sus escenarios son la sala de profesores, los consejos escolares y la oficina del rector. Su "gramática" es el calendario escolar, los actos administrativos y la gestión de la disciplina y el clima institucional. Lo que cuenta son la continuidad pedagógica y los resultados observables (promoción, permanencia), junto con innovaciones organizativas —tutorías, reordenamientos de horarios para reducir inasistencias— que mejoran la marcha cotidiana.

2) La vía universitaria del concurso (cátedra).

Arranca en ayudantías, pasa por concursos y adjuntías, y culmina en titularidades y direcciones de instituto. Sus escenarios son los pasillos de facultad, los tribunales de concurso y las reuniones de cátedra y de departamentos. La "gramática" es el programa, la bibliografía, la evaluación, la formación de equipos y la publicación. El acumulado decisivo, combina escritura que pasa por jurado y capacidad de liderazgo sostenida en producción continua.

3) De la inspección a la norma (provincia/municipio).

Parte de la docencia y avanza a inspecciones de distrito y generales hasta llegar a direcciones de nivel. Sus escenarios son las supervisiones, los mapas de distrito, los calendarios de visita y las reuniones con equipos directivos. La "gramática" son reglamentos, lineamientos curriculares, resultados medibles y procedimientos. Lo crítico es la consistencia normativa y la articulación entre escuelas: que el papel organice prácticas y mejore los indicadores reales.

4) El patrimonio como obra pública del saber (bibliotecas, archivos, museos).

Nace en el aula y se desplaza a la bibliotecología, el archivo o el museo, hasta arribar a direcciones técnicas. Sus escenarios: salas de catálogo, depósitos, salas de lectura y comités editoriales. Su "gramática" es clasificar, catalogar, preservar y editar guías y catálogos. Lo que pesa es el prestigio: un fondo bien descrito o una edición crítica se vuelve referencia pública con valor en concursos y legitimaciones.

5) Doble titulación y transferencia disciplinar (docencia + disciplina).

Combina profesorado con estudios en historia, filosofía, ciencias u otros, y desde allí avanza hacia cátedras o inspecciones y, más tarde, a liderazgos académicos o de gestión. Sus escenarios: seminarios disciplinares, equipos de cátedra, mesas de examen y jurados. Su "gramática" es la didáctica específica y la traducción del saber experto en currículo enseñable. La ventaja diferencial es la doble acreditación, que acelera ascensos y estabiliza el reconocimiento de pares.

Cruces frecuentes entre rutas

Aula → inspección. El dominio de los procesos escolares, una vez generalizado, se transforma en normativa eficaz.

Cátedra + doble titulación. La publicación disciplinar sostiene concursos y habilita direcciones.

Patrimonio como "desvío virtuoso". La edición y la custodia documental hacen visible trabajo académico y cuentan como producción evaluable.

Cómo "asciende" una carrera (mecanismos de conversión)

Del aula al documento. La experiencia se vuelve trazable: planificaciones, criterios de evaluación y actas fijan evidencias.

Del documento al concurso. La escritura estandarizada —programas, artículos— circula hacia jurados; ganar concursos institucionaliza autoridad.

Del concurso al plan. Cátedras e inspecciones traducen la pericia en reglas y lineamientos; se gobierna mediante papeles que ordenan.

Del patrimonio a la edición. Bibliotecas, archivos y museos convierten custodia en publicaciones —catálogos, ediciones— con alto valor reputacional.

Qué aporta la topografía platense a este proceso

La contigüidad física entre Normal N.º 1 (51 entre 14 y 15), Liceo Víctor Mercante (Diagonal 77 entre 4 y 5, hasta 1931) y Colegio Nacional (Av. 1 y 49) acorta los corredores entre aula, oficina y tribunal. Ese tejido urbano densifica interacciones: compartir docentes, cruzar expedientes, sostener prácticas de escritura comunes. En ese escenario, el mérito viaja mejor: del pizarrón al programa, del programa al jurado, del jurado a la norma que organiza el sistema.

Lectura de conjunto

El corredor institucional no opera como una secuencia lineal, sino como una arquitectura de conversión: enseñar se convierte en escribir; escribir,

en ser evaluado pública y colegiadamente; y esa evaluación, en capacidad de gobernar. La singularidad platense reside en cómo la ciudad alojó y aceleró esos pasajes: proximidad institucional, rituales de concurso, andamiajes administrativos y foros —colegios y asociaciones— que reconocen y distribuyen reputación.

Las cinco rutas aquí descritas nombran gramáticas del mérito y las escenas donde ese mérito se hace público. Allí está la clave: no hay autoridad pedagógica sin papeles que otros puedan leer, auditar y continuar. Entre 1914 y 1972, ese tránsito —de la buena clase a la buena escritura, y de ésta a la buena norma— sostuvo la consagración escolar y universitaria en la capital bonaerense.

Cambios de época (y qué reordenan), con la expansión de los Normales Nº 2 y 3 y la creación de "Ciencias de la Educación" en la UNLP.

1914–1930 — Normalismo, laicidad y oficio docente (la matriz que se expande)

En el arranque, la moral normalista instala una forma de autoridad basada en papeles que dan cuenta de la práctica: planes de clase, cuadernos, actas y evaluaciones. La laicidad fija un ethos profesional: la regla pública —no la convicción privada— ordena lo que vale como "buena docencia". En ese marco, el Normal N.º 1 actúa como escuela madre del dispositivo y, pronto, el ensanchamiento del sistema urbano y demográfico impulsa la creación de nuevos normales en la década siguiente: Normal N.º 2 y Normal N.º 3. No es un mero agregado edilicio: es la multiplicación de la gramática. Los nuevos institutos replican rituales (observaciones, informes, visitas) y formatos de escritura (programas, reglamentos), convirtiendo la regularidad del oficio en estándar ciudadano. Con ello, la ciudad pasa de disponer "un Normal" a disponer un haz de normalismos: múltiples entradas al corredor institucional y nuevos foros de méritos donde las maestras/os normalistas comienzan a diversificar tempranamente sus trayectorias.

1930–1943 — Restauración, escalafón y gobierno del aula (el mérito administrado)

Tras 1930, la matriz normalista no se interrumpe: se administra. En la capital provincial, la "normalización" avanza con intervenciones y reglamentos que encapsulan el impulso reformista en procedimientos: Juntas de Clasificación, escalafones y concursos de oposición y antecedentes traducen la vocación en idoneidad acreditable (títulos, cursos, antigüedad, dictámenes). El Normal N.º 1 sigue oficiando de cabecera, mientras Normal N.º 2 y Normal N.º 3 se consolidan como repetidores de la gramática: rituales de observación, informes y visitas; formatos de escritura (programas, reglamentos, actas) que estabilizan un estándar ciudadano del oficio. La laicidad persiste, ahora administrada por la regla pública y el expediente: lo "bueno" del enseñar vale si queda escrito y es comparable.

1943–1955 — Expansión social del sistema (del aula a la gestión como lenguaje común)

La expansión escolar abre pasillos de ascenso y hace de la gestión una competencia central. Con Normal 2 y 3 en funciones, el corredor institucional recibe más cohortes: egresadas/os pasan de la cátedra de media a jefaturas de departamento, y de allí a inspecciones de zona y direcciones de escuela. El idioma común ya no es sólo la buena clase, sino la estandarización: formularios, calificaciones y promociones comparables.

En este ciclo, los mecanismos de conversión se aceleran: del aula al documento (planificaciones con criterios explícitos), y del documento a la oficina (lineamientos que articulan varias escuelas). La ampliación institucional —con tres Normales que forman y abastecen— alimenta un mercado local de papeles reconocibles: quien domina la escritura del oficio (programa, guía, protocolo) circula mejor entre cátedra, inspección y rectoría.

1955–1972 — Universitarización y concursos (del documento al paper y del paper al plan)

Aquí se densifica el tránsito universitario: la creación y consolidación de la carrera de Ciencias de la Educación en la UNLP reconfigura el horizonte del mérito. La carrera eleva el umbral: ya no alcanza con "saber hacer" y "saber escribir" en clave escolar; hace falta investigar, publicar y competir en concursos de oposición y antecedentes.

Este giro despliega dos efectos:

Efecto credencial: Ciencias de la Educación aporta una lengua teórico-metodológica (psicología educacional, sociología, historia de la educación, didácticas específicas) que sistematiza lo aprendido en la gramática normalista y lo traduce en proyectos, informes y artículos.

Efecto carrera pública: con esa lengua y esos papeles, las egresadas —y en menor medida los egresados— saltan de la escuela al sistema: ingresan a direcciones técnicas municipales/provinciales (currículo, evaluación, orientación escolar), programas de formación docente, institutos de investigación y órganos de planificación educativa. La vía nacional (UNLP, luego CONICET) se vuelve selectiva pero posible: la "firma que se lee" (artículos, manuales, ediciones) reordena la autoridad académica y habilita gobierno pedagógico (cátedras, institutos, decanatos).

Género: rutas, techos y la bisagra universitaria

Ruta femenina central (Normal → Profesorado → Inspección/Dirección): la expansión con Normal 2 y 3 multiplica puestos de entrada y oportunidades de gestión intermedia. Para los nacidos entre 1932 y 1956, Ciencias de la Educación se vuelve bisagra: aporta credenciales universitarias y foros de evaluación por pares (congresos, revistas, concursos) donde el mérito escrito atenúa barreras informales.

Desvíos virtuosos: bibliotecas, archivos y museos —vinculados a los normales y a la UNLP— producen capital simbólico (catálogos, guías, rescates patrimoniales) que cuenta como obra en concursos y legitima conducción técnica.

Doble titulación: Ciencias de la Educación + disciplina (Historia, Filosofía, Ciencias, Letras) acelera acceso a cátedras, comisiones curriculares y direcciones de nivel: la traducción didáctica de saberes disciplinares vuelve estratégico el rol de estas egresadas en reformas y planes.

Mecanismos de conversión del mérito (ahora con escala universitaria y política)

Del aula al documento: la clase deviene plan/programa con criterios y evidencias trazables.

Del documento al concurso: el programa y la bibliografía se vuelven prueba pública ante jurados; la publicación (artículo, manual, informe) estabiliza reputación.

De la cátedra al plan de sistema: egresadas de Ciencias de la Educación traducen cátedras en lineamientos curriculares, normas de evaluación y distribución de horas; lideran mesas técnicas y equipos de formación.

Del patrimonio a la edición: custodiar bibliotecas/archivos deviene ediciones críticas y catálogos —activos evaluables— que abren conducción en ámbitos patrimoniales y en organismos de cultura y educación.

Del plan a la política (nuevo): la expertise en diseño curricular, evaluación y formación habilita cargos de decisión en secretarías municipales, direcciones provinciales e incluso áreas nacionales (educación, cultura, ciencia), integrando equipos de gobierno y consejos asesores. Es el punto donde Ciencias de la Educación actúa como interfaz entre técnica y poder.

Escalas y gobernanza del mérito (con egresadas como operadoras de sistema)

Municipal/Provincial: base de empleo y ascensos por responsabilidad (direcciones, inspecciones, unidades de evaluación). Métrica: continuidad, cobertura, retención, implementación de normativas y programas de mejora. Egresadas de Ciencias de la Educación lideran equipos técnicos, articulan con consejos escolares y sostienen capacitaciones que homogeneizan criterios.

Nacional (UNLP/CONICET y ministerios): corona selectiva por concurso y publicación. Métrica: producción escrita, evaluación de pares, dirección de equipos, jurados y asociaciones. Egresadas con trayectoria en cátedra y gestión escalan hacia institutos, programas nacionales y mesas federales, donde su capital documental se traduce en normas y planes a gran escala.

Indicadores y señales empíricas (qué seguir en los expedientes y en el Quién es Quién)

Trazas del corredor institucional ampliado: títulos de Normal 1/2/3 y Profesorados, primeras horas cátedra, paso a inspección/dirección, y más tarde cargos universitarios y jurados.

Evidencias de conversión: irrupción de programas, manuales, artículos, memorias, congresos y comisiones; participación en colegios/asociaciones pedagógicas.

Marca universitaria (Ciencias de la Educación): presencia en concursos, proyectos de investigación, direcciones de instituto, planes de formación docente y reformas curriculares.

Género y posiciones de poder: tiempos desde primer cargo a primera jefatura, ingreso a comités/jurados, conducción de equipos interjurisdiccionales.

Patrimonial: catálogos, guías, ediciones y reconocimientos a fondos que habilitan direcciones técnicas.

Hipótesis contrastables (afinadas con la expansión institucional)

Corredor Institucional: aula + documento + credencial universitaria (Ciencias de la Educación) predice mejor el acceso a gestión de nivel que la antigüedad a secas.

Ventanas de oportunidad: la probabilidad de concurso universitario y de cargos técnicos asciende en 1955–72 respecto de 1914–55, con un salto específico entre quienes poseen Ciencias de la Educación.

La ruta femenina más extendida —del Normal al Profesorado y de allí a la inspección o la dirección— se ensanchó con los nuevos institutos y encontró en Ciencias de la Educación una verdadera bisagra. Esa formación agregó credenciales y, sobre todo, escenarios de evaluación pública —congresos, revistas, concursos— donde lo escrito pesa más que las redes informales. Cuando hay programa, artículo o informe que otros leen y juzgan, el techo baja unos centímetros.

Un atajo eficaz fue el camino patrimonial: bibliotecas, archivos y museos convirtieron tareas silenciosas en capital visible mediante catálogos, guías y rescates documentales. Esas obras cuentan en concursos y legitiman conducciones técnicas. Otro impulso provino de la doble titulación: sumar una disciplina (Historia, Filosofía, Ciencias, Letras) a la formación pedagógica aceleró el acceso a cátedras, comisiones curriculares y direcciones de nivel, porque quien sabe traducir saber experto en currículo enseñable se vuelve pieza clave en reformas y planes.

Cómo se convierte el mérito cuando la universidad entra en escena

La buena clase se vuelve plan y programa con criterios claros; ese papel

llega a jurados y se sostiene con publicaciones; desde la cátedra, el saber acumulado se transforma en lineamientos y normas de evaluación que ordenan sistemas; y el trabajo de custodia cultural se hace edición y catálogo, con valor reconocido. Cuando esa experiencia se articula en planes de estudio, evaluaciones y formación continua, aparece la decisión política: la pericia técnica pasa a gobernar.

Dónde se decide

En el nivel municipal y provincial se valora la continuidad del trabajo, la cobertura, la permanencia de estudiantes y la puesta en práctica de normas y programas de mejora. Allí muchas egresadas conducen equipos técnicos, coordinan con consejos escolares y sostienen capacitaciones que unifican criterios. En la escala nacional, el ingreso por concurso y publicación abre paso a institutos, programas y mesas federales: la firma que se lee permite transformar documentos en políticas de alcance mayor.

Una mirada en detalle sobre los casos con títulos de los Normales y Profesorados; nos muestra primeros cargos de cátedra, inspección o dirección; aparición de programas, manuales, artículos y memorias; participación en congresos, comisiones y asociaciones pedagógicas; concursos ganados; y, en la vía patrimonial, catálogos y ediciones que habilitan direcciones técnicas.

Quien combina aula y documentos asciende antes que quien confía solo en la antigüedad. Tras 1955 aumentan las oportunidades de concurso y de cargos técnicos, con un salto claro entre quienes cursaron Ciencias de la Educación. Entre las mujeres formadas en estas décadas se acorta el tiempo entre el primer nombramiento y la primera jefatura cuando median publicaciones, equipos y participación en jurados. La doble titulación facilita el acceso temprano a cátedras, coordinaciones de formación y direcciones. Y cuando a esa base se suma conducción de equipos y producción sostenida, se abren también puestos de decisión en educación, cultura y ciencia.

La expansión de institutos, la consolidación universitaria y la escritura como prueba pública hicieron de La Plata una ciudad donde lo pedagógico se vuelve legible y, por eso mismo, gobernable. Esa legibilidad —más que el carisma— ordena quién enseña, quién evalúa y quién diseña la norma. En ese corredor cercano entre escuela, universidad y administración se forjó una autoridad que convirtió práctica en regla, y la regla, en bien público.

La creación de los Normales 2 y 3 multiplicó puertas de entrada y rituales de escritura; la carrera de Ciencias de la Educación en la UNLP subió el umbral al integrar investigación y concursos; y las egresadas de esa carrera se convirtieron en operadoras de la política educativa, capaces de traducir aula en norma, norma en plan, y plan en gobierno.

En esa secuencia se entiende la ciudad educativa: hacer público lo pedagógico no es burocracia, es infraestructura del mérito y cauce del poder. Allí —en los papeles que conectan Normal, Liceo, Colegio, Facultad y Ministerio— se decide, con más precisión que en cualquier discurso, quién enseña, quién evalúa, quién diseña la norma y qué escuela y universidad producen, de hecho, la ciudad.

Vías de ascenso por género en el sistema educativo platense (1914–1972)

Cómo se "convierten" credenciales en cargos y cuándo el capital político masculino reemplaza formación

1) Dos carriles de base, dos gramáticas de mérito

Mujeres. La vía típica se arma en torno al normalismo y los profesorados. El ascenso temprano se sostiene en papeles y concursos: planificaciones verificables, observaciones de clase, jefaturas de departamento y, más tarde, inspección o dirección. La legitimidad es documental (programas, reglamentos, memorias) y se vuelve académica cuando aparece la doble

titulación o Ciencias de la Educación (UNLP), que agrega publicaciones, ponencias e investigación. Resultado: trayectorias más lentas pero densas, apalancadas en criterios formales y evaluaciones por pares.

Varones. Comparten la puerta de entrada (media/cátedra), pero con mayor probabilidad de pasarela rápida a cargos de conducción (rectorías, inspecciones generales, direcciones de nivel, secretarías) vía redes político-institucionales. La gramática dominante es organizativo–política: disponibilidad para cargos, desempeño en comisiones y alineamientos partidarios o de gobierno. Resultado: trayectorias más veloces, a veces con menor densidad formativa que sus pares mujeres.

2) Momentos en que el capital político masculino "abre puertas"

Los casos analizados (≈1914–1931): Contexto de laicidad y profesionalización normalista. El acceso a rectorías e inspecciones mayores ya beneficia a varones con sociabilidad cívica (colegios, clubes, asociaciones de egresados) y vínculos con municipio/provincia. El efecto es una ventaja discreta para varones en cargos directivos; las mujeres crecen en aula y jefaturas, con concurso y papeles.

Para (≈1932–1955): Provincialización y expansión de la matrícula: se multiplican escuelas y cargos designados. Entre tanto 1943–1955 (ciclo de expansión y alta politización): el requisito de lealtad política/administrativa y la creación de nuevas estructuras (inspecciones, direcciones) facilitan ascensos acelerados de varones con buena inserción partidaria o en gabinetes, aun con menor formación específica que mujeres de similar antigüedad. La consecuencia de esto es el máximo diferencial a favor de varones en designaciones discrecionales (interinatos prolongados, comisiones reorganizadoras, direcciones "provisorias").

Mientras que (≈1955–1972): Universitarización del mérito (concursos,

publicaciones) y aparición de Ciencias de la Educación (UNLP) como credencial. Persisten intervenciones y normalizaciones (universitarias y ministeriales) que abren atajos políticos para varones (interventores, directores "normalizadores"), pero el peso del concurso y del texto empieza a acotar la discrecionalidad. El efecto inmediato es que el diferencial masculino se atenúa en cátedras y direcciones que exigen concurso o producción escrita, pero subsiste en escalones de alto mando político (secretarías, subsecretarías, direcciones generales) donde la confianza gubernamental prevalece.

Un Balance temporal nos dice que hay un pico de sustitución política por formación: 1943–1955 (expansión + designación) y etapas de intervención (1955–1958; desde 1966 en Universidad). Luego, un piso de sustitución: ámbitos con concurso y publicación (UNLP, institutos, algunas inspecciones técnicas), donde las mujeres con Ciencias de la Educación y/o doble titulación compiten mejor.

Los Mecanismos concretos que favorecen ascensos masculinos con menor formación tienen que ver con la designación por confianza en puestos de conducción (rectorías, inspecciones generales, direcciones de nivel, secretarías), con bajos requisitos de publicación o sin concurso inmediato. Interinatos extensos y comisiones reorganizadoras que se convierten en "titularidades de hecho". Conectores extraescolares (clubes, colegios profesionales, asociaciones cívicas) que funcionan como mesas de recomendación para gabinetes o direcciones. Traspasos laterales desde otros campos de prestigio masculino (jurídico, ingeniería) hacia la gestión educativa, validando conducción más que formación pedagógica. Capital de disponibilidad (movilidad territorial, tiempo político nocturno), menos accesible para mujeres por roles de cuidado no remunerados.

Por otra parte, Dónde se iguala (o invierte) la ventaja: espacios meritocráticos "documentales". Concursos de cátedra y tribunales: la escritura evaluable (programas, bibliografías, artículos) y la dirección de

equipos pesan más que la recomendación. Ciencias de la Educación (UNLP): provee lenguaje técnico, metodología y foros de publicación; mujeres con esta credencial acortan tiempos hacia inspecciones técnicas, coordinaciones curriculares y cátedras. Patrimonio (bibliotecas/archivos/museos): convierte trabajo invisible en ediciones y catálogos con alta legitimidad en concursos; puerta de conducción técnica feminizada.

Sería necesario seguir las trayectorias comparadas a igual antigüedad: Varón con cargo político alto (secretario, director general, interventor) vs. mujer con mayor titulación (profesorado + Ciencias de la Educación) pero cargo medio (inspección, jefatura). Observar las señales de sustitución política: cargos sin concurso explícito, interinatos largos, menciones a comisiones y normalizaciones. Señales de mérito documental: programas, manuales, artículos, memorias de cátedra, jurados y publicaciones; especialmente en perfiles femeninos. Y detectar cuales son los puentes de poder masculino: referencias a bloques partidarios, gabinetes municipales/provinciales, directorios u órganos de planeamiento sin correlato formativo equivalente. Al mismo tiempo que evaluar los tiempos al ascenso: meses/años desde primer cargo a primer mando; comparando por género y credenciales.

Matriz de capitales y reglas (síntesis operativa)

Ámbito de decisión	Regla dominante	Capital que "pesa"	Efecto de género
Rectorías/Inspecciones generales	Designación/confianza	**Político–organizativo**	Ventaja **masculina** (acceso a gabinetes; interinatos)
Direcciones técnicas/ lineamientos	Mixta (designación + expediente)	**Técnico–documental**	Ventaja **femenina** si hay **Ciencias de la Educación**
Cátedras UNLP/ Institutos	**Concurso + publicación**	**Académico–documental**	Se **acota** la brecha; mujeres con **doble titulación** progresan

Patrimonio (bibliotecas/archivos)	Concurso técnico	**Simbólico–documental**	**Ventana** femenina (ediciones, catálogos)
Secretarías/Ministerios	Confianza y alineamiento	**Político–relacional**	Ventaja **masculina** (redes, disponibilidad)

Las hipótesis que podemos establecer son que: A igual antigüedad, el acceso a puestos designados (rectorías, direcciones generales) es más veloz en varones, controlando por titulación y publicaciones. Entre 1943–1955 y en etapas de intervención/normalización, la probabilidad de ascenso masculino con menor formación específica aumenta. La credencial de Ciencias de la Educación reduce el diferencial: mujeres con esta titulación llegan antes a inspecciones técnicas, coordinaciones curriculares y cátedras. La combinación (cátedra–concurso, patrimonial, doble titulación) neutraliza la ventaja política masculina en ámbitos regidos por escritura evaluable.

Implicancias (históricas y analíticas)

El sistema platense premió dos lenguajes de autoridad: el documental–académico (que favoreció a mujeres con alta formación) y el político–organizativo (que habilitó atajos masculinos). Donde prima el documento (concurso, publicación, catálogo), la brecha se estrecha; donde prima la designación, la brecha se ensancha. La expansión del sistema y las intervenciones políticas fueron ventanas críticas para la sustitución de formación por capital político masculino; la universitarización y Ciencias de la Educación operaron como contrapeso institucional.

No se trata de "talentos" sino de reglas y arenas. Cuando el mérito se hace legible (concurso, publicación, lineamiento), las mujeres ascienden con la lógica que el propio Estado prescribe. Cuando el mérito se traduce en confianza (designación, interinato, gabinete), los varones ascienden con la lógica que las redes permiten. El mapa de La Plata entre 1914 y 1972 muestra, con nitidez, dónde una y dónde otra gramática decide las carreras.

Cuando Laura Graciela Rodríguez abre el Quién es Quién de La Plata no busca anécdotas: busca reglas de pertenencia. En sus trabajos el repertorio biográfico deja de ser un índice y se vuelve un artefacto de clasificación: títulos, cargos, asociaciones, publicaciones; pequeñas piezas que, juntas, dibujan circuitos de legitimidad. Allí aparece el normalismo como gramática de oficio —laicidad, planificación, actas, evaluaciones— y, alrededor, la constelación de colegios preuniversitarios y la UNLP como foros de consagración. Con esa linterna, Laura ilumina una evidencia incómoda y fértil: las mujeres encuentran carreras donde el mérito se despersonaliza en documentos, concursos y textos, mientras los varones avanzan mejor en arenas de designación y confianza.

Tomamos ese punto de partida como una conversación y, a partir de su enfoque, hicimos dos movimientos. El primero fue narrar el mapa: reinstalar a las instituciones en su topografía concreta. El Normal N.º 1 "Mary O. Graham" frente al lateral de la Catedral (av. 51 entre 14 y 15), el Liceo Víctor Mercante y su cohabitación con el Normal en Diagonal 77 hasta 1931 (arriba el Liceo, abajo el Normal), el Colegio Nacional sobre av. 1 entre 48 y 50. Esa proximidad no es un decorado; es un dispositivo urbano que acorta el recorrido entre aula, oficina y tribunal: por la mañana clase, por la tarde ayudantía, al anochecer reunión de consejo o inspección. Leer a Laura nos permitió entender que esas cuadras condensan sociabilidades y reglas.

El segundo movimiento fue volver mecánico lo que en su obra es ya visible: propusimos un modelo procesual —un pipeline— que explica cómo se convierte la práctica en autoridad. Lo formulamos así: del aula al documento (planificaciones, rúbricas, actas), del documento al concurso (programas, bibliografías, artículos), del concurso al plan de sistema (lineamientos, normativas, distribución de horas) y del patrimonio a la edición (catálogos, ediciones críticas) que funciona como "obra pública del saber". Con esa secuencia en la mano, la agudeza de Laura se vuelve operativa: ahora podemos medir dónde pesa más la escritura y dónde prevalece la designación.

Sobre esa base, hicimos tres ampliaciones que dialogan con su agenda:

1) La expansión del normalismo (Normal 2 y Normal 3).

Donde Laura ve el normalismo como matriz, nosotros seguimos su huella y mostramos el efecto multiplicador de la apertura de nuevos normales: más puertas de entrada, más rituales de escritura replicados, más puestos intermedios (jefaturas, inspecciones de zona). El pipeline no se ensancha por azar, sino por infraestructura institucional. Ese ensanchamiento ayuda a explicar por qué muchas trayectorias femeninas encuentran escalones estables cuando el mérito se ancla en papeles verificables.

2) La bisagra de la "Ciencias de la Educación" (UNLP).

Laura interroga la profesionalización; nosotros, siguiendo esa pista, ubicamos a Ciencias de la Educación como umbral de la universitarización del mérito entre 1955 y 1972. La carrera entrega un lenguaje teórico–metodológico, demanda publicación y concurso, y habilita saltos de escala (institutos, direcciones técnicas, articulación posterior con CONICET). El efecto es claro en términos de género: egresadas con esta credencial acortan tiempos hacia cátedras, inspecciones técnicas y coordinaciones curriculares, precisamente en los ámbitos donde manda el documento.

3) Tipologías y periodización fina.

Para volver comparables las trayectorias propusimos cinco gramáticas de carrera aulístico–gestiva; cátedra–concurso; inspección–norma; patrimonial–documental; doble titulación) que no reemplazan su lectura cualitativa, la organizan. Y afinamos las ventanas de época que ella trabaja y volviendo a las periodizaciones podemos afirmar que: 1914–1930 fija la moral normalista: la autoridad viene de la regularidad documentada. 1943–1955 expande el sistema, sube la gestión y con ella las designaciones; es la

ventana donde el capital político masculino reemplaza más fácilmente la formación. 1955–1972 intensifica concursos y publicaciones; la "firma que se lee" recorta la discrecionalidad y abre pasarelas para las mujeres con credenciales universitarias y producción.

El diálogo con Laura también nos obligó a mirar la política sin eufemismos. Donde ella muestra que los repertorios ordenan élites, nosotros agregamos cuándo el capital político sustituye al capital documental: rectorías, direcciones generales, secretarías y etapas de intervención/normalización. Allí, los varones —por redes cívicas y partidarias, por disponibilidad— ascienden más rápido, incluso con menor formación específica que sus pares mujeres. Pero en los espacios regidos por concursos y publicaciones —cátedras, institutos, áreas técnicas— su ventaja se atenúa y, a veces, se invierte.

Para no quedarnos en la impresión, montamos una lectura cuantitativa y visual del Quién es Quién: una red de co-ocurrencias (encabezado–trayectoria–cohorte), un aluvial (formación → trayectoria → cohorte), un heatmap (intensidades por tipo de trayectoria) y un slopegraph (G2: nacidos entre 1916–1931 Vs G3: nacidos entre 1932–1956). No "prueban" más de lo que deben, pero sirven para ver la lógica que su trabajo ya sugería: donde hay papel evaluable, hay mérito transferible y carreras más equitativas; donde hay confianza y designación, se amplía la ventaja masculina.

En síntesis, leemos a Laura para mirar distinto: ella nos enseña que el Quién es Quién revela quiénes son y cómo se forja una élite educativa. Nosotros, sobre esa base, mostramos el mecanismo: cómo la proximidad urbana de Normal–Liceo–Nacional densifica interacciones; cómo la expansión con Normal 2 y 3 ensancha el pipeline; cómo Ciencias de la Educación eleva el umbral y abre la vía documental; cómo las tipologías y la periodización ubican el punto exacto en que el capital político sustituye —o no— a la formación. Si su aporte fija el rostro de las élites, el nuestro

intenta describir el engranaje: aquello que convierte la buena clase en buen documento, el buen documento en buen concurso, y el buen concurso en capacidad de gobierno del sistema educativo platense, provincial y nacional.

Cuando se recorre el damero cívico de La Plata —el Normal frente al lateral de la Catedral, el Liceo de Diagonal 77, el Colegio Nacional sobre la avenida 1— se entiende que la ciudad fue algo más que un escenario: actuó como una máquina que volvió legible la docencia. A pocas cuadras de distancia, el aula, la oficina y el tribunal de concurso se dieron la mano. De ese roce cotidiano nació un modo específico de producir autoridad: la buena clase se escribió, lo escrito se puso a concurso y el concurso se convirtió en gobierno pedagógico.

El capítulo muestra que ese pasaje no fue un salto, sino una cadena. Primero, el oficio se fijó en papeles: planificaciones, actas, rúbricas. Luego, esos papeles entraron al circuito de evaluación pública y de pares: programas, bibliografías, artículos, memorias de cátedra. Finalmente, la experiencia y la escritura se tradujeron en plan de sistema: lineamientos curriculares, normas de evaluación, distribución de horas, inspecciones generales, direcciones de nivel, cátedras titulares. La autoridad, así, dejó de depender del carisma y pasó a descansar en dispositivos: documentos que otros pueden leer, discutir, exigir.

También vimos que la historia no avanzó en línea recta. Entre 1914 y 1930, el normalismo fijó la moral del oficio y su gramática: laicidad, regularidad, archivo. Entre 1930 y 1943 la historia no avanzó: reordenó sus caminos. El impulso reformista quedó encapsulado en procedimientos y la moral normalista se volvió mérito administrado: juntas de clasificación, escalafones, concursos y planillas de observación que tradujeron la vocación en idoneidad acreditable. La laicidad persistió, ahora gobernada por expediente: lo valioso debía constar por escrito y ser comparable. El aula se transformó en escena observada (tiempos, rúbricas, clases de oposición), mientras la ciudad pedagógica —prensa, asociaciones, veladas— hizo de la docencia

una vida pública regulada. La guerra europea ingresó como actualidad cívica (neutralidad, abastecimiento, ciudadanía) sin alterar la matriz de control. Así, cuando en 1943 cambió el clima político, la maquinaria ya estaba montada: aula normada, mérito escalafonado y concurso como teatro de consagración. No fue un paréntesis sino un puente silencioso entre la moral del oficio (1914–1930) y la expansión del sistema (1943–1955). Entre 1943 y 1955, la expansión del sistema ensanchó pasillos de ascenso y elevó la gestión a idioma común. Y entre 1955 y 1972, la universitarización endureció la vara: concursos y publicaciones se volvieron llave de consagración, con la carrera de Ciencias de la Educación como bisagra que ordenó lenguajes, métodos y expectativas de investigación. En ese último tramo, la "firma que se lee" —el texto sometido a juicio— empezó a pesar más que cualquier recomendación.

El género introdujo ritmos distintos. Las mujeres crecieron en los circuitos donde el mérito se despersonaliza: documento, concurso, publicación. Allí acortaron distancias, sobre todo cuando sumaron doble titulación o se movieron por los espacios patrimoniales (bibliotecas, archivos, museos), capaces de convertir trabajo invisible en catálogos y ediciones que cuentan como obra pública del saber. Los varones, en cambio, encontraron ventajas en arenas de designación y confianza —rectorías, direcciones generales, secretarías—, sobre todo en etapas de expansión o de intervención. Cuando la regla fue el expediente, la brecha se estrechó; cuando la regla fue la confianza, se ensanchó.

Las visualizaciones del capítulo ayudaron a ver lo que el relato proponía. La red de co-ocurrencias concentró el peso de Maestro/Profesor en trayectorias de aula y norma, mientras tendía un puente nítido hacia la cátedra universitaria en las cohortes más tardías. El aluvial dejó pasar, como un río, el flujo mayoritario hacia el aula–gestiva (docencia de base) y Inspección–norma (gestión y evaluación) y el engrosamiento de Cátedra–concurso (académico-normativo): trayecto de cátedra y oposición/antecedentes en la última ventana. El mapa de intensidades ubicó cada

encabezado en su gramática de carrera y el gráfico slopegraph muestra, sin rodeos, el corrimiento del premio hacia concurso y publicación. No son fuegos de artificio: son formas de volver visibles patrones que, a fuerza de costumbre, la ciudad daba por descontados.

De este modo, la ciudad aparece como un laboratorio de conversión del mérito. La proximidad edilicia comprimió tiempos y distancias; la expansión institucional —con la multiplicación de los normales— habilitó escalones intermedios; la universidad y sus concursos fijaron estándares; y las asociaciones y patrimonios culturales tejieron reputación durable. Nada de eso es burocracia estéril: es infraestructura del mérito. En ella se decide quién enseña y con qué criterios, quién evalúa y con qué herramientas, quién diseña la norma y para qué escuela.

Quedan, claro, zonas por profundizar: un censo completo de las biografías, el cruce con actas de concurso e informes de inspección, cortes por género y por escala de gobierno. Pero incluso con esas reservas, la trama es consistente. El poder educativo local no se explica por individuos excepcionales, sino por la persistencia de reglas que transforman la vocación en política. Allí donde la escritura se sostiene —en planes, programas, publicaciones, catálogos—, la ciudad encuentra una forma de justicia: la autoridad se gana a la vista de todos. Y ese, al fin, es el mejor legado que deja este recorrido por el grupo educación-universidad: recordar que hacer público lo pedagógico no es un trámite, sino una manera de cuidar el futuro del mérito.

Del foro a la provincia: trayectorias, desvíos y consagraciones del grupo jurídico-estatal platense (1930–1972).

En la historia larga de la justicia provincial, lo primero que se edifica no son carreras sino reglas. Entre la mitad del siglo XIX y los primeros años de la década de 1880, la provincia fija el armazón: jurisdicciones,

escalas, procedimientos, lenguajes de archivo. Ese andamiaje —hecho de constituciones, leyes orgánicas y oficinas— es más que un catálogo normativo: instituye la posibilidad misma de que el mérito sea visible, comparable y, por ello, gobernante. Sin ese suelo, no hay expediente que pese, concurso que valga ni cátedra que consiga traducirse en autoridad.[66]

A partir de 1884, la urbe platense materializa esa abstracción en piedra y

66 El trabajo de Corva es fundamental para comprender las continuidades y lo que se va transformando. Durante 1853–1881; independencia judicial provincial; creación de Suprema Corte (1873) y ley orgánica (1881). Sin este armazón de jurisdicciones, escalas y procedimientos no habría méritos "legibles" en el siglo XX. La Plata pone en piedra lo que el XIX fijó en norma: así se entiende que el expediente pese, el concurso valga y la cátedra pueda traducirse en autoridad. El reglamento interno de la Suprema Corte (1875): funciones del ujier, portero, ordenanzas; planta de personal (1876). Materializa que la justicia no sea una abstracción: es trabajo organizado. Esa microfísica de tareas cotidianas explica por qué tu "corredor" convierte práctica en papel y el papel en poder: hay un dispositivo administrativo que lo hace posible. La descentralización y base territorial (jueces de paz), redefine funciones, elección y descentralización de la Justicia de Paz; suspensión y controversias. El intento por acercar justicia al territorio anticipa el patrón que se dará en La Plata luego: ingreso local → proyección provincial. La red de juzgados crea la rampa por la que, décadas después, escalan carreras "de escalera corta". El fallo de la Suprema Corte en el conflicto por nombramiento de jueces de paz (24/01/1880), muestra que el Poder Judicial no solo aplica reglas: ordena la relación entre poderes. Ese papel arbitral del XIX prefigura los reacomodos 1930–1955 donde tu mapa muestra politización y concursos "calientes". Los Juzgados letrados en campaña (1853) hace que la legibilidad arranque temprano; la instalación de juzgados de primera instancia en la campaña desde 1853; marca la preocupación por descentralizar, formar magistrados y codificar. La legibilidad del trabajo (expediente, sentencia, archivo) no nace en 1884 con La Plata; precede y se continúa en su damero. La Codificación y procedimiento: el idioma común del mérito se establece a partir del procedimiento civil/comercial (1878) y encargo del código procesal penal (1881). La codificación forja un lenguaje técnico compartido. Por eso, en 1955–1972, la "firma que se lee" (dictamen, manual, artículo) pesa más que el apellido. Este capítulo descansa en la premisa: la trazabilidad (plan, acta, programa) convierte la buena clase en mérito público. Aquí la periodización es una herramienta de comprensión, para el caso de Corva 1853-1881, para este capítulo las etapas 1914–1930 / 1943–1955 / 1955–1972: son tramos analíticos que muestran cómo el mismo sistema premia distintos capitales según coyuntura. La Provincia del XIX apuesta por la formalidad (reglas, oficinas). La Plata del XX hereda esa apuesta y la vuelve escena: aulas, rectorías, tribunales, colegios. La proximidad no es detalle geográfico: es infraestructura de igualdad. El mismo argumento con el que defiendo la cercanía entre aula–oficina–tribunal en el siglo XX. Ver: Corva, M. A. (2013). La administración de justicia en la provincia de Buenos Aires, 1853–1881 [Tesis doctoral, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación]. SEDICI Repositorio de la UNLP. https://doi.org/10.35537/10915/30797

rutina. El Palacio de Justicia, las secretarías, los libros de entradas y salidas, los calendarios de audiencia: todo ordena el tiempo social y vuelve mensurables las destrezas. Es aquí donde tu capítulo toma relieve. La ciudad organiza la proximidad entre aula, oficina y tribunal; y esa proximidad produce un corredor de conversión: enseñar se vuelve escribir, lo escrito se somete a juicio público, y ese juicio legitima el gobierno de las prácticas. Lo que Corva muestra como génesis estatal encuentra, en la cartografía platense, su escena cotidiana.

La secuencia es clara: estructura decimonónica → legibilidad del trabajo → carreras del siglo XX. Cuando el siglo gira hacia la regulación —servicios, tarifas, contrataciones—, la "firma que se lee" se impone sobre el apellido; cuando la política irrumpe, las redes reordenan la circulación, pero no anulan el expediente. La coexistencia entre Estado y mercado profesional no nace por espontaneidad, sino por confianza documental: lo público fija gramáticas y umbrales; lo privado las usa, las disputa o las imita. El resultado es una pluralidad de rutas —forense-municipal, académico-reglamentarista, judicial de escalera corta, partidario-experto, empresa pública— que comparten un mismo idioma: papeles que otros pueden leer, auditar y continuar.

También el género se entiende mejor en esta larga duración. Allí donde la evaluación depende de escritura legible por pares, el techo cede; donde impera la cooptación cerrada, persiste. No es un asunto de voluntades aisladas, sino de formas históricas: un diseño institucional nacido sin neutralidad que, de a poco, habilito acceso por la vía de la obra y del dictamen. La ciudad planificada, en suma, no desmiente la provincia del XIX: la pone en acto. Y el Quién es Quién, leído a la luz de esa genealogía, deja de ser repertorio y se vuelve sismógrafo de cómo, cuándo y dónde una firma privada adquiere responsabilidad colectiva.

La cartografía judicial de La Plata no es una mera sucesión de fachadas: es un mapa de poder sedimentado en piedra. Sobre Avenida 13 entre 47 y 48, el Palacio de Justicia fija desde mediados de la década de 1880 el centro

de gravedad de la judicatura provincial. Las obras comienzan en 1883; hacia 1886 ya laten allí los ritmos de estrados y secretarías. Entre 1936 y 1940, las ampliaciones que cierran la manzana sobre 14, 47 y 48 no solo agregan metros: consolidan la centralidad de un edificio pensado para gobernar el tiempo social mediante expedientes, calendarios y sentencias.

A pocas cuadras, en 7 entre 56 y 57, se levanta casi a la par otro volumen de la ciudad. Nace para el Departamento de Ingenieros y luego aloja Legislatura y Vialidad: un recordatorio de que la administración y la técnica suelen preparar el terreno del derecho antes de que los jueces lleguen. Su deriva posterior hacia usos penales (fiscalías, Casación) no hace sino confirmar que, en la capital, las funciones públicas ruedan por el mismo damero y comparten sus pasillos. Más tarde, en 8 entre 50 y 51, se construye en 1952 el ex Gran Hotel Provincial: el edificio excede el marco temporal de usos judiciales aquí considerado, pero su volumen anuncia la posibilidad de otra jurisdicción —la federal— que, décadas después, encontrará allí su sede.

En paralelo a las piedras, avanzan las corporaciones. El Colegio de Abogados de la Provincia de Buenos Aires se crea en 1895; el Colegio de Escribanos, en 1889, y en 1934 recibe reconocimiento legal pleno. En el mapa, estas instituciones se ubican a caballo entre el foro y la calle: bibliotecas, salas de consejo, oficinas de matrícula. En el tiempo, actúan como engranajes de una maquinaria que convierte saber y reputación en autoridad pública.

Conviene, entonces, mirar la geografía y la cronología como un mismo proceso. Desde 1884 a 1972, lo que queda dentro del periodo con uso judicial incontestable es el Palacio de Justicia de Avenida 13: allí se traman las grandes decisiones de la provincia. Los otros hitos —el edificio técnico de 7 y el hotel de 8— completan el telón de fondo: uno muestra cómo la ingeniería y la legislación aproximan la ciudad a su gobierno; el otro, cómo la economía de servicios y el turismo urbano preparan, sin saberlo, un recinto para la justicia federal del porvenir.

Ahora bien, una ciudad no produce carreras jurídicas por generación espontánea. En la urbe, la trayectoria dominante ha sido ingreso local y proyección provincial. Pero ese vector solo se activa cuando confluyen tres capitales: el académico-técnico (cátedra, dictamen, expediente), el político-partidario (comités, listas, lealtades) y el cívico-corporativo (colegios, foros, clubes). El damero ayuda a verlo: de los liceos y el Colegio Nacional a Derecho UNLP; de allí a pasantías, estudios y judicaturas; luego, asesorías municipales o provinciales; y finalmente, los salones de colegios profesionales y los clubes donde se negocia pertenencia. Es una rampa plausible, pero no explica los saltos ni los techos; para eso hay que medir proporciones: ¿qué pesa más en cada caso —la cátedra, la red o el oficio?

Entre 1930 y 1955, la política abre y cierra puertas con brusquedad. Intervenciones, reordenamientos y concursos discutidos muestran que el mérito no camina solo. En ese ciclo, el capital partidario puede pesar más que el linaje, pero no sustituye el oficio: ascienden quienes, sentados en una Asesoría Letrada municipal o en un Tribunal de Faltas, aprenden a firmar —y sostener— dictámenes bajo presión. Si una parte significativa de quienes llegan a cargos provinciales pasó por esas antesalas, el "ingreso local" deja de ser folclore y se vuelve mecanismo.

El giro 1955–1972 reordena el tablero. Se expanden las áreas técnico-reglamentarias —contrataciones, servicios públicos, control de legalidad— y con ellas se premia la experticia documentada: manuales, informes, comisiones, tarifas, expropiaciones. La "carrera de dictamen" —Fiscalía de Estado, Asesoría General de Gobierno— se vuelve ruta real a la consagración. Aquí, la medida no es el apellido sino la densidad de firmas: expedientes con trazas repetidas de un mismo nombre anticipan el salto de Dirección Jurídica a Subsecretaría. Una cartografía de expedientes, superpuesta a la de edificios, revelaría que la autoridad crece donde se superponen el Palacio de Justicia, los ministerios y las oficinas técnicas.

Existen, además, desvíos útiles. Uno pasa por las empresas públicas del cordón industrial —YPF Ensenada, Astillero Río Santiago, Obras Sanitarias—, verdaderas escuelas del derecho público económico: pliegos, contratos complejos, responsabilidad estatal. Quien domina ese mundo suele regresar a Provincia o a Nación con rango y oficio, incluso sin apellido influyente. Otro desvío transcurre por la prensa jurídica y las comisiones codificadoras: columnas, anales, códigos comentados. No es vanidad; es capital simbólico que baja el costo de entrada a cátedras y concursos y empuja hacia los órganos de control de legalidad.

De este modo, la cartografía —Palacio en 13/47-48; ingeniería-legislación en 7/56-57; hotel en 8/50-51; colegios profesionales en su propio eje— y la cronología —1880s fundacionales, 1930s de consolidación edilicia, 1950s-70s de tecnificación— cuentan una misma historia: la justicia, en la ciudad universitaria, se construyó como infraestructura del mérito. Enseñar devino escribir; escribir, ser evaluado; y la evaluación pública, gobernar. Los edificios indican dónde se acumula ese poder; los expedientes, cómo se lo gana. Quien quiera probarlo puede seguir tres huellas: publicaciones de dictamen y su secuencia con ayudantías de cátedra; pasos por asesorías locales antes del salto provincial; y firmas reiteradas en expedientes regulatorios previas a nombramientos. Si las curvas coinciden, el mapa y la serie temporal dirán lo mismo que ve el paseante atento al cruzar Plaza Moreno: la ciudad hace legible el trabajo jurídico y, por eso mismo, lo convierte en autoridad.

Hasta las cohortes nacidas a comienzos de los años treinta, la incorporación femenina al mundo jurídico siguió rutas previsibles: auxiliarías, defensorías, docencia. La expansión existía, pero con techo visible en magistraturas y jefaturas legales. El litigio por el derecho a ejercer —cuando lo hubo— abrió una ranura normativa y simbólica que no abolió el límite, pero lo fisuró. Pregunta empírica: en los repertorios profesionales de 1950–1970, ¿cuántas firmas femeninas aparecen en dictámenes y cuántas en titularidades de cátedra o conducciones de asesorías? Si la curva crece en

docencia y defensorías y se aplana en jefaturas, el "techo" no es metáfora: es estructura.

Del lado de la articulación entre partido y experticia, abundan trayectorias que combinan comité y doctrina. No se trata de "politicismo" vacío, sino de regulación con base técnica. Los saltos hacia la Nación tampoco dependen solo del color de la boleta: exigen traducción regulatoria —educación, justicia, servicios— que un jurista pueda acreditar. La verificación es concreta: ¿qué dictámenes, qué ponencias, qué comisiones respaldan cada salto? Cuando esa huella existe, la proyección política aparece como prolongación de la pericia.

También existe la "judicial de escalera corta": prosecretaría, secretaría, juzgado de paz, cámara. Menos estridente, más sostenida. Su llave no es el golpe de efecto, sino el patrón de corrección (baja conflictividad, expediente pulcro) combinado con una sociabilidad de exposición moderada (colegio profesional por encima del comité). Esa mezcla ofrece estabilidad y alcance, aunque con menor proyección nacional. Un contraste útil: quienes llegan a cámara sin marcas partidarias fuertes suelen exhibir alta densidad de foros y clubes; éstos actúan como conectores blandos.

Los apellidos pesan, pero no siempre de la misma manera. Entre 1930 y 1955, linaje y comité son palancas decisivas —siempre mediadas por oficio—. Entre 1955 y 1972, la demanda de áreas técnico-reglamentarias (contrataciones, tarifas, empresas públicas) desplaza el acento hacia la experticia documentada. Conviene mirar a los "primeros universitarios" sin capital familiar: si su número crece en los sesenta gracias a concursos y dictámenes, el giro regulatorio abrió puertas reales.

La sociabilidad corporativa —colegios profesionales y clubes— cumple una función de acelerador. Sus directivas empujan designaciones municipales (asesorías, faltas), y esas designaciones alimentan concursos provinciales.

El circuito es rastreable: club → asesoría municipal → dirección jurídica provincial. Para aislarlo del factor partidario, basta comparar trayectorias con baja militancia explícita: si aun así ascienden, el capital cívico-corporativo alcanza.

Los cortes biográficos —1943, 1955, 1966— reordenan el tablero. Hay cesantías, exilios y retornos. En los sesenta, el mérito de la resistencia se capitaliza cuando vuelve acompañado de obra, clase y red. Las redesignaciones favorecen a quienes sostuvieron producción escrita (manuales, comentarios, artículos), no sólo lealtad partidaria. El cruce entre reingresos y publicaciones lo vuelve visible: si coinciden, la escritura funcionó como garantía de continuidad.

En este marco, las figuras extraordinarias importan menos por su nombre propio que por el tipo que encarnan: el litigio que perfora la norma corporativa desde la técnica; el constitucionalismo que tiende puente entre cátedra y ciudadanía; el rectorado reformista que convierte la universidad en organizadora de la escena cívica; la sinergia partido-regulación que habilita saltos de escala. Lo común es la secuencia verificable: programas de cátedra, dictámenes, comisiones, cargos colegiados, ministerios. No hay milagro: hay encadenamientos.

El mapa, leído así, es una novela coral. Auxiliares que crecen al calor de asesorías municipales; docentes que convierten la buena clase en autoridad de dictamen; militantes que traducen ley en política pública; forenses que hacen de las empresas estatales una escuela de contratos; mujeres que disputan firma, aula y oficina en un campo que las quiso de borde; jueces de escalera corta que cuidan el expediente y evitan el estruendo; columnistas que legitiman con tinta lo que más tarde rubrican con sello. La capital bonaerense, en suma, muestra cómo una ciudad convierte trabajo legible en poder: la trayectoria típica marca el cauce; las anomalías revelan por dónde ese cauce se ensancha o se desborda.

La historia profesional no avanza en línea recta; se organiza por generaciones y coyunturas. En la capital provincial, el campo jurídico nace al calor del Estado y, poco a poco, aprende a convivir con un mercado propio. Para verlo con claridad conviene leer las cohortes por año de nacimiento: quienes llegan al mundo antes de 1931 se forman en un ambiente donde el empleo público es el horizonte natural; las generaciones nacidas entre 1932 y mediados de los cincuenta crecen, en cambio, en una ciudad con administración más compleja, empresas públicas robustas y un tejido corporativo privado que empieza a demandar servicios estables.

En la primera franja, la puerta de entrada más segura es doméstica: auxiliarías, asesorías locales, docencia. Esa combinación otorga estabilidad y reconocimiento, pero rara vez rompe el techo de las jefaturas y las magistraturas. La explicación es estructural: el Estado provincial concentra recursos, fija estándares y distribuye reputación. Quien enseña y tramita bien, asciende; quien además escribe —dictámenes, programas, informes—, asciende antes. Sin embargo, el campo permanece estatalizado: la clientela fuera del sector público existe, pero es complemento, no columna vertebral.

El cambio se percibe con nitidez entre los nacidos después de 1932. La expansión de áreas técnico-reglamentarias a partir de mediados de los cincuenta —servicios públicos, contrataciones, tarifas, expropiaciones— recompensa la pericia documentada por encima del apellido. Las empresas públicas del cordón industrial funcionan como escuelas de derecho económico; desde allí se vuelve posible regresar a la Provincia o saltar a la Nación con rango. Al mismo tiempo, surge un mercado que ya no depende exclusivamente del Estado: estudios que atienden personas (civil, laboral, familia) y carteras corporativas (bancos, aseguradoras, frigoríficos, constructoras) con contratos continuos, pliegos y directorios. No sustituye lo público: convive con ello y, a menudo, lo alimenta.

El género revela con particular crudeza la mecánica de los cambios. Hasta los nacidos a comienzos de los años treinta, las mujeres entran por auxiliarías y docencia, avanzan en defensorías y chocan con límites en juzgados y jefaturas. En las cohortes posteriores, su presencia crece en cátedras y en asesorías técnicas. Donde la evaluación se basa en escritura legible por pares —programas, artículos, catálogos—, el techo desciende: no desaparece, pero se vuelve disputable.

Las trayectorias no dependen solo del expediente. La sociabilidad cívico-corporativa —colegios profesionales y clubes— actúa como conector blando: acelera designaciones municipales y allana concursos provinciales, incluso cuando la militancia partidaria es débil. La prensa jurídica y las comisiones editoras cumplen otro papel: transforman doctrina en capital simbólico y bajan el costo de entrada a las cátedras. A la inversa, en los periodos de intervención política (1930–1955) el linaje y el comité pesan más que la técnica; tras 1955, el péndulo favorece la firma que se lee.

De aquí se desprenden pruebas sencillas. Si, a diez o quince años, la combinación de docencia y dictamen mejora la probabilidad de un cargo provincial, el doble anclaje es un buen predictor. Si la experiencia en empresas públicas antecede ascensos, el atajo existe. Si publicaciones y comisiones preceden concursos, la tinta amplifica. Si, tras las rupturas de 1943, 1955 y 1966, reingresan primero quienes sostuvieron obra escrita, entonces la escritura no adorna: garantiza continuidad.

El esquema general, por tanto, no es el de una flecha sino el de una trama. Se aprende a firmar (dictamen), a enseñar (cátedra) y a tejer vínculos (colegios, foros, clubes). Cuando esas tres artes coinciden, una biografía deja de ser un currículum y se convierte en poder público. Eso es, al fin, lo que puede leerse en los repertorios biográficos de la ciudad: el instante en que una firma privada adquiere responsabilidad colectiva. Y ese instante se sitúa mejor cuando se cruzan tres mapas: el de las cohortes (quién nació cuándo),

el de las clientelas (personas o corporaciones, Estado o mercado) y el de los edificios donde se procesa la autoridad —tribunales, ministerios, colegios, bibliotecas—. Allí se ve con claridad lo esencial: la Provincia no borra a la ciudad; la reordena. El mercado no sustituye al Estado; se asienta a su lado. Y el mérito, en ese equilibrio inestable, es menos un atributo individual que el producto de instituciones que lo hacen visible, comparable y, por lo mismo, gobernante.

Entre fines del siglo XIX y los setenta, el campo jurídico platense no se ordena por una sola vía de ascenso, sino por varias rutas que dialogan con el damero urbano, las corporaciones profesionales y los ciclos políticos. Ya vimos que la ciudad montó una arquitectura de conversión —enseñar, escribir, ser evaluado y, desde allí, gobernar—; lo que sigue identifica las formas históricas que tomaron esas trayectorias cuando el Estado provincial fue centro de gravedad y, luego, cuando emergió un mercado profesional que convivió con él.

Forense-municipal "de apellido" con consagración provincial.

La entrada se da por asesorías letradas y tribunales de faltas del municipio; el salto se consolida en direcciones jurídicas y órganos rectores de la Provincia. La cartografía es transparente: del Palacio Municipal y el Colegio de Abogados a los salones del Palacio de Justicia; los clubes de la ciudad actúan como antesala de legitimidad. En los años de intervenciones y reacomodos (1930–1955), el nombre propio pesa; pero incluso allí el expediente prolijo y la docencia agregan densidad.

Académico-reglamentarista (cátedra + asesoría técnica).

Cátedras en derecho público, comisiones de contratos y tarifas, informes sobre servicios: aquí la firma que se lee vale más que el linaje cuando se impone el giro regulatorio (1955–1972). La experiencia en organismos

técnicos provinciales funciona como bisagra entre el aula y la norma. Es la ruta que mejor expresa la lógica platense de convertir saber en gobierno.

Judicial "de escalera corta".

Del pasillo de secretarías a la cámara local, pasando por juzgados de paz. Ruta silenciosa, sostenida por el patrón de corrección (expediente cuidado, baja conflictividad) y una sociabilidad de baja exposición partidaria. Colegio profesional y clubes proveen los puentes laterales; el Palacio de Justicia, el escenario final.

Partidario-experto (dictamen + comité).

Quien domina áreas sectoriales —educación, interior, obra pública— y articula con el partido puede saltar a la Nación sin "consagración" plena en la Provincia. La clave, otra vez, es verificable: dictámenes, ponencias, comisiones. La política, en este molde, no suplanta la técnica: la prolonga.

Forense-empresa pública.

YPF Ensenada, Astillero, Obras Sanitarias: verdaderas escuelas de derecho económico. Desde allí se vuelve posible regresar con rango a la Provincia o escalar a ministerios. Es el desvío que crece con las generaciones nacidas después de 1932, cuando la administración técnica y el tejido industrial establecen demanda estable de pericia.

Prensa jurídica y capital simbólico.

Columnas, anales, códigos comentados y comisiones editoras convierten doctrina en reputación circulante. En el mapa, esto une bibliotecas, facultad y colegios profesionales; en la serie temporal, reduce el costo de entrada a cátedras y concursos.

Trayectorias femeninas “de borde”.

Hasta las generaciones nacidas a inicios de los treinta, el acceso es por auxiliarías, defensorías y docencia; el techo se nota en magistraturas y jefaturas. Con las cohortes posteriores, crece la presencia en cátedras y asesorías técnicas: allí donde la evaluación se apoya en escritura legible por pares, el límite desciende. La ciudad, no obstante, conserva resistencias en los cargos de tope hasta los setenta.

Ingreso “sin apellido” por concurso.

Primera generación universitaria que arma carrera por obra y expediente. Esta ruta prospera cuando se consolida la demanda regulatoria y cuando el Colegio de Abogados y las comisiones ofrecen foros de validación no hereditaria.

Trayectorias interrumpidas y retornos.

Los cortes de 1943, 1955 y 1966 desordenan y vuelven a ordenar. En los sesenta, el mérito de la resistencia cuenta si llega con libros, artículos y clase sostenida: la reentrada por obra, más que por lealtad, es un rasgo del período.

Híbridos cívico-asociativos.

La gobernanza de colegios profesionales y las directivas en clubes producen visibilidad social que acelera designaciones municipales y, luego, provinciales. No sustituyen al partido ni a la cátedra: los articulan.

Si atamos estas formas a lo ya expuesto —edificios, corporaciones, cohortes—, emerge el patrón de fondo. En la larga duración, ingreso local y proyección provincial siguen siendo la regla; pero desde mediados del siglo XX aparece con nitidez un mercado profesional que convive con el Estado: estudios que atienden personas (civil, laboral, familia) y carteras corporativas (bancos, aseguradoras, frigoríficos, constructoras) sostenidas por contratos

y pliegos. El Estado no desaparece; reordena. El mercado no reemplaza; se acopla. Y el mérito, en ese equilibrio inestable, deja de ser un atributo íntimo para convertirse en resultado institucional: algo que ocurre cuando la ciudad pone a dialogar el aula con el expediente, la escritura con el concurso, y la sociabilidad —colegios, foros, clubes— con los mármoles del Palacio. Allí se deciden, con mayor precisión que en cualquier relato individual, las cuestas y atajos de cada generación.

Trayectorias que coexisten: una lectura por periodos

La ciudad ofrece, desde fines del siglo XIX hasta comienzos de los setenta, un campo jurídico donde coexisten rutas de ascenso que no se excluyen, sino que se apoyan en la geografía institucional (Palacio de Justicia, municipios, facultad, colegios profesionales, empresas públicas) y en economías de reputación (expedientes, cátedras, dictámenes, prensa). El resultado no es una línea recta, sino un corredor institucional con bifurcaciones previsibles y desvíos productivos.

Periodizaciones útiles

Fundación y primera consolidación (1880s–1929): el Estado provincial es el gran empleador y árbitro; el mercado privado existe, pero como complemento.

Politización y reacomodos (1930–1955): intervenciones y reordenamientos abren puertas y cierran otras; pesan el apellido y la red, aunque el oficio y la docencia amortiguan vaivenes.

Giro regulatorio (1955–1972): se expanden áreas técnico-reglamentarias (servicios, tarifas, contrataciones, empresas públicas); la firma que se lee (dictamen, artículo, manual) vale más que el linaje. Aquí se afirma un mercado profesional que convive con el Estado: estudios con clientela individual y carteras corporativas sostenidas por contratos.

Tipologías de trayectoria (clasificación histórica, no biográfica)

Forense-municipal con consagración provincial

Ingreso por asesorías municipales o tribunales locales; salto a direcciones jurídicas y órganos rectores de la Provincia. Condiciones de posibilidad: sociabilidad densa (colegio profesional y clubes) + expediente prolijo. Clima favorable: 1930–1955.

Académico-reglamentarista (cátedra + asesoría técnica)

Cátedras de derecho público, comisiones de contratos y tarifas, informes regulatorios. Condiciones: escritura evaluable por pares + trabajo en organismos técnicos. Clima favorable: 1955–1972, cuando la pericia documental desplaza al linaje.

Judicial de "escalera corta"

De secretarías y juzgados de paz a cámara local. Condiciones: patrón de corrección (baja conflictividad, expediente cuidado) + redes de exposición moderada (colegio > comité). Resultado: estabilidad y alcance sin necesidad de gran capital partidario.

Partidario-experto (dictamen + comité)

Especialización sectorial (educación, interior, obra pública) articulada con organización partidaria. Condiciones: dictámenes y ponencias verificables. Resultado: posibilidad de salto directo a Nación sin "consagración" previa en la Provincia.

Forense-empresa pública

Estaciones en YPF, astilleros, obras sanitarias, telecomunicaciones: escuela

de derecho público económico. Condiciones: dominio de pliegos y contratos complejos. Resultado: retorno a Provincia o Nación con rango técnico.

Prensa jurídica y capital simbólico

Columnas, anales, códigos comentados, comisiones editoras. Efecto: baja el costo de acceso a cátedras y concursos; la doctrina se convierte en reputación circulante.

Trayectorias femeninas "de borde"

Hasta los nacidos a inicios de los treinta, entradas por auxiliarías, defensorías y docencia, con techos en jefaturas y magistraturas. Entre los nacidos después, crece la presencia en cátedras y asesorías técnicas; donde la evaluación depende de escritura legible, el techo desciende, sin desaparecer.

Ingreso "sin apellido" por concurso

Primera generación universitaria que arma carrera con obra, expediente y aula. Clima favorable: 1955–1972, cuando la demanda regulatoria y los concursos ganan densidad.

Trayectorias interrumpidas y retornos

Cortes de 1943, 1955 y 1966 reordenan biografías. En los sesenta, la resistencia con obra (libros, artículos, clases) se capitaliza como garantía de continuidad.

Híbridos cívico-asociativos

Gobernanza en colegios profesionales y directivas en clubes producen visibilidad social que acelera designaciones municipales y luego provinciales; no sustituyen partido ni cátedra: los articulan.

Estado y mercado: cuándo nace la convivencia estructural

El mercado extraestatal puede fecharse con mayor nitidez a partir del giro 1955–1972:

Clientela individual: civil, laboral, familia sostienen estudios locales.

Clientela corporativa: bancos, aseguradoras, frigoríficos, constructoras abren carteras estables con pliegos y contratos.

Mixtura consolidada: cargo público + cartera privada deja de ser residual y se vuelve doble columna de la carrera.

Indicadores que permiten verificar (y clasificar)

Puertas de entrada y su rendimiento a 10–15 años (auxiliarías, asesorías, docencia, prensa).

Dictámenes regulatorios (número, tema, comisiones) y su asociación con saltos de escala.

Pasos por empresas públicas y retornos con rango.

Densidad cívico-corporativa (colegio y clubes) en trayectorias con baja militancia.

Publicaciones previas a concursos en control de legalidad.

Trayectorias femeninas: dónde sube la curva (cátedras, asesorías) y dónde se aplana (magistraturas de tope).

Entre el siglo XIX y el XX no cambió solo el decorado; cambió la escala y el modo en que la provincia se pensó a sí misma. La lectura de María Angélica

Corva fija el punto de partida: antes de La Plata hay un Estado que aprende a administrar justicia con reglas, fueros y procedimientos. Esa arquitectura —hecha de leyes, reglamentos y archivos— crea una lengua común para nombrar conflictos y resolverlos. Lo que tu capítulo muestra es cómo, tras la fundación de la ciudad, esa lengua se materializa en edificios, horarios, expedientes y carreras, hasta convertir a la urbe platense en una máquina de legibilidad: aquí las prácticas se vuelven papeles, y los papeles, autoridad.

La continuidad más nítida entre XIX y XX es, justamente, la apuesta por la formalidad. La provincia decimonónica eligió el expediente frente al arreglo informal; la ciudad planificada del siglo XX puso en escena esa elección con su damero de instituciones cercanas entre sí: facultad, tribunales, ministerios, colegios profesionales, bibliotecas. La proximidad no es detalle urbanístico; es el andamiaje que permite comparar, auditar y, por lo mismo, gobernar. De allí que el "mérito" no sea una cualidad íntima, sino un resultado social: vale en la medida en que otro puede leerlo.

Lo que sí se transforma es el uso de esa formalidad. En la primera mitad del siglo XX, el patrón dominante es "ingreso local y proyección provincial", administrado por redes y apellidos que conviven con el oficio. Desde mediados de los cincuenta, el tablero gira: crecen las áreas técnico-reglamentarias (servicios, tarifas, contrataciones) y la firma que se lee —dictamen, manual, artículo— pesa más que el linaje. La capital, ya consolidada como sede administrativa y política, premia la pericia documentada; al mismo tiempo, aparece con claridad un mercado profesional que no reemplaza al Estado, pero coexiste con él: estudios que atienden clientelas individuales y carteras corporativas que demandan escritura experta y continuidad contractual.

En ese pasaje, la universidad ocupa un lugar bisagra. Si el XIX de Corva garantizó el "suelo" de la legalidad, el XX platense hizo de la cátedra y el concurso el "techo" de la consagración. Enseñar, escribir y ser evaluado se vuelven eslabones de un corredor de conversión: la buena clase deviene buen

programa; el programa, dictamen; el dictamen, línea de política. Por eso las trayectorias que mapeás —forense-municipal, académico-reglamentarista, judicial de escalera corta, partidario-experto, empresa pública— no son excepciones: son formas históricas de traducir saber en gobierno.

También el género se entiende mejor en esta doble clave. La estructura nacida sin neutralidad en el XIX fija umbrales altos; en el XX, esos umbrales ceden allí donde rige la evaluación escrita y pública, y resisten donde prevalece la cooptación cerrada. La expansión de matrículas y cátedras abre ventanas sin derribar todos los techos: la ciudad amplía el juego, pero no lo iguala de una vez.

La cartografía de sedes —Palacio de Justicia, facultad, ministerios, empresas públicas— ayuda a ver la economía política de la reputación: los edificios no son telón de fondo, son nodos donde se acumulan firmas, se cruzan redes y se toman decisiones. Por eso los cortes políticos (1930, 1955, 1966) no anulan la continuidad; la reordenan. Quien vuelve con obra y clase reingresa mejor: la legalidad de largo plazo protege, en parte, de la intemperie coyuntural.

En suma, el diálogo con María Angélica Corva permite nombrar con precisión lo que continúa y lo que cambia. Continúa la centralidad del documento, la jerarquía de fueros, la proximidad como garantía. Cambia la orientación del premio: de la sociabilidad heredada al rendimiento escrito; del expediente local al dictamen regulatorio; de la clientela estatal exclusiva a la coexistencia con clientelas privadas. La fundación de La Plata y su consolidación como sede administrativa, política, económica, social y cultural no clausuran el siglo XIX: lo actualizan. Y es en esa actualización —cuando una firma privada se vuelve responsabilidad colectiva— donde la ciudad revela su vocación más profunda: hacer visibles las competencias y convertir esa visibilidad en poder público.

A larga distancia, el patrón sigue siendo ingreso local y proyección provincial; la proyección nacional aparece cuando expertise y organización política convergen. La trayectoria clásica se confirma, pero no basta para explicar ascensos: los periodos 1930–1955 (politización) y 1955–1972 (tecnificación regulatoria) reordenan premios y filtros. En ese vaivén, la ciudad demuestra cómo convierte trabajo legible —dictamen, cátedra, prensa— en poder público, mientras un mercado profesional coexiste y, a menudo, alimenta al Estado. Esa es la trama —no la excepción— que el mapa edilicio y las cohortes ayudan a ver con claridad.

Cálculo, obra y ciudad: trayectorias del grupo de Ingeniería y Arquitectura (1930–1972)

En la arqueología social de La Plata, los cimientos no son solo de ladrillo: están hechos de hombres, oficios y coyunturas. Entre ellos, los tres mil italianos que llegaron con herramientas y esperanzas imprimieron una firma indeleble. Su trabajo, organizado en cuadrillas y empresas familiares, dio a la ciudad no solo paredes sino capacidad de construir—esto es, una cultura técnica que sobrevivió a los vaivenes del ciclo económico y a los cambios de régimen.

La cronología de la piedra sigue la de los mercados. La crisis de 1890 contrajo los plazos, paró andamios, devolvió capataces al puerto y dejó a medio hacer proyectos que habían nacido con la euforia fundacional. Hacia 1905, con la reactivación, retornó la obra pública y privada: se retomaron escuelas, hospitales, dependencias administrativas; la ciudad dejó de ser un plano para convertirse en práctica cotidiana. El verdadero salto, sin embargo, llega desde fines de la década de 1920: auge de crédito, provincialización de programas, crecimiento demográfico y, con ellos, un nuevo régimen constructivo donde Estado y mercado se alimentan mutuamente. No es casual que en esos años proliferen licitaciones, contratos simultáneos y series de edificios tipificados: la arquitectura se vuelve también política de masas.

Dentro de ese arco, la trayectoria de un constructor italiano: Orestes Santospago—formado en los Apeninos, arribado en 1896—sirve de emblema. Levantó talleres en la periferia, montó oficinas en la cuadrícula y, con paciencia de artesano y escala de empresario, pasó de refacciones a programas. Asociado luego con un ingeniero de su propia red familiar, transformó la obra singular en capacidad de serie: hospitales en cadena, pabellones, tribunales, depósitos, cuarteles, escuelas normales y nacionales. En 1928, su firma rubricó un contrato que es síntesis de la época: ciento diez edificios escolares simultáneos para la Provincia. La ciudad—y buena parte de la geografía bonaerense—se convirtió en un mapa de frentes de trabajo que, al mismo tiempo, eran un mapa de ciudadanía.

Esa misma empresa combinaría, con naturalidad de época, infraestructura pública y encargos privados: salas de hospitales de colectividades, aulas de escuelas étnicas, viviendas patronales, quintas-laboratorio con invernáculos y viñedos, una casona de los años treinta con mármoles de Carrara y vitrales que testimonia la alianza entre capital migrante, saber técnico y orgullo comunitario. Allí, la beneficencia convivía con el negocio; y la sociabilidad italiana—institutos culturales, colegios profesionales, asociaciones de constructores—operaba como banco de crédito reputacional: se confiaba porque se podía ver, tocar y volver a contratar. Que su nombre no figure en repertorios biográficos locales por la fecha de su muerte no borra el hecho sustantivo: sin ese empresariado inmigrante la ciudad habría sido menos densa, menos pública y menos moderna.

A la vez, la década de 1930 y los primeros cuarenta consolidaron un gesto estatal que dejó huellas en toda la provincia: edificios de municipios, mataderos, portales cívicos y obras viales bajo una estética de modernidad autoritaria. La urbe platense recogió esa ola como capital administrativa y nodo técnico: dibujantes, topógrafos, capataces, ingenieros y proveedores orbitaban entre obra y oficina, entre el pliego y el hormigón. La monumentalidad de Francisco Salamone no fue capricho: respondió a la

voluntad de hacer visible al Estado en la vida diaria, fijando en piedra lo que los reglamentos ordenaban en papel.

La historia social de la construcción en la ciudad planificada, así leída, es una historia de oleadas: retracción de 1890; repunte de 1905; expansión pública y privada desde fines de los veinte; estandarización y monumentalidad en los treinta; y una institucionalidad técnica que permite pasar del oficio individual a la capacidad colectiva. En cada ola, la inmigración italiana funcionó como bisagra productiva: aportó mano de obra calificada, empresas capaces de escalar, redes mutuales y una ética del trabajo que la República distinguió con honores. Pero, más decisivo aún, aportó una gramática: la ciudad se hacía en la obra y se legitimaba en la oficina; se medía por plazos, cubicaciones y partidas; se recordaba en placas pero, sobre todo, en series—escuelas, hospitales, juzgados—que extendían ciudadanía.

No es un detalle ornamental que de aquellas empresas quedaran también espacios de hospitalidad: quintas abiertas a docentes, alumnos y visitantes; jardines e invernáculos como laboratorios de modernidad doméstica; donaciones en tiempos de guerra enviadas desde los propios cultivos. La construcción no fue solo extracción de renta; fue también infraestructura social que unió la plaza pública con la mesa común.

Podemos cerrar con una escena doble, porque doble fue el corazón de este proceso. Amanecer de obra: el residente revisa compactaciones, la cuadrilla espera, el topógrafo alinea, la grúa inicia su jornada; a unas cuadras, amanecer de oficina: un dibujante corrige el plano, un jefe subraya en rojo un artículo del código que deberá ajustarse al tránsito que crece. Entre ambas escenas se reparte el siglo: la ciudad que se levanta y la ciudad que se administra. La capital se volvió lo que es—sede administrativa, política, económica, social y cultural—porque aprendió a tejer esas dos mitades con continuidad y con cambios: continuidad en la apuesta por la obra como fábrica de ciudadanía; cambio en la escala, la financiación y la visibilidad del

Estado. En ese tejido, los italianos—de la cuadrilla anónima al empresario con sello—dejaron algo más que ladrillos: dejaron una capacidad histórica de construir, normar y gobernar, que explica por qué, cuando el ciclo lo permitió, la ciudad supo multiplicarse en piedra sin perder el pulso humano que la fundó.

En La Plata, entre 1930 y 1972, las biografías de ingenieros e ingenieras, arquitectos y arquitectas no componen una línea recta, sino un corredor con estaciones previsibles y desvíos fértiles. La cadena más frecuente enlaza los colegios técnicos (dibujo, topografía, oficios de obra) con la UNLP (Ingeniería/Arquitectura), continúa en Direcciones de Obra Pública y de Servicios —provinciales y municipales: Vialidad, Hidráulica, Aguas, Gas, Energía—, se proyecta hacia estudios y constructoras y concluye en colegios profesionales. No es un simple itinerario laboral: es una economía de acreditaciones que convierte el hacer material en autoridad técnica y, desde allí, en autoridad de gobierno.

Cada escala cumple un papel específico. La provincia funciona como plataforma: concentra obra pesada, contratos de magnitud, maquinaria, laboratorios y un régimen documental exigente —pliegos, legajos, inspecciones—. Allí se aprende a gobernar plazos, costos y calidades; es el gran acelerador de carrera. El municipio es laboratorio: catastro, código de edificación, tránsito, residuos, agua y desagües urbanos traducen la pericia en normas aplicadas y planes con impacto inmediato sobre el tejido. La Nación, más esporádica pero decisiva, actúa como corona selectiva: empresas públicas y entes sectoriales requieren trayectorias densas, capaces de hablar el idioma de política de servicios —tarifas, estándares, interoperabilidad—.

La consagración no llega por antigüedad, sino por un mecanismo de conversión:

obra ejecutada → documento técnico → norma/código → posición de mando.

El terraplén y el hormigón se vuelven especificaciones; las especificaciones, código; y el código, potestad para decidir inversiones, aprobar proyectos, arbitrar controversias y firmar recepciones. Es el tránsito del mérito material (que la obra se haga y no se caiga) al mérito documental (que lo hecho pueda probarse, repetirse y auditarse) y, por fin, al mérito gobernante (que pueda mandarse con arreglo a reglas y resultados).

De aquí surgen las dos preguntas que organizan el período. Primero, ¿dónde despega la carrera: en la obra o en la norma? La experiencia de residencia e inspección enseña la gramática de campo —mediciones, ensayos, certificaciones, cómputos, presupuestos— y fabrica los primeros peldaños de mando. Pero hay perfiles que despegan por el lado de la regla: reglamentos de cálculo, especificaciones tipo, códigos de edificación, normas IRAM. En unos, la legitimidad proviene del frente construido; en otros, de documentos adoptados y criterios estandarizados. Segundo, ¿cómo se convierte el hormigón en autoridad? Mediante traducción y generalización: el acierto local (drenaje, detalle estructural, método de compactación) se vuelve memoria técnica; la memoria, pliego tipo o manual; y el piloto urbano, código. Cuando el caso se hace estándar, la pericia deja de pertenecer al autor y pasa al sistema: puede replicarse y exigirse, y con ella la capacidad de decidir y asignar recursos.

Las periodizaciones afinan el mapa. Entre 1930 y 1943 se consolida la moral del expediente: todo se prueba en papel —planillas, ensayos, certificaciones—, y despega quien domina procedimiento y verificación. Entre 1943 y 1955, la expansión de la obra pública impone urgencias: valen las jefaturas de frente y residencias capaces de conducir equipos y contratistas bajo presión. Entre 1955 y 1972, la ciudad se densifica en servicios y planificación: redes de agua y energía, movilidad e higiene requieren planes directores, códigos y normas; el prestigio se juega menos en el metro ejecutado y más en la coherencia entre plan, servicio y territorio. El mérito de obra no desaparece: cambia su peso relativo.

También el género encuentra aquí sus aperturas y límites. La obra pesada conserva barreras —horarios extendidos, campamentos, culturas masculinizadas—; en cambio, urbanismo, catastro, planeamiento y docencia técnica ofrecen rutas de legitimación donde cuentan el proyecto, el documento y la audiencia pública. Allí la autoridad depende menos de permanecer en el frente y más de argumentar la regla, coordinar sectores (suelo–servicios–movilidad) y conducir comisiones de código y cátedras.

Leído en conjunto, el período muestra lo esencial: la escala provincial produce capital gobernable (indicadores, contratos, laboratorios); la escala municipal prueba la performatividad del plan sobre la vida urbana; la escala nacional consagra a quienes ya tradujeron lo local en estándar sectorial. En suma, lo que está en juego no es una suma de carreras, sino el proceso histórico por el cual lo que primero es material —un puente, una avenida, un colector— se convierte en norma —reglamento, código, estándar— y luego en gobierno —dirección, secretaría, empresa pública—. Ese tránsito, del hormigón a la regla y de la regla a la decisión, es la tesis que este capítulo pone a prueba con casos, períodos y rutas de género: no para enumerar biografías, sino para explicar por qué ciertas biografías terminan mandando.

En la ciudad universitaria, entre 1930 y 1972, las vidas de ingenieras, ingenieros, arquitectas y arquitectos no avanzan por una cinta mecánica, sino por una secuencia social de formación donde cada peldaño traduce el oficio en poder público. Primero se aprende a "hablar obra"; después, a convertir esa experiencia en regla compartida; por último, a gobernar frentes, redes y ciudades. No es una carrera de méritos privados, sino un proceso colectivo en el que la ciudad—sus oficinas, talleres, aulas y obras—enseña a mandar.

1) La entrada: aprender a hablar obra

El primer tramo no es solo el "primer trabajo" sino una escuela práctica. Del tablero de dibujo y la mensura escolar a los talleres de la UNLP, y de allí

a las residencias y jefaturas menores, se aprende la gramática cotidiana del campo: cómo se redacta un pliego, cómo se justifican decisiones, cómo se calcula tiempo y costo sin que la calidad se venga abajo, cómo se coordina a proveedores y contratistas, cómo se deja constancia de lo hecho. La virtud que ahí se forja no es la destreza aislada, sino la capacidad de hacer avanzar la obra con orden y con papeles que den fe. Cuando la experiencia puede leerse, circula: deja de ser de quien la hizo y pasa a ser del conjunto.

2) El tramo medio: de la obra a la regla

La carrera se estabiliza cuando la experiencia ganada a pie de obra se vuelve norma. Lo que empezó como acierto local—un detalle constructivo, una solución de drenaje, una manera de organizar el frente—se escribe, se discute y se adopta. Las cátedras técnicas convierten práctica en conocimiento transmisible; los colegios profesionales, en tribunales de pares, validan y difunden lo que funciona. Cuando un criterio se vuelve código o estándar, ya no depende del taller de origen ni del nombre propio: se hace repetible. Ese es el salto decisivo del período: del caso a la regla, de la pericia a la institución.

3) La consagración: dirigir lo común

El último tramo se reconoce cuando ese saber normado gobierna dispositivos: una cuadrilla y su cronograma; una red de agua o de energía; un plan de calles y espacios públicos; una oficina que aprueba, prioriza y controla. La conducción no es un premio a la antigüedad, sino el resultado de haber sabido traducir lo material en documento, y el documento en decisión. En paralelo, el mundo privado—estudios y constructoras—no es un afuera: absorbe experiencia pública y la devuelve como capacidad instalada (equipos, financiación, innovación). La identidad profesional madura en dos orillas que se retroalimentan: el Estado y el mercado.

Familias de trayectorias (sin jerga, con sus fricciones)

Obra pesada.

De ayudante a jefe de frente y más arriba. El mérito se mide en obras que se terminan a tiempo, sostienen calidad y resuelven interferencias sin ruido. Riesgo: los vaivenes de inversión cortan continuidades y los frentes grandes tienden a seguir redes heredadas.

Cátedra y regla.

De la ayudantía a la cátedra y a las comisiones que redactan criterios. La autoridad nace del texto adoptado: una forma de calcular, un detalle tipo, un manual que otros replican. Riesgo: el encierro académico si no vuelve a probarse en obra.

Urbanismo y planeamiento.

De la mensura y el catastro al diseño de la ciudad que crece. La medida es la coherencia: suelo, servicios y movilidad que encajan. Riesgo: planes sin ejecución o capturados por intereses de corto plazo.

Servicios públicos.

Operar y expandir redes de agua, gas, electricidad, telefonía. La virtud es la continuidad y su mejora: menos cortes, menos pérdidas, más acceso. Riesgo: la tensión permanente entre metas técnicas y presupuestos o tarifas que no acompañan.

Estudio y constructora.

El paso a la firma propia tras la experiencia estatal. El activo es la reputación transferible: cumplir lo prometido, innovar sin poner en riesgo, armar

consorcios que hagan posible lo grande. Riesgo: depender del ciclo de la obra pública y sacrificar calidad en la puja de precios.

Cruces virtuosos.

Obra + regla multiplica mando: lo probado se estandariza y escala.

Ciudad + servicios alinea territorio y red: condición del gobierno urbano contemporáneo.

Regla + estudio convierte autoridad técnica en capacidad de ejecución.

Variaciones del período (qué pesa en cada coyuntura)

1930–1943: se impone la moral del expediente. La verificación en papel ordena el campo y asciende quien domina procedimiento y control.

1943–1955: la expansión de la obra pública premia a quien conduce bajo presión: jefes de frente y residencias ganan tracción.

1955–1972: el gobierno de servicios y planes reequilibra la balanza: ya no alcanza con sumar metros; la consagración se juega en estándares, planes directores y sistemas.

El resultado no borra el mérito de obra; cambia su peso relativo. La obra sigue importando, pero la gran moneda del último tramo es la coherencia entre plan, servicio y territorio.

Rutas de género: por dónde se abren las puertas

La obra pesada conservó barreras: horarios extendidos, campamentos, culturas masculinizadas. Entraron, con mayor fluidez, por urbanismo, catastro, planeamiento y cátedras técnicas, donde cuentan el proyecto,

el documento y la audiencia pública más que la permanencia en el frente. Lo observable es claro: presencia en comisiones que redactan códigos, en concursos y jurados, en aulas y consejos; y, con el tiempo, accesos a jefaturas cuando la autoridad se define por argumentar reglas y coordinar sectores.

Qué se pone a prueba

Este capítulo no acumula biografías: explica por qué algunas terminan mandando. La provincia actúa como plataforma que produce capital gobernable (indicadores, contratos, laboratorios). El municipio es laboratorio de integración donde el plan demuestra su fuerza performativa. La Nación consagra a quienes ya tradujeron lo local en estándar. El corazón del proceso es siempre el mismo: lo material se hace regla; la regla se hace gobierno. Ese es el tránsito histórico—de la obra al papel y del papel a la decisión—que aquí se examina con casos, coyunturas y rutas de género. No para celebrar carreras, sino para entender cómo una ciudad convierte el trabajo en autoridad pública.

Cambios de época: qué reordenan y cómo leerlos

En la capital bonaerense, los virajes del siglo no solo cambian la silueta urbana: reordenan quién puede mandar y con qué legitimidad. Entre 1930 y 1943 se fija la "moral del expediente": direcciones y oficinas encuentran su forma estable; la obra se prueba con papeles y la carrera se afirma en la capacidad de demostrar, con orden y constancia, que lo hecho resiste la mirada pública. La autoridad nace en el cruce entre la mesa de trabajo y el archivo: saber explicar lo que se hace vale tanto como hacerlo.

Entre 1943 y 1955, la expansión de escuelas, hospitales, viviendas y caminos pone el ritmo en el frente de obra. El mando se gana conduciendo equipos bajo presión, cerrando etapas a término y sosteniendo la calidad en el apuro. Las firmas que se animan a la escala mayor crecen; las aulas ofrecen

doctrina para no perder el compás. Es la hora en que la ciudad aprende a construir para muchos y a hacer visible al Estado en la vida diaria.

De 1955 a 1972, el centro de gravedad se desplaza: redes de agua y energía, higiene, movilidad, espacio público. La autoridad ya no se mide solo en metros ejecutados, sino en la coherencia entre territorio y servicio. El plan deja de ser un dibujo y se vuelve compromiso de etapas y prioridades; el código ordena densidades y usos; el municipio se transforma en laboratorio de integración y la provincia en plataforma de grandes redes. Gobernar la ciudad es, ahora, gobernar sistemas.

Cómo se hace autoridad (sin atajos retóricos)

El poder profesional no llega por desgaste del tiempo: se convierte. Lo material se vuelve regla, y la regla, decisión legítima. Primero, la obra enseña a resolver; después, esa experiencia se escribe y se comparte; por último, lo escrito se usa para elegir qué se hace, dónde y con qué recursos. No hay magia: hay traducción. Un acierto de campo se vuelve texto; el texto, criterio; y el criterio, capacidad de mando.

Género: barreras de obra, ventanas de planeamiento

Durante décadas, el frente de obra fue escuela y filtro a la vez: horarios extendidos, campamentos lejos del casco, alojamientos pensados para planteles masculinos, una cultura del rendimiento que exigía presencia continua y voz alta. En ese mundo, la vara parecía neutral —entregar a tiempo, cuidar costos, sostener calidad—, pero pedía disponibilidades que castigaban de modo desigual.

Con el avance del urbanismo, el catastro, las cátedras y las audiencias públicas, se abrieron zonas de legitimación menos atadas al campamento y más a la palabra escrita y debatida. Allí la autoridad se gana escribiendo

la regla, defendiendo el proyecto, coordinando sectores; y ese cambio de tecnología —del heroísmo de obra al argumento público— afloja, sin borrar, los viejos techos. La obra pesada siguió cerrando puertas; planeamiento y docencia abrieron pasillos donde el mérito se lee y se contrasta ante pares.

Convertir experiencia en gobierno: el tránsito decisivo

De la obra a la regla. Lo que funcionó una vez se vuelve pauta para todos: la destreza deja de ser del autor y pasa a ser del sistema.

Del dibujo al plan. El proyecto aislado encuentra su lugar en una secuencia con tiempos y financiamiento; el plano, al articular, empieza a gobernar.

Del servicio al criterio público. La continuidad del agua o de la luz se traduce en prioridades, precios y ritmos de expansión: técnica que se hace política.

De lo público a lo privado (y de regreso). La experiencia estatal alimenta estudios y constructoras; y lo aprendido allí vuelve a la ciudad en soluciones, equipos y financiamiento. La autoridad madura en dos orillas que se necesitan.

Desvíos que suman, cuellos que traban

La docencia técnica ofrece tiempo y público para escribir lo que otros usarán; las comisiones de códigos permiten que la experiencia se vuelva norma con firma colectiva; los concursos dan visibilidad y construyen reputación fuera del campamento. En cambio, los vaivenes de inversión cortan carreras, la asignación de los "frentes grandes" por apellido tuerce merecimientos, y la captura política de oficinas debilita la confianza en la regla.

Lo que este capítulo propone leer

No se trata de apilar biografías, sino de entender un mecanismo social: cómo una ciudad convierte el hacer en lenguaje común y ese lenguaje en poder

público. Cada época cambió el peso de los factores —del expediente al frente, del frente al sistema—, pero la lógica de fondo persistió: la obra que se puede contar se puede exigir, y lo que se puede exigir se puede gobernar. Ahí, en ese tránsito, se decide quién manda.

Leído como historia social, el capítulo muestra un engranaje sencillo y poderoso: el trabajo se vuelve texto, y el texto, autoridad. Las coyunturas reordenan el premio —primero la prolijidad del expediente, luego la urgencia de la construcción masiva, después la coordinación de servicios y ciudad—, mientras que las diferencias de acceso por sexo revelan que ningún criterio de legitimidad es neutro: la épica del campamento selecciona de un modo; la deliberación pública y el documento, de otro. El resultado no es una suma de biografías, sino la prueba de que, cuando el hacer queda escrito y se acepta como regla, permite que otros hagan: de ahí nace el mando.

Arquitectura, ingeniería y oficios afines (1930–1972): afinidades, fricciones y cruces

1) Tres lenguajes, un mismo veredicto

Arquitectura, ingeniería y oficios de enlace (agrimensura, sanitaria, materiales, paisaje, tasaciones) hablan dialectos distintos, pero comparecen ante el mismo tribunal: lo que no se documenta y no se contrasta, no gobierna.

En arquitectura, el sentido lo da el proyecto y su lugar en la ciudad: cuenta la autoría validada por jurados, la adecuación a normas y la función pública del espacio.

En ingeniería, el sentido lo da el sistema: continuidad, seguridad, expansión posible y costos controlados.

En los oficios afines, el sentido lo da la interfaz: que nada desajuste, que todo cierre.

Misma raíz: traducir lo particular en regla aceptada. Diferente vara: forma y uso en arquitectura; desempeño en ingeniería; compatibilidad en los afines.

2) Puertas de entrada que moldean hábitos

Las primeras tareas —taller de proyecto, topografía y cálculo, mensura y laboratorio— dejan marcas duraderas. La arquitectura entrena la síntesis (mucho en un solo plano); la ingeniería, la descomposición y recomposición en conjunto; los afines, la compatibilidad que evita fisuras legales o técnicas. Esos hábitos anticipan caminos, sin dictarlos.

3) El cruce del medio: del caso a la regla

A mitad de la vida profesional ocurre el primer gran encuentro:

Arquitectos que pasan al planeamiento y a la cátedra: de diseñar piezas a escribir las reglas del tejido urbano.

Ingenieros que migran a manuales y estándares, y a oficinas de estudios: de resolver tramos a fijar criterios repetibles.

Afines que se vuelven garantes: catastro, higiene, control de calidad, paisaje.

La coincidencia es clara: la autoridad se escribe y se somete a pares; diverge el objeto que cada cual somete a esa prueba.

4) Formas de coronación

Arquitectura consagra por planeamiento, concursos y dirección de conjuntos visibles. El público que valida es amplio: la ciudad entera.

Ingeniería consagra por dirección de obras y servicios, y por saltos selectivos a empresas y ámbitos sectoriales. El público que valida es operativo y regulatorio.

Los afines consolidan en catastro, higiene, laboratorios y tasaciones: sellan la legalidad y la calidad del todo.

En todos los casos, el mando requiere papel firmado y resultado constatable.

5) Asimetrías de coyuntura

1930–43 favorece la cultura del expediente: ventaja relativa para ingenierías y oficios con laboratorio y certificación.

1943–55 privilegia la construcción masiva: la conducción de frentes dispara carreras, la arquitectura crece en equipamientos y se apoya en aulas y concursos.

1955–72 revaloriza servicios y plan: ganan urbanismo y redes; los oficios de control se vuelven bisagra.

Todos dependen del pulso de la inversión; cada campo amortigua con sus propias redes: planeamiento y concursos, en unos; servicios y peritajes, en otros.

6) Género: techos persistentes y nuevas puertas

El frente pesado mantuvo barreras más tiempo que los ámbitos de planeamiento y docencia, donde la legitimidad se ancla en escritura, indicadores y discusión pública. Allí aparecen pioneras; allí también se nota que, cuando la regla pesa más que la presencia continua en obra, el techo baja algunos centímetros.

7) Interdependencias que producen ciudad

Proyecto sin especificación no se construye; especificación sin proyecto no orienta. Plan sin redes es retórica; redes sin plan, derroche. Ni objeto ni sistema legitiman sin pruebas; ni puente ni código resisten sin audiencias. La autoridad pertenece al ensamblaje bien hecho, no a una profesión por separado.

8) Capitales y riesgos

Arquitectura: autoría y norma urbana; peligro de plan sin pala o edificio sin desempeño.

Ingeniería: continuidad y seguridad con documento; peligro de solución correcta que ignora el territorio.

Afines: pericia de control; peligro de perder el conjunto en la selva del trámite.

9) Diferencias que se necesitan

No compiten por el mismo suelo: coproducen la ciudad. Sus diferencias —objeto, sistema, interfaz— son división del trabajo; sus similitudes —documentar, verificar, normar, planear, medir— son el pegamento que vuelve gobernable la técnica. Entre 1930 y 1972, la autoridad nace cuando esos lenguajes se traducen entre sí y dejan, tras de sí, reglas que permanecen. Ahí, en esa cadena de traducciones, se entiende por qué ciertas trayectorias no solo destacan: mandan.

Empleo técnico en el Estado y en el mercado (1930–1972): una doble vía que se necesita

En estas décadas, las vidas profesionales de arquitectos, ingenieras e ingenieros se tejen en dos teatros que no son rivales sino socios: las

empresas del Estado (caminos, agua y saneamiento, energía, hidrocarburos, ferrocarriles) y las empresas privadas (operadoras petroleras, contratistas, estudios). Lo decisivo no es "público" o "privado", sino el ciclo de inversión y quién impone el estándar de trabajo en cada momento.

1930–1943 · Cuando la ingeniería se hace Estado

Con la creación de Vialidad Nacional (1932) se fija una disciplina: planificar, medir, comprobar. En Obras Sanitarias de la Nación cristaliza hacia 1940 una "escuela" de ingeniería sanitaria con ambición regional. El capital privado petrolero ya está en la escena (refinerías, depósitos, logística), pero la gramática de la carrera se aprende en organismos públicos que ordenan la obra y le ponen verificación. Resultado: predominio estatal en caminos, agua y transporte; privado fuerte en refinación y contratismo, a tono con la agenda pública.

1943–1955 · La obra y los servicios como premio profesional

El Estado se expande: Gas del Estado (1946), Agua y Energía Eléctrica (1947), ferrocarriles nacionalizados (1948), gasoducto Comodoro–Buenos Aires (1947–49). Se necesitan cuadros para redes, operación y ampliaciones; lo aprendido en obra sube a cátedras y colegios como reglas compartidas. La arquitectura acompaña con grandes programas edilicios y primeros ensayos de orden urbano. El privado ejecuta una porción sustantiva, pero el imán de la carrera está en empresas públicas y direcciones de servicios. Es el punto alto del empleo estatal como vía de consagración.

1955–1972 · Reequilibrio, redes y planificación

El péndulo se mueve. La "batalla del petróleo" de Frondizi (1958) abre contratos con empresas privadas para acelerar el autoabastecimiento; crecen equipos de proyecto y de obra en superficie. En electricidad, SEGBA (1958) reorganiza el servicio en el área metropolitana; en 1962 se transfieren activos

clave desde AyEE. En 1963, Illia anula parte de los contratos petroleros y reordena el tablero; el empleo privado en exploración pierde impulso, y YPF y los entes públicos recuperan centralidad. A la vez, municipios y provincia robustecen planeamiento y servicios: la autoridad se define por planes cumplidos y reglas que ordenan. Resultado: complementariedad alta. El Estado sigue dominando caminos, agua y electricidad; el mercado se expande donde hay riesgo y velocidad (hidrocarburos, contratismo, procesos industriales). Ambos se necesitan: el Estado pone la regla y la demanda; el privado aporta equipos, innovación y músculo de ejecución.

¿Cuándo pesa más cada uno?

Predominio estatal: 1930–43 (institucionalización de la ingeniería pública) y 1943–55 (hiperexpansión de obras y servicios). Ahí maduran las carreras que conducen frentes y redes desde el aparato público.

Reequilibrio y mixtura: 1958–62 amplía empleo privado en petróleo sin desplazar la centralidad de YPF y los entes; 1963–66 corrige ese sesgo; 1966–72 consolida un modelo mixto: planificación y redes en manos públicas; refinación, contratismo y servicios especializados con fuerte participación privada.

Cómo se alimentan mutuamente

Del Estado al mercado: el Estado fija reglas y pedidos (programas, estándares, series), y contrata ejecución.

Del mercado al Estado: el privado entrega capacidad instalada (equipos, ingeniería, financiamiento) y aprendizajes que regresan convertidos en manuales, criterios y procedimientos.

En petróleo, el péndulo político redistribuye empleos, pero no rompe la interdependencia técnica: contratos que van y vienen, y un subsuelo que exige saber compartido.

Cómo leer las carreras en este paisaje

Obra y servicios (caminos, agua, energía): la consagración se alcanza en empresas públicas y direcciones; los contratistas aportan músculo y sostienen los picos.

Hidrocarburos: el empleo estatal (YPF, Gas del Estado) ordena carreras de red y refinación; los picos privados de fines de los cincuenta y las modernizaciones de los sesenta abren escalones para quienes traen escuela pública.

Arquitectura y urbanismo: los períodos fuertes de planeamiento conviven con concursos y estudios; la autoridad circula entre plan, regla y proyecto.

De 1930 a 1972, el empleo público es la columna vertebral de la ingeniería y la arquitectura; el privado crece en ciclos de inversión y riesgo y, desde los sesenta, se vuelve indispensable como complemento. La cuestión no es quién manda, sino cómo ambas esferas convierten experiencia en estándar, y el estándar en gobernanza de ciudad, caminos y redes.

Volvamos a la doble escena que sostiene el capítulo: la planilla de compactación y el artículo del código. No son mundos separados; son dos caras de la misma autoridad. En la obra se comprueba la pericia; en la norma se la hace transferible; en la gestión se la vuelve política pública. Entre el barro del terraplén y la letra que fija prioridades se consagra la ingeniería y la arquitectura que hicieron, y planificaron, la ciudad.

Cálculo, obra y ciudad en la capital provincial (1930–1972)

De una generación a la siguiente no solo cambian los nombres: cambian los lugares de consagración. Unos ganan espacio cuando la ciudad pide manos para levantar caminos, hospitales y escuelas; otros lo ganan cuando la época

exige reglas compartidas y conducción de sistemas. Vista en larga duración, la trayectoria típica avanza del hacer al escribir y de ahí al organizar —o bien traslada esa pericia al mercado, donde compite quien demuestra método y no solo destreza.

La ciudad ofrece el escenario completo. La provincia hace de escuela mayor del oficio —rutas, canales, redes—; el municipio funciona como taller de urbanismo y servicios —catastro, orden del suelo, higiene, movilidad—; y la Nación otorga, a unos pocos, la faja de las grandes empresas y los ámbitos que ordenan sectores. No son escalones decorativos: cada uno fija medidas distintas del mérito y, con ellas, peldaños diferentes de carrera.

Lo decisivo no es la proeza en el frente, sino su traducción. Una obra que llega a término y no se fisura vale; pero vale para todos cuando deviene regla, manual, código, plan. Ahí se desplaza el prestigio: de la hazaña individual a la trazabilidad pública. No basta "haber estado"; importa dejar criterios repetibles que cualquiera pueda exigir, revisar y enseñar.

Las coyunturas mueven las fronteras. Hubo años en que el orden de los papeles marcó el compás; otros en que la construcción en serie impuso su urgencia; y una última etapa en la que servicios y planificación se volvieron la vara central. La ciudad visible —ensanches, conductos, trazas— fue, a la vez, una ciudad legible: reglamentos, mapas, indicadores que permitieron gobernar lo que se había construido.

El género dibuja su propia geografía. Allí donde el aprendizaje pedía campamentos, horarios interminables y jerarquías de voz, las puertas permanecieron más estrechas. En cambio, cuando la autoridad se midió por documento, audiencia y concurso, aparecieron ventanas reales: escribir la regla, defender el proyecto, coordinar áreas. No derribaron todos los techos, pero desplazaron su altura.

El eje público–privado no fue una contienda sino un intercambio. El Estado fijó la pauta y la demanda; el mercado aportó equipos, innovación y músculo de ejecución. La experiencia de obra volvió como norma, y la norma regresó a la obra como contrato legible. Las biografías más sólidas cruzaron orillas y siguieron siendo reconocibles en ambas.

Metodológicamente, el repertorio biográfico sirve si se lo hace dialogar con expedientes, presupuestos, actas y debates. Ahí se afina la fecha de cada regla, la ejecución de cada plan y el rendimiento de cada servicio. Este capítulo no enumera trayectorias: explica los mecanismos que convirtieron cálculo y obra en ciudad gobernable, y propone señales para verificarlo en casos concretos.

La lección es simple y dura: sin obra, no hay aprendizaje situado; sin regla, no hay réplica ni control; sin plan, no hay rumbo común; sin instituciones, no hay memoria que dure más que una biografía. Cuidar esa cadena —obra que alimenta regla, regla que habilita plan, plan que ordena inversión— sigue siendo la condición mínima de cualquier política urbana. Lo que ayer transformó metros cúbicos en normas y normas en ciudad, hoy debe transformar datos en estándares y estándares en decisiones, con la misma vocación de hacer público lo técnico y técnico lo público.

De guardia y de cátedra: trayectorias, desvíos y consagraciones del grupo médico-sanitario platense (1943–1972)

El mapa hospitalario de La Plata no es sólo un inventario de edificios: es la huella, en piedra y ladrillo, de un proyecto estatal y social que cruzó dos siglos. En el borde oeste, el viejo Melchor Romero —nacido en 1884 como hospital general y pronto especializado en salud mental— fijó desde temprano la promesa republicana de atender a “los pobres de solemnidad”. La decisión de levantarlo a los dos años de fundada la capital, y su posterior derrotero como colonia-hospital, dicen más sobre la voluntad de gobierno

del territorio que muchas proclamas: allí, a la par del riel, se inauguró una forma de integrar periferia y administración sanitaria que sobrevivió a crisis y reformas.

Casi al mismo tiempo, ya dentro del damero, se montó la "Casa de Sanidad" que sería el Policlínico San Martín. El pasaje —rápido— de una casa municipal a un hospital de referencia provincial expresa la lógica de la época: primero el socorro, luego la institución, finalmente la escuela de medicina. Que en 2012 la UNLP instalara allí su primer pabellón hospitalario docente no fue un gesto tardío sino la culminación de una larga pedagogía urbana: la ciudad hizo del hospital un aula y del aula una política.

La red se densificó por necesidades y por ideas. El San Juan de Dios, abierto en 1889 para infecciosas y ampliado en 1949 con un área torácica, delata la gramática higienista de la nueva capital: orientación de pabellones, aislamiento, disciplina del sol y del aire como tecnología social. Unos años después, el Hospital de Niños —proyectado a fines de la década de 1880 y finalmente abierto en 1894— ancló la especificidad pediátrica frente al futuro Parque Saavedra, otra manera de decir que el urbanismo y la medicina caminaron juntos.

A la infraestructura pública se sumó el mundo mutual, hijo directo de la inmigración. El Hospital Español (asociación fundada en 1884) y el Hospital Italiano (sociedad creada en 1886, con piedra fundamental en 1889 y solar cedido por la provincia) fueron, a la vez, abrigo de colectividades y extensiones del sistema: cuando el Estado necesitó camas, quirófanos o manos, la sociabilidad mutualista estuvo allí. Su continuidad hasta hoy asienta una verdad incómoda para cualquier dogmático: la salud platense se hizo estatal, sí, pero también comunitaria.

El siglo XX completó el cuadro con nuevas piezas y nuevas escalas. En 1954 se incorporó el Gutiérrez —con foco materno-infantil— y en 1961 el

San Roque de Gonnet, brotes de una red que desbordó el casco hacia el semicírculo de barrios y localidades. En 1974, la vieja Policlínica del Turf se integró como Hospital Rossi, recordatorio de que la ciudad también recicla espacios y los sube de rango cuando la demanda lo exige. El resultado no fue un catálogo, sino un sistema: del hospital general de los ochenta del siglo XIX a los hospitales de alta complejidad y escuela del XX, con mutuas y clínicas privadas como tejido de sostén.

Vistas sobre el plano, estas fechas dibujan un argumento histórico. Primero, la fundación y la frontera (1884): llevar el hospital a la periferia y el policlínico al centro para que la ciudad funcione. Después, la especialización (1890–1910): infecciosas, niños, maternidad, a tono con la ciencia y con la higiene pública. Más tarde, la consolidación de redes (1950–1970): maternidades, hospitales barriales, conectividad; el hospital como nudo de servicios y de formación. Por último, la formalización docente: el hospital-escuela como forma acabada de una alianza que venía de lejos. En conjunto, la cartografía muestra lo que las estadísticas a veces ocultan: que la ciudad planificada organizó su salud pública como una economía mixta de Estado, universidad y sociedades de socorro, y que esa mezcla —no siempre pacífica— es la razón de su resiliencia.

Si se quiere, cada hospital cuenta una variante de la misma historia moderna. Melchor Romero, la del Estado que se hace cargo de la intemperie social; el San Martín, la de la municipalidad que aprende a ser provincia y luego universidad; el San Juan de Dios y el de Niños, la de una ciudad que convierte la higiene en urbanismo; el Español y el Italiano, la de una comunidad que se organiza para sanar y termina enseñando al Estado a gestionar; el Gutiérrez, el Gonnet y el Rossi, la de una red que se expande, se especializa y se recicla para sostener derechos. Lo demás —los pasillos al amanecer, el camillero que empuja, la residente que anota, la cátedra que discute— es la trama humana que mantiene viva esa geografía.

El lector reconocerá, ahí, el latido hondo de la ciudad moderna: instituciones que crecen por capas, edificios que fijan memoria y prácticas, una cartografía que enseña tanto como cualquier libro. Porque en la capital, como en toda gran creación del ochocientos, la salud no fue un servicio: fue una forma de civilizar el territorio. Y su mapa —del borde agrícola a la manzana universitaria, del mutual al hospital escuela— sigue siendo una lección sobre cómo un proyecto público se vuelve, con paciencia y papeles, experiencia común.

Problema y preguntas

Las biografías leídas en conjunto ubican los primeros pasos en la UNLP —Medicina, Odontología, Farmacia y Bioquímica— y en los hospitales de la ciudad. Desde esa base se abren las preguntas que ordenan la investigación: ¿qué empuja más la carrera, la residencia que enseña a resolver casos o la cátedra que fija doctrina clínica? ¿Pesa más la escalera cátedra–gestión o el respaldo de una sociedad científica que acredita prestigio? ¿En qué punto la sanidad pública —primero municipal y, sobre todo, provincial— se vuelve escenario de consagración y cuándo la clínica privada reconfigura los recorridos?

La evidencia converge en una idea simple: la trayectoria dominante enlaza formación universitaria, aprendizaje en el hospital y reconocimiento de pares (cátedra y sociedad científica). Esa secuencia consagra, ante todo, en clave provincial: jefaturas de servicio, direcciones hospitalarias, posiciones en salud pública bonaerense. La proyección nacional aparece, pero como coronación selectiva en institutos o agencias que exigen densidad técnica y un historial público verificable. Las escalas se reparten el papel: la provincia organiza la carrera, el municipio sostiene higiene urbana y atención primaria, y la Nación otorga una coronación escasa y especializada.

La puerta de entrada se abre entre aula y guardia: examen, anatomía, guardias que enseñan la gramática del caso —pase de sala, ateneo, interconsulta— y habilitan los primeros peldaños de responsabilidad.

El tramo medio mezcla docencia y comunidad científica: ayudantías, concursos, pertenencia activa a sociedades clínicas, pediátricas, quirúrgicas, odontológicas o bioquímicas; participación en comités; escritura en boletines y revistas.

La consagración llega cuando ese capital técnico y organizativo se transforma en gobierno de servicios —jefaturas estables, protocolos, incorporación de equipamiento— o en conducción hospitalaria y direcciones de salud pública. A menudo, esas credenciales se traducen en clínicas o sanatorios que capturan y amplifican la reputación forjada en el sector público.

Dos momentos que reordenan los premios

1943–1955: expansión de la salud pública. Estatutos, guardias organizadas, nuevos servicios. Se multiplican puertas de entrada y escalones intermedios. La residencia y la experiencia de sala valen más que el apellido: la carrera se estabiliza a partir de jefaturas de guardia y cargos técnicos que profesionalizan la vida del hospital.

1955–1972: hiperespecialización y sociedades científicas. La certificación de especialidad y la membresía activa se vuelven moneda de prestigio. La escalera ascendente combina cátedra, comisiones y publicaciones, y ese paquete se convierte en jefaturas de servicio y direcciones. En paralelo, la clínica privada absorbe perfiles ya consagrados y los liga al hospital mediante convenios y proyectos, confirmando que el prestigio público es condición del rendimiento privado.

Familias de recorrido (sin compartimentos estancos)

Clínico-hospitalario. Residencias largas, guardias, jefaturas de sala y, al final, direcciones hospitalarias. Su fuerza está en la eficacia del cuidado y en

saber ordenar flujos de pacientes y recursos.

Académico-clínico. Ayudantías, concursos, cátedra, sociedad científica y publicaciones que cristalizan el dictamen clínico en protocolos. Culmina en la conducción de servicios.

Salud pública. Vacunatorios, campañas, bromatología, territorios. Escala hacia direcciones municipales o puestos en la provincia. Aquí manda la capacidad de programa.

Odontología/Bioquímica–laboratorio. Bacteriología, farmacia hospitalaria, control de procesos. Sube a gestión técnica en hospitales o institutos.

Clínica privada. Institucionaliza la reputación lograda en el hospital: fundaciones, gerencias, reordenamiento de tiempos e ingresos. Depende de la autoridad acumulada en los recorridos anteriores.

Nada de esto ocurre en soledad. La mezcla —clínica y cátedra; laboratorio y docencia; servicio público y práctica privada— es la que, una y otra vez, convierte la experiencia en regla y la regla en gobierno. Ese es el nervio histórico del capítulo: cómo un oficio que nace en la cama del hospital termina organizando sistemas de salud capaces de perdurar más allá de las biografías.

Género: puertas de entrada y ritmos desiguales

En el hospital, como en toda institución moderna, el acceso nunca fue neutral. Las mujeres ingresaron con más frecuencia por enfermería, docencia sanitaria, laboratorio y odontología; alcanzaron jefaturas, sí, pero con demora, salvo allí donde la legitimidad depende menos del apellido y más de lo escrito y verificado: la guardia que resuelve, el informe que

demuestra, el artículo que fija criterio. En esos pasillos —clínica, cátedra, sociedad científica— los techos no desaparecen, pero bajan: el mérito puede leerse y, por lo tanto, reclamarse. Entre los varones, la cátedra funcionó más a menudo como pasarela directa a la gestión, sobre todo en servicios troncales, acortando el tiempo que media entre la bata y el despacho.

Qué nos enseña el dispositivo hospitalario

El hospital, prolongado por la universidad, forjó una gramática compartida —caso, ateneo, protocolo, concurso— que vuelve legible la pericia y transferible la autoridad de la sala a la oficina. La provincia consagra porque concentra presupuestos y define criterios; el municipio enseña a gobernar lo cotidiano —higiene, vacunación, campañas—; la Nación elige con cuentagotas a quienes ya demostraron mando. Lo que ocurre en la guardia y en la cátedra no es rito menor: es el andamiaje de legitimidad que autoriza la conducción.

La escena que se repite

Una residente escribe, un adjunto comenta, un camillero empuja. El caso será nota de ateneo, tal vez publicación; de allí saldrá una comisión o un criterio; y con ese capital, una jefatura. La carrera médico-sanitaria platense no es línea recta sino trama: servicio, cátedra y sociedad se anudan hasta que la firma en la historia clínica deviene firma institucional.

La secuencia de la carrera (entrada, ascenso, consagración)

1) Entrada: socializar el oficio en la guardia

Tras las aulas de la UNLP, el primer umbral se abre en los hospitales ancla (San Martín, Rossi, de Niños). Allí se aprende la economía del turno y la moral del pase: urgencias que se ordenan, interconsultas que se piden, camas

que se reparten, evoluciones que se escriben, tiempos que se defienden. La responsabilidad delegada —cubrir una sala, sostener un pase, conducir una interconsulta— legitima los primeros peldaños: no por apellido, sino por hacer funcionar el servicio bajo presión.

2) Tramo medio: convertir pericia en autoridad pública

El hospital se dobla en dos extensiones que acreditan: cátedra y sociedad científica.

Cátedra clínica: traduce casos en saber transmitible; fija criterios de calidad; deja rastro documental y tribunaliza méritos.

Sociedad científica: despersonaliza la reputación; somete trabajos a pares; transforma el caso del ateneo en serie y la serie en estándar; tiende redes de referencia que exceden al hospital.

Aquí se aprende a escribir y a medir: no basta resolver; hay que demostrar lo resuelto.

3) Consagración: de conducir pacientes a conducir instituciones

La autoridad madura cuando se vuelve gobierno: jefaturas de servicio y direcciones hospitalarias (presupuesto, planteles, tecnología, obras sociales); direcciones de salud pública (vacunación, vigilancia, bromatología, coordinación territorial); y, no pocas veces, clínicas y sanatorios que institucionalizan la reputación pública y la devuelven al hospital en convenios y derivaciones. La escala nacional es selectiva: exige densidad técnica y un historial capaz de traducir estándares locales al idioma de la política pública.

Familias de trayectorias (sin jerga, con su "gramática")

El clínico de sala

Residencias largas, guardias intensas, jefaturas de sala y, a veces, dirección. Su moneda es el acto clínico bien gobernado: tiempos de diagnóstico, resolución, continuidad de cuidados. Si esa eficacia se convierte en protocolos y métricas, sube a mando; si queda tácita, permanece como maestría sin poder.

El académico de servicio

Ayudantías, cátedra, comités, concursos, publicaciones. El valor está en el dictamen escrito que otros adoptan. Cuando su doctrina reorganiza flujos y criterios, se transforma en dirección; si se encierra en el aula, consolida prestigio sin palanca.

La salud pública territorial

Vacunatorios, campañas, higiene urbana. Manda quien convierte objetivos sanitarios en logística y resultados. Con métricas, escala a la provincia; sin ellas, el esfuerzo queda en el territorio.

Laboratorio y farmacia

Bacteriología, procesos, control de calidad. Su fuerza es la trazabilidad: cuando el estándar técnico gobierna insumos y terapias, la jefatura técnica asciende a conducción.

La clínica privada

Consagra lo ganado en el hospital: marca, red, acuerdos. Puede reforzar el liderazgo público —equipamiento, formación, investigación aplicada— o diluirlo si se persigue la rentabilidad sin doble inscripción.

Puentes de conversión (cómo la experiencia se hace mando)

Del acto al documento: el caso resuelto se vuelve texto; el texto, criterio.

Del criterio al gobierno: lo protocolizado se puede medir; lo medido legitima decidir (presupuestos, compras, planteles).

Del servicio a la política: cuando indicadores y procesos escalan a programas, la autoridad clínica se vuelve autoridad pública.

Del público al privado (y regreso): el sector privado absorbe reputación, financia tecnología y reinyecta capacidades al hospital; el hospital certifica y ordena.

En esa cadena —de la cama al papel, del papel a la mesa de decisiones— se juega la historia social de la medicina platense: quién entra, quién asciende, quién manda y por qué.

Cuellos de botella y desvíos útiles

En el mundo hospitalario platense los tapones no son accidentes, son instituciones en negativo: concursos que no llegan o llegan torcidos, presupuestos que avanzan a saltos, y una brecha persistente entre quien escribe bien la clínica y quien ocupa el despacho donde se deciden camas, insumos y planteles. Frente a esos cierres, la historia social muestra sus vías laterales: interinatos que dejan huella porque ordenan un servicio; comisiones de infecciones, bioseguridad o farmacia que convierten la rutina en regla; docencia en tecnicaturas que regala algo más raro que el prestigio: tiempo protegido para escribir procedimientos y armar equipos. No son atajos: son palancas que vuelven visible, y por lo tanto exigible, un mérito que el día a día tiende a ocultar.

Cómo se arma una estrategia en un campo inestable

En una ciudad donde se asciende por lo que se puede demostrar, prospera quien junta dos virtudes: el gobierno del caso (que la sala funcione aun en guardias saturadas) y el gobierno del estándar (que lo aprendido quede en protocolos y auditorías); o, en su versión poblacional, la alianza entre programa (campañas, coberturas, redes) y calidad (indicadores que no se pueden maquillar). Cuando esas dos mitades se encuentran, la autoridad deja de ser promesa y se vuelve capacidad de mando.

Ventanas de época que reordenan los premios

1943–1955. La expansión institucional no solo abre plazas; redefine la meritocracia práctica. Nacen escalones intermedios —guardias jerarquizadas, jefaturas de sala— y la figura del jefe de guardia se vuelve eje: decide prioridades, ensaya gobierno en pequeño, y deja números simples pero contundentes (tiempos de respuesta, reingresos inmediatos, continuidad de cuidados). En un ecosistema que crece en ladrillos y planteles, hacer funcionar el hospital pesa más que cualquier linaje.

1955–1972. La especialidad y las sociedades científicas desplazan el centro de gravedad hacia la definición de criterios. El caso pasa del ateneo al boletín y de ahí a la revista; lo escrito se transforma en guía, y la guía habilita conducción. La clínica privada captura ese capital y lo devuelve al hospital en convenios, tecnología y formación. El resultado es una identidad multisitio: se dirige un servicio público, se preside un comité y se gerencia un dispositivo clínico privado, con retornos concretos al sistema provincial.

Género: segmentación y cómo se afloja el techo

Los expedientes dibujan una geografía de acceso: más entradas femeninas por enfermería, docencia sanitaria, laboratorio y odontología; estabilidad y

visibilidad experta, sí, pero demoras para alcanzar jefaturas en los grandes servicios. No por falta de destreza, sino porque la vara de conducción permaneció mucho tiempo anclada en repertorios masculinizados: guardias extensas, quirófanos de alto volumen, comando de dotaciones grandes. El techo cede allí donde la autoridad se decide por texto, indicador y guardia: la combinación de clínica, docencia y sociedad científica acumula capital convertible; la escritura cifra la pericia, la cátedra la vuelve regla, la sociedad la legitima fuera del hospital. Cuando la evaluación se apoya en protocolos y auditorías, las asimetrías se encogen: cambian las bases del reconocimiento y, con ellas, quién está habilitado a mandar.

Desvíos que se vuelven palancas

Docencia sanitaria. No solo suma horas: otorga continuidad, equipo y papel. Desde ahí se estandariza lo cotidiano y se fija una memoria operativa que nadie puede negar.

Comisiones científicas. Protocolos implementados, ensayos supervisados, congresos curados: evidencia portable que abre recursos y sillas de decisión.

Interinatos y suplencias. Audiciones de liderazgo: si dejan circuitos nuevos, manuales claros o técnicas incorporadas, pasan de episodio a título.

Una consecuencia histórica

En la urbe, la carrera no avanza por una cinta que lleva sola; progresa en una cadena de conversiones: la entrada cura y ordena; el tramo de ascenso muestra y mide; la consagración gobierna. Las biografías que nos importan son las que logran hacer legible su mérito hasta convertirlo en autoridad legítima. El resto —concursos demorados, presupuestos intermitentes, viejos sesgos— no desaparece: se desborda cuando el trabajo queda escrito y puede defenderse

en público. Ahí, donde la sala se vuelve documento y el documento, decisión, se decide también la historia social de la medicina platense.

Coherencia del conjunto: una misma máquina en marcha

Lo que aquí se ha seguido no son tres capítulos sueltos, sino tres engranajes de una misma máquina: el modo en que el trabajo cotidiano se vuelve regla y, desde la regla, gobierno; los momentos históricos que cambian qué se premia y cómo; y las diferencias de acceso que abren o cierran puertas según quién escribe, mide y sostiene la guardia. Las láminas y cuadros no sustituyen la lectura de expedientes: la acompañan, revelando regularidades que la prosa del archivo deja entrever.

El movimiento de fondo es claro: del hacer eficaz, al hacer comprobable, y de allí al hacer mandar. Ese desplazamiento —de la pericia en la sala a la autoridad que organiza servicios y programas— es, en el fondo, lo que llamamos cambio de época.

Vidas en tránsito: escenas que convierten práctica en autoridad

I. La forma de una carrera: el caso que aprende a gobernar

Las biografías más antiguas empiezan donde la ciudad late con más prisa: guardias de alto volumen, salas que no alcanzan, pases ordenados a golpes de oficio. Allí se aprende algo más que técnica: la coreografía que prioriza, distribuye y coordina. Cuando ese saber deja huella —criterios de alta, rotación de camas, tiempos de respuesta— la maestría de sala deja de ser carisma y se convierte en capital legible.

II. Cuando la pericia se escribe

Un segundo grupo asciende por la costura entre aula y comité. El caso sale del ateneo, se vuelve ponencia y, si resiste el escrutinio, guía aceptada.

La pertenencia activa a sociedades médicas no es salón de tertulia: es un dispositivo de evaluación colectiva que transforma reputación en estándar. Escribir —y ser leído— abre la puerta que el rumor no abre.

III. La política de la salud: del procedimiento al programa

En las trayectorias volcadas al territorio, la escena ya no es la cama, sino el mapa: vacunatorios, campañas, higiene urbana, vigilancia. La escuela de gobierno no está en un aula sino en la logística: metas claras, cobertura verificable, coordinación entre niveles. Cuando el criterio acordado en el hospital ordena una red completa, la técnica se hace política pública.

IV. Laboratorio y calidad: otra vía al mando

La ciudad sanitaria no vive solo de urgencias. En los laboratorios y farmacias hospitalarias la autoridad nace de la cadena que no debe cortarse: muestreo, proceso, validación. Quien gobierna ese hilo invisible termina fijando guías terapéuticas y reglas de uso de insumos: poder silencioso, pero decisivo.

V. El espejo privado

La institución privada no borra el anclaje público: lo refleja. Sanatorios y clínicas absorben prestigio construido en el hospital, devuelven tecnología, financian formación, sostienen convenios. La identidad profesional se vuelve de doble inscripción: servicio público, comité de pares y dispositivo propio, cada cual reforzando a los otros.

VI. Excepciones que confirman

Hay desvíos que iluminan la norma: interinatos que, en lugar de "guardar la silla", dejan circuitos nuevos y manuales claros; laboratorios que saltan temprano a la dirección porque transforman procedimiento en garantía.

No derriban el patrón: lo afinan, mostrando que el exceso de escritura y de evidencia puede acortar caminos.

VII. Género: segmentaciones y cómo se afloja el techo

Las mujeres entran con mayor frecuencia por enfermería, docencia sanitaria, laboratorio y odontología: espacios donde vale la continuidad, el proceso, la prueba. El ascenso a jefaturas tarda más allí donde el mando se mide por guardias infinitas y dotaciones grandes. Pero el techo cede cuando la legitimidad descansa en texto, indicador y guardia: la combinación clínica + docencia + sociedad científica vuelve convertibles los méritos y desplaza la frontera de acceso.

Lo que sostienen estas escenas

El hospital y la universidad han producido en la ciudad universitaria una arquitectura común: casos que se registran, reglas que se acuerdan, programas que se ejecutan. En ese orden —no siempre lineal, nunca automático— la ciudad sanitaria aprendió a transformar el oficio en escritura y la escritura en mando. Lo demás —concursos que se demoran, presupuestos que vacilan, sesgos que persisten— solo se desborda de un modo: dejando rastro que pueda ser leído, discutido y continuado. Ahí, donde la rutina se vuelve documento y el documento, decisión, es donde las biografías dejan de ser sumas de episodios y pasan a formar parte de una historia común.

Lo que a primera vista parece mera rutina —la guardia que se entrega, el caso que se escribe, el ateneo de la tarde— es, en verdad, la gramática de la ciudad moderna hecha carne en sus hospitales. Esa gramática no surge del aire: la empuja el crecimiento de la población, la consolidación de un aparato estatal que aprende a administrar cuerpos y riesgos, y un mercado de la salud que se expande al ritmo de mutuales, sindicatos y clínicas. Sobre ese trípode —demografía, Estado y mercado— avanzan las

prácticas higienistas que el siglo XX instala como manera de gobernar la vida urbana.

En la capital bonaerense, cada capa histórica dejó su marca. La expansión de los cuarenta y los cincuenta no fue solo cemento y camas: fue la transformación de la caridad en derecho social y de la pericia individual en dispositivo público. La epidemia de poliomielitis de la década del cincuenta, con muertos, niños con secuelas y familias quebradas, obligó a acelerar aquello que la teoría ya reclamaba: vacunación masiva, rehabilitación, ortopedia, fisioterapia, circuitos de derivación, estadísticas que midieran sin consuelo pero con precisión. Allí se templó una generación entera: aprendió que la clínica vale cuando se organiza, y que la organización vale cuando llega a todos.

Vendría después el ciclo de la hiperespecialización y la investigación aplicada. No se trató de abandonar el hospital público, sino de ensancharlo: cátedras que fijan estándares, sociedades científicas que acreditan, clínicas que prolongan la capacidad instalada y devuelven tecnología y formación. Estado y mercado no se sustituyen; se coproducen. El primero fija reglas y demanda; el segundo aporta equipos, innovación y músculo. Y la universidad —esa otra columna de la ciudad— convierte el oficio en saber transmisible.

En este paisaje, las trayectorias individuales cuentan porque condensan la larga duración. El caso de Favaloro lo dice sin metáforas: hijo de inmigrantes en el Mondongo, sobrino de médico, formado en el San Martín, primero médico rural entre molinos harineros de La Pampa, luego viajero a los Estados Unidos y, al regresar, cirujano que empuja los límites de lo posible. No es una fábula de genio aislado: es el itinerario de una sociedad que, al crecer, exporta e importa técnica, y que reconoce autoridad cuando la experiencia se vuelve resultado medible y bien público. Su biografía, como otras menos célebres, prueba que el conocimiento circula entre periferias y centros, y que de ese movimiento nacen instituciones más robustas.

Nada de esto borra las asimetrías. Las rutas femeninas se abrieron primero en enfermería, laboratorio, docencia y áreas de atención primaria, y tardaron más en coronar servicios troncales. Pero cuando la legitimidad pasó del linaje a la evidencia escrita y verificable, el techo empezó a bajar. De nuevo, la demografía y la higiene empujaron por detrás: más población implica más control, y más control exige papel y método, no apellidos.

Así, el arco que va de los primeros pabellones a la red contemporánea puede leerse sin solemnidad: la ciudad aprendió a convertir la práctica en regla y la regla en gobierno; a convertir el descubrimiento en servicio y el servicio en institución. La poliomielitis fue el punto de inflexión dramático; la especialización y la enseñanza, el largo trabajo de costura. Si algo enseña la historia platense es que no hay carrera sin servicio, ni servicio sin instituciones, ni instituciones sin una sociedad capaz de exigirles que estén a la altura. Lo demás —guardias, ateneos, comités— no es rutina: es el mecanismo que, día tras día, sostiene la vida común.

Empresarios, comerciantes y profesiones económicas en la ciudad planificada (1930–1972): formación, mercado y poder.

Tarde de cierre en el centro platense. A pocas cuadras del eje fundacional, un contador termina el balance de una casa de electrodomésticos que vende "en cuotas"; en la oficina contigua, una escribana protocoliza compraventas e hipotecas para un loteo que avanza sobre el borde del casco. En la Cámara de Comercio, un dueño de mueblería y un ferretero discuten con funcionarios ajustes a la ordenanza de habilitaciones; en la esquina, un transportista local calcula su línea de crédito para renovar camiones. La fila del banco sintetiza la escena: salarios públicos que irrigan el consumo, crédito minorista que sostiene la rotación de mercadería, pagos a proveedores que conectan talleres y depósitos.

El mapa comercial le pone cuerpo a ese pulso. Durante todo el período, la Avenida 7 funciona como columna vertebral del comercio platense:

vidrieras intensas, alta rotación y presencia de pequeñas y medianas firmas familiares (mueblerías, corralones, imprentas, casas de repuestos, panaderías, almacenes, talleres metal–mecánicos, estudios contables y escribanías). La calle 8 opera como corredor complementario —tráfico peatonal, servicios y rubros especializados—, alimentando la continuidad del eje central. Y desde 1943 en adelante, la calle 12 comienza un crecimiento sostenido: primero con locales de indumentaria y accesorios, luego con servicios y gastronomía, consolidándose como nuevo frente comercial y expandiendo la geografía de la compra cotidiana más allá de los ejes tradicionales. Esa deriva de 7 y 8 hacia 12 no sustituye a los corredores históricos: los ramifica, multiplica las esquinas activas y diversifica los flujos de clientela.

Lo que respira la ciudad no son conglomerados anónimos, sino una trama densa de empresas privadas no corporativas que aprenden a formalizar su actividad: libro diario y estado de resultados para la banca; contratos, estatutos y escrituras para ordenar sociedades y garantías; registros y habilitaciones para el municipio. La capital no es sólo un campus: es la capital administrativa bonaerense, con ministerios, banca pública y compras del Estado que fijan reglas y oportunidades; y es, a la vez, un mercado urbano que crece al ritmo del consumo de bienes durables y de la vivienda. En ese engranaje, la UNLP —Económicas y Notariado— provee la gramática técnica que traduce ventas en balances, acuerdos en contratos y patrimonios en escrituras, permitiendo que estas firmas familiares consoliden reputación, accedan a crédito y disputen espacio regulatorio en las cámaras, mientras la ciudad ensancha sus corredores comerciales de 7 y 8 hacia 12 a partir de mediados de los cuarenta.

Al calor de una ciudad que dejó atrás la bruma fundacional para volverse engranaje, el mundo empresarial–comercial y las profesiones económicas se ordenan como una cadena de formación y poder: de las aulas de la UNLP (Económicas y Notariado) a los estudios y firmas locales; de allí a las cámaras de comercio, industria y construcción; y, finalmente, a la banca y los grandes

servicios. No es un simple recorrido profesional: es la manera en que una sociedad fija reglas para que el intercambio no dependa del apretón de manos sino de papeles que resisten auditorías.

Tres fuerzas empujan esa cadena y la vuelven régimen: el crecimiento del consumo —salarios que irrigan el mercado, crédito minorista, bienes durables y vivienda—; la fluidez creciente del intercambio, asegurada por la estandarización contable, la tributación, los contratos y las primeras franquicias; y la capitalidad provincial de La Plata, que concentra regulación, compras del Estado y empleo público. Cuando estas fuerzas se acoplan, el comerciante deja de ser un aventurero del mostrador para convertirse en actor de una economía legible: balances para el banco, escrituras para el registro, declaraciones para el fisco, pliegos para el proveedor estatal.

En ese orden, el mérito no se juega en "vender más", sino en hacer visible y verificable la propia actividad ante los árbitros de la modernidad: Hacienda, la banca, el municipio y la provincia. Quien traduce mercadería en balance, acuerdo en contrato y flujo de caja en garantía, no solo prospera: manda. Porque en esta ciudad donde el Estado compra, inspecciona y regula, la autoridad del empresario no proviene del secreto comercial, sino de la legibilidad que lo integra —y lo disciplina— dentro de la maquinaria común.

A ras de suelo, el municipio pone orden: habilitaciones, tasas, inspecciones que convierten la vidriera en actividad legible. Un piso más arriba, la provincia abre grifos de crédito, promoción y compras públicas que dan volumen y horizonte. En la cúpula, la Nación fija los regímenes —impuestos, banca, comercio— que marcan el compás general. Entre esos niveles, las cámaras empresarias actúan como bisagras: negocian, traducen intereses privados al lenguaje de la norma y devuelven la norma en forma de oportunidades. Y en la mesa chica de la modernidad, contadores y escribanos cumplen el papel decisivo: son los gramáticos del capitalismo local, los que vuelven consumo en balance, acuerdo en contrato y flujo en obligación

fiscal. Sin ellos, la economía no circula; con ellos, el papel sostiene lo que el mercado promete.

Formación y desarrollo: del libro al balance, del protocolo al mercado

La trama que une empresa y Estado se teje, primero, en las aulas. En la UNLP, las carreras de Ciencias Económicas y Notariado forjan un idioma común que vuelve legibles la firma y el patrimonio ante terceros: bancos, fisco, municipio. No se trata solo de títulos; se trata de una gramática sin la cual el intercambio moderno no existe.

Contadores. La antigua teneduría cede ante una cultura de costos, auditoría y valuación: inventarios y amortizaciones que ordenan precios, estados de resultados y flujos que explican el negocio, cumplimiento impositivo–previsional que arma la "credencial" ante Hacienda. De ese modo, el estudio contable deja de ser llevador de libros para convertirse en traductor entre mostrador y carpeta bancaria, entre caja diaria y expediente fiscal.

Escribanos. El notariado otorga seguridad jurídica a la circulación de bienes: compraventas, hipotecas, sociedades, cesiones, particiones y garantías que fijan derechos en registros y catastros. Con el auge urbano, la escribanía convierte acuerdos privados en títulos oponibles y, desde fines de los cuarenta, la propiedad horizontal añade reglamentos, unidades funcionales y consorcios que complejizan y expanden el oficio.

Cuando la formación se encuentra con la calle, la ciudad muestra su maquinaria. En la Avenida 7, en la calle 8 y, desde mediados de los cuarenta, en la calle 12, la venta en cuotas y el arribo de marcas nacionales obligan a profesionalizar. El contador pasa del libro al indicador: cuentas corrientes de clientes y proveedores, rotación de stock, punto de equilibrio, razones de liquidez y solvencia, simulaciones ante costos que suben y cobros que

se estiran. El notario, del contrato al protocolo: escrituras para loteos y obras, subdivisiones y PH, hipotecas y prendas que financian un segundo local, un depósito, maquinaria. Aparecen estudios medianos que integran lo impositivo, laboral y financiero, y escribanías con especialización urbanística y societaria: la fricción entre empresa, banco y Estado se reduce; el crecimiento encuentra carriles.

En ese punto, las cámaras operan como bisagras eficaces: llevan al lenguaje de la norma lo que nace en el piso de ventas y en la obra (habilitaciones, horarios, ferias), articulan con banca pública y ministerios, organizan rondas y misiones, y distribuyen distinción (comisiones, presidencias) que cuenta en el campo local. La reputación de mostrador encuentra su foro; la práctica deviene regla.

Consagración: banca, servicios y gobierno del sector.

El cierre del ciclo no es un retiro a oficinas alfombradas, sino un ascenso de escala: quienes aprendieron a convertir mercadería en balance y acuerdo en escritura se sientan en comités de crédito, consejos de administración, directorios de servicios y mesas público–privadas donde se decide qué se financia, qué se habilita y qué se compra. La autoridad ya no reside en vender más, sino en hacer que la economía sea legible y gobernable: donde el papel sostiene la promesa, el impuesto reconoce el flujo, el banco entiende el riesgo y el Estado transforma demanda en obra y servicio. Allí, en esa confluencia, se consagra el grupo empresarial–comercial y las profesiones económicas: como intérpretes entre consumo y regulación, y como arquitectos de un mercado que, al fin, habla en un idioma común.

Cierre del ciclo: el veredicto de afuera

La consagración no ocurre en la trastienda del local, sino fuera: allí donde bancos, registros y cámaras emiten su veredicto. Es el momento en que la

economía moral del papel—balances, escrituras, actas—decide quién crece y quién se queda.

Banca pública y privada.

El banco no compra relatos: compra legibilidad. El contador traduce desempeño en estados confiables; los comités de riesgo premian números claros y castigan opacidades. La cámara empuja mejores condiciones y acceso a programas; la escribanía cierra la garantía—hipoteca o prenda—que vuelve financiable la ambición. Crédito no es dádiva: es confianza documentada.

Gobernanza sectorial.

Las cámaras se vuelven usinas de lobby técnico: opinan ordenanzas, compras públicas, planes de centros comerciales y obras que afectan logística y clientela (estacionamiento, transporte, veredas, iluminación). Quien domina los documentos (balances, protocolos) y los foros (comisiones, directorios) adquiere capacidad de arbitraje: alinea intereses dispersos y fija reglas de juego. Es el pasaje del mostrador a la norma.

Resultado institucional.

La autoridad en el campo empresarial–comercial local descansa en tres pruebas encadenadas: demostrar solvencia (contabilidad), asegurar título (protocolo) y alinear intereses (lobby tecnificado). Cuando esa cadena funciona, el pequeño o mediano de 7, 8 o 12 salta de local a red, de gasto a inversión, de práctica individual a política sectorial. Cuando falla, el crecimiento se enturbia y el crédito se encarece.

La formación universitaria proveyó gramáticas compartidas; el tramo intermedio unió piso de ventas con expediente; la consagración dependió de credibilidad contable, seguridad jurídica y capacidad de incidencia. Este

es el trayecto concreto—del libro al balance y del protocolo al mercado— que explica por qué, en la urbe, las firmas no corporativas pudieron profesionalizarse y disputar reglas a medida que el mercado urbano ensanchaba sus corredores de 7 y 8 hacia 12 desde los años cuarenta. Aquí, el papel no es burocracia: es poder social hecho visible.

Consumo y mercado: cómo el bolsillo ordena carreras

En la ciudad que aprendió a convertir promesas en papeles, el consumo doméstico —vivienda, muebles, artefactos, indumentaria, movilidad— dejó de ser un impulso del mostrador para volverse circuito administrativo. Lo que antes se fiaba en la libreta pasó a pedirse al banco: balances auditados, previsión fiscal, libros sueldo, convenios vigentes. Del otro lado de la mesa, hipotecas para casas y locales, sociedades para separar patrimonios y ampliar capital. Cuando el comercio salta de local suelto a red o a agencia de marca, llegan contratos de representación y exclusividades que exigen contabilidad ordenada y protocolo notarial. El mérito ya no consiste en "vender mucho", sino en hacer legible el negocio: demostrar solvencia, cumplir obligaciones y cerrar jurídicamente operaciones que el Estado puede ver, cobrar y respaldar.

Dos motores acoplados

El hogar se volvió fábrica de crédito: cuotas, pagarés, tarjetas incipientes, garantías que empujan depósitos, maquinaria y segundas sucursales —ese corrimiento de 7 y 8 hacia 12 que reescribió la geografía del consumo—. A la vez, la capitalidad provincial ancló compras públicas, equipamientos y líneas de promoción: estabilizó flujos, impuso estándares y elevó el piso de requisitos contables y notariales. El comerciante que aspira a vender más —y venderle al Estado— debe hacerse legible. Creció, por eso, la demanda de estudios contables integrales y de escribanías duchas en societario, inmobiliario y garantías.

Quién pide qué

El municipio habilita e inspecciona; allí la cámara negocia zonificación y horarios, el contador arma expedientes y la escribanía asegura alquileres, boletos y garantías. La provincia abre banca pública y compras; la cercanía reduce fricciones, pero sólo si la contabilidad es clara y el protocolo, limpio. La Nación impone regímenes tributarios, bancarios y de comercio; la llegada de cadenas y marcas impone manuales, stocks estandarizados y reportes periódicos. Las cámaras median en este triángulo: traducen demandas en normas, abren líneas de crédito, organizan ferias y reparten distinciones que consolidan autoridad sectorial.

El mundo entra por la vidriera

Sin romper con Europa, desde los cuarenta y cincuenta Estados Unidos aportó bienes durables y un catecismo de costeo, auditoría y marketing que los bancos locales aprendieron a valorar. Más tarde, América Latina amplió radios de representación, abrió rondas y exigió documentación homologable. La empresa no corporativa de 7/8/12 integró insumos importados y procedimientos "modernos": catálogos, servicio técnico, posventa. El contador incorporó normas y reportes que dialogan con casas matrices; la escribanía ajustó contratos y garantías; la cámara tendió puentes con aduanas, bancos y ministerios.

Sensibilidad macro

Tipo de cambio, cupos, regímenes de importación: la marea grande alteró costos y plazos. El profesional devino también gestor de riesgo: coberturas, cláusulas escalatorias, cronogramas fiscales que amortiguan el golpe. En este paisaje, el bolsillo —organizado por crédito, regla y papel— no sólo compra; estructura carreras. Porque en la ciudad universitaria, entre 1930 y 1972, quien supo traducir deseo en carpeta bancaria, y carpeta en contrato válido, no sólo vendió más: ascendió.

De la libreta al tablero: cuando el negocio aprende a hablar en cifras

La modernización no empieza en la vidriera, sino en el papel que la sostiene. La contabilidad abandona la suma del día y adopta medidas que piensan el mañana: rotación de inventarios, punto de equilibrio, razones de liquidez y solvencia, márgenes por línea y proyecciones de flujo. La banca escucha ese idioma: premia la claridad y castiga la sombra. El planeamiento fiscal, lejos de ser un trámite, es seguro contra contingencias y credencial de acceso al crédito.

En paralelo, el notariado convierte trato en derecho ejecutable. La propiedad horizontal ordena la ciudad por dentro; subdivisiones y garantías reales (hipoteca, prenda) vuelven el acuerdo activo bancable; el societario separa el riesgo del negocio del patrimonio de la familia, condición para crecer sin que la casa responda por la mercadería.

El comercio, mientras tanto, deja de ser un mostrador aislado: pasa a red. Aparecen contratos de agencia, manuales operativos, sistemas de stock y posventa; franquicias tempranas —todavía blandas— que, aun sin blindaje corporativo, exigen trazabilidad. El catálogo, el servicio técnico y el reporte mensual ya no son adorno: son la prueba de que la promesa puede repetirse.

La consecuencia profesional (y política)

Las carreras avanzan cuando el binomio empresario–estudio demuestra que sabe traducir consumo en expediente: solvencia que se ve en un balance auditado; título que se afirma en un protocolo robusto; intereses que se alinean en una cámara capaz de negociar normas y programas. El mercado privado abre escala —redes, marcas, servicios—; el mercado público estabiliza demanda —compras, obras— y sube el listón; la apertura hacia Estados Unidos y América Latina trae procedimientos y controles que empujan otro tramo de profesionalización.

En ese cruce, el mérito deja de medirse por la mera velocidad de la caja. Cuenta la escritura: el balance que convence, el contrato que protege, el protocolo que vale en el registro y en el banco. Allí, en esa legibilidad acumulada, las trayectorias platenses encuentran la rampa: del mostrador al directorio; del local de 7 y 8 a la red que pisa también 12; y de la conversación de barrio a la mesa con bancos, ministerios y casas matrices, donde la ciudad comercia ya sin complejos y con papeles que sostienen lo que vende.

La capital bonaerense como centro político-administrativo: escalas que hacen mercado

En la capital provincial el intercambio no se decide sólo en la vidriera: viaja por ventanillas, se escribe en formularios y se firma en protocolos. Capital administrativa de la provincia, la ciudad condensa cuatro escalas —municipal, provincial, nacional e internacional— y un bisagra colectivo, las cámaras empresarias, que transforman el esfuerzo comercial en autoridad económica.

Municipio: la puerta de entrada.

Aquí nace el comerciante: habilitaciones, tasas, bromatología, obra particular, uso del espacio público. Ordenanzas de horarios, veredas, carga y descarga fijan bordes; las cámaras disputan zonificación y aforos. En los ejes de 7 y 8, y desde mediados de los cuarenta en 12, la regulación municipal define el costo de operar. Quien domina expedientes y ritmos reduce contingencias y gana reputación ante proveedores, bancos y aseguradoras.

Provincia: escala y estabilidad.

La cercanía a ministerios y al Banco de la Provincia acorta el trayecto entre carpeta y firma. Programas de crédito, promoción y "compre provincial" estabilizan demanda y justifican el salto a la segunda sucursal, al depósito o

a la maquinaria. Los pliegos estandarizan; la contabilidad traduce costos; el protocolo notarial garantiza sociedades y avales. El cumplimiento probado sube el valor del balance y el peso de la palabra en las cámaras.

Nación: reglas del juego.

Tributos, banca y cadenas marcan el compás. La llegada de marcas y agencias exige manuales, reportes y contabilidad homogénea. Quien acredita planeamiento fiscal y auditorías limpias accede a mejores condiciones financieras y a representaciones de primera línea.

Lo internacional: gramáticas nuevas.

Sin cortar con Europa, los cuarenta y cincuenta traen el influjo estadounidense; después, América Latina amplía radios de representación. Insumos, equipos y cartas de crédito incorporan métodos de costeo, auditoría y marketing; cambian formatos de reporte y controles internos. El profesional se vuelve también gestor de riesgo; la firma local, más sofisticada.

Cámaras: bisagras y fábricas de reputación.

Traducen problemas sectoriales en ordenanzas, abren líneas con bancos, sientan a empresarios y funcionarios en la misma mesa. Directorios y comisiones reparten distinción útil; relevamientos de ventas y empleo producen datos para negociar. La voz técnica —contadores, escribanos— gana peso cuando se socializa en foros: el saber deviene regla y, por esa vía, mando.

Formas de ascenso (y sus palancas)

Del mostrador al empresario.

Del local a la red, del rubro único al servicio integrado. Palancas:

formalización municipal, balances auditados, contratos con Provincia, agencia de marca. Riesgo: dependencia de un proveedor o cliente; rotación mal administrada.

El contador que ordena la escena.

Del estudio chico a la auditoría y el planeamiento; luego, asesor de cámaras o Estado. Palancas: estándares adoptados, proyecciones y reportes que entiende la banca. Riesgo: quedar atrapado en la coyuntura tributaria y perder diferencial analítico.

El notariado que abre ciudad.

Del protocolo cotidiano al desarrollo inmobiliario y la conducción colegiada. Palancas: propiedad horizontal, garantías reales, societario complejo. Riesgo: giros registrales, litigios de título, ciclos de ladrillo.

La dirigencia que arbitra.

De empresa o estudio a comisión, luego presidencia y sillas en banca o entes. Palancas: información sectorial, coaliciones, legitimidad técnica. Riesgo: politización que capture la agenda.

El banco y los servicios financieros.

Del lenguaje del balance al criterio de crédito. Palancas: originar préstamos con baja mora, conocer el sector. Riesgo: shocks macro y descalces de tasa o plazo.

Combinaciones que escalan.

Empresa + estudio contable: back-office que abarata financiamiento y permite expansión. Comercio + notariado: integración comercial-

inmobiliaria para crecer por activos. Contador + cámara: del Excel a la ordenanza. Escribanía + cámara: seguridad jurídica como bien público sectorial. Contador + banca: el balance se convierte en crédito.

Cómo circula el poder (el circuito completo)

La ventanilla municipal legitima la existencia; la promoción provincial financia la escala; la Nación fija la gramática fiscal y bancaria; lo internacional aporta métodos e insumos; las cámaras sincronizan intereses; la banca asigna crédito según legibilidad. Quien escribe bien sus números, blinda sus títulos, muestra cumplimiento local y provincial y habla en las cámaras, cierra el círculo en el banco. Así, en la ciudad, el comercio ubicado en el eje fundacional deja de ser sólo mostrador: se vuelve gobernanza económica en una ciudad donde el mercado aprende a mandar con papeles.

Momentos que reordenan incentivos (y escalas)

1930–1955: cámaras con voz, mercado en armado.

Tras la crisis y en la larga estela de la posguerra, la urbe platense aprende a negociar su propia economía en varias alturas a la vez. En la escala local, las cámaras dejan de ser tertulias y se vuelven interlocutores: convierten el conflicto del mostrador —horarios, ferias, carga y descarga, veredas— en ordenanza municipal. En la escala provincial, median tributos, inspecciones y abastecimiento; cuando hay controles o escasez, su voz reparte cupos y prioridades. La escala nacional impone reglas cambiantes de precios e importaciones, y el afuera internacional se filtra como goteo de insumos y métodos. De ese cruce nace un incentivo nuevo: pasar de la libreta al registro.

El comercio se formaliza porque así accede a mercadería y licencias; y, al hacerlo, crea demanda estable para dos oficios que ordenan la vida económica: contaduría, que transforma el día a día en cifras legibles para

la banca (costos, sueldos, rotaciones); y notariado, que hace circular con seguridad la propiedad (compraventas, hipotecas, subdivisiones) y absorbe, desde fines de los cuarenta, la complejidad de la propiedad horizontal. La "buena conducta documental" se vuelve un activo: abre puertas y acorta pasillos. El premio ya no es el guiño: es el expediente en regla.

1955–1972: profesionalización y puentes con el Estado.

Con el quiebre político y el desarrollismo, el listón sube. El mérito deja de ser "estar inscripto" para ser legible y comparable en las cuatro escalas. En la ciudad, el negocio que quiere crecer debe mostrar cuentas auditables; en la provincia, transformar esa legibilidad en crédito y contrato; en la Nación, acomodarse a un régimen tributario y bancario más exigente; y en lo internacional, adoptar gramáticas de reporte que traen marcas y cadenas. Surgen estudios contables integrales (impositivo, laboral, societario, finanzas) y un notariado que domina sociedades más complejas y garantías reales para fondear depósitos, maquinaria o la segunda sucursal en el corredor que ya no se agota en el eje fundacional de la ciudad.

Las cadenas nacionales empujan manuales, stock y posventa; quien aprende esa lengua crece. Las cámaras se tecnifican —departamentos impositivos, legales— y ganan asiento en la confección de normas provinciales (promoción, compras, registro de proveedores). La capitalidad facilita el tránsito: carpeta clara, precio justificable, garantía cerrada tienden a volverse contrato o línea de crédito. El rasero, en suma, se uniforma hacia arriba: contabilidad que persuade, protocolo que protege, reporte que compara. Con esa vara se decide quién escala, quién se estanca y quién sale del mapa.

Linajes y movilidad intergeneracional en una ciudad–mercado de varias alturas

En la ciudad planificada, el comercio no nace sólo en la vidriera: se forja entre el eje fundacional —las manzanas que enlazan municipalidad,

catedral y diagonales— y los pasillos donde se firman habilitaciones, créditos y escrituras. Allí, en ese centro que respira por Avenida 7 y calle 8, y que desde mediados de siglo empuja su pulso hacia calle 12 y más allá (ring barrial, camino a Ensenada, corredores hacia City Bell y Gonnet), los linajes y las primeras generaciones universitarias aprenden a moverse por escalas de poder que van del mostrador a los ministerios, de la mesa de entradas municipal a la banca, y del proveedor extranjero al contrato local.

Comercio y empresa.

En los rubros tradicionales —mueblerías, ferreterías, casas de electrodomésticos— el apellido en la marquesina sigue pesando. "& Hijos" no es sólo una fórmula: es un sistema de transmisión que, desde jóvenes, enseña caja, trato con proveedores y cuidado de clientela. Pero el mundo ya no se agota en el eje central. La llegada de marcas y manuales de operación, la estandarización de garantías y entregas, y la presión de nuevas centralidades comerciales obligan a los herederos a profesionalizarse: estudiar contabilidad, derecho o ingenierías para convertir el oficio aprendido en carpeta bancaria y contrato. Unos diversifican —construcción, logística, servicios—; otros consolidan redes propias. El legado deja de ser sólo el local: pasa a ser la capacidad de traducirlo a reglas que entienden municipio, provincia, bancos y cadenas.

Escribanías.

Aquí la herencia se mide en protocolo, clientela y confianza. La continuidad, sin embargo, no se garantiza por sangre sino por credencial: título, matrícula y pulcritud registral. Donde hubo tradición en inmuebles, garantías y sociedades, el apellido abre puertas; lo que las mantiene abiertas es no tener reproches. Entre el casco y los nuevos frentes de loteo, la escribanía hace algo más que "dar fe": hace existir jurídicamente la expansión de la ciudad —viviendas, locales, depósitos— y ordena la circulación del patrimonio familiar y empresario.

Estudios contables.

Aquí domina la primera generación universitaria. El valor no es el linaje sino la cartera y la pericia para volver legible el negocio ante fisco y banca. La herencia, si la hay, es un método: papeles en regla, procesos, una clientela que confía en informes y proyecciones. La movilidad se acelera cuando se dominan estándares y reportes que exigen bancos, proveedores nacionales y, cada vez más, marcas del exterior. El contador deja de "llevar libros" para convertirse en intérprete entre el mostrador de 7–8–12, la ventanilla municipal, el ministerio provincial y el comité de crédito.

Balance de época.

En la ciudad–capital, linajes fuertes en notariado y en segmentos del comercio conviven con alta movilidad en contaduría. La expansión del mercado y de la universidad —hijas e hijos que estudian, vuelven y reescriben el oficio— crea puentes: algunos redefinen el negocio familiar, otros migran hacia profesiones conexas con mejor retorno del capital educativo. Todo ocurre en varias escalas a la vez: lo local da la primera legitimidad (la clientela del barrio, la habilitación), lo provincial financia y compra, lo nacional fija impuestos y banca, y lo internacional trae insumos y métodos.

La historia que se ve en el eje fundacional —y en su desborde hacia nuevos territorios— es, en el fondo, la de una circulación de poder y transacciones: la herencia otorga un inicio, la profesionalización decide el recorrido, y los desvíos —diversificación, servicios, nuevas centralidades— abren destinos que ya no dependen sólo del apellido, sino de la capacidad de hablar el lenguaje del Estado y del mercado al mismo tiempo.

Género y legibilidad en una ciudad de varias escalas.

En la capital, el poder económico no circula sólo por precios y vidrieras; viaja por ventanillas, protocolos y balances que nacen en el eje fundacional y,

con el tiempo, desbordan hacia calle 12, los barrios y el cordón periurbano. En ese itinerario, el género encuentra puertas laterales y techos frontales: las mujeres irrumpen donde manda el papel —contabilidad fina, dictámenes tributarios, escrituras sin observaciones— y tropiezan donde manda la sociabilidad cerrada —clubes, almuerzos de directorio, pactos tácitos. La gran novedad del largo 1955–1972 no fue sólo el aumento de su presencia, sino el desplazamiento del criterio de poder: del apellido y la tertulia al documento que banca y Estado pueden leer. Sin embargo, el sedimento final de ese avance suele depositarse en los linajes: el trabajo invisible que vuelve legible el negocio fortalece el apellido de la marquesina y consolida patrimonios familiares. La permeabilidad crece; la titularidad, más lentamente.

Convertidores de poder: cómo el día a día se vuelve autoridad

La ciudad transforma desempeño cotidiano en mando económico mediante una serie de convertidores que encadenan escalas (municipal, provincial, nacional) y abren paso a la expansión territorial.

1) De la libreta al balance.

Lo que empezó como fiado de mostrador en 7 u 8 se vuelve estado contable que un comité de crédito entiende. Rotación de stock, márgenes, flujo de caja: el negocio deja de "vender bien" para probar bien. Resultado visible en el territorio: la carpeta aprobada financia depósito y segunda sucursal —el salto que, desde los cuarenta, empuja hacia calle 12.

2) Del contrato a la escritura.

El acuerdo de palabra se convierte en título ejecutable. Compraventas, hipotecas, propiedad horizontal: la escribanía no sólo da fe, hace existir jurídicamente locales, viviendas y consorcios. Con cada folio sellado, la ciudad crece en forma y el activo familiar se vuelve bancable.

3) Del mostrador a la marca/red.

Manual de operación, layout, posventa: el negocio se estandariza y ya no depende del dueño sino del sistema. La experiencia es la misma en 7, 8 y 12; a cambio, mejores precios, reposición programada, clientela repetida. La escala ya no es un anhelo: es un método escrito.

4) Del reclamo a la norma.

Quejas por horarios o inspecciones viajan a la cámara y vuelven ordenanza: zonificación, carga y descarga, ventanilla única. La queja privada se convierte en regla pública; baja el costo regulatorio, se acortan plazos de habilitación. El poder, aquí, es saber redactar con números en la mano.

5) Del balance al crédito.

Contabilidad firmada, garantías instrumentadas, precios justificables: la banca asigna cupos y tasas. La línea aprobada multiplica stock y financia maquinaria; el negocio de 7/8 pisa 12, y el apellido gana calle. Detrás del avance, casi siempre, una contadora que ordenó la evidencia y una escribana que la blindó.

Escalas que encadenan (y sedimentan) el cambio

La escala municipal legitima la existencia del local; la provincial financia la expansión y compra; la nacional fija la gramática tributaria y bancaria; la internacional trae insumos y métodos. Las cámaras suturan esas capas y fabrican reputación. En ese tejido, las mujeres crecen donde la prueba es documental (balances, protocolos, guías); los varones retienen ventaja donde la regla la dicta la red informal. El resultado es mixto: más firmas femeninas en la contabilidad fina y en la escritura que hace posible el crédito; más firmas masculinas en la chapa del frente y en la foto del directorio.

La urbe, capital administrativa y mercado urbano a la vez, muestra así su ley de movimiento: lo que el papel acredita, el territorio consolida. Y aunque la apertura del período permitió que nuevas cohortes —entre ellas, muchas mujeres— fijaran huella en la maquinaria que convierte ventas en poder, la renta simbólica de ese avance se acumula, con frecuencia, en los apellidos que ya estaban al sol. Esa es la contradicción de una modernización que abre puertas por el costado y consagra por el frente: la ciudad se vuelve más legible, pero su memoria comercial sigue escribiéndose —todavía— con tinta de familia.

Riesgos, fragilidades y fortalezas en una economía de pasillos y vitrinas

La trama empresarial–comercial platense se mueve entre oleadas de prosperidad y mareas bajas. Su fuerza reside en convertir la venta cotidiana en documentos que el Estado y la banca reconocen; su vulnerabilidad, en que esas mismas instituciones cambian el clima con un decreto o una tasa. Lo que sigue no es un inventario de quejas, sino el mapa de amenazas recurrentes y de las estrategias con que los actores locales aprenden a ascender, sostenerse y negociar en las distintas escalas del poder.

1) El vaivén del crédito.

Cuando las tasas se disparan o el dinero se raciona, el capital de trabajo se encarece y la inversión se congela. En esos turnos, el balance "pierde voz" y la mejor carpeta duerme en un comité de riesgo. La defensa es clásica y laboriosa: calzar plazos (no financiar largo con caja corta), diversificar bancos (públicos y privados) y mantener liquidez visible. Fortalece a quien ya venía ordenado; desnuda a quien sólo confiaba en la caja del día.

2) Inflación y tributos en movimiento.

La suba de precios devora márgenes, distorsiona inventarios y multiplica inspecciones. Aquí el contador se vuelve seguro de navegación:

revalúa, ordena, simula escenarios y blinda cumplimiento. Pero hay un costo político–empresarial: sin precios dinámicos, procesos más ágiles y planeamiento fiscal, la firma pierde pulso comercial aunque esté al día en papeles.

3) Importaciones, tipo de cambio y escasez selectiva.

Un permiso que no sale, un dólar que salta, y faltan insumos o marcas ancla. La respuesta efectiva combina multiproveedor, stock estratégico y cláusulas de ajuste. A cambio, más papeles: cartas de crédito, certificados, garantías. Es la cara internacional del mismo principio: sólo sobrevive el que escribe bien su escasez y la traduce en contratos que el banco cree y el proveedor respeta.

4) Dependencia de la compra pública.

La capitalidad abre puertas, pero también ata. Atrasos de pago, reglas que cambian con el gabinete, licitaciones reprogramadas: cuando el Estado pesa demasiado en la facturación, sube el riesgo de iliquidez. La defensa es cartera mixta (público/privado), anticipos cuando se pueda, y lobby con papeles: precios justificables, entregas trazables, garantías recíprocas. La cámara ayuda, pero no milagrea.

Fortalezas prácticas: cómo se sostienen y negocian

Escritura impecable. Balance claro y protocolo sin reproches reducen tasas, aceleran habilitaciones y vuelven creíbles las excusas cuando la cadena se tensa.

Cámaras como escudo y ariete. Convierte quejas en ordenanzas, abre mesas con intendencias y ministerios, y presta reputación a actores medianos que, solos, no serían escuchados.

Back office profesional. Estudios contables integrales y escribanías con oficio inmobiliario–societario bajan fricciones entre mostrador, banco y fisco; en tiempos duros, eso es tiempo.

Diversificación prudente. Del local a la pequeña red, del rubro único al mix razonable; del proveedor único al segundo mejor precio seguro. No maximiza rentas en bonanza, pero evita caídas fatales en escasez.

Género y meritocracia documental. Donde manda el documento —impuestos, auditoría, contratos— las profesionales ganan terreno y estabilizan casas comerciales; donde domina la sociabilidad cerrada, el avance es más lento.

Un "pasaporte" para subir de escalón

En la ciudad universitaria se asciende con una credencial compuesta, difícil de falsificar y sencilla de enunciar:

Cuentas que convencen (solvencia demostrable).

Títulos que protegen (escrituras y garantías ejecutables).

Marca y procedimiento (experiencia repetible en varios locales).

Reglas a favor (incidencia en cámaras que baja costos de operar).

Crédito que llega a tiempo (líneas calzadas con el ciclo del negocio).

Quien reúne esas cinco piezas cruza del eje fundacional a la expansión —de 7 y 8 hacia 12 y los barrios—, disputa representación de marcas, entra a compras provinciales y conversa de igual a igual con banca y ministerios. Quien no, vende, sí; pero no escala. Esa es la fortaleza y la fragilidad de este grupo: su destino depende menos del brillo de la vidriera que de la legibilidad acumulada detrás del vidrio.

¿Por qué la representatividad de este grupo es relativamente baja en el Quien es quién?

Vistas en larga duración, las trayectorias empresariales y de las profesiones económicas en la capital bonaerense nacen en el damero local, se articulan en el circuito regional (ministerios, banca pública, proveedores del hinterland), dependen de regímenes nacionales (tributos, crédito, comercio) y, desde mediados del siglo XX, toman método y mercancías de mercados internacionales y, crecientemente, globales. En ese mosaico, su fortaleza histórica ha sido convertir la vida de mostrador en escritura legible —balance, protocolo, contrato—; su debilidad, que esa escritura rara vez busca prestigio narrativo. De allí la baja presencia en repertorios biográficos.

Siete razones pesan más que el resto:

Auto–selección del repertorio. La reputación comercial se mide en ventas, solvencia y cartera, no en títulos o cátedras. Para un minorista de 7–8 o una firma de calle 12, figurar en un repertorio aporta poco frente a convencer a un banco o a un proveedor.

Discreción como regla de juego. En economías sensibles a inspecciones y competencia, el bajo perfil es un activo. El apellido vale más en la vidriera que en la ficha impresa.

Canales propios de visibilidad. Cámaras, consejos profesionales y mesas con banca/Estado funcionan como su "quién es quién" efectivo: allí se reparten comisiones, se negocian ordenanzas y se reparte distinción.

Sesgo editorial. Los repertorios platenses favorecen mundos donde la autoridad se escribe en exámenes, concursos y publicaciones (universidad, justicia, sanidad). El empresariado "habla por balances", un lenguaje que el libro no recoge.

Temporalidad del mercado. Entre 1930 y 1955 predomina el comercio de radio corto y formalización limitada; desde 1955 a 1972, la profesionalización contable y notarial acerca banca y Estado, pero quien gana visibilidad es el/la profesional que traduce, no siempre el comerciante que vende.

Segmentación de género. Las mujeres entran por administración, laboratorio contable y docencia; escalonadas, sí, pero con menos sillas visibles en cámaras y banca. Donde manda el documento, avanzan; donde manda la sociabilidad cerrada, el techo persiste.

Linajes y sustitutos de publicidad. En escribanías y casas comerciales con historia, la confianza se hereda por clientela y ubicación, no por repertorio. En contaduría —más permeable a primeras generaciones universitarias— la propensión a figurar aumenta si el estudio asesora cámaras o administra programas públicos.

¿Por qué algunos sí eligen estar?

Para ciertos actores, la ficha funciona como señal: ayuda en la "diligencia debida" bancaria, consolida liderazgo en cámaras, acompaña sucesiones empresarias profesionalizadas y legitima entradas a sectores regulados (obra, logística, inmobiliario).

Base empírica. El recorte analizado reúne 79 casos nucleares y proyecta un total de 170–180 perfiles del grupo (≈10% del corpus). La subrepresentación no desmiente su peso económico; refleja una economía política de la reputación: lo que en lo jurídico–académico se consagra con pergaminos, aquí se acredita con papeles de caja.

Fuerza y límites del grupo en la historia platense

Escala local. En el eje fundacional, el comercio ancla sociabilidad y flujo de caja. Su fortaleza es la adaptación: del fiado a la cuota, del local único

a la pequeña red; su riesgo, la fragilidad ante inspecciones, tasas y ciclos de demanda.

Escala regional (provincia–hinterland). La capitalidad acorta pasillos entre carpeta y firma. Aquí se multiplica su potencia: compras públicas, programas de promoción y banca provincial estabilizan ventas e inversión. El límite: dependencia de presupuestos y cambios de regla.

Escala nacional. Regímenes tributarios, financieros y de comercio fijan el techo de cristal del crecimiento. Cuando la vara comparativa sube (auditorías, reportes), ganan quienes ya escribían bien sus números; pierden quienes confiaban sólo en la caja del día.

Escala internacional y global. Desde los años cuarenta–cincuenta, insumos, marcas y métodos (costeo, auditoría, marketing) vienen de fuera. Profesionaliza, sí; exige, también: cartas de crédito, garantías y estándares comparables. La capital provincial aprende a "traducir global" sin soltar el barrio.

Balance histórico. Entre 1930 y 1955, el grupo arma sus bisagras institucionales (cámaras, oficios, banca pública) y pasa de la libreta al libro rubricado. Entre 1955 y 1972, convierte ese libro en balance comparable, ese contrato en protocolo registrable y esa queja en ordenanza. A escala ciudad, su fortaleza es ser tejedores de legibilidad: hacen que el consumo cuente ante bancos, fisco y ministerios. Su vulnerabilidad es sistémica: tasas, tipo de cambio, permisos y pagos del Estado definen cuánto de ese esfuerzo se transforma en escala.

La conclusión no es moral, sino histórica: donde el mercado se volvió legible, las carreras se profesionalizaron; donde el acceso dependió de redes cerradas, la herencia pesó más que el mérito escrito. La ciudad —ciudad, mercado y Estado a la vez— ofreció, con mayor frecuencia que otras plazas,

el primer camino. Que el Quién es Quién lo refleje poco dice menos del grupo que del formato del libro: la economía que sostuvo avenidas y barrios prefirió hablar con balances antes que con biografías.

La urbe platense entre 1930 y 1972 no fue un bazar con luces propias, sino una pieza bien encajada del capitalismo realmente existente: una ciudad–puerto interior donde el consumo urbano, la universidad y la capitalidad administrativa conectaron el mostrador con la ventanilla, el catálogo con el decreto, el fiado con el crédito. En los años de la Gran Depresión, la posguerra y el auge desarrollista, los ciclos mundiales golpearon primero el precio y la disponibilidad de bienes; las respuestas —tasas, cupos, promociones— se tramaron en escalas superpuestas: el municipio reguló habilitaciones y rutinas, la provincia proveyó banca y compras, la Nación fijó impuestos, comercio e importaciones. Lo local no fue refugio, sino interfaz.

En ese régimen de interdependencias, el mérito dejó de medirse sólo en cajas cerradas al final del día. Valió quien supo escribir su desempeño de modo legible para el fisco y la banca: balances que convencen, protocolos que aseguran título, expedientes que habilitan. De allí la centralidad de contadores y escribanos como traductores entre deseo de consumo y carpeta bancaria, y el papel de las cámaras empresarias como bisagras que convierten la queja en ordenanza, el rumor de mostrador en programa. La deriva comercial desde 7 y 8 hacia 12 no fue un simple corrimiento de vidrieras: densificó circuitos documentales y elevó el listón de la legibilidad.

Los vaivenes del Estado —intervenciones municipales, prioridades provinciales, virajes nacionales— no abolieron el mercado; le dieron forma. En épocas de escasez y controles, la mediación corporativa asignó cupos y reglas; en fases de apertura relativa, marcas y métodos importados (costeo, auditoría, marketing) impusieron nuevas gramáticas. La fuerza del grupo empresarial–comercial platense residió en esa capacidad de convertir práctica en papel y papel en solvencia: cuando el mundo subía la vara,

quienes ya hablaban el idioma del balance y del protocolo escalaron; quienes confiaban sólo en la caja quedaron más expuestos a crisis y racionamientos.

Los linajes pesaron allí donde el activo principal era la confianza personal —protocolos notariales, casas con apellido—; la movilidad se amplió donde "hablaban los papeles" —contaduría, auditoría, gestión bancaria—. En materia de género, la regla histórica se repite: mejores chances donde manda la evidencia escrita (balances, dictámenes, escrituras), peores donde domina la sociabilidad cerrada (directorios, clubes, cúpulas de cámaras). La profesionalización de fines de los cincuenta y sesenta abrió, no obstante, rendijas por las que nuevas cohortes —incluidas más mujeres— estabilizaron trayectorias.

Que el Quién es Quién registre menos a este mundo no lo vuelve menor. Su reputación circula por otros foros —bancos, cámaras, proveedores— y se activa cuando la documentación está en orden. La ciudad planificada ofrece aquí una lección de historia económica aplicada: cuando el mercado se vuelve legible, las carreras se profesionalizan y el crédito baja su costo; cuando el acceso depende de redes cerradas, la reproducción por apellido o camaradería vuelve a imponerse. Cuidar los "convertidores" —estándares contables, protocolos registrales, reglas claras de habilitación y cámaras con información— no es burocracia; es infraestructura de desarrollo en un capitalismo que, a intervalos, exige pruebas de solvencia y de ciudadanía económica.

Mirado a escala global, la ciudad no flotó a la deriva: amortiguó crisis y aprovechó expansiones encadenando escalas. Lo municipal legitimó la existencia del negocio; lo provincial financió la escala y estabilizó demanda; lo nacional fijó la gramática fiscal y comercial; lo internacional suministró métodos e insumos que elevaron el listón. Allí, en ese cruce, se decidió quién pudo traducir oficio en solvencia, solvencia en crédito y crédito en mando económico. Esa es la moraleja histórica: en la capital, la prosperidad no

fue misterio ni milagro, sino escritura, regla y organización al ritmo de un capitalismo mundial hecho de oleadas y retrocesos.

Cultura, medios y patrimonio en la urbe (1914–1972): escena, trayectorias y espacios.

Anochece sobre el eje fundacional y la escena platense se reconoce, desde temprano, como un engranaje de un capitalismo cultural que ya no es local sino atlántico. La élite—esa que hizo del ocio una práctica de clase—marca el compás: abonos, tertulias, estrenos; pero el público amplio, tejido por inmigraciones y salarios en ascenso, llena butacas y galerías, y convierte a la ciudad en estación de paso entre repertorios europeos y una industria del espectáculo que, tras la Gran Guerra, adquiere acento norteamericano. En ese cruce, el Teatro Argentino y el Coliseo Podestá funcionan como bisagras históricas: de la ópera y la zarzuela al sainete y la compañía itinerante, del dibujo de salón a la escena popular, con el grupo universitario abriendo un tercer frente cuando la Reforma redefine públicos y lenguajes. Nada de esto fue ornamento: fue infraestructura cívica de la modernidad cultural de la ciudad.[67]

Los cines—tal como reconstruye Juan Cendoya—instalan una segunda gramática del tiempo libre: tandas continuadas, seriales, noticieros, y, más tarde, el sonido que canoniza un nuevo modo de mirar. La sala oscura democratiza el rito y estandariza la jornada: entradas accesibles, promociones, estrenos sincronizados con los grandes centros; el paseo de compras se vuelve, también, circuito audiovisual. La radio prolonga esa red: publicita funciones, difunde bandas sonoras, anuda barrios y centro en una conversación cotidiana que ya no depende de plateas reservadas.[68]

67 Di Sarli, N. (2013). Idem.
68 Cendoya, Juan Pedro. (2014). Cines de La Plata: los lugares, los hombres, las historias. 1ª ed.-La Plata:Universitaria de La Plata. Y Cendoya, Juan Pedro. (2018). Cines de La Plata II. Ensenada y Berisso. Los lugares. Los hombres. Las historias. Volumen II 1931-1951. 1ª ed.-La Plata.

El tango—leído con la paciencia de archivo de Oscar Bozarelli—es la otra vía maestra de esa mundialización de lo local: nace en patios y márgenes, pero sujeta a partituras, sellos y giras, deviene mercancía cultural con pasaporte. Entre academias, clubes, sociedades de inmigrantes y teatros, la ciudad ajusta su oído: del bandoneón a la orquesta típica, de la milonga del barrio a la orquesta estable, la música organiza sociabilidades y también mercados. No es solo banda sonora: es un modo de contar la migración, la prosperidad y las crisis que interrumpen y recomienzan el baile.[69]

Las escalas del poder—municipal, provincial, nacional e internacional—hacen de telón y tramoya. El municipio habilita salas y fija horarios; la provincia acerca banca pública, licitaciones, festivales; la Nación regula importaciones, censuras, derechos; las distribuidoras y editoriales extranjeras ordenan catálogos, formatos y tiempos de estreno. Entre ventanillas y marquesinas, la cultura se vuelve economía política: planos, permisos y contratos sostienen lo que el público reconoce como "temporada". La ciudad universitaria aprovecha su capitalidad para acortar pasillos entre expediente y función, y su universidad para formar técnicos, músicos, docentes, archivistas que dan continuidad a la rueda.

Ese dispositivo no fue inmune a los vaivenes del ciclo largo del capitalismo: guerras, crisis, inflación, controles. Pero su fuerza residió en la capacidad de absorber cada sacudida con nuevas combinaciones: compañías que giran entre Podestá y Argentino, salas que programan cine y varieté, radios que hacen puente entre clubes y teatros, sellos que convierten la noche del centro en catálogo exportable. La ciudad, así, no elige entre "alta cultura" e "industria cultural": las acopla. Hace convivir vitrinas y boletines, taquilla y crítica, partituras y planillas, y convierte el ocio en un lenguaje común que cruza clases y generaciones.

69 Bozzarelli, Oscar. (1972). Ochenta años de tango platense. La Plata. Editorial Osboz.

Mirada desde el largo siglo que va de fines del XIX a los setenta, la capital bonaerense aparece como nodo donde las élites ensayan su distinción y, al mismo tiempo, donde el público mixto de la modernización construye su propio repertorio. El teatro, el cine y el tango no son capítulos paralelos: son vasos comunicantes de una misma historia de urbanización cultural. Por ellos circulan capitales y normas, pero también memorias y deseos: los de una ciudad que aprendió a hacer de la noche un mapa, y del mapa, una industria de la emoción que la conectó sin complejos con la conversación del Atlántico y del continente.

Si uno mira la capital provincial a contraluz —de la fundación especulativa al trazado de ministerios, de los talleres italianos que alzaron la ciudad a los hospitales, teatros y cámaras— aparece siempre el mismo mecanismo histórico: un mundo de prácticas que, bajo el pulso del capitalismo y el Estado en expansión, aprende a volverse legible y, por eso, gobernable. La justicia del XIX codifica oficios en reglamentos; la escuela normal y luego la universidad convierten aula en programa y programa en concurso; la ingeniería transforma terraplén en pliego y pliego en plan; la medicina lleva el caso a protocolo y el protocolo a servicio; el comercio hace de la libreta un balance y del balance crédito; el teatro y el cine pasan de compañía y afiche a temporada y circuito; las colectividades fundan hospitales y sociedades que sedimentan públicos. Cada ciclo de crisis y auge —1890, los treinta, 1943–55, 1955–72— no anula este hilo, lo reordena: a ratos manda la obra, a ratos la norma, a ratos el plan, siempre la institución que los ata. La capitalidad provincial acorta pasillos entre vidriera y ventanilla, y el mercado local se ensancha hacia escalas nacional e internacional sin perder anclaje en el damero. Allí, el género encuentra sus ventanas donde la autoridad se escribe y se mide; allí, lo público y lo privado se necesitan —el Estado fija regla y demanda, la empresa aporta músculo e innovación—; y allí, el Quién es Quién registra con sesgo pero con utilidad la trama de firmas y firmas: las del expediente, las de la cátedra, las del dictamen, las del contrato. En suma, la ciudad no es sólo una ciudad: es una máquina de traducción social

donde hacer se vuelve papel, el papel regla y la regla poder compartido; eso, y no otra cosa, explica por qué sus biografías —de juzgado, taller, sala, obra, mostrador o escenario— terminan contando la misma historia.

En la urbe platense, la cultura no avanza por una sola avenida; se teje como una red de pasarelas entre estudio, institución y vida pública. Del normalismo y las aulas de Humanidades y Artes brotan cuadros que encuentran oficios en museos, bibliotecas y hemerotecas; desde allí, se proyectan hacia la prensa, los ateneos y las sociedades de beneficencia y científicas, y, cuando el ciclo lo permite, desembocan en la gestión municipal o provincial —a veces, en ámbitos nacionales. No es un trayecto recto, sino un ir y venir: de la sala de lectura a la redacción, de la cátedra a la curaduría, de la crítica al archivo.

Ese movimiento tiene su geografía social: el Bosque como taller de saber (Museo, escuelas, laboratorios); el microcentro como escenario mayor (Teatro Argentino, Coliseo Podestá, bibliotecas, redacciones); las diagonales con su economía de salas y cines; y las casas de colectividades y clubes donde la sociabilidad sostiene peñas, veladas y festivales. En cada punto se produce la misma operación histórica: prácticas que se vuelven papeles, papeles que se vuelven temporadas y programas, y programas que se convierten en gobierno de la cultura. Así, la ciudad arma su propia cadena de transmisión entre patrimonio, medios y escena: una maquinaria de traducción que hace de la formación un bien público, de la memoria un trabajo, y del ocio —bien administrado— una política.

En la ciudad planificada, el mundo de la cultura, los medios y el patrimonio no asciende por una escalera única: se desplaza por un sistema de pasarelas que enlaza aula, depósito, cabina de radio, redacción, sala y ventanilla. En el Quién es Quién ese tránsito se reconoce sin esfuerzo: encabezados que nacen en Humanidades y Artes o en el normalismo; huellas de trabajo en museos y bibliotecas; firmas que pasan de la gacetilla a la crítica;

y, al final del trayecto, designaciones en direcciones de cultura, teatros, archivos y comisiones patrimoniales. Lo distintivo no es la anécdota, sino la conversión social del oficio: lo que empieza como ficha o inventario termina como programa, temporada o norma de preservación; y esa traducción, repetida, es la que otorga autoridad.

Cómo se mueve y se consolida

Movimiento: del Bosque al microcentro y vuelta. Las pasantías en museo y biblioteca producen destrezas de catálogo y conservación; la prensa y la radio las vuelven relato y agenda; los ateneos, las colectividades y los clubes dan sala, público y caja mínima; los teatros y cines ordenan calendarios. El que aprende a circular por esos nodos acumula un capital que el repertorio registra: fichas firmadas, programas, reseñas, actas, memorias, catálogos.

Consolidación: cuando ese capital se fija por escrito —guías de colección, planes museológicos, líneas de programación, reglamentos de uso— se vuelve legible para el Estado. Así se accede a la gestión: jefaturas de sala, curadurías, coordinación de redes de bibliotecas, dirección de cultura. La firma cambia de lugar pero no de función: de etiqueta de vitrina a acto administrativo.

Negociación: la autoridad cultural no descansa solo en méritos artísticos; se negocia en tres foros:

Presupuesto (municipal/provincial): plata para temporadas, restauraciones, compras y giras.

Regla (patrimonio, uso de salas, calendarios escolares): qué se puede hacer, dónde y con qué condiciones.

Público (prensa, sociedades, clubes): legitimidad de hecho medida en asistencia, recaudación y conversación.

Quien habla los tres idiomas —catálogo, programa y expediente— domina el tablero.

Periodizaciones del grupo (y qué reordenan)

1882–1914: Fundación y filantropía organizada

La ciudad instala sus anclas (museo, bibliotecas, teatros) y la élite convierte ocio en programa público: temporadas líricas, colecciones, ateneos. El normalismo aporta método; las sociedades de inmigrantes, salas y circuitos.

1914–1930: Masificación y nuevas gramáticas

Guerra y posguerra aceleran la circulación transatlántica de repertorios; el cine y la radio amplían públicos; prensa y suplementos culturales profesionalizan la crítica. En los depósitos se ordena; en la calle se programa.

1930–1943: Densificación institucional

Se estabilizan reglas y oficios: inventarios, reglamentos de sala, calendarios. El municipio y la provincia comienzan a pedir papeles: memorias, estadísticas, planes. La crítica fija estándares y los ateneos sostienen continuidad.

1943–1955: Democratización de públicos

Campañas culturales, bibliotecas populares, conciertos escolares y circuitos barriales expanden audiencia y empleo. Lo "técnico" se vuelve condición de acceso al cargo: quien puede medir y rendir cuenta, conduce.

1955–1972: Profesionalización y giro patrimonial

Crecen la curaduría, la edición de catálogos y las comisiones de tutela. El programador deviene gestor; el conservador, autoridad regulatoria; la

prensa cultural opera de bisagra entre escena y política. La firma deja huella en normas y planes, no solo en crónicas.

Qué mira (y premia) el Quién es Quién

Entrada: constancias de pasantía, fichas, guías, reglamentos internos.

Tramo público: programas de temporada, reseñas y columnas, actas de asociaciones, memorias con cifras.

Consagración: resoluciones de designación, planes anuales, dictámenes patrimoniales, catálogos con sello editorial.

La regla de hierro es: grupo social, Estado y mercado se encuentran en soportes escritos. Cuando la ciudad crece, el Estado se espesa y los públicos se multiplican, el mérito cultural se define por su capacidad de ser leído y repetido. Por eso, en la capital, la autoridad de este grupo no es un don privado; es un trabajo de traducción: de objeto a ficha, de ficha a programa, de programa a política. Quien completa ese ciclo —entre el Bosque, el microcentro, las diagonales y las casas de las colectividades— no solo "hace cultura": la gobierna.

Ventanas de época (qué cambian en la práctica)

1914–1930: sociabilidad laica cultural

Es el tiempo en que la cultura se vuelve escena pública y rito cívico. La urbe consolida un repertorio estable —conferencia, temporada teatral, concierto, velada— que organiza calendarios y jerarquías. Dónde sucede: Teatro Argentino y Coliseo Podestá para lo "alto"; salones de sociedades de inmigrantes y ateneos para lo "medio"; salas escolares y clubes para lo "popular". Quiénes tejen la trama: comisiones de ateneos, directivas de colectividades, maestros/as normalistas y profesores/as de la UNLP que

ofician de presentadores, conferencistas y curadores empíricos. Cómo se legitima: aparece una crítica en prensa (reseñas, crónicas, "tribunas libres") que crea un lenguaje evaluativo: gusto, estilo, "nivel", recepción de público. La autoridad profesional surge de saber actuar en público (dicción, repertorio, etiqueta) y documentar la actividad —actas, programas, catálogos y memorias— que circulan entre asociaciones, bibliotecas y redacciones. Qué deja instalado: una infraestructura de sociabilidad (circuitos de salas, calendarios, protocolos de acto) y un habitus documental que, aunque rudimentario, fija la idea de que lo cultural se prueba por papeles (programa, acta, catálogo).

1930–1943 · ocio regulado, temporadas culturales y juventudes urbanas.

Quiénes (el grupo "cultura–ocio"). Predominan las juventudes urbanas (cohorte nacidos 1916–31) que entran como público activo, organizadores de ciclos, músicos/actores aficionados, periodistas culturales, deportistas amateurs y estudiantes. Se suman núcleos de mayores como dirigentes de clubes y comisiones que financian, programan y también regulan; y aparece la base de infancias/adolescencias tempranas hacia 1940–43 como público escolar. Dónde (escena y espacios). El centro y las diagonales concentran salas (teatro, cines, cafés, ateneos) y clubes deportivos; el Paseo del Bosque y las sociedades de fomento alojan veladas, coros, bailes y festivales barriales. Las escuelas normales y la UNLP abren auditorios para clases públicas, coros, conferencias y muestras didácticas. El mapa de la ciudad funciona como circuito de temporadas (otoño–invierno teatro/concierto; primavera–verano aire libre, deportes y carnavales). Qué hacen (repertorios y prácticas). Cine sonoro (matinés, noticieros), veladas y conferencias; peñas literarias y orfeones; bailes de salón y carnavales; fútbol y eventos atléticos como ocio masivo. Extensión escolar hacia la cultura: orquestas y coros escolares, clases públicas y exhibiciones. Radio local y prensa como amplificadores: carteleras, reseñas, columnas de crítica breve y gacetillas. Cómo se regula (expediente y moral pública). Es un ocio regulado: ordenanzas de espectáculos, permisos

de bailes, horarios y clasificación de contenidos. Inspecciones y juntas monitorean: se piden programas por escrito, se registran asistencias y recursos (planillas). La laicidad persiste, ahora administrada: las actividades deben constar en papeles y adecuarse a protocolos. Economías y mediaciones. Entradas populares, abonos, bonos de contribución, publicidades locales y pequeñas subvenciones sostienen la oferta. Se profesionaliza la gestión de sala: formularios, calendarios y estadísticas de público. Esto vuelve comparable la programación (por públicos: escolar/obrero/barrial) y crea trayectorias: del organizador aficionado a gestor cultural. Impacto coyuntural. La crisis de 1930 desplaza consumo hacia ocio accesible (cines, clubes, veladas), y entre 1940–42 la guerra europea entra como actualidad cívica: charlas, noticieros, ciclos temáticos. No altera la matriz: aula observada + expediente + temporada cultural.

1943–1955: instituciones culturales como mediadoras sociales

Con la expansión de políticas sociales y educativas, las instituciones culturales se vuelven bisagras entre Estado y comunidad. Reorientación de misión: bibliotecas populares y museos articulan campañas de alfabetización, salud e infancia; emergen ciclos gratuitos, talleres de oficios artísticos, cine-debate y funciones para escuelas. "Buena burocracia" del oficio: se profesionaliza la gestión de sala: formularios de inscripción, estadísticas de público (edad, escuela, barrio), reglamentos de uso, fichas de préstamo, legajos de obra. Esta capa administrativa no es un lastre: ordena, da trazabilidad y habilita financiamiento. Reglas y financiamiento: convenios con municipio/provincia, subsidios y aportes condicionados a metas (funciones didácticas, extensión a barrios, preservación). La cultura entra en planes y presupuestos; se crean cargos (jefaturas, ayudantías, instructores). Efectos en la práctica: se consolida la programación por públicos (escolar, obrero, barrial), se diversifica la sala (tarde/mañana), y se fija el formato de ciclo (con objetivos, cronograma y evaluación breve). La autoridad se mide ya no solo por aplauso o reseña, sino por cobertura y servicio.

1955–1972: profesionalización técnica

El campo cultural adopta estándares y métricas; se tecnifica la conservación y se editorializa la memoria.

Oficios específicos: despegan restauración, catalogación normalizada, edición crítica y curaduría con guion. Se multiplican series patrimoniales y monografías que ordenan colecciones y relatos urbanos ("historias de la ciudad", guías temáticas). Normalización y redes: adopción de normas de registro, control de autoridades, planes museológicos, criterios de conservación preventiva; intercambio de know-how con instituciones nacionales y extranjeras. Medios y audiencias: la prensa cultural se densifica (suplementos, críticas especializadas); la radio —y luego la TV local— crean nuevas audiencias y presionan por formatos más legibles (sinopsis, parrillas, entrevistas). Gestión con métrica: la dirección cultural adquiere herramientas de presupuesto-programa, funciones asignadas, indicadores (asistencia, ocupación, extensión territorial, conservación, producción editorial) y evaluación anual. Se instala el lenguaje de proyecto, pliego, convenio y planificación. Resultado institucional: la autoridad ya no depende del carisma o la tradición asociativa, sino de tres pruebas acopladas: (i) documento técnico (catálogo, legajo, plan), (ii) programación sostenida (temporadas, circuitos, públicos diferenciados) y (iii) evaluación transparente (indicadores y memoria). En ese triángulo, las trayectorias alcanzan consagración (direcciones, comisiones patrimoniales, liderazgo editorial).

En el Quién es Quién la cultura platense se deja leer como una historia de traslados: de la velada a la temporada, de la tertulia al presupuesto, de la oratoria al comprobante. Las biografías revelan una mudanza lenta pero firme del rito al servicio, y del prestigio de salón a la evidencia escrita. En esa mudanza se deciden cargos, recursos y memorias.

Lo que cambió — y por qué importó

Del rito al servicio. Entre la Gran Guerra y la década del treinta se fijan formas públicas —actos, conferencias, funciones—; entre 1943 y 1955 esas formas se transforman en servicios con destinatarios y horarios; desde mediados de los cincuenta a comienzos de los setenta llegan los formularios, las estadísticas y los reglamentos que vuelven comparable aquello que antes dependía del brillo de una noche. Ya no alcanza con "hacer": hay que demostrar que se hizo, para quién y con qué resultado.

De sociabilidad a política. Las entidades que organizaban veladas pasan a firmar convenios y planes; el municipio y la provincia piden papeles, no favores. Las comisiones de amigos se vuelven comités de programación; los ateneos aprenden a convivir con los pliegos; los clubes, con el aforo y la rendición de cuentas. La sociabilidad no desaparece: cambia de función. Deja de otorgar por sí sola legitimidad y se convierte en uno de los engranajes de una máquina más grande.

De elocuencia a evidencia. El Quién es Quién registra el desplazamiento con claridad: donde antes contaba la voz pública, ahora pesan el catálogo, el plan, el parte de conservación, la memoria anual. Ese viraje no es una victoria de la burocracia sobre la inteligencia, sino la condición para ampliar públicos y justificar presupuestos en un Estado que crece y en una ciudad que se ensancha.

Lo que hizo visibles —y qué dejó oculto— los recorridos de mujeres y varones

Las trayectorias femeninas se expanden allí donde el mérito deja huella material: bibliotecas, archivos, museos, edición, extensión. Son espacios que premian la constancia del registro y la calidad del procedimiento. Pero el Quién es Quién también muestra el lado opaco: la firma de muchas de esas tareas queda debajo de la línea del reconocimiento, en "equipos" sin

rostro o en agradecimientos. En cambio, las direcciones de salas, las jefaturas de prensa y las programaciones de alto presupuesto —ámbitos donde todavía mandan los círculos de sociabilidad— permanecen más cerradas y mayoritariamente masculinas.

La regla empírica es sencilla: donde el ascenso depende de papeles y mediciones, el techo cede; donde depende de pertenencias informales, resiste. Por eso las ventanas del período —normalización de registros, edición de catálogos, evaluación de públicos, comisiones patrimoniales— funcionan como palancas concretas para convertir trabajo técnico en mando visible.

Cómo se asciende — mecanismos de conversión

El Quién es Quién permite ver, casi con lupa, los pasajes que vuelven autoridad aquello que empieza como oficio:

De pieza suelta a colección razonada. Fichar, controlar autoridades, fotografiar, asignar signatura, publicar el catálogo y mantenerlo vivo. Cuando la colección habla con su propio inventario, el instituto adquiere voz y quien lo ordena, autoridad.

De programa aislado a temporada. Diseñar series, balancear repertorios y públicos, sostener continuidad, medir ocupación y diversidad. El gusto, sometido a calendario y presupuesto, se vuelve criterio de gobierno.

De crónica a agenda. La crítica con método —criterios explícitos, entrevistas, curadurías de suplemento— pasa de comentar a influir. El redactor que organiza la conversación pública termina pesando en la selección de lo que se muestra.

De beneficencia a política cultural. Festivales y peñas devienen circuitos; los acuerdos con escuelas, barrios y colectividades se fijan en convenios. La solidaridad se hace programa y, con él, presupuesto.

De inventario a tutela. El listado se completa con diagnóstico de riesgo, plan de conservación y criterios de intervención. El legajo deja de ser depósito de datos para convertirse en garantía de futuro.

Periodos y ritmos, sin nostalgia

1914–1930. La cultura se hace rito laico y repertorio cosmopolita. Premia la presencia y el decir.

Entre 1930 y 1943 se superponen tres movimientos que desdibujan los contornos nítidos entre dos ventanas.

Primero, la crisis económica y el cierre político de la Década Infame recortan presupuestos, encogen el mecenazgo y vuelven errática la política municipal y provincial: menos compras, menos concursos, más prudencia administrativa y controles morales intermitentes. La sociabilidad cultural no desaparece; se repliega y se vuelve más asistencial que programática.

Segundo, la irrupción conjunta de cine sonoro y radio reordena públicos y mercados. Es el pasaje de la gala estable al circuito masivo: las compañías ajustan temporadas, los cines imponen parrillas, la crítica se desplaza de la sala a la grilla. Hay profesionalización, pero dispersa y conducida por la oferta privada, sin el andamiaje de normas e indicadores que veremos después.

Tercero, el rastro documental que alimenta el Quién es Quién se vuelve más tenue: abundan veladas, comisiones y funciones de beneficencia que dejan actas y recortes, pero pocas firmas regladas (planes, catálogos, resoluciones) con las que el repertorio consagra carreras. Ese registro repunta recién con el giro de 1943, cuando el Estado vuelve servicio lo que era rito y estandariza con reglamentos, estadísticas e instituciones.

Si se quisiera nombrar el tramo, no sería un vacío sino un corredor de transición mediática: de la tertulia a la tanda, del elenco a la emisora. En la ciudad universitaria se expresa en más salas, radios locales, circuitos universitarios y clubes que sostienen la escena, pero sin la métrica pública que, desde 1943, hará visibles —y mensurables— esas mismas prácticas.

1943–1955. Se multiplican escuelas, bibliotecas, ciclos barriales y extensión; el oficio se vuelve método; asoman la planilla y el indicador.

1955–1972. La profesionalización consolida estándares y criterios patrimoniales; se estabiliza una matriz de evaluación que permite comparar, justificar y sostener.

Qué "ver" en los expedientes (para no perder lo invisible)

Si algo enseña el Quién es Quién es a buscar firmas donde rara vez se mira: fichas, guías, memorias, catálogos, actas, dictámenes. Allí se reconoce quién organizó colecciones, quién sostuvo temporadas, quién transformó peñas en convenios, quién redactó las reglas de conservación. Seguir esos rastros permite reescribir jerarquías sin declamaciones: con documentos.

Resultado de época

Al cabo de medio siglo, queda instalado un régimen de mérito que vuelve escalables las carreras culturales: documentar, programar, editar y evaluar como cuatro verbos que transforman talento en autoridad pública. No se trata de oponer arte y administración, sino de entender que una ciudad moderna —con Estado, con mercado, con públicos— exige que el trabajo cultural sea legible. Esa legibilidad no sofoca la creación; la protege y la proyecta. Por eso, en la capital bonaerense, la cultura que duró no fue la más ruidosa, sino la que aprendió a escribir su propia existencia.

Riesgos y defensas en una ciudad-escena (1930–1972)

En la capital provincial, la vida cultural no avanza en línea recta: respira al compás de las expansiones y contracciones del fisco, de los públicos y de la política. En cada oleada, los actores aprenden a convertir escasez en método y abundancia en programa. Lo que sigue ordena esas tácticas de supervivencia y ascenso—no como recetas, sino como efectos de época.

1) Oleadas fiscales y vaivenes de público

Riesgo. Cuando el Estado retrae presupuestos o el público migra (primero al cine, luego a la TV; cuando la lluvia vacía salas; cuando el calendario académico se apaga), la temporada se encoge y los equipos se dispersan.

Cómo muerde. Se corta la caja, se achican repertorios, se difiere la conservación y se pierde oficio acumulado.

Defensas aprendidas.

Cuatro patas de financiamiento: municipio, provincia, asociaciones/colectividades y taquilla; y, si hay viento a favor, sumas puntuales de fundaciones o auspicios en especie.

Portafolio de programación: anclas de taquilla que sostengan riesgo artístico; coproducciones para que un mismo montaje gire por dos salas.

Pequeños "pulmones": excedentes de temporada alta convertidos en insumos críticos de archivo y sala.

Edición como seguro: catálogos y series que mantienen visibilidad y ayudan a pagar la bodega cuando la sala se enfría.

Alertas simples: ocupación, costo por espectador, rotación de préstamos, estado de colecciones. No para castigar, sino para anticipar.

2) Politización de direcciones

Riesgo. Cambios de mando que confunden gusto con política pública y desarman estándares.

Cómo muerde. Agendas caprichosas, rotación abrupta de equipos, sospecha de sesgo y desconfianza de pares.

Defensas aprendidas.

Blindaje técnico: protocolos de registro, conservación, préstamo y circulación; manuales de programación y listas de chequeo de seguridad y accesibilidad.

Luz encendida: indicadores mínimos y públicos—aforos, costos, extensión territorial, horas de apertura—en memorias trimestrales.

Consejos mixtos: mesa asesora con voces técnicas, comunitarias y de usuarios; dictámenes no vinculantes, pero visibles.

Concursos abiertos y actas publicadas para direcciones y curadurías.

Convenios plurianuales con cláusulas de continuidad para colecciones y proyectos en curso.

3) Desgaste del voluntariado

Riesgo. Sin reglas claras ni relevo, el entusiasmo se agota y con él los ciclos barriales, las peñas y los cineclubes.

Cómo muerde. Discontinuidad, dependencia personalista, exclusiones no buscadas.

Defensas aprendidas.

Profesionalizar sin expulsar: convenios simples con roles, seguros y viáticos; manuales breves de producción y regiduría.

Formar cuadros: cursos cortos y tutorías intergeneracionales.

Reconocer a tiempo: crédito formal en catálogos y programas; becas de continuidad para quienes sostienen la trama.

Documentación viva: actas y guías que permitan el relevo sin pérdida de calidad.

Engranajes con otros subsistemas urbanos

Educación / Universidad

Acople. Humanidades y Artes alimentan museos, bibliotecas y prensa; la sala devuelve catálogos y series que reingresan como bibliografía.

Tensión. Calendario académico fuera de fase y riesgo de jerga hermética.

Puente. Materias con salida a sala, laboratorios editoriales universitarios para rescates patrimoniales.

Jurídico–estatal

Acople. Comisiones patrimoniales, derechos de autor, seguros, contratos de sala; y el ineludible tiempo del expediente.

Tensión. Urgencias de estreno y conservación frente a plazos administrativos.

Puente. Mesas técnicas con plantillas contractuales y peritajes estándares; menos fricción, más previsibilidad.

Empresarial–comercial

Acople. Publicidad, equipos, impresión; cámaras que sostienen festivales y circuitos.

Tensión. Patrocinios que quieren programar.

Puente. Códigos de auspicio: visibilidad sí, injerencia no; y reportes de alcance que justifiquen continuidad.

Deportes

Acople. Clubes como salas populares con capilaridad social.

Tensión. Calendario deportivo y condiciones técnicas.

Puente. Agendas integradas y coproducciones con caja y logística compartida.

Una matriz sencilla para épocas difíciles

Riesgo financiero → fondo de contingencia + ingresos diversos + edición patrimonial.

Riesgo político → protocolos técnicos + indicadores públicos + consejos asesores.

Riesgo organizacional → convenios con roles + formación de cuadros + documentación viva.

Riesgo de interacción → plantillas contractuales + mesas técnicas + códigos de patrocinio + calendarios integrados.

En una ciudad con muchos foros—escuela, sala, redacción, club, sociedad—la defensa no es el repliegue, sino la interoperabilidad. Hablar el idioma del presupuesto y del pliego sin dejar de hablar el del catálogo y la escena. En las expansiones, esa gramática multiplica; en las contracciones, sostiene. Y en ambos casos, convierte cultura en un servicio público medible sin perder su espesor de memoria compartida.

Una cartografía con pulso histórico

Vista desde arriba, la ciudad no es un conjunto de salas dispersas, sino un sistema de lugares que, encadenados, fabrican cultura. En un extremo, el Paseo del Bosque; en el otro, el microcentro; entre ambos, la red de asociaciones y clubes; y, más allá del damero, la periferia que verifica si lo hecho llega donde debe. Cada zona aporta una función distinta —tiempos, oficios, reglas— y, juntas, convierten prácticas en bien público.

En el Bosque se asienta la lenta maquinaria de la prueba. Museos, depósitos, laboratorios y aulas trabajan con la paciencia de los oficios que no viven del aplauso, sino del legajo: ingresar, describir, fotografiar, conservar, catalogar. Allí se aprende el tiempo largo del patrimonio y se fija una ética sencilla: lo que no está registrado no existe para la comunidad. Escuelas y cátedras de ciencias y artes alimentan esa fábrica de evidencia, mientras el Observatorio y otras instalaciones de la UNLP tienden el puente entre conocimiento y divulgación. Del depósito a la vitrina, de la vitrina a la guía, y de la guía al aula: ese es su circuito virtuoso.

El microcentro hace lo contrario: convierte todo en presente. El Teatro Argentino y el Coliseo Podestá organizan temporadas, equilibran repertorios, negocian presupuestos y resuelven técnica; a pocas cuadras, bibliotecas y hemerotecas sostienen lectura y referencia, y las redacciones y radios transforman cada función en agenda: nota, crítica, entrevista, suplemento. Sobre los ejes de 7 y 8 —y, desde los cuarenta, sobre 12— la cadena de cines impone la cadencia del estreno continuo. Es el tiempo corto de la cultura: función, taquilla, reseña; y con él se profesionaliza un saber de producción que ya no puede improvisarse.

Dispersas en la cuadrícula y las diagonales, las sedes asociativas —sociedades de inmigrantes, ateneos laicos, clubes deportivos— aportan la capilaridad. Sus salones sostienen teatro aficionado, conciertos, bailes, cineclubes; sus comisiones, la caja mínima y la logística; sus redes, un público convocado por barrio, oficio u origen. Aquí se forman los gestores: armar un ciclo, cerrar costos, conseguir equipos, atraer audiencias. Es el sitio donde sociabilidad y cultura se refuerzan sin confundirse.

La periferia urbana —Tolosa, Ringuelet, Los Hornos, Villa Elvira y más— funciona como indicador social del conjunto. Centros culturales y bibliotecas populares prueban la extensión: cuántas funciones, cuántas escuelas visitadas, cuánto préstamo circulante. Cineclubes barriales y sociedades de fomento aseguran logística y agenda. Si la decisión tomada en el centro no se vuelve experiencia en estos bordes, el sistema fracasa en su promesa pública.

Entre estos espacios corre una coreografía regular. En el día, la mañana pertenece a depósitos, bibliotecas y aulas; la tarde, a ensayos y montajes; la noche, a funciones y críticas; la madrugada, a cierres de caja y edición de crónicas. En la semana, laboratorios y hemeroteca alimentan programas de sala; el fin de semana concentra públicos y cobertura mediática. En el año, el Bosque fija catálogos y series; el centro ordena temporadas; las asociaciones

tejen circuitos; la periferia expande alcance. A ese movimiento lo sostienen engranajes materiales: imprentas del centro para afiches y programas, casas de luminotecnia y sonido, transportes y seguros para mover obras, carteleras sobre 7/8/12 como parlantes urbanos.

De ese mapa se desprende una regla de época. En este grupo, el mérito no es solo talento: es capacidad de traducirlo en institución. El Bosque convierte objetos en patrimonio legible; el microcentro, iniciativas en continuidad programada; la prensa, crónica en agenda; las asociaciones, sociabilidad en plan; la periferia, plan en derecho de acceso. Desde finales del siglo XIX, la urbe platense ofreció los lugares para que esa traducción fuese posible y, cuando esos lugares dialogaron, aparecieron carreras capaces de conservar, crear y gobernar. Cuando se cortó la conversación, la ciudad perdió memoria (sin catálogo), perdió escena (sin temporada) y perdió comunidad (sin circuito).

La conclusión es menos lírica que institucional: cuidar la infraestructura que hace visible y transmisible el trabajo —espacios, catálogos, normas, temporadas— es condición para que el capital cultural permanezca bien común. Eso implica presupuestos estables, protocolos claros, formación de cuadros y una gobernanza en red que haga hablar al Bosque con el microcentro, a las asociaciones con la periferia. Solo así la ciudad seguirá siendo un mapa vivo donde la evidencia se vuelve programa y el programa, memoria compartida.

En síntesis: el capítulo muestra que, aun con la centralidad persistente de Prensa y medios, el grupo cultural platense recompone su equilibrio en la cohorte más joven, sumando peso relativo a educación/extensión y sosteniendo un núcleo documental estable; es el pasaje de un campo dominado por la mediación periodística a otro donde técnica, docencia y programación ganan tracción.

Al cerrar, el mapa que deja este capítulo es nítido: la vida cultural platense no descansa en un "gran templo" ni en inspiraciones súbitas, sino en una maquinaria de traducción que convierte cosas en papeles, papeles en programas y programas en autoridad pública. El Bosque fabrica la evidencia; el microcentro la vuelve visible; sociedades y clubes tejen la capilaridad; la periferia comprueba el alcance. Cuando esas piezas se acoplan, el oficio técnico y la sensibilidad curatorial se transforman en gobierno cultural.

Las pruebas empíricas apuntan en la misma dirección. El diagrama de flujos revela cómo el corazón documental y patrimonial se enlaza con la mediación periodística y alimenta a las cohortes más recientes; el mapa de intensidades fija combinaciones canónicas (bibliotecas y archivos con edición; museos con tutela) y mixturas fértiles (prensa con programación y docencia); el gráfico comparado de pesos muestra la diversificación: la crítica conserva centralidad, pero gana terreno el mundo de los estándares, las temporadas y las métricas.

Las escalas hacen de amplificador. La base municipal y provincial sostiene salas, museos y bibliotecas; la proyección nacional —más selectiva— legitima series y dictámenes. La virtud local no es el tamaño, sino la densidad de pasarelas entre universidad, instituciones, prensa y sociabilidad organizada: ese "multipuerto" explica por qué las carreras pueden escalar.

El capítulo deja, además, una lección incómoda y útil sobre género: donde manda el documento y la medición (registro, catálogo, conservación, público atendido) los techos se agrietan; donde prevalece la sociabilidad cerrada (jurados opacos, tertulias, directorios), persisten. Las palancas que abrieron camino —normalización técnica, editorialización, indicadores, formación de cuadros— son también agenda de política.

No faltan fragilidades: ciclos fiscales y vacíos de público, direcciones politizadas, desgaste del voluntariado. Las defensas son prosaicas y eficaces:

diversificar ingresos (municipio, provincia, asociaciones, taquilla), blindar con protocolos lo que no debe ser discrecional (registro, conservación, préstamo, seguridad), publicar indicadores y profesionalizar sin expulsar la sociabilidad (convenios, formación, documentación viva).

Quedan tareas: seguir los tránsitos entre técnica, prensa y gestión —incluidos retornos y bifurcaciones—, y medir el impacto de los ciclos de inversión y de las conexiones internacionales sobre la curva local. Una cronología más densa de firmas, catálogos y temporadas permitiría contrastes finos.

La conclusión práctica es sobria y exigente. Si la ciudad planificada quiere preservar su capital cultural como bien común, debe cuidar sus "placas tectónicas": espacios, catálogos, normas y temporadas, junto con la gobernanza que las sincroniza. Cuando documento, programación y administración se alinean, crecen las trayectorias y la ciudad gana memoria, escena y comunidad; cuando se desajustan, no se pierde solo una función o un inventario, sino la capacidad de convertir talento en vida pública. Ésa es, en última instancia, la vara de un ecosistema cultural maduro.

Eclesiástico y organizaciones confesionales (la capital, 1914–1972).

Es un día más sobre el eje fundacional. Las campanas de San Ponciano —capilla inaugurada en 1883 y primer "anclaje" parroquial de la ciudad— marcan el final de la tarde; dos cuadras más allá, la Catedral de La Plata, cuyo lateral se abre sobre avenida 51 entre 14 y 15, recuerda que la piedra fundamental se colocó en 1884 y que el templo mayor se habilitó al culto en 1932. Esa vecindad no es casual: la traza platense hizo convivir, desde el origen, palacios cívicos y templos mayores en un mismo eje (municipio–catedral, ministerios–basílicas). La ciudad fue pensada, a la vez, republicana y católica; por eso el sonido de campanas y los relojes de los edificios públicos comparten calendario y escena.

Desde ese corazón se dibuja, década a década, un anillo parroquial que acompaña la expansión urbana. Tolosa abre temprano con Nuestra Señora del Carmen (erigida parroquia en 1902; templo inaugurado en 1906); Los Hornos consolida San Benjamín (capilla en uso desde los años 1880; parroquia en 1949) para un barrio obrero en crecimiento; Ringuelet instituye Nuestra Señora de la Anunciación (1968) a la vera del ferrocarril; Gonnet reconoce Inmaculada Madre de Dios (1961) con el avance residencial del Camino Centenario; City Bell suma dos polos —Sagrado Corazón (capilla 1938; parroquia a fines de los ’50) e Inmaculado Corazón de María (templo 1956; parroquia 1958)— para una localidad que ya combina quintas, colegios y zonas comerciales. En el casco y su borde inmediato aparecen, además, las iglesias de San Francisco (parroquia desde 1922), San José de Capuchinos (templo inaugurado en 1940) y la Basílica del Sagrado Corazón de los salesianos (1902; declarada basílica menor en 1966), marcando el mapa de órdenes y carismas.

Ese despliegue parroquial no se limita al culto: trae consigo casas y colegios de órdenes masculinas y femeninas —salesianos y salesianas, franciscanos y franciscanas, capuchinos, entre otras—, capellanías en hospitales y cárceles, y una red densa de obras educativas y sanitarias. La escuela confesional se articula con la Dirección General de Escuelas y las inspecciones provinciales; los hogares, dispensarios y comedores se ordenan mediante convenios municipales y alianzas con hospitales públicos. Por eso, cuando uno sigue la cronología de templos y erigidas parroquiales (1880–1960), está leyendo a la vez la historia de barrios que nacen, vías férreas que organizan radios de acción, y políticas sociales que encuentran en las parroquias aliados operativos.

En torno a cada templo gravitan ligas de beneficencia, centros juveniles, oratorios festivos, bandas y coros, scoutismo y cooperadoras escolares. Allí se aprende la gramática del oficio pastoral: catequesis por niveles, registro de sacramentos, libros de fábrica, balances de obra, memorias escolares,

permisos de procesión, planillas de comedor, inventarios de dispensario. Ese mérito burocrático–pastoral —hacer que la comunidad funcione y se sostenga— produce capital social de gran alcance: la parroquia organiza barrio, la escuela estabiliza familias, el hogar ampara vulnerabilidades. A diferencia de las redes laicas que suelen traducir más rápido su capital en cargos estatales (concursos, rectorías, direcciones), aquí la consagración es intra–institucional: párrocos con larga permanencia, superioras que administran redes escolares o sanitarias, cancillerías y tribunales que otorgan jurisdicción y resuelven conflictos.

El contraste, entonces, no niega sino completa la tesis general: en la urbe las trayectorias eclesiásticas están entrelazadas con barrios, escuelas, hospitales, asociaciones y ceremonias públicas; su legitimidad se mide menos por el paper o el concurso y más por la regularidad de cuidados convertida en documento y convenio. Cuando su calendario se sincroniza con el de la ciudad (subsidios, inspecciones, campañas sanitarias, actos escolares), el "tejido" eclesial aumenta la capacidad de gobierno del conjunto urbano; cuando se desincroniza, la ciudad pierde un engranaje que, desde 1883 en adelante, articuló templo, aula y mesa en un mismo territorio.

El grupo eclesiástico–confesional en la ciudad universitaria organiza sus trayectorias sobre un doble pipeline, con gramáticas y dispositivos de evaluación propios que, aunque dialogan con el Estado y el mercado, conservan lógicas internas de legitimación.

Doble trayectoria institucional (y sus desvíos)

1) Clero masculino

Secuencia típica: seminario (filosofía/teología, práctica pastoral) → ordenación → curato/viceparroquia (aprendizaje de conducción) →

párroco (gobierno de comunidad y obra) → cancillería/tribunal/obispado (jurisdicción canónica).

Desvíos frecuentes:

Educativo: rector o asesor espiritual en colegios diocesanos/congregacionales.

Asistencial: capellanías en hospitales, cárceles, fuerzas; bisagra con niveles municipal/provincial.

Mediático–cultural: dirección de boletines y hojas parroquiales; catequesis por radio; articulación con prensa local.

Gramática del mando: sacramento (regularidad y cobertura), cura de almas y gobierno de obra (presupuesto, voluntariado, personal). La obediencia canónica ordena el ascenso; la eficacia pastoral y administrativa lo acelera.

2) Congregaciones femeninas

Secuencia típica: postulantado/noviciado (regla y oficio) → escuela u obra sanitaria (maestra, enfermera, laboratorista, economato) → superiora local/provincial → gestión de red (colegios, hogares, talleres, dispensarios).

Desvíos frecuentes:

Profesionalización técnica: títulos en pedagogía, administración escolar, enfermería, trabajo social, laboratorio.

Patrimonial–documental: archivos escolares, museos pedagógicos, inventarios de obra (capital simbólico y jurídico).

Gramática del mando: cuidado y regularidad (matrícula, asistencia, comedores, camas) traducidas en planillas, balances, memorias y convenios. El voto de obediencia delimita la movilidad; la pericia técnica y la sostenibilidad de la obra habilitan conducción efectiva.

Méritos, indicadores y "conversión" de capital pastoral en autoridad organizativa

A diferencia de los campos laicos (educación, cultura, jurídico), donde el mérito "cuenta" cuando se publica o gana concurso, aquí el mérito valora antes lo comunitario–pastoral y lo documental como su traducción legible:

Obediencia y estabilidad institucional: continuidad en la regla y en el destino asignado; baja rotación "sin motivo"; cumplimiento de visitas canónicas.

Cobertura y regularidad: sacramentos (bautismos, matrimonios, comuniones), asistencia (matrícula, egresos, camas, raciones), participación (catequesis, movimientos).

Sostenibilidad económica de la obra: presupuesto equilibrado, cuentas de fábrica, inventarios, mantenimiento edilicio; capacidad de recaudación (colectas, donaciones) y de aprovechar programas públicos (subsidios, becas, alimentos).

Calidad de articulación externa: convenios con municipio/provincia (habilitaciones, subsidios), con hospitales y juzgados (derivaciones), con escuelas públicas (servicios, equivalencias).

Mecanismos de conversión (lo que "hace subir"):

De sacramento a gestión: la regularidad sacramental y la asistencia sostenida se transforman en indicadores de comunidad viva; justifican más

personal, horarios, comedores, aulas, y habilitan nuevos destinos.

De beneficencia a convenio: una obra sostenida por voluntariado se formaliza (estatuto, balance, plan de trabajo) → obtiene convenio municipal/provincial y pasa a ser política co-gestionada.

De oficio a jurisdicción: quien administra con eficacia (disciplina, presupuesto, archivos) gana confianza para curia/tribunal, donde la autoridad es jurisdiccional (decreto, sello, dictamen).

De red local a proyección: cuando una congregación muestra estándares replicables (pedagogía, enfermería, administración), obtiene licencias y traslados a nodos mayores (provincia/nación, casas de formación).

Escalas de operación (y para qué sirven)

Barrio/parroquia: base de legitimidad y escuela de oficios. Métrica: catequesis, misas, comedores, ligas, mantenimiento edilicio. Documentos: libros sacramentales, cuentas de fábrica, inventarios.

Municipal: permisos, habilitaciones, cesiones de uso, programas alimentarios; capellanías hospitalarias y carcelarias. Métrica: coberturas e informes bimestrales/trimestrales.

Provincial: subsidios educativos y reconocimiento de títulos; derivaciones sanitarias; inspecciones escolares. Métrica: matrícula reconocida, legajo docente, auditorías edilicias.

Nacional (selectiva): vínculos con órdenes mayores, conferencias episcopales; eventual interlocución con ministerios; publicaciones catequísticas de mayor alcance.

Género y voto religioso: llaves, techos y zonas de oportunidad

Monopolio sacramental masculino: concentra vocerías públicas y puestos de curia; abre carriles de visibilidad (capellanías, tribunales).

Autoridad femenina efectiva, visibilidad acotada: las superioras gestionan plantas de personal, presupuestos y redes (colegios/hogares), pero con baja traducción a directorios/laicidades de alto prestigio. Donde el éxito se mide por papeles y métricas (matrícula, balances, inspecciones) el techo se atenúa; donde depende de sociabilidades cerradas, persiste.

Voto de obediencia: ordena trayectorias y puede ralentizar méritos individuales en beneficio de necesidades de la red. La profesionalización técnica (títulos, normas, protocolos) es la palanca que legitima liderazgo femenino ante actores estatales.

Ventanas de época (qué reordenan 1914–30, 1943–55, 1955–72)

1914–1930 — Sociabilidad católica en ciudad laica: Parroquias tempranas y primeras obras escolares/sanitarias. Mérito = continuidad y cobertura; archivos y libros de fábrica consolidan memoria institucional.

1930–1943 — Consolidación parroquial y cultura de barrio: red capilar, archivo y ocio regulado: Qué reordenan. En la ciudad normalizada por expedientes y permisos, las parroquias se vuelven anclas barriales: surgen desmembramientos y nuevas capillas en zonas de expansión, se estabilizan fiestas patronales, procesiones, ligas deportivas, coros, cine y teatro parroquial, y bibliotecas. La presencia no es sólo cultual: es cultural y social. La "autoridad" se sostiene en continuidad visible (temporadas, ciclos, servicios) y legibilidad administrativa (libros de fábrica, sacramentales, balances, inventarios). Escena y espacios. Centros y diagonales (templos históricos, colegios), pero sobre todo barrios: salones parroquiales, patios y patios–escuela, sociedades de fomento con las que se co-programa (veladas, campeonatos, matinés "para escuelas"). La ciudad funciona como circuito:

patronales en primavera/verano; cine–debate, conferencias y coros en otoño/invierno. Medios y legitimación. Boletines y hojas parroquiales, columnas en prensa local, carteleras y afiches de barrio; permisos municipales y registros (asistencias, colectas, préstamos de biblioteca) se vuelven prueba de mérito: continuidad, cobertura, servicio. Actores y género. Acción Católica (juvenil y de hombres), damas de caridad, congregaciones femeninas (escuela, salud, asistencia), cooperadoras; curas párrocos y vicarios que gestionan con municipio y provincia. La documentación técnica (planes, reglamentos, protocolos) abre bisagras para superioras y equipos femeninos en escuelas y obras. Economías y gobierno. Bonos y rifas, colectas, aranceles módicos, subsidios condicionados (funciones didácticas, extensión barrial), convenios con municipio/provincia. Ocio regulado: ordenanzas de espectáculos, licencias de baile y cine, horarios "apto escuelas". La visita pastoral y las inspecciones (provinciales/escolares) alinean estándares. Impacto coyuntural. Crisis de 1930 y, luego, guerra europea (1940–42) reorientan la oferta: comedores, roperos, campañas de salud, charlas cívicas y noticieros. El repertorio cultural se adapta sin perder continuidad: más funciones accesibles, más público escolar, más programación "formativa".

1943–1955 — Expansión social y tensión Iglesia–Estado: Más subsidios y convenios; crecimiento de escuelas privadas y obras asistenciales; conflictividad final obliga a blindar gestión con documentos, balances, inventarios y a profesionalizar cuadros.

1955–1972 — Profesionalización y aggiornamento: Formación técnica (pedagogía, enfermería, trabajo social), Caritas estructurada, consejos pastorales, y estándares de calidad y seguridad. Mérito = capacidad de planificar, documentar y negociar en varias escalas a la vez.

Conversión sacramento→autoridad: ¿con qué indicadores (series de bautismos/matrícula, balances, auditorías) se justificaron ascensos y asignación de recursos?

Escalas: ¿qué combinación de convenios (municipales), inspecciones (provinciales) y licencias (nacionales/orden) correlaciona con promociones en curia o en la red de obras?

Género: ¿en qué tramos la documentación técnica (planes, reglamentos, protocolos) mitigó techos para superioras y equipos femeninos?

Ciclos: ¿cómo impactan las variaciones de financiamiento público y las crisis (sanitarias, políticas) en los relevos y en la expansión/contracción de la red?

El trayecto institucional doble eclesiástico convierte cuidado sostenido en autoridad organizativa cuando lo vuelve legible (libros, balances, convenios) y articulable (parroquia–municipio–provincia). El género marca ritmos distintos de visibilidad, pero la profesionalización crea bisagras donde el mérito se mide por papeles e indicadores. Las ventanas de época reordenan incentivos: de la continuidad sacramental y la beneficencia (1914–30), a la expansión con formalización (1943–55), y a la profesionalización con estándares (1955–72). Esa es la arquitectura que explica por qué, en la capital bonaerense, el tejido eclesial no es un subsistema aislado, sino un operador estructural de barrio y de ciudad.

La trayectoria institucional, por dentro (clero, congregaciones, laicado).

1) Puerta de entrada: socialización, oficios y primeras firmas

Clero (seminarios diocesanos y de órdenes).

La formación no es sólo filosófico–teológica: incorpora técnicas pastorales (catequesis graduada por edades, pastoral juvenil, liturgia práctica) y régimen de archivos. Desde el año propedéutico aparece la "doble contabilidad" del oficio:

Archivo sacramental (libros de bautismos, matrimonios, confirmaciones con índices anuales).

Libro de fábrica (movimientos de caja, donaciones afectadas, gastos de culto y mantenimiento).

Las primeras destinaciones —oratorios, grupos juveniles, capellanías— son micro–escuelas de gestión: programar calendario, levantar actas de reunión, coordinar voluntariado, elaborar un parte de actividades para la curia.

Congregaciones femeninas (postulantado/noviciado).

Además de la regla y los votos, se adquieren oficios que vuelven legible la beneficencia: economato (presupuestos, compras, almacenes), administración escolar (nóminas, sueldos, legajos), registros clínico–sociales (fichas de pacientes, clasificación de ayudas, derivaciones). Cuando hay títulos formales (maestra normal, enfermera, laboratorista), se aprende a convalidarlos ante la autoridad provincial y a sostener inspecciones.

Laicado organizado.

Acción Católica, Círculos y ligas enseñan protocolos de reunión (orden del día, acta, comisión fiscalizadora), gestión de eventos (fiestas patronales, rifas, festivales), y campañas (colectas, suscripciones). El scoutismo agrega logística y cuidado (campamentos, botiquines, seguridad), que más tarde serán insumos para comedores u hogares.

Clave de esta etapa: aprender a firmar (actas, libros, balances, convenios) y no sólo a servir. Esa firma será la moneda del ascenso.

2) Tramo medio: de la "obra que funciona" a la "obra que gobierna"

Parroquia como plataforma integrada.

La parroquia madura cuando coordina tres bucles:

Litúrgico–catequístico (calendario, catequesis por niveles, retiros).

Comunitario–asistencial (Caritas, comedores, roperos, apoyo escolar, bibliotecas).

Administrativo–patrimonial (cuentas de fábrica, inventario de bienes, mantenimiento, seguros).

Lo decisivo no es la magnitud de cada bucle, sino su sincronización. La parroquia que "sube" convierte su ritmo pastoral en series mensuales (actas, listados, planillas), que alimentan reportes a la curia y a los programas municipales/provinciales.

Colegios y obras educativas.

El salto no es sólo pasar de "dar clase" a dirigir, sino traducción normativa: estatuto escolar, reglamento interno, régimen de títulos habilitantes del plantel, planes de estudio actualizados, libros de asistencia y disciplina, memoria anual. La conducción eficaz domina dos idiomas: el pedagógico y el administrativo, y sabe "leer" inspecciones para convertir observaciones en mejora documentada.

Obra sanitaria–caritativa.

En hogares, internados y dispensarios manda la trazabilidad de la ayuda: ficha social (diagnóstico, vulnerabilidades, objetivos), protocolo de derivación (a hospitales, juzgados, escuelas), cadena de suministros

(alimentos, medicamentos), informe trimestral (altas, bajas, costos). La autoridad emerge cuando la obra deja de depender de "favores" y pasa a circuitos formales con estándares (alimentación, higiene, seguridad).

Medios y cultura religiosa.

Boletines, hojas parroquiales, imprentas, coros y teatro vocacional no son "extra": construyen agenda (calendario visible) y memoria (crónicas). La habilidad es editar: periodicidad, criterios, archivo.

Clave de esta fase: institucionalizar la evidencia. Lo pastoral sigue siendo el centro, pero el documento es el que vuelve defendible (ante curia y Estado) lo que se hace.

3) Consagración: jurisdicción, redes y capacidad de arbitraje

Clero.

La larga permanencia como párroco —con libros en regla, obra sustentable y comunidad cohesionada— abre cancillería, tribunal y responsabilidades diocesanas. Allí cambian los verbos: de celebrar y coordinar a arbitrar y decretar (dispensas, licencias, causas matrimoniales, erigir/trasladar límites parroquiales, autorizar obras).

Congregaciones femeninas.

La superiora de colegio, hogar o taller que pasó de la buena voluntad a la gestión replicable (manuales, formularios, cronogramas) puede dirigir redes. La autoridad es real —presupuesto, personal, estándares— aunque su visibilidad pública sea menor. El punto de inflexión es la capacidad de auditoría interna (relevos ordenados, convivencia de carismas y legalidades).

Laicado.

Quienes dominaron el lenguaje del acta y el presupuesto pasan a consejos pastorales, cámaras de escuelas privadas o asociaciones de beneficencia con incidencia real: firman convenios, gestionan subsidios, administran legados y patrimonios.

Clave de esta etapa: arbitrar (no sólo ejecutar) y estandarizar (no sólo sostener). La consagración llega cuando otros actores —curia, ministerios, municipios— delegan porque confían en tu método.

Tipologías de trayectoria (afinadas por prácticas y "papeles")

Parroquial–pastoral.

Prácticas críticas: agenda litúrgica estable; libros sacramentales sin lagunas; voluntariado rotado; presupuesto equilibrado.

Papeles clave: libros, actas del consejo parroquial, balance anual, inventario.

Educativa–confesional.

Prácticas: plantel con títulos habilitantes; planes y programas actualizados; gestión de inspecciones sin sanciones.

Papeles: estatuto, PEI (proyecto educativo institucional), legajos docentes, memoria anual, matrícula.

Sanitaria–caritativa.

Prácticas: protocolos de ingreso/egreso; articulación sanitaria y judicial; indicadores de cobertura.

Papeles: fichas sociales, registro clínico, inventario de suministros, informes trimestrales.

Medios y cultura religiosa.

Prácticas: edición regular; criterios de publicación; archivo de números; vínculos con prensa local.

Papeles: plan editorial, permisos, depósito legal, catálogo.

Curia y justicia canónica.

Prácticas: tramitación de causas, pericias, decretos; supervisión de archivos parroquiales.

Papeles: expedientes canónicos, decretos, actas de visita, estadísticas diocesanas.

Combinatorias frecuentes: parroquia–colegio, profesionaliza el barrio; escuela–obra sanitaria, crea cadenas de cuidado; parroquia–prensa, ancla agenda y legitimidad pública.

Escalas y "mecanismos de conversión" del mérito (sin volver a lo ya dicho)

Barrio → Índice de confiabilidad: continuidad de catequesis, ausentismo bajo, comedores sin cortes, mantenimiento edilicio.

Municipio → Capacidad de convenio: cumplir metas de programas, rendir fondos sin observaciones, habilitaciones al día.

Provincia → Estándar reconocido: planteles con títulos, legajos completos, auditorías sin sanciones, obras con plan de seguridad e higiene.

Red interna → Efecto multiplicador: manuales propios, formación de cuadros, rotación planificada.

La conversión no es abstracta: cada firma (en libro, acta, balance o convenio) eleva el radio de acción. La carrera sube cuando la práctica sostenida produce pruebas que otros (curia/Estado) usan para decidir.

Género: dónde se ampliaron márgenes sin reiterar argumentos

Tecnificación como palanca. En escuelas y hogares, la documentación de procesos (reglamentos, protocolos, indicadores) permitió a superioras y equipos femeninos sostener diálogo técnico con inspecciones y municipios. Esa "mesa técnica" despersonaliza la autoridad y la legitima.

Doble firma y control cruzado. La combinación superiora–ecónoma estabilizó tesorerías y compras; cuando la contabilidad quedó auditada por terceros, aumentó la credibilidad externa y se habilitaron convenios mayores.

Visibilidad restringida, mando real. Aunque el micrófono público y los sellos de curia se concentran en varones, la capacidad de hacer funcionar redes (planteles, turnos, guardias, viandas, limpieza, seguridad) es el núcleo del mando efectivo femenino.

Riesgos y defensas (afinados)

Riesgo de "personalismo carismático": si la obra depende de una persona, la sucesión colapsa. Defensa: manuales de puesto, cronogramas, formación de segundas líneas.

Riesgo de "triple dependencia" (curia–municipio–provincia): cambios de signo político o recortes desfinancian. Defensa: diversificación de ingresos (donantes, cuotas sociales, eventos), y rendir prolijamente.

Riesgo documental: libros atrasados o balances con observaciones. Defensa: cierres mensuales, inventarios semestrales, auditorías internas.

La pericia espiritual no se opone a la pericia organizativa: la segunda protege a la primera.

El mérito pastoral asciende cuando se hace legible y transferible (formularios, manuales, estadísticas).

La escala no es un "premio" sino un formato de coordinación: barrio para proximidad, municipio para permisos, provincia para estándares, red interna para replicación.

La profesionalización documental abrió rendijas de igualdad de género donde la sociabilidad cerrada no llegaba: en la mesa de papeles, manda quien tiene el procedimiento.

Con este afinamiento del pipeline se ve con mayor claridad cómo el cuidado cotidiano se convierte en autoridad organizada y por qué ciertas parroquias, colegios u obras se vuelven nodos de ciudad: no sólo porque hacen mucho, sino porque pueden mostrar cómo lo hacen y lograr que otros confíen para escalarlo.

Al fundarse la capital provincial, el Estado provincial quiso exhibir modernidad: damero, ministerios, universidad, códigos. Pero una ciudad no se sostiene solo con planos. Entre solares recién marcados y oleadas de inmigrantes, la religión aportó un pegamento cotidiano —ritos, escuelas, obras de caridad, sociabilidades— que ordenó pertenencias y domó inseguridades. La paradoja es conocida en la historia del capitalismo: las élites liberales proclamaron separación entre Iglesia y Estado mientras necesitaban, para construir "sociedad nacional", rutinas de sentido que los papeles oficiales no alcanzaban a producir. En ese intersticio creció el tejido eclesial platense.

Desde fines del XIX, parroquias y congregaciones acompañaron la urbanización con soluciones concretas: catecismos que alfabetizaban, colegios que fijaban disciplina de tiempo y trabajo, mutualidades y comedores que amortiguaban crisis. La trama fue bilingüe y mestiza: novenas italianas, procesiones españolas, cofradías que traducían nostalgias de origen a un barrio nuevo. El Estado disputó el aula laica y el registro civil; la Iglesia sostuvo capillas, escuelas y rituales que "hicieron comunidad" donde todavía faltaban tradiciones compartidas. Así, la ciudad moderna avanzó con un subsuelo de prácticas devocionales que no compitieron solo con el progreso, sino que le dieron forma social.

En los años de consolidación (1914–1930), ese arreglo adoptó una fisonomía estable. El municipio ordenó veredas y habilitaciones; las parroquias, calendarios y archivos; la provincia, subsidios y títulos. La Iglesia ofrecía continuidad y presencia barrial; el Estado, reglas y escalas. La expansión demográfica convirtió sacramentos y matrículas en "indicadores" de vitalidad social, y la curia aprendió a conversar con ventanillas: balances de fábrica, inventarios, inspecciones. Se dibujó una división práctica del trabajo de gobierno: el papel sellado en el palacio, la misa y la escuela en la esquina.

Si en otras partes del libro 1930–1943 podía parecer un puente discreto entre la estabilización previa y la gran expansión posterior, para el campo religioso platense es, en cambio, un tramo decisivo. No es un intervalo menor: es el momento en que la Iglesia arma músculo territorial y laicado organizado para disputar agenda en una ciudad que crece, sufre la crisis mundial y ve reacomodarse al Estado.

Primero, el contexto. La depresión de comienzos de los treinta y la "restauración" conservadora empujan a la Iglesia a ocupar funciones que el Estado local y provincial no cubren con regularidad: comedores, mutualidades, socorros. En la ciudad eso se traduce en un mapa parroquial en expansión sobre los barrios nuevos —Tolosa, Ringuelet, Los Hornos,

Villa Elvira— y en una densa red de asociaciones que tejen pertenencia entre inmigrantes y nativos. La ciudad moderna prometía orden; la parroquia, pertenencia cotidiana.

Segundo, la política de masas. Reorganizada bajo el impulso de Pío XI, la Acción Católica multiplica ramas (jóvenes, mujeres, universitarios) y convierte la devoción en militancia social disciplinada. El gran Congreso Eucarístico de 1934, con su irradiación simbólica, fija un repertorio de ocupación del espacio público (procesiones, vigilias, prensa) que también se siente en la urbe platense. La Iglesia aprende a hablar el idioma de la "movilización" y a negociar con intendencias y ministerios horarios, recorridos, permisos, subsidios. No es solo piedad: es poder social en movimiento.

Tercero, la bisagra con el Estado. Mientras los gobiernos locales y la Provincia pulen el aparato administrativo, la Iglesia perfecciona su propio "archivo": libros sacramentales al día, cuentas de fábrica, inventarios, memorias de escuelas y hogares. Esa legibilidad será la moneda con la que, desde 1943, reclamará lugar en educación, asistencia y hospitalidad (capellanías, convenios escolares, presencia en hospitales). La instrucción religiosa obligatoria que llega con el golpe del '43 no nace de un rayo: se apoya en una década de trabajo parroquial, redes laicas y negociación paciente.

Cuarto, la ciudad y las identidades. La ciudad planificada quiere ser capital moderna; la Iglesia hace de esa modernidad una práctica social. En los colegios de congregaciones se disciplinan tiempos y hábitos; en las ligas y círculos se articula una moral del trabajo y de la familia que traduce la doctrina social al barrio; en la prensa y la radio parroquial se forja una voz pública. Para los hijos de inmigrantes, esa red ofrece un camino de integración que no disuelve los orígenes; para las élites, un aliado —incómodo, pero eficaz— para estabilizar la vida urbana.

Por todo esto, 1930–1943 debe figurar como "bisagra de armado": la década en que la Iglesia platense dejó de ser solo rito y beneficencia para devenir actor con base territorial, cuadros laicos y capacidad de incidencia. Sin esa plataforma, la expansión de 1943–1955 no se entiende; con ella, se vuelve explicable por qué la Iglesia pudo disputar —y a veces ordenar— partes clave de la agenda del Estado moderno en una ciudad que crecía entre promesas y sobresaltos.

La posguerra (1943–1955) tensó ese equilibrio. La afirmación del Estado social amplió hospitales, escuelas y programas; la Iglesia respondió con redes propias más profesionalizadas, y la disputa por la calle —rituales, procesiones, símbolos— expresó conflictos nacionales en clave local. Sin embargo, bajo la controversia persistió la cooperación cotidiana: capellanías en hospitales, convenios educativos, asistencia en barrios que crecían. La gran religión de la ciudad fue, también, administrar escasez.

Tras 1955, la modernización continuó por la vía de la técnica: pedagogía, enfermería, trabajo social, administración escolar; Cáritas con planillas y depósitos; archivos parroquiales que se volvieron memoria pública. La capital, capital administrativa, premió a quien supo traducir caridad en convenio y rito en programa: escuelas con legajos en regla, hogares con protocolos, parroquias capaces de rendir cuentas al municipio y a la provincia. La fe se volvió legible sin perder su gramática; y esa legibilidad permitió escalar cuidados en una ciudad que multiplicaba barrios y necesidades.

La cuestión del género recorrió toda la curva. Mientras los sellos y micrófonos se concentraron en varones, buena parte del mando efectivo —aulas, hogares, enfermerías, economatos— descansó en congregaciones femeninas que hicieron de la regularidad un poder: matrícula, asistencia, balances, inventarios. Allí donde mandó la prueba —libros al día, inspecciones aprobadas—, las mujeres ensancharon márgenes; donde mandó la sociabilidad cerrada, persistieron techos.

En suma, religión y ciudad crecieron juntas porque resolvieron, cada una a su modo, el mismo problema histórico: cómo convertir población en sociedad. La Iglesia aportó continuidad y capilaridad; el Estado, escala y norma. Los inmigrantes encontraron en parroquias y escuelas un pasaje del barrio al mapa nacional; las élites, un aliado —incómodo pero eficaz— para disciplinar tiempos y afectos de una sociedad nueva. La urbe es, por eso, un buen laboratorio de la modernidad periférica: la separación formal entre Iglesia y Estado no borró la interdependencia práctica. La ciudad prosperó cuando ambos circuitos se coordinaron —registro y rito, legajo y procesión, convenio y comedor— y crujió cuando se ignoraron. En el largo plazo, esa maquinaria mixta de papeles y campanas fue menos un resabio del pasado que una tecnología social de la modernidad rioplatense.

Mirada desde arriba, la cartografía eclesiástica de La Plata cuenta una historia doble: urbanización y pastoral. A partir de los años 30, el mapa parroquial acompaña la expansión del casco hacia el anillo ferroviario y la ruta al norte: Tolosa, Los Hornos, Ringuelet, Gonnet, City Bell, Villa Elisa van sumando capillas primero y parroquias después; cada nuevo templo trae escuela, liga de beneficencia, coro y cooperadora. No es sólo geografía: es infraestructura social que se añade a la grilla cívica. El par San Ponciano–Catedral —anclas del eje fundacional— resume esa cohabitación republicano-católica que la traza original imaginó: palacios públicos y templos mayores compartiendo calendario y escena.

Vistas por cohortes, nuestras figuras muestran que el perfil parroquial clásico pesa más entre los nacidos hasta 1931, mientras que en la generación 1932–1956 crecen las trayectorias educativas y asistenciales. Esa mudanza no es azar: se alinea con los momentos políticos que reordenan incentivos y recursos.

1930–1943: reorganización conservadora. La Iglesia refuerza la capilaridad barrial en una ciudad que consolida su rol capitalino. Se

multiplican capellanías (hospitales, cárceles, escuelas) y se estabilizan obras pequeñas de beneficencia. La legitimidad se mide por continuidad sacramental y cuidado cotidiano.

1943–1955: Estado social, expansión y conflicto. El ciclo abre ventanas de financiamiento (educación, salud, infancia) que profesionalizan escuelas y obras; el anillo parroquial se densifica en barrios obreros y localidades del norte. Hacia 1954–55, la tensión Iglesia–Estado fuerza un repliegue prudente a lo pastoral, pero deja instalado un dispositivo que ya aprendió a documentar: estatutos escolares, balances de fábrica, planillas de comedor, registros clínico-sociales. De ahí que veamos la consolidación de del grupo y la beneficencia deviene convenio y la cátedra deviene gestión.

1955–1972: profesionalización y "mesa técnica". El clima pos-55 y el aggiornamento católico empujan títulos y protocolos (pedagogía, enfermería, trabajo social, administración escolar). Caritas se estructura, las parroquias aprenden el lenguaje de la rendición de cuentas, y las congregaciones femeninas gobiernan redes de colegios y hogares con indicadores (matrícula, egresos, camas, raciones). En nuestros datos, eso aparece como el leve descenso relativo por diversificación y la emergencia visible otras formas de reorganización.

Detrás de la línea temporal, la escala importa. En el barrio, la parroquia produce confianza (libros al día, comedores sin interrupciones); en el municipio, esa confianza se traduce en permisos y programas; en la provincia, se vuelve estándar (títulos habilitantes, inspecciones, subsidios); en la nación, solo excepcionalmente se proyecta en órdenes, institutos o comisiones. La ciudad —capital administrativa— acorta pasillos entre sacristía y ventanilla, y eso explica por qué el crecimiento parroquial sigue de cerca el corrimiento del poblamiento.

En clave de género, la evidencia confirma una asimetría: el monopolio sacramental masculino concentra sellos y vocerías; la autoridad femenina

(superioras, equipos) sostiene la operación diaria de escuelas y hogares. Allí donde el éxito se mide por papel e indicador —programas, legajos, protocolos, auditorías—, los techos se atenúan; donde la legitimidad depende de sociabilidades cerradas (directorios, clubes), persisten.

La síntesis es clara: el crecimiento parroquial desde 1930 no fue un mero proceso edilicio, sino la instalación de una segunda infraestructura de lo público. Cuando la Iglesia logra sincronizar su calendario con el de la ciudad —planes, convenios, inspecciones—, la urbe gana capacidad de gobierno: más manos para educar, cuidar y ordenar. Cuando se desincroniza —por conflictos políticos o por desgaste organizativo—, la ciudad pierde un engranaje que, desde fines del siglo XIX, ensambla templo, aula y mesa. Ese es el legado que dejan nuestras tablas y gráficos: la autoridad eclesiástica asciende cuando convierte el cuidado en documento confiable, y perdura cuando esa evidencia puede viajar de la sacristía al expediente sin perder su sentido pastoral.

A lo largo de 1914–1972, la conducción eclesiástica de La Plata (de Terrero y Escalada a Alberti, Chimento, Solari y Plaza, con auxiliares como Copello, Serafini, Esorto, Rau, Primatesta, Pironio y Derisi) se entrelazó con la política local, la universidad y las tramas culturales de la ciudad. Ese entrelazamiento no fue solo doctrinal: fue urbano y administrativo. Cada obispo operó como bisagra entre obra material (templos, salones, colegios, capillas) y obra simbólica (procesiones, temporadas culturales, educación, redes asistenciales), en diálogo tenso o cooperativo con intendencias, la provincia y la UNLP.

En el ciclo 1914–1930, con Terrero y Alberti, la Iglesia ocupa un lugar en una ciudad de sociabilidad laica pero ritualizada: la escena cultural vive en teatros, ateneos y escuelas; la prensa codifica "nivel" y "gusto". La respuesta eclesial es capilar: parroquias con biblioteca y salón, coros y veladas, huellas en libros de fábrica y memorias. El mérito se prueba por continuidad y

cobertura: calendario de patronales, catequesis, ligas deportivas, pequeños colegios. La autoridad religiosa y la cultural comparten un mismo lenguaje de legitimación: actas, programas, crónicas.

El tramo 1930–1943 es el de máxima presencia territorial. Con Alberti y luego Chimento, la red parroquial se desmembra y se expande hacia barrios nuevos; los salones parroquiales se vuelven nodos de ocio regulado (cine, teatro, bailes con permiso municipal, funciones "para escuelas"), mientras la administración pública exige expedientes, licencias, balances. Aquí la Iglesia aprende el idioma de la ciudad normalizada por el papel: planillas de asistencia, inventarios, convenios con municipio y provincia. Las parroquias comparten público con clubes y escuelas, y discuten repertorios con comisiones barriales; (juventudes) organiza, (dirigencias) financia y tutela, (infancias) aprende hábitos culturales. La guerra europea agrega actualidad cívica (noticieros, conferencias), pero no revierte la matriz: aula + parroquia + expediente. La construcción de templos y capillas acompasa loteos, diagonales y radios de nueva urbanización: la parroquia no es solo culto, es infraestructura de barrio (salón, cancha, comedor, biblioteca), y su archivo vuelve legible esa presencia ante el Estado.

Entre 1943 y 1955, con Solari, crece la escala social: más convenios, subsidios y escuelas privadas; los museos, bibliotecas y salas municipales se profesionalizan y la Iglesia se acopla con programación por públicos (escolar, obrero, barrial). La tensión Iglesia–Estado al final del período empuja a blindar la gestión con balances, inventarios, reglamentos; se consolidan Caritas parroquiales, comedores y roperos. La autoridad ya no depende solo del aplauso o la reseña periodística: cuenta la cobertura, el servicio y la trazabilidad. En paralelo, auxiliares con proyección nacional (Primatesta, Pironio) pasan por La Plata y llevan estas gramáticas de organización a circuitos más amplios.

Tras 1955, con Plaza, la ciudad empalma profesionalización y aggiornamento: consejos pastorales, formación técnica (pedagogía, trabajo

social, enfermería), normas de seguridad edilicia, criterios de archivo y conservación. La Iglesia adopta el estándar que también abraza el campo cultural: proyectos con indicadores, evaluación por pares, catálogos y guías para su patrimonio, concursos y publicaciones en el mundo universitario. La "firma que se lee" —memorias, planes, diagnósticos— pesa tanto como la recomendación personal. Se multiplica la obra física (nuevas parroquias/colegios) y también la capacidad de negociación multinivel (curia–municipio–provincia), con equipos femeninos ganando visibilidad allí donde la documentación técnica abre pasarelas de liderazgo.

Visto desde la urbe, la curva 1914–1972 ordena tres movimientos que atan cultura, política y construcción parroquial:

Continuidad sacramental y sociabilidad (1914–30): la Iglesia ancla barrio con culto + cultura y deja papeles.

Expansión con formalización (1930–55): auge edilicio y ocupación del tiempo libre bajo reglas de ciudad; el expediente común a Iglesia, escuela y municipio convierte cuidado sostenido en autoridad organizativa.

Profesionalización con estándares (1955–72): el patrimonio se gestiona como bien cultural; la red parroquial actúa como operador estructural de barrio y de ciudad, conectando aulas, medios y políticas públicas.

Así, el mapa de iglesias y parroquias no es un telón de fondo: es la malla que hace posible la temporada cultural de la ciudad, que traduce política en prácticas (permisos, subsidios, prioridades territoriales) y que convierte trayectorias personales —obispos, auxiliares, laicos, congregaciones— en instituciones legibles. La Plata no suma "templos": teje circuitos donde la cultura encuentra sala, el Estado encuentra socio y el barrio encuentra casa propia.

¿Cómo leer el mapa? Cada punto negro marca el centro aproximado de la localidad (Casco, Tolosa, Ringuelet, Gonnet, City Bell, Villa Elisa, Los Hornos, San Carlos, Hernández, Gorina, etc.). Al lado, una caja con: "Localidad: códigos". En la leyenda (Excel) qué parroquia/iglesia corresponde a cada código (1, 2, 3…). Por ejemplo: Casco Urbano agrupa códigos 1–6, 14–19 (catedral, San Ponciano, Salesianos, San Francisco, Capuchinos, capilla de la Catedral, San Roque, San Antonio, Guadalupe, Valle, San Cayetano, San Juan Bosco). Tolosa: 7, 21. Los Hornos: 8, 13. Ringuelet: 9. Gonnet: 10, 25, 26. City Bell: 11, 12, 30. Villa Elisa: 28, 29. San Carlos: 22, 24. Hernández: 23. Gorina: 27. Casco Urbano/Sudoeste: 20, 31.

Fuerzas de seguridad y defensa en la urbe platense (Ejército, Marina, Policía, Servicio Penitenciario).

Atardece en el casco y la trama de seguridad se hace visible como un mecanismo de relojería. Sobre 2 y 3, entre boulevard 51 y 53, el edificio del Ministerio de Seguridad bonaerense enciende su planta baja: ingresan suboficiales con carpetas bajo el brazo, suena el conmutador de la central y en el primer piso un equipo revisa partes diarios de comisarías, tránsito, bomberos y Servicio Penitenciario. A esa hora, el despacho de coordinación reúne tres temporalidades: la del caso (lo urgente), la del servicio (guardias, móviles, turnos) y la de la política (planeamiento, estadísticas, decisiones). Cada una habla un idioma distinto—sumarios, planillas, mapas—y el Ministerio funciona precisamente como traductor entre lenguajes que, fuera de ese edificio, no siempre se escuchan.

A dieciséis cuadras hacia el oeste, entre 19 y 20 y de 50 a 54, el Regimiento de Infantería 7 cierra la jornada de instrucción. En el galpón de equipo, el suboficial de semana registra el estado del parque móvil; en la explanada, una compañía repasa maniobras; en la plana mayor, un capitán redacta el parte que viajará a la cadena de mando. El cuartel es otro tipo de oficina del tiempo: allí el mérito se mide como disciplina, curso aprobado,

destino difícil. Al caer la tarde, el sonido de la banda se cruza con la sirena de un móvil que baja por 50: dos instituciones que comparten ciudad y, sin embargo, mantienen rituales y jerarquías propias.

La escena urbana que los conecta es sencilla y densa a la vez. Boulevard 51 y 53 enmarcan al Ministerio como bisagra entre el nivel político y el operativo: llegan jefes de policía con estadísticas de esclarecimiento, bomberos con hojas de servicio, equipos penitenciarios con novedades de traslados y cupos, y asesores jurídicos que revisan medidas de protección, clausuras o pericias. En la mesa, un mapa del partido y un tablero de incidentes ordenan prioridades: prevención en el microcentro, cortes programados, un partido nocturno que exigirá desvíos, controles en accesos y el circuito inevitable de traslado de detenidos—siempre, cronometrado entre juzgados y unidades.

Del lado del Regimiento 7, la escena es menos visible pero no menos pública. La ciudad planificada lo hace "cuartel de ciudad": logística que cruza con obras públicas, ejercicios que requieren avisos a vecinos, coordinación ante emergencias (inundaciones, incendios forestales, búsqueda). Allí se ensaya la gramática de Estado Mayor—ordenes fragmentadas que deben encastrar en operativos con múltiples actores—y se conserva un capital silencioso: la capacidad de montar y sostener un dispositivo bajo presión.

Cuando un evento grande "tira de la sábana" (un temporal, un recital en estadio, un hallazgo pericial importante), el Ministerio arma una sala de situación con representantes de cada "habla": Policía (orden público, prevención, investigación), Penitenciario (movimientos y custodias), Bomberos (riesgo, tiempos de respuesta), y si hace falta Defensa Civil municipal. La Marina y su trama en el área portuaria (BIM 3, más al noreste del cordón industrial) se incorporan en protocolos específicos: seguridad de instalaciones críticas, logística y asistencia en ribera. La ciudad—con cuadrícula y diagonales—ayuda a pensar: cada decisión se traduce en un

trayecto (qué calles, qué horarios), en un registro (qué planilla, qué parte) y en una voz (quién comunica a prensa, a clubes, a escuelas).

El circuito de aprendizaje se ve en pequeños gestos. Un comisario llega al Ministerio con un plan de servicios y sale con ajustes en movilidad y comunicación; un jefe de bomberos discute con técnicos municipales la presión en hidrantes de una manzana antigua; una directora de unidad penitenciaria negocia ventanas horarias para traslados sin interferir con picos de tránsito; un oficial veterano del Regimiento comparte un protocolo de "mando de incidente" que, traducido, mejora la coordinación con brigadas y ambulancias. Ninguno de esos intercambios ocupa titulares; todos sostienen el día siguiente.

Ese ida y vuelta entre 2/3 y 51/53 y 19/20 y 50–54 revela la tesis práctica: en la capital, la seguridad no es solo fuerza, es infraestructura organizativa. El Ministerio convierte datos en gobernanza (prioridades, indicadores, acuerdos); el Regimiento convierte adiestramiento en disponibilidad (logística, mando, resiliencia). Entre ambos circulan personas que han aprendido a escribir lo que hacen—planillas, partes, protocolos—porque es la única manera de coordinar con otros. Y cuando lo que ocurre en esas mesas se vuelve legible para tribunales, hospitales, universidades, municipios y vecinos, la ciudad logra lo más difícil: que cada actor social—policía, militar, penitenciario, bombero, funcionario—vea en el otro una pieza necesaria del mismo dispositivo.

La historia larga del lugar—Regimiento 7 desde 1917 en el casco; BIM 3 desde 1940 en el corredor portuario—explica por qué esa coordinación no es improvisación coyuntural sino cultura de trabajo. En épocas de calma, se nota poco; en momentos críticos, sostiene. Y al salir otra vez a 51, cuando cambian las guardias y se apagan los proyectores de la sala de situación, la cuadrícula ordenada vuelve a ser una promesa: la ciudad ofrece la geometría; las instituciones, la coreografía.

La urbe fue —y es— un nudo de seguridad y defensa: capital provincial con jefaturas policiales y penitenciarias, y a la vez ciudad-cuartel y ciudad-puerto en su área metropolitana. Dos hitos ordenan el mapa: el Regimiento de Infantería 7 acantonado en el casco urbano desde 1917 y el Batallón de Infantería de Marina N.º 3 (BIM 3) instalado desde 1940 en el entorno portuario-industrial de Ensenada/Río Santiago. A partir de estas anclas, el capítulo sostiene una tesis simple: las trayectorias del sector se organizan por pipelines diferenciados pero comunicantes —militar, naval, policial y penitenciario— que convierten disciplina + cursos + legajo en mando. El "mérito" aquí es menos textual que en universidad o cultura: se mide como servicio calificado (conducta, calificaciones, cursos aprobados, actos de servicio, destinos complejos, ausencia de sumarios) y se certifica en la carrera escalafonaria.

¿Cómo funcionan los "escalones" de ascenso en cada fuerza? ¿Qué escalas (municipal, provincial, nacional) abren oportunidades y cuáles las cierran? ¿Qué hace avanzar más: el curso (técnico/estado mayor), el destino (frontera, logística, investigación) o el vínculo político? ¿Qué ventanas de época (1914–30;1930-1943; 1943–55; 1955–72) reordenan los premios? ¿Qué lugar ocupan las mujeres en este campo, en un arco históricamente masculino?

Mirar la historia de la formación policial en la ciudad universitaria es ver, en cámara lenta, cómo un oficio de orden público se convierte en profesión. Los ensayos fundacionales (1891–1911) ya muestran el dilema: el 31 de enero de 1891 abre la Escuela de Aspirantes a Cabos y Sargentos, primer intento de "escolarizar" la carrera; dura poco—cierra a los pocos meses del egreso inicial—pero deja una huella: sin aula, no hay escalafón que aguante. En 1907 se presenta el proyecto de Escuela de Vigilantes, Empleados Burocráticos y Oficiales (no aprobado) y en 1908 la tentativa de Escuela de Aspirantes a Agentes e Investigaciones corre la misma suerte. Recién el 11 de febrero de 1911 cuaja una Escuela para Vigilantes, Cabos y Sargentos cuyos

egresados obtienen grado de oficiales. El mensaje institucional es claro: la policía bonaerense busca, desde temprano, un tramo formativo reconocible que no dependa solo de la práctica de calle.

La escuela moderna arranca, sin embargo, en 1941. Desde el 27 de junio funciona con 60 cadetes en el edificio que hoy ocupa la Comisaría de la Mujer, frente a la estación de trenes: un anclaje urbano elocuente (movilidad, visibilidad, servicio). El 16 de agosto de 1941 se inaugura; el 31 de diciembre egresan 56 cadetes con grado de Ayudante Mayor. El primer director, José Marcos Carioni, encarna esa mezcla de disciplina y administración que exige una policía que quiere hablar en el idioma del Estado moderno. Tras dos promociones, la escuela deja de incorporar cadetes, pero el plantel sigue formándose; reabre en marzo de 1944 en el mismo edificio y, por crecimiento de matrícula, se traslada a instalaciones ferroviarias en Tolosa (2 y 528): el pasaje de la estación central a Tolosa narra, en el mapa, la expansión del dispositivo formativo.

En 1945 ya hay más de 150 cadetes bajo régimen de internado. La masificación tiene director de orquesta: el coronel Adolfo Marsillach (designado jefe de Policía el 16 de mayo de 1946), que impulsa ingresos sostenidos y fija una marca simbólica: la escuela adopta el nombre "Juan Vucetich" (oficializado en 1947), inscribiendo a la institución en la tradición pericial (identificación dactiloscópica) que profesionaliza la investigación criminal. Ese mismo 1947 se produce un giro mayor: ingresan mujeres y el 6 de marzo egresa la primera "Brigada Femenina" para el escalafón de suboficiales—primera fuerza de seguridad del país en incorporar mujeres. La novedad no es decorativa: introduce nuevos espacios de autoridad (dactiloscopía, archivo, atención al público) y, con ellos, nuevos méritos evaluables para trayectorias femeninas en un campo históricamente masculino.

El incendio de agosto de 1956 destruye más de la mitad de las instalaciones en las viejas construcciones ferroviarias y abre una escena de

resiliencia organizativa. El director Jorge Vicente Schoo impulsa el traslado a la ex estancia San Juan, en el Parque Pereyra Iraola—tierras expropiadas, sin uso definido por una década—mediante largas tratativas con el Ejecutivo. La mudanza es, también, una re-fundación: desde 1960 la escuela funciona en el Parque Pereyra, y se inicia un plan de remodelación para adecuar aulas, dormitorios, prácticas y laboratorios a la escala que exige la institución. Aquí aparece un rasgo distintivo del período: la policía se "campusifica", gana infraestructura docente y se aproxima al modelo de escuela de oficios con validación académica.

Los símbolos acompañan a la ingeniería institucional. En 1961 se instituye el 29 de septiembre—San Miguel Arcángel, protector de la Policía—como "Día del Cadete": una liturgia laica-religiosa que fija pertenencia y calendario.

Si ponemos estos hitos en el mapa institucional de La Plata, el cuadro se densifica. El Ministerio de Seguridad (en 2 y 3 entre boulevards 51 y 53) organiza la gramática política del sistema: estadísticas, prioridades, coordinación interagencial. El Regimiento de Infantería 7 (desde 1917, 19/20 entre 50 y 54) introduce una gramática de Estado Mayor (cursos, órdenes, logística) que circula—por cooperación y por osmosis—hacia policías y defensa civil. Y, desde 1940, el BIM 3 en el corredor Ensenada–Río Santiago lleva a la región la gramática anfibia y de instalaciones críticas. La escuela policial, al moverse de la estación al Tolosa ferroviario y, más tarde, al Parque Pereyra, acompasa esta triangulación: del núcleo urbano al cinturón productivo y, finalmente, a un campus capaz de generar "títulos que hablan" ante otras burocracias.

Vistas así, nuestras ventanas de época dialogan con el caso policial. 1914–30 consolida reglamentos y calificaciones (la fase administrativa del mérito). 1943–55 expande infraestructura, crea oleadas de ingreso y abre la Brecha de Género positiva (la primera Brigada Femenina, 1947), al tiempo

que el sistema se ensaya con grandes anclas militares y navales. 1955–72 empuja la tecnificación (criminalística, comunicaciones, docencia de escuelas) y la académica (plan con reconocimiento educativo nacional). En ese trayecto, el pipeline policial—escuela → comisaría/brigada → jefatura/dirección → docencia/estado mayor técnico—se estabiliza y produce un criterio de mérito legible: curso aprobado, legajo limpio, estadística de resultados y título reconocido.

De allí surgen, con claridad, las preguntas de investigación que abren el capítulo: ¿cómo escalonan su ascenso quienes optan por cursos técnicos frente a quienes acumulan destinos difíciles? ¿En qué medida la escala provincial—con ministerio, jefaturas y escuela—funciona como ascensor más potente que la escala municipal? ¿Qué puntos de inflexión (1947, 1960, 1976) cambian las reglas de conversión del mérito? ¿Cómo se inscribe la trayectoria de las mujeres—primero en áreas periciales y administrativas, luego en conducción—en una cadena de mando diseñada por y para varones? Y, sobre todo, ¿qué aprendizajes de este derrotero (de la libreta al plan de estudios; del parte al título) pueden blindar hoy la profesionalización frente a la rotación política y los shocks de coyuntura?

El pipeline, por dentro (cuatro circuitos que se tocan)

1) Militar–Ejército (Regimiento 7 como escuela de mando de proximidad)

Puerta de entrada. Servicio militar y, para cuadros, Colegio Militar de la Nación o escuelas de suboficiales; en la capital bonaerense, la existencia del Reg. 7 ofrece destino temprano y rotación por compañías, instrucción y logística.

Tramo medio. Cursos de arma y perfeccionamiento (instructor, planificador, intendencia, comunicaciones); comisiones en ingeniería/logística con la ciudad como laboratorio (vialidad, puentes, depósitos).

Consagración. Jefaturas de unidad, estados mayores, direcciones técnicas en dependencias nacionales; pasarelas puntuales a protección civil provincial/municipal (defensa civil, emergencias).

Gramática del mérito. Calificaciones anuales + cursos + destinos "duros" (campos, fronteras, operaciones). Capital reputacional: disciplina y confiabilidad.

2) Naval–Infantería de Marina (BIM 3 y el corredor portuario-industrial)

Puerta de entrada. Escuela Naval/Escuela de Suboficiales; en el BIM 3 (desde 1940) se combinan instrucción anfibia y policía marítima de contexto, con la capital provincial–Ensenada como zona de ejercicios y logística.

Tramo medio. Especializaciones en comunicaciones, operaciones, sanidad, buceo y explosivos; cooperación con arsenales, astilleros y logística fluvial.

Consagración. Jefaturas de batallón/compañía, destinos en bases mayores; articulación con autoridades portuarias y seguridad de instalaciones críticas.

Gramática. Navegación y seguridad de instalaciones; capital: certificaciones técnicas + historial de operaciones.

3) Policía de la Provincia (seguridad urbana y justicia)

Puerta de entrada. Escuela de oficiales/suboficiales; en la capital provincial se concentran Jefatura, Direcciones (Investigaciones, Tránsito, Bomberos), comisarías y gabinetes técnicos.

Tramo medio. Comisarías, brigadas, criminalística y pericias; ascensos

por estadísticas de esclarecimiento, conducción de guardias, idoneidad en sumarios.

Consagración. Jefaturas de área/región, direcciones centrales, agregadurías técnicas en ministerios.

Gramática. Procedimiento, sumarios y estadísticas; capital: legajo limpio + resultados y cursos (tiro, investigación, pericias).

4) Servicio Penitenciario (custodia, tratamiento, administración)

Puerta de entrada. Escuela penitenciaria; en el área la ciudad – Gran la urbe platense se concentran establecimientos y direcciones administrativas, lo que abre una carrera técnico-gestiva.

Tramo medio. Jefaturas de pabellón/seguridad y tratamiento; administración, mantenimiento, sanidad, trabajo social.

Consagración. Direcciones de establecimientos y áreas centrales; articulación con Poder Judicial, Salud y Educación para programas de reinserción.

Gramática. Orden + registro (régimen, partes, incidentes) y programa (trabajo/educación). Capital: gestión estable de contextos críticos.

Escalas y cartografía del poder

Municipal. Comisarías, tránsito, bomberos; defensa civil y coordinación de emergencias. Permite visibilidad temprana y "legajo" de casos/actuaciones.

Provincial. El gran ascensor del campo: Ministerio/Jefatura de Policía, Servicio Penitenciario, escuelas y direcciones; la capitalidad de La Plata concentra concursos, cursos y decisiones.

Nacional. Escala de consagración para Ejército y Armada; menos por volumen, más por selectividad (Estado Mayor, destinos claves). La presencia del Reg. 7 (1917) y el BIM 3 (1940) inserta a la ciudad en los circuitos nacionales de carrera.

Tipologías de trayectoria (y qué "hablan" sus legajos)

Línea de armas (Ejército/IMARA). Compañía → plana mayor → jefatura; métrica: cursos + aptitudes + destinos complejos.

Técnico-logística. Ingenierías, intendencia, comunicaciones; métrica: certificaciones, operaciones sin incidentes, auditorías.

Operativa policial. Guardia → comisaría → regional/dirección; métrica: procedimientos, esclarecimientos, conducción de personal.

Pericial-criminalística. Planimetría, química, dactiloscopía, bomberos; métrica: informes y pericias aceptadas por Justicia.

Penitenciaria-gestión. Pabellón/seguridad → tratamiento → dirección; métrica: indicadores de orden, incidentes, programas educativos/laborales.

Docencia y escuelas. Instructor/a → jefe de curso → dirección; métrica: plan de estudios, egresos, inspecciones.

Las combinaciones operativa + pericias y armas + logística suelen acelerar ascensos; funciona como pasarela a gestión pública (seguridad/justicia).

El derrotero que reconstruimos para la ciudad planificada—con el Regimiento de Infantería 7 (1917) en el casco, el BIM 3 (1940) en el corredor portuario, el Ministerio de Seguridad en 2/3 y 51/53, y la escuela policial que

va de la estación y Tolosa al Parque Pereyra—puede leerse con lentes que la historiografía argentina ya afiló. En el lado policial, las preguntas de Osvaldo Barreneche sobre profesionalización, burocratización y control del orden permiten entender por qué el paso de "oficio" a "profesión" exige archivos, sumarios, reglamentos y una pedagogía del procedimiento. En el lado militar, las indagaciones de Germán Soprano sobre formación de cuadros, escuelas de Estado Mayor y tecnificación del mando habilitan a leer el Reg. 7 y el BIM 3 como instituciones-escuela que convierten disciplina en autoridad y cursos en carrera.

Una policía que aprende a hablar "Estado"

Barreneche mostró que la policía bonaerense ingresa temprano al idioma de la administración moderna: legajos, calificaciones, sumarios, partes y, crucialmente, pericias que hacen legible la verdad policial para jueces y otras burocracias. La secuencia platense encaja en ese guion: tras los ensayos fallidos de 1891, 1907 y 1908, la escuela que se estabiliza en 1911 y, ya en clave contemporánea, la "Juan Vucetich" que arranca en 1941, se masifica con ingresos 1945–46, introduce mujeres en 1947 y se "campusifica" en 1960 (Parque Pereyra), apunta a un mismo fin: producir procedimientos estables. Que en 1976 el plan obtenga validez nacional (título de Bachiller Especializado Policial, desde 1977) no es un gesto formal: es el anclaje educativo de un proceso que Barreneche identifica—para otros tramos de la historia—como pasaje de fuerza de calle a organización documentada.

Desde ese marco, la incorporación de la dactiloscopía como firma simbólica (nombrar a Vucetich a la escuela en 1947) es algo más que homenaje: señala el lugar de la pericia en la legitimidad policial. Las "ventanas" que vimos (1914–30, 1943–55, 1955–72) reordenan, precisamente, qué pericias cuentan: primero la gramática administrativa (reglamentos, legajos); luego la expansión de servicios (escuelas, unidades, brigadas); por último, la tecnificación (criminalística, comunicaciones) y la validación educativa. En

términos barrenechianos: la legibilidad burocrática y la internalización de reglas son la condición para que el uso de la fuerza sea gobernable y auditable.

Una ciudad-cuartel y ciudad-puerto que forman mando.

En espejo, las preguntas de Soprano sobre quién forma a quién en las Fuerzas Armadas—la sociología del oficial, los circuitos de escuela (Colegio Militar, Escuela Naval, Infantería de Marina), los cursos de perfeccionamiento—iluminan el papel del Regimiento 7 y el BIM 3 como piezas de un circuito nacional anclado en la capital–Ensenada. El Reg. 7 introduce en la trama urbana una gramática de Estado Mayor (orden escrita, plan de operaciones, logística), mientras que el BIM 3 añade la dimensión anfibia y la seguridad de instalaciones críticas. Siguiendo a Soprano, la carrera no es solo "antigüedad + destino": es antigüedad + cursos + destinos evaluados. Nuestra evidencia local lo confirma: el curso convierte reputación en aptitud de mando, el destino difícil (operativos, emergencias) en capital reputacional, y la docencia militar (instructor, jefe de curso) en autoridad transversal.

Primero, el territorio como tablero. El eje fundacional y sus bocas de salida —Puerto la urbe–Ensenada, estaciones ferroviarias, rutas nuevas— se vuelven puntos de control y de logística. La Prefectura asegura muelles y depósitos; el regimiento de la guarnición consolida su papel en movilización y resguardo; la policía provincial densifica comisarías, tranqueras administrativas y archivos. La ciudad aprende a encuadernar el espacio: planos de patrullaje, zonas, horarios, relevos.

Segundo, la oficina como arma. El "profesionalismo" ya no es solo disciplina de cuartel: pasa por escuelas, cursos, manuales y calificaciones periódicas. La identificación dactiloscópica, los primeros laboratorios de pericias y la motorización incipiente con radio enlazan calle y archivo. Lo que antes eran destrezas dispersas se vuelve método: partes diarios comparables, sumarios con requisitos, estadísticas regulares. La universidad cercana provee

pericias y lenguajes (química legal, medicina forense, topografía), y esa circulación de saberes ancla una burocracia que aprende a probar lo que hace.

Tercero, el "orden" como negociación. En plena década infame, la seguridad es también política social: mediaciones con sindicatos y comercios, comisiones de abastecimiento, vigilancia de precios y colas, control de espectáculos y circulación nocturna. Allí se forman cuadros capaces de mezclar disuasión y trámite, sello y calle. La Iglesia expande ligas y sociabilidades que amortiguan tensiones; las intendencias buscan acomodar veredas, horarios, ferias. La ciudad universitaria ensaya un orden administrativo de proximidad: menos épica, más rutina documentada.

Cuarto, continuidad bajo cambio de signo. Cuando irrumpe 1943, el andamiaje está montado: escuelas en marcha, manuales vigentes, circuitos de información y cadenas de mando probadas. Por eso 1943–1955 puede "apilar" más rápido —densificación de cuadros, integración logística—, y 1955–1972 tecnificar sin volver a inventar la base —comunicaciones, sanidad, pericias—. Dicho con Soprano: lo que se fija entre 1930 y 1943 es un habitus burocrático–técnico que permite que la institución "pase de gobierno en gobierno" sin perder su gramática.

1914–1930: se consolidan reglamentos, calificaciones y una moral del expediente en clave urbana.

1930–1943: se encadena territorio–oficina–negociación; archivo y patrulla se vuelven dos caras del mismo oficio; la escuela homologa destrezas.

1943–1955: ya con base, crecen planteles, enlaces y logística; la guarnición local se inserta en tramas nacionales más densas.

1955–1972: la tecnificación sectorial (comunicaciones, pericias, sanidad, penitenciario) dialoga con una policía que se profesionaliza en clave de servicios.

El saldo es nítido: sin la década 1930–1943 no se entiende por qué las instituciones platenses de seguridad y defensa resisten la rotación de coyunturas. Es allí donde la ciudad aprende a gobernar por procedimientos: patrullar con mapa, registrar con serie, ascender con curso y evaluación. Lo demás —expansión de cuadros y salto tecnológico— llega después, pero pisa ese piso.

Donde se encuentran: el "mando legible"

El cruce Barreneche–Soprano ayuda a nombrar la conversión del mérito que observamos en la capital bonaerense:

> Curso → Mando (Soprano) y Sumario/Pericia → Legitimidad (Barreneche).
>
> Legajo limpio (conducta, calificaciones) + Estadística de resultados (esclarecimientos, tiempos de respuesta, incidentes) = Autoridad auditable.
>
> Docencia (escuela policial, colegios militares/navales) = Multiplicación de capital vía norma escrita (planes, manuales, programas).

En el plano urbano, esos mecanismos se encarnan en una coreografía: el Ministerio (2 y 3/51 y 53) traduce operación en política; el Reg. 7 (19/20 entre 50–54) traduce adiestramiento en disponibilidad; el BIM 3 traduce técnica en protección de infraestructuras. La escuela Vucetich—con internados, calendario, validación educativa—traduce oficio en crédito escolar. Ese es, en el fondo, el punto de encuentro entre ambos autores: sin instituciones que escriban lo que hacen, no hay fuerza que pueda coordinar—ni rendir cuentas.

Género, aperturas y límites

Barreneche mostró cómo las reformas policiales abren y cierran ventanas de inclusión; nuestra serie local añade un hito: 1947 (primera Brigada Femenina

del país). Como suele ocurrir, la pericia técnica (dactiloscopía, archivo, atención) fue palanca de ascenso femenino donde la cadena de mando era rígida. Del lado militar, el período estudiado mantiene la presencia femenina muy baja; cuando aparece, lo hace en sanidad y docencia. En ambos campos, la evaluación escrita (plan, pericia, curso) atenúa techos; la sociabilidad cerrada (círculos, camaraderías) tiende a reproducirlos.

Hipótesis comparativas (derivadas)

Hipótesis de la legibilidad cruzada. Las carreras policiales que ganan pericia pericial-documental (al estilo Vucetich) tienden a estabilizarse mejor en el Ministerio; las militares con docencia/cursos (Soprano) transitan más fluido hacia estados mayores.

Hipótesis de ventana institucional. Los años 1943–55 son la ventana de expansión de planteles y escuelas; 1955–72 es la ventana de tecnificación y escolarización del mérito (validaciones educativas, especialidades).

Hipótesis de género por pericia. Donde el rendimiento se escribe (pericia, plan, curso), las mujeres acortan tiempos de ascenso relativo respecto de áreas puramente operativas.

Qué añade el caso la capital provincial a la literatura

A la pregunta de Barreneche por cómo se vuelve profesional la policía, la ciudad aporta una secuencia espacial (estación → Tolosa → Parque Pereyra) que muestra infraestructura formativa como condición del cambio organizativo.

A la pregunta de Soprano por cómo se produce mando, el anclaje urbano (Reg. 7 y BIM 3 en un radio corto) permite observar cooperaciones con ministerios, justicia, salud y municipios: el mando se enseña y se comparte.

En ambos casos, el reconocimiento educativo de 1976/77 en la escuela policial es un hito comparativo: la convergencia de méritos burocrático-policiales y escolares que los dos enfoques—desde distintos campos—consideran condición de modernización.

Leer la urbe platense con Barreneche y Soprano nos permite poner en relación dos gramáticas del Estado—la policial y la militar—que en esta ciudad conviven pared de por medio. Si el mérito es convertir la fuerza en servicio, el caso platense muestra cómo se logra: escribiendo (pericias, planes), enseñando (escuelas, cursos) y coordinando (ministerio, regimiento, base). Allí se decide si la seguridad es músculo o institución. En las décadas que miramos, la balanza se inclina—cuando se inclina—por lo segundo.

Ventanas de época (qué reordenan)

1914–1930. Profesionalización administrativa: reglamentos, calificaciones, manuales. El Reg. 7 (1917) convierte a la ciudad planificada en ciudad-cuartel; la policía local adopta procedimientos modernos y consolida bomberos y tránsito.

1930–1943, es una década de bisagra: crisis, reacomodo estatal y salto organizativo. El corpus analizado contiene tres sesgos y, a la vez, hay cuatro procesos que reponen su importancia.

Por qué se "invisibiliza" en el repertorio

Sesgo prosopográfico: los perfiles de seguridad suelen "aparecer" recién cuando alcanzan cúpulas (después de 1943). La década previa queda bajo el agua de expedientes, no de fichas.

Baja publicitación profesional: policías, penitenciarios y cuadros de defensa acumulan mérito en legajos y boletines internos, menos en vitrina pública (a diferencia de justicia, universidad o cultura).

Trayectorias que cruzan períodos: muchos ascensos 1943–55 se gestan en cursos, reglamentos y prácticas instaladas entre 1930–43; si solo miramos la consagración, perdemos el despegue.

Lo que pasa (y por qué importa)

Profesionalización operativa: motorizar patrullas, introducir radiocomunicaciones, consolidar academias y protocolos periciales. La capital—capital provincial—es laboratorio: allí maduran reglamentos, escalafones y "escuela de procedimiento".

Reforma penitenciaria en clave moderna: a fines de los treinta se inaugura el complejo de Olmos, que condensa nueva arquitectura de custodia, trabajo y registro. No es un edificio: es un régimen documental y de gestión.

Articulación con justicia y salud: medicina legal, identificación y archivos criminales se estandarizan; se estrecha la bisagra con tribunales y hospitales, preparando el "Estado probatorio" que dominará el '43–'55.

Marco nacional en expansión: en el país se crean o robustecen fuerzas de frontera y mar (pivote de 1938 en adelante). Ese clima organiza doctrina, compras y cuadros que aterrizan en la provincia.

Si consideramos todo esto, podemos proponer una periodización de cuatro tramos para el grupo:

1914–1930 | Armado institucional: identificación, primeros gabinetes técnicos, normativas básicas.

1930–1943 | Expansión y profesionalización: academias, comunicaciones, patrullaje motorizado, nueva planta penitenciaria, reglamentos de procedimiento.

1943–1955 | Integración y militarización parcial: cadenas de mando más verticales, mayor peso del "orden público" y expansión de servicios técnicos.

1955–1972 | Doctrina de seguridad interna + tecnificación: planeamiento, inteligencia administrativa, consolidación de pericias y logística.

Qué mirar (indicadores y rastros)

Formación: cohortes de cadetes, planes de estudio, reglamentos disciplinarios.

Técnica y logística: radios, flota, parques de armamento y transporte, cronogramas de guardia.

Pericia probatoria: manuales de escena del hecho, series de fichas dactiloscópicas y de laboratorio.

Penitenciario: capacidad, reglamentos de trabajo, partes de conducta, sanitarios y talleres.

Articulación interinstitucional: circulares con justicia y salud, convenios, memorias ministeriales.

Lectura de conjunto (en tu clave)

Sin 1930–1943, la curva de seguridad y defensa parece arrancar "de golpe" en 1943. Con esa década en su lugar, se ve el movimiento real: de la policía decimonónica de linterna y libreta a la organización de radio, registro y reglamento; del presidio viejo a la prisión racionalizada; del azar al protocolo. Es el mismo pasaje que viste en justicia, obras públicas o cultura: del acto a la norma, y de la norma a la capacidad de mando. Ahí, precisamente, está el valor de reponerla.

1943–1955. Reforzamiento institucional del campo coercitivo: expansión de escuelas, cuadros y logística; BIM 3 (1940) hace de La Plata–Ensenada un espacio anfibio/industrial. Suben los premios por cursos y aptitudes técnicas; aparecen pasarelas a conducción civil (seguridad/defensa civil).

1955–1972. "Tecnificación" y centralización: criminalística, comunicaciones, movilidad, inteligencia administrativa; mayor coordinación con Justicia (sumarios, pericias) y Salud (sanidad policial, penitenciaria). El mérito se documenta en legajos y estadísticas, gana peso la formación post-básica.

Género: presencia acotada, autoridad tácita

Hasta comienzos de los '70, el sector es marcadamente masculino. Las mujeres aparecen en:

Policía: administración, atención al público, salud, dactiloscopía y archivo; más tarde, tránsito.

Penitenciario: unidades y áreas de mujeres, salud y tratamiento; allí su autoridad efectiva supera su visibilidad formal.

Militar/Marina: presencia muy reducida en el período de estudio; cuando aparecen, lo hacen en sanidad y docencia.

A diferencia de la universidad, donde el documento y el concurso abren grietas al techo de cristal, aquí el legajo y la cadena de mando conservan barreras; se atenúan en áreas técnicas (pericias, sanidad) donde el rendimiento es evaluable y transferible.

Mecanismos de conversión del mérito (qué hace "subir")

Curso → Mando. Certificaciones (tiro, pericias, estado mayor, logística) convierten antigüedad en aptitud de conducción.

Destino difícil → Reputación. Fronteras, grandes operativos, incendios complejos, motines; puntúan para ascensos.

Legajo limpio → Confiabilidad. Sin sumarios graves, con calificaciones altas y iniciativas (manuales, mejoras de servicio).

Resultados → Estadística. En policía, esclarecimientos y reducción de delitos; en penitenciario, incidentes y programas; en bomberos, tiempos de respuesta.

Docencia → Multiplicación de capital. Instructores y directivos de escuelas convierten experiencia en norma (planes, manuales), ganando autoridad transversal.

Cuellos de botella. Rotación política de cúpulas; ascensos "administrativos" sin correlato de formación; castigos de carrera por sumarios aun menores.

Desvíos útiles. Pasajes a docencia y áreas técnicas, donde el mérito se escribe (manuales, protocolos) y circula más allá del destino.

Escenarios y redes urbanas

Casco urbano. Cuarteles del Reg. 7 (desde 1917); Jefatura y direcciones policiales; Bomberos y tránsito; escuelas y oficinas del SPB; proximidad a Tribunales y Hospitales (pericias).

Ensenada/Río Santiago. BIM 3 (desde 1940); astilleros/logística; coordinación con puerto y servicios.

Anillo barrial. Comisarías, destacamentos, unidades penitenciarias en el área ampliada; defensa civil y emergencias municipales.

Estas piezas conectan con la UNLP (ingenierías, química, medicina legal), la Justicia (sumarios, pericias), Obras Públicas (logística/infraestructura) y Medios (relato de operativos), produciendo una ciudad-sistema de seguridad.

Indicadores para leer en el Quién es Quién

Encabezados a rastrear: "Oficial del Ejército/Armada/Infantería de Marina", "Comisario/Inspector/Jefe de Policía/Bomberos", "Servicio Penitenciario", "Perito/Criminalística", "Docente de escuela de...".

Campos útiles: fechas de ingreso/ascenso, cursos, destinos, condecoraciones, participación en escuelas.

Cohortes: G1–G2 (≤1931) y G3 (1932–1956 aprox.), para observar expansiones 1917 y 1940 y la tecnificación 1955–72.

La urbe es capital administrativa y plataforma operativa. El Regimiento 7 (1917) y el BIM 3 (1940) anclan circuitos nacionales en la trama provincial (policía y penitenciario). En ese triángulo se forja un tipo de mérito no literario: legajo + curso + destino. Cuando este mérito se escribe en manuales, planes y estadísticas, las carreras trascienden el destino y se proyectan a conducción, docencia y coordinación interinstitucional. Donde la evaluación depende solo de sociabilidad y coyuntura, el sistema se cierra. El aprendizaje urbano es claro: institucionalizar cursos, protocolos e indicadores —y protegerlos de la rotación política— es la condición para que la seguridad sea, antes que fuerza, servicio profesional.

El mapa muestra: pre-1930 — marcador circular: Regimiento de Infantería 7 (1917) dentro del casco urbano. 1930–55 — marcadores cuadrados/triángulo: Escuela policial 1941–44 (referencia "frente a la estación", sector Este del casco). BIM 3 (1940) ubicado hacia el corredor

portuario Ensenada/Río Santiago (noreste del partido). 1955–72 — marcador rombo: Escuela policial en Parque Pereyra (1960), señalada hacia el NE del partido. Nodo de gobierno — marcador "x": Ministerio de Seguridad (calles 2/3 entre 51/53), como punto de coordinación. Nota: las ubicaciones son aproximadas sobre la imagen (no georreferenciadas).

Este capítulo no pretende clausurar preguntas, sino abrir un campo de trabajo. El mapa que propusimos —Ministerio, Regimiento 7, BIM 3; escuelas, cursos, legajos, destinos— es una hipótesis ordenadora, no una verdad final. Trabajamos con fragmentos (biografías del Quién es Quién, cronologías institucionales, relatos de época) que permiten ver patrones de mérito y ascenso; pero toda regularidad es provisional y espera ser discutida con nuevos archivos, otras escalas y voces que no alcanzamos a oír (personal subalterno, familias, vecindarios, mujeres en puestos invisibles).

Sugerimos, además, leer las trayectorias a la luz de los regímenes políticos. Los golpes de 1930, 1943, 1955 y 1966, y los interludios republicanos, reconfiguraron de modo muy distinto a cada institución: selección de cuadros, doctrinas de formación, rangos y sanciones, traslados, aperturas y clausuras de escuelas. Hubo momentos de militarización del orden y otros de civilización de la gestión; hubo purgas y promociones que alteraron carreras y memorias. Si algo enseña el caso platense es que la "carrera" no es una línea recta: se la escribe —y a veces se la borra— en el cruce entre regla interna y coyuntura política.

Metodológicamente, el "pipeline" que usamos (entrada–tramo medio–consagración) sirve para comparar; no para encerrar biografías. Invitamos a futuros investigadores a contrastarlo con sumarios administrativos, órdenes del día, partes operativos, prensa local, archivos judiciales, correspondencia familiar, testimonios orales y archivos parroquiales. También a ampliar la cartografía: comisarías por barrio, juzgados, hospitales, Defensa Civil, y su variación por oleadas (pre-1930 / 1930–55 / 1955–72). La dimensión de

género —desde la "Brigada Femenina" (1947) a los circuitos de tareas "de apoyo"— merece una agenda específica.

Quedan, por último, preguntas de ciudad. ¿Cómo cambió el oficio cuando el Ministerio pasó a coordinar con mapas y estadísticas? ¿Qué aprendieron —o dejaron de aprender— quienes hicieron guardias en el casco, custodiaron el puerto o se formaron en el Parque Pereyra? ¿De qué manera el eje fundacional (palacios civiles, templos, cuarteles) afectó la experiencia del mando y la memoria barrial? Explorar esas conexiones con Ensenada y Berisso, con la Nación y con doctrinas internacionales, puede volver más densa la historia.

En 1972, aquellos platenses que se reconocían en sus biografías —militares, marinos, policías, penitenciarios— lo hacían al calor de una ciudad que ya había atravesado varias mutaciones políticas. Este capítulo sólo propone un modo de leer esas vidas: como itinerarios que convierten prácticas en regla y regla en gobierno, a veces con orgullo, otras con heridas. Que el lector tome estas páginas como punto de partida, no de llegada; y que la investigación por venir —más archivos, más voces, más mapas— vuelva discutible todo lo que aquí parece firme. Esa es, acaso, la mejor forma de honrar la historia de quienes hicieron, y habitaron, estas instituciones.

En ciudad capital de la Provincia de Buenos Aires, las fuerzas de seguridad no fueron un telón de fondo sino un operador cotidiano de la vida urbana. Entre 1914 y 1972 articularon orden público, burocracia y escena ciudadana: lo que ocurría en teatros, estadios, aulas, parroquias y calles pasaba, de un modo u otro, por sus permisos, partes e inspecciones. Esa trama, hecha de reglamentos y de prácticas, ayuda a entender por qué el ocio platense fue un ocio regulado y por qué la ciudad aprendió pronto a hablar el idioma del expediente.

1914–1930 fijó el repertorio. La Jefatura de Policía operó como bisagra entre municipio y asociaciones: horarios de veladas, bailes, carnavales;

controles de aforo; cortes de tránsito para procesiones y actos escolares. En paralelo, el Regimiento 7 de Infantería aportó el tono ceremonial y la presencia simbólica del Estado nacional (guardias de honor, bandas militares, desfiles), reforzando la idea de ciudad–capital con rituales y una visibilidad que excedía lo estrictamente castrense. El registro —partes diarios, actas, memorias municipales— empezó a producir un archivo que estandarizaba qué era una "actividad correcta" en el espacio público.

1930–1943 consolidó esa lógica bajo la impronta de la normalización por papeles. La ciudad multiplicó permisos y licencias; la policía fue administradora del tiempo urbano (qué, dónde y cuándo), mientras el 7 de Infantería actuó como marco de autoridad simbólica en conmemoraciones y coyunturas sensibles. El crecimiento de parroquias y salones parroquiales añadió escenarios de cultura y asistencia; y allí también se aplicaron criterios de orden y trazabilidad: funciones "apto escuelas", horarios, rutas de procesiones, inspecciones de seguridad. En los mismos años, la reorganización penitenciaria provincial puso bases para un servicio especializado, con dirección y reglamentos que conectaron cárceles, juzgados y ministerios: el papel (balance, inventario, legajo) como garantía de continuidad.

1943–1955 llevó esa matriz al plano social. Con la expansión de bibliotecas, museos, clubes y escuelas, la policía debió programar con la ciudad: operativos para públicos masivos, estadísticas de eventos, coordinación con radio y prensa para informar desvíos y campañas (salud, infancia, trabajo). En paralelo, el Servicio Penitenciario ganó estructura técnica y criterios de gestión (edilicia, sanitaria, educativa), y el 7 de Infantería mantuvo su papel ceremonial en una urbe donde la política tensó la calle —y obligó a perfeccionar dispositivos de mediación.

1955–1972 cerró el ciclo con profesionalización. La Jefatura incorporó protocolos técnicos (tránsito, comunicaciones, criminalística), manuales de procedimiento y formación específica; el SPB consolidó estándares

(seguridad, higiene, trabajo y educación intramuros) y una cultura de indicadores; el Regimiento 7, ya conmemorativo y formativo, siguió anclando la dimensión estatal en fechas y espacios clave. En todos los casos, la legibilidad fue central: órdenes del día, boletines, resoluciones, listados de servicios. La ciudad aprendió a reconocer la autoridad por su archivo.

Mirado en perspectiva, el hilo conductor es claro:

1. Permiso y calendario (1914–30): la fuerza como garante de la sociabilidad cívica.

2. Ocio regulado y parroquia–escuela (1930–43): más escenarios, más papeles, más previsión.

3. Gestión por públicos (1943–55): coordinación multiagencia y medición de coberturas.

4. Estándares y técnica (1955–72): profesionalización, indicadores y memoria institucional.

Este arco explica por qué, en La Plata, policía, regimiento y penitenciaría no fueron actores aislados: cosieron la ciudad junto con la escuela, la universidad, la prensa y la red parroquial. Donde hubo temporada cultural, hubo plan de servicio; donde hubo construcción de iglesias y colegios, hubo protocolos y habilitaciones; donde hubo crisis o multitudes, hubo coordinación y parte. Ese entrelazamiento dejó una enseñanza para el resto del libro: la ciudad moderna se sostiene en prácticas visibles y comparables, y las fuerzas de seguridad fueron una de sus máquinas de visibilidad. Con sus claroscuros, son parte del dispositivo que volvió gobernable —y narrable— el siglo urbano platense.

Capítulo 10

Lo que cuentan (y callan) los censos: 1912–1914–1947 en la ciudad universitaria, Ensenada y Berisso

1) Medir para dirigir: el Censo de Industria y Comercio de La Plata (1912)

El relevamiento industrial–comercial de 1912 nace menos como espejo "neutro" de la realidad que como instrumento de gobierno para torcerla. Es una operación de Estado provincial —en el contexto del centenario— que arma un diagnóstico y, a la vez, pauta un horizonte: "promover y radicar nuevas industrias", disputando la lectura cómoda de que el crecimiento llegaría por derrame espontáneo del mercado. La propia pieza censal explicita las tensiones entre iniciativa privada, facilidades públicas y resultados pobres, a pesar de una conectividad feroz (Ferrocarriles del Sud, del Oeste, Midland, y línea provincial al Meridiano V; conexión del puerto con vías fluviales y ultramar). Es estadística con programa: identificar trabas, publicitar ventajas y atraer capital fabril hacia la capital provincial y su hinterland inmediato.

Que el instrumento mire conectividad y localización no es casual: el objetivo es transformar el damero en plataforma productiva, plegando ciudad y puerto al circuito atlántico. En esa clave, el 1912 no sólo "cuenta" talleres y ramos; delimita corredores (ferro–portuarios) como política de

industrialización, anticipando la fisonomía fabril–logística que, en la década siguiente, consolidarán frigoríficos y la destilería de YPF en la zona.

Lo que muestra: infraestructura, ramos, promesas de radicación, y un mapa de ventajas comparativas.

Lo que evita nombrar: la precariedad obrera y los microemprendimientos domésticos que no encajan en la taxonomía "fábrica/comercio", así como los conflictos políticos que el propio informe reconoce en sordina entre administración saliente y entrante.

2) La bisagra urbana y el álbum nacional: el Censo Nacional de 1914

El 1914 certifica el salto argentino a mayoría urbana (52,7% del total): una bisagra con implicancias directas para el triángulo la capital bonaerense–Ensenada–Berisso. No es un dato local, pero sí un marco que explica la densificación de oficios y servicios urbanos que nuestro libro reconstruye para el largo ciclo 1914–1930.

Ahora bien, el modo de mirar también produce sombras. Un pie de página repetido advierte que el censo no informa la población de pueblos menores a 2.000 habitantes. El efecto en nuestra región es nítido: la estadística perfila los grandes núcleos y deja fuera la constelación de villas y parajes de borde —precisamente donde se cuecen habitaciones obreras, loteos irregulares y espacios de transición campo–ciudad. La capital provincial aparece como centro, pero la propia técnica reconoce que "incluye Tolosa y Los Hornos", avisando que la unidad urbana desborda el cascarón fundacional hacia áreas de trabajo y residencia populares.

La edición del 1914, además, hace política con imágenes: entre los fotograbados figura el Frigorífico la ciudad, junto a vistas del Riachuelo y otros emblemas. Es un "álbum de nación" que celebra la inserción atlántica

a través de puertos y carnes, y que encuadra a nuestra zona como vitrina de modernidad exportadora más que como tejido social complejo.

Lo que muestra: composición por nacionalidad, sexos y grandes centros; una ciudad que ya no puede pensarse sin su periferia integrada (Tolosa, Los Hornos).

Lo que evita nombrar: el anillo subcensal y sus sociabilidades (conventillos, sociedades de socorro, clubes barriales) que nuestro libro documenta como motor de "ciudad laboratorio".

3) Madurez urbano–estatal y diversificación: el Censo de 1947

Bajo un Estado ampliado, el 1947 afina la lupa sectorial y registra la centralidad de servicios y de las actividades estatales en la estructura ocupacional. A escala país —pero con resonancia directa en un polo administrativo–universitario y portuario como la urbe platense–Ensenada–Berisso—, los servicios duplican su peso y las funciones públicas alcanzan proporciones altas del empleo urbano. Los rubros ligados a transportes aéreos, marítimos, fluviales y servicios portuarios también quedan destacados, lo que encaja con la lógica logística y frigorífica de la ribera berissense y ensenadense.

La clasificación industrial de 1947 muestra, además, ramas como textil, metalurgia, gráfica y química: un menú coherente con una capital provincial con universidad, administración y talleres, vecina de un cordón fabril–portuario. Pero el propio cuadro nacional deja ver categorías "desconocidas" (industria/actividad), verdaderos cajones de sastre que revelan límites del dispositivo estadístico para capturar trabajos informales, polirrubro o intermitentes.

Un aporte clave del 1947 —para nuestra lectura territorial— es la identificación simultánea de centros del mismo partido: la ciudad planificada

como núcleo y, a la vez, Berisso, Ensenada y City Bell como centros listados, dibujando en la propia tabla la conurbación funcional que el trabajo de campo confirma (frigoríficos, destilería, talleres, quintas y universidad). El pie de página que "incluye Tolosa y Los Hornos" en la entrada platense blanquea esa unidad expandida.

Lo que muestra: un paisaje laboral terciarizado, estatalizado y con fuerte soporte logístico–portuario; el mosaico de centros en un mismo partido.

Lo que evita nombrar: la politicidad de esos empleos (sindicalización, mediaciones peronistas) y la conflictividad cotidiana del cinturón fabril, que nuestra investigación reconstruye a partir de prensa, memorias y sociabilidades barriales.

4) Del instrumento a la escena: diálogo con esta obra.

Las tres mediciones, leídas en serie, permiten una relectura de la secuencia migrantes → platenses:

1912 instala la racionalidad de los corredores (ferro–puerto) y un ideario de radicación fabril; funda la retórica de "oportunidad" para la capital provincial.

1914 certifica la urbanización como condición nacional y consolida a la capital como ciudad con periferias incorporadas, aunque borra del cuadro a los asentamientos sub–2.000: el anillo popular queda subrepresentado.

1947 muestra la madurez urbano–estatal y la diversificación de ramas y servicios en una conurbación reconocible (la urbe–Berisso–Ensenada–City Bell), exactamente el escenario social–cultural en que nuestro libro ubica las prácticas de ocio, mutualismo, clubes y una cultura popular que reconfigura el espacio público.

El hilo que proponemos —la ciudad como laboratorio de modernidad conflictuada, con "arterias" que son tranvías, vías y muelles— encuentra en los censos tanto confirmaciones como silencios. El puerto como gran arteria económica y la trama barrial como escena densa de sociabilidad no emergen de un sólo cuadro estadístico; se reconstruyen al cruzar estas matrices con crónicas, padrones, prensa y memorias.

5) Municipio, Provincia, Nación y Atlántico: una relación en cifras y omisiones

Los censos dejan ver la superposición de escalas:

El municipio aparece como gestor de servicios y suelo;

La provincia como estratega de conectividad y promoción (1912);

La Nación como gran clasificadora (1914) y, luego, como empleador/ordenador (1947).

Pero también codifican una razón atlántica: puertos, carnes, petróleo y transportes son los emblemas que el Estado elige visibilizar —hasta en las láminas— para narrar a la región como vitrina de modernidad exportadora. Esa elección estética y estadística empuja a los márgenes a las economías de subsistencia, los oficios "anfibios" y los barrios de borde que sostienen la reproducción social.

6) Método (y apuesta)

Tomados juntos, 1912–1914–1947 no cierran una historia: abren un método. Leer los censos como dispositivos (no sólo como "datos") permite poner en tensión su gramática con la escena que vemos en calles, talleres, muelles y clubes. Así, la serie estadística se enlaza con la cartografía viva de Una sociedad en la bruma II: de los corredores a los barrios, del puerto a la plaza,

de las vitrinas a los pasillos. Allí, en ese cruce, los números adquieren cuerpo y la ciudad —la ciudad universitaria con Ensenada y Berisso— deja de ser estampa para volverse proceso, un aprendizaje urbano que, entre relojes y mareas, sigue disputando su forma.

Algunas pistas de lectura en las fuentes habilita anexos útiles para investigaciones futuras:

Pie de página del 1947 sobre la no cobertura de pueblos <2.000 hab. y la inclusión de Tolosa/Los Hornos en "la capital bonaerense".

Cuadros del 1947 con estructura ocupacional por grandes ramas (servicios, Estado, transportes).

Índice del 1914 con el repertorio de variables y el "álbum" visual donde figura el Frigorífico la capital provincial (performatividad estatal de la modernidad atlántica).

Justificación y horizonte de política del Censo Industrial local de 1912 (radicación, conectividad, conflictos).

Capítulo 11

La ciudad en movimiento: una narración de trayectorias, oficios y escalas

Amanece sobre la cuadrícula y las diagonales. La ciudad se pone en marcha con un gesto coreografiado: se abren aulas y juzgados, se encienden tableros de obra, se pasan listas en hospitales, se suben persianas de comercios, se levantan telones, repican campanas, forman cadetes. No es una simple suma de lugares: es una máquina social donde cada oficio aprende a convertirse en autoridad, y donde la autoridad, si no se escribe y se comparte, se evapora. En esa trama —1914 a 1972— la identidad platense se construye como un ir y venir entre la proximidad municipal, la plataforma provincial y una corona nacional exigente. Lo que sigue no es un catálogo de sectores, sino una escena coral donde cada grupo cumple una función específica en la ciudad que se piensa a sí misma.

La fábrica de credenciales: educación y universidad

Todo comienza, casi siempre, en el aula. En los Normal 1, 2 y 3, en el Colegio Nacional, en los profesorados de Humanidades, en los institutos de la UNLP, un oficio se aprende y, sobre todo, se escribe: planes, programas, actas, memorias. Esa gramática del papel convierte la vocación en trazabilidad, y hace legible el mérito: no "dar clase" solamente, sino dejar un documento

que cualquiera pueda leer y evaluar. De allí saldrán los futuros inspectores y rectoras, pero también las bibliotecarias que custodian el patrimonio, las pedagogas que diseñan normas, las profesoras que disputan concursos en la universidad. La ciudad reconoce en la escuela, antes que en ningún sitio, su modo republicano de fabricar autoridad: por reglamento, por concurso, por escrito.

La regla que ordena: jurídico–estatal

A pocas cuadras, los abogados y abogadas traducen conflictos en dictámenes. Un expediente viaja de mesa en mesa, y el apellido pesa menos cuando el razonamiento queda fijado en papel. La entrada puede ser municipal —asesorías, faltas—, pero la consagración suele cuajar en la escala provincial: fiscalías, asesorías generales, direcciones jurídicas. La ciudad aprende aquí que el poder que dura no es el grito ni el contacto ocasional, sino la regla que se sostiene. En épocas de intervención, la balanza se inclina; en épocas de concursos, el dictamen vuelve a hablar por sí mismo. Ese vaivén deja marcas en biografías y en la memoria profesional de la ciudad.

La obra que se ve: ingeniería y arquitectura

La cuadrícula se materializa con pliegos y hormigón. Ingenieros y arquitectas pasan de la libreta de cómputos al código de edificación, del talud a la norma IRAM, del replanteo de un puente al plan director. En Vialidad, Hidráulica, Obras Sanitarias, la provincia es plataforma: allí se aprende a convertir rendimiento técnico en política (cronogramas, certificaciones, tarifas). El municipio funciona como laboratorio de urbanismo: tránsito, higiene, uso del suelo. El salto nacional, cuando sucede, consolida reputaciones gestadas en esas dos escalas. La ciudad reconoce en la obra pública un espejo: cuando el plan se ejecuta, el prestigio queda plantado en el paisaje.

La clínica que cuida: médico–sanitario

En los hospitales "ancla" —San Martín, Rossi, de Niños— la guardia instala su liturgia: pase de sala, ateneo, historia clínica. La residencia enseña un idioma práctico y una ética del tiempo (turnos, listas de espera). La consagración llega cuando la clínica se dobla en cátedra y sociedad científica: protocolos, guías, publicaciones, comités. Es la provincia la que estabiliza jefaturas y direcciones; el municipio, el que liga salud pública con barrio; la nación, el premio selectivo para quienes logran densidad de expertise. En esa coreografía, se abren pasarelas de ascenso femenino: laboratorio, odontología, docencia sanitaria; cuando práctica y escritura se combinan, el techo se corre.

El mercado que respira: empresarial–comercial y profesiones económicas

En las avenidas 7, 8 y, desde los '40, en 12, el consumo late. Contadores convierten libretas en balances auditados —legibles para banca y fisco—; escribanas y escribanos transforman acuerdos en escrituras que aseguran viviendas, locales y sociedades. Las cámaras empresarias, discretas y constantes, traducen demanda en ordenanza, gestionan líneas de crédito, negocian horarios y habilitaciones. Cuando el ciclo de crédito se acelera, suben las persianas; cuando se corta, el contador se vuelve seguro de cumplimiento. Allí se ve, con nitidez, cómo la capitalidad provincial hace más cortos los pasillos entre carpeta y firma.

La escena que narra: cultura, medios y patrimonio

En el Bosque, el Museo y la Biblioteca clasifican, catalogan, editan; en el microcentro, el Teatro Argentino y el Coliseo montan temporadas; en clubes, ateneos y sociedades de inmigrantes, los ciclos culturales sostienen públicos fieles. La ficha se vuelve catálogo; el programa, temporada; la crónica, agenda. Es el terreno donde el trabajo invisible —a menudo femenino— gana

peso: inventarios, guías, restauraciones. Y donde la prensa, más masculina, reparte jefaturas y columnas. Cuando la gestión adopta indicadores (función, público, presupuesto) el gusto privado se transforma en política cultural.

La contraparte confesional: parroquia, colegio, obra

San Ponciano y la Catedral recuerdan que la ciudad fue pensada, a la vez, republicana y católica. El anillo parroquial teje proximidad barrial; colegios y obras de salud y beneficencia convierten sacramentos en cobertura educativa y social. Aquí el mérito se mide menos por paper y más por regularidad y cuidado: matrícula, comedores, hogares, balances prolijos. Las superioras llevan en la práctica la dirección cotidiana de redes educativas y sanitarias; su autoridad, grande en los hechos, aparece menos en los organigramas civiles. Cuando convenio y registro se vuelven obligatorios, esa autoridad gana visibilidad pública.

El dispositivo de orden: fuerzas de seguridad y defensa

El Regimiento 7 en el casco, el BIM 3 hacia el puerto, la Escuela Vucetich en tránsito de estación a Parque Pereyra: la ciudad aprende a coordinar heterogeneidades. En este campo, el mérito se certifica en cursos, legajos y destinos. Las oleadas reordenan premiaciones: más planteles y logística con la expansión del Estado; más tecnificación y escolaridad del plan desde fines de los ’50. La “Brigada Femenina” en 1947 abre un carril por pericias técnicas y administrativas; el resto tarda en ceder.

Cómo cambian los premios: coyunturas y escalas

La ciudad no corre sola: la empujan los regímenes políticos. Las intervenciones de 1930 y 1943 reorganizan el mando legal y expanden obra y servicios; el ciclo 1946–55 recompensa gestión técnica (médicos administradores, ingenieras de redes, planificadores). El quiebre de 1955

revaloriza concursos y publicaciones; el período 1966–72 tecnocratiza servicios y planeamiento y tensiona educación y cultura. Cada giro redefine qué cuenta como mérito y quién evalúa.

Las escalas hacen de amplificador: el municipio es base y laboratorio; la provincia, plataforma de consagración (donde la pericia se vuelve norma y presupuesto); la nación, corona selectiva que nacionaliza algunos prestigios y deja otros como capital de proximidad. La identidad platense —hecha de sedes públicas, universidades, teatros, cuarteles, cámaras— es, al cabo, una gramática de traducciones: lo que se hace en la calle o en la sala se vuelve papel; lo que está en el papel se vuelve gobierno; y lo gobernado se vuelve paisaje.

Género: puertas laterales, techos visibles

Los accesos femeninos aparecen donde el mérito es documental y observable: educación, sanitario, bibliotecas y archivos, gestión cultural. También donde el proceso técnico —laboratorio, contabilidad, documentación— premia la constancia más que la sociabilidad cerrada. Persisten techos en magistraturas de tope, frentes de obra y cúpulas de cámaras; ceden cuando se alinean práctica + escritura + concurso. La identidad de ciudad universitaria deja, en ese rubro, un saldo ambivalente: abre puertas, pero demora coronas.

Qué nos enseñan las "pasarelas"

En todos los campos, el reconocimiento no sucede en soledad. Se pasa por colegios profesionales, sociedades científicas, cámaras, clubes, ateneos. No son adorno: son bisagras donde se negocian reglas, se prueban liderazgos, se construye repertorio de legitimación. Una trayectoria estable suele combinar tres piezas: el oficio (saber hacer), la documentación (dejar huella) y la pasarela (hacerse visible y útil para otros). Esa combinación es, quizá, la marca más fuerte de la identidad platense.

Dónde fallamos la mirada y qué queda por hacer

El Quién es Quién ilumina a quienes ya eran visibles en 1972. Quedan zonas en penumbra: interinatos, personal subalterno, voluntariados, trabajos estacionales, biografías que no entran en el molde de "firma" o institución. Para afinar la historia harían falta legajos, prensa local, anuarios universitarios, archivos judiciales y parroquiales, testimonios orales, y cartografías diacrónicas más finas (domicilios, sedes, duraciones). También medir con más precisión tiempos de ascenso, centralidades de red, pendularidades con Buenos Aires y otras ciudades.

Preguntas que la ciudad deja abiertas

¿Cambia primero el evaluador (jurados, juntas, auditorías) o el mérito que se le ofrece?

¿Cuánto pesa el apellido frente a la pericia escrita en cada ventana de época?

¿Qué costo temporal pagan las mujeres para llegar a la primera jefatura?

¿El núcleo intersectorial (universidad–Estado–empresa) es un club o un servicio?

¿Qué parte del prestigio local logra nacionalizarse y cuál queda anclada a la proximidad?

¿Puede el municipio fabricar poder sin romper la articulación provincial y nacional?

¿Identidad como traducción pública?

Si tuviéramos que condensar la identidad platense en una frase, diríamos: hacer público lo profesional y hacer profesional lo público. Convertir un caso

en guía, un replanteo en código, una clase en programa, una venta en balance, una pieza en catálogo, una obra en convenio, un destino en manual. La urbe platense aprendió —con avances y retrocesos— a vivir de esas traducciones. Ese aprendizaje no clausura la discusión: la abre. Lo que este libro ofrece es un modo de leer la ciudad en movimiento; que vengan nuevas manos a confirmarlo, refutarlo, ampliarlo. Porque la historia que mejor honra a sus protagonistas —esas y esos platenses que se reconocían en 1972— es la que permite ser reescrita cada vez que una práctica encuentra su regla y una regla encuentra, otra vez, su ciudad.

Capítulo 12.

La ciudad planificada, laboratorio de modernidad.

Si una ciudad podía condensar, a escala manejable, las tensiones y promesas de la modernización argentina, ésa fue la capital. Nació como operación estatal y financiera —una ciudad de papeles— y se volvió, paso a paso, una ciudad de oficios, normas y memorias. En su cuadrícula se superponen circuitos que rara vez miramos juntos: el ladrillo de la obra y la letra del reglamento; la guardia hospitalaria y la cátedra; la libreta de ventas y el balance; el catálogo de museo y la temporada; el sacramento y el convenio; el parte policial y el manual. Esa trama, vista a lo largo del siglo XIX tardío y el XX hasta comienzos de los setenta, ofrece algo más que historia local: proporciona un método para leer la formación de Estado, mercado y sociedad en la provincia de Buenos Aires y, por extensión, en la nación.

La regla de hierro: del hacer a la norma, y de la norma al gobierno

El recorrido de los grupos reconstruidos en este libro revela un mecanismo común. La autoridad no nace del acto aislado —un puente que no se cae, un servicio que responde, una función con sala llena—, sino de la conversión del acto en regla pública y, de allí, en capacidad de mando. En ingeniería y arquitectura, ese pasaje llevó de la obra al pliego y del pliego a la decisión. En sanidad, del caso al protocolo y del protocolo a la jefatura. En empresa

y comercio, de la libreta al balance y del balance al crédito y a la incidencia normativa. En cultura, del objeto al catálogo y del programa a la temporada. En el mundo eclesial, del sacramento y la asistencia a los convenios y estándares que sostienen escuelas y hogares. En seguridad y defensa, del reglamento a la interoperabilidad entre fuerzas, justicia y municipio. Cuando la práctica se vuelve evidencia, el mérito deja de ser rumor y se vuelve institución.

Periodos que no se sueldan sin fisuras

La periodización propuesta —y corregida a la luz de los "huecos" detectados— permite leer ritmos comunes:

1882–1914: Fundación, fiebre de loteos y ensamble inmigrante. La ciudad especulativa se convierte en ciudad administrativa y de servicios; surgen los primeros convertidores de mérito (cátedras, laboratorios, archivos, cámaras).

1914–1930: Consolidación técnico-administrativa. Se estabiliza el expediente como unidad moral del Estado y se fijan gramáticas profesionales (obra, salud, cultura, policía, curia). La ciudad aprende a "probar" lo que hace.

1930–1943: Bisagra de crisis y centralización. Con menos recursos y más control, la urbe refuerza su papel de taller del orden urbano y de la asistencia organizada: coordinación entre fuerzas, archivos criminales y sanitarios, parróquias y escuelas que se vuelven redes. Lo que después crecerá, aquí aprende a operar bajo tensión.

1943–1955: Expansión. Obra pública, empresas estatales y servicios sociales multiplican puestos de entrada y escalones intermedios. La consagración se acelera en frentes, guardias, direcciones de hospitales, comisiones de normas y cámaras tecnificadas.

1955–1972: Planes, redes y estándares. Se revalorizan urbanismo, energía, agua, higiene y cultura organizada; la autoridad migra del metro cúbico al indicador; la edición, el protocolo y el balance ganan poder político. La ciudad se integra a corrientes internacionales (métodos, equipos, repertorios) en un capitalismo que se globaliza con crisis recurrentes.

Este arco no borra las catástrofes que lo atravesaron. La poliomielitis de los cincuenta, por ejemplo, obligó a la ciudad a improvisar capacidades y a convertirlas —rápidamente— en protocolos y redes de atención. La trayectoria de Favaloro, del barrio del Mondongo al San Martín, de la ruralidad pampeana a la estandarización quirúrgica, y de allí de vuelta al país, es la forma biográfica de ese pasaje: el talento se vuelve autoridad cuando se escribe, se enseña y se replica.

Escalas que se acoplan (y se traban)

La ciudad universitaria no explica nada si se la mira encerrada en su ejido. Su especificidad es otra: capitalidad. La proximidad material a la provincia —ministerios, banca pública, compras, inspecciones— reduce la fricción entre carpeta y firma. Allí se acoplan las tres escalas que ordenan la modernización argentina: el municipio que habilita y cobra, la provincia que promueve y compra, la nación que regula impuestos, finanzas y comercio; y, por detrás, las conexiones internacionales que traen métodos, marcas y repertorios. Las cámaras —comercio, industria, construcción— y las sociedades —científicas, beneficencia, colectividades— son los goznes de ese mecanismo. La UNLP provee la gramática: convierte oficio en contabilidad, pericia en protocolo, caso en clase.

Espacios que enseñan: cartografía del trabajo público

El Bosque fabrica evidencia (piezas, fichas, catálogos); el microcentro construye visibilidad (temporadas, prensa, banca, ventanillas); las

sociedades y clubes sostienen trama (programas, públicos, financiamiento social); la periferia prueba alcance (extensión, bibliotecas populares, circuitos barriales). Cuando estas placas tectónicas se mueven juntas, la ciudad acumula memoria, servicio y escena; cuando se desajustan, aumenta el ruido y se pierde continuidad.

Género: dónde se agrietan los techos

Un patrón claro atraviesa capítulos distintos: donde manda el documento y la métrica, el techo se agrieta; donde manda la sociabilidad cerrada, persiste. Las trayectorias femeninas ganaron tracción en cultura documental (bibliotecas, museos, edición), sanidad técnica (laboratorios, docencia clínica), empresa formal (contaduría, notariado) y obras con estándares (pedagogía, enfermería). Quedan zonas duras en frentes de obra, direcciones de temporada y cúpulas de cámaras, pero la profesionalización creó bisagras nuevas: la "mesa de papeles" despersonaliza el poder y lo redistribuye.

Riesgos, defensas y la política de la legibilidad

Ningún engranaje funciona sin fricciones. Ciclos de crédito e inflación, shocks de público (cine, luego TV), politización de direcciones, regímenes de importación caprichosos, dependencia de pagos estatales: la lista es conocida. Las defensas que funcionaron —y que el libro recogió— son menos épicas que persistentes: diversificar ingresos, blindar protocolos técnicos, publicar indicadores, profesionalizar sin expulsar la sociabilidad, formar segundas líneas. En todos los campos, la misma conclusión: la legibilidad —balances, catálogos, normas, planes— es infraestructura de desarrollo, no burocracia. Sin papeles honestos, no hay crédito ni confianza; sin confianza, no hay escala.

Un sesgo que dice algo: quién aparece y quién no

El "Quién es Quién" privilegia ámbitos donde la reputación se escribe (Universidad, Justicia, Salud). Por eso el empresariado familiar y parte del mundo cultural aparecen menos: su prestigio circula por bancos, cámaras y taquillas. Lejos de ser un defecto del corpus, esta asimetría es un dato sociológico: muestra canales alternativos de legitimación y recuerda que toda prosopografía necesita dialogar con expedientes, balances, catálogos, planes y prensa.

La capital bonaerense como laboratorio de historia provincial y nacional

Vistas en conjunto, las trayectorias platenses iluminan preguntas mayores de la historia bonaerense y argentina:

¿Cómo se ensamblaron Estado y mercado para convertir ciudades de papel en ciudades gobernables?

¿Qué combinaciones de obra-regla-plan explican éxitos y fracasos sectoriales?

¿Dónde y cuándo la capitalidad fue ventaja —puerta corta entre trámite y decisión— y dónde fue camisa de fuerza?

¿Qué peso tuvieron las conexiones trasatlánticas y, luego, hemisféricas en la estandarización de prácticas (médicas, contables, culturales, policiales)?

¿Cómo se reordenaron roles de género a medida que la legitimidad migró de la sociabilidad al documento?

Estas preguntas exceden la capital provincial, pero la ciudad las vuelve observables.

Nuevas preguntas (y un programa de trabajo)

Series largas y comparadas. Extender las cronologías más allá de 1972 para medir el impacto de la crisis de los setenta, la dictadura, la reconversión democrática y la apertura/globalización de los noventa sobre los convertidores de mérito. Comparar la ciudad con Bahía Blanca, Mar del Plata, Rosario o Córdoba para distinguir qué es capitalidad y qué es puerto, industria o turismo.

Redes y circulaciones. Mapear biografías que cruzan universidad, Estado, empresa y sociedad civil; seguir "cadenas de traducción" (del laboratorio a la norma; de la cátedra al hospital; del catálogo a la tutela patrimonial; del balance al crédito y a la ordenanza).

Género y autoridad. Construir líneas de tiempo de acceso a cargos y autorías; ubicar quiebres (ingreso de especialistas, concursos abiertos, normalización de procesos) que movieron fronteras.

Crisis como reveladores. Profundizar en episodios que forzaron innovación —poliomielitis, inundaciones, shocks fiscales— y ver qué quedó institucionalizado y qué se perdió al normalizarse la coyuntura.

Escalas y gobernanza. Evaluar cómo se reparten hoy funciones entre municipio, provincia, nación y circuitos globales; y qué reformas de gobernanza podrían reducir fricción sin debilitar controles.

Economía moral de lo público. Seguir el rastro de "confianzas" compartidas: ¿qué papeles, rituales y foros sostienen la cooperación cuando los presupuestos flaquean o la política gira?

Epílogo: lo que una ciudad enseña

La urbe platense no fue —ni es— un escaparate. Fue, y sigue siendo, un laboratorio donde la sociedad bonaerense aprendió a convertir trabajo en institución. Las biografías aquí reunidas —ingenieros y arquitectas, clínicos y curadoras, contadores y escribanas, empresarios y militantes de sala, párrocos y superioras, policías y peritos— cuentan la misma lección con acentos distintos: sin obra no hay aprendizaje; sin norma no hay repetición; sin plan no hay sentido; sin instituciones no hay permanencia. La buena historia no se limita a narrar ese pasaje; identifica las bisagras que lo hacen posible y los puntos donde se traba.

Mirado desde hoy, el mensaje es exigente y simple: cuidar los convertidores de mérito —estándares contables y de gestión, protocolos sanitarios y patrimoniales, reglas de habilitación claras, concursos abiertos, series estadísticas públicas— es una política de desarrollo tanto como una política de memoria. Porque allí se decide quién accede a crédito, quién traduce su oficio en solvencia, quién convierte sensibilidad en programación, quién transforma cuidado en red y quién convierte ciencia en regla. Si la ciudad conserva esas bisagras —del objeto al catálogo, de la obra al pliego, del caso al protocolo, del programa a la temporada, del sacramento al convenio, del parte al procedimiento— seguirá ofreciendo algo más que pasado: ofrecerá método. Y un método, a diferencia de una nostalgia, sirve para pensar el porvenir.

La ciudad negociada: de migrantes a platenses entre el reloj estatal y el oleaje atlántico (1914–1972)

Abrir el telón (sin telones de fondo)

Si algo muestran estas páginas es que la ciudad planificada nunca fue una escena con "decorado fijo". Fue —y es— una maquinaria de traducción:

convierte llegadas en pertenencias, carreras en oficios públicos, gustos en repertorios compartidos. No hay esencia platense a descubrir intacta bajo el polvo: hay acuerdos inestables, disputas de sentido y una modernidad periférica que se escribe a muchas manos. El pasaje de migrantes a platenses no fue un rito mágico ni un decreto: fue una suma de prácticas reiteradas —la escuela, el trabajo, el barrio, la universidad, la oficina, la cofradía, el club— que, por acumulación, dibujaron una ciudadanía local dentro de matrices provinciales y nacionales, y bajo el pulso más amplio del Atlántico.

Este capítulo cierra el libro discutiendo varios relatos dominantes y proponiendo una lectura procesual, relacional y multinivel: la ciudad se hace en el entre —entre municipio, provincia y Nación; entre puerto, YPF y universidad; entre archivos, padrones y memorias—, y se reescribe al ritmo de redes atlánticas de bienes, técnicas e ideas.

2) Contra los atajos de la historiografía (cinco correcciones necesarias)

a) la capital no es copia, es recombinación.

El cliché de la "ciudad imitada" (París/Buenos Aires/filigrana neoclásica) oculta lo principal: la adopción local fue selectiva, condicionada por funciones administrativas, por flujos laborales y por la universidad. Bulevares, diagonales, estaciones y teatros importan como gramática; lo Platense surge al recombinar esa gramática con arreglos de barrio, calendarios de trabajo, sociabilidades de cátedra y oficios públicos.

b) No hubo "oligarquía" inmóvil; hubo movilidad y carrera.

La prosopografía —más allá de apellidos sonoros— revela itinerarios de ascenso por acreditación (normales, facultades), empleo estatal, mutuales y asociaciones profesionales. Antes que un bloque señorial inamovible, la ciudad muestra corredores de conversión (aula→oficina→tribunal;

taller→sindicato→concejo; laboratorio→cátedra→dirección) donde se consolidan prestigios y se estabilizan posiciones.

c) La identidad platense no es esencialista, es performativa.

Se hace en actos: guardapolvos, actos escolares, rituales cívicos, campeonatos, procesiones, graduaciones, exámenes, concursos, reglamentos. Cada práctica ensaya pertenencias; ninguna agota "lo platense". La identidad es un repertorio de escenas, no una sustancia.

d) El peronismo no fue paréntesis, fue estandarización.

Entre 1943 y 1955, la cultura pública pasa "del rito al servicio": bibliotecas, extensión, indicadores, profesionalización. Más que interrupción, fue aceleración de gramáticas ya incubadas: se fijan métricas (listas, padrones, estadísticas) y carreras (concursos, escalafones) que perduran en los 60/70. La discusión sobre "ruptura/continuidad" se vuelve menos fértil que la constatación de una densificación institucional.

e) El municipalismo no es administración menor; es pieza estratégica.

Lejos de ser un apéndice de la provincia, el municipio opera como traductor: baja normas, coordina servicios, negocia obras, arbitra conflictos de suelo y regula usos. Es la escala donde el Estado se vuelve costumbre (inspector, expediente, sello), y donde la política se hace próxima.

3) La máquina urbana: cómo la ciudad fabrica tiempo, lenguaje y expectativas

La ciudad impone tiempos comunes (campanas, timbres, sirenas; horarios ferroviarios; calendarios escolares) que reorganizan la vida cotidiana; instala lenguajes compartidos (alfabetización, disciplinas, tecnicismos administrativos); y produce expectativas (la promesa de carrera, el "mérito" verificable, el consumo urbano como horizonte). Esa tríada —tiempo/

lenguaje/expectativa— es la que convierte a los recién llegados en vecinos legibles y, con el tiempo, en platenses.

El tiempo, porque el reloj de fábrica, la mesa de examen y el turno administrativo sincronizan lo heterogéneo.

El lenguaje, porque la escuela, la UNLP y la prensa local fijan una gramática pública (formas de escribir, hablar, argumentar, pedir).

La expectativa, porque la ciudad ofrece una promesa creíble de movilidad a través de credenciales, concursos y redes.

El resultado es una sociedad de oficio (no de cuna), en la que los rituales de pasaje —título, empleo, casamiento, publicación, elección— importan más que los linajes. Esa es la "infraestructura del mérito" que hemos ido reconstruyendo: documentos, archivos, padrones, anuarios, directorios; papeles que convierten biografías en posiciones.

4) Migrantes → vecinos → platenses: anatomía de una transformación

El tránsito de migrantes a platenses no recorre una autopista recta. Tiene tres carriles:

Inserción material: vivienda (pieza, conventillo, lote periférico), trabajo (obra, ferrocarril, puerto, administración, comercio), transporte (tranvía, ómnibus, bicicleta).

Inserción cívica: escuela (hijos, luego nietos), servicio militar, clubes, cofradías, sindicatos, parroquias, sociedades de fomento.

Inserción simbólica: prensa local, fiestas, deportes, consumos culturales, toponimia afectiva (la plaza, "mi barrio", "la facu", "el puerto").

Ese triple encastre no borra diferencias (clase, género, origen, religión) pero les da forma pública. Las trayectorias levantadas en la base Quién es quién permiten ver cohortes (1914–30; 1930–43; 1943–55; 1955–72) y pasarelas (normal→docencia→inspección; taller→escuela técnica→empresa/YPF; abogacía→función judicial/legislativa; medicina→hospital/universidad). La identidad local se vuelve verificable en la repetición de esos pasos, más que en declaraciones de pertenencia.

5) Un Estado de muchas manos: municipio, provincia, Nación

Pensar la urbe obliga a desmontar la visión unitaria del Estado. Hay tres manos que escriben al mismo tiempo:

La mano municipal diseña el cotidiano: pavimento, alumbrado, higiene, obras menores, habilitaciones, mercados, espectáculos, cementerios, arbolado. Es el "rostro visible" que hace costumbre la norma.

La mano provincial organiza los grandes aparatos: educación común, justicia, policía, caminos, salud, registro civil; y administra carrera (concursos, escalafones, traslados).

La mano nacional fija los marcos y concentra la gran inversión (ferrocarriles, YPF, puertos, comunicaciones, previsión social, universidad según momentos).

La ciudad universitaria —capital administrativa— es bisagra: concentra trámites, reproduce ritos burocráticos y multiplica puestos de mediación (desde el empleado de mesa de entradas hasta el catedrático con sello). Ese "ecosistema de sellos y firmas" no es un mero costumbrismo: es estructura de oportunidades, porque define dónde se ingresa, cómo se asciende y quién arbitra.

6) Atlántico rioplatense: la ciudad conectada

La ciudad moderna se alimenta de redes. En nuestro caso, la red atlántica provee:

Bienes y técnicas: maquinaria, manuales, normas de seguridad, repertorios gastronómicos y de ocio.

Formas urbanas: estaciones, hoteles, teatros, bulevares, parques; y un vocabulario para nombrarlos.

Circulación de élites técnicas y profesionales: cátedras, congresos, becas, misiones, consultorías.

Mercados y finanzas: vínculos con cámaras, bancos, concesiones, contratistas (energía, acero, puertos).

Nada de esto convierte a la capital bonaerense en "copia de". La vuelve nodo: recibe, adapta, reenvía. El puerto/Ensenada, YPF y la UNLP son tres enchufes de esa red. De allí que la discusión sobre "dependencia" pierda filo cuando se observa el trabajo de recomposición local: lo importado llega como posibilidad, no como fatalidad; lo local responde con criterios (presupuesto, gremios, partidos, universidades, Iglesias, prensa).

7) El gran giro (1943–1955) y el cierre provisorio (1955–1972)

El libro mostró que entre 1943 y 1955 la cultura pública fue densamente estandarizada: expansión de servicios (bibliotecas, salas, museos), indicadores (listas, inventarios, estadísticas), profesionalización docente y cultural, y un estilo de gestión que convirtió "acto patriótico" en programa. Allí, el Estado deja de invocar virtudes y provee prestaciones. No es un cambio moral: es un cambio de instrumento (de rito a planilla).

Entre 1955 y 1972 se estabilizan carreras y patrimonios; maduran criterios técnicos y se consolidan matrices de evaluación (acreditaciones, jurados, revistas, concursos). Las tensiones políticas no borran la trama: la refuerzan en su carácter profesional. El resultado es una ciudad con reglas, legible para propios y extraños, donde "ser platense" significa saber habitar esos dispositivos.

8) Lo que nos enseñó la prosopografía (y por qué importa)

El trabajo con directorios, anuarios, prensa y archivos —y la estandarización en la base Quién es quién (1972)— no fue un apéndice metodológico: fue una postura epistemológica. Tres aprendizajes:

Medir no empobrece, orienta. Poner campos, códigos y fechas permitió ver continuidades invisibles y cortes reales, más allá de anécdotas y memorias parciales.

Las biografías son infraestructuras. Reunidas, muestran pasarelas (cómo se pasa de una institución a otra) y cuellos de botella (dónde se traba el ascenso).

El municipio aparece. En casi todas las trayectorias, el momento municipal (habilitación, licencia, comisión, contrato, banca) funciona como bautismo de lo público, incluso cuando la carrera luego se provincializa o nacionaliza.

Leídas así, las "vidas" no ilustran la historia: la constituyen. Y devuelven una imagen menos heroica pero más verdadera: la de una ciudad que aprende.

9) Una modernidad negociada

La capital provincial 1914–1972 es el resultado de una negociación persistente entre homogeneización estatal y diferenciación por redes. El municipio,

la provincia y la Nación no son capas superpuestas: son engranajes que se trancan y se impulsan; el Atlántico no es un espejo importado: es una marea que trae repertorios y demanda traducciones. De ese forcejeo no sale una identidad pura ni una dependencia mecánica: sale una ciudad capaz de convertir la diversidad en regla, el deseo en oficio y el rito en servicio.

Esa, creemos, es la novedad que este libro ofrece frente a los discursos dominantes: ni excepcionalismo provinciano, ni copia de capital; ni teleología modernizadora, ni nostalgia de un origen. Esta cartografía de la bruma muestra, más bien, cómo se arma una sociedad legible desde abajo y desde adentro: en los papeles, en los salones, en los talleres, en los púlpitos, en las aulas y en las veredas. Y propone, a la vez, una ética para el futuro: sostener la ciudad como espacio de traducción, donde nadie quede fuera del idioma común —ese que se aprende en la escuela, se discute en la universidad, se pelea en el barrio, se sanciona en la oficina y se canta en la tribuna.

Cerrar no es clausurar; es asumir la responsabilidad del oficio. Miraremos la ciudad por sus corredores —donde circulan cuerpos, oficios y conflictos— y no por sus vitrinas; por sus pasarelas —gastadas por el tránsito anónimo— y no por pedestales; por el compás de sus ritmos —turno, recreo, asamblea— y no por estampas domesticadas. En ese vaivén entre el reloj que disciplina y el oleaje que desordena, la ciudad no comparece como esencia sino como relación en movimiento: una ciudad que aprende. Ese es el método: rescatar la experiencia, deshacer fetiches, seguir la huella material de las prácticas. Lo demás —el cierre satisfecho— déjenselo a la Teoría con mayúscula. Aquí queda, abierta, la tarea.

Capítulo final.

La formación de la ciudad en movimiento: experiencia y economía moral de La Plata (1914–1972)

Si había una ciudad capaz de condensar, a escala manejable, las promesas y tensiones de la modernidad argentina, esa fue la capital bonaerense. Nació como operación estatal y financiera —una ciudad de papeles— y, con el correr de las décadas, se convirtió también en ciudad de oficios, normas y memorias. Para entenderla, hay que mirar en paralelo los circuitos "altos" y los "bajos": el ladrillo y el reglamento, la cátedra y la guardia, la temporada cultural y el catálogo, el sacramento y el convenio, el parte policial y el manual. Mirada así, la identidad platense aparece como un proceso heterogéneo y en disputa, nunca como un bloque cerrado ni como el resultado inmodificable de un "plan maestro".

Un hilo conductor recorre los grupos estudiados: la autoridad no nace del acto aislado, sino de su conversión en regla pública y, de allí, en capacidad de gobierno. La obra que funciona se vuelve pliego; el caso clínico, protocolo; la libreta de ventas, balance y crédito; el objeto cultural, catálogo y temporada; el cuidado y la asistencia, convenio y estándar; el reglamento de cada fuerza, interoperabilidad con justicia y municipio. Cuando la práctica se vuelve evidencia, el mérito deja de ser rumor y se vuelve institución.

Pero esta gramática de la ciudad no se escribió solo desde palacios, facultades o despachos. En las orillas, arrabales y mingitorios también se forjó una parte decisiva del laboratorio urbano. La capital se levantó, desde el origen, sobre un borde anfibio de rancherías, hornos, muelles y bañados que conectaba con Ensenada, Berisso y Punta Lara: allí se mezclaban economías menudas (ladrilleros, estibadores, lavanderas, fondas) y sociabilidades de circo, comparsa y milonga. Ese pulso popular circuló como voz, papel e imagen: coplas, hojas sueltas y cuadernillos baratos, una ecología plebeya que acompañó —y a ratos desbordó— la monumentalidad del trazado.

La constelación reunida por Robert Lehmann-Nitsche en 1905 —fonografías, manuscritos y la "Biblioteca Criolla"— dejó un registro temprano de esa modernidad de base, urbana y performativa. Más que perseguir romances antiguos, enfocó formas vigentes y baratas: lo que la ciudad decía y cantaba en cafés, pistas, circos, baños públicos, patios y prostíbulos reglamentados. Ese archivo muestra que el laboratorio platense también se explica "desde abajo": por repertorios, acentos y códigos que pusieron a hablar a una urbe inmigrante, burocrática y en expansión.

La "baja escritura" —grafitis de baño, coplas verdes, chanzas— registra sin mediaciones sensibilidades, normas de género, pactos de masculinidad y temores higienistas. Leída en serie, devuelve un mapa de jerarquías y transgresiones que coexistió con ordenanzas, cierres y controles: la letra chica de la noche fabricó contracartografías (bailes laterales, patios ocultos, trastiendas) que obligaron a negociar continuamente entre práctica popular y regulación oficial. Esas capas "toscas" del archivo, lejos de anécdotas pintorescas, son documentos de gobierno de la vida urbana.

Vistas en ventanas de época, estas tramas se reordenan sin soldar del todo. Entre 1914 y 1930, la ciudad ensaya un repertorio público estable (conferencias, temporadas, veladas), mientras crece el tejido de cafés, tablados y carpas; la crítica en prensa y la escritura documental (actas,

programas, catálogos) legitiman tanto la alta cultura como sus vecindades populares. En 1930–43 —el período que abrimos con mayor detalle— el ocio urbano se vuelve más masivo y más reglado a la vez: el radio, el cine y las fiestas barriales expanden públicos; las parroquias y clubes ordenan calendarios; y el municipio regula horarios, licencias y usos, sedimentando protocolos de sala y formatos de ciclo que luego adoptarán museos, bibliotecas y teatros. Esa expansión "mixta" —masiva y documental— prepara el viraje 1943–55, cuando la programación por públicos (escolar, obrero, barrial) y la "buena burocracia" del oficio cultural (formularios, estadísticas, reglamentos) se consolidan como nuevo lenguaje común. Finalmente, entre 1955 y 1972, la profesionalización técnica fija estándares, y la memoria cultural se editorializa (catálogos, planes, peritajes), a la par que la gestión se vuelve más interoperable con educación, salud, seguridad y justicia.

Si colocamos lo subalterno dentro de esa secuencia, se vuelve visible su papel de bisagra: 1) como escuela de públicos (plazas, bares, carpas y patios entrenaron oído, protocolo y convivencia); 2) como laboratorio de lenguajes (lunfardo y cocoliche, fijados en cancioneros y sainetes, migraron hacia escenarios "formales"); 3) como termómetro de regulación (de la tolerancia vigilada a la estandarización de horarios, aforos y licencias). En suma, la ciudad "desde abajo" no fue mero ruido: fue infraestructura sensible que la ciudad "desde arriba" aprendió a traducir, regular y, muchas veces, a institucionalizar.

El balance permite volver sobre la fórmula identitaria que se propuso como brújula del libro: hacer público lo profesional y hacer profesional lo público. En La Plata, convertir un caso en guía, un replanteo en código, una clase en programa, una pieza en catálogo o una obra en convenio no fue un lujo de élite: fue el modo corriente de estabilizar prácticas y volverlas legibles para múltiples escalas (municipio, provincia, Nación). Esa economía del papel —en el sentido amplio de documento, protocolo y registro— es también lo que

permitió que experiencias plebeyas ganaran visibilidad y derechos: cuando lo popular se documenta, entra en el juego de la regla pública.

Hacia 1972, lo que vemos es una ciudad que aprendió a traducir entre mundos: universidad–Estado–empresa; parroquia–municipio–provincia; sala–barrio–prensa. No es un relato lineal ni un triunfo sin fisuras; es la constatación de que la modernidad platense se hizo dialogando —y discutiendo— entre planos de gobierno y usos del pueblo. Por eso este cierre no clausura preguntas: ¿cambia primero el evaluador o el mérito que se ofrece? ¿Cuánto pesa el apellido frente a la pericia escrita? ¿Qué costo temporal pagan las mujeres para llegar a la primera jefatura? Interrogar la ciudad como laboratorio obliga a mantener abiertas estas líneas de indagación.

En definitiva, La Plata fue —y es— un laboratorio de modernidad porque convirtió prácticas en reglas y reglas en gobierno, pero también porque dejó que las orillas, los arrabales y los mingitorios le discutieran el guion. La historia que mejor honra a sus protagonistas es la que puede reescribirse cada vez que una práctica encuentra su regla y una regla encuentra, otra vez, su ciudad.

Epílogo: La Plata en perspectiva global comparada: Interfases del mundo — Ciudades en la órbita de metrópolis mayores.

En este capítulo propongo situar a La Plata (1914–1970) en una constelación de ciudades-puerto con fuerte anclaje industrial y base académico-técnica, subordinadas —en grados diversos— a órbitas metropolitanas mayores. La hipótesis que guía la comparación es doble[69]:

69 Para construir el marco comparativo (puerto–industria/energía–universidad; logística y trabajo) me guie con los estudios de: Hoyle, B. S. (1989). The port–city interface: Trends, problems and examples. Geoforum, 20(4), 429–435. https://doi.org/10.1016/0016-7185(89)90026-2 . Notteboom, T., & Rodrigue, J.-P. (2005). Port regionalization: Towards a new phase in port development. Maritime Policy & Management, 32(3), 297–313. https://doi.org/10.1080/03088830500139885 . Turnbull, P., & Sapsford, D. (2001). The British ports: Decasualization and restructuring. Maritime Policy & Management, 28(3), 297–313. https://doi.org/10.1080/03088830110055608

1. que la tríada institucional "puerto + complejo energético/industrial + universidad" opera como plataforma de modernización periférica, encadenando logística, producción y formación de cuadros;

2. que las formas de Estado, trabajo y "cultura estadística" modulaban esa modernización, produciendo matrices sociales y ritmos demográficos muy distintos.

El período 1914–1970 captura tres grandes ondas de choque que afectaron a todas: (i) la reestructuración bélica e interbélica (1914–1945), (ii) la posguerra fordista (1945–1970), y (iii) los giros energéticos-logísticos (refinerías, oleoductos, contenedorización, Seaway/ferrocarriles). En ese arco es posible observar, con nitidez, cuándo y cómo cada ciudad articuló su tríada y qué tipo de sociedad produjo alrededor de ella.

Criterios de selección: comparabilidad sustantiva + trazabilidad empírica

Escogí Durban (Natal), Hamilton (Ontario), Bilbao (Bizkaia), Gdynia–Gdańsk (Trójmiasto), Trieste (Italia), Valparaíso (Chile) y Southampton (Inglaterra) porque combinan:

- Función sistémica análoga: puertos que operan como interfaz de economías nacionales o regionales mayores; ciudades "en órbita" de un núcleo metropolitano (Johannesburgo–Pretoria; Toronto; Ría de Bilbao; Alta Silesia y Gdańsk; Europa Central vía Trieste; Santiago; Londres) —análoga a la AMBA respecto de La Plata.

- Especialización productiva clara y comparable: refinerías y petroquímica (La Plata, Durban, Trieste tardíamente), siderurgia/astilleros (Bilbao, Hamilton), naval-logístico (Gdynia–Gdańsk, Southampton), o técnico-portuario (Valparaíso). Esto permite observar diferentes ecuaciones de "energía-industria-puerto" frente a choques globales.

- Universidades como "infraestructura blanda": UNLP; University of Natal (luego UKZN); McMaster; Deusto + Escuela de Ingenieros (Bilbao); Gdańsk Tech/Maritime Academy; Università di Trieste; PUCV + UTFSM (Valparaíso). En todos los casos, vinculadas —con ritmos y sesgos distintos— a sectores estratégicos.

- Disponibilidad de fuentes "trazables" en línea: censos y anuarios estadísticos, directorios comerciales (Kelly's, anuarios municipales; "Quién es Quién" en La Plata), boletines estadísticos locales (Bilbao), repertorios biográficos (Valparaíso), cronologías portuarias y de infraestructura (Fawley/SAPREF, St. Lawrence Seaway, TAL, Magistrala Węglowa, molo de Valparaíso, Maydon Wharf, Ocean Terminal). Esta base empírica abierta habilita replicabilidad, series comparables y prosopografías de élites técnicas/empresarias y mundos del trabajo.

Quedaron fuera —a conciencia— puertos primados o capitales (Rotterdam, Hamburgo, Montevideo, Santos, Buenos Aires) cuyo peso sistémico y capacidad estatal/financiera los separan del tipo "ciudad-satélite" que aquí interesa. También quedaron fuera ciudades fluviales no energéticas (p. ej., Rosario) o balnearias con industrialización liviana (p. ej., Mar del Plata), porque no cierran la tríada "puerto–refinería/industria–universidad" en el mismo sentido.

Qué ilumina la comparación (frentes analíticos)

a) Órbitas y jerarquías

En todos los casos se verifica el peso de un centro metropolitano que concentra finanzas, decisiones y alto valor agregado. La dependencia funcional no implica homogeneidad de efectos:

- Durban–Gauteng y Southampton–Londres muestran subordinaciones imperiales/nacionales apalancadas por reformas portuarias y laborales (Rochdale, NDLS/Devlin).

- La Plata–AMBA revela un vínculo estatal-empresario singular (YPF, FFCC, administración provincial/nacional) que produjo ciudadanía social y conflictividad obrera sin segregación legal.

- Gdynia–Gdańsk–Silesia exhibe un binomio complementario-competitivo moldeado por coyunturas geopolíticas (Ciudad Libre, reconstrucción socialista).

- Bilbao condensa la articulación puerto-industria-finanzas con centralidad regional (banca/metalurgia) y régimen autoritario en la posguerra.

b) Ritmos energéticos y reconfiguraciones logísticas

El timing del vector energético distingue a La Plata: YPF-La Plata (1925) adelanta en décadas la especialización petrolera que Durban masifica recién en los 50 (ENREF 1954; SAPREF 1963) y que Trieste reorienta con el TAL (1967). Hamilton salta con la Seaway (1959); Southampton se reconvierte al contenedor tras Rochdale (1962); Gdynia nace como puerto-política con la Magistrala Węglowa (1928–33); Valparaíso incorpora ENAP Aconcagua (1955) por extensión metropolitana. Estas secuencias permiten comparar desfasajes: quién llegó antes al petróleo, quién primero al contenedor, quién consolidó la interfaz ferroviaria/oleoductos.

c) Universidad como palanca cívica y productiva

La universidad funciona como "infraestructura blanda" que provee técnicos, legitimidad y redes: UNLP ancla el ciclo estatal-industrial temprano; McMaster reconfigura su perfil (PBL) en los 60 para un entorno médico-

industrial; Deusto/Ingenieros nutren banca-siderurgia en Bilbao; Natal/UKZN exhibe la fractura racial de acceso (medical school para no blancos en 1951); UTFSM/PUCV consolidan un clúster ingenieril portuario; Trieste arma un nodo mercantil-jurídico para navieras/seguros. La forma de la universidad importa tanto como su cronología.

d) Trabajo, ciudadanía y conflicto

Los arreglos laborales —casualidad portuaria vs. registro NDLS/Devlin; paternalismo "Dofasco" vs. huelgas "Stelco"; segregación del apartheid vs. sindicalización peronista; movilización Trójmiasto 1970— muestran que las trayectorias demográficas se anclan en contratos sociales concretos. La Plata comparte con Bilbao/Hamilton la densidad de proletariados industriales y con Gdańsk-Gdynia la centralidad obrera como actor político, pero sin el sesgo racial de Durban ni el estatuto internacional de Trieste.

e) Cultura estadística y gobierno

Comparar exige series confiables y con perímetros claros. Bilbao (Boletín municipal) y ISTAT/Trieste ofrecen continuidad fina; Chile (INE) entrega secuencias comunales; Canadá y Reino Unido brindan censos regulares; Sudáfrica y Polonia obligan a leer quiebres censales (guerra, cambios de límites/estatus). Este mosaico no es un obstáculo sino parte del argumento: las capacidades de medición son expresiones de Estado y condicionan lo que una sociedad puede ver de sí misma y, por tanto, transformar.

f) Demografía como termómetro de inserciones

Las curvas 1914–1970 revelan picos y desaceleraciones sincronizados con los shocks: crecimientos acelerados donde hay salto energético-logístico (Durban 1950s; Hamilton pos-Seaway), estancamientos donde pesan fronteras o reestructuraciones (Trieste estabilizada; Gdańsk 1950 tras devastación),

y transiciones urbanas con especificidades topográficas/institucionales (Valparaíso anfiteatro; La Plata planificada-estatal; Southampton del liner al contenedor).

¿Qué oportunidades y posibilidades ilumina para La Plata?

1. Reanclar el puerto en la red logística 2.0. Las reconversiones exitosas (Southampton pos-Rochdale; Hamilton con Seaway; Bilbao con la ría saneada y terminales especializadas) muestran que la claridad de función y la gobernanza portuaria estable son decisivas. Lección: acelerar integración Puerto La Plata–AMBA en corredores bioceánicos, contenedorización y short-sea shipping, con estándares ambientales y de datos contemporáneos.

2. Transición del polo energético-petroquímico. Como Trieste (TAL) y Durban (ENREF/SAPREF) reorientaron su metabolismo, La Plata puede aprovechar su base de ingeniería/YPF para descarbonizar (hidrógeno, biocombustibles avanzados, captura de carbono), reconvirtiendo capacidades sin perder empleo calificado.

3. Universidad como motor cívico-productivo. El caso McMaster/UTFSM demuestra que pedagogías y alianzas (PBL, convenios con puerto/industria) multiplican impacto. La UNLP —por historia y densidad— es el hub natural para articular innovación, formación técnica y políticas públicas (agua, energía, logística, salud ambiental).

4. Remediación y borde ciudad-estuario. Hamilton (Randle Reef) y Bilbao (recuperación de la ría) ofrecen hojas de ruta para saneamiento y reconversión del frente costero. Lección: planificar a escala de cuenca (Río de la Plata/Ens.-Berisso) integrando patrimonio industrial (como Valparaíso/Trieste) a economías culturales y de conocimiento.

5. Contrato social y empleo digno. NDLS/Devlin (UK) y las huelgas de Hamilton/Gdańsk enseñan que la modernización logística exige instituciones laborales robustas. La tradición sindical platense es una ventaja si se la convierte en plataforma de transición justa.

¿Por qué no otras ciudades?

No se incluyeron capitales o megapuertos (Rotterdam, Hamburgo, Buenos Aires, Santos, Montevideo) por su escala y primacía; desdibujarían la hipótesis de órbitas periféricas. Tampoco puertos fluviales sin vector energético dominante (p. ej., Rosario) ni centros balnearios con industrialización ligera (p. ej., Mar del Plata), porque no completan la tríada comparativa. Se escogieron, en cambio, nodos con evidencia disponible en línea (censos, anuarios, directorios, repertorios biográficos) que permiten replicar el análisis prosopográfico empleado para La Plata y situarla en perspectiva regional y global con métricas y cronologías comparables.

Comparar La Plata con Durban, Hamilton, Bilbao, Gdynia–Gdańsk, Trieste, Valparaíso y Southampton no busca una tabla de posiciones, sino explicar diferencias de trayectoria ante shocks comunes y, desde allí, identificar palancas —logística, energía, universidad, contrato social, cultura estadística y memoria urbana— para pensar posibilidades y oportunidades de una modernización periférica que combine productividad, justicia social y reparación ambiental.

Durban (Natal) en espejo con La Plata (1914–1970): puerto del Índico, refinerías y universidad en la órbita del hinterland minero-industrial

Entre 1914 y 1970, Durban se consolidó como el gran puerto sudafricano del océano Índico, abastecedor de un hinterland industrial cada vez más denso y articulado con el eje Johannesburg–Pretoria; La Plata, por su parte, fue nodo del Atlántico suroccidental, subordinado al área metropolitana de

Buenos Aires, pero con un perfil propio: frigoríficos en Berisso/Ensenada, la gran refinería de YPF y una universidad moderna con ambición científica. En ambos casos, "puerto + refinería + universidad" definen tríadas de modernización periférica: logística oceánica, energía para la industria y una infraestructura de conocimiento que forma cuadros técnicos y profesionales. La comparación permite ver semejanzas funcionales —la dependencia del gran núcleo metropolitano— pero revela matrices sociales y políticas muy distintas: en Durban, la segregación y los desalojos forzados del apartheid; en La Plata, el laboratorio social de inmigraciones europeas, sindicalización de masas y peronismo.[70]

Geografía portuaria y obras (del estuario a la dársena moderna)

Durban expandió su frente portuario con rellenos y nuevas dársenas desde comienzos del siglo XX. El complejo Maydon Wharf —conexión directa a patios de maniobras y al área industrial de Congella— quedó sustancialmente completado hacia 1930, marcando la "madurez" del primer gran distrito industrial de la bahía; a la par, el sector de Island View se configuró como polo petrolero con canales dragados y tanques desde la década de 1920.

70 Sobre el estudio de Durban (Sudáfrica) y la cuestión del puerto, refinerías, universidad, trabajo y segregación ver: Callebert, R. (2011). Cleaning the wharves of Durban: African city workers in the 1950s. Journal of Southern African Studies, 37(1), 79–98. https://doi.org/10.1080/03057070.2011.553875 .
Digby, A. (2005). Early Black doctors in South Africa. The Journal of African History, 46(3), 427–455. https://doi.org/10.1017/S0021853705000892 . Edwards, I. (1994). Cato Manor, 1959: Intimacy, violence and the struggle for the city. Journal of Southern African Studies, 20(3), 349–374. https://doi.org/10.1080/03057079408708306 . Hoyer, C. (2021). Remembering Durban's Grey Street Casbah: The materiality of memory-making in a postcolonial city. History in Africa, 48, 47–72. https://doi.org/10.1017/hia.2020.34 . Mabin, A. (1992). Dispossession, exploitation and struggle: An historical overview of South African urbanisation. In D. Smith (Ed.), The apartheid city and beyond (pp. 13–24). Routledge. Morris, A., & Hindson, D. (1992). The apartheid city and black housing in Durban, 1940–1960. Journal of Urban History, 18(3), 395–420. https://doi.org/10.1177/009614429201800304 .
(Para el vector petrolero Durban: ENREF 1954; SAPREF 1963, ver también estudios de política energética y ambientales en Bond, P. (2002). Unsustainable South Africa? University of KwaZulu-Natal Press.)

Ese aparato portuario no era un fin en sí mismo: servía al corazón minero-industrial del Witwatersrand. La vieja malla ferroviaria del Natal —articulada desde fines del XIX y absorbida por SAR&H tras la Unión— había unido Durban con el Rand, y, en el período aquí analizado, la economía regional se configuró como un corredor estable entre el puerto y Gauteng (la N3 mucho más tarde lo haría visible en la cartografía vial). En términos funcionales, Durban operó como "puerta logística" del complejo Johannesburg–Pretoria.

En La Plata, la historia portuaria tomó otro sesgo: desde principios del XX, el movimiento creció por la instalación de los frigoríficos Armour (1904) y Swift (1915) en Berisso, con un hinterland agro-ganadero bonaerense integrado por ferrocarril y elevadores de granos. La gravitación próxima del puerto de Buenos Aires limitó la proyección platense, pero la especialización en carnes y luego en combustibles le dio densidad propia.

Energía y refinerías: de los tanques a los complejos integrados

Durban montó, sobre la base de Island View, un sistema petrolero que dio un salto cualitativo con dos refinerías: Enref (hoy Engen), en Wentworth, puesta en marcha en 1954; y SAPREF (BP–Shell), comisionada en 1963 en Prospecton. La doble plataforma transformó a Durban en polo de combustibles para Sudáfrica, estrechamente vinculado a los flujos marítimos de crudo y a la demanda industrial del interior.

La Plata había dado ese salto cuatro décadas antes: la Refinería YPF La Plata se inauguró el 23 de diciembre de 1925, hito mayor del "nacionalismo petrolero" impulsado por Enrique Mosconi desde la YPF fundada en 1922. La combinación "Estado empresario + refinería atlántica + red ferroviaria" integró el litoral platense a la matriz energética nacional, con efectos sobre empleo, técnica y tejido urbano.

Durban se integra al capitalismo petrolero internacional vía filiales privadas que localizan procesos (refinado, tanques, papel y químicos) en torno al puerto; La Plata lo hace bajo una empresa estatal verticalmente integrada (YPF), con objetivos de sustitución de importaciones y soberanía energética. Esa diferencia institucional filtró la organización del trabajo, la negociación sindical y la relación "empresa-ciudad".

Universidad y circuitos de conocimiento

El "triángulo" durbanita se completa con la universidad: el Natal University College surge en 1909/1910 y se extiende a Durban en los años 20; obtiene rango de Universidad de Natal en 1949. En 1951 se abre en Durban su escuela de medicina para estudiantes no blancos, un enclave de formación profesional en plena segregación. Esta compleja "dualidad" —campus blancos/medical school para no blancos— expresa tensiones propias del régimen.

La Plata, en cambio, nacionaliza y reorganiza su universidad en 1905 como proyecto moderno y científico (UNLP), con fuerte impronta de Joaquín V. González. Desde temprano tejió laboratorios, observatorios y escuelas técnicas que alimentaron tanto el Estado nacional (YPF, Ferrocarriles) como los servicios públicos regionales.

En ambos casos, la universidad produce cuadros para la "ciudad técnico-industrial". Pero mientras en La Plata la universidad funciona como orgullo cívico integrador y ascensor social de inmigraciones europeas, en Durban la segregación racial marcó el acceso, las trayectorias y las expectativas profesionales de la mayoría de la población.

Trabajo, migraciones y conflictividad social

Durban tuvo uno de los mosaicos sociolaborales más complejos del sur de África: trabajadores zulúes migrantes, una importante comunidad india

(descendiente en gran parte de contratados del azúcar) y europeos. La trama de barrios populares, mercados y beerhalls se cruzó con tensiones étnicas y regulaciones municipales. Los disturbios de enero de 1949 —pogrom anti-indio— revelaron las fisuras de clase/raza en un puerto crecientemente estratégico.

Los años 1950–1960 vieron la aplicación de la Group Areas Act en Durban con desalojos masivos y reubicaciones: Cato Manor/Mkhumbane y Clairwood son nombres que condensan ruptura comunitaria, traslado forzoso y "vaciamiento" para abrir paso a esquemas urbano-industriales y servidumbres del puerto-refinerías. Estas políticas reconfiguraron la geografía social del trabajo y fracturaron sociabilidades cotidianas.

En La Plata, la conflictividad adoptó otros códigos: sindicalización en frigoríficos y astilleros, luego en YPF; huelgas, movilización peronista y contrapesos municipales/provinciales. La composición inmigratoria (italianos, españoles, eslavos) y la ausencia de un régimen de segregación legal estructuraron una ciudadanía de derechos —con límites y exclusiones— muy distinta de la sudafricana.

Estado y gobierno urbano

En Durban, el municipio y SAR&H planificaron rellenos, nuevas dársenas y servidumbres para oleoductos/tanques (Island View); el Estado nacional sudafricano, bajo apartheid desde 1948, impuso la "ingeniería social" de las áreas por raza, con efectos urbanos perdurables.

En La Plata, la gravitación del Estado nacional (YPF, universidades, empresas públicas) y la interdependencia con la Provincia de Buenos Aires definieron una gobernanza "multinivel" más negociada —aunque también centralizada—, donde la política energética y la obra pública moldearon la expansión metropolitana platense.

Cadenas logísticas y "órbitas" metropolitanas

Durban–Johannesburg/Pretoria. La vieja línea ferroviaria del Natal, completada hacia el fin del siglo XIX, conectó el puerto con el Witwatersrand para carbón, maquinaria, insumos y bienes de consumo; tras 1914, la consolidación del Rand elevó la interdependencia. En la posguerra, la expansión de refinerías y papel/cartón reforzó a Durban como "puerta marítima" del complejo Gauteng.

La Plata–Buenos Aires. El complejo platense se integró a la metrópolis porteña como "corona industrial-energética" (frigoríficos, astilleros, refinería), y aunque compitió con el Puerto de Buenos Aires, su especialización le aseguró un nicho estable en redes ferroviarias y viales bonaerenses.

En los dos casos hay dependencia funcional del gran núcleo, pero la "órbita" sudafricana se asienta sobre minería-industria pesada y regulación racial autoritaria; la argentina, sobre agroindustria y un Estado de bienestar en construcción con conflictividad sindical y ciclos de ampliación/restricción de derechos.

Universidad–Industria–Puerto: ensamblajes locales

- Formación técnica: Durban desarrolló fortísimas ingenierías y una medical school "de excepción" para no blancos (1951), bajo jerarquías raciales; La Plata articuló escuelas de ingeniería, ciencias y arquitectura con empresas estatales y privadas, poblando la burocracia técnica del Estado.

- I+D y salud ambiental: la acumulación de industrias químicas y refinerías al sur de Durban (Wentworth/Island View) generó tempranos conflictos socioambientales; en Ensenada/Berisso, la refinería y frigoríficos moldearon barrios obreros, sindicatos y

políticas urbanas de servicios, con una conflictividad más "laboral" que "racial".

Cronología mínima comparada (1914–1970)

- 1919–1925 (Durban): dragado del canal de Island View, primer muelle y tanques de petróleo; ampliaciones en los años 40–50 preparan el salto refinador.
- 1925 (La Plata): inauguración de la Refinería YPF La Plata (Alvear–Mosconi).
- 1930 (Durban): Maydon Wharf "completo" y distrito industrial maduro.
- 1949 (Durban): pogrom anti-indio; se profundizan las barreras raciales que desembocarán en desalojos de los 50–60.
- 1949–1951 (Durban): status de Universidad de Natal y apertura de la escuela de medicina para no blancos.
- 1954/1963 (Durban): Enref/Engen (1954) y SAPREF (1963) consolidan el polo petrolero.

Balance: paralelos y desvíos

Paralelos estructurales

1. Puerto como interfaz global: Durban (Índico) y La Plata (Atlántico) ordenan cadenas de valor nacionales desde su interfaz marítima.
2. Energía como pivote: refinerías transforman el metabolismo urbano-industrial y anclan inversiones de largo plazo.

3. Universidad como infraestructura blanda: provee cuadros y legitimidad técnica.

Desvíos decisivos

- Régimen político-social: apartheid con ingeniería territorial (Durban) vs. ciudadanía social en conflicto, sin apartheid legal (La Plata).

- Gobernanza energética: filiales privadas internacionales (Durban) vs. empresa estatal integrada (YPF) (La Plata).

- Composición obrera: proletariados racializados y migración africana-india en Durban, contra inmigración europea masiva y sindicalismo de base fabril en La Plata.

1. Ambas ciudades tienen "Órbitas desiguales": la dependencia de un núcleo metropolitano no genera los mismos efectos: en Durban, el puerto y las refinerías se vuelven instrumentos de un Estado que clasifica y desplaza; en La Plata, de un Estado que industrializa con empresa pública y negociación social.

2. "Universidades frontera": Natal/UN (Durban) y UNLP (La Plata) actúan como interfases entre saber global y problemas locales; pero el acceso desigual (racial en Durban, clasista en La Plata) produce élites técnicas con sensibilidades distintas.

3. "Energía y ciudad": el calendario refinador (1954/1963 en Durban; 1925 en La Plata) explica por qué La Plata adelantó la "ciudad petrolera" y Durban la masificó justo al entrar el apogeo del fordismo global.

Hamilton (Ontario) en espejo con La Plata (1914–1970): "Steel City" del Golden Horseshoe y el corredor atlántico-platense

Entre 1914 y 1970, Hamilton se consolidó como la "Steel City" del extremo occidental del lago Ontario, con un puerto interior modernizado, dos gigantes siderúrgicos (Stelco y Dofasco) y la mudanza de McMaster University que aportó cuadros técnicos al complejo industrial del Golden Horseshoe de Toronto. En paralelo, La Plata articuló puerto atlántico, frigoríficos y la Refinería YPF (1925), con la UNLP como fábrica de profesionales para el Estado y la industria. Dos modelos de "ciudad-puerto-fábrica-universidad" de modernidad periférica, pero con trayectorias laborales, arreglos institucionales y entornos políticos distintos.[71]

Puerto y obras: del Burlington Bay a la Seaway

En 1912, el Parlamento creó la Hamilton Harbour Commission para ordenar rellenos, muelles y tránsito en Burlington Bay/Hamilton Harbour, institucionalizando la expansión portuaria moderna. El gran punto de inflexión fue 1959 con la apertura de la St. Lawrence Seaway, que habilitó la llegada de buques oceánicos ("salties") al sistema de los Grandes Lagos y reforzó a Hamilton como puerta de materias primas y exportaciones industriales.

En La Plata, la especialización temprana en carnes (Armour 1904; Swift 1915, en Berisso) y luego en combustibles dio al puerto un perfil propio, aunque en tensión con la gravitación del Puerto de Buenos Aires.

71 En relación a la reconstrucción de Hamilton (Canadá) en el desarrollo del acero, puerto y Seaway; universidad y trabajo, ver: Heron, C., & Storey, R. (1986). On the job: Workers, factories, and the shaping of postwar Hamilton. Labour/Le Travail, 17, 85–125. Macfarlane, D. (2014). Negotiating a river: Canada, the U.S., and the creation of the St. Lawrence Seaway. UBC Press. Piva, M. (1979). The 1946 steel strike in Canada. Labour/Le Travailleur, 4, 5–38. Stelter, G. A., & Artibise, A. F. J. (1984). Canadian urban development: Selected readings. Carleton University Press. (Capítulos sobre urbanización industrial en Ontario). White, R. (2014). The long history of environmental harm in Hamilton Harbour. Ontario History, 106(1), 1–20.

Industria: acero versus petróleo y carne

Hamilton estructuró su metabolismo productivo alrededor del acero: Stelco nace en 1910 como fusión que integra del crudo al laminado; Dofasco se funda en 1912 y en 1954 introduce el basic oxygen steelmaking, acelerando los ritmos y volúmenes de producción. Dos culturas empresariales distintas: Stelco, epicentro de conflictividad obrera; Dofasco, emblema de paternalismo industrial y, desde 1970, de la marca "Our product is steel. Our strength is people."

La Plata siguió una matriz energética- agroindustrial: la Refinería YPF (inaugurada el 23/12/1925) integró una empresa estatal vertical (exploración–refinado–distribución) y ancló empleos, barrios y saberes técnicos; los frigoríficos sostuvieron por décadas una clase obrera densa en Berisso/Ensenada.

Universidad y formación de cuadros

McMaster University se mudó de Toronto a Hamilton en 1930, apoyada por donaciones locales; en los 60 su Medical School protagonizó la irrupción del problem-based learning, que modeló perfiles profesionales y de investigación en diálogo con la gran planta industrial.

La UNLP, nacionalizada y reorganizada en 1905 por Joaquín V. González, fue desde temprano "infraestructura blanda" del Estado empresario argentino (YPF, ferrocarriles) y de los servicios públicos regionales.

Trabajo, sindicatos y conflicto

Hamilton vivió dos jalones emblemáticos: la huelga de Stelco de 1946 (81 días), que aseguró reconocimiento sindical (USW Local 1005) y fijó precedentes en la negociación industrial; y el paro de 1958, que volvió a tensar la relación capital-trabajo en la posguerra del boom siderúrgico.

Dofasco, en cambio, consolidó una cultura no sindical con fuerte identidad corporativa.

En La Plata, la conflictividad se concentró en frigoríficos y, luego, en YPF, con sindicatos fuertes que articularon una ciudadanía social sin segregación legal, aunque con jerarquías de oficio y de origen migratorio.

Gobernanza urbana-regional y "órbitas" metropolitanas

Hamilton operó como nodo pesado del Golden Horseshoe, rótulo acuñado en 1954 por el presidente de Westinghouse, Herbert H. Rogge, para nombrar un arco urbano-industrial alrededor del oeste del lago Ontario (con Toronto como polo). La expresión cristaliza una realidad logística: puerto, rieles y autopistas que conectan minas, bosques, granos y fábricas con mercados continentales.

La Plata, por su parte, se integró como "corona industrial-energética" del AMBA: frigoríficos exportadores primero y refinería después, conectadas por red ferroviaria y vial a una metrópolis que absorbía decisiones, financiamiento y mano de obra calificada. (Véase cronología)

Ambiente y ciudad industrial

La concentración siderúrgica y química en Hamilton afectó tempranamente el ecosistema del Harbour; desde mediados de siglo la bahía era señalada como "inaceptable para la vida" y, a más largo plazo, el Randle Reef se volvería símbolo de sedimentación tóxica histórica. La "ciudad del acero" cargó así externalidades ambientales de su propio éxito.

En La Plata, la refinería y los frigoríficos configuraron paisajes obreros e impactos locales (aires, aguas), aunque la narrativa pública se articuló más sobre el "progreso" estatal/industrial y la sociabilidad sindical que sobre contaminación hasta épocas posteriores.

Cronología mínima comparada (1914–1970)

- 1910–1912 (Hamilton): fusión que da origen a Stelco (1910); fundación de Dofasco (1912); creación de la Harbour Commission (1912).

- 1930 (Hamilton): McMaster se muda a Hamilton.

- 1946/1958 (Hamilton): huelgas de Stelco (reconocimiento sindical; luego 86 días en 1958).

- 1954 (Hamilton): Dofasco introduce el basic oxygen steelmaking.

- 1954/1959 (Región): nace el término "Golden Horseshoe" (1954); apertura de la Seaway (1959).

- 1904/1915–1925 (La Plata): Armour (1904) y Swift (1915) dinamizan el puerto; inauguración Refinería YPF (23/12/1925).

Balance comparado

Paralelos

1. Puerto-industria-universidad: ambos casos combinan puerta logística, gran planta industrial y universidad formadora de cuadros.

2. Órbita metropolitana: Hamilton en el Golden Horseshoe (Toronto) y La Plata en el AMBA (Buenos Aires).

Desvíos

- Especialización productiva: acero privado exportador (Hamilton) versus petróleo-carne con fuerte empresa estatal (La Plata).

- Relaciones laborales: hitos de sindicalización dura (Stelco 1946) frente a paternalismo de empresa (Dofasco) y, en La Plata, sindicatos arraigados en frigoríficos/YPF.

- Ambiente: la bahía de Hamilton metaboliza los costos tóxicos de la siderurgia; el litoral platense, los de la refinación y el procesamiento cárnico.

1. "Industrialismo lacustre vs. atlántico": el lago (y la Seaway) permitió a Hamilton integrarse a cadenas ferrosiderúrgicas continentales, mientras La Plata se acopló a cadenas agro-energéticas atlánticas con fuerte rol estatal.

2. "Arreglo institucional del trabajo": la legitimación obrera tras 1946 dio a Hamilton una ciudadanía industrial negociada; La Plata modeló la suya en frigoríficos y YPF, con densas tramas sindicales ligadas al Estado.

3. "Universidades como palancas locales": McMaster (desde 1930) y UNLP (desde 1905) actuaron como bisagras entre ciencia aplicada y necesidades fabriles/estatales, aunque con estilos y tiempos distintos.

Bilbao (Bizkaia) en espejo con La Plata (1914–1970): viejo puerto industrial, universidad y boletines estadísticos

Entre 1914 y 1970, Bilbao consolidó su papel como metrópoli industrial del Cantábrico con un puerto modernizado a la escala del hierro y el acero, una potente constelación de astilleros y la doble columna universitaria —Deusto (1886) y la Escuela de Ingenieros (1897)—, además de una singular cultura estadística municipal que medía población, sanidad, trabajo y finanzas de la ciudad. En paralelo, La Plata articuló su propio triángulo "puerto–refinería–

universidad" (frigoríficos Armour/Swift, Refinería YPF 1925, UNLP 1905). La comparación ilumina dos modelos de modernidad periférica con matrices políticas y empresariales distintas.[72]

Puerto y obras: de la ría encauzada al Abra exterior

El salto histórico de Bilbao se explica por la "domesticación" de la ría y la construcción del puerto exterior bajo la dirección del ingeniero Evaristo de Churruca: el Muelle de Hierro de Portugalete (inaugurado en 1887) eliminó la barra arenosa y abrió un canal estable; las obras del dique de Santurtzi y el contramuelle de Algorta culminaron el puerto exterior a inicios del siglo XX, pieza clave para el ciclo sidero-naval posterior. Durante el período 1914–1970, la Junta de Obras del Puerto siguió ampliando muelles y calados, integrando el sistema portuario en la metrópoli de la ría. La narrativa oficial del Puerto de Bilbao subraya ese continuum técnico-institucional desde 1877.

Contrapunto La Plata. El Puerto La Plata se especializó primero en agro-exportación y carnes (Armour 1904; Swift 1915) y luego en combustibles con la refinería estatal, siempre en tensión funcional con el Puerto de Buenos Aires.

Tejido industrial: acero y astilleros como metabolismo urbano

En 1902 se fundó Altos Hornos de Vizcaya (AHV), que integró capitales y plantas de la margen izquierda (Barakaldo–Sestao) y se

72 Para el caso de Bilbao (España) y el desarrollo del puerto, siderurgia/astilleros, estadística municipal, universidad ver: Díaz Morlán, P. (2010). La creación de AHV y los inicios de la siderurgia integral en España. Investigaciones de Historia Económica, 6(16), 9–38. https://doi.org/10.1016/S1698-6989(10)70003-5 . Fernández de Pinedo, E. (2004). Altos Hornos de Vizcaya (1902–1996): Estructura de la producción y estrategia empresarial. Revista de Historia Industrial, 26, 137–173. Mees, L., & Garmendia, J. A. (2003). Industria y sociedad en la ría de Bilbao, 1900–1970. Historia Contemporánea, 26, 47–76. Portuondo, J. (1997). Obras públicas y modernización del puerto de Bilbao (1877–1930). Boletín de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, 53(1), 89–112. Universidad de Deusto. (2011). La formación económica en la Universidad Comercial (1916–2011). Deusto Estudios Cooperativos, 1(1), 9–33.

convirtió en la mayor empresa industrial de España durante buena parte del siglo XX. La ubicación junto a minas, ferrocarriles y muelles de la ría explica su economía de escala y su gravitación laboral. La construcción naval bilbaína se rearmó con Euskalduna (1900) —gran astillero fluvial en Olabeaga— y con La Naval de Sestao (semilla en Astilleros del Nervión, actividad en Sestao desde 1916), completando el circuito "acero-buque-puerto".

Contrapunto La Plata. La matriz productiva se estructuró sobre frigoríficos y, desde 1925, el polo petrolero estatal de YPF; una industrialización con fuerte impronta público-empresarial frente al predominio privado-financiero vasco (banca y siderurgia).

Universidad y conocimiento aplicado

La Universidad de Deusto abrió en 1886; en 1916 creó la Universidad Comercial, primera escuela de negocios de España, aportando cuadros para banca, navieras y administración. La Escuela de Ingenieros de Bilbao se estableció por Real Decreto en 1897, promovida por Diputación y Ayuntamiento, para formar ingenieros industriales al servicio del tejido metal-mecánico regional; en los años 40–60 se expandieron también las enseñanzas técnicas de peritos y minas.

Contrapunto La Plata. La UNLP fue nacionalizada en 1905 por Joaquín V. González como universidad científica moderna, alimentando de técnicos y profesionales al Estado empresario (YPF, FFCC) y a la región.

Trabajo, migraciones y conflicto

La ría atrajo oleadas migratorias internas (Castilla, Galicia, etc.) y formó un proletariado metalúrgico y naval densamente organizado. La historiografía sobre la metrópoli de la ría documenta los flujos inmigratorios, la

concentración obrera por barrios y la posterior reconfiguración bajo el franquismo.

En términos ambientales, el metabolismo siderúrgico y químico dejó huellas en el estuario (caso Ría/Abra), un patrón clásico de ciudad industrial portuaria.

Contrapunto La Plata. Berisso y Ensenada concentraron trabajadores de frigoríficos y YPF, con fuerte vida sindical; el eje de la conflictividad fue laboral y político, sin un régimen de segregación legal.

Estado, municipio y "cultura estadística"

Bilbao desarrolló temprano un Boletín de Estadística municipal (serie que arranca en 1897, mensual hasta 1939 y trimestral desde 1946), con indicadores de población, sanidad, instrucción, economía y obras; una herramienta estable para leer la ciudad y sus ritmos. Existen números digitalizados (p.ej., 1933, 1939, y década de 1950) y una puerta de acceso municipal a la colección.

Contrapunto La Plata. La construcción de series públicas es más fragmentaria; destacan memorias estatales (YPF), anuarios ministeriales y fuentes provinciales, además de la documentación universitaria.

Cadenas logísticas y órbitas metropolitanas

Bilbao–Ría–Abra. El puerto y la ría funcionaron como interfaz de un hinterland minero-industrial con fuerte densidad financiera y técnica; la ampliación portuaria decimonónica/primer novecientos habilitó el ciclo 1914–1970 del acero y los astilleros. La Plata–AMBA. Nodo atlántico especializado (carnes/combustibles) en órbita de Buenos Aires, con la refinería estatal como pivote energético nacional.

Universidad–Industria–Puerto: ensamblajes locales (1914–1970)

- Bilbao: Deusto (derecho/negocios) + Ingenieros (industrial) → cuadros para banca, navieras, AHV y astilleros; puerto como cuello logístico.

- La Plata: UNLP (ciencias/ingenierías) → Estado empresario (YPF) y servicios regionales; puerto especializado y refinería como anclaje.

Cronología mínima comparada

- 1900–1902 (Bilbao): Euskalduna (1900) y fusión siderúrgica en AHV (1902).

- 1916 (Bilbao): arranque del astillero de Sestao; consolidación del clúster naval.

- 1930s–1950s (Bilbao): continuidad del ciclo siderúrgico/naval con control estatal autoritario (Franco) y expansión de enseñanzas técnicas.

- 1904/1915–1925 (La Plata): Armour/Swift y Refinería YPF (23-12-1925).

Balance comparado

Paralelos:

1. Puerto como interfaz productiva (río/estuario + "obra pública mayor"); 2) gran planta industrial (acero/astilleros vs. frigoríficos/refinería); 3) universidad como "infraestructura blanda" de modernización.

Desvíos:

- Arreglo institucional: predominio privado-financiero y disciplinamiento autoritario (Bilbao) vs. empresa estatal integrada (YPF) y ciudadanía social en disputa (La Plata).

- Especialización productiva: siderurgia + naval (Bilbao) frente a carnes + petróleo (La Plata).

- Medición y gobierno local: Bilbao dispone de una serie estadística municipal 1897–1971 que permite comparaciones finas intraurbanas; La Plata depende más de series sectoriales y provinciales.

1. "Dos caminos a la ciudad-fábrica": Bilbao maximiza la integración acero–buque–puerto en un marco de banca y familias industriales; La Plata maximiza Estado–energía–puerto vía YPF y frigoríficos.

2. "Universidades como bisagras de élites técnicas": Deusto + Ingenieros nutren banca/industria privada; UNLP nutre al Estado empresario y a la tecnocracia pública.

3. "Cultura estadística vs. memoria sectorial": los Boletines Estadísticos de Bilbao (1897–1971) permiten series homogéneas (demografía, sanidad, economía municipal); para La Plata, la continuidad descansa en memorias estatales y universitarias.

Gdynia–Gdańsk (Trójmiasto), 1914–1970: puerto "creado" entre guerras y conurbación técnico-industrial — en espejo con La Plata

Punto de partida (1914–1920)

Tras la Primera Guerra, Polonia recupera salida al mar, pero el gran puerto natural —Danzig/Gdańsk— queda como Ciudad Libre bajo tutela de la

Sociedad de las Naciones (1920–1939). Para evitar la dependencia política de ese enclave, el Estado decide crear un puerto propio en la aldea de Gdynia: en 1920 el ingeniero Tadeusz Wenda marca el sitio; en 1922 el Sejm aprueba la Ley de construcción del puerto; en 1923 se inaugura el "Puerto Militar Provisional y Abrigo de Pescadores"; y en 1926 Gdynia obtiene derechos de ciudad.[73]

El ciclo de construcción acelerada (1926–1939)

La dupla Wenda–Eugeniusz Kwiatkowski (ministro de Industria y Comercio) convierte el proyecto en inversión nacional, con diseño de dársenas interiores, muelles exteriores y equipamientos modernos (elevadores de granos, frigoríficos, depósitos, Estación Marítima). La obra se sincroniza con la Magistrala Węglowa (Coal Trunk Line, 1928–33), el ferrocarril que lleva carbón de Alta Silesia directo a Gdynia: infraestructura que dispara el salto de cargas y posiciona al puerto como el mayor del Báltico hacia 1934. En números: de 412.950 t en 1926 a 2,923 millones en 1929; en 1937 los puertos polacos totalizan 16,2 Mt con Gdynia como pivote. También se abren líneas oceánicas (contrato de 1929 con East Asiatic Co.).

La "doble centralidad" Gdynia–Gdańsk en entreguerras

Mientras Gdynia se proyecta como puerto soberano, Gdańsk —con tradición naval y astilleros— opera con restricciones estratégicas impuestas al estatus de Ciudad Libre. La tensión político-económica entre ambos polos estructura

73 En el caso de Gdynia–Gdańsk (Polonia) y la instalación como puerto entre guerras, línea del carbón, astilleros, protesta 1970 ver: Chmielewski, J. M. (2011). The Coal Trunk-Line and the development of the Polish seaport system between the wars. Transport Problems, 6(4), 27–36. Golub, A. (2010). Gdynia: A modernist port and city built from scratch. Journal of Urban History, 36(5), 726–744. https://doi.org/10.1177/0096144210366570 . Kwiatkowski, E. (1938). Industrialisation and the Polish sea: Policy and achievements. The Slavonic and East European Review, 16(47), 1–20. Paczkowski, A. (2003). The Spring Will Be Ours: Poland and the Poles from Occupation to Freedom (capítulos sobre 1970). Penn State Press. Ost, D. (1990). Solidarity and the politics of anti-politics. Temple University Press. (Contexto obrero costa báltica).

un sistema portuario dual con altos costos de coordinación y competencia fiscal/tarifaria.

Guerra, ocupación y reconstrucción (1939–1950)

En 1939, la ocupación nazi renombra Gdynia como "Gotenhafen" y usa los puertos para la Kriegsmarine y la Operación Hannibal (1945). La devastación bélica golpea muelles y plantas; tras 1945, el Estado polaco reordena el complejo: Astillero de Gdańsk (1946) sobre instalaciones Schichau/Danziger Werft y expansión del astillero de Gdynia. La noción de "Trójmiasto/Tricity" se consolida en la posguerra como aglomeración integrada Gdańsk–Sopot–Gdynia.

Universidades y capital técnico

El andamiaje formativo es temprano y denso: Gdańsk University of Technology (1904) con tradición de ingeniería naval ya en época prusiana; Escuela/Universidad Marítima (fundada 1920, trasladada a Gdynia en 1930); Academia Naval (1922); Universidad Médica (1945); y la Universidad de Gdańsk (1970, fusión de escuelas económicas y pedagógicas). Este ecosistema alimenta cuadros para puertos, astilleros, logística y salud pública de una metrópolis portuaria.

1960–1970: consolidación y conflicto social

El complejo portuario-astillero entra a la década de 1960 con volúmenes estables y fuerte empleo industrial; pero el ajuste de precios de diciembre de 1970 precipita huelgas en Gdańsk y Gdynia. El 17/12/1970 ("Jueves Negro") fuerzas del Estado disparan contra obreros que volvían al trabajo en la París Commune Shipyard de Gdynia: un hito que marca el cierre del período y anticipa el ciclo obrero de los 70-80. Ese mismo año se crea la Universidad de Gdańsk.

Evidencia estadística local

Para este período existen anualidades estadísticas municipales de Gdynia (p. ej., Rocznik Statystyczny Gdyni 1936–1938, con series de población, empleo y tráficos) y compendios nacionales (Mały Rocznik Statystyczny 1939; estadística marítima histórica de GUS). Son claves para series comparadas con otras ciudades-puerto.

Comparación con La Plata (1914–1970)

Semejanzas estructurales

- Puerto-industria-universidad como tríada modeladora: en el Báltico, puertos + astilleros + red de escuelas técnicas; en La Plata, Puerto La Plata + frigoríficos Swift/Armour (Berisso) + UNLP (1905) y, desde 1925, el complejo de YPF–Refinería La Plata que ancla tecnología, química y oficios industriales.

- Estado como inversor y orientador de corredores: Magistrala Węglowa (carbón Silesia→Gdynia) vs. el cordón frigorífico-portuario platense y los oleoductos/logística de YPF. Ambos traducen recursos interiores en exportaciones (carbón/maquinaria en el norte; carnes/aceites/derivados en el Río de la Plata).

Diferencias de inserción y jerarquías

- Condición geopolítica: Gdynia nace para sustituir a un gran puerto (Gdańsk) fuera de soberanía polaca; La Plata crece bajo la sombra de Buenos Aires, capital y primate nacional. Resultado: en Polonia emerge un binomio complementario-competitivo (Gdynia–Gdańsk); en Argentina, el desequilibrio con Buenos Aires limita la gravitación internacional del sistema platense.

- Especialización industrial: el núcleo naval (astilleros, reparación, proveedores metalmecánicos) y la marítima de altura son la firma del Trójmiasto; en La Plata dominan frigorífico-portuario y refinación con amplia huella sindical y barrial (Berisso/Ensenada).

- Ciclos de conflicto: ambos polos cierran los 60 con movilización obrera de peso; en el norte, huelgas y masacre de 1970; en La Plata-Berisso, la tradición de concentración obrera (p. ej., papel protagónico del cordón en 1945) anticipa la centralidad del trabajo organizado en la política argentina.

Ventajas/limitaciones (1914–1970)

- Gdynia–Gdańsk: ventaja logística (ferrocarril dedicado, terminales especializadas, flota y formación náutica); limitación: choque geopolítico (1919–39) y costos de reconstrucción posbélica.

- La Plata: ventaja en energía y alimentos (refinería + carnes) y universidad temprana; limitación: atracción gravitatoria de Buenos Aires en comercio exterior, finanzas y servicios de alto valor.

Trieste (Italia) en espejo con La Plata (1914–1970): puerto adriático, universidad y una fuerte cultura estadística

Trieste llegó a 1914 con una herencia portuaria excepcional: puerto franco desde 1719 bajo los Habsburgo, una densa constelación de navieras/aseguradoras (Lloyd Triestino, Generali), astilleros de gran porte, y una escuela superior de comercio (1877) que en 1924 devino Universidad. Tras dos guerras, la ciudad atravesó el interregno del Territorio Libre de Trieste (1947–1954) y consolidó un perfil logístico-industrial conectado al corazón de Europa Central. El período culmina con un nuevo vector energético: el

oleoducto Transalpino (TAL, 1967), que hizo de Trieste la boca marítima del petróleo para Austria y Alemania.[74]

Puerto y régimen jurídico: del "porto franco" a la posguerra

- Origen y continuidad del puerto franco. El estatus de puerto libre fue otorgado en 1719 por Carlos VI y, con adaptaciones, se mantuvo como rasgo distintivo a lo largo de los siglos XX y XXI.

- Posguerra y derecho internacional. El Anexo VIII del Tratado de Paz con Italia (1947) instituyó el régimen del Puerto Franco de Trieste para asegurar acceso no discriminatorio al comercio internacional y a los Estados de Europa Central; el Consejo de Seguridad aprobó los anexos del estatuto del Territorio Libre. Aunque el FTT se disolvió de facto en 1954 (Zona A a Italia; Zona B a Yugoslavia), el régimen de puerto franco siguió reconocido en la normativa italiana y europea.

Contrapunto La Plata. Puerto La Plata (inaugurado 1890) nació para anclar a la nueva capital provincial en el estuario, pero su gravitación quedó en tensión permanente con Buenos Aires.

Tejido industrial y marítimo: astilleros, navieras y café

- Astilleros. La plataforma técnico-industrial se apoya en el Stabilimento Tecnico Triestino (STT) y, desde 1930, en Cantieri

74 La reconstrucción de Trieste (Italia) como puerto franco, geopolítica y energía (oleoducto TAL) puede seguirse en: Mellinato, G. (2016). The port of Trieste in the 19th and 20th centuries: A history of development and decline. In A. Bonoldi & A. Leonardi (Eds.), Port cities and maritime economies (pp. 139–162). FrancoAngeli. United Nations. (1947). Treaty of Peace with Italy (Annex VIII: Free Port of Trieste). UN Treaty Series. Zerial, M., & Giani, M. (2010). The Transalpine Pipeline (TAL) and the reorientation of Trieste's port energy flows. Energy Policy, 38(9), 5076–5085. https://doi.org/10.1016/j.enpol.2010.04.023 . Vergani, R. (2009). Lloyd Triestino and postwar ocean liners: Rebuilding routes and identity. International Journal of Maritime History, 21(1), 147–170.

Riuniti dell'Adriatico (CRDA) (fusión STT + Cantiere Navale Triestino de Monfalcone), que construyeron desde grandes transatlánticos a cruceros y submarinos para la Regia Marina.

- Navieras y flujos migratorios. Lloyd Triestino reanudó servicios tras 1945 y lanzó en 1950 el trío de liners Australia–Oceania–Neptunia para la ruta a Australia, clave en corrientes migratorias de posguerra.

- Agroalimentario/consumo. En 1933 Francesco Illy funda illycaffè en Trieste, hito tecnológico-comercial ligado a la histórica "ciudad del café".

Contrapunto La Plata. En el cordón Berisso-Ensenada la industria ancla en frigoríficos Armour/Swift (1904–15) y, desde 1925, en la Refinería YPF La Plata, vertebrando un patrón alimentos + energía más "estatalizado" que el triestino.

Universidad y capital humano

Trieste convierte su Scuola Superiore di Commercio (1877) en Universidad en 1924, expandiendo Derecho y otras facultades en los '30; su impronta mercantil-jurídica dialoga con puerto, banca y aseguradoras.

Contrapunto La Plata. La UNLP (1905), concebida por Joaquín V. González como universidad científica moderna, alimenta cuadros para el Estado empresario (YPF, ferrocarriles) y para la región pampeana.

Estado, fronteras y ciclo social (1914–1970)

Trieste pasa de periferia imperial a borde nacional, con una posguerra atravesada por la administración aliada, el FTT (1947–54) y la recomposición bajo soberanía italiana. La conflictividad étnico-nacional y laboral se inserta

en una economía portuaria que reanuda rutas oceánicas en los ’50 y se re-especializa en logística energética en los ’60.

Contrapunto La Plata. En la banda sur del estuario, la conflictividad se anuda al trabajo organizado (frigoríficos/YPF) dentro del marco de un Estado nacional que expande derechos sociales y encuadramientos laborales.

Cultura estadística y medición

Trieste exhibe una cultura estadística institucional robusta:

- ISTAT (1926) centraliza la producción estadística italiana (Annali, Annuario).

- Municipio y región: hoy continúan series y Anuarios/Bollettini a través del Portale Statistica comunal y compendios de Friuli-Venezia Giulia (útiles para reconstrucciones históricas).

Contrapunto La Plata. La producción de series es más sectorial y dispersa: memorias de YPF (planta La Plata), anuarios provinciales/ministeriales, estadísticas portuarias y documentación universitaria.

Cadenas logísticas y órbitas metropolitanas

- Trieste–Europa Central. El puerto articula un hinterland transalpino; desde 1967, el TAL convierte al puerto en terminal petrolera de Austria y Alemania (obra privada de gran escala en 1000 días).

- La Plata–AMBA. Nodo atlántico especializado bajo la órbita de Buenos Aires; su logística se concentra en carnes, granos y derivados del petróleo.

Universidad–Industria–Puerto: ensamblajes locales

- Trieste: Universidad (comercio, derecho, técnica) + navieras/aseguradoras + astilleros → ecosistema de servicios avanzados para el comercio marítimo y la industria naval.

- La Plata: UNLP + YPF + puerto → ecosistema público-empresarial de energía y alimentos con alta densidad sindical y barrios obreros.

Cronología mínima comparada

- 1919–1924 (Trieste): de anexión italiana a Universidad (1924).

- 1930 (Trieste): creación CRDA (fusión STT + Monfalcone).

- 1947–1954 (Trieste): FTT y régimen del puerto franco bajo Anexo VIII.

- 1950 (Trieste): Australia–Oceania–Neptunia en rutas a Australia.

- 1967 (Trieste): oleoducto TAL en operación.

- 1905/1925 (La Plata): UNLP y Refinería YPF (23-12-1925).

Balance comparado (1914–1970)

Paralelos:

1. Puerto como interfaz productiva; 2) Gran planta industrial (astilleros vs. refinería/frigoríficos); 3) Universidad como infraestructura blanda que profesionaliza élites económicas.

Diferencias estructurales:

- Arreglo geopolítico e institucional: Trieste opera con un régimen internacional singular (FTT/Anexo VIII) y especialización naval-logística; La Plata, bajo centralidad nacional de Buenos Aires, afianza un patrón energético-alimentario con peso del Estado.

- Vector energético tardío vs. temprano: el TAL (1967) reconfigura Trieste hacia la energía; La Plata pivota a energía ya en 1925 con YPF.

1. "Dos puertos-bisagra con lógicas distintas": Trieste como puerta adriática de Europa Central (derecho internacional + logística energética tardía); La Plata como puerta atlántica del Estado empresario (energía temprana + carnes).

2. "Universidades que reflejan economías": Trieste (comercio/derecho) al servicio de servicios marítimos/finanzas; La Plata (ciencias/ingenierías) al servicio del aparato público-industrial.

3. "Cultura estadística y capacidad de serie": Trieste ofrece continuidad censal/municipal (ISTAT + portales locales); La Plata obliga a integrar series sectoriales (YPF, puerto, provincia, UNLP).

Valparaíso (Chile), 1914–1970: Puerto histórico, universidad técnica y repertorios biográficos — en espejo con La Plata

Puerto y conurbación portuaria

Tras el gran sismo de 1906, Valparaíso encaró una reconstrucción urbana y portuaria de gran escala que dejó huella en la traza (abovedamiento de esteros y avenidas nuevas en El Almendral) y preparó el salto modernizador de las décadas siguientes.

La Ley Nº 2.390 (1910) financió obras en Valparaíso y el nuevo puerto de San Antonio; en 1912 se iniciaron los trabajos del molo de abrigo y de la infraestructura que consolidó al puerto porteño en la primera mitad del siglo XX.[75]

Durante los años 1910–30 se completó el rompeolas y se dotó al frente marítimo de muelles y defensas; el faro Duprat, operativo desde 1921, simboliza ese ciclo. La ferrovía Valparaíso–Santiago —electrificada en 1921–24— reforzó la articulación logística con la capital.

Desde 1912 San Antonio emergió como competidor, reequilibrando tráficos en la Zona Central; aun así, Valparaíso conservó centralidad mercantil y administrativa en el ciclo salitrero tardío y en el cabotaje nacional.

Energía e industria de base

Aunque Valparaíso no tuvo en su casco una gran refinería como La Plata, el Gran Valparaíso incorporó un nodo energético estratégico: la refinería Aconcagua (Concón), inaugurada en 1955 por ENAP, cuyo montaje llegó por el propio puerto porteño y abasteció de combustibles a la Zona Central.

En 1960, la creación de EMPORCHI unificó la administración estatal de los principales puertos —incluido Valparaíso—, marcando el cierre del ciclo "clásico" y preparando la etapa de modernización posterior.

---

75 Para Valparaíso (Chile) — reconstrucción 1906–, puerto/ferrocarril, ENAP Aconcagua, universidades técnicas ver: Hidalgo, R., & Zunino, H. (2011). Valparaíso y su área metropolitana: Transformaciones urbanas y territoriales en el siglo XX. EURE, 37(110), 5–29. https://doi.org/10.4067/S0250-71612011000300001 . Lagos, M. (2000). La reconstrucción de Valparaíso después del terremoto de 1906: Urbanismo, higiene y modernización. Revista de Urbanismo, 2, 1–18. Matus, C. (2006). Ferrocarril y puerto en la construcción de la ciudad-puerto de Valparaíso. Revista de Historia y Geografía, 20, 55–78. PUCV. (2003). Ingeniería en Valparaíso: Trayectorias de la PUCV en el siglo XX. Revista Ingenium, 4(2), 33–49. Vargas, S. (2010). ENAP Aconcagua y la consolidación del polo energético de la zona central (1955–1980). Revista de Historia Industrial y de la Energía, 3, 71–95.

Universidad técnica y capital formativo

El rasgo definitorio frente a otras urbes latinoamericanas es el dúo universitario de vocación técnica: la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso abrió en 1928 con Facultades de Ciencias Aplicadas y de Comercio, y la Universidad Técnica Federico Santa María inauguró su casa central neogótica en 1931, con fuerte impronta de ingeniería y ciencias. Ese capital formativo proveyó cuadros técnicos para puertos, ferrocarriles, obras públicas y, más tarde, hidrocarburos.

Cultura estadística y repertorios biográficos

Chile consolidó desde el siglo XIX una serie continua de anuarios estadísticos nacionales y censos —insumo clave para series urbanas, mortalidad, comercio y trabajo—; trabajos académicos permiten derivar, por ejemplo, el descenso de la tasa bruta de mortalidad en Valparaíso de 34,5‰ (1920) a 12,8‰ (1952).

Para los perfiles sociales y de élites, el Diccionario histórico, biográfico y bibliográfico de Chile (Virgilio Figueroa, 1925–31) y el Diccionario biográfico de Chile (Pedro Pablo Figueroa, ediciones previas) ofrecen repertorios sistemáticos que permiten montar prosopografías regionales (portuarias, comerciales, universitarias).

La materialidad urbana —ascensores como Artillería (1914)— y su posterior declaratoria como monumentos históricos hablan de una cultura técnica y de movilidad en cerros, útil para leer estratificación residencial y accesibilidad al empleo portuario.

Valparaíso y La Plata: afinidades y contrastes (1914–1970)

- Posición sistémica: ambas son “puertos de la capital” (Santiago/Buenos Aires) y, por eso, potentes pero subordinadas a decisiones

tomadas en los polos mayores. En Valparaíso, la competencia de San Antonio desde 1912 redistribuye tráficos; en La Plata, Buenos Aires limita su hinterland marítimo.

- Nodo energético-industrial: La Plata ancla tempranamente su perfil con YPF–Destilería La Plata (1925), que integra puerto–refinería–ferrocarril y abre un distrito petroquímico; Valparaíso lo hace más tarde y por extensión metropolitana con ENAP Aconcagua (1955).

- Universidades: UNLP (1905) modela a La Plata como "ciudad universitaria" integral; Valparaíso compone un cluster técnico (PUCV + UTFSM) con fuerte sesgo ingenieril aplicado a puerto, energía y obras.

- Trayectorias urbanas: La Plata es una ciudad planificada de llanura con puerto satelital (Ensenada–Berisso) y polo frigorífico (Armour/Swift); Valparaíso es ciudad-anfiteatro con infraestructura de abrigo y ascensores, donde la topografía organiza trabajo y vivienda.

- Cultura estadística y biográfica: en ambos casos se puede sostener una comparación fina: en La Plata con "Quién es Quién", padrones y anuarios provinciales; en Valparaíso con los diccionarios biográficos nacionales y anuarios estadísticos, más series sanitarias y laborales.

Qué medir (y cómo) para la comparación

1. Tráfico portuario y shocks institucionales: Series de movimiento de buques/tonelaje (Valparaíso/San Antonio; Ensenada–La Plata/Buenos Aires) en cortes 1910s–30s–50s–70s; hitos: molo (1912–30), EMPORCHI (1960), YPF (1925).

2. Cadenas energéticas: ENAP Aconcagua (Concón, 1955) vs. Destilería YPF La Plata (1925): empleo directo, insumos, productos, redes de oleoductos/ferrocarril y efectos fiscales.

3. Capital humano técnico: Matrículas y egresos en ingeniería y oficios técnicos (PUCV, UTFSM, UNLP) y su inserción en puertos, ferrocarriles y energía.

4. Transición urbana y sanitaria: Tasas de mortalidad/esperanza de vida en Valparaíso y La Plata como proxy de infraestructura urbana, vivienda y salud. (Valparaíso cae de 34,5‰ en 1920 a 12,8‰ en 1952).

5. Prosopografías locales: Elites portuarias, ingenieriles y comerciales: cruces entre directorios de empresas, prensa local y repertorios biográficos (Figueroa/Figueroa) para mapear trayectorias y redes.

- "Puerto de capital con doble anclaje": en ambos casos la proximidad a la capital nacional crea oportunidades (inversión en infraestructura, universidades, empleo público) pero también límites (competencia directa con el puerto mayor o alternativo). En Valparaíso, el giro hacia San Antonio desde 1912 reconfigura centralidad; en La Plata, Buenos Aires impone su gravitación.

- "Sinergia técnica": allá donde la universidad técnica se acopló a obra pública, puerto y energía (PUCV/UTFSM–ENAP–FF.CC.), el tejido ocupacional resistió mejor las oscilaciones comerciales que en enclaves más mono-especializados.

- "Cronología desfasada de la energía": La Plata petrolera (1925) anticipa en 30 años el viraje energético que el Gran Valparaíso concreta con ENAP (1955); ese desfase ayuda a explicar diferencias en salarios industriales, sindicalización y urbanización periférica.

Southampton (Inglaterra), 1914–1970: directorios comerciales, trabajo portuario y reconfiguración industrial

Ciudad-puerto atlántica: del "liner" a la contenedorización

Entre la Gran Guerra y los años sesenta, Southampton pasó de ser "puerta del Imperio" y terminal de grandes trasatlánticos a un puerto que se reconfigura para la logística moderna. El Ocean Terminal (1950), inaugurado por Clement Attlee, condensó el cenit del tráfico de pasajeros —un edificio terminal-estación con pasarelas telescópicas y flujo masivo hacia los "boat trains"— antes de que el avión desplazara a los liners en la década de 1960.[76]

La reconversión decisiva llegó tras el Informe Rochdale (1962) y la creación del British Transport Docks Board (BTDB), que impulsaron concentración de inversiones y modernización: desde 1965 Southampton se reurbaniza como puerto contenedor, alterando paisaje y oficios.

Contrapunto La Plata. En el mismo arco temporal, La Plata consolida un perfil granelero-frigorífico-petroquímico (frigoríficos en Berisso; YPF La Plata desde 1925), con menos peso de pasajeros y una transición logística más lenta hacia la contenedorización de posguerra.

Directorios comerciales y repertorios: una base para prosopografías locales

76 El desarrollo de Southampton (Reino Unido) su reforma portuaria (Rochdale/Devlin), Ocean Terminal, petroquímica Fawley se puede seguir en: H.M. Government. (1962). Final Report of the Committee of Inquiry into the Major Ports (Rochdale Report) [Cmnd. 1970]. HMSO. Devlin Committee. (1965–1967). Report of the Committee of Inquiry into Certain Matters concerning the Port Transport Industry. HMSO.
Jones, E. (2010). From liners to containers: Southampton's Ocean Terminal and the reshaping of a port city. Journal of Transport History, 31(2), 123–141. https://doi.org/10.7227/TJTH.31.2.3 . Lang, J. (1952). The Esso Fawley refinery: Design and operation. Transactions of the Institution of Chemical Engineers, 30, 165–186. Turnbull, P. (2012). Port labour and governance in the UK: From decasualisation to deregulation. International Labour Review, 151(4), 481–502. https://doi.org/10.1111/j.1564-913X.2012.00154.x

Southampton ofrece series densas de directorios comerciales y de calles (p. ej., *Kelly's Directory of Southampton and Neighbourhood*, 1930–31) y repertorios de Hampshire custodiados por archivos y bibliotecas locales (Southampton Archives; Cope Collection, Hartley Library). Son fuentes ideales para trazar redes de firmas portuarias, brokers, transitarios, talleres navales y servicios urbanos entre 1914 y 1970.

A escala nacional, las colecciones de directorios británicos (Leicester / UK Web Archive; National Archives) permiten completar series para décadas interbélicas y la posguerra.

Estos anuarios son homologables a los "Quién es Quién" y guías comerciales que usted usa para La Plata/Gran La Plata: permiten comparar densidad empresaria y movilidad ocupacional en eslabones portuarios y de servicios. Para el caso platense, la triangulación con Puerto La Plata y UNLP ayuda a fijar cronologías institucionales y técnicas.

Trabajo portuario, sindicalización y reforma del modelo laboral

Hasta 1947, el empleo en los muelles británicos era marcadamente casual. El National Dock Labour Scheme (NDLS) introdujo registro y garantías; y, tras los conflictos de los 50, las reformas Devlin (1965–67) avanzaron en des-casualización, licencias de empleadores y nuevas escalas salariales, preparando el terreno para la mecanización/contenerización.

En Southampton, estos cambios se articularon con la reorganización del sistema portuario (BTDB) y con acuerdos sectoriales de fines de los 60 que habilitaron nuevos métodos de trabajo y mayor movilidad entre oficios.

Paralelo con La Plata. Mientras el puerto bonaerense mantiene una base laboral fuertemente anclada en frigorífico-estiba y, desde 1925, en

YPF, la legislación y conflictividad británicas se orientan antes hacia la estandarización de tareas portuarias para la contenedorización. (Para el trasfondo platense: frigoríficos Armour/Swift y polo YPF-Ensenada.)

Reconfiguración industrial-energética del estuario

El gran pivot fue el complejo energético-químico de Southampton Water: la refinería de Fawley (Esso) se reconstruye y expande en 1951 —llegaría a ser la mayor del Reino Unido— y atrae un encadenamiento petroquímico (International Synthetic Rubber, Monsanto, Union Carbide), además de suministrar fuel-oil a centrales como Marchwood (puesta en marcha 1955). Esto redibuja el hinterland industrial y los tráficos portuarios (crudo, productos refinados, químicos).

La Plata desarrolla antes su polo petrolero estatal (YPF La Plata, 1925) y sostiene una base frigorífica exportadora; Southampton salta en los 50 a un complejo petroquímico de gran escala privado/multinacional, que empuja la modernización logística de los 60.

Universidad y perfiles técnico-científicos

La University of Southampton obtiene Carta Real en 1952 (con facultades de Ingeniería, Ciencias y Economía) y desde 1947 impulsa electrónica/ingenierías (Zepler). La expansión universitaria de posguerra alimenta cuadros técnicos para el cluster portuario-aeronáutico-petroquímico.

En espejo. La UNLP había sido nacionalizada en 1905; su temprano sesgo científico y formación de ingenierías le dio a La Plata un capital humano previo —clave para YPF y la industria pública/mixta regional—, mientras Southampton acelera ese ciclo en los 50–60.

Guerra y posguerra: impacto urbano-productivo

Southampton fue puerto clave del Día-D: enormes corrientes de tropas y material partieron de sus muelles; la ciudad y los docks sufrieron bombardeos y militarización. La industria aeronáutica local (Supermarine/Spitfire) fue blanco de ataques y debió dispersar su producción tras los bombardeos de septiembre de 1940.

Estas tensiones aceleraron la reconstrucción de posguerra (Ocean Terminal, planes portuarios) y, dos décadas después, la gran reconversión hacia el contenedor.

Southampton vs. La Plata: afinidades y diferencias estructurales

Afinidades:

- Puerto-ciudad con universidad que provee técnicos y profesionales a un hinterland industrial.

- Virajes energéticos: polos de refinación como nodos logísticos (Fawley 1951; YPF La Plata 1925).

Diferencias:

- Temporalidad productiva: La Plata integra frigoríficos y refinación desde los años 20; Southampton arma su petroquímica en los 50 y salta antes al contenedor en los 60.

- Régimen laboral portuario: Reino Unido pasa de la casualidad al NDLS (1947) y a la reforma Devlin (1965–67); en La Plata, la matriz ocupacional se ancla más tiempo en frigorífico-estiba y empleo industrial estatal/mixto.

- Pasajeros vs. cargas: el peso de los liners en Southampton (Ocean Terminal) no tiene equivalente en La Plata; allí predominan graneles, carnes y combustibles.

Qué medir (y cómo) para su comparación sistemática

1. Series de directorios (Southampton: Kelly's 1930–31 y sucesivos; La Plata: guías/"Quién es Quién"): densidad y rotación de firmas portuarias, transitarios, talleres mecánicos, agentes marítimos.

2. Empleo portuario: registros NDLS/Devlin (tipos de jornada, decasualización) vs. padrones sindicales/sectoriales platenses.

3. Tráfico portuario por rubro: pasajeros/carga general vs. crudo, refinados, químicos; identificar quiebres con Ocean Terminal (1950) y contenedor (post-1965).

4. Complejos energéticos: cronologías Fawley/Marchwood y YPF La Plata; inversiones, encadenamientos (químicos, potencia, ductos).

5. Universidad-industria: titulaciones técnicas, convenios con docks, astilleros, petroquímica; comparar 1950–70 (Southampton) con 1920–50 (UNLP/YPF).

- H1. La petroquímica-energía (Fawley) y la reforma laboral portuaria (NDLS/Devlin) explican la capacidad de Southampton para anticipar la contenedorización y sostener crecimiento en los 60, mientras La Plata preserva más tiempo un mix frigorífico-refinación de base "fordista".

- H2. La distinta trayectoria universitaria (UNLP más temprana; Southampton expansiva en posguerra) modula la oferta técnica y la especialización regional (petróleo estatal vs. petroquímica privada).

- H3. La función de puerto de guerra (D-Day) y la destrucción bélica actúan como "shock modernizador" en Southampton —reconstrucción, Ocean Terminal, planificación— sin un equivalente en La Plata.

Comparar a La Plata con Durban, Hamilton, Bilbao, Gdynia–Gdańsk, Trieste, Valparaíso y Southampton no fue un ejercicio de "rankear" ciudades, sino de poner en perspectiva una trayectoria local frente a shocks comunes —guerras, transiciones energéticas, reconversiones logísticas— y órbitas desiguales dominadas por grandes núcleos (Johannesburgo–Pretoria, Toronto, la Ría, Europa Central, Santiago, Londres, AMBA). En esos espejos, La Plata aparece como ciudad-puerto universitaria que ensayó temprano un encastre estatal-energético singular (YPF–Refinería 1925 + UNLP 1905) y que, sin embargo, cargó con la gravitación porteña, las externalidades ambientales del cordón Berisso–Ensenada y una conflictividad laboral constitutiva de su ciudadanía social.

El hilo conductor que organizó el capítulo —la tríada "puerto–energía/industria–universidad"— se verifica en todos los casos, pero con temporalidades y arreglos políticos diversos. La Plata anticipó el vector petrolero (1925) que Durban masificó en los 50–60 (ENREF, SAPREF) y que Trieste recondujo tardíamente con el TAL (1967). Hamilton se disparó con la Seaway (1959); Southampton se reinventó tras Rochdale (1962) y las reformas NDLS/Devlin; Gdynia fue un puerto planificado entre guerras para dotar de soberanía al Estado polaco, en tensión con Gdańsk; Bilbao integró acero-buque-puerto bajo un régimen autoritario que disciplinó su fuerza de trabajo; Valparaíso rearmó su columna técnica (PUCV/UTFSM) y sumó el polo ENAP Aconcagua (1955) como inflexión energética. En cada caso, la misma tríada produjo ciudades diferentes porque el Estado, el trabajo y la cultura estadística fueron distintos.

Las curvas demográficas (1914–1970) que consolidamos en el cuadro y en las series muestran esos desfasajes con elocuencia: crecimientos acelerados donde hubo claridad logística y salto energético (Durban en los 50; Hamilton pos-Seaway), mesetas o recomposiciones donde mediaron fronteras y guerras (Gdańsk 1950; Trieste estabilizada), y trayectorias marcadas por la topografía y el contrato social (Valparaíso anfiteatro y movilidad vertical; La Plata planificada con periferias obreras; Southampton del liner al contenedor). La demografía resultó ser más que un telón de fondo: fue termómetro de inserciones y ordenamientos sociales.

Desde la sociología histórica, la lección no es una teleología ("debimos ser como X"), sino una cartografía de opciones y umbrales. Tres planos emergen con fuerza:

1. Gobernanza de la interfaz marítima y su hinterland. Donde hubo instituciones estables y reglas claras (Harbour Commission en Hamilton; Junta del Puerto de Bilbao; Puerto Franco triestino; BTDB y Rochdale en Southampton), la modernización logística fue estratégica y secuenciada. La Plata, concebida para servir y disputar al Puerto de Buenos Aires, consolidó un nicho especializado (carnes, luego energía) pero sin un "momento Seaway/Devlin" propio que reordenara a tiempo su función en la red atlántico-platense. La oportunidad histórica que deja el espejo es nítida: definir la función del Puerto La Plata en cadenas bioceánicas y de cabotaje de contenedor, alinear normas, inversiones y datos con esa función, y gobernar a escala metropolitana de cuenca (AMBA–Río de la Plata).

2. Transición del metabolismo industrial. La ventaja temprana de YPF (1925) creó una cultura técnica y un aparato estatal-empresario que sostuvieron empleo, barrios y movilidad social. Hoy, cuando el vector energético se redefine, la experiencia comparada

sugiere reconversión con continuidad de capacidades: del polo petroquímico a energías limpias y bioindustrias (hidrógeno, biocombustibles avanzados, captura y uso de CO_2, química circular), usando la UNLP como nodo de I+D y el territorio Berisso–Ensenada como laboratorio de transición justa — aprendiendo de Fawley/Southampton y de la limpieza de la ría en Bilbao o Randle Reef en Hamilton para remediar el frente estuarial sin expulsar comunidad.

3. Contrato social, universidad y memoria. Los casos comparados muestran que la modernización sin instituciones laborales robustas deriva en fractura (Durban bajo apartheid; diciembre de 1970 en Gdynia/Gdańsk); con pacto y pedagogía, acelera con menos daño (Devlin/NDLS en UK; PBL de McMaster en los 60). La Plata porta un activo histórico: sindicatos densos y una universidad pública que desde 1905 produce cuadros para el Estado y la región. La oportunidad no es "emular" un modelo, sino profundizar el propio: alianzas UNLP–Puerto–YPF/empresas–municipios para formar técnicos de transición, crear escuelas territoriales de oficios verdes, y sostener un observatorio estadístico-prosopográfico metropolitano que integre series (población, empleo, salud ambiental, cadenas logísticas) y memorias obreras/empresarias como insumo de política pública.

En el plano metodológico, la comparación demostró que la evidencia importa tanto como la teoría. Donde hay boletines municipales (Bilbao), ISTAT (Trieste), INE (Chile), censos regulares (Canadá/Reino Unido), la ciudad dispone de instrumentos para verse y corregir rumbos; donde las series son fragmentarias, la mirada se vuelve dependiente de memorias sectoriales y disputas políticas. De allí la pertinencia —para La Plata— de un sistema de series públicas interoperables y de un archivo vivo de trayectorias (empresariales, técnicas, sindicales, científicas) que permita leer la sociedad en movimiento.

Mirando hacia atrás, 1914–1970 fue el laboratorio donde La Plata se hizo ciudad técnica: puerto satelital, refinería estatal temprana, universidad moderna, barrios obreros, conflictividad organizada. Mirando hacia adelante, la comparación sugiere que no hay determinismo metropolitano: hay ventanas de decisión. Allí donde otras ciudades redefinieron su función portuaria, orientaron su vector energético y remitieron sus pasivos ambientales con inteligencia institucional, la curva demográfica volvió a moverse con calidad social. La Plata posee los activos —trama de saberes de la UNLP, tradición de organización del trabajo, memoria pública y un puerto con margen de crecimiento— para encarar su propio giro de época.

Este capítulo no clausura una historia; abre un programa: medir mejor para gobernar mejor; reencastrar el puerto en redes contemporáneas; transformar el polo energético sin perder empleo; hacer de la universidad el verdadero artesano cívico de la transición; reparar el borde estuarial como política de Estado; y situar a La Plata en una geografía ampliada —Atlántico sur, corredor bioceánico, sistema de puertos secundarios— desde donde disputar valor, conocimiento y futuro. Esa, en el fondo, es la promesa que estas comparaciones dejan sobre la mesa: la modernidad periférica no es un destino, es un campo de elección histórica.

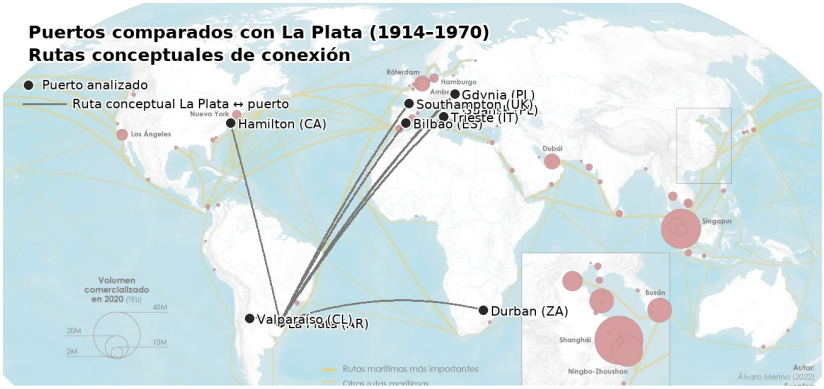
Evolución poblacional (1910/11–1970) — ciudades comparadas

Ciudad	~1910/11	~1930/31/36	1950/51/52	1960/61	1970/71
La Plata (AR)	155.352 (1914)	–	294.058 (1947)	406.052 (1960)	521.936 (1970)
Durban (ZA)	69.187 (1911)	259.606 (1936)	483.990 (1951)	693.060 (1960)	810.699 (1970)
Hamilton (CA)	81.969 (1911)	155.547 (1931)	208.321 (1951)	266.926 (1961)	318.499 (1971)
Bilbao (ES)	92.116 (1910)	156.920 (1930)	216.417 (1950)	294.174 (1960)	405.908 (1970)

Ciudad	~1910/11	~1930/31/36	1950/51/52	1960/61	1970/71
Gdańsk (PL)	170.000 (1910)	258.000 (1939≈30)	178.600 (1950)	266.000 (1960)	339.600 (1970)
Gdynia (PL)	–	–	119.000 (1950)	187.000 (1960)	245.000 (1970)
Trieste (IT)	229.510 (1911)	234.400 (1936)	248.000 (1951)	265.000 (1961)	289.000 (1971)
Valparaíso – comuna (CL)	– (1907)	– (1920/1930)	218.829 (1952)	252.865 (1960)	252.708 (1970)
Southamp-ton – County Borough (UK)	104.824 (1911)	160.994 (1931)	176.007 (1951)	189.821 (1961)	215.120 (1971)

Resumen de cuadro comparativo.

Ciudad	Año inicial	Pob. inicial	Año final	Pob. final	Años	Crec. total %	GR anual
Bilbao (ES)	1910	92.116	1970	405.908	60	341	3
Durban (ZA)	1911	69.187	1970	736.853	59	965	4
Gdańsk (PL)	1910	170.337	1970	365.000	60	114	1
Gdynia (PL)	1950	119.000	1970	245.000	20	106	4
Hamilton (ON, CA)	1911	81.969	1971	309.173	60	277	2
La Plata – Partido (AR)	1914	138.196	1970	408.300	56	195	2
Southampton – County Borough (UK)	1911	122.884	1971	215.131	60	75	1
Trieste (IT)	1911	229.510	1971	271.879	60	18	0
Valparaíso – comuna (CL)	1907	190.951	1970	253.533	63	33	0



Fuente: Mapa comparativo de ciudades-puerto en la órbita de metrópolis mayores (1914–1970). La Plata como nodo de referencia y enlaces conceptuales hacia Durban, Hamilton, Bilbao, Gdynia–Gdańsk, Trieste, Valparaíso y Southampton. Elaboración propia con fines analíticos.

ANEXO A:

Cuadro-resumen: qué cuentan (y qué callan) los censos

Eje	1912 – Censo de Industria y Comercio (la ciudad planificada)	1914 – Tercer Censo Nacional (Población)	1947 – IV Censo General (Población)
Propósito explícito	Diagnóstico y promoción de radicación fabril/comercial en la capital provincial.	"Foto nacional" de población, urbanización, nacionalidad, instrucción y profesiones.	"Población legible" para el Estado ampliado: estructura por edad/sexo/origen, analfabetismo, religión, ocupación/ramas.
Escala/Unidad territorial	Municipal (la capital) con énfasis en corredores ferro-portuarios y localización intraurbana.	Nacional con tabulados por provincias/partidos; la urbe como centro urbano (incluye Tolosa y Los Hornos).	Nacional con mejor territorialización y listado de centros en el mismo partido (la ciudad universitaria, Berisso, Ensenada, City Bell, etc.).
Unidad de análisis	Establecimiento industrial/comercial (rama, tamaño, emplazamiento).	Persona/Hogar (población por sexo, edad, nacionalidad, instrucción; profesiones).	Persona/Hogar (más módulos: analfabetismo, religión, parentesco, fecundidad, ocupación→rama).
Tratamiento de lo "urbano"	Implícito (localización productiva en la trama urbana).	Corte urbano/rural; umbral que invisibiliza localidades <2.000 hab.	Corte urbano/rural + centros listados dentro de cada partido (conurbanización explícita).

Eje	1912 – Censo de Industria y Comercio (la ciudad planificada)	1914 – Tercer Censo Nacional (Población)	1947 – IV Censo General (Población)
Ocupación / Industria	Detalle por ramos locales; foco en conectividad y ventajas comparativas.	Profesiones (tipología amplia, poco homogénea).	Ramas y servicios (mayor estandarización: textil, metalurgia, química, gráfica; servicios estatales y portuarios/transportes).
Lo que muestra para LP-E-B	Potencial y cuellos de botella para la radicación fabril; articulación ciudad-puerto.	Mayoría urbana del país; LP con periferias integradas; perfil inmigrante fuerte en el cordón obrero portuario-frigorífico.	Madurez urbano-estatal: peso del empleo público/educativo en LP y del fabril-logístico en Berisso/Ensenada; mosaico de centros en un mismo partido.
Sesgos/omisiones	Invisibiliza trabajo doméstico/precario y conflictividad laboral; sesgo pro-promoción.	Sube-representa grandes centros; deja fuera villas/anillos <2.000 hab.; profesiones poco finas.	"Cajones" de actividad desconocida; subdeclaración de trabajo femenino/cuidado; poca captura de hábitat (hacinamiento, precariedad).
Performatividad estatal	Estado desarrollista municipal/provincial que invita a invertir.	"Álbum de nación" exportadora (puertos, frigoríficos) y orden estadístico.	Estado gestor y empleador que planifica por indicadores (analfabetismo, servicios, ocupación).
QEQ (1972)	Georreferenciar ramos/emplazamientos para rastrear trayectorias empresa-Estado-barrio.	Calibrar cohortes (extranjeros/nativos; alfabetización inicial; primeras profesiones).	Cruces por carreras (docencia/Justicia/UNLP/administración), ramas fabril-serviciales y centros del partido.

ANEXO B:

Selección de casos curados.

3.1. Educación y Universidad (magisterio, profesorado, UNLP)

Este grupo incluye docentes, profesores, académicos, directores de instituciones educativas y funcionarios universitarios, especialmente en la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) o instituciones del magisterio.

Nombre	Títulos/Cargos Relevantes
ABATE Luis Antonio	Profesor de Castellano, Geografía, Historia, Matemática, Psicología, Lógica e Instrucción Cívica; Vice-rector del Colegio San José de La Plata.
ABATE José Vicente	Profesor de Sociología Económica de la Universidad Católica de La Plata.
ALBINI Alfredo Luis	Decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP (1959-1960, 1969-1970); Jefe del Departamento de Filosofía y Vice-decano de la Facultad.
ALBINI Agustín Jorge	Profesor suplente de Derecho Administrativo en la Universidad Católica de La Plata.
ALLENDE Roberto	Miembro titular de la Asamblea Universitaria (1963-65).
ALLENDE DE OVIEDO Roberto A.	Profesor titular de Historia Argentina II y director del Instituto de Historia Argentina "Ricardo Levene" (UNLP); Profesor asociado en Facultades de Ciencias Económicas (UNLP y UBA).

AMBROSIS Pura Sánchez de	Profesora de Enseñanza Secundaria, Normal y Especial de Filosofía y Ciencias de la Educación.
AMETRANO Juan Martín	Maestro Normal Nacional; Maestro rural y ejerció la docencia primaria y media (25 años); Subsecretario de Educación (designado por Poder Ejecutivo); Miembro Comisión de Reforma del Estatuto del Docente; Ministro de Educación de la Provincia de Buenos Aires (1961-62); participó en la creación de la Universidad de Mar del Plata.
ANDREOTTI Ana María	Psiquiatra en escuelas dependientes de la Dirección de Enseñanza Diferenciada y Psicología (Ministerio de Educación PBA).
ANDREOZZI Agustín	Presidente de la Universidad Nacional de La Plata (1950); Profesor de Introducción al Derecho (UNLP) y de Procedimiento Penal en la Escuela de Policía de la Provincia (1957-59).
APREDA Ana María	Profesora de Filosofía; Docente universitaria; Dictó cátedras en diversos colegios de La Plata.
ARA Juan Carlos	Profesor titular en el Profesorado en Ciencias Naturales del Instituto Terrero de La Plata (desde 1965).
ARTOLA Abel M.	Consejero titular del H.C.A. de la Facultad de Agronomía de La Plata; Delegado suplente a la Asamblea Universitaria (1964-65); Director técnico (ad honorem) de la Cátedra de Cerealicultura.
AZCONA María del Carmen Chaves de	Profesora Universitaria, Bióloga y Antropóloga; Profesora titular en la Facultad de Ciencias Naturales y Museo y en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP (desde 1964).
AZNAR Luis Ricardo	Profesor de Historia Argentina.
AYLLON Perla	Profesora de Filosofía y Pedagogía; Maestra en escuelas de Wilde y Villa Dominico; Profesora de Filosofía, Pedagogía y Psicología en Escuelas Normales y Colegio Industrial N° 1; Miembro del gabinete psicopedagógico de la Escuela Anexa.

AZCUY Calixto José Luis	Profesor titular por concurso y director del Instituto de Derecho Comercial de la Navegación (Fac. Cs. Jurídicas); Profesor titular por concurso de Derecho Privado desde el punto de vista económico II (Fac. Cs. Económicas).
BARGUT Luis	Profesor de Matemática, Física, Electrotécnica y Mecánica en la Universidad Nacional de Tucumán (1921-24) y en el Colegio Nacional de La Plata (1924-50).
BECERRA Olegario	Profesor de Historia y Política en la Argentina del siglo XX, en el doctorado de Ciencias Políticas de la Pontificia Universidad Católica Argentina.
BELLINGI José	Profesor Universitario; Profesor adjunto asistente en la cátedra Patología y Clínica de la Tuberculosis de la UNLP (desde 1950).
BELZUNCE Rosa Elvira C.	Subjefa en la Dirección de Museos (Ministerio de Educación); Docente en el Colegio Nacional de La Plata y en la Escuela de Enseñanza Media N° 2.
BERGAMINI Renzo Humberto	Profesor de Historia y Geografía; Vice-director de la escuela "San Vicente de Paul"; Docente en enseñanza primaria, secundaria y superior; Profesor titular de Historia y Sociología en Institutos del Ministerio de Educación PBA.
BERNASCONI José F. J.	Docente universitario (desde 1942); Profesor titular de la Universidad del Museo Social Argentino (Escuela de Museología); Profesor titular de Derecho Notarial en la UCALP.
BILBAO Antonio Luis	Profesor titular de Práctica Profesional del Contador (desde 1961); Director del Instituto Superior de Contabilidad; Miembro de la Comisión Organizadora de la Primera Conferencia de Universidades Nacionales Argentinas (1965).
BOFFI BOGGERO Luis María	Profesor de Derecho Civil I y Legislación Notarial (UNLP); Director del Instituto de Derecho Comparado (UNLP).

BOMAN Rodolfo	Consejero académico y decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP; Secretario de la Facultad de Ciencias Físico Matemáticas; Secretario organizador del Instituto de Aeronáutica de La Plata.
BONNET Angélica A.	Auxiliar del Departamento de Filosofía y jefa de trabajos prácticos de la Cátedra Introducción a la Filosofía (UNLP); Profesora del Instituto Superior de Relaciones Humanas.
BORRAS Ricardo Luis	Decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la UNLP (1964); Vice-decano (1958 y 1961-64); Profesor titular de Sociedades Anónimas y Seguros.
BRUSA María E. C. de	Auxiliar docente en la cátedra de Legislación Notarial (UNLP).
BUCHER Raúl Alberto	Jefe de Trabajos Prácticos y Profesor accidental de Agrimensura Legal (UNLP); Profesor de Matemática en Colegio y Escuela Normal Nacional N° 2.
BUNGE Jorge O. R.	Profesor en la Escuela Superior de Periodismo de la UNLP (1956-60).
BUSH Raúl Alberto	Jefe de trabajos prácticos en la Facultad de Ciencias Físicomatemáticas de la UNLP.
CABASSI Alfredo M.	Profesor adjunto de Clínica Médica y de Medicina Interna (Facultad Ciencias Médicas UNLP).
CALCAGNO Raúl D.	Jefe de trabajos prácticos, docente autorizado y profesor adjunto en varias cátedras (Facultad Ciencias Médicas UNLP).
CALDERÓN Héctor S.	Profesor de Estadística General en la Universidad Católica de La Plata (1968); Miembro de la Comisión de Ingreso de la Facultad de Ciencias Físicomatemáticas (UNLP).
CALDERÓN Ricardo J.	Ejerció la docencia universitaria y secundaria, incluyendo cátedras de Organización del Comercio y Economía Política. Profesor interino de Economía y Política Bancaria (Facultad Cs. Económicas UNLP).

CALZETTA Pedro E.	Director del Instituto de Investigaciones Literarias (UNLP); Consejero titular por el claustro de profesores (1948); Vicedecano (1948) y Decano (1950) de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
CAMPODÓNICO Roberto Miguel	Jefe de trabajos prácticos (desde 1966) en la Facultad de Ciencias Exactas de la UNLP.
CANALES José G. T.	Profesor adjunto de Legislación Notarial y Derecho Romano (UNLP); Profesor titular de la Universidad Notarial Argentina.
CÁNOVAS Julio R.	Profesor titular de Ingeniería Legal en la Facultad de Ciencias Físicomatemáticas de la UNLP.
CAPURO Juan J.	Auxiliar docente en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de La Plata (1962-65).
CASTELLS Carlos A. M.	Jefe de trabajos prácticos (interino) de Topografía y ayudante diplomado de Topografía y Geodesia (Facultad Ciencias Físicomatemáticas UNLP).
CASTILLO Horacio	Profesor de Metodología de la Persuasión de Masas en la UNLP; Miembro del Instituto de Filosofía del Derecho de la UNLP.
CASTRO Carlos O.	Profesor en la Escuela Penitenciaria (Derecho Penal) y en la Escuela de Auxiliares de Enfermería (Familia y Sociología).
CERECETTO Roque G.	Docente de la Escuela de Técnicos en Bienestar Social; Profesor de Parasitología y Microbiología, y de Enfermedades Trasmisibles (Facultad Ciencias Médicas UNLP).
CHAPPA Inés Herrera de	Profesora de Historia y Geografía/Geología; Dictó cátedras en Colegio Nacional, Liceo Víctor Mercante de La Plata y Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Tucumán; Vicedirectora y directora en la Escuela Nacional Superior de Comercio.
CLERICI Miguel A.	Representante de la Facultad de Ciencias Veterinarias ante la Asamblea Universitaria de La Plata (1963 y 1964).

COHEÑAS Ricardo A.	Delegado a la Federación Universitaria de La Plata (1947-48); Delegado estudiantil ante el H. Consejo Académico/Directivo de la Facultad de Ciencias Jurídicas.
COLOCCIA Omar	Docente en la Escuela Superior de Policía de la Provincia de Buenos Aires (1951-56); Ayudante de trabajos prácticos en la Facultad de Ciencias Jurídicas (UNLP) (1969).
CORONEL María Angélica de	Profesora de Cultura Musical en el Colegio Nacional y en el Liceo "Víctor Mercante" de la UNLP.
CORTI FORTUNATO María M.	Jefe del Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP (1939-44).
CORSICO María Celia Mercedes Agudo de	Directora del Servicio de Orientación Educativa del Liceo "Víctor Mercante"; Profesora titular por concurso de Psicología Educacional (UNLP).
COSTAMAL Ricardo G.	Profesor titular por concurso de Apicultura (Facultad de Agronomía UNLP).
COTTA Roberto Diego	Vicedecano (1961) y Consejero Académico (1960-61) de la Facultad de Ciencias Físicomatemáticas (UNLP).
CRUZ Nilda A. A. de la	Directora del Instituto Psicopedagógico; Directora de Educación; Subdirectora General de Menores; Dirigente Asociación de Maestros PBA.
DE MARCO Julio César	Profesor de Parasitología y Micología Médica (Facultad Ciencias Médicas UNLP).
DE PAULA Carlos M.	Representante de la Facultad de Ciencias Económicas de la UCALP en la V Reunión de Escuelas de Economía de América Latina.
DE LA HOZ Virgilio	Profesor de Construcción de Edificios en la Facultad de Ingeniería de la UNLP (desde 1956).
DÍAZ Ricardo A.	Miembro del Consejo Superior de la UNLP y varias veces consejero académico.
D'ONOFRIO Ricardo J.	Ganó por concurso la cátedra de Centros y Agencias de Información Internacional en la Escuela de Periodismo de la UNLP.

ESTIÚ María C. R. de	Docente secundaria (Castellano/Literatura Universal) en la Escuela Superior de Bellas Artes y Liceo Víctor Mercante (UNLP); Ayudante diplomada en la UNLP.
ETCHECOPAR Jorge A.	Consejero académico de la Facultad de Ciencias Económicas (UNLP y UCALP); Consejero superior (UNLP La Pampa); Profesor de Organización Industrial y Comercial (UNLP).
ETCHESARRY Delia L. F. de	Profesora ayudante en trabajo de investigación (UNLP); Ayudante diplomada en el Departamento de Geografía (UNLP); Profesora en Liceo Víctor Mercante.
FERNÁNDEZ Luis E.	Profesor titular por concurso en la cátedra de Análisis de los Estados Contables (UNLP, Mar del Plata, La Pampa, UCALP).
FERNÁNDEZ Saturnino O.	Profesor en la Escuela Argentina de Periodismo y en la Escuela de Periodismo de la UNLP (cátedra "Agencias Noticiosas..."); Profesor de "Tipografía" en la Escuela Graduada "Joaquín V. González" (UNLP).
FOGELMAN Juan Carlos	Profesor adjunto de Ingeniería Sanitaria (UNLP); Jefe de trabajos prácticos en curso de especialización para graduados (UBA).
FOGELMAN Juan D.	Profesor de Historia (UNLP); Investigador adjunto en la Comisión de Investigaciones Científicas de la UNLP.
FOSSA Luis Miguel	Ayudante/Jefe trabajos prácticos/Profesor titular interino de Estática y Resistencia de Materiales (Facultad Cs. Físicomatemáticas UNLP); Catedrático en UTN.
FREYRE Juan R.	Profesor titular en la Facultad de Ingeniería de la UNLP y en la Escuela Naval Militar.
GALÁN Alicia A.	Secretaria y encargada de la Facultad de Humanidades de La Plata (1955-56).
GANUZZA Ángel E.	Profesor de Historia del Arte e Historia de la Cultura en institutos de nivel superior; Secretario de investigaciones del Instituto de Literatura de La Plata; Consejero académico y regente de la Escuela Superior de Bellas Artes de La Plata.

GARCÍA Cándido P.	Profesor ad-honorem de Psicología y Medicina Legal y Toxicología (Facultad Ciencias Médicas UNLP).
GARCÍA Miguel Angel	Secretario del Instituto de Estudios Cooperativos (UNLP); Profesor titular de Organización Administrativa (UNLP); Jefe de trabajos prácticos de Contabilidad Superior I (UNLP).
GIMÉNEZ Leopoldo R.	Ayudante de Geofísica, Jefe de Departamento y Profesor Full Time en el Observatorio Astronómico de La Plata; Integró la Comisión para establecer planes de estudio de Geofísico y Astrónomo.
GIROTTO María Esther	Redactora del Boletín Informativo de la Presidencia de la UNLP; Redactora del periódico "Noticias Universitarias" (Escuela Superior de Periodismo UNLP); Técnico de Revista en la Facultad de Ingeniería UNLP; Ayudante en la cátedra de Técnica de la Información.
GOBBI José S. R.	Profesor de Derecho Público en la UNLP (1965-68).
GODIO Julio Félix	Profesor en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UNLP); Presidente de la Federación Universitaria de La Plata; Investigador en la Comisión de Investigaciones Científicas de la UNLP.
GÓMEZ Julio C.	Profesor libre de la Facultad de Ciencias Médicas de la UNLP (1936).
GONZÁLEZ María Emilia L. de	Profesora de Pedagogía General (jefe de trabajos prácticos).
GRANONI Raúl D. M. F.	Profesor en la UNLP (sin especificar cargo en fuente).
GRINFELD Abraham	Profesor titular de Cirugía (desde 1970) (Facultad Ciencias Médicas UNLP); Consejero académico y miembro de la Comisión Permanente del Plan de Estudios.
HEINZEN María Cristina	Jefe de trabajos prácticos en la cátedra de Pedagogía General (UNLP); Asesor docente de Enseñanza Media; Integrante del Tribunal de Dosificaciones de Enseñanza Media.
IMPELLIZZERI Rómulo V.	Profesor adjunto de Clínica Obstétrica (por concurso); Director de la Escuela de Obstetricia de la UNLP; Director de la Escuela de Parteras de la Provincia.

INSAURRALDE Inés C. A. de	Profesora titular de varias cátedras en el Instituto "Juan N. Terrero"; Vicedirectora del Colegio Nacional de La Plata.
LEIVA CÉSAR Carlos F.	Profesor asociado de Metodología y Enciclopedia Jurídica (UCALP); Profesor adjunto/titular de Derecho Comercial (UCALP); Secretario de la Comisión de Reformas del Plan de Estudios.
LLOBET Carlos	Creó y organizó la biblioteca del Colegio Nacional de la UNLP (1923-1961).
LÓPEZ ARANGUREN Dolores J.	Profesora de Ciencias Biológicas (Fac. Cs. Naturales y Museo) y de Pedagogía y Ciencias Afines (Fac. Humanidades); Bibliotecaria y Vicedirectora de la Biblioteca Pública de la UNLP.
LUGONES Daniel José	Ayudante diplomado en la cátedra de Ingeniería Legal (UNLP).
LUNAZZI José María	Profesor de Filosofía y Ciencias de la Educación; Dirigió el Seminario de Ciencias de la Educación y dicta Pedagogía Diferenciada; Profesor titular de Historia de la Educación (UNLP); Director del Instituto de Fundamentos e Historia de la Educación (UNLP); Director de la Escuela Superior de Bellas Artes (UNLP).
MADERNA Carlos Hugo	Secretario general del Instituto Pro-Universidad Católica de La Plata; Miembro del Honorable Consejo Superior de la UCALP; Vicepresidente ejecutivo de la Fundación Universidad Católica de La Plata.
MANGE DE V. DE V. Inés M.	Consejera académica de la Facultad de Humanidades (UNLP) (1970-74); Integró comisiones para la reforma de los planes de estudio.
MARTÍNEZ Elina Z. F. de	Docente en enseñanza media y superior.
MAZZARELLO Néstor A.	Profesor de Filosofía y Ciencias de la Educación (UNLP).
MERCURI Carlos A.	Profesor adjunto de la cátedra de Bioquímica (Facultad Ciencias Médicas UNLP).

MONTOTO Mario Rubén	Miembro del Jurado de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales (UNLP); Profesor de Historia Universal y Nacional en la Escuela Vocacional de Ensenada.
MORENO Delia María Bascato de	Profesora de Filosofía y Ciencias de la Educación; Maestra de escuela primaria y diferenciada (ciegos/ disminuidos visuales); Profesora suplente de Psicología y Filosofía en la Escuela Normal N° 2; Docente en el Instituto "Monseñor Terrero".
MORENO Ernesto C.	Profesor de materias psicológicas y pedagógicas en la enseñanza superior (Instituto Superior del Profesorado "Juan N. Terrero"); Director organizador del ISEDED de La Plata; Profesor organizador del Primer Profesorado de Psicología.
MUÑOZ Ricardo O.	Jefe de trabajos prácticos en la Facultad de Ciencias Físicomatemáticas (UNLP).
NAVARRO Nilda E.	Profesora de Cultura Musical en el Colegio Nacional de la UNLP; Vicedirectora del Colegio Nacional.
NOVELLI Juan M.	Profesor adjunto/titular de Derecho Social (UNLP); Profesor del curso de Licenciatura Laboral Sindical y de Previsión Social.
OÑA Angel H. B. de	Profesora titular de Lógica (Colegio Nacional UNLP); Jefa del Departamento de Filosofía del Colegio Nacional.
ORTEGA Rodolfo R.	Auxiliar docente (seminarios Derecho del Trabajo/ Comercial/Adaptación Profesional) en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales (UNLP).
OSTOICH Jorge L.	Profesor titular de Mecanismo y Máquinas Térmicas (Facultad de Ingeniería UNLP); Profesor adjunto de Mecánica Aplicada (Facultad de Agronomía UNLP).
OZCOIDI Nora R.	Secretaria Técnica del Departamento de Geografía (1969-70) y jefa de trabajos prácticos de la cátedra de Introducción a la Geografía (UNLP).
PALMA Domingo V.	Auxiliar docente Fundamentos de Antropología (Fac. Cs. Naturales UNLP); Investigador asociado; Clases de Antropología Cultural en la Escuela Superior de Odontología (UNLP).

PÉREZ Benito	Profesor libre/suplente/titular de Derecho Social (del Trabajo y Previsión Social) (UNLP); Decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales (1950-52).
PÉREZ ECHEGOYEN Eduardo	Profesorado en Historia e Instrucción Cívica; Director de escuela experimental; Inspector general de escuelas; Consejero general de educación; Director General de Educación y Director de la Revista de Educación.
PÉREZ ECHEGOYEN Jorge M.	Profesor Filosofía; Auxiliar docente de Filosofía Moderna (UNLP); Profesor titular de Antropología Filosófica (Universidad de Tandil).
PÉREZ MARTÍN	Profesor titular Geografía (UNLP/Cuyo); Director de un curso para graduados en Geografía.
PÉREZ Ubald Amor	Profesor Historia; Consejero superior de la UNLP (1962); Consejero académico (1961).
PIOMBO Oscar H.	Secretario del Instituto de Derecho Internacional y Docente de la cátedra de Derecho Internacional Privado (UNLP).
PLASTINO Carmelo D.	Profesor de Derecho en la Escuela Superior de Comercio de La Plata y en la Universidad Notarial de La Plata.
POLI Arturo V.	Fundador y primer presidente de la Agrupación Liberal Universitaria (ALU); Delegado al Consejo Académico y Secretario de la FULP.
PONZ José Luis	Profesor en la UNLP (Anatomía, Fisiología, Higiene); Docente en Escuelas Normales y Escuelas Industriales.
POUSA José	Profesor titular de Introducción a la Filosofía (UNLP).
POZETTI María A. S. de	Profesora de Geografía en colegios.
PRATO Alberto	Director General y Subsecretario del Ministerio de Educación PBA; Docente en Escuela Nacional de Educación Técnica.
PUIG Enrique Alberto	Profesor de Introducción a la Filosofía, Filosofía de la Naturaleza y Ética (UCALP); Docente en UNLP y Instituto Terrero.

RAGLIO Juan A.	Jefe de trabajos prácticos de Patología Quirúrgica; Consejero académico (UNLP).
RANDAZZO Pedro J.	Profesor adjunto de Planeamiento Administrativo, por concurso (Facultad Ciencias Económicas UNLP).
RIFOURCAT Jorge E. G.	Profesor de Contabilidad Superior I/II y Organización y Administración de Empresas (UNLP); Docente en UCALP y UTN.
ROCCO Alfredo P.	Profesor adjunto de Derecho Constitucional y Administrativo y de Política y Derecho Social (Facultad Ciencias Económicas UNLP).
RODRÍGUEZ María B.	Directora/Vicedirectora del Colegio Nacional Superior de Comercio de La Plata; Integrante del plantel de profesores del "Proyecto 13".
RODRÍGUEZ S. Ángel R.	Jefe de Departamento y de Sección en LEMIT; Profesor de Tecnología del Petróleo y Asfaltos (IRAM); Profesor de Resistencia y Estabilidad.
ROMANI Mario Enrique	Profesor de Derecho Administrativo y Tributario; Profesor adjunto de Finanzas y Derecho Financiero (UNLP/UCALP).
RUBINSTEIN Jorge	Profesor adjunto de Fundamentos del Derecho Privado desde el punto de vista Económico II (Fac. Cs. Económicas UNLP); Profesor de Derecho Comercial y Civil (UNLP/UBA).
RUIZ Roberto	Docente de Educación Musical.
SALLIETTI Inés	Profesora titular en el Liceo Víctor Mercante y Vicedirectora del Colegio Nacional de La Plata.
SCIOSCIA Miguel	Profesor en Ciencias Jurídicas y Sociales; Profesor de Instrucción Cívica, Literatura e Historia.
SEGURA Rafael	Profesor de Ciencias y Letras en el Colegio Nacional "Domingo Faustino Sarmiento" (1918); Adscripto a la cátedra de Terapéutica (Facultad de Química y Farmacia).
STAGNARO Elena	Jefa del departamento de Letras del Colegio Nacional; Presidenta de la Asociación de Docentes Platenses.

TAUMANSUR Luis Angel	Ayudante de cátedra de Historia Medieval (UNLP); Profesor titular de Historia de la Iglesia (Instituto de Teología); Profesor de Historia de la Cultura (UCALP/Colegio Nacional).
TEJO Carlos José	Profesor de asignaturas jurídicas en la Escuela Nacional de Educación Técnica N° 1 y en la UTN (Facultad Regional la capital bonaerense).
TRAMONTÍN Edmundo E.	Jefe de trabajos prácticos de Procedimientos Penales (Facultad Ciencias Jurídicas UNLP).
TRIGO REPRESAS Félix A.	Profesor adjunto/titular de Derecho Privado I (Facultad Ciencias Económicas UNLP); Contratado para la cátedra de Obligaciones (UCALP y UNLP).
TRIGO VIERA Félix F.	Elegido primer delegado estudiantil al Consejo Directivo de la Facultad de Humanidades (UNLP); Presidente del Centro de Estudiantes de Ciencias de Educación; Docente en varias cátedras.
TURI Pablo A.	Jefe de trabajos prácticos y profesor adjunto de Práctica Profesional (Facultad Ciencias Económicas UNLP); Profesor en Escuela Agropecuaria y Colegio Nacional.
VEGA DE CORBELLA Estela M.	Desarrolló labor técnico-docente en el Ministerio de Educación PBA; Profesora de Psicología Aplicada, Filosofía, Política Educacional y Lógica en Escuelas Normales; Directora de Enseñanza Diferenciada y Superior.
VELASCO Pedro R.	Profesor adjunto de Contabilidad Superior I/II y Organización Contable de Empresas (UNLP); Profesor de Organización de Empresas (UCALP).
VERGÉS Pedro	Profesor Universitario; Director-fundador de la Escuela "Osvaldo Magnasco" de Dolores.
VILLARREAL Juan Manuel	Director de la Biblioteca Pública (UNLP); Director de revistas universitarias.
WEINSTEIN Rodolfo D.	Profesor titular de Neumonología Clínica (Facultad Ciencias Médicas UNLP).
ZANETTA Alberto A.	Miembro Adscripto del Instituto de Historia del Notariado; Auxiliar de la cátedra de Derecho Notarial (UNLP/Universidad Notarial Argentina).

ZEFF Moisés	Profesor titular de la cátedra de Contabilidad Superior I (UNLP/UCALP); Jefe de trabajos prácticos.

3.3. Del foro a la provincia: trayectorias, desvíos y consagraciones del grupo jurídico-estatal platense (1930–1972)

Este grupo incluye abogados, magistrados, jueces, fiscales y funcionarios de alto rango en la administración pública (provincial o municipal).

Nombre	Títulos/Cargos Relevantes
ACTIS CAPORALE Adis Caporale	Ministro de Salud Pública (1958-1960); Concejal y Presidente del Concejo Deliberante en Juárez.
ALBINI Agustín Jorge	Intervino en la elaboración de la mayor parte de la legislación fiscal de la Provincia de Buenos Aires; Participó en la redacción de proyectos de leyes, decretos y reglamentos de la Asesoría General de Gobierno.
ALONSO Alfredo A.	Jefe de Asuntos Jurídicos del Banco de la Provincia de Buenos Aires (hasta 1969).
ANDREOZZI Agustín	Secretario de Juzgado y Cámara; Fiscal de Estado de la Provincia de Buenos Aires (1955-57); Ministro del Interior de la Nación (1957-58); Ministro de Educación y Justicia de la Nación (1963-66); Vicegobernador electo de la Provincia de Buenos Aires (1962).
ARCURI Pascual Angel	Asesor Letrado en diversas Direcciones (Identificación, Estadística, Abastecimiento, Catastro); Jefe del Departamento de Impositiva de la Municipalidad.
AZNAR Luis Ricardo	Diputado a la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires (1948-52); Presidente/Vocal en numerosas comisiones permanentes y especiales; Miembro de la Asamblea Constituyente (1949).
BECERRA Olegario	Diputado nacional constituyente; Diputado nacional (1966); Presidente de la Cámara de Diputados de la Nación (1963); Secretario/Presidente de la Unión Cívica Radical Intransigente PBA.

BERNASCONI José F. J.	Conjuez del Tribunal Notarial de la Provincia de Buenos Aires (1944-71); Secretario General de la Intervención Federal en Córdoba (1944-45); Intendente Municipal de Córdoba.
BERTO Carlos Osvaldo	Contador Público Relator del "Honorable Tribunal de Cuentas" PBA (1961); Subdirector de Comercio de la Provincia de Buenos Aires (1967-71).
BERTONE Santiago A.	Secretario del Juzgado Federal N° 1 de La Plata; Secretario de la Cámara Federal de Apelaciones; Fiscal Federal.
BILBAO Antonio Luis	Director General de Control de Gestión de la Secretaría de Estado de Obras Públicas y Transporte.
BLANCO Jorge A.	Conjuez de la Suprema Corte de Justicia de la Provincia de Buenos Aires (1964-69); Miembro del Colegio de Abogados de La Plata.
BLANQUET Eduardo R.	Defensor oficial ante la Cámara Federal y Juzgados Federales de La Plata; Secretario técnico del Instituto de Investigaciones y Docencia Criminológicas de la Provincia.
BOFFI BOGGERO Luis María	Formó parte del directorio del Colegio de Abogados de la Capital Federal; Organizador de la Caja de Jubilaciones y Pensiones del Colegio de Escribanos PBA.
BORDA Manuel V. F.	Asesor Letrado de la Cámara Argentina de la Construcción; Director General de Asuntos Legales del Ministerio de Hacienda PBA; Director General de Personas Jurídicas.
BORELLI Juan María	Relator con cargo de subdirector de la Fiscalía de Estado (1963-65).
BORRAS Ricardo Luis	Ministro de la Suprema Corte de Justicia de la Provincia (actualmente); Integró la comisión de gobierno que redactó el proyecto de Estatuto Universitario.
BORRAS Rodolfo A.	Se desempeñó en la Dirección de Menores; Subjefe del Departamento de Asuntos Legales en la Subsecretaría del Trabajo.

BRUSA Carlos Alberto	Jefe de Despacho Dirección de Salud Pública; Subdirector General de la D. G. de Penales; Juez del Tribunal del Trabajo de Bragado; Asesor letrado de la UOCRA y CGT la capital provincial.
CABASSI José Luis	Secretario General de la Dirección General de Menores; Secretario de la Cámara II de Apelaciones en la ciudad; Fiscal civil y comercial.
CALLEJA Adolfo R.	Juez en lo Civil, Juez Penal, Juez de la Cámara Civil Primera.
CAMPOAMOR Edgardo Elías	Magistrado; Doctor en Ciencias Jurídicas y Sociales.
CANALES José G. T.	Asesor/Abogado Jefe del Banco de la Provincia de Buenos Aires; Presidente del Patronato de Liberados; Secretario general del Ministerio de Educación y Justicia de la Nación (1963-66); Vicedecano (1964-66).
CANESTRI Alberto F.	Jefe de la Oficina de Expropiación; Subsecretario y Ministro de Obras Públicas (interino); Ministro de Gobierno (1966).
CAPURO Juan J.	Abogado Asesor del Consulado de España; Asesor Letrado de la Municipalidad de Magdalena.
CASNER José M.	Vocal del Consejo Directivo y del Tribunal de Disciplina del Colegio de Abogados; Conjuez de la Corte/Cámara Federal.
CASTILLO Horacio	Director de la Biblioteca de la Fiscalía de Estado de la Provincia de Buenos Aires.
CASTRO Carlos O.	Director de Policía del Trabajo (Subsecretaría de Trabajo PBA); Apoderado del Arzobispado de La Plata.
COHEÑAS Ricardo A.	Se graduó de Abogado; Cursó el doctorado en jurisprudencia.
COLOCCIA Omar	Asesor de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (1951-56); Juez de Trabajo en los Tribunales de Avellaneda (1959).
COVIELLO María Angélica	Abogada.

DALMARONI Rómulo A.	Director General de Personas Jurídicas de la Provincia de Buenos Aires (1955-58); Juez en lo Penal del Departamento Judicial de la Capital (desde 1966).
DE LISI Jorge A.	Defensor de Pobres y Ausentes; Juez de Primera Instancia en lo Civil y Comercial del Departamento Judicial de La Plata.
DEL CARRIL Emilio Donato	Abogado; Actuación política en la Unión Cívica Radical.
DELACHAUX Arturo M.	Secretario de la Intervención a la Provincia de Buenos Aires (1930); Juez de la Sala III de la Cámara Civil y Comercial (1955); Presidente de la Cámara II de La Plata (1962); Conjuez de la Suprema Corte y de la Cámara Federal.
DÍAZ Ricardo A.	Abogado; Director General de Vialidad (PBA); Juez de la Cámara de Apelación; Ministro de Obras Públicas (1955); Fiscal de Estado.
D'ONOFRIO Ricardo J.	Se graduó de Abogado.
D'OVIDIO Eutimio	Secretario y Asesor Legal en la Dirección de Servicios de Electricidad PBA; Director del Consejo de Administración de la Dirección de Energía PBA; Subsecretario de Gobierno (1966-67).
ESCOBAR Alberto	Abogado; Secretario del Colegio de Abogados de La Plata; Secretario del Juzgado en lo Civil y Comercial.
ETCHEVERRY Eduardo N.	Abogado; Miembro del Honorable Consejo Directivo del Colegio de Escribanos de la Provincia de Buenos Aires.
FERNÁNDEZ VERA Ramón A.	Director de la Dirección Técnica (1966); Secretario de la Unidad de Planificación y del Consejo Técnico de la Subsecretaría de Salud Pública.
FONDEVILA Jorge O. G.	Abogado; Consejero del Colegio de Abogados de La Plata.
FRANGI Hipólito Alberto	Intendente Municipal del partido de La Plata (1958-1962).
GALÁN Alicia A.	Conjuez de la Suprema Corte de Justicia y de la Cámara Nacional de Apelaciones; Jury de enjuiciamiento de magistrados.

GARGANTA Alberto	Abogado, Magistrado; Fiscal en lo penal de los Tribunales de La Plata; Jefe de Sumarios y Director interino del Registro Provincial de las Personas.
GARCÍA Horacio O.	Abogado; Secretario de Juzgado en los Tribunales de La Plata; Asesor de Incapaces en la urbe platense.
GARCÍA Miguel Angel	Inspector de Sociedades Anónimas (Dirección de Personas Jurídicas); Asesor Inspector del Honorable Tribunal de Cuentas; Subsecretario y Secretario de Hacienda de la Municipalidad de La Plata; Consejero/ Secretario General del Consejo Profesional de Ciencias Económicas.
GASCÓN COTTI Alfredo J.	Abogado; Miembro del Centro de Estudiantes de Derecho; Encargado de la Comisión de Estudio de la Reforma Procesal Penal PBA.
GENTILI Néstor Rómulo	Vocal del Tribunal de Cuentas (1960-64); Subsecretario de Hacienda de la Municipalidad de La Plata (1968); Asesor Ejecutivo del Ministerio de Economía PBA; Administrador General de la Universidad Católica de La Plata.
GIRBAL Rodolfo J.	Abogado; Defensor de Pobres y Ausentes en la ciudad planificada (desde 1964); Secretario de Primera Instancia en lo Civil y Comercial.
GOBBI José S. R.	Ministro de la Suprema Corte de Justicia de la Provincia.
GONZÁLEZ Miguel A.	Asesor jurídico de la Federación Económica de la Provincia de Buenos Aires; Subdirector de la Dirección Departamental Técnica del Instituto de Previsión Social.
GRANONI Raúl D. M. F.	Juez de la Suprema Corte de Justicia; Procurador General; Juez Penal; Secretario del Tribunal Letrado para Menores.
GUTIÉRREZ Julio E.	Abogado; Secretario del Juzgado del Crimen N° 4; Fiscal del Crimen; Asesor Letrado de la CGT local y sindicatos.
IDE Tomás S.	Presidente del Centro de Estudiantes de Derecho; Diputado provincial (1948-52); Senador provincial (1960-62); Presidente del Colegio de Abogados.

IPPÓLITI Miguel	Inspector de la Municipalidad de La Plata (hasta 1961).
LABORDE Ulises Homero	Abogado; Inspector de la Suprema Corte de Justicia; Secretario de la Cámara 2da de Apelaciones y de la Procuración General de la Suprema Corte.
LANFRANCO Enrique R.	Abogado, Doctor; Director titular del Colegio de Abogados de La Plata.
LAPALMA Oscar F.	Ingresó a la Policía PBA (1940); Director Gremial en el Instituto de Previsión Social; Vicepresidente del Tribunal de Disciplina del Colegio de Abogados.
LAURENCHART Daniel A.	Abogado; Director jurídico del Ministerio de Educación (1958-61); Director Delegado de la Asesoría General de Gobierno (1961-67); Jefe de la Asesoría General de Gobierno.
LEIVA CÉSAR Carlos F.	Abogado; Secretario de la Comisión de Reformas del Plan de Estudios (UCALP).
LUPARIA Luis José	Escribano, Abogado; Consejero titular y Vicepresidente del Colegio de Escribanos de la Provincia de Buenos Aires.
MALLO Horacio J.	Asesor técnico legal en la Dirección de Finanzas PBA; Subsecretario de Trabajo; Asesor letrado del Tribunal de Cuentas; Director Nacional de Delegaciones Regionales del Ministerio de Trabajo.
MANES Luis María	Abogado, Magistrado; Juez del Trabajo en Lanús; Socio fundador y secretario del Colegio de Magistrados y Funcionarios (la capital y PBA).
MAÑUECO Jorge E.	Asistente Penal o Criminológico; Secretario del Tribunal de Menores N° 1 de La Plata; Auxiliar de la Oficina de Asuntos Legales del Banco de la Nación Argentina.
MENDOZA PEÑA Graciela A. del R.	Procuradora, Abogada; Secretaria de 1a Instancia del Juzgado Civil y Comercial N° 3.
MENDY Pedro Luis	Abogado; Relator letrado de la Fiscalía de Estado; Delegado Fiscal de Estado en la Capital Federal; Asesor letrado de la Municipalidad de Berisso.
MONTENEGRO Juan C.	Escribano; Secretario de Juzgado Civil y Comercial N° 1 y N° 12.

MONTOTO Mario Rubén	Abogado, Magistrado; Secretario del Juzgado Civil y Comercial N° 3; Juez en lo Civil y Comercial en Dolores; Juez Civil en la urbe.
NOVELLI Juan M.	Juez de Trabajo; Ministro de la Suprema Corte de Justicia de la Provincia (y presidente por tres períodos); Juez decano de la Suprema Corte.
ORTEGA Rodolfo R.	Agente fiscal del Trabajo en Bragado; Asesor de Incapaces y Defensor de Pobres y Ausentes del Trabajo en Avellaneda; Juez del Tribunal del Trabajo.
ORTELLI Eduardo Elías	Procurador, Abogado; Subcomisario y Comisario de Policía; Instructor de Sumarios.
PÉREZ Benito	Juez de Trabajo (1955).
PÉREZ Ramón A.	Abogado; Apoderado de la Fiscalía de Estado; Diputado a la Legislatura de Buenos Aires.
PÉREZ Ubald Amor	Asesor de la presidencia del Banco Hipotecario Nacional (1963-64).
PIOMBO Oscar H.	Abogado, Doctor; Secretario del Instituto de Derecho Internacional.
PLASTINO Osvaldo A.	Escribano; Presidente de la Comisión de Asuntos Fiscales y Administrativos del Colegio de Escribanos.
PONCE DE LEÓN Horacio	Escribano, Abogado; Director Letrado del Registro Provincial de las Personas; Asesor de gabinete de la Secretaría de Energía y Combustible.
PRATO Alberto	Director General y Subsecretario del Ministerio de Educación PBA; Director de Personas Jurídicas de la Provincia.
RAGLIO Juan A.	Juez de Trabajo N° 1 de Lanús; Juez Federal Contencioso Administrativo y Federal de La Plata.
RAMOS Carlos M.	Subsecretario del Ministerio de Trabajo (1958-62); Asesor del Ministerio de Economía PBA.
RIVAROLA Víctor Enrique	Abogado, Doctor en Leyes, Magistrado; Secretario, Agente Fiscal, Juez de Primera Instancia y Juez de Cámara; Secretario General de la Intervención PBA (1943); Ministro de Obras Públicas (1945).
ROCCO Alfredo P.	Abogado; Profesor de Derecho.

ROMANI Mario Enrique	Abogado; Director de la Dirección Departamental Técnica del Instituto de Previsión Social.
ROVIRA Mario A.	Escribano; Escribano jefe del Registro Civil de la Provincia de Buenos Aires; Escribano del Banco de la Provincia de Buenos Aires y Banco Hipotecario Nacional.
ROVELLA Aníbal	Director de Promoción y Desarrollo de la Comunidad del Ministerio de Bienestar Social PBA; Jefe de enlace del plan de erradicación de villas de emergencia.
RUBINSTEIN Jorge	Abogado, Doctor en Ciencias Jurídicas; Auxiliar docente y Secretario de Instituto (UNLP).
SARAVÍ HARDY Samuel A.	Escribano (hasta 1966); Actuó en Tribunales de Mercedes y la ciudad universitaria y en el Patronato de Liberados.
SAVOIA Héctor Francisco	Escribano; Procurador Fiscal del Ministerio de Hacienda; Secretario General del Colegio de Procuradores.
SCIOSCIA Miguel	Abogado; Director del Boletín Informativo del Centro de Graduados de Derecho y del Colegio de Magistrados.
STAGNARO Ricardo R.	Inspector General en la Dirección de Catastro PBA; Secretario de la Municipalidad de General Pueyrredón; Delegado de Trabajo y Previsión.
SZELAGOWSKI Miguel B.	Secretario de Obras Públicas de la Municipalidad de La Plata; Secretario General del Ministerio del Interior; Intendente de La Plata (1963).
TEJO Carlos José	Abogado; Ejerce la profesión.
TISSELI Antonio P.	Contador General de la Municipalidad de La Plata; Director General de Administración del Ministerio de Salud Público y Asistencia Social.
TRAMONTÍN Edmundo E.	Abogado; Se desempeñó en el Poder Judicial (1934-47); Jefe de trabajos prácticos de Procedimientos Penales (UNLP).
TRIGO REPRESAS Félix A.	Doctor en Ciencias Jurídicas.

TRIGO VIERA Félix F.	Abogado; Ocupó cargos directivos y la presidencia del Colegio de Abogados de La Plata; Integró comisión de reformas al Código de Procedimientos Penales.
VÁZQUEZ Alberto E.	Director gubernamental y Vicepresidente del Instituto de Previsión Social; Director de Ceremonial y Audiencia de la Gobernación.
VARAS Alejandro	Abogado; Apoderado del Banco de la Provincia de Buenos Aires; Abogado de la Dirección de Vialidad y de la Asesoría General de Gobierno.
VÉLEZ Jorge G.	Secretario del director general de Obras Públicas y del director general de Obras Sanitarias.
VILLARREAL Juan Manuel	Abogado, Doctor en Ciencias Jurídicas y Sociales.
VON KOTSCH Máximo Miguel	Abogado; Síndico titular de Caja Crédito Calle 8; Subsecretario de la Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires (1958-60).
ZANETTA Alberto A.	Escribano; Subasesor de la Dirección de Geodesia; Escribano de Minería; Director Letrado del Registro Provincial de las Personas.

3.4. Cálculo, obra y ciudad: trayectorias del grupo de Ingeniería y Arquitectura (1930–1972)

Este grupo incluye ingenieros, agrimensores, Maestros Mayores de Obras y profesionales vinculados a obras públicas, catastro y construcción.

Nombre	Títulos/Cargos Relevantes
ARA Juan Carlos	Ingeniero Agrónomo; Director técnico y representante del Poder Ejecutivo de la Provincia de Buenos Aires ante el Consejo Directivo del Instituto de Biología Marina de Mar del Plata.
ARMADA Ricardo L.	Agrimensor Nacional; Presidente del Colegio de Agrimensores de la Provincia de Buenos Aires (1961-64); Director de la Caja de Previsión Social para Profesionales de la Ingeniería.

ARRIAGA Celina Eiroa de	Agrimensora; Ayudante del gabinete técnico.
ARRIAGA César Felipe	Ingeniero Civil; Director de la Fábrica de Corina del Ministerio de Obras Públicas PBA; Director de Obras Sanitarias de la Provincia de Buenos Aires (1967-71).
ARTOLA Abel M.	Ingeniero Agrónomo; Técnico del Ministerio de Agricultura y Ganadería y del Ministerio de Asuntos Agrarios.
BARGUT Luis	Ingeniero Civil e Ingeniero Electricista; Director de Pavimentación del Ministerio de Obras Públicas PBA; Director técnico de obras en la Provincia y en la Patagonia; Inspector General del Ministerio de Obras Públicas PBA.
BOMAN Rodolfo	Ingeniero Civil; Director de Vialidad de la Provincia de Buenos Aires; Director de Obras Sanitarias; Director de Pavimentación de la Municipalidad.
BUCHER Raúl Alberto	Agrimensor; Jefe del Departamento de Coordinación Zonal de la Dirección de Geodesia; Integró la Comisión redactora de la Ordenanza Municipal sobre subdivisión de tierras.
BUSH Raúl Alberto	Ingeniero Físicomatemático; Proyectista de líneas de alta tensión; Jefe/Director técnico de D.E.B.A.; Gerente de programación de D.E.B.A.; Representante PBA en el Consejo Federal de la Energía Eléctrica.
CABRERA Juan Carlos	Ingeniero Electricista; Director de Obras Públicas de la Municipalidad de La Plata.
CAMPODÓNICO Roberto Miguel	Agrimensor; Técnico geodesta en el Instituto Geográfico Militar; Subjefe del Departamento Geodésico Topográfico de la Dirección de Geodesia de la PBA.
CÁNOVAS Julio R.	Agrimensor; Director General de Obras Públicas (1955); Director de Obras Sanitarias.
CASTELLS Carlos A. M.	Agrimensor; Delegado por la Dirección de Geodesia.
COSTAMAL Ricardo G.	Ingeniero Agrónomo; Jefe del Departamento de Granja del Ministerio de Asuntos Agrarios de la Provincia (desde 1967).
COTTA Roberto Diego	Ingeniero Hidráulico y Civil; Jefe de Experiencias en el Laboratorio de Hidráulica (UNLP).

DE LA HOZ Virgilio	Ingeniero Civil; Jefe del Departamento de Vía y Obras del Ferrocarril Provincial; Director general de Construcciones de la Caja de Ahorros PBA.
DOMÍNGUEZ Francisco	Ingeniero Vial; Inspector de obras viales en la Dirección Nacional de Vialidad (desde 1936); Se desempeñó en la Dirección de Puentes y Caminos PBA.
FOGELMAN Juan Carlos	Ingeniero Civil; Jefe de la Seccional Necochea y Jefe del Establecimiento Potabilizador Punta Lara (Dirección de Obras Sanitarias); Asesor del Banco de la Provincia de Buenos Aires en obras de Ingeniería Sanitaria.
FOSSA Luis Miguel	Ingeniero Civil; Ingeniero auxiliar, Jefe de Sección Caminos y Jefe de la Sección Estabilizados en LEMIT (Laboratorio de Ensayo de Materiales e Investigaciones Tecnológicas).
FREYRE Juan R.	Ingeniero Electricista; Jefe del Departamento de Instalaciones Electromecánicas de la Dirección de Obras Sanitarias de la Provincia.
GALLEGOS Ernesto S.	Ingeniero Agrónomo; Inspector técnico de la División Campos y Colonias; Jefe de vivero de la Escuela de Fruticultura "Osvaldo Magnasco".
GARMENDIA Carlos O.	Ingeniero Civil; Actuó en la Dirección de Construcciones Escolares del Ministerio de Educación; Dirigió obras viales.
GIMÉNEZ Leopoldo R.	Geofísico; Jefe de Departamento de Geofísica en el Observatorio Astronómico de La Plata.
LUGONES Daniel José	Ingeniero en Construcciones; Desarrolla su especialidad en el Departamento de Pavimentos Urbanos de la Dirección de Vialidad de la Provincia de Buenos Aires.
MASSINI Oscar R.	Ingeniero; Jefe de Planeamiento y Urbanismo de la Municipalidad de Quilmes (1956); Miembro Comisión Directiva Centro Ingenieros.
MONREAL Ovidio Aubés	Maestro Mayor de Obras; Técnico del Laboratorio de Ensayos de Materiales de la Dirección de Vialidad PBA; Técnico de LEMIT.
MONTALVO José	Ingeniero Mecánico Electricista e Ingeniero Civil; Director de Pavimentación en el Ministerio de Obras Públicas PBA.

MUÑOZ Ricardo O.	Ingeniero Civil; Vocal de la Comisión del Centro de Ingenieros.
OSTOICH Jorge L.	Ingeniero Mecánico Electricista; Jefe del Departamento de Mecánica (Facultad de Ingeniería UNLP).
POLI Arturo V.	Ingeniero Civil.
RAIMONDI Antonio	Ingeniero Vial; Director de Industrias Argentina de Construcciones y Urbanizaciones S.A.; Presidente del Centro de Ingenieros PBA.
RIFOURCAT Jorge E. G.	Ingeniero.
RODRÍGUEZ S. Ángel R.	Doctor en Ciencias Naturales (Química); Jefe de Sección hasta Jefe de Departamento en LEMIT (Ministerio de Obras Públicas); Presidente de la Comisión Permanente del Asfalto de la Argentina.
STAGNARO Ricardo R.	Agrimensor; Se desempeñó en la Dirección de Geodesia; Inspector General en la Dirección de Catastro de la Provincia.
VARAS Alejandro	Abogado; Abogado de la Dirección de Vialidad de la Provincia de Buenos Aires.
VÉLEZ Jorge G.	Director General de Obras Públicas (1966) y de Obras Sanitarias (1969-70).
VERGÉS Pedro	Agrimensor; Profesor Universitario.
VIDELA Enrique P.	Ingeniero Civil; Jefe de sección en la Dirección de Vialidad Nacional; Presidente/Secretario del Centro de Ingenieros de la Provincia de Buenos Aires.
ZANETTA Alberto A.	Escribano; Subasesor de la Dirección de Geodesia.

3.5. De guardia y de cátedra: trayectorias, desvíos y consagraciones del grupo médico-sanitario platense (1943–1972)

Este grupo incluye médicos, odontólogos, veterinarios y profesionales de la salud.

Nombre	Títulos/Cargos Relevantes
ACTIS CAPORALE Adis Caporale	Médico de Policía y de Ferrocarriles; Ministro de Salud Pública (1958-1960); Jefe del Centro de profilaxis y tratamiento.

ALLENDE Roberto	Doctor en Ciencias Veterinarias; Realizó estudios sobre leptospiras y virus en el Royal Tropical Institute de Ámsterdam.
ANDREOTTI Ana María	Doctora en Medicina; Especialista en psicología y psiquiatría infantil; Psiquiatra en escuelas.
AYUSO Héctor Juan	Médico dermatólogo; Médico dermatólogo "tiempo pleno" en Múnich; Jefe de los consultorios de dermatología del Hospital San Roque, de La Plata.
AZCUY Calixto José Luis	Doctor en Medicina; Jefe de Cátedra de Farmacología (UNLP); Delegado a congresos médicos.
BANTI Armando Nicolás	Doctor en Odontología; Prosecretario de la Asociación Odontológica de la República Argentina.
BELLINGI José	Doctor en Medicina (enfermedades infecciosas); Profesor Universitario; Presidente de la Sociedad de Tisiología y Neumonología de la Provincia de Buenos Aires.
CABASSI Alfredo M.	Doctor en Medicina; Jefe del Servicio de Endocrinología y Nutrición del Instituto Gral. San Martín de La Plata (desde 1948); Ex presidente de la Sociedad Médica de La Plata.
CALCAGNO Raúl D.	Doctor en Medicina; Jefe de la Sala de Cirugía del Instituto Gral. San Martín; Presidente de la Sociedad de Cirugía de La Plata.
CAPRIOLI Jorge O.	Doctor en Medicina; Miembro fundador de la Sociedad Argentina de Nefrología.
CERECETTO Roque G.	Doctor en Medicina; Director del Preventorio Doctor Cayetano J. Pepe; Profesor de Parasitología y Microbiología (UNLP).
CLERICI Miguel A.	Doctor en Ciencias Veterinarias; Director interino del Zoológico de La Plata; Jefe de Departamento Ganadero y Veterinaria Preventiva.
DE MARCO Julio César	Doctor en Medicina; Becado por la CIC PBA para estudios de especialización en la Universidad de París e Instituto Pasteur.
DEL CONO Jorge Eduardo	Médico; Cursó estudios en la Escuela de Salud Pública.

FERNÁNDEZ VERA Ramón A.	Doctor en Medicina; Médico cardiólogo; Director del Taller de Reeducación del Cardíaco de la Provincia de Buenos Aires; Funcionario en el Ministerio de Bienestar Social/Salud Pública.
GARCÍA Cándido P.	Doctor en Medicina; Médico Dermatólogo; Médico Forense de Policía de la PBA.
GÓMEZ Julio C.	Doctor en Medicina; Médico Cirujano; Jefe del Servicio de Otorrinolaringología en Hospitales y Asistencia Pública.
GRINFELD Abraham	Doctor en Medicina; Profesor titular de Cirugía (UNLP).
IGLESIAS Amílcar José	Bioquímico, Farmacéutico; Especialista en Bacteriología aplicada a la Clínica.
IMPELLIZZERI Rómulo V.	Doctor en Medicina; Profesor de Clínica Obstétrica; Jefe del Servicio de Maternidad del Sanatorio de la Federación.
LLOBET Oscar Juan	Doctor en Odontología; Médico de la Policía de la Provincia de Buenos Aires.
MERCURI Carlos A.	Farmacéutico, Bioquímico, Médico; Profesor adjunto de Bioquímica (UNLP).
ODDONE Pedro	Doctor en Odontología; Ocupó la presidencia del Colegio de Odontólogos de la Provincia de Buenos Aires (Distrito I).
PALMA Domingo V.	Antropólogo; Director de paneles sobre salud en la cátedra de Odontología Preventiva y Social II (UNLP).
POLO Carlos A.	Doctor en Medicina; Director de Medicina Asistencial; Subsecretario del Ministerio de Salud Pública; Presidente de la Agremiación Médica Platense.
PONZ José Luis	Doctor en Medicina; Médico Cardiólogo/Higienista Laboral; Docente en la Facultad de Química y Farmacia/Ciencias Médicas local.
RAGLIO Juan A.	Doctor en Medicina; Jefe del Servicio de Urología del Hospital San Martín; Vicepresidente de la subsección Pediatría.

REPETTI Carlos H.	Doctor en Medicina; Director del Hospital "Horacio Cestino" de Ensenada (1955-71); Subsecretario del Ministerio de Salud Pública.
ROCCA Ángel D.	Doctor en Medicina; Jefe del Servicio de Pediatría del Hospital de Niños de La Plata; Presidente de la Agremiación Médica Platense (1956-60).
SEGURA Rafael	Doctor en Medicina; Jefe del consultorio de Vías Respiratorias de la Asistencia Pública de La Plata; Interventor del cuerpo médico de Policía; Integró la comisión antituberculosa de la Provincia.
WEINSTEIN Rodolfo D.	Doctor en Medicina; Profesor titular de Neumonología; Organizó la lucha antituberculosa; Director de Centros de Salud en la Región Conurbana.
ZELASCHI José L.	Doctor en Ciencias Veterinarias; Jefe del Servicio Veterinario del Zoológico de La Plata; Delegado argentino a la Sociedad Mundial Protectora de Animales.

3.6. Empresarios, comerciantes y profesiones económicas (1930–1972)

Este grupo incluye contadores públicos, licenciados en economía, empresarios, comerciantes, martilleros y directivos de entidades económicas o financieras.

Nombre	Títulos/Cargos Relevantes
ABATE José Vicente	Director suplente/titular del Banco Comercial de La Plata (1969/71); Pro-secretario de la Cámara de Sociedades Anónimas.
ADRIANI César Luis	Contador Público Nacional.
ALONSO Alfredo A.	Jefe de Asuntos Jurídicos del Banco de la Provincia de Buenos Aires.
BERTO Carlos Osvaldo	Contador Público Nacional; Contador en su estudio privado, asesorando empresas de pequeña y mediana dimensión; Subdirector de Comercio PBA.
BILBAO Antonio Luis	Contador Público Nacional; Vocal en la Comisión de Plan de Estudios de Ciencias Económicas.

BLAIOTTA Antonio M.	Martillero Público; Director de la Caja de Previsión Social para Martilleros y Corredores Públicos.
BLAKE Oscar J. J.	Comerciante; Secretario General y Presidente de la Cámara de Comercio e Industria de La Plata (varios períodos); Vicepresidente de la Confederación del Comercio.
BOZZOLO Jorge D.	Miembro del directorio de la Cámara de Comercio e Industria de La Plata (secretario); Al frente de la Inmobiliaria Bozzolo.
DURO Juan José	Empresario; Presidente de Duro S.A.C.I.F.I.A. (construcción y venta de propiedad horizontal); Presidente de la Cámara del Mueble; Presidente de la Federación Económica de la Provincia de Buenos Aires.
ETCHECOPAR Jorge A.	Contador Público; Decano de la Facultad de Ciencias Económicas de la UNLP (La Pampa).
FERNÁNDEZ Luis E.	Contador Público Nacional; Profesor titular de Análisis de los Estados Contables.
FRANGI Hipólito Alberto	Contador Público Nacional; Egresado con el más alto promedio de su promoción (1945).
FRANCO Miguel A.	Delegado de la Federación Obreros y Empleados Correos y Telecomunicaciones (FOECYT).
GALLEGOS Ernesto S.	Ingeniero Agrónomo; Perito tasador agropecuario del Banco de la Provincia y el Banco Nación Argentina.
GARCÍA Miguel Angel	Contador Público Nacional; Consejero/Secretario General del Consejo Profesional de Ciencias Económicas PBA; Director Tesorero de la Cámara de Comercio e Industria.
GARCÍA Luis M.	Comerciante; Socio gerente de "La Normal Libros S.R.L."; Miembro fundador del Centro de Librerías y Papelerías.
GENTILE Néstor Rómulo	Contador Público Nacional; Consejero del Honorable Tribunal de Cuentas; Asesor Ejecutivo del Ministerio de Economía PBA.
GONZÁLEZ Miguel A.	Contador Público Nacional; Asesor jurídico de la Federación Económica de la Provincia de Buenos Aires.

GONZÁLEZ Miguel Ángel	Contador Público Nacional.
GORNITZ Ricardo	Empresario; Director del Banco Comercial de La Plata S.A.; Propició y fundó Empresas de Construcciones Públicas, Viales y Afines.
IDE Tomás S.	Director del Banco de la Provincia de Buenos Aires (1963-66).
LÓPEZ DE M. A. Juan	Martillero Público (desde 1931); Presidente de la Asociación de Martilleros de La Plata; Presidente legal del Colegio de Martilleros del Distrito Judicial de La Plata.
PLASTINO Carmelo D.	Director General de Rentas (1944-57).
RAIMONDI Antonio	Ingeniero Vial; Director del Banco Crédito Provincial de La Plata; Vicepresidente primero de la Cooperativa de Seguros La Panamericana.
RANDAZZO Pedro J.	Contador Público Nacional; Miembro titular del Consejo Profesional de Ciencias Económicas.
RIFOURCAT Jorge E. G.	Contador Público Nacional, Doctor en Ciencias Económicas; Consultor sobre organización y métodos de empresas.
RÍOS Julio A.	Abogado; Secretario de la Cámara de Sociedades Anónimas; Director de la Bolsa de Comercio de La Plata; Asesor jurídico de varias empresas.
RUBINSTEIN Jorge	Abogado, Doctor en Derecho; Director de la Bolsa de Comercio de La Plata; Asesor jurídico de varias empresas.
RUESTA Francisco C.	Empresario, Comercial e Industrial (ramo textil); Agente general de Ventas de Aerolíneas Argentinas en la capital bonaerense.
SCOLLO Angel J.	Contador; Gerente del Banco Español y Río de la Plata (Sucursal la capital provincial).
TOMMASINI Juan A.	Vicepresidente y Presidente del Banco del Río de La Plata (1937-61).
TURI Pablo A.	Contador Público Nacional; Contador General de la Municipalidad de La Plata; Director General de Administración del Ministerio de Salud Pública.

VELASCO Pedro R.	Contador Público Nacional, Licenciado en Economía; Aprobó las materias del doctorado en Ciencias Económicas.
VON KOTSCH Máximo Miguel	Abogado; Actividad empresaria (Concesionario Unidades Fiscales Mar del Plata); Síndico titular de Caja Crédito Calle 8.
ZEFF Moisés	Contador Público Nacional; Integrante del Consejo Profesional de Ciencias Económicas PBA.

3.7. Cultura, medios y patrimonio en la urbe platense (1914–1972)

Este grupo incluye periodistas, escritores, artistas, críticos, bibliotecarios y personas dedicadas a la promoción cultural.

Nombre	Títulos/Cargos Relevantes
ALONSO Alfredo A.	Cronista del diario "El Plata" (1940); Crítico de arte en "El Argentino" y "El Plata"; Creador de la sección "En el mundo del ballet"; Secretario y presidente del Círculo de Periodistas de la Provincia.
ALLENDE DE OVIEDO Roberto A.	Miembro de número de la Academia Nacional de la Historia; Integró el cuerpo de investigadores del Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires.
ARRIAGA Celina Eiroa de	Locutora en la audición semanal que el Ministerio de Asuntos Agrarios tiene en Radio Provincia de La Plata.
AYLLON Perla	Escritora.
AZNAR Luis Ricardo	Desarrolla la actividad periodística; Corresponsal Jefe en la ciudad de "Noticias Gráficas"; Co-propulsor de creación de escuelas.
BALLESTEROS Rodolfo N.	Director del Periódico "Lucha" y del periódico universitario "Diálogo".
BELZUNCE Rosa Elvira C.	Desarrolló actividades culturales en la Dirección de Museos; Proyectó la creación del Centro de Documentación e Información Museográfica de la PBA.

BERNASCONI José F. J.	Director de la "Revista Notarial"; Profesor titular de la Escuela de Museología.
BLANCO Jorge A.	Director del Boletín Informativo del Colegio de Abogados.
BORELLI Juan María	Periodista; Propietario del diario "La Calle"; Colaborador en diarios de La Plata.
BUNGE Jorge O. R.	Periodista, Escritor; Secretario y director del diario "El Plata" (1947-63); Director de la Agencia Noticiosa y Publicitaria (ANYP); Miembro de la Sociedad Argentina de Escritores (SADE).
CALZETTA Pedro E.	Director de la "Revista de Educación" (1937); Vocal de la Dirección General de Bibliotecas Populares; Director del Instituto de Investigaciones Literarias (UNLP).
CASTILLO Horacio	Periodista, Escritor; Ha publicado en el suplemento literario de "La Nación" y en la "Revista de la Universidad de La Plata".
COTTI DE LA LASTRA Cora Pelayo de	Colaboró activamente en distintas sociedades de beneficencia, como el Patronato del Enfermo de la Lepra y la Sociedad Protectora de la Infancia.
COVIELLO María Angélica	Abogada; Integrante de la Comisión de Cultura del Colegio de Abogados; Tuvo a su cargo audiciones radiales de literatura.
DÍAZ Ricardo A.	Profesor de Historia y Derecho Internacional; Socio fundador del Instituto Cultural Argentino Uruguayo.
DOMÍNGUEZ Francisco	Ingeniero Vial; Cultivó la creación literaria, publicando El apóstol de la Mentira; Miembro de la S.A.D.E..
D'ONOFRIO Ricardo J.	Periodista (desde 1936); Cronista, crítico musical y corresponsal jefe de "La Nación" en la urbe platense.
ESTIÚ María C. R. de	Profesora de Literatura Universal; Colaboró en la Revista de Educación de la Provincia.
FAGGIANO Juan D.	Músico, Compositor; Fundador y primer presidente de la "Asociación Profesional de Músicos de La Plata".
FERNÁNDEZ Saturnino O.	Periodista (corrector, redactor y secretario de redacción en "El Argentino"); Dictó conferencias sobre literatura.

GANUZZA Ángel E.	Profesor y Crítico de Arte; Colabora asiduamente en el diario "El Día"; Condujo espacios radiales sobre arte.
GARCÍA Horacio O.	Periodista del diario "El Argentino".
GIROTTO María Esther	Bachiller, Licenciada en Periodismo; Redactora en "El Plata" (jefa de la página policiales); Corresponsal de "El Día".
GODIO Julio Félix	Investigador sobre movimiento social y obrero.
GÓMEZ Angel M.	Funcionario de Cultura; Asesor administrativo de la Comedia de la Provincia; Director del Teatro Argentino de La Plata; Director de Coordinación, Promoción y Difusión en la Subsecretaría de Cultura.
HEINZEN María Cristina	Artista Plástica; Intervino en exposiciones individuales y colectivas; Realizó trabajos de investigación sobre temas educativos y sociales.
LANFRANCO Enrique R.	Fundador y secretario general de la Asociación de las Artes de La Plata; Fundador y presidente de Amigos de Francia (durante diez años).
LLOBET Carlos	Bibliotecario; Toda su actividad la ha realizado en el campo de la bibliotecología; Autor de Historia de la Biblioteca Pública de la Universidad Nacional de La Plata.
LÓPEZ ARANGUREN Dolores J.	Doctora en Ciencias Naturales/Filosofía; Vicedirectora de la Biblioteca Pública de la UNLP; Miembro fundador y presidente de la Peña de las Bellas Artes de la Provincia.
LUNAZZI José María	Investigador pedagógico (labor precursora); Director de la Escuela Superior de Bellas Artes (UNLP).
MADERNA Carlos Hugo	Ajedrecista; Fundador de la Fundación de las Escuelas Libres Argentinas.
MARISTANY Ricardo J.	Artista Plástico; Realizó exposiciones de caricaturas, afiches, óleo y pintura; Conferencista.
NAVARRO Nilda E.	Profesora de Música; Vicedirectora del Colegio Nacional.
OLMOS CÁRDENAS José María	Escritor; Fundador de la Sociedad de Escritores de esta ciudad.

PALMA Domingo V.	Antropólogo; Realizó numerosos trabajos de su especialidad, muchos vinculados a las ciencias sociales y salud.
PÉREZ ECHEGOYEN Eduardo	Director de la Revista de Educación.
PÉREZ ECHEGOYEN Jorge M.	Profesor en la Escuela de Periodismo de La Plata.
PÉREZ Ramón A.	Dirigente del Club Gimnasia y Esgrima; Al frente de la Biblioteca Euforión por veinte años.
PÉREZ Ubald Amor	Director de Cultura de la Municipalidad de La Plata (1963-66).
SÁBATO Alberto	Autor Teatral.
SALLIETTI Inés	Secretaria de la comisión directiva de la Sociedad de Profesores de Música de La Plata.
SANGUIAO Eduardo M.	Músico; Dirigente del Club Gimnasia y Esgrima.
SARAVÍ HARDY Samuel A.	Escribano; Actuó en el periodismo; Crítico de teatro y arte.
TRIGO VIERA Félix F.	Profesor de Historia y Ciencias Jurídicas y Sociales; Miembro de la Asociación Cultural Sanmartiniana de La Plata; Miembro del Tribunal de Honor del Jockey Club.
TORRES PIÑERO Raúl	Periodista; Director del diario "La Opinión" de La Plata (1940-50); Fundador del Instituto Popular de Biografías; Miembro del Instituto Belgraniano.
VÉLEZ Jorge G.	Gerente General del diario "Gaceta" de La Plata; Realizó viajes en representación periodística.
VILLARREAL Juan Manuel	Escritor; Presidente de la filial S.A.D.E. de La Plata; Presidente de la Junta Nacional de Bibliotecas Argentinas.
VON KOTSCH Máximo Miguel	Abogado del Círculo de Periodistas de la Provincia de Buenos Aires.

3.8. Eclesiástico y organizaciones confesionales (la ciudad planificada, 1914–1972)

Este grupo incluye sacerdotes, líderes de organizaciones religiosas y personas con cargos directivos en instituciones confesionales.

Nombre	Títulos/Cargos Relevantes
ABATE Luis Antonio	Recibió la consagración sacerdotal en 1922.
BILBAO Elena S. L. de	Designada miembro del Apostolado del Sagrado Corazón de Jesús (Parroquia "Nuestra Señora de Betharram").
CASTRO Carlos O.	Apoderado del Arzobispado de La Plata (1950-66); Presidente de la Liga de Padres de Familia del Arzobispado platense.
ESCOBAR Alberto	Sacerdote (ordenado en 1930); Prelado Doméstico (nombrado por Pío XII en 1950).
INSAURRALDE Inés C. A. de	Consejera Espiritual del Instituto Terrero (1959); Miembro de la Junta Central de la Acción Católica Argentina.
TAUMANSUR Luis Angel	Profesor titular de Historia de la Iglesia en el Seminario Mayor de La Plata y en el Instituto de Teología de La Plata; Asesor del Arzobispado de La Plata; Presidente de la Juventud de Acción Católica de La Plata.

3.9. Fuerzas de seguridad y defensa en la capital (Ejército, Marina, Policía, Servicio Penitenciario)

Este grupo incluye militares, policías, funcionarios del servicio penitenciario y docentes de escuelas de seguridad.

Nombre	Títulos/Cargos Relevantes
ACTIS CAPORALE Adis Caporale	Médico de Policía.

ANDREOZZI Agustín	Profesor de Procedimiento Penal en la Escuela de Policía de la Provincia.
BERNASCONI José F. J.	Profesor titular del Liceo Naval Militar "Almirante Brown" y de la Escuela Naval Militar; Profesor fundador de la Escuela Superior de Policía de la PBA.
BRUSA Carlos Alberto	Subdirector General de la Dirección General de Penales de la Provincia de Buenos Aires.
CASTRO Carlos O.	Profesor en la Escuela Penitenciaria dependiente del Servicio Correccional de la Provincia de Buenos Aires.
COLOCCIA Omar	Asesor de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (1951-56); Docente en la Escuela Superior de Policía.
GARCÍA Cándido P.	Médico de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (1937-43); Realizó trabajos médico-legales.
GÓMEZ Julio C.	Capitán médico en Regimientos de Infantería; Médico Cirujano del Regimiento 6 de Caballería.
LAPALMA Oscar F.	Ingresó a la Policía de la Provincia de Buenos Aires en 1940; Profesor de Derecho Penal y Administrativo en la Escuela Superior de Policía.
LLOBET Oscar Juan	Médico de la Policía de la Provincia de Buenos Aires; Profesor de Higiene en el Liceo Policial.
MAÑUECO Jorge E.	Cursó estudios de Asistente Penal y Criminología; Desempeñó las funciones de Asistente Penal.
MONREAL Ovidio Aubés	Oficial del Arma de Ingenieros (Ministerio de Guerra); Inspector de Construcciones militares de la Dirección General de Ingenieros.
ORTELLI Eduardo Elías	Subcomisario de Policía; Comisario; Designado Instructor de Sumarios de la Dirección Judicial de la Policía de la PBA.
SEGURA Rafael	Interventor del cuerpo médico de Policía.
TRAMONTÍN Edmundo E.	Profesor de la Escuela de Policía "Juan Vucetich" (1943-48).

Nota: La categoría 3.2. (Educación y Universidad, 1914–1972) se ha fusionado en la categoría 3.1. ya que ambas cubren el mismo campo de acción según los datos de las fuentes.

ANEXO C:

IMÁGENES, GRAFICOS Y MAPAS.

Figura 1. Capítulo 1. La ciudad en disputa: identidad y modernidad en la urbe. Fuente: n propia.

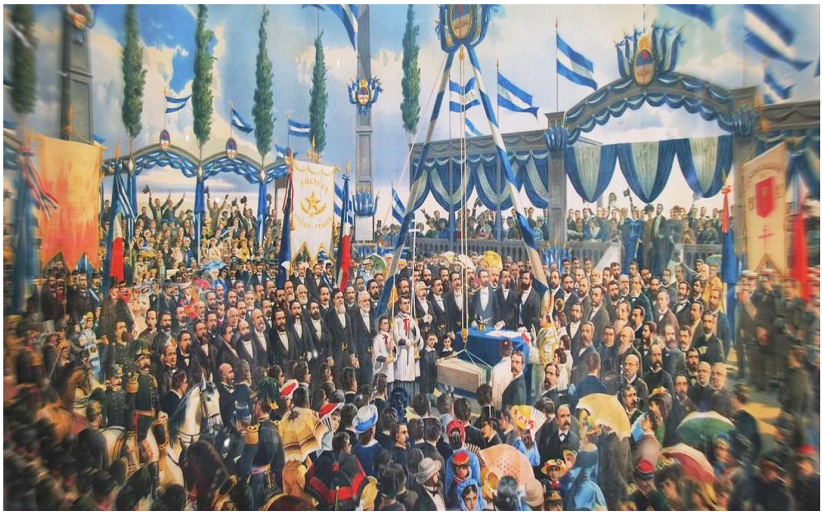


Figura 2. Capítulo 1. La ciudad en disputa: identidad y modernidad en la urbe. Fuente: n propia.

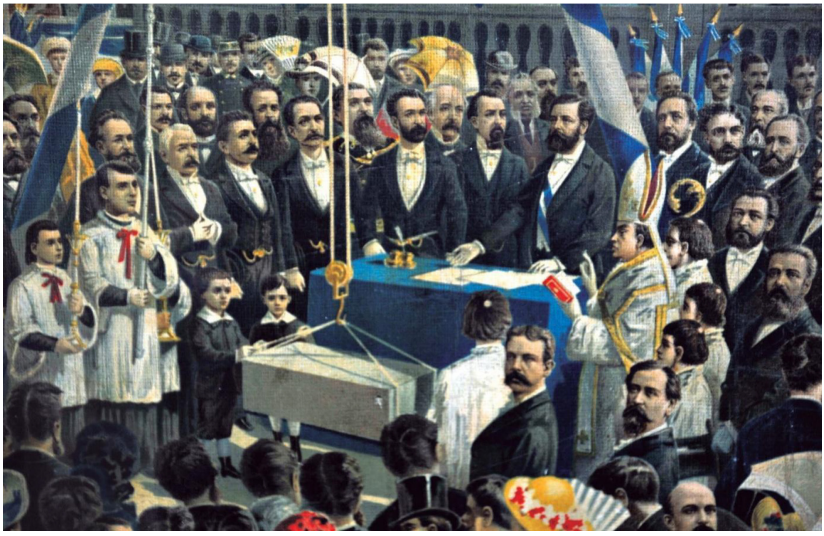


Figura 3. Capítulo 1. La ciudad en disputa: identidad y modernidad en la urbe. Fuente: n propia.

Figura 4. Capítulo 1. La ciudad en disputa: identidad y modernidad en la urbe. Fuente: n propia.

Figura 5. Capítulo 1. La ciudad en disputa: identidad y modernidad en la urbe. Fuente: n propia.

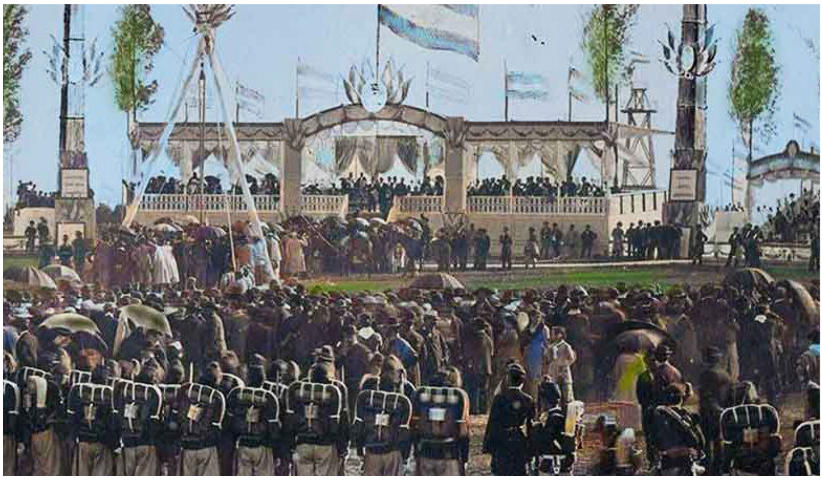


Figura 6. Capítulo 1. La ciudad en disputa: identidad y modernidad en la urbe. Fuente: n propia.

Figura 7. Capítulo 1. La ciudad en disputa: identidad y modernidad en la urbe. Fuente: n propia.

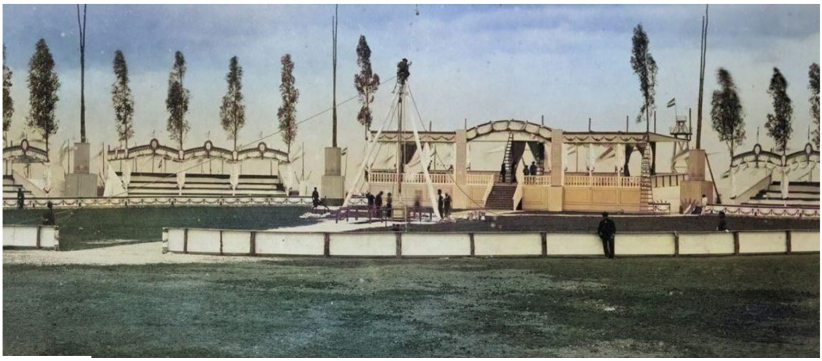


Figura 8. Capítulo 1. La ciudad en disputa: identidad y modernidad en la urbe. Fuente: n propia.

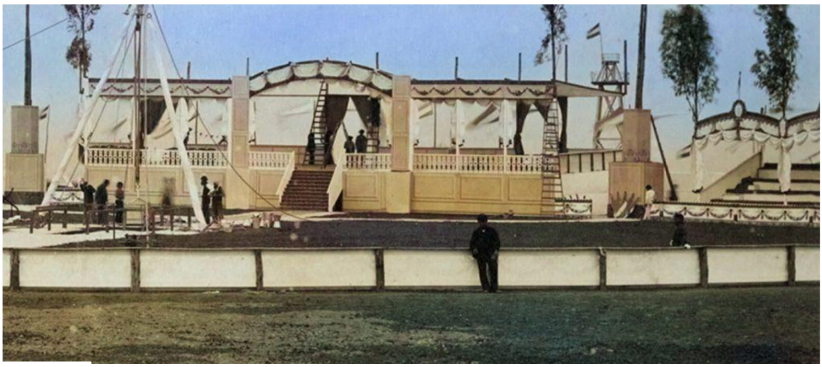


Figura 9. Capítulo 1. La ciudad en disputa: identidad y modernidad en la urbe. Fuente: n propia.

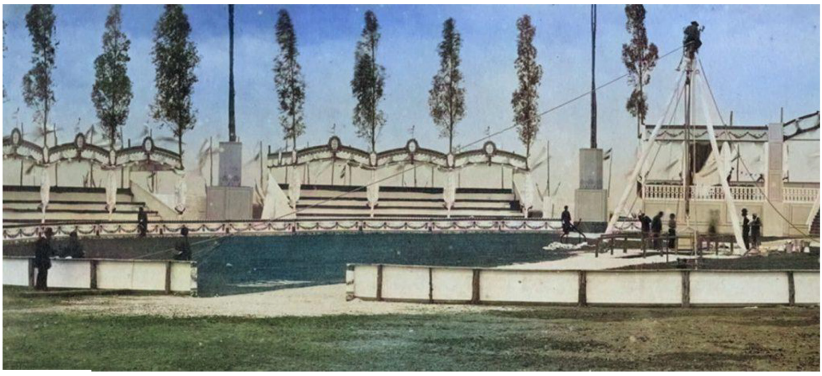


Figura 10. Capítulo 1. La ciudad en disputa: identidad y modernidad en la urbe. Fuente: n propia.

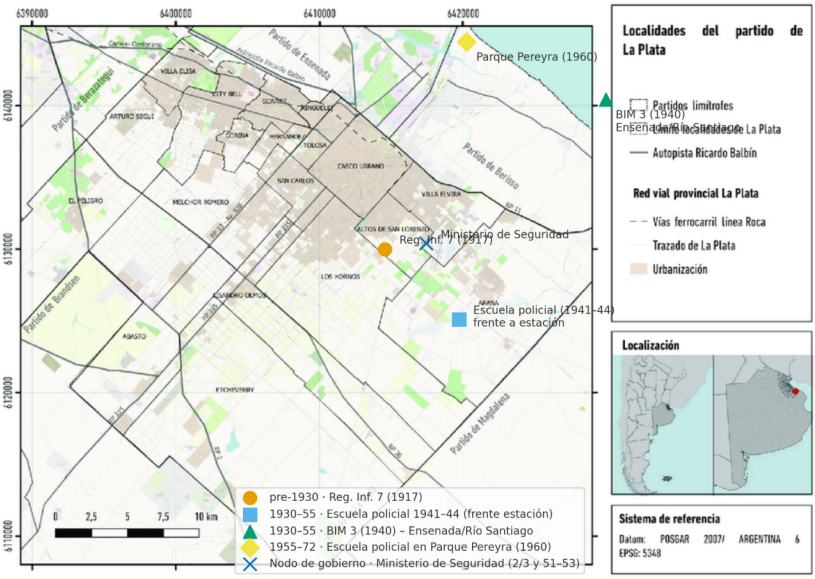
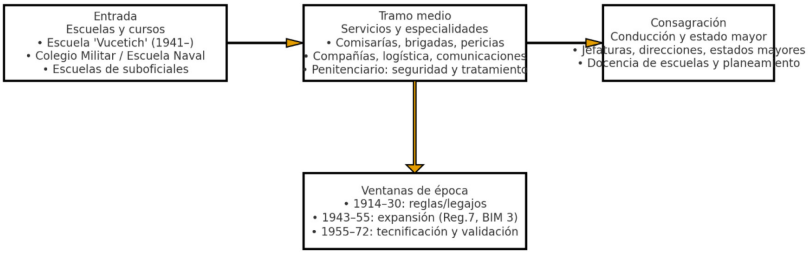


Figura 11. Cierre operativo (qué queda aprendido del proceso de trabajo). oración propia.



Subgrupos: Policía - Ejercito - Armada/IM - SPB - Bomberos

Figura 12. Cierre operativo (qué queda aprendido del proceso de trabajo). Fuente: propia.

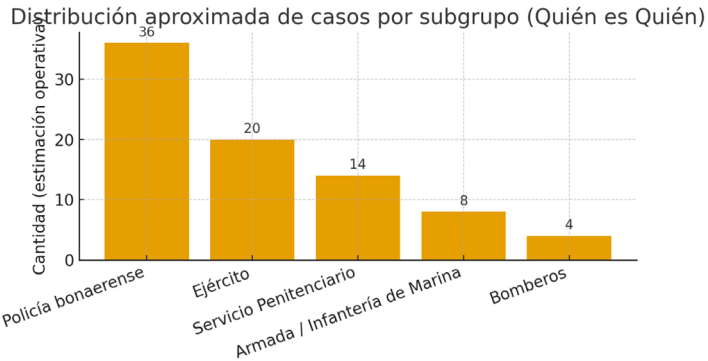


Figura 13. Cierre operativo (qué queda aprendido del proceso de trabajo). Fuente: propia.

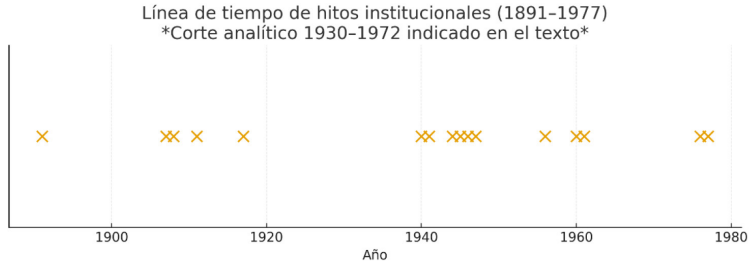


Figura 14. Cierre operativo (qué queda aprendido del proceso de trabajo). Fuente: propia.

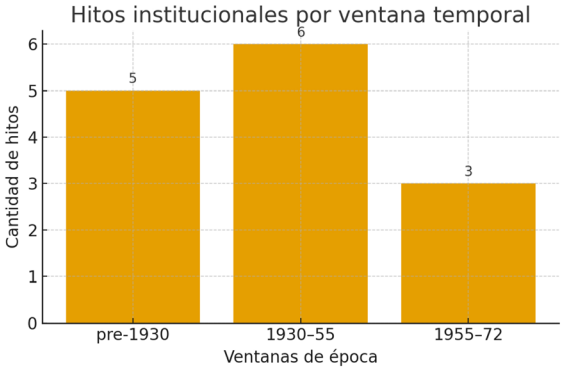


Figura 15. Cierre operativo (qué queda aprendido del proceso de trabajo). Fuente: propia.

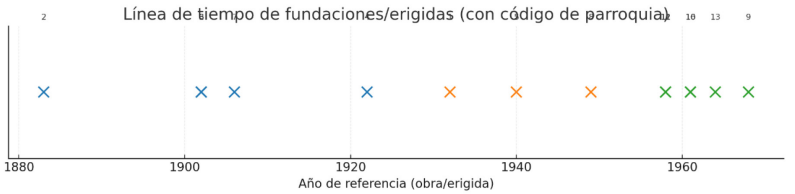


Figura 16. Cierre operativo (qué queda aprendido del proceso de trabajo). Fuente: elaboración propia.

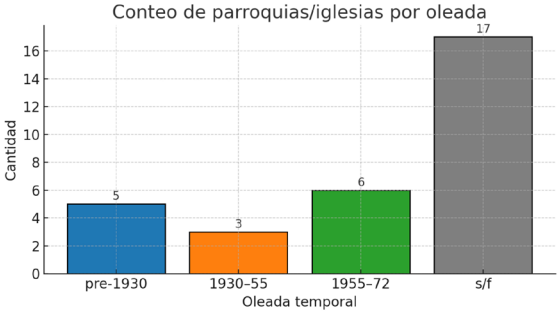


Figura 17. Cierre operativo (qué queda aprendido del proceso de trabajo). Fuente: propia.

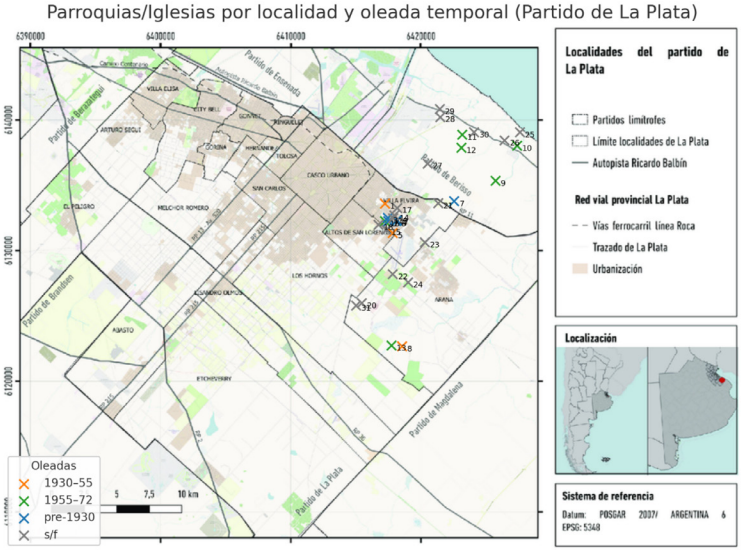


Figura 18. Cierre operativo (qué queda aprendido del proceso de trabajo). Fuente: propia.

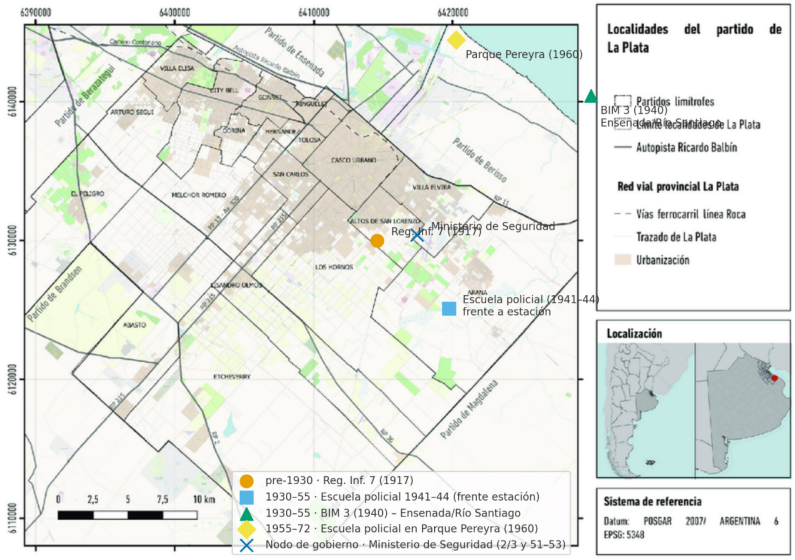


Figura 19. Cierre operativo (qué queda aprendido del proceso de trabajo). Fuente: propia.

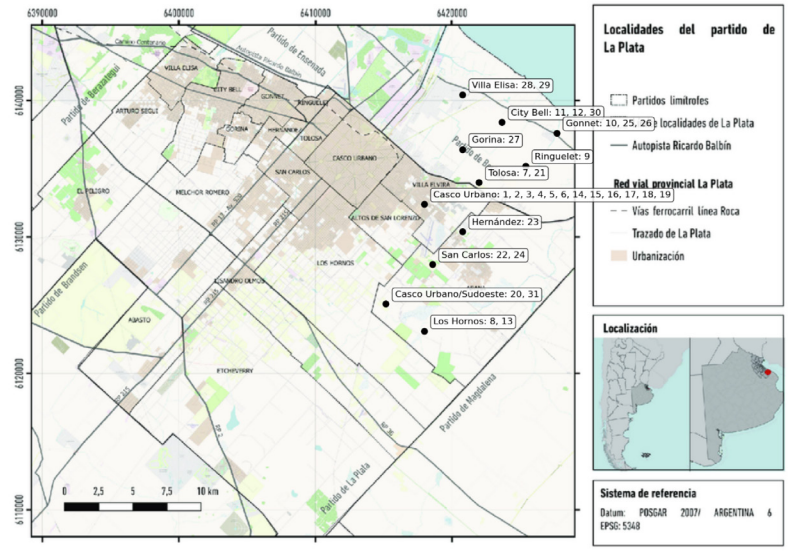


Figura 20. Cierre operativo (qué queda aprendido del proceso de trabajo). Fuente: propia.

Fuentes

• Bradley, T. (1882). Fotografías de la ceremonia de fundación de La Plata [Fotografías]. Archivo Fotográfico del Museo Provincial (MOSP). http://archivofotografico.mosp.gba.gov.ar/

• Cénni, Q. (s. f.). Fundación de La Plata [Óleo]. Museo y Archivo Dardo Rocha.

• Censo Nacional (1914). Tomo I: Antecedentes, plan y materias; Tomo II: Población por provincias; urbano/rural; argentinos/extranjeros; profesiones; vistas.

• IV Censo General de la Nación (1947). Tomo 1: Organización, método, formularios; resultados generales y por jurisdicción; urbano/rural; sexo/edad/origen; analfabetismo; religión; ocupación; centros urbanos.

• V Censo Nacional de Población (1960). Resultados generales por jurisdicción; distribución urbano/rural; sexo/edad/instrucción; ocupación.

• Condomi Alcorta, A. (1912). La Plata, ciudad industrial: Informe presentado al Sr. Ministro de Obras Públicas, Dr. José Tomás Sojo. Talleres de Impresiones Oficiales.

• D'Amico, C. (1890). Buenos Aires: Sus hombres, su política (1860–1890). Americana.

• D'Amico, C. (1895). Siete años en el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires (Tomo I). Imprenta, Litografía y Encuadernación Jacobo Peuser.

• El Argentino. (1914–). Ediciones varias.

• El Día. (1914–1972). Ediciones seleccionadas.

• La Nación. (1914–1940). Ediciones seleccionadas.

• La ciudad universitaria Mágica. (s. f.). Fotografías de Bradley de la fundación de La Plata (imágenes restauradas por Roberto Abrodos). Recuperado el 23 de septiembre de 2025

• Mosconi, E. (s. f.). Cartas [Correspondencia]. Gobierno de la Provincia del Neuquén; T.I.P.S.A. https://w2.neuquen.gov.ar/

• Napolitano, A. P. (Comp.). (1972). Quién es quién en la capital bonaerense [Directorio biográfico]. [s. l.]: [s. e.].

• Quién es Quién en la Argentina: Biografías contemporáneas. (1941). G. Kraft Ltda.

Novelas históricas:

• Alconada Mon, Hugo. (2022). La ciudad de las ranas. Editorial Planeta.

• Alconada Mon, Hugo. (2024). La cacería de Hierro. Editorial Planeta.

Referencias Bibliográficas

Andermann, J. (2014). Orden visual y economía política: Museo y colección como aparatos de Estado. En S. Schuster (Ed.), La nación expuesta: Cultura visual y procesos de formación de la nación en América Latina (pp. 29–42). Editorial Universidad del Rosario. https://doi.org/10.7476/9789587385243.0003

Archetti, E. P. (2001). El potrero, la pista y el ring: Las patrias del deporte argentino. Fondo de Cultura Económica.

Badenes, D. (2012). Un pasado para la capital provincial: Producción editorial y disputa de sentidos sobre la historia de la ciudad en su centenario (1982) [Tesis de maestría, Universidad Nacional de La Plata, FaHCE].

Baldini, C. (2020). Territorio en movimiento. Transformaciones recientes del cinturón hortícola platense.

Baldini, C., Marasas, M. E., & Lemmi, S. (2025). Tres décadas de cambios en la construcción del territorio hortícola platense... Diálogo entre la percepción de los actores locales e información derivada de la teledetección. Huellas, 29(...), s/p.

Baltzell, E. D. (1958). Philadelphia gentlemen: The making of a national upper class. Free Press.

Barreneche, O. (Dir.). (2014). Historia de la provincia de Buenos Aires: Del primer peronismo a la crisis de 2001. Edhasa; UNIPE: Editorial Universitaria. https://biblioteca.clacso.org/Argentina/unipe/20200408044205/HPBA5.pdf

Barreneche, O. (2019). De brava a dura: Policía de la provincia de Buenos Aires. Una historia (1930–1973). Prohistoria.

Barsky, A. (2020). La cuestión social del abasto frutihortícola en la Argentina reciente. A&P Sociedad [dossier sobre abasto y mercados].

Bigalke, Z. R. (2018). Anything but ringers: Early American soccer hotbeds and the 1930 US World Cup team. Soccer & Society, 19(7), 986–1006. https://doi.org/10.1080/14660970.2016.1267636

Billig, M. (1995). Banal nationalism. SAGE.

Boltanski, L. (1982). Les cadres: La formation d'un groupe social. Les Éditions de Minuit.

Bonafina, J. G. (2014). Una sociedad en la bruma de la ciudad fantasma: La ciudad 1880–1914 (1.ª ed.). Autor.

Bonicatto, V., & Franchino, M. (2017). Modernización, metropolización y cultura arquitectónica en ciudades sudamericanas, 1870–1930. Registros. Revista de Investigación Histórica, 13(2), 1–4. https://revistasfaud.mdp.edu.ar/registros/article/view/187

Bourdieu, P. (2012). La distinción: Criterio y bases sociales del gusto (M. del C. Ruiz de Elvira, Trad.). Taurus. (Obra original publicada en 1979).

Bozzarelli, O. (1972). Ochenta años de tango platense. Editorial Osboz.

Bruno, M., Radeljak, F., Cittadini, E., & Grenoville, S. (2022). Los mercados mayoristas frutihortícolas del Área Metropolitana de Buenos Aires: Caracterización y análisis desde el concepto de soberanía alimentaria. Párrafos Geográficos, 21(1), s/p.

Casas, M. (2010). Las bases de la tradición: El rol de la Agrupación Bases en la consolidación del gaucho como símbolo nacional. Provincia de Buenos Aires, 1939. Cuadernos de Sur – Historia, 39, 55–72.

Cendoya Otero, J. P. (2014). Cines de La Plata: Los lugares, los hombres, las historias. Editorial de la Universidad Nacional de La Plata.

Chiaravalli, A., & Rodríguez Gómez, L. (2015). El periodismo platense y la construcción de sentidos e imaginario social en 1910 [Tesis de grado, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Periodismo y Comunicación Social].

Cortés Conde, R. (1979). El progreso argentino 1880–1914. [s. l.].

Corva, M. A. (2013). La administración de justicia en la provincia de Buenos Aires, 1853–1881 [Tesis doctoral, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación]. SEDICI Repositorio de la UNLP. https://doi.org/10.35537/10915/30797

de Diego, J. L. (Dir.). (2019). La capital: Una geografía literaria. Malisia Editorial; Universidad Nacional de La Plata, FaHCE–IdIHCS.

Denord, F., Lagneau-Ymonet, P., & Thine, S. (2011). Le champ du pouvoir en France. Presses de Sciences Po.

Di Sarli, N. (2013). Historia del teatro en el período fundacional de La Plata (1890–1930): Identidad urbana y proyecto artístico [Tesis de maestría, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Bellas Artes].

Didi-Huberman, G. (2008). Ante el tiempo: Historia del arte y anacronismo de las imágenes (M. González García, Trad.). Adriana Hidalgo.

Domhoff, G. W. (2006). Who rules America? Power, politics, and social change (6th ed.). McGraw-Hill.

Ellersgaard, C. H., & Larsen, A. G. (2015). Magteliten: Hvordan 423 danskere styrer landet. Politikens Forlag.

Ferreira, L. C. S. (2017). Cenários da ópera na imprensa carioca: Cultura, proceso civilizador e sociedade na belle époque (1889–1914) [Tese de doutorado, Universidade de Brasília].

Fernández, L. (2021). [Trabajos sobre bolsones agroecológicos y circuitos alternativos de comercialización en La Plata].

Fernández, L. (2022). [Trabajos sobre bolsones agroecológicos y circuitos alternativos de comercialización en La Plata].

Fiebelkorn, A. (2021). ¿Faros en la ruta de la cultura? Bibliotecas populares platenses en la trama de sociabilidades y construcciones identitarias urbanas durante el período de entreguerras [Tesis de posgrado, Universidad Nacional de La Plata, FaHCE]. Memoria Académica. https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.2067/te.2067.pdf

Fitzsimons, A. (2014). Estado y acumulación de capital en Argentina: La expansión de las empresas extranjeras entre 1958 y 1963 [Tesis doctoral, Universidad de Buenos Aires].

Friedman, S., & Reeves, A. (2020). From aristocratic to ordinary? American Sociological Review, 85(2), 338–381.

Gadano, N. (2006). Historia del petróleo en la Argentina, 1907–1955: Desde los inicios hasta la caída de Perón. Edhasa.

García, M., & Lemmi, S. (2011). Territorios pensados, territorios migrados. Una historia de la formación del territorio hortícola platense. Párrafos Geográficos, 10(1), s/p.

García, M. (2013). La organización del trabajo en la horticultura familiar platense [Ponencia/artículo sobre horticultura familiar y territorio]. IdIHCS-UNLP.

García, M., et al. (2007–2009). [Trabajos sobre invernáculos, transformaciones productivas y mano de obra en la horticultura platense].

Gómez Ochoa, F., & Suárez Cortina, M. (Coords.). (2019). Hacer naciones: Europa del Sur y América Latina en el siglo XIX. Editorial de la Universidad de Cantabria.

Gouldner, A. W. (1979). The future of intellectuals and the rise of the new class. Seabury Press.

Gutiérrez, L. H. (1981). Condiciones de la vida material de los sectores populares en Buenos Aires, 1880–1914. Revista de Indias, XLI(163–164), s/p.

Ledesma, L. (2025). Consumo de bienes básicos, consumidores y prácticas de consumo en el interior de Argentina, ca. 1890–1940. Anuario CEEED, 23, s/p.

Ledesma, L. D. (2007). Una aproximación al consumo de los trabajadores rurales en el Territorio Nacional de La Pampa, 1910–1930 [Ponencia]. XI Interescuelas de Historia, Tucumán.

Ledesma, L. D. (2010). Trabajadores rurales, condiciones de vida y consumo en el Territorio Nacional de La Pampa, ca. 1890–1930 [Tesis de licenciatura]. Universidad Nacional de La Pampa.

Martocci, F., & Ledesma, L. (2018). Una historia económica argentina: De la etapa agroexportadora a la caída del peronismo (1880–1955). EdUNLPam.

Otero, J. (2013). [Estudios sobre organización del trabajo y horticultura en el Gran La Plata].

Palacios, P. (2016). Actores sociales y entramados en la comercialización de alimentos en fresco en el mercado regional de La Plata. Geograficando, 12 (2), e013. En Memoria Académica. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.7668/pr.7668.pdf

Pérez Martín, J. (2021). La planificación del abastecimiento alimentario a la gran ciudad: Marchas y contramarchas del Mercado Central de Buenos Aires (1960–2019). Mundo Agrario, 22(50), e172.

Pizzola, P. M. (1996). The significance of unionization at Bethlehem Steel in 1910 and 1918–1919 [Tesis].

Porter, J. (1965). The vertical mosaic: An analysis of social class and power in Canada. University of Toronto Press.

Prieto, S. (2020). El puerto de La Plata: De miradas locales y regionales hacia un horizonte atlántico. Trabajos y Comunicaciones, 52, e116. http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.11904/pr.11904.pdf

Prieto, S. (2021). Otra historia del puerto de La Plata: Políticas públicas y vinculaciones capitalistas en el sistema atlántico (1883–1925) [Tesis de grado, Universidad Nacional de La Plata, FaHCE]. https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.2402/te.2402.pdf

Reitano, E. (2008). Rodolfo Moreno: Una frustrada carrera hacia la presidencia. Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires. (Serie Gobernadores Bonaerenses).

Rocchi, F. (2020). Una expansión desigual. Los cambios en el consumo argentino, desde principios del siglo XX hasta la década de 1940. Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani, 53, 228–254.

Rodríguez, L. G. (2018). Juan Francisco Jáuregui: Trayectoria de un maestro y funcionario bonaerense (1880–1937). En F. Fiorucci & L. G. Rodríguez (Comps.), Intelectuales, educación y Estado: Estudios sobre historia de la educación en la Argentina (pp. 97–123). Miño y Dávila.

Rodríguez, L. G. (2019). Normalismo y mujeres: Las maestras en el Quién es Quién en La Plata (1972): Trayectorias de una élite intelectual y profesional. Trabajos y Comunicaciones, 50, e092.

Rodríguez, L. G. (2024, 13–15 de noviembre). Universitarias platenses destacadas en el "Quién es Quién" (1972). En IX Encuentro Nacional y VI Latinoamericano: La Universidad como Objeto de Investigación (Ensenada). SEDICI–UNLP.

Rougier, M. (Comp.). (2023). Escenarios del desarrollo industrial bonaerense, 1820–2020. https://estudioseconomicos.ec.gba.gov.ar/documentos/Escenarios%20del%20desarrollo%20industrial%20bonaerense%201820-2020.pdf

Savage, M., et al. (2015). Social class in the 21st century. Pelican.

Sayer, A. (2005). The moral significance of class. Cambridge University Press.

Schuster, S. (Ed.). (2014). La nación expuesta: Cultura visual y procesos de formación de la nación en América Latina. Editorial Universidad del Rosario.

Shapin, S., & Thackray, A. (1974). Prosopography as a research tool in history of science. History of Science, 12(1), 1–28.

Soprano, G. F. (2021). Formación y perfil profesional de los médicos del Ejército Argentino a principios del siglo XX. Trabajos y Comunicaciones, 53, e133. https://doi.org/10.24215/23468971e133

Soprano, G. F. (2022a). El legajo personal y el estudio de los procesos de modernización, burocratización y profesionalización en el Ejército Argentino a principios del siglo XX. Revista Electrónica de Fuentes y Archivos, 2(13), 51–76. https://doi.org/10.70629/1853.4503.v2.n13.39669

Soprano, G. F. (2022b). Trayectorias profesionales de médicos militares en el Ejército Argentino: De la etapa fundacional a la consolidación del servicio de sanidad moderno (1888–1938). História (São Paulo), 26(2), 257–276. https://doi.org/10.4013/hist.2022.262.08

Soprano, G. F. (2023). Trayectorias de los inspectores y directores generales de Sanidad en el Ejército (1860–1930). Res Gesta, 59, 25–53. https://doi.org/10.46553/RGES.59.2023.p.25-53

Sotiru, M. N. (2025). ¿Dónde me conviene comprar o vender las verduras? Canales de comercialización en el cinturón hortícola platense. Revista de la Facultad de Agronomía UNLP, 44(1), s/p.

Stone, L. (1971). Prosopography. Daedalus, 100(1), 46–79.

Tauber, F. (1992). Partido de La Plata. Reflexiones y datos para una estrategia de desarrollo. Dirección de Asuntos Municipales.

Tauber, F., Bognanni, L., & Delucchi, D. (1997). Partido de La Plata. Reflexiones y datos para una estrategia de desarrollo. Fundación Facultad de Ingeniería, Universidad Nacional de La Plata.

Tauber, F., et al. (2019). Pensar el desarrollo en el Partido de La Plata. Universidad Nacional de La Plata.

Tauber, F. (2023). La Plata, ciudad del conocimiento. Universidad Nacional de La Plata.

Ternavasio, M. (Dir.). (2013). Historia de la provincia de Buenos Aires: De la organización provincial a la federalización de Buenos Aires (1821–1880). Edhasa; UNIPE: Editorial Universitaria. https://biblioteca.clacso.org/Argentina/unipe/20200408121842/HPBA3.pdf

Troisi Melean, J. (2006). Dardo Rocha: El último porteño. Instituto Cultural de la Provincia de Buenos Aires; Dirección Provincial de Patrimonio Cultural; Archivo Histórico "Dr. Ricardo Levene". (Serie Gobernadores Bonaerenses).

Troisi Melean, J. C. (Dir.). (2022). Pinta tu aldea y pintarás el mundo: La ciudad universitaria, entre la historia local y la historia global (1882–1957) [Proyecto de investigación PI+D H968]. Universidad Nacional de La Plata, FaHCE, Centro de Historia Argentina y Americana.

Vallejo, G. (1998). El trazado ideal y los condicionantes naturales en el desarrollo urbano de La Plata. Estudios del Hábitat, (5), 13–28.

Vallejo, G. (2001). La capital bonaerense y la ideología del progreso: Redes y espacios culturales en la reproducción de un habitus laicista, 1882–1916. Anuario del Instituto de Historia Argentina, (2), 367–405.

Vallejo, G. (2004). Máquinas de educar para la "Nueva Capital" (1882–1890). Las Cuarenta.

Vallejo, G. (2005a). Higienismo y sectores populares en la capital provincial (1882–1910). Estudios del Hábitat, (8), 23–42.

Vallejo, G. (2005b). Escenarios de la cultura científica: La ciudad universitaria de La Plata. Historia de un experimento controlado de la modernidad en Argentina [Tesis de posgrado, Universidad Nacional de La Plata]. Memoria Académica.

Vallejo, G. (2007). Escenarios de la cultura científica argentina: Ciudad y Universidad (1882–1955). CSIC.

Vallejo, G. (2009a). Utopías cisplatinas: Francisco Piria, cultura urbana e integración rioplatense. Las Cuarenta.

Vallejo, G. (2009b). La Reforma Universitaria en una ciudad letrada. Derecho y Ciencias Sociales, (1), 54–70.

Vallejo, G. (2015). Proyecto urbano y sectores populares en la génesis de La Plata. Prohistoria.

Vallejo, G. (2016). La ciudad: Figuras culturales de lo nuevo en la ciudad del bosque. En A. Gorelik & F. Arêas Peixoto (Comps.), Ciudades sudamericanas como arenas culturales (pp. 78–95). Siglo XXI.

Vitalone, C. E. (2023). Puerto La Plata: Un pasado con proyección de futuro, 1883–1956 (1.ª ed. ilustrada). [s. e.].

Warren, K. (2008). Bethlehem Steel: Builder and arsenal of America. University of Pittsburgh Press.

Williams, R. (1980). Marxismo y literatura (J. C. Velasco, Trad.). Península.

Williams, R. (1988). Cultura y materialismo (R. Gamero, Trad.). Paidós.

Williams, R. (1992). La larga revolución (L. M. Pignataro, Trad.). Península.

Zukin, S. (2014). Loft living: Culture and capital in urban change (Ed. revisada; obra original publicada en 1982). Rutgers University Press.

La Plata no fue una escenografía ni un plano perfecto: la ciudad fue hecha por la sociedad tanto como la sociedad fue hecha por la ciudad. El problema es cuándo empezar a pensarlas. Aquí, el umbral de 1896-1910 abre la puerta, y entre 1914 y 1972 hospitaltes y juzgados, aulas y talleres, clubes y oficinas trenzan un orden práctico sustentado en oficios visibles y reglas compartidas. Siguiendo nombres propios y trayectorias, este libro reconstruye la red de interlocks que unió Universidad, Estado, empresas y asociacionismo: la economía moral del expediente que iguala y jerarquiza a la vez; la cátedra convertida en norma cívica; puerto, YPF y ferrocarril como escuelas de trabajo y conflicto. De la "calle que no existe" (52) al corazón de Plaza Moreno, de la periferia al centro, una sociedad pasa de fantasma a movimiento. No hay esencia, hay experiencia histórica: la respiración urbana de maestras y estudiantes, obreros y empleados, comerciantes y migrantes que, paso a paso, hicieron esta ciudad.

ISBN 978-631-01-3027-9